

# La invención del desarrollo

Arturo Escobar

editorial UC

# La invención del desarrollo

# La invención del desarrollo

**Arturo Escobar**




Editorial Universidad del Cauca
2014

Escobar Arturo
La invención del desarrollo / Arturo Escobar; Traductora Diana Ochoa.
2da. Edición -- Popayán: Universidad del Cauca, 2014

Bibliografía: p 307-348; Índice analítico: p. 349-358
360p.
1.MOVIMIENTOS SOCIALES 2. GLOBALIZACIÓN 3. DESARROLLO ECONÓMICO -- HISTORIA
4. MODERNIDAD 5. TEORÍA DEL DESARROLLO I. título II. Escobar Arturo III. Ochoa Diana, trad. IV. Universidad del Cauca
303.4 E74 - scdd 23

ISBN: 978-958-732-134-0
Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995
Catalogación en la fuente – Universidad del Cauca. Biblioteca

© Universidad del Cauca 2014, Tercera Edición
© Arturo Escobar 2014
© De la traducción - Diana Ochoa
© Del prefacio a la presente edición: Arturo Escobar
© De la traducción del prefacio a la presente edición: Eduardo Restrepo

Segunda Edición en Castellano
Editorial Universidad del Cauca, junio de 2012

Título original en inglés:
*Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*
Primera edición en inglés: Princeton University Press, 1996

Primera edición en castellano para América Latina: junio de 1998
Editorial Norma s.a., 1996
Carvajal Educación S.A.S.
Avenida El Dorado # 90-10, Bogotá, Colombia
Tel. +57 (1) 4106355

Diagramación: Daian Alexa Muñoz
Diseño de carátula: Maritza Martínez
Editor General de Publicaciones: Luis Guillermo Jaramillo E.

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Editorial Universidad del Cauca
Casa Mosquera Calle 3 No. 5-14
Popayán, Colombia
Teléfonos: (2) 8209900 Ext 1134 - 1135

Impreso en Popayán, Cauca, Colombia–Printed in Colombia

# Agradecimientos

El presente estudio se origina en una tesis de doctorado en la Universidad de California en Berkeley. No es necesario refrendar aquí mis múltiples agradecimientos a aquellos que vieron el estudio crecer en ese entonces, tal vez con excepción de Michael Taussig y Stephen Gudeman, cuyos trabajos en Colombia recojo en este libro. En América Latina, quiero agradecer a los colegas y amigos Margarita López Maya, Edgardo y Luis Lánder, Luis Gómez, Isabel Licha y María-Pilar García (Cendes, Caracas); Sonia E. Álvarez y Heloísa Buarque de Hollanda (Río de Janeiro); Alejandro Piscitelli (Flacso, Buenos Aires); Fernando Calderón (La Paz); Enrique Leff (Pnuma, Ciudad de México); Edmundo Fuenzalida, Zita Barrueto y Fernando Flóres (Chile/Estados Unidos); Aníbal Quijano (Lima) y Amparo Menéndez-Carrión (Flacso, Quito). En Colombia, mis agradecimientos muy especiales a Álvaro Pedrosa y Orlando Fals Borda, así como a María Cristina Salazar de Fals, Magdalena León de Leal, María Cristina Rojas, Libia Grueso y Carlos Rosero (Proceso de Comunidades Negras), y a aquellos que hicieron posible y placentero mi trabajo de investigación sobre el Plan Nacional de Alimentación y Nutrición y el programa de Desarrollo Rural Integrado (especialmente Darío Fajardo, Patricia Prieto, Soffía Valencia, y Beatriz Hernández). A mis amigos de las distintas épocas durante las cuales evolucionó este estudio –algunos de ellos también colegas– Consuelo Moreno, Jaime Fernando Valencia y Mercedes Franco, Yolanda Arango y Álvaro Bedoya, Susana Cabrales, Lucía Díaz, Margarita Restrepo, Eduardo García, Ignacio Valero, Guillermo Padilla, Alejandro Reyes y William Ospina, también por el contacto con Grupo Editorial Norma. Agradezco mucho a Diana Ochoa por su traducción del original en inglés, y por su comprensión del trabajo e interés en él.

Dedico este libro a la memoria de mi padre, Gustavo, quien murió en 1990 aún soñando con su pequeño pueblo de Villamaría en el viejo Caldas, mientras trataba de ganarse la vida en la gran ciudad –sin gran éxito en términos de indicadores económicos– para que sus hijos "salieran adelante" y marcharan firmes por la gran avenida del progreso; a mi familia (Yadira, María Victoria y José Fernando); y a Magda, por llegar a mi vida.

# Contenido

# Prefacio a la segunda edición

# Más allá del desarrollo: Postdesarrollo y transiciones hacia el pluriverso[1]

Arturo Escobar

*Dedico estas páginas a la memoria de Orlando Fals Borda, Julie Graham y Smitu Kothari, queridos amigos y compañeros en la búsqueda de mundos alternativos.*

## Introducción

Han pasado más de quince años desde que este libro fue publicado por primera vez. Mis esperanzas e intenciones para escribirlo no han cambiado; por el contrario, se han fortalecido desde su publicación.

1 Traducción del Prólogo a la edición de 2011 del libro *Encountering Development*. Traducción: Eduardo Restrepo.
*Agradecimientos:* Tengo una deuda especial de gratitud con Eduardo Gudynas, director del Centro de Ecología Social en Montevideo, por las esclarecedoras conversaciones sobre el estado de la noción de postdesarrollo sostenidas durante varios días en Chapel Hill (abril 2010). Mi análisis de las transformaciones de América Latina y el pluriverso en la última sección forma parte de un proyecto en curso con Mario Blaser y Marisol de la Cadena, y tiene una gran deuda con su colaboración. También quiero agradecer a Cristina Rojas, Carlos Rosero, Libia Grueso, Charo Mina Rojas, Gustavo Esteva, Enrique Leff, Wendy Harcourt, Dianne Rocheleau, Boaventura de Sousa Santos, Aníbal Quijano, Xochitl Leyva, Eduardo Restrepo y, en Chapel Hill, Larry Grossberg, Michal Osterweil, Joseph Jordan, John Pickles, Eunice Sahle y Mark Driscoll por discusiones sobre algunos de los temas expuestos aquí. La responsabilidad de las ideas que aquí se presentan es, sin embargo, solo mía. Hay muchas otras personas que han influido en mi pensamiento durante los últimos quince años que no menciono aquí por razones de brevedad.

El análisis crítico del desarrollo es tan oportuno y relevante hoy como lo era entonces. En muchas partes del mundo, el 'desarrollo' sigue siendo una importante fuerza social y cultural a la cual enfrentar. Significativas batallas políticas se libran en su nombre, y la vida de muchos y los medios de subsistencia de las personas todavía están en juego en estas batallas. Y decenas de profesionales, aunque quizá en menor número en 2010 en comparación con 1995, en particular en Estados Unidos, ganan su vida en el mundo del desarrollo y activamente debaten el tema en salas de juntas y reuniones del personal de los proyectos de desarrollo en los países donantes y receptores. Por último, pero no menos importante, de nuevo con un entusiasmo un tanto disminuido en los Estados Unidos, son todavía abundantes los académicos –antropólogos, entre ellos– que escriben tesis doctorales y presentan ponencias sobre tal o cual aspecto del desarrollo. Sobre todo, el ímpetu político que me movió a escribir sobre 'la invención de desarrollo' y a imaginar una 'era postdesarrollo' a finales de los ochenta y principios de los noventa todavía está muy presente: el hecho es que, como yo lo veo, el 'desarrollo' sigue desempeñando un papel importante en las estrategias de dominación cultural y social, incluso si los académicos podrían tener hoy una visión más matizada de cómo estas estrategias operan, incluso de cómo la gente se apropia del desarrollo para sus propios fines. Por supuesto, mis propias opiniones sobre el tema han cambiado en aspectos importantes, como explicaré en detalle en las páginas que siguen.

La Parte I de este capítulo analiza las transformaciones más significativas en la vida social a nivel global que tienen relación directa con el desarrollo. Estos incluyen cambios en el nivel de la economía política, así como el surgimiento de nuevos actores y ámbitos de acción. La Parte II plantea la cuestión de la relevancia de la noción de 'postdesarrollo'. Esta idea, propuesta inicialmente en la década del noventa, ¿sigue siendo útil, o incluso válida, para transmitir tanto el descentramiento del desarrollo como una reorientación de los imaginarios y prácticas hacia nuevas posibilidades concernientes a Asia, África y América Latina? Si no, ¿puede ser reformulada? ¿debería serlo? ¿cómo? Esta parte examina brevemente las principales tendencias en los estudios críticos del desarrollo de los últimos quince años, incluyendo los novedosos enfoques etnográficos, de economía política y postestructuralistas. La Parte III introduce la idea de 'discursos de la transición'. A raíz de las crisis combinadas de alimentos, energía, clima y pobreza, estos discursos de la transición –particularmente prominentes en las áreas de la ecología, la cultura y la espiritualidad– pueden ser concebidos como marcadores para el postdesarrollo, o como desafíos a la modernidad en general. La Parte IV analiza brevemente algunas propuestas concretas en boga en América Latina, que podrían ser consideradas como una contribución a las prácticas y los discursos de la transición, tales como la lucha sin precedentes en torno a los derechos de la naturaleza y la definición del desarrollo en términos de Buen Vivir (bienestar integral y colectivo). Estas tendencias se ven unidas a cuestiones

ontológicas y enactuando potencialmente la idea de avanzar hacia un pluriverso, en el sentido de crear las condiciones para la coexistencia de múltiples mundos interconectados. En esta sección se introduce la idea de pasar del mundo como universo al mundo como pluriverso. La conclusión aboga por el desarrollo de un campo de la transición y de los estudios pluriversales anclados en una visión de la Tierra como un todo viviente siempre emergente. En vez de basarse en la llamada 'globalización', este campo fomentaría el descubrimiento y la imaginación de formas de planetarización en las cuales los seres humanos y otros seres vivos puedan existir en el planeta enriqueciéndose mutuamente.

## I. Importantes transformaciones mundiales

El mundo ha cambiado enormemente desde mediados de la década del noventa. Desde una perspectiva de los estudios del desarrollo, a mi manera de ver, los cuatro factores más relevantes en esta transformación han sido: primero, el enorme papel asumido por China –y en menor medida la India– en la economía global; segundo, los reajustes en la geopolítica mundial sucedidos a raíz de los ataques contra el World Trade Center en Nueva York del 11 de septiembre de 2001 y la posterior invasión de Irak en marzo de 2003; y tercero, el fin del llamado Consenso de Washington, es decir, el conjunto de ideas y prácticas institucionales que aparentemente gobernó la economía mundial desde la década del setenta, más comúnmente conocido como neoliberalismo. El desmantelamiento del socialismo realmente existente y de las economías de planificación centralizada puede ser citado como un cuarto factor, dado que, a pesar de que se inició en la década del ochenta, se convirtió en irreversible en la década del noventa. Estos factores están profundamente relacionados entre sí y están lejos de constituir una secuencia histórica. Primero, los estudios del desarrollo surgieron en China como un campo académico, junto con las preocupaciones inherentes a la liberalización económica seguida por el país desde finales de los años setenta, tales como la desigualdad creciente, la destrucción del medio ambiente, y la exclusión rural, la marginación y la pobreza (véase, por ejemplo, Long, Jingzhong y Yihuan, eds. 2010).[2] La influencia de China en Asia, África y América Latina ha crecido en paralelo con su poderío económico, y tiene un efecto particularmente pronunciado en el desarrollo en

2 Un programa de doctorado en estudios del desarrollo se inició en la Universidad Agrícola de China en Beijing en 2004. Aunque todavía es el único programa como tal, "hay muchos otros programas de doctorado en otras universidades, donde algunos de los estudiantes pueden hacer una investigación de tesis en estudios del desarrollo, incluso en antropología del desarrollo, en la Universidad de Sun Yat-Sen, por ejemplo. Ahora hay cerca de 30 universidades en China que tienen programas de licenciatura en estudios del desarrollo, aunque la mayoría de ellos son muy prácticos y orientados profesionalmente (similar a los procesos de profesionalización que se describe en su libro, ya que China está tomando el camino del desarrollo de la modernización)" (correo electrónico del profesor Ye Jingzhong de la Universidad Agrícola de China, 8 de agosto de 2010).

África (Sahle 2010). Mientras algunos consideran las reformas económicas de China –aunque orquestada por el Estado– como en sintonía con la ideología neoliberal del tipo Consenso de Washington, otros creen que la situación actual se caracteriza por una compleja mezcla de formas económicas, solo algunas de las cuales se puede caracterizar como liberales o neoliberales (Nonini 2008, Yang 1999).

En segundo lugar, el surgimiento de una nueva formación geopolítica después de 11 de Septiembre de 2001 es relativamente indiscutible. De importancia clave en este asunto, desde una perspectiva de los estudios del desarrollo, es lo que los académicos de la economía política internacional han llamado la seguralización del desarrollo, es decir, la fusión de las nociones de seguridad de la guerra contra el terrorismo y los marcos de la seguridad humana en el desarrollo, de formas que socavan y limitan el potencial de este último, incluidos en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (Sahle 2010). Tercero, el fin del Consenso de Washington ha sido más evidentemente reflejado en el 'giro a la izquierda' en América Latina, es decir, la ola de gobiernos de izquierda que barrió en la mayoría de los países de la región desde 1998, todos elegidos democráticamente sobre el rechazo explícito del dogma neoliberal de décadas anteriores. Esta tendencia, y sus implicaciones para los estudios críticos del desarrollo, también se revisará en detalle en las páginas que siguen.[3] Por último, la desaparición del socialismo realmente existente ha tenido un efecto ambiguo sobre los debates del desarrollo. Mientras que, por un lado, con esta caída se ha demostrado que el modelo socialista comparte muchas de las premisas del desarrollo capitalista convencional, apoyando así la idea de postdesarrollo, por el otro, ha contribuido a consolidar el sentido de que 'no hay alternativa', debilitando entonces el debate sobre las alternativas al desarrollo.

Ha habido por supuesto muchos otros cambios importantes en la economía mundial, la geopolítica y la conciencia global, desde la década del noventa, algunos de los cuales se han hecho más visibles en años recientes. La explosión de la conectividad, habilitada por la información digital y las tecnologías de la comunicación –establecida firmemente como un tema académico por la trilogía de Castell sobre la "Sociedad de la Información", publicada en la segunda mitad de la década del noventa (véase especialmente Castells, 1996)– se ha convertido en un punto de referencia obligatorio para muchos trabajos del desarrollo, a pesar de que la mayoría de la gente del mundo todavía carece de acceso a tales bienes y servicios (véase, por ejemplo, Harcourt, ed. 1999). De enorme importancia para la creación de una conciencia global ha sido la crisis ambiental, finalmente traída a la luz pública en los debates nacionales y mundiales por las conferencias sobre

3 El fin del Consenso de Washington y la aparición de un 'post-consenso de Washington' ha sido analizado, quizás el más famoso en los Estados Unidos, por Joseph Stiglitz (2006). Para la génesis del neoliberalismo en América Latina y otros lugares, ver la excelente elaboración de Naomi Klein (2007).

el cambio climático mundial y la convergencia científica en torno a los hallazgos del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). Como explicaré más adelante, solo la crisis ecológica tiene el potencial para desestabilizar cualquiera de los marcos de desarrollo existentes en la actualidad si se toma en serio. La crisis económica que comenzó en 2007 que causó el colapso de las instituciones financieras y la burbuja inmobiliaria y la recesión en las bolsas de valores, principalmente en el Norte, tuvo importantes consecuencias a nivel mundial en términos de desaceleración de la actividad económica, disponibilidad de crédito y comercio internacional. Muchos países en el Sur Global registraron un aumento significativo de la pobreza y el desempleo y la consiguiente disminución del crecimiento económico (los países de América Latina con gobiernos progresistas son una excepción parcial). Mientras que para algunos críticos la crisis anunciaba el final del capitalismo financiarizado,[4] instituciones como el Banco Mundial se han involucrado en los debates para repensar la globalización después de la crisis, en gran parte basadas en estrategias convencionales para impulsar la competitividad de las exportaciones, en particular para el caso de África.[5] Está claro que las principales instituciones internacionales de crédito no tienen ideas nuevas para enfrentar los asuntos del desarrollo después de esta crisis. El aumento de los fundamentalismos religiosos en muchas regiones del mundo, incluyendo los Estados Unidos, también debe ser citado como una de las transformaciones más relevantes; en algunos países supone la resistencia a las políticas post 11 de Septiembre y el rechazo de la modernidad al estilo occidental.

En 1995, el Capítulo 5 de *Encountering Development* trataba sustancialmente sobre los campesinos, las mujeres y el medio ambiente. Mucho ha cambiado desde entonces en relación con estas tres cuestiones, y hoy existen otros actores que no recibieron suficiente atención en el libro, en especial los pueblos indígenas y otros grupos étnicos, tales como las poblaciones afrodescendientes. Incluso si los campesinos han dejado de ser tan centrales para el desarrollo como lo fueron en décadas anteriores, ha habido recientemente un renacimiento de los estudios campesinos y agrarios que incluye novedosas conceptualizaciones de la ruralidad (por ejemplo, evitando la dicotomía rural /urbano, tradicional/moderno); identidades campesinas (tomando en cuenta la influencia de, por ejemplo, las migraciones transnacionales, género y etnicidad); cuestiones previamente no estudiadas o poco estudiadas como los cultivos transgénicos, la conservación y

4 La idea de que la crisis supone el fin del monopolio del capital financiero ha sido discutida por la crítica marxista en particular; véase, por ejemplo, Bellamy, Foster y Magdoff (2008) y Panitch y Gindin (2008).

5 Véase, por ejemplo, el informe de una teleconferencia que une cinco países –Ghana, Etiopía, Tanzania, Zambia y los Estados Unidos– patrocinada por el Instituto del Banco Mundial el 29 de marzo de 2010, la segundo de una serie de "debates sobre el desarrollo" a distancia organizado por el Banco en torno al tema Repensar la globalización después de la crisis. http://wbi.worldbank.org/wbi/stories/experts-and-policymakers-trade-tips-boost-export-competitiveness-africa (Consultado el 08/10/2010).

la soberanía alimentaria, y los movimientos sociales campesinos, mucho más allá de la imagen de los años sesenta de los campesinos como sujetos revolucionarios radicales.[6] De ser un tema especial en el desarrollo, como en los discursos de las mujeres en el desarrollo y el desarrollo con orientación de género discutidos en el Capítulo 5, las mujeres han pasado a ocupar un lugar central como sujeto, objeto y conceptualizadoras del desarrollo. Incluso si la mayoría de los trabajos de desarrollo dirigido a grupos de mujeres sigue concentrándose en importantes pero convencionales agendas como el empoderamiento en la economía, la intersección de mujeres, género y desarrollo ha sido un espacio rico para el debate crítico e ideas nuevas sobre el desarrollo durante la última década.[7] El ámbito del medio ambiente tal vez haya visto los cambios más trascendentales sobre el desarrollo, algunos de los cuales se abordarán más adelante. Baste decir por ahora que el desarrollo se ha convertido en una preocupación central de la ecología política (por ejemplo, Biersack y Greenberg, eds. 2006; Escobar, 2008a) y viceversa, es decir, que las cuestiones ambientales se han convertido cada vez más centrales para el desarrollo, por lo que se ha consolidado el estudio de la "naturaleza en el Sur global" (Greenough y Tsing, eds. 2003).

La visibilidad de los pueblos indígenas y las minorías étnicas como sujetos, objetos y conceptualizadores del desarrollo también ha aumentado dramáticamente. Estos actores están a la vanguardia del trabajo crítico sobre el desarrollo en aspectos importantes, denunciando, por ejemplo, la irracionalidad del desarrollo y la incompatibilidad de muchos proyectos de desarrollo con las cosmovisiones indígenas (ver, Mander y Tauli-Corpuz, eds. 2006; Blaser, Feit y McRae, eds. 2004), o al señalar las limitaciones de la Euro-modernidad desde la perspectiva

---

6 Sería imposible hacer justicia aquí a la literatura académica sobre estudios campesinos. La revista Development ha dedicado una serie de números a la alimentación y la agricultura en la última década. Philip McMichael (2006, 2008) ha mapeado útilmente algunas de las nuevas agendas que los discursos campesinos plantean en agricultura y alimentación en el centro de las conceptualizaciones de las transformaciones políticas, económicas y ecológicas. Es de destacar que el Journal of Peasant Studies, un icono de los análisis marxistas sobre los campesinos y la 'cuestión agraria' desde principios de los años setenta, recientemente se reestructuró para reflejar algunas de las agendas emergentes. Ver el número especial sobre "Perspectivas críticas en la política rural y el desarrollo", 36 (1), de 2009, y el excelente libro de Wendy Wolford (2010) para nuevos enfoques de los movimientos sociales rurales. Ver también los textos influyentes de la red internacional de organizaciones campesinas y movimientos, Vía Campesina (www.viacampesina.org) y Desmerais (2007) para un estudio sobre esta red.

7 Una vez más, la literatura aquí es rica y escapa al alcance de este prefacio. Ver Bhavnani, Foran y Kurian, eds. (2003) y Harcourt y Escobar eds. (2005) para algunos enfoques recientes. Un tema importante, por ejemplo, anteriormente desconocido o al que se le dio una atención parcial ha sido la política del cuerpo en el desarrollo (ver Harcourt 2010 para un excelente resumen y un sugerente enfoque). Radcliffe, Laurie y Andolina (2009) han analizado útilmente las consecuencias de género del desarrollo y la forma en que se cruzan con movimientos indígenas transnacionalizados de maneras que pueden ser a la vez empoderantes y desempoderantes.

indígena (Blaser 2010). Cuestiones de desarrollo, identidad, territorio y autonomía se han convertido en importantes para el caso de los pueblos indígenas (por ejemplo, de la Cadena y Starn, eds. 2007; Blaser, Feit y McRae, eds. 2010) y grupos afrodescendientes, especialmente en América Latina (Escobar 2008a, Oslender 2008, Asher 2009, French 2009). La experiencia de las mujeres indígenas en América Latina está proporcionando la base para un 'feminismo descolonial', donde las críticas al etnocentrismo de los discursos feministas modernistas se unieron con el análisis de las formas patriarcales de la exclusión apuntalados por las apelaciones a la tradición o la diferencia cultural (por ejemplo, Hernández, ed. 2008; Suárez Navaz y Hernández, eds. 2008; Hernández 2009; Lugones 2010; Bidaseca 2010; Escobar 2010a, ver también Radcliffe, Laurie y Andolina de 2009 para una perspectiva feminista relacionada sobre los movimientos indígenas y el desarrollo en los Andes).

Un aspecto de la transformación de las condiciones de desarrollo en los últimos quince años, a menudo no reconocido, aunque de suma importancia, es que las mismas categorías y usos del conocimiento –cuál conocimiento cuenta en el desarrollo, producido por quiénes y con qué fines– han sido objeto de crecientes presiones de muchos lados. Esto afecta a la teoría social en general, en que la cohorte de los interesados en la producción de nuevas teorías se ha expandido mucho más allá de los sujetos habituales en las academias (en gran parte del Norte). Hoy en día un creciente número de investigadores, activistas e intelectuales fuera de la academia están prestando atención a la urgencia de ofrecer interpretaciones alternativas del mundo, incluidas las del desarrollo. En este sentido, las complejas conversaciones que se están dando entre muchos tipos de productores de conocimiento en todo el mundo son en sí mismas una condición esperanzadora para la teoría del desarrollo en la actualidad. Esta urgencia implica no solo la necesidad de transformar los lugares y el contenido de la teoría, sino su misma forma (Mignolo 2000; Osterweil 2005; Escobar 2008a). Esta tendencia es particularmente aguda en el campo de estudios sobre movimientos sociales (y, como veremos más adelante, en los estudios de la transición), donde la propia investigación de los activistas y su producción de conocimiento se están volviendo centrales para entender lo que los movimientos son, por qué se movilizan y los tipos de mundos que desean constituir. Algunos de los énfasis provienen de enfoques antropológicos y geográficos, incluyendo la difuminación de la frontera entre los mundos y conocimientos académicos y activistas, y de una serie de conceptos y ámbitos de investigación como la etnografía en red, la cartografía de los saberes, la etnografía de las identidades y mundos figurados de los activistas, la investigación activista, partidista y militante; y así sucesivamente.[8] Los académicos en los estudios del

8 El trabajo del Grupo de Trabajo de Movimientos Sociales de la UNC en Chapel Hill (www.unc.edu/smwg/) en los últimos cinco años se ha centrado principalmente en esta idea. Ver el número especial de Anthropological Quarterly 81 (1), de 2006, producido colectivamente por el grupo. La idea de que los movimientos sociales deben ser vistos como productores

desarrollo han estado algo en sintonía con el conocimiento producido por los beneficiarios de los proyectos de desarrollo, aunque en gran parte bajo la forma de 'conocimiento local', sin embargo, todavía no han incorporado estos conocimientos nuevos de manera significativa en su teoría, la toma de decisiones y el diseño de las intervenciones.

Hay un último aspecto de importancia en el libro que me gustaría mencionar antes de seguir adelante: la importancia del discurso económico para la empresa del desarrollo. Este problema, al cual se dedicó el Capítulo 3, apenas fue mencionado en las críticas del libro publicadas entre 1996 y comienzos de la década de dos mil; de hecho, fue ignorado casi por completo. Considero esta ausencia de comentarios no tanto como un signo de la irrelevancia del asunto sino como una indice de la hegemonía naturalizada de una determinada concepción económica del mundo –lo que en el Capítulo 3 llamé 'fábulas de crecimiento y capital', heredada por la economía del desarrollo de la economía política clásica, y en otro lugar (Escobar 2005) denominé como 'la economía occidental'– un ensamblaje coherente de sistemas de producción, poder y significación que constituyen uno de los pilares más fundamentales de la modernidad. Bien podría ser el caso de que la economía del desarrollo esté casi muerta, y que la economía neoliberal haya sido sacudida hasta la médula por la crisis financiera, pero el imaginario económico en términos de individuos realizando transacciones en los mercados, de producción, crecimiento, capital, progreso, escasez y consumo, continúa sin trabas. Este discurso naturalizado socava muchas, si no la mayoría de las propuestas actuales para la sostenibilidad y para propender por una era post-carbono. La desnaturalización de la economía es un área de trabajo crítico activo, por ejemplo en la imaginación de economías diversas y en las economías sociales y solidarias más allá de la capitalista o propuestas de *decroissance* (de-crecimiento). Por otra parte, se puede discernir que a nivel de base, como Esteva dijo provocativamente, "aquellos marginados por la sociedad económica en la era del desarrollo se dedican cada vez más a marginar a la economía" (2009: 20).[9]

---

de conocimiento es también el núcleo de otros pocos grupos de investigación en los Estados Unidos y el Reino Unido, incluyendo en la Universidad de Texas en Austin (Antropología), Cornell (Sociología del Desarrollo, por ejemplo, McMichael, ed. 2010), así como en América Latina. El equipo organizado por Xóchitl Leyva en el CIESAS, en San Cristóbal de las Casas, México ha producido varios volúmenes sobre la base de esta afirmación (véase, por ejemplo, Leyva, Burguete y Speed, eds. 2008). Sonia E. Álvarez y sus colegas en la Universidad de Massachusetts, Amherst ha estado al frente de un proyecto con equipos en Estados Unidos y América Latina, en parte centrados en la producción colaborativa del conocimiento. El conocido Colectivo Situaciones en Buenos Aires ha estado produciendo durante una década sus trabajos sobre esta base. Una breve introducción a la literatura sobre esta tendencia se encuentra en Escobar (2008), Casas-Cortés, Osterweil y Powell (2006).

9 No voy a ser capaz de discutir aquí el interesante movimiento en torno a la idea de 'décroissance', planteada por primera vez por Serge Latouche (por ejemplo, 2009) en Francia, Joan Martínez Alier (2009) y Jordi Pigem (2009) en Catalunya, y otros en el

## II. Evaluación del postdesarrollo

La idea de postdesarrollo, con la que la edición de 1995 de este libro terminaba (ver también Escobar 1992; Rahnema y Bawtree, eds. 1997), ha demostrado ser controvertida y es importante evaluar su validez en la actualidad. En general, el 'postdesarrollo' surgió de una crítica postestructuralista, es decir, un análisis del desarrollo como conjunto de discursos y prácticas que tuvo un impacto profundo en la manera en que Asia, África y América Latina llegaron a ser consideradas como 'subdesarrolladas' y tratadas como tales. En este contexto, el postdesarrollo estaba destinado a designar por lo menos tres cosas interrelacionadas: primero, la necesidad de descentrar el desarrollo, es decir, de desplazarlo de su posición central en las representaciones y discusiones sobre las condiciones en Asia, África y América Latina. Un corolario de esta primera meta era abrir el espacio discursivo a otras formas de describir esas condiciones, menos mediada por las premisas y las experiencias del 'desarrollo'. Segundo, en el desplazamiento de la centralidad del desarrollo en el imaginario discursivo, el postdesarrollo sugería que efectivamente era posible pensar en el fin del desarrollo. En otras palabras, identificaba alternativas *al* desarrollo, en lugar de alternativas de desarrollo, como una posibilidad concreta. Tercero, el postdesarrollo enfatizó la importancia de la transformación de la 'economía política de la verdad', es decir, del orden del conocimiento y poder experto del desarrollo. Con este fin, propone que las ideas más útiles acerca de las alternativas podrían ser obtenidas de los conocimientos y prácticas de los movimientos sociales.

---

sur de Europa y América Latina. Hay un grado de heterogeneidad en estas propuestas, dependiendo de si el ímpetu es más político o económico, o si se aplica a los países de altos ingresos (Europa) o los más bajos ingresos, tales como América Latina (correo electrónico con Joan Martínez Alier y Eduardo Gudynas, enero de 2011). El aspecto más relevante de este movimiento para nuestros propósitos, es que las diversas propuestas comparten la crítica al exceso de consumo y al crecimiento basado en la economía y, por ende, la necesidad de cambiar la lógica del desarrollo hacia una menor producción y menor consumo en línea con los límites ecológicos del planeta. En la década del setenta, la Fundación Dag Hammarskjold llevó a cabo un ejercicio muy interesante sobre la base de unir a los países sobredesarrollados como Suecia y los países subdesarrollados como Tanzania en un marco único, como parte de su proyecto, "¿Y ahora qué" y su concepto general de "Otro desarrollo". Esto podría ser visto como un precursor de las teorías de de-crecimiento. Véase también el proyecto de la Fundación "¿Qué sigue?" (2006-2009) para un excelente ejemplo de pensamiento crítico y alternativo sobre el desarrollo (http://www.dhf.uu.se/). La Red de Objetores de Crecimiento para el Postdesarrollo fue creada en alguna conexión con el proyecto Qué sigue (www.apres-developpement.org). Los debates sobre la economía en América Latina son particularmente activos en el campo de las economias sociales y solidarias, inicialmente promovidas por José Luis Coraggio y Franz Hinkelamert entre otros, véase, por ejemplo, el número especial de América Latina en Movimiento 430 (2008), editado por Coraggio, http://www.alainet.org/publica/430.phtml

¿Siguen siendo válidas estas afirmaciones hoy en día? Ya hemos visto cómo ciertas transformaciones del mundo han referenciado ambiguamente al postdesarrollo. Por un lado, la consolidación del neoliberalismo en muchas regiones del mundo en la década del noventa hizo la necesidad de las criticas más urgentes, así como lo hizo la creciente conciencia de los costos sociales y ecológicos del 'socialismo de mercado' de China y de la decisión de la India de abrirse a la los mercados mundiales. Por otro lado, sin embargo, la desaparición del socialismo en Europa del Este y, paradójicamente, la llegada al poder de regímenes progresistas de América del Sur transmitió el sentido de que la necesidad del desarrollo era mayor que nunca. Cuestionar el desarrollo en este contexto se vuelve incómodo, aunque, como veremos, algunos movimientos sociales están haciendo exactamente eso, invocando la noción de postdesarrollo en sus críticas. Baste decir por ahora que dado el estado actual de las cosas, a pesar de las ambigüedades señaladas, aún tiene validez las críticas del desarrollo y la idea de imaginar una era del postdesarrollo. Es importante preguntarse, sin embargo, si la idea es válida tal como fue enunciada en la década del noventa, o si es necesario reformularla. Voy a tratar de dar una respuesta a esta pregunta al final de esta sección y, una vez más, al final de la parte IV. Permítanme examinar brevemente por ahora algunas de las respuestas al postdesarrollo.

### *Respuestas al postdesarrollo*

En su formulación más concisa, el postdesarrollo estaba destinado a transmitir el sentido de una época en que el desarrollo ya no sería un principio organizativo central de la vida social. Esto no quiere decir que el postdesarrollo era considerado como un nuevo período histórico al que sus defensores creían que se había llegado, aunque muchos críticos lo vieron así. Sea como fuere, se produjo un rico debate que, paradójicamente, contribuyó a consolidar una posición del 'postdesarrollo' al agrupar a un puñado de autores y libros que los críticos consideraron que, en términos generales, compartían la misma perspectiva.[10] Los análisis y las formas de abogar asociadas con el postdesarrollo se convirtieron en objeto de críticas punzantes y réplicas en la segunda mitad de la década del noventa. Había tres principales objeciones a la propuesta del postdesarrollo. Primero, que al centrarse en el discurso, los proponentes del postdesarrollo pasaban por alto la pobreza y el capitalismo, que son los problemas reales del desarrollo. Segundo, presentaban una visión esencialista del desarrollo, mientras que en realidad hay grandes

---

10 Estos autores suelen incluir el colectivo de autores representados en el Diccionario del desarrollo (Sachs, ed. 1992) y en The postdevelopment reader (Rahnema y Bawtree, eds. 1997), Vandana Shiva (por ejemplo, 2004), James Ferguson (1990), y Rist (1997). Algunos críticos, por supuesto, han diferenciado los distintos autores. Para una discusión completa y la lista de referencias, ver Escobar (2000, 2007), ver también el análisis completo por Zai (2007), Simon (2007), y McGregor (2009). Lo que sigue es un relato muy resumido de los debates.

diferencias entre las estrategias e instituciones de desarrollo, y no se daban cuenta de la impugnación al desarrollo en terreno. Tercero, romantizaban las tradiciones locales y los movimientos sociales, haciendo caso omiso de que lo local también está imbuido en relaciones de poder. Como era de esperar, los proponentes del postdesarrollo respondieron a sus críticos, sugeriendo que las críticas, a su vez, aunque razonables y útiles en muchos aspectos, eran en sí mismas problemáticas.

Para el primer conjunto de críticas, los proponentes postestructuralistas del postdesarrollo respondieron diciendo que este argumento equivale a una defensa ingenua de la realidad. En otras palabras, los críticos del postdesarrollo argumentaban que debido a su enfoque sobre el discurso y la cultura, los postestructuralistas no veían la realidad de la pobreza, el capitalismo y similares. Para los postestructuralistas este argumento tenía validez limitada, ya que se basaba en la suposición (marxista o liberal) que el discurso no es material, desconociendo que la modernidad y el capitalismo son simultáneamente sistemas de discurso y práctica. La segunda crítica era problemática para los autores del postdesarrollo por razones epistemológicas. Parafraseando, los críticos del postdesarrollo decían algo así como: "Ustedes (los defensores del postdesarrollo) representan el desarrollo como homogéneo, mientras que en realidad es diverso. El desarrollo es heterogéneo, controvertido, impuro, híbrido". En respuesta, los teóricos del postdesarrollo reconocen la validez de esta crítica, pero han señalado que su proyecto era diferente: el de analizar la realidad discursiva en general, y no cómo podría haber sido impugnada e hibridizada en el terreno. Se veían a sí mismos menos como 'tratando de encontrar la verdad de las cosas' bajo el mandato de un realismo epistemológico que el postestructuralismo cuestiona, que como intelectuales políticos construyendo un objeto de crítica para el debate y la acción. Por último, los críticos del postdesarrollo cuestionaban a sus partidarios diciendo que idealizaban lo local y las bases. Para los post-estructuralistas y críticos culturales, este comentario era un reflejo del realismo crónico de muchos estudiosos que, invariablemente, etiquetan como romántica cualquier crítica radical de Occidente o cualquier defensa de lo local. Además, los autores postestructuralistas señalaron que la noción realista de cambio social no puede examinar sus propias visiones de lo material, los medios de vida y las necesidades, entre otros (Escobar 2000, 2007; Zai 2007; McGregor 2009).

En tanto avanzaba la primera década del nuevo siglo, el panorama de la teoría del desarrollo dio lugar a una amplia gama de posiciones y al diálogo inter-paradigmático con sus convergencias (Simon 2007). Esto podría ser visto como un resultado positivo de los a veces acerbos debates de la década del noventa. Hay una mayor disposición por parte de muchos autores a adoptar constructivamente elementos de las diversas tendencias y paradigmas. Este es particularmente el caso en torno a una serie de cuestionamientos, incluyendo la impugnación del desarrollo, un nuevo acercamiento entre la economía política y análisis cultural sobre cuestiones de desarrollo y economía, el examen de la relación entre el desarrollo y la modernidad, y los nuevos enfoques etnográficos para las políticas

y prácticas del desarrollo (abajo). Estas tendencias están produciendo una nueva comprensión de cómo opera el desarrollo y la forma en que se transforma.

## *La nueva etnografía de desarrollo*

Recientes enfoques etnográficos para el estudio de los proyectos de desarrollo han recibido especial atención en los debates sobre el desarrollo. Estos enfoques sugieren que la investigación etnográfica podría ser utilizada para arrojar nueva comprensión sobre cómo operan las políticas, y que este conocimiento podría ser utilizado para vincular de forma constructiva la política social, la política de la academia y las aspiraciones de los pobres. Como el principal defensor de este enfoque lo planteó:

> Aquí la labor de la antropología consiste en centrarse en las relaciones sociales que sustentan el trabajo conceptual, para mostrar cómo las racionalidades del desarrollo nunca están libres de contextos sociales al viajar de un sitio a otro, cómo se inician en relaciones sociales, instituciones y comunidades de expertos, viajan con un equipaje no revelado, son transformadas medida que se despliega en otros mundos sociales/institucionales –tal vez a través del interés de colaboradores locales, contrapartes oficiales o mediadores– y es recolonizado por la política de manera que genera efectos complejos y no intencionales (Mosse 2008: 120, 121).

Estas investigaciones implican una especie de hiper-etnografía que le permite al etnógrafo ver la totalidad de las redes del desarrollo, investigar en profundidad los principales sitios con sus respectivos actores, bagajes culturales, y la apropiación práctica de las intervenciones por los grupos locales. El resultado, según se argumenta, debe dar a los teóricos y practicantes una explicación más matizada de cómo opera el desarrollo en tanto un proceso multi-escala que es constantemente transformado y desafiado. La esperanza es que, dada la realidad del desarrollo, el etnógrafo crítico podría aclarar las condiciones para proyectos más exitosos, tal vez incluso una más eficaz apropiación popular de los proyectos.[11]

Al examinar más a fondo las redes de actores que componen los proyectos de desarrollo, esta tendencia ha contribuido a desesencializar el desarrollo y, por lo tanto, indirectamente, a la teorización del postdesarrollo. Al hacerlo, sin embargo, estos enfoques han solucionado algunos problemas, pero crean nuevos rompecabezas. La cuestión de la agencia ha quedado indicada pero confusa (dado que todo tiene agencia, incluyendo objetos tales como textos, ¿cómo se puede diferenciar entre diferentes tipos de agencia?). De manera similar con la

11 Véase especialmente Mosse (2005), Mosse y Lewis, eds. (2005) y Li (2007).

proliferación de la conectividad (todo está conectado con todo, pero ¿cómo las cosas están conectadas de manera diferente? ¿qué tipo de conexiones son políticamente poderosas, o comprometidas?). Los asuntos de la diferencia, además, son a menudo puestos entre paréntesis, en el sentido de que no hay ninguna explicación clara de lo que ocurre con lo que es auténticamente emergente, o como entender esas experiencias que no se puede leer con las categorías del presente, incluidas las de las ciencias sociales modernas.[12] A menos que se traten estas preguntas de manera eficaz, a mi parecer, algunas de las posiciones adoptadas por las etnografías recientes del desarrollo y del Estado corren el riesgo de caer en lo que Boaventura de Sousa Santos (2007) ha llamado una 'hermenéutica del cinismo', dado que nada de lo que ningún actor haga puede llegar a ser un reto importante para lo que existe o producir un pensamiento significativamente diferente. Por otra parte, se ha argumentado que estos trabajos evaden un compromiso serio con los deseos por el desarrollo y con las aspiraciones de los pobres (de Vries 2008). De hecho, es el caso de que las etnografías del desarrollo han hecho mucho por visibilizar las comunidades transnacionales de expertos cuyas formaciones, intereses, gustos y objetivos económicos y políticos coinciden lo suficiente para mantener las actor-redes del desarrollo operando, a menudo bien aceitadas. Sin embargo, esta conciencia tiene que ir acompañada de una urgencia renovada por una crítica del hecho de que "en cada etapa, los especialistas en nuevos campos son llamados a crear su propio papel en la historia de la aplicación global de la experticia" (Lohmann 2006: 150). Estos expertos transnacionalizados de clase media, tanto del Norte global como del Sur global, difunden una racionalidad y sentido común normalizados, con importantes consecuencias culturales y políticas.

Hay otras líneas de respuesta a las nuevas etnografías derivadas de la economía política y de las perspectivas postestructuralistas. Una característica común de estos trabajos es un claro énfasis en el poder y la dominación en comparación con muchos de los enfoques de red. Mediante la combinación de los estudios críticos de administración y el postdesarrollo, por ejemplo, un grupo de autores argumentan que las aplicaciones de ideas de gerencia (*management*) al desarrollo despliega nuevas prácticas políticas, como la tendencia etnográfica que acabamos de examinar acertadamente subraya, pero que esto no quiere decir que estas prácticas dejen de funcionar como instrumentos de dominación (Dar y Cooke, eds. 2008). Un punto de vista relacionado considera que el cambio en el discurso de la ayuda a la 'buena gobernanza, los 'partnerships' (alianzas o colaboraciones)' y el 'apropiarse' de los proyectos no solo da expresión "a la voluntad profunda de civilizar, sino que reafirma los valores sagrados del campo de la ayuda al desarrollo: la modernidad, la racionalidad y la neutralidad política" (Gould, 2005: 69). Para parafrasear: escarbe

12 En otro lugar (Escobar 2008b) analicé estos problemas en términos de cuatro estrategias problematicas que afectan gran parte de la literatura de las ciencias sociales que enfatiza un enfoque disperso a lo social, como la teoría del actor-red: agentividad radical, conectividad radical, contextualidad radical e historicidad radical.

en un sistema de administración, y encontrará una lucha cultural y de poder, aunque sea expresada en términos de la acción racional. Como Rojas y Kindornay concluyeron en su análisis de las políticas de gobernar el desarrollo,

> Bajo el diseño global del desarrollo, la incapacidad para mejorar ha obligado al constante reenvasado de prescripciones y técnicas de gobierno en un intento de salvar las políticas y prácticas convencionales. A pesar de las críticas desde abajo y más de cincuenta años de éxitos menores y numerosos fracasos, la corriente convencional del desarrollo sigue siendo formulada a través de lenguajes y prácticas renovados; aunque nuevos paradigmas y modas surgen, el desarrollo sigue encarnando últimamente un imaginario global de modernización (de próxima publicación: 13).

Basándose en la teoría postcolonial, Sinha (2008) sitúa los esquemas del desarrollo dentro de regímenes transnacionales en ascenso, para el caso de la India, desde principios del siglo XX, unido a proyectos ético-políticos burgueses, el poder del Estado y la racionalidad moderna en una complejo geo-cultura del desarrollo en el que la subalternidad en sí es también redefinida. Esta visión resuena con la afirmación de Bebbington (2004), que los regímenes de desarrollo, incluidas las ONG, deben ser considerados como una contribución a la creación de geografías desiguales de la pobreza y subsistencia. Una de las pruebas más elocuentes de tal desigual geografía es el caso del total desmantelamiento de un sistema ancestral de riego y cultivo del arroz en Bali, en nombre del desarrollo moderno, a partir de la Revolución Verde en los años sesenta. Realizada desde la perspectiva de los sistemas complejos adaptativos, esta investigación etnográfica constituye una prueba convincente de la destrucción casi total de un sistema que había logrado un 'orden perfecto' funcional a través de siglos de auto-organización. Esta destrucción resultó en una profunda crisis social y ambiental para toda la población (Lansing 2006). Estudios como este contribuyen a mostrar las limitaciones de las hiper-etnografías del desarrollo mencionadas anteriormente.

Si bien los enfoques de red diversifican las preguntas de la agencia, a menudo su desventaja es la imposibilidad de imaginar implicaciones prácticas radicales. Este riesgo es mantenido a raya por trabajos que llevan a cabo la investigación desde la perspectiva de, y a menudo en colaboración con, comunidades particulares. Si bien estos enfoques pueden ser considerados como más convencionales en los juegos de verdad de la academia, esto no quiere decir que los análisis son menos matizados, por el contrario, ganan en profundidad y posicionamiento político. Al examinar las redefiniciones del desarrollo local por parte de grupos indígenas en el suroeste de Colombia, por ejemplo, Gow (2008) sostiene que estos grupos producen una especie de 'contra-desarrollo' a través del cual los proyectos de planificación, de educación y de salud se reorientan hacia un distintivo proyecto cultural y político en un intento por crear una modernidad indígena, donde las preocupaciones por la diferencia cultural –y la autonomía para cambiar la

cultura– se combinan con las de justicia social. Arce y Long (2000) también han esbozado útilmente un proyecto de pluralización de la modernidad, centrándose en la contra-labor desplegada en el desarrollo por grupos locales. La contra-labor puede desesencializar los productos occidentales de su poder superior, o contribuir al empoderamiento de la autodefinición de un grupo, incluso a medida que cambia. La contra-labor y el contra-desarrollo, por lo tanto, pueden ser considerados como apuntando a formas de desarrollo alternativo, sino también como alimentando los puntos de vista del postdesarrollo. Esto no significa negar los deseos y esperanzas del desarrollo y la modernidad que muchas personas en el mundo han adoptado como resultado de su encuentro con el desarrollo y la modernidad. Como de Vries (2007) ha señalado estos deseos son reales, aunque banalizados y cada vez más difíciles de alcanzar por los proyectos de desarrollo. Ellos son ignorados por la mayoría de las críticas, incluidas la postestructuralista, y deben abordarse de frente en cualquier enfoque crítico de los estudios del desarrollo (de Vries 2007; ver también Gow 2008).

Una manera de salir de este aparente callejón sin salida es investigar la forma en que, por ejemplo, los pueblos indígenas se posicionan críticamente 'en el camino del desarrollo', la forma en que elaboran 'planes de vida' que responden tanto a los procesos modernos/globales como a lógicas culturales basadas-en-lugar de larga data. Aunque los planes de vida pueden incorporar estratégicamente oportunidades ofrecidas por el desarrollo, socavan las pretensiones de universalización del desarrollo y pueden contribuir a luchas no-hegemónicas (Blaser 2004). Esta dinámica se encuentra en juego en el campo del desarrollo energético en algunas naciones indígenas de América del Norte, donde las comunidades orientan sus decisiones entre tecnologías convencionales y emergentes de maneras que implican repensar significativamente las políticas culturales de desarrollo energético (Powell 2010). Una vez más, estos trabajos no plantean una simple posición vis à vis el desarrollo. Determinar lo que localmente se entiende por 'desarrollo' es siempre una cuestión compleja. Esta cuestión es abordada por Medeiros (2005) en el marco latinoamericano de la colonialidad del poder y del conocimiento. Expresiones locales del deseo de desarrollo, como ella lo muestra en su análisis etnográfico de los proyectos de desarrollo rural en el altiplano boliviano financiado por la Agencia Alemana para el Desarrollo (GTZ), necesitan ser entendidas en el contexto de la compleja historia de varios cientos de años de discriminación, incluyendo la experiencia de las promesas hechas pero nunca cumplidas desde la independencia. En ausencia de este análisis, y a pesar de las buenas intenciones, los proyectos de desarrollo a menudo terminan reproduciendo viejas asimetrías de poder/conocimiento. Como Medeiros lo muestra, los campesinos indígenas tienen su propia comprensión situada del desarrollo, la cual articula su experiencia histórica de la modernidad y la colonialidad. La noción local de desarrollo incluye la adquisición de aquellas herramientas de los sistemas de conocimiento dominante que podrían darles la posibilidad de implementar un futuro viable. La discusión local sobre el desarrollo no es solo sobre el desarrollo en sí, sino sobre la historia

y la cultura –sobre el Estado, la ciudadanía, la diferencia, el conocimiento y la explotación–. Se trata de la posición de las comunidades dentro del sistema mundo moderno colonial.[13] Esta dinámica se revela a menudo en los trabajos ubicados en la intersección entre las redes transnacionales del desarrollo y las luchas de los movimientos sociales, particularmente en los Andes contemporáneos donde los asuntos de la historia, la cultura, la justicia y la diferencia, y las nunca demasiado simples interconexiones entre todos ellos, se acentúan (por ejemplo, Andolina, Laurie y Radcliffe, eds. 2009).

Entonces, ¿qué podemos decir sobre la noción de postdesarrollo después de esta revisión quizá demasiado apresurada y parcial de las tendencias académicas? Una respuesta satisfactoria a esta pregunta habrá de esperar a la última sección de este capítulo. Hay algunas cuestiones que se pueden destacar por ahora, sin embargo, en relación con la utilidad de la noción en la actualidad. Creo que el núcleo de la noción sigue siendo válido, es decir, la necesidad de descentrar el desarrollo como un descriptor social, el cuestionamiento de las prácticas de conocimiento del desarrollo, y la crítica inmanente del postdesarrollo a las ideas de crecimiento, progreso y modernidad. Sin embargo, estos contenidos han sido cualificados y enriquecidos por los debates académicos en los últimos quince años. Las etnografías del desarrollo, por ejemplo, han dado una visión más detallada de cómo opera el aparato del desarrollo. Trabajos centrados en actores nuevos (por ejemplo, los pueblos indígenas, el ambiente) han resaltado cómo estos actores desafían los regímenes de verdad desarrollistas. Al hecho general de la dominación que la crítica discursiva de la década de los años noventa destacó, la economía política y análisis postestructuralistas han añadido una comprensión más compleja de cómo funciona la dominación a través de determinadas prácticas del capitalismo y del Estado.

Dicho esto, una de las principales consecuencias del postdesarrollo queda aparentemente sin solución: la noción de alternativas *al* desarrollo. No solo el proyecto del desarrollo sigue viento en popa, sino que parece haberse vuelto más fuerte desde mediados de la década del noventa. Como Gustavo Esteva, uno de los críticos más lúcidos y persistentes del desarrollo, planteó en su análisis más reciente: “el desarrollo fracasó como un esfuerzo socio-económico, pero el discurso del desarrollo aún contamina la realidad social. La palabra permanece en el centro de una poderosa pero frágil constelación semántica” (2009: 1). A pesar de una serie de crisis, los discursos y los retos político-culturales concretos parecen jugar a favor de mantener vivo el imaginario de las alternativas al desarrollo. A esta posibilidad dedicaré el resto de este capítulo.

---

13 Como concluye Medeiros (2005), el problema que las agencias de desarrollo necesitan enfrentar no es tanto que la población local esté fuera de la modernidad, sino las formas específicas en que han sido producidas por la modernidad –es decir, la colonialidad del poder y la diferencia colonial–. Es su experiencia histórica de la modernidad lo que configura sus visiones, desconfianza, y esperanzas.

## III. Discursos de la transición: tendencias emergentes

Los argumentos sobre la necesidad de una profunda transición de época son un signo de los tiempos, reflejan la profundidad de la crisis contemporánea. Sin duda, hablar de la crisis y las transiciones tiene una larga genealogía en Occidente, ya sea en forma de 'crisis de la civilización', las transiciones hacia y desde el capitalismo, las visiones apocalípticas del fin del mundo, repentinas transformaciones religiosas o tecnológicas, o relatos de ciencia ficción. Este no es el lugar para analizar esta genealogía,[14] sin embargo, me parece que es posible argumentar que los *discursos de la transición* (DsT) están apareciendo hoy con particular riqueza, diversidad e intensidad hasta el punto de que un verificable campo de 'estudios de la transición' puede ser planteado como un ámbito académico-político emergente. Estudios de la transición y el activismo de la transición son ahora un hecho de nuestro tiempo. Notablemente, como incluso un mapa superficial de los DsT sugiere, quienes escriben sobre el tema no se limitan a la academia; de hecho, los pensadores de los DsT más visionarios se encuentran fuera de esta, aunque en la mayoría de los casos se enganchan con las corrientes críticas en la academia. Los DsT están apareciendo de una multiplicidad de sitios, principalmente de los movimientos sociales en todo el mundo, de algunas ONG de la sociedad civil, de algunos paradigmas científicos emergentes, y de los intelectuales con vínculos significativos con las luchas ambientales y culturales. Los DsT ocupan un lugar destacado en varios campos, incluidos los de la cultura, la ecología, la religión y la espiritualidad, la ciencia alternativa (por ejemplo, los sistemas vivos y la complejidad), la economía política, y las nuevas tecnologías digitales y biológicas. Solo los tres primeros se abordarán en lo que sigue. Pero antes realizaré una observación general sobre el concepto de transición.

Como ha señalado recientemente Mezzadra, "el problema de la transición resurge en cada momento histórico cuando las condiciones de la traducción tienen que ser establecidas de nuevo" (2007: 4). Lo que quiere decir con la traducción es el proceso mediante el cual experiencias histórico-culturales diferentes, y a menudo contrastantes, se hacen mutuamente inteligibles y conmensurables; esto ha sucedido en la historia reciente a través de la imposición de los códigos culturales de la modernidad capitalista en una escala cada vez más global. Este proceso, como Mezzandra sugiere, ya no es aceptable; al contrario se hace necesario un nuevo tipo de traducción heterolingüe en el cual las nuevas comunalidades se construyan precisamente a partir de diferencias inconmensurables. Como argumentaré aquí, hay algunas diferencias radicales en la actual ola de los DsT en comparación con las del pasado más reciente. Dos de estas diferencias, subrayadas por Boaventura de Sousa Santos (2007), son que los procesos de transición/traducción no puede ser orientados por una teoría general, de hecho, la única teoría general posible,

14 Esta sección tendrá un desarrollo pleno en un pequeño libro en curso, tentativamente titulado El fin de la globalización (tal como la conocíamos): diseños para el pluriverso. El libro también incluye un marco para el diseño ontológico.

como él dice para consternación de buena parte de la teorización de la izquierda, es la imposibilidad de una teoría general. El segundo, y relacionado, aspecto es que hoy en día es más claro que la traducción siempre implica complejos procesos epistemológicos –inter-culturales e inter-epistémicos–, que requieren a su vez un tipo de justicia cognitiva que no ha sido reconocido. Un tercer elemento se insinúa a sí mismo, y es que la transición/traducción implica ontologías múltiples; es decir, cuando es concebida radicalmente, la transición implica pasar de la comprensión moderna del mundo como universo al mundo como pluriverso (sin pre-existentes universales) o , como voy a plantear a continuación, desplazarse de un paradigma de la 'globalización' a uno de la 'planetarización'. Si el primero privilegia la integración económica y cultural y la homogeneización bajo una serie de principios universales (eurocéntricos), la última aboga por una comunicabilidad entre una multiplicidad de mundos culturales en la base de un entendimiento ecológico y político compartido (Santos 2007). Sucintamente, la transición hacia el pluriverso requiere un concepto más amplio de la traducción que incluye las dimensiones ontológica y epistémica.

Un sello de los DsT contemporáneos es el hecho de postular una transformación radical cultural e institucional: de hecho, *una transición a un mundo totalmente diferente*. Esto es diversamente conceptualizado en términos de un cambio de paradigma (por ejemplo, GTI 2002), un cambio de modelo de civilización (por ejemplo, Shiva 2008; los movimientos indígenas en América Latina, ver más abajo), la aparición de un nuevo orden, un salto cuántico (Laszlo 2008), el surgimiento de una nueva cultura holística, o incluso de la llegada de una era completamente nueva más allá de la edad moderna dualista, (por ejemplo, Macy 2007, Goodwin 2007), reduccionista (por ejemplo, Kauffman 2008) y económica (por ejemplo, Schafer 2008). Este cambio es a menudo visto como inminente o como que ya está sucediendo, aunque la mayoría de los DsT advierten que los resultados no están de ninguna manera garantizados. Citemos unas pocas declaraciones sobre la transición:

> La transición global ha comenzado –una sociedad planetaria se configurará en las próximas décadas–. Pero el resultado está en cuestión... Dependiendo de cómo se resuelvan los conflictos ambientales y sociales, el desarrollo global puede bifurcarse en caminos radicalmente diferentes. En el lado oscuro, es muy fácil de imaginar un futuro sombrío de empobrecimiento de las personas, las culturas y la naturaleza. De hecho, para muchos esta posibilidad ominosa parece la más probable. Pero no es inevitable. La humanidad tiene el poder de prever, elegir y actuar. Aunque pueda parecer improbable, una transición hacia un futuro de vidas enriquecidas, solidaridad humana y salud del planeta es posible (The Great Transition Initiative [Iniciativa de la Gran Transición], GTI 2002: ix).
>
> La vida en nuestro planeta está en problemas. Es difícil ir a alguna parte sin ser confrontado por las heridas de nuestro mundo, la ruptura del

> tejido de la vida ... Nuestro planeta nos está enviando señales de socorro, que son tan constantes que ahora parecen casi normales ... Estas son las señales de advertencia de que vivimos en un mundo que puede llegar a su fin, al menos como un hogar de la vida consciente. Esto no quiere decir que va a terminar, sino que puede terminar. Esta misma posibilidad lo cambia todo para nosotros. ... Esto está sucediendo ahora en formas que convergen para poner en cuestión el fundamento mismo y la dirección de nuestra civilización. Una revolución global está ocurriendo... Muchos la están llamando el Gran Giro (Macy 2007: 17, 140).
>
> Si aceptamos la muerte de nuestro propio cuerpo humano, tal vez podamos empezar a aceptar la eventual muerte de nuestra propia civilización... El calentamiento global es un síntoma temprano de la muerte de nuestra civilización actual... Se puede atenuar este proceso, deteniendo [el sobreconsumo] y estando alertas, pero la única manera de hacer esto es aceptar la muerte eventual de esta civilización (Hanh 2008: 57).

Aunque lo que estos autores entienden por civilización no es necesariamente lo mismo, estos pronunciamientos en términos generales se refieren al modelo cultural que ha prevalecido en Occidente durante los últimos siglos: el modelo de 'crecimiento industrial' (Macy), un modo de vida centrado en el consumo (Hanh), con sus ideologías reinantes de materialismo, capitalismo de mercado y progreso (GTI). Y aunque resulta sorprendente encontrar un venerado maestro budista (Thich Nhat Hanh) que nos pide meditar sobre la muerte de la civilización actual, muchas de las visiones más seculares enfatizan una profunda transformación de los valores. De hecho, los DsT más imaginativos vinculan aspectos de la realidad que se habían mantenido separados en las imaginaciones anteriores de la transformación social: ontológicos, culturales, político-económicos, ecológicos y espirituales. Estos son reunidos por una profunda preocupación por el sufrimiento humano y el destino de la vida misma. Por 'vida' me refiero al conjunto interminable de formas y entidades que componen el pluriverso –desde lo biofísico a lo humano y lo sobrenatural– y los procesos por los que vienen a ser. Esto va claramente más allá de una preocupación por la 'naturaleza', aunque la mayoría de los DsT están atravesados por los temas ecológicos; no podía ser de otra manera, dado que son motivados por, y responden a, las crisis interrelacionadas de energía, alimentos, clima y pobreza.

Comunes a muchos de los discursos de la transición, y tal vez mejor ejemplificado por GTI, es que la humanidad está en un punto de bifurcación y entrando en una fase planetaria de la civilización, como resultado de la expansión acelerada de la era moderna de las últimas décadas, un sistema global tomando forma, fundamentalmente diferente de etapas históricas anteriores. El carácter de la transición dependerá de cual visión del mundo prevalece. La clave es anticiparse a los despliegues de las crisis, imaginar futuros alternativos y tomar las decisiones adecuadas. El GTI distingue entre tres visiones del mundo o formas de pensar –evolucionaria, catastrófica y transformacional– con sus

correspondientes escenarios globales: mundos convencionales, barbarización y la Gran Transición (GT).[15] Solo la última promete soluciones duraderas a los desafíos de la sostenibilidad, pero requiere cambios fundamentales en los valores, así como nuevos arreglos socio-económicos e institucionales. El paradigma de la GT redefine el progreso en términos no-materiales de la realización humana. Enfatiza la interconectividad e imagina una producción desmaterializada, la disociación de bienestar del consumo y el cultivo de nuevos valores (por ejemplo, la solidaridad, la ética, la comunidad, el significado). Su objetivo es posibilitar una era de energía renovable. La GT implica, sobre todo, un cambio de valores dirigido hacia una visión global alternativa, que sustituye el 'capitalismo industrial' con una 'globalización civilizadora'.

La noción de Thomas Berry de La Gran Obra –una transición "de la época en que los humanos eran una fuerza perturbadora en el planeta Tierra al período en que los seres humanos se hacen presentes al planeta enriqueciéndose mutuamente" (1999: 11)–, ha sido influyente en los DsT. Berry llama a la nueva era Ecozoica.[16] Para Berry, "la raíz más profunda de la actual devastación se encuentra en el modo de conciencia que ha establecido una discontinuidad radical entre los seres humanos y otros modos de ser y la concesión de todos los derechos a los seres humanos" (p. 4). La radical discontinuidad entre los ámbitos humanos y no humanos es la base de muchas de las críticas. Junto con la idea de un yo separado

---

15 Brevemente, el escenario 'mundos convencionales' se basa en las fuerzas del mercado (los mercados globales impulsando el desarrollo global) o en la reforma política (el gobierno comprehensivo y la acción internacional para la reducción de la pobreza y la sustentabilidad ambiental), o una combinación de ambos. Estos escenarios podrían alcanzar una cierta moderación de las tendencias actuales, pero no pueden reunir la voluntad política para hacer que sus objetivos declarados sean viables. Del mismo modo, el segundo escenario, la 'barbarización', tiene dos variantes: el 'colapso' (colapso institucional) y el 'mundo fortaleza' (apartheid global con la vasta mayoría del mundo excluido). Escritos de la GTI incluyen ideas sobre cómo trabajar hacia la transición a través de cambios institucionales y culturales concretos. La GTI se basa en el influyente análisis de escenarios y puntos de ramificación elaborado por el ecologista argentino Gilberto Gallopín. La GTI tiene actualmente su sede en el Instituto Tellus dirigido por Paul Raskin. Ver GTI (2002), y el sitio web del proyecto, Iniciativa de la Gran Transición: http://www.gtinitiative.org/. Muchas de estas concepciones se basan en un marco de sistemas socio-naturales complejos interactuantes desde la comunidad al nivel planetario. Mientras que los escenarios más convencionales implican una teleología clara, el tipo de escenarios de la GTI se construyen sobre principios dinámicos no-lineales como parte del concepto de transición. Esto incluye los conceptos de bifurcación y macro-saltos (véase, por ejemplo, Goodwin 2007; Laszlo 2008). Hay que decir que a pesar de su carácter global, la mayoría de los DsT todavía tiene la experiencia moderna occidental como punto de referencia y motor de cambio. Si bien esto tiene sentido dadas las hegemonías modernas, los DsT críticos requieren la incorporación de manera más explícita de las experiencias y las dinámicas de las socio-naturalezas en el Sur global.

16 Ver Greene (2003) y el trabajo del Centro de Estudios Ecozoicos en Chapel Hill, dirigido por Herman Greene http://www.ecozoicstudies.org/.

(el 'individuo' de la teoría liberal, separado de la comunidad), esta discontinuidad se ve como el rasgo más fundamental de la ontología moderna. La superación de estas dos divisiones se plantea como fundamental para la sanación de la sociedad y el planeta desde las visiones seculares y religiosas por igual –ya sea a través de las nociones de la interconectividad y la interdependencia de la ecología, la idea de inter-existencia y co-emergencia de todos los seres del budismo, o los marcos basados en la auto-organización y la complejidad para los cuales lo que importa es la comprensión de los sistemas de relaciones co-emergentes–.A las divisiones mencionadas anteriormente se agrega una tercera, entre los ámbitos humano y espiritual, o entre fe y razón, como se explica, de forma diciente, por parte de algunos científicos de sistemas y de la complejidad (por ejemplo, Laszlo 2008; Kauffman 2008). El enfatizar en la concepción de la Tierra como un sistema vivo donde todos los seres están profundamente interconectados, Macy (2007; Macy y Brown 1998) habla de una revolución cognitiva y espiritual que implica la desaparición del yo moderno y su sustitución por un yo ecológico, no dualista, que se vuelve a conectar con todos los seres y recupera el sentido del tiempo evolutivo, borrado por el tiempo lineal de la modernidad capitalista; solo de esta manera podremos aprender de nuevo a estar "en asociación con los seres del futuro" (Macy 2007: 191), "sanar a nuestra cultura fragmentada" (Goodwin 2007), y avanzar por los caminos de la transición.

Muchos de los DsT están sintonizados con la necesidad de desplazarse hacia economías post-carbono o post-combustibles fósiles. Vandana Shiva ha abogado por esto con una fuerza y perspicacia especial (véase especialmente 2005, 2008). Para Shiva, la clave de la transición 'del petróleo al suelo' (*from oil to soil*) –de un paradigma mecánico-industrial centrado en los mercados globalizados a uno centrado en la gente y el planeta, que ella llama democracia de la tierra– se encuentra en las estrategias de re-localización, es decir, la construcción de sistemas descentralizados de energía y producción de alimentos orgánicos basados en la biovidersidad y apoyados en formas de democracia directa, el conocimiento basado-en-lugar, las economías locales, y la preservación de los suelos y la integridad ecológica. Los DsT de este tipo muestran una aguda conciencia de los derechos de las comunidades a sus territorios y recursos, de los patrones tremendamente desiguales del consumo mundial, el impacto ambiental y las estructuras de explotación mantenidas por el capitalismo, y de la consiguiente necesidad de justicia social y ambiental. Esta es la razón de su insistencia en que "el imperativo que cambiemos nuestra manera de vivir" si queremos "ir más allá del petróleo" esté acoplado con la visión de la "necesidad de reinventar la sociedad, la tecnología y la economía" (Shiva 2008: 1). En otras palabras, las críticas al capitalismo, el cambio cultural (a veces incluyendo la espiritualidad), y la ecología son sistemáticamente conectadas unas con otras en el diagnóstico de los problemas y posibles caminos a seguir (ver también, por ejemplo, Sachs y Santarius 2007; Korten 2006; Santos 2007, Hathaway y Boff 2009; Mooney *et al.* 2006; Shafer 2008).

La propuesta de la 'ecología de la transformación' (Hathaway y Boff 2009) se considera como la vía para contrarrestar los estragos del capitalismo global y para la construcción de comunidades sustentables. Para Boff y Hathaway, los principales componentes de la estrategia son la justicia ecológica, la diversidad biológica y cultural, el biorregionalismo, el arraigo al lugar, la autonomía y la transparencia, la democracia participativa y la auto-organización cooperativa. Esta ecología supone una 'cosmología de la liberación' que está en sintonía con un tipo de espiritualidad adecuada a una era Ecozoica.

Una de las propuestas más concretas para una transición hacia una sociedad post-combustible fósil que responda adecuadamente a la crisis del petróleo y el cambio climático es el enfoque de la transición diseñado para poblados y comunidades con el objetivo de que creen crear sus propios discursos, escenarios y prácticas de transición: lo que se refiere como 'iniciativa de transiciones locales', ITL (*transition town* initiative; ver Hopkins 2008; Chamberlin 2009). Esta convincente visión comprende tanto el esbozo de un escenario post-petróleo a largo plazo y una guía para los poblados y comunidades a avanzar en un marco temporal de la transición. Una vez más, la re-localización de alimentos, energía y de la toma de decisiones son elementos cruciales de las ITL. La ITL también contempla la revitalización de las comunidades para que sean más localizadas y autosuficientes, con menos infraestructuras de energía ('descenso energético' o 'bajón de electricidad'), y, muy importante, las herramientas y procesos para la reconstrucción de la resilencia de los ecosistemas y las comunidades erosionada por siglos de sistemas económicos y políticos deslocalizados, dirigidos por expertos. La resilencia es en realidad el enfoque alternativo de la transición a las nociones convencionales de sostenibilidad; este enfoque requiere 'sembrar' las comunidades con diversidad, el aumento de la confianza social y ecológica en la auto-organización, el fortalecimiento de la capacidad de producir localmente lo que se puede producir localmente, y así sucesivamente. Tal como está planteada, sin embargo, la ITL, se encuentra más cerca al desarrollo alternativo que a las alternativas al desarrollo. Hay, pues, un puente importante que necesita ser construido entre la visión de la ITL y el postdesarrollo.[17]

En conjunto, se puede decir que estos trabajos imaginan una ecología de la transición, la cual puede ser considerada como un subcampo del campo más amplio de los estudios de la transición con el cual comenzó esta sección. Esta ecología de la transición plantea una profunda transformación cultural,

---

17 El enfoque de la transición es un concepto extraordinario y un conjunto de herramientas. Iniciado en la ciudad de Totnes, Devon, Reino Unido (también el hogar del Schumacher College), se ha extendido rápidamente. Más de cien comunidades en todo el mundo han elaborado planes de la transición inspirados en el Manual. La cartilla para las iniciativas de la transición es detallada y viable. Véase también el sitio web relacionado, http://transitionculture.org/.

económica, científica y política de las instituciones y prácticas dominantes –una tarea difícil por cierto–. Al enfatizar la re-localización y la reconstrucción de las comunidades locales, va directamente en contra de la mayoría de los discursos y fuerzas de la globalización, apuesta al hecho de que lo 'pequeño' no solo es posible sino tal vez inevitable (por ejemplo, Hopkins 2008: 68-77; Estill 2008). Al hacer visibles los dañinos efectos de las instituciones culturales del individuo y el mercado, dirigen nuestra atención a la necesidad de reconstruir la identidad y la economía, muchas veces en conjunto con las comunidades en las que los regímenes de la persona y el mercado todavía no se han consolidado completamente en la vida socio-natural. Abogan por una economía diversa que tiene un fuerte fundamento en las comunidades, aunque, por supuesto, no está circunscrita a lo local (Gibson-Graham 2006). El foco de muchos DsT sobre la espiritualidad es un recordatorio de la exclusión sistemática de este importante sector en nuestras academias seculares. Al enfatizar la continuidad entre naturaleza y cultura, en fin, los DsT resaltan uno de los imperativos fundamentales de nuestro tiempo: la necesidad de volver a conectarnos entre sí y con el mundo no humano. Esta última es también una llamada para el posicionamiento del pluriverso, como veremos en la siguiente sección.[18]

## IV. América Latina: ¿hacia un pluriverso?[19]

Algunos movimientos y debates intelectuales de América Latina intuyen medidas posibles para alejarse del 'modelo civilizatorio' de la modernización y el desarrollo globalizado. Reunión tras reunión de pueblos indígenas, afrodescendientes, mujeres y campesinos, la crisis del modelo civilizatorio occidental es invocada como la causa más importante de la actual crisis global de energía/clima y pobreza. Un cambio hacia un nuevo paradigma cultural y económico es reconocido tanto como necesario y como activamente en construcción.[20] Si bien

---

18 No voy a discutir aquí con más detalle lo que podríamos llamar 'la política de la transición', la cuals quedan implícitas en muchos DsT. Esta política puede ser fructíferamente teorizada desde la izquierda y enfoques académicos (por ejemplo, los imaginarios autonomistas anti-capitalistas, las politicas anti-capitalistas deleuzeVna, la geografía crítica, etc.), pero necesitaran enfrentar los desafíos epistémicos y ontológicos de los discursos de la transición no eurocéntrica y biocéntrica. En mi opinión, la sociología de las ausencias y de las emergencias de Boaventura de Sousa Santos (2007) constituye el marco general más útil para pensar la política de la transición/traducción.

19 Para un exhaustivo abordaje de las transformaciones de América Latina durante la última década, incluyendo el argumento aquí realizado, y una serie completa de referencias, véase Escobar (2010a).

20 Véase la edición N ° 453 de América Latina en Movimiento (marzo de 2010) dedicada a las "Alternativas civilizatorias", http://alainet.org/publica/453.phtml. Un foro acerca de "Perspectivas sobre la 'Crisis de la Civilización' en el enfoque de los movimientos" se celebró en el Foro Social Mundial en Dakar (6 a 11 febrero, 2011), coordinado por Roberto Espinoza, Janet Conway, Jai Sen y Carlos Torres. Se contó con participantes de varios continentes.

el énfasis en una transición a nivel de todo el modelo de la sociedad es más fuerte entre algunos movimientos indígenas, también se encuentra, por ejemplo, en redes agroecológicas para las cuales solo un cambio hacia los sistemas agroecológicos de producción de alimentos localizados nos puede sacar de la crisis climática y alimentaria. Las propuestas agroecológicas resuenan con Shiva, y se les hacen eco parcialmente en la red global Vía Campesina, centrada en la soberanía alimentaria sobre la agricultura de base campesina. El significado de la transición y el postdesarrollo se puede vislumbrar con claridad en los debates más recientes sobre la definición del desarrollo y los derechos de la naturaleza que tienen lugar en países como Ecuador y Bolivia; y en una nueva ola de movimientos y luchas en estos países y en otras partes del continente que pueden ser interpretadas en términos de dos procesos interrelacionados, a saber, la activación de las ontologías relacionales y una redefinición de la autonomía política. Si bien estas tendencias son contradictorias y debatidas profundamente, apuntan hacia la importancia del postdesarrollo y hacen tangible la noción de órdenes sociales postliberales.

Las constituciones de Ecuador y Bolivia, sancionadas en 2008, han ganado una bien merecida atención internacional debido a sus tratamientos pioneros del desarrollo y, en el caso ecuatoriano, de los derechos de la naturaleza. Cabe destacar que estas constituciones son el resultado de complejas luchas sociales, culturales y políticas que se agudizaron en la década pasada. Las constituciones introdujeron una nueva noción de desarrollo centrada en el concepto de *sumak kawsay* (en quechua), *suma qamaña* (en aymara) o *buen vivir* (en español). Como Alberto Acosta, uno de los arquitectos más destacados de la constitución ecuatoriana, plantea el *sumak kawsay* supone una ruptura conceptual con las concepciones de desarrollo de las últimas seis décadas. Más que una declaración constitucional, “el Buen Vivir constituye una oportunidad para construir colectivamente un nuevo régimen de desarrollo” (2009: 6). Aunque un número de fuentes se citan como la base de esta concepción –incluyendo análisis críticos del desarrollo y del postdesarrollo, así como perspectivas feministas, ecologistas, y enfoques de desarrollo humano– la mayor proporción del crédito la tienen las organizaciones indígenas. Para Catherine Walsh, “la visión integral y la condición básica del Buen Vivir que han sido la base de las cosmovisiones, filosofías de vida y las prácticas de los pueblos del *Abya Yala* y los descendientes de la diáspora africana desde hace siglos, son ahora re-aprehendidos como guías para la refundación del Estado y la sociedad boliviana y ecuatoriana” (2009: 5). En efecto, se puede decir que el *sumak kawsay* y *suma qamaña* nacen “de la periferia social de la periferia global”, como lo ha planteado el crítico del desarrollo español José María Tortosa (citado en Acosta 2010). Para el sociólogo peruano Aníbal Quijano (2010), el Buen Vivir constituye un nuevo horizonte de sentido histórico, surgido de la larga historia de resistencia indígena contra el sistema mundo moderno/colonial eurocéntrico.

Muy sucintamente, y siguiendo a Acosta y a Gudynas,[21] el Buen Vivir (BV) surgió de varias décadas de luchas indígenas, las cuales se articularon con agendas múltiples de cambios sociales de los campesinos, afrodescendientes, ambientalistas, estudiantes, mujeres y jóvenes. Cristalizado en 99 artículos de la Constitución (de un total de 444), el BV "se presenta como una oportunidad para la construcción colectiva de una nueva forma de vida" (Acosta 2010: 7). Antes que una intervención aislada, el BV debe considerarse en el contexto de toda una gama de innovaciones constitucionales pioneras, incluyendo el replanteamiento del Estado en términos de plurinacionalidad, de la sociedad en términos de interculturalidad, una noción amplia e integral de los derechos (incluidos los derechos a la naturaleza, abajo), y un modelo de desarrollo reformado, cuyo objetivo es precisamente la realización del BV. Todas estas innovaciones, además, deben ser consideradas como multi-culturales, multi-epistémicas, y en términos de procesos de construcción política profundamente negociados y a menudo contradictorios. Es claro, sin embargo, que el BV constituye un desafío a nociones de desarrollo de larga data.

Las ontologías o 'cosmovisiones' indígenas no implican una noción lineal del desarrollo, ni un estado de 'subdesarrollo' que hay que superar, ni están basadas en la 'escasez' o la primacía de los bienes materiales. Haciendo eco de estos principios, el BV pretende introducir una filosofía de vida diferente en la visión de sociedad. Esto hace posible una ética del desarrollo que subordina los objetivos económicos a criterios ecológicos, a la dignidad humana y a la justicia social. El desarrollo como Buen Vivir busca articular la economía, el medio ambiente, la sociedad y la cultura en nuevas formas, llamando a las economías sociales y solidarias mixtas; introduce temas de justicia social e intergeneracional en los espacios de los principios del desarrollo; reconoce las diferencias culturales y de género, posicionando la interculturalidad como principio rector; y permite los nuevos énfasis político-económicos, tales como la soberanía alimentaria, el control de los recursos naturales y un derecho humano al agua. Sería un error, sin embargo, considerar el BV como un proyecto cultural-político puramente andino, un punto que Acosta (2010) afirma rotundamente. Como ya se mencionó, el BV también está influenciado por las corrientes críticas del pensamiento occidental, y su objetivo es influir en los debates globales. Dicho esto, existe un amplio reconocimiento de que los conocimientos indígenas y afro han sido sometidos a procesos de marginación de larga data, o lo que en algunas de las perspectivas actuales de América Latina se conoce como 'colonialidad'. El BV, de esta manera, busca revertir la colonialidad del poder, del conocimiento y del ser que han caracterizado al sistema mundo moderno/colonial desde la conquista (Quijano 2010). En algunos debates en los países andinos, esto se conoce como 'descolonización epistémica'.

---

21 Para la presentación y análisis de las nociones de Buen Vivir, derechos de la naturaleza y la plurinacionalidad, ver los valiosos pequeños volúmenes de Acosta y Martínez, eds. (2009a, 2009b, 2009c), Acosta (2010), y Gudynas (2009a, 2009b).

Muchos de los argumentos acerca del BV también se pueden hacer con respecto a otra idea principal de la Constitución, la de los derechos de la naturaleza; de hecho, los dos aspectos están estrechamente relacionados entre sí. Para el ecologista social uruguayo Eduardo Gudynas (2009a, 2009b), los derechos de la naturaleza o la *Pachamama*, reconocidos en la nueva Constitución del Ecuador, representan un 'giro biocentrico' sin precedentes, lejos del antropocentrismo de la modernidad. Para Gudynas, este movimiento resuena tanto con las cosmovisiones de los grupos étnicos como con los principios de la ecología. Dotar a la naturaleza de los derechos significa pasar de una concepción de la naturaleza como objeto para ser explotado a una en la que la naturaleza es vista como sujeto; de hecho, en esta concepción la idea de los derechos de la naturaleza está íntimamente relacionada con el derecho a existir de los seres humanos. Este aspecto de la Constitución busca contrarrestar un supuesto ontológico central del sistema capitalista moderno/colonial, que está en la base de la destrucción sistemática de la existencia biofísica, es decir, la separación entre los seres humanos y no humanos. También implica una noción ecológica expandida del yo que, a diferencia de la noción liberal, considera al yo profundamente interconectado con todos los otros seres vivos y, en última instancia, con el planeta como un todo. Para Gudynas, esto equivale a una especie de 'meta-ciudadanía ecológica', una forma plural de la ciudadanía que involucra dimensiones culturales y ecológicas, y que requiere tanto de la justicia ambiental como de la justicia ecológica para la protección de las personas y la naturaleza, respectivamente.[22] De este modo, el giro biocéntrico en la Constitución representa un ejemplo concreto de la transformación civilizacional imaginada por los discursos de la transición discutidos anteriormente.

El reconocimiento de los derechos de la naturaleza está estrechamente relacionada con el último aspecto de las transformaciones de América Latina que quiero discutir, aunque sea muy brevemente; esto es la noción y la práctica de la relacionalidad.[23] Hay una convergencia interesante entre ciertas narrativas filosóficas, biológicas y de los pueblos indígenas en la afirmación de que la vida implica la creación de la forma (la diferencia, la morfogénesis) a partir de la dinámica de la materia y la energía.[24] En estas concepciones, el mundo es un pluriverso, en incesante movimiento, una red siempre cambiante de interrelaciones entre seres humanos y no humanos. Es importante señalar, sin embargo, que el pluriverso da lugar a coherencias y cristaliza en prácticas y estructuras a través de procesos que tienen mucho que ver con los significados y el poder; de esta manera esto se puede ver en términos de una multiplicidad de mundos. Con la ontología moderna, como ya

---

22 En ambos, Gudynas y Macy, esta noción transformada del yo se basa en el enfoque de ecología profunda de Arne Naess y su visión pionera del yo ecológico.

23 Ver Escobar (2010b) para una discusión completa de la literatura sobre la relacionalidad en geografía, antropología y ecología.

24 En algunos relatos indígenas, la creación de la forma es vista como el paso de la 'indistinción' a la 'distinción' (véase, por ejemplo, Blaser 2010 para el caso de los Yshiro de Paraguay).

se ha sugerido, ciertas construcciones y prácticas han llegado a ser prominentes. Estos supuestos incluyen la primacía ontológica de los seres humanos sobre los no-humanos (la separación de la naturaleza y la cultura) y de algunos seres humanos sobre otros (la brecha colonial entre el Occidente/moderno y el resto/ no moderno); la separación del individuo autónomo de la comunidad; la creencia en el conocimiento objetivo, la razón y la ciencia como los únicos modos de conocimiento válido; y la construcción cultural de la 'economía' como un reino independiente de la vida social, con el 'mercado' como una entidad auto-regulada. Los mundos y saberes construidos sobre la base de estos compromisos ontológicos devinieron en 'un universo'. Este universo ha adquirido cierta coherencia en formas socio-naturales como el capitalismo, el Estado, el individuo, la agricultura industrial, proyectos de macro-desarrollo, y así sucesivamente.[25]

Es precisamente este conjunto de supuestos que las discusiones sobre el BV y los derechos de la naturaleza perturban. A pesar de que no se puede discutir este punto aquí en detalle, perturbar las construcciones modernas apunta a la existencia de órdenes sociales no-liberales o post-liberales;[26] estos son mundos que van más allá de las nociones liberales fundacionales del individuo, la propiedad privada y la democracia representativa. Dicho en términos antropológicos y filosóficos, estos mundos no-liberales están basados-en-lugar y pueden ser caracterizados como instancias de cosmovisiones u ontologías relacionales. Ontologías relacionales son aquellas que evitan la división entre naturaleza y cultura, entre individuo y comunidad, y entre nosotros y ellos que son fundamentales para la ontología moderna. Esto quiere decir que algunas de las luchas en Ecuador y en Bolivia (y en otras partes del continente, incluyendo las luchas por la autonomía en Chiapas y Oaxaca, así como las luchas indígenas y afro y otras luchas campesinas en Colombia, Perú, Guatemala, y otros países) pueden leerse como *luchas ontológicas*; tienen el potencial de desnaturalizar los dualismos hegemónicos en los que se funda el orden liberal (Blaser 2010, de la Cadena 2010, Escobar 2010a, Povinelli 2001). La tendencia universal y homolingüe de la modernidad dicta que se debe tratar de dominar esos mundos diferentes, es decir, borrar el pluriverso. El visibilizar el pluriverso

---

25 Esta es una elaboración muy incompleta de lo que es un debate complejo que involucra cuatro posiciones sobre la modernidad: a) la modernidad como un proceso universal de origen europeo (discursos intra-euro/estadounidenses), b) las modernidades alternativas (variantes locales específicas de la misma modernidad universal), c) las modernidades múltiples, es decir, la modernidad como multiplicidad sin un origen o matriz cultural únicos (Grossberg 2010), d) la modernidad/colonialidad, que señala la inextricable imbricación de la modernidad con la clasificación colonial de los pueblos en jerarquías, y la posibilidad de 'alternativas a la modernidad' o la transmodernidad. Ver Escobar (2008a), Capítulo 4 para un tratamiento más completo.

26 Ver Escobar (2010a) para una discusión completa, con especial referencia a Bolivia y, en particular, al trabajo de intelectuales aymara y otros latinoamericanos sobre el tema.28 Algunos de los textos principales incluyen Esteva (1997, 2005, 2006), Gutiérrez (2008), Mamani (2005, 2006), Zibechi (2006) y Patzi (2004).

centrándose en los conflictos ontológicos –es decir, los conflictos que surgen del encuentro desigual entre dos mundos, como en tantos conflictos relacionados con la explotación de los recursos hoy en día–se puede decir que constituyen un campo de estudio, al que se refiere Blaser (2010) como ontología política.[27]

La aparición de las ontologías relacionales desafía el fundamento epistémico de la política moderna. Que la identificación de la naturaleza con la *Pachamama*, y el hecho de que está dotada de 'derechos' va más allá de un ambientalismo políticamente correcto, dado que la *Pachamama* no puede encajar fácilmente en la estructura filosófica de la constitución moderna, en la cual la naturaleza es vista como un objeto inerte para que los seres humanos se la apropien. Su inclusión en la Constitución contribuye así a romper el espacio político y epistémico moderno ya que ocurre por fuera de dicho espacio (De la Cadena 2010). Algo similar puede decirse de la noción del Buen Vivir. Ambos conceptos se basan en supuestos ontológicos en los que todos los seres existen siempre en relación, y no como 'objetos' o individuos. Lo que está en juego en muchas movilizaciones político-culturales en América Latina en la actualidad, de esta manera, es la activación política de las ontologías relacionales; estas movilizaciones se refieren así a *una manera diferente de imaginar la vida*, a un otro modo de existencia (Quijano 2010). Apuntan hacia el pluriverso; en la conocida fórmula de los zapatistas, el pluriverso puede ser descrito como "un mundo donde quepan muchos mundos". Tal vez de manera más abstracta, el pluriverso indica las luchas por lograr 'mundos y conocimientos de otro modo' –es decir, mundos y saberes construidos sobre la base de los diferentes compromisos ontológicos, configuraciones epistémicas y prácticas del ser, saber y hacer–.

Las nociones de prácticas no-liberales y no-capitalistas están siendo activamente desarrolladas en América Latina, particularmente en relación con las formas urbanas y rurales de la movilización popular en Oaxaca, Chiapas, Ecuador, Bolivia y el suroccidente de Colombia.[28] No se trata simplemente de nociones teóricas, sino el resultado de los enraizados análisis políticos, particularmente en términos del desarrollo de las formas de autonomía que incluyen formas no estatales de poder derivadas de las prácticas comunnales culturales, económicas y políticas (Esteva 1997, 2005, 2006; Patzi 2004; Mamani 2005, 2006; Zibechi 2006; Gutiérrez 2008). En algunos casos, como en las comunidades zapatistas de Chiapas o las comunidades indígenas de Oaxaca, las formas autónomas de gobierno comunal contemporáneas se consideran enraizadas en varios siglos de resistencia indígena. En otros casos, como las comunidades aymaras urbanas de El Alto, Bolivia, lo que ocurre es una

---

27 Los conflictos ontológicos involucrados en las economías neo-extractivistas son objeto de un proyecto de investigación colaborativa adelantado por Mario Blaser, Marisol de la Cadena y este autor. El objetivo general del proyecto es el de la teorización del pluriverso como un espacio de las prácticas ontológicas-políticas.

28 Algunos de los textos principales incluyen Esteva (1997, 2005, 2006), Gutiérrez (2008), Mamani (2005, 2006), Zibechi (2006) y Patzi (2004).

creativa re-constitución de la lógica comunitaria sobre la base de nuevas formas de territorialidad. Sin embargo, la mayoría de los casos de organización autónoma implican ciertas prácticas clave, tales como las asambleas comunales, la rotación de las obligaciones y formas de poder horizontal y disperso. En las formas comunales, el poder no funciona sobre la base de la representación liberal, sino que se funda en formas alternativas de organización social. La autonomía es, pues, un proceso tanto cultural como político. Se trata de formas autónomas de existencia y organización política autónoma y de toma de decisiones. Como lo dicen los zapatistas, el objetivo de la autonomía no es tanto tomar el poder y cambiar el mundo sino crear uno nuevo. La autonomía puede ser descrita en términos de democracia radical, autodeterminación cultural y autogobierno.

Lo que surge de esta interpretación es una cuestión fundamental, la de "*ser capaz de estabilizar en el tiempo* un modo de regulación fuera de, *contra y más allá* del orden social impuesto por la producción capitalista y el Estado liberal" (Gutiérrez 2008: 46). Esta propuesta implica tres puntos básicos: la descentralización y el desplazamiento constante de la economía capitalista con la consiguiente expansión de diversas formas de economía, incluyendo las formas comunitarias y no capitalistas; la descentralización de la democracia representativa y el establecimiento en su lugar de formas de democracia directa, autónoma y comunales; y el establecimiento de mecanismos de pluralismo epistémico y cultural (interculturalidad), entre ontologías y mundos culturales diferentes. Desde una perspectiva postestructuralista, es posible hablar de la aparición de formas post-liberales y postcapitalistas de organización social. Es importante dejar en claro una vez más lo que significa el 'post'. El postdesarrollo señaló la posibilidad de visualizar una época donde el desarrollo dejaba de ser un principio central de organización de la vida social; más aún, visualizaba tal desplazamiento como ocurriendo en el presente. Lo mismo es cierto para el post-liberalismo, como un espacio/tiempo en construcción, cuando la vida social ya no es completamente determinada por las construcciones de la economía, el individuo, la racionalidad instrumental, la propiedad privada, y así sucesivamente. 'Postcapitalista' significa igualmente ver la economía como formada por una diversidad de prácticas capitalistas, capitalistas alternativas y no capitalistas (Gibson-Graham 2006). El *post*, de manera sucinta, significa un descentramiento del capitalismo en la definición de la economía, del liberalismo en la definición de la sociedad y de las formas estatales de poder como la matriz definidora de organización social. Esto no quiere decir que las formas del capitalismo, el liberalismo y el Estado dejarán de existir, sino que *su centralidad discursiva y social se han desplazado en alguna medida*, por lo que el rango de las actuales experiencias sociales que son consideradas como alternativas válidas y creíbles a lo que existe se amplía de manera significativa (Santos 2007).

Como enfatizan los proponentes del BV y de los derechos de la naturaleza, estas nociones deben considerarse como procesos en construcción en lugar de conceptos acabados. Esto es aun más valido al considerar que la mayor parte de las políticas de los gobiernos progresistas en la actualidad minan las propias condiciones para

su realización. A pesar de su ruptura con muchos de los principales postulados del modelo económico neoliberal, la mayoría de estos gobiernos mantienen estrategias de desarrollo basadas en la exportación de recursos naturales, tales como materias primas agrícolas y minerales, incluyendo petróleo y gas, pero también nuevas rúbricas como la soja en Argentina y Brasil. La principal diferencia en estas políticas de gobierno reside en que los ingresos se apropian de manera diferente, con especial énfasis en la reducción de la pobreza a través de políticas redistributivas. Pero la orientación neo-extractivista del modelo plantea un enorme desafío y es la principal fuente de tensión entre Estados y sectores de la sociedad civil (Gudynas 2010a). Este modelo afecta enormemente las posibilidades de la aplicación de los derechos a la naturaleza, en tanto el neo-extractivismo de los gobiernos progresistas no solo toleran sino que coexiste fácilmente con la destrucción del ambiente (Gudynas 2010b). También está claro, sin embargo, que los conceptos de derechos de la naturaleza y Buen Vivir han logrado colocar la cuestión del desarrollo nuevamente en la agenda con particular agudeza. Esto implica, a su vez, la apertura de la cuestión de la transición a una sociedad post-extractivista. En Ecuador y Bolivia en particular, el post-estractivismo y el post-desarrollo reúnen en un debate crucial e intenso al Estado, las ONG, los movimientos sociales y los intelectuales. Existe la sensación de un impasse creado por la tensa convivencia de las políticas progresistas pero aún economicistas y desarrollistas a nivel del Estado, por un lado, y la capacidad de los movimientos para cuestionar tales políticas desde abajo –un tipo de 'mezcla promiscua' de la hegemonía capitalista y los contrapoderes del movimiento, de exigencias radicales para el cambio y la reconstitución de la dominación– (Colectivo Situaciones, ed. 2009). Cómo opera esta dinámica en cada país no puede ser decidido de antemano y será de importancia más allá de la región dada la intensificación del extractivismo en el mundo por el capitalismo colonial global –una recolonización global cada vez más cínica y destructiva, como lo sugieren las lecturas críticas de la película *Avatar*–.

Para volver una última vez a la pregunta con la que se inició este capítulo, ¿sigue siendo útil la noción de postdesarrollo para transmitir tanto el decentramiento del desarrollo y la reorientación de la práctica? Es cierto que el 'postdesarrollo' ha llegado a tener muy diversos, y a menudo dispares, significados. Esta es la razón por la que traté de caracterizarle de nuevo con cuidado al principio de estas notas. También es importante reconocer la existencia de otras aéreas de investigación y de la vida social que podrían ser considerados relacionadas con, o como avanzando hacia, el postdesarrollo.[29] Al mismo tiempo, es posible identificar las áreas en las cuales el análisis del postdesarrollo continúa siendo de utilidad

29 En nuestra discusión sobre el estado actual de postdesarrollo (abril 2010), Gudynas y yo hemos identificado varias áreas principales o corrientes relacionadas con el postdesarrollo. Entre ellas, además del BV y el biocentrismo, se encuentran los debates sobre la desmaterialización y el decrecimiento, las múltiples formas de valoración, la territorialidad y las nuevas formas de concebir la ruralidad, la decolonialidad, el cuidado y la espiritualidad, y las ontologías relacionales. Está claro que solo me he referido a algunas de ellas en este prefacio.

directa, incluyendo las siguientes: el surgimiento de nuevos espacios, como el Buen Vivir, para reconceptualizar la realidad social y, por lo tanto, para descentrar el desarrollo; los cambios en las condiciones de la producción del conocimiento sobre el desarrollo ('economía política de la verdad' del desarrollo), resultando en una pluralización de los conocimientos, incluidos los de los activistas de los movimientos sociales; y un cuestionamiento renovado de principios fundamentales de la modernidad eurocéntrica –desde el progreso lineal y el valor económico estándar hasta el individuo liberal y la naturaleza como inerte– fortaleciendo así los enfoques no antropocéntricos y no economicistas. El postdesarrollo sigue siendo útil en la articulación de las críticas de las tendencias existentes (por ejemplo, el neo-extractivismo), para descentrar los debates y orientar la investigación hacia posibilidades no-economicistas, y para mantener vivo el imaginario del más allá del desarrollo y de las alternativas *al* desarrollo (por ejemplo, el post-extractivismo y las transiciones culturales y ecológicas). Por supuesto, es el caso de que muchos de estos aspectos críticos relativos a la globalización, la naturaleza y la economía han surgido en respuesta a otros procesos sociales, intelectuales y políticos, y no necesariamente en relación con el desarrollo *per se*. En este sentido, sería más apropiado sugerir que el postdesarrollo sigue siendo un concepto apto para volver a impulsar, y contribuir a articular, muchas de las preguntas cruciales del presente.

Más que un desarrollo alternativo, el Buen Vivir constituye una alternativa al desarrollo, y en esa medida se puede ver como un avance en "el camino hacia el postdesarrollo" (Acosta 2010). En el mejor de los casos, se puede decir que el despliegue de conceptos y de las luchas en torno al Buen Vivir y los derechos de la naturaleza, surgiendo bajo la influencia toque de la autonomía, constituyen una teoría y práctica post-dualista: es decir, una práctica del inter-ser. Como tales, son elementos clave en los diseños para el pluriverso. Implican formas relacionales de ser, hacer y conocer. De esta manera, las tendencias revisadas en esta sección se sitúan de lleno dentro de los discursos de la transición. Esto permite una cierta radicalización de la discusión del postdesarrollo. Esta es una discusión en la que todas las voces críticas pueden contribuir, ya sea en el Sur o el Norte global.

## Conclusión. El fin de la globalización (tal como la conocíamos)

En su libro, *El fin del capitalismo (como lo conocíamos)*, las geógrafas feministas JK Gibson-Graham (1996) nos invitan a imaginar un momento cuando el dominio de la economía no sea tan aparentemente natural y completamente ocupado por el capitalismo. La tendencia del capitalismo a ocupar la economía, argumentan, es por lo menos en parte, un artefacto de los discursos y hábitos de pensamiento impulsados por las teorías académicas de la economía política en ámbitos como el desarrollo y los estudios de la globalización. En otras palabras, nuestras propias teorías dotan al capitalismo con tanta capacidad para dominar y 'penetrar' que se vuelve imposible para nosotros ver el espectro de diferencia económica que

habita realmente en la vida social. En liberar la economía del capitalocentrismo, su objetivo es volver a teorizarlo como diverso, y convertir esa diversidad en un punto de encuentro para las luchas por las subjetividades no-capitalistas y construcciones alternativas del mundo.

Me parece que algo similar ha ocurrido con los discursos de la globalización de todo tipo. En estos discursos, ya sea convencionales o de izquierda, un supuesto 'espacio global' es visto como natural y totalmente ocupado por formas de vida socio-naturales, que son una extensión de la modernidad al estilo occidental. No importa cuán cualificada, la globalización en estos discursos siempre equivale a una profundización y a una universalización de la modernidad capitalista. Hay algo terriblemente erróneo con este imaginario, si vamos a tomar en serio los discursos de la transición y el concepto de Buen Vivir y los derechos de la naturaleza, y mucho más si queremos enfrentar la cada vez peor crisis ecológica. Para parafrasear una vez más, escarbe un discurso de la globalización y encontrará el *homo oeconomicus* por todo lado; supuestos 'individuos' insistiendo en convertirse en clones en miniatura del capitalismo (a través de, por ejemplo, la microfinanciación, el desarrollo rural modernizante); los supuestos de la racionalidad lineal como el modo automático de pensar de quienes quieran 'triunfar' en un 'mundo competitivo'; una visión de la naturaleza como recurso a extraer a cualquier precio; o incluso de grupos y movimientos que luchan desde dentro para recuperar el proyecto moderno con propósitos emancipadores. Como lo planteé en 1995, haciendo eco de la obra de la socióloga feminista canadiense Dorothy Smith (véase el Capítulo 4 de este libro), estos discursos reflejan una visión del mundo como es concebido por quienes lo gobiernan –un mundo desde arriba–. Estos discursos despliegan eficientes aparatos de poder que organizan las percepciones y experiencias de la gente.

Cabe reiterar que este punto de vista de la globalización como universal, totalmente economizada, deslocalizada, multi-cultural (aunque con las culturas modernas como el modelo por excelencia), donde 'individuos' (ricos) están dotados de 'derechos' y las naciones tienen que aceptar los dictados de la misma racionalidad global a riesgo de convertirse en 'Estados fallidos', es cada vez más posible gracias al inmenso poder de las corporaciones y mantenido dentro de niveles manejables de des/orden por la fuerza militar. La cara oculta de la globalización, de esta manera, no es otra que la colonialidad global. Desde sus mismas condiciones globales están surgiendo, sin embargo, las respuestas y las formas de creatividad y resistencia que hacen cada vez más visible la pobreza, lo pernicioso y destructivo de este imaginario.

Como lo plantea Blaser (2010), el momento actual puede ser considerado como uno de intensa lucha entre dos visiones de la globalidad: la globalidad definida como la modernidad universalizada, o la globalidad como un pluriverso –o, como lo enuncié

antes, entre el mundo como universo y el mundo como pluriverso–.[30] Antes que en términos de la globalización, esta última posibilidad sería más apropiada describirla como un proceso de planetarización articulado en torno a una visión de la Tierra como un todo viviente que está siempre emergiendo de un ensamblaje de elementos y relaciones biofísicas, humanas y espirituales que hacen el pluriverso, desde la biosfera y la mecanosfera a la noosfera. Muchas de las funciones previstas en los discursos de la transición –desde las estrategias de re-localización hasta el surgimiento de una civilización ecológica–, encontrarán un espacio más acogedor en este concepto. Tenemos que dejar de apabullar a la Tierra con los dualismos de los siglos pasados, y reconocer la interrelación, apertura y pluralidad radicales que la habitan. Para lograr este objetivo, tenemos que empezar a pensar en la práctica humana en términos de diseño ontológico, o diseño de mundos y conocimientos de otro modo. Uno de los principios del diseño ontológico es el de construir en la diversidad ya existente, o sembrar diseños con la diversidad, lo que es el principio para el pluriverso. El diseño ya no implicaría la domesticación del mundo para (algunos) propósitos humanos, sino, para retomar las palabras de Berry (1999: 11), la construcción de mundos en los que los seres humanos y la Tierra pueden co-existir enriqueciéndose mutuamente. Más políticamente, "de esta manera la defensa de la vida humana, y las condiciones de vida en el planeta, puede convertirse en el nuevo horizonte de sentido de las luchas de resistencia de la mayoría de la población mundial" (Quijano 2010: 7).

Yendo mucho más allá de la crítica, un campo naciente de los estudios pluriversales debería –y ya lo hace, como he tratado de demostrar en las dos últimas secciones– descubrir las formas adoptadas por los múltiples mundos que componen el pluriverso, sin tratar de reducirlos a las manifestaciones de principios conocidos. Los estudios pluriversales se centrarían en aquellos procesos que ya no pueden ser fácilmente acomodados en la tabla epistémica de las ciencias sociales modernas. Esta es la razón por la cual los estudios pluriversales no pueden ser definidos en oposición a los estudios de la globalización, ni como su complemento, sino que requieren ser esbozados como un proyecto intelectual y político completamente diferente. No existe una noción única del mundo, el ser humano, la civilización, el futuro, o incluso lo natural que pueda ocupar totalmente el espacio de los estudios pluriversales. Incluso en parte basándose en la tradición crítica de las ciencias naturales, humanas y sociales modernas, los estudios pluriversales viajarán su propio camino a medida que descubran mundos y conocimientos que las ciencias han desconocido o solo oblicuamente considerado. Para que los estudios críticos del desarrollo estén en sintonía con este proyecto, se requeriría de una transformación mucho más significativa que la permitida por el postdesarrollo.

---

30 Se puede argumentar que 'el mundo como pluriverso' es un oxímoron. Estoy tratando de mantener una tensión entre las epistemologías monistas o monismo metafísico, como los del científico de la computación Brian Cantwell Smith (1996) y los antropólogos ecológicos como Alf Hornborg (1996), y las posiciones de quienes postulan la coexistencia de mundos diferentes –y al menos en parte inconmensurables–.

# Prólogo a la primera edición

"Confrontar el desarrollo" –no aceptarlo de rutina como la panacea del punto IV propuesto por el presidente Harry Truman en 1949– es una necesidad vital para nosotros los del mundo dependiente. Vital, porque en ello se juegan la autonomía, la personalidad y la cultura, las bases productivas y la visión del mundo que nos han dado el hálito de vida como seres humanos y pueblos dignos de respeto y de un mejor futuro. Por ello, porque el nuevo libro de Arturo Escobar avanza sobre tan estratégico frente sociopolítico, éste debe convertirse en lectura obligada de gobernantes y gobernados.

No se trata de cualquier autor. Escobar, compatriota colombiano, es uno de los primeros estudiosos del mundo que hace años tuvieron la curiosidad de preguntarse por el sentido real del concepto de "desarrollo". Junto a Sachs e Illich aprovecharon los marcos filosóficos de Foucault y Habermas para desmenuzar el mito y revelar los prejuicios que permitieron el nacimiento y auge del discurso desarrollista en Estados Unidos y en Europa, que luego fue transmitido si más al resto del mundo por las Naciones Unidas durante cuatro "décadas" de fracasos.

Queda el lector de este libro impresionado por la persistencia del discurso e ideología del desarrollismo, así se demuestren a diario las nefastas consecuencias de su aplicación en el Tercer Mundo. Quizá tenga los días contados. Porque es evidente, para tirios y troyanos, que los que en verdad se han venido desarrollando, enriqueciendo y acumulando poder, han sido los que en este desigual juego se habían situado desde antes como los más privilegiados en la estructura económica, social y política existente; ni los pobres ni los desposeídos por las injusticias del sistema capitalista se han desarrollado de la misma manera o con igual intensidad como se había postulado. Y ello es ya muy peligroso, hasta para las clases dominantes. Porque de la mano del capitalismo desorbitado que importamos al "desarrollarnos", hoy nuestros países se encuentran al borde del desierto ecológico y del infierno explosivo de la miseria de las mayorías. Además, el servilismo mimético resultante amenaza nuestras raíces históricas y culturales.

El libro de Escobar, por fortuna, no se detiene solo en rasgar los velos de la ideología desarrollista. Ofrece destellos de posibilidades alternativas, lo que el lector debe agradecer de manera especial. Lástima que el autor no encuentre sinónimos adecuados al término, como aquellas interpretaciones de "desarrollo"

que provienen de idiomas no muy contaminados, como el swahili africano o el maya guatemalteco, que lo equiparan a la interesante idea de "despertar con acción". No obstante, Escobar ofrece dos elementos nuevos de los que podrían derivarse las alternativas adecuadas que le preocupan. Son los siguientes:

1. La acción colectiva de los movimientos sociales. He aquí lo que pudiera convertirse en el actor de un gran despertar con lucha popular. Para ello contamos en el Tercer Mundo con la inagotable veta de la diversidad de culturas y pueblos, hasta con la exuberante biodiversidad tropical, que son hechos políticos, sociales y naturales claves para nuestra defensa ante la violenta, rasante y avara explotación capitalista global.

   Escobar y un buen número de sus colegas habían descubierto esta posibilidad cuando decidieron escribir en 1992 el colectivo *The Making of Social Movements in Latin America*. Indudablemente, una alternativa válida a las políticas usuales de desarrollo debe provenir de aquella dinámica corriente que reta a los poderes constituidos.

2. El invento de un lenguaje derivado de culturas híbridas. La acción colectiva de los movimientos sociales debe alimentarse, según Escobar, de la mezcla cultural y étnica que ha hecho de nuestros pueblos una caldera de cambios de infinito potencial, e inventar el lenguaje adecuado a este hibridismo. Trasciende por ello a Vasconcelos y se detiene en García Canclini para reinterpretar la modernidad en América Latina y en el Tercer Mundo, como un buen paso para abandonar los esquemas mentales del desarrollismo colonial. Porque este hibridismo "determina la especificidad moderna de América Latina".

Se trata, en efecto, de reconocer el vigor de nuestra propia civilización mestiza y mulata que, sin olvidar sus raíces, puede asimilar el progreso porque así le conviene, como lo hicieron los indígenas al adoptar el hierro, la gallina o la oveja de los conquistadores, y como lo hacen hoy los kayapos de la selva húmeda brasileña al desplegar sus propias cámaras de vídeo. Estos grupos y movimientos pueden manifestar proclividad hacia lo novedoso de manera crítica, transgresiva y a veces con humor.

Como lo señala Escobar, la estrategia de tales agrupaciones se inspira en la defensa de la diferencia cultural, no como una fuerza estática sino transformadora, y en la valoración de necesidades y oportunidades económicas en términos que no son estrictamente los de la ganancia y el mercado. De allí puede surgir un discurso alterno entendible en nuestros propios términos, que son los que deben contar en última instancia.

¿Cómo se relacionan estos dos elementos estratégicos con el postdesarrollo que viene? El autor recomienda trascender las diferencias con el Primer Mundo a través de la posibilidad de defender nuestro humanismo dentro del horizonte posmoderno. Es grande ideal para una gran tarea en la que, según me parece, cabe esperar todavía más comprometedoras contribuciones intelectuales y prácticas de los posmodernistas.

Como lo sostuve en Inglaterra durante el Congreso mundial de investigación acción de 1994, no es bueno sobrestimar el poder productivo de textos y discursos y dejarlos sin referentes en la realidad concreta. El posmodernismo es una categoría elusiva para nosotros que no nos hemos modernizado suficientemente, y es discutible que nos "modernicemos" ahora a la europea. Claro que estoy de acuerdo en criticar el legado de la Ilustración representado en la racionalidad instrumental, y en revisar "meta-relatos" como el marxismo, el liberalismo y el desarrollo económico. Así lo acepta Escobar. Sin embargo, todavía podemos dar mayor juego a otro tipo de racionalidad práctica y colectiva basada en una nueva articulación: la utopía asociada de razón y liberación, como lo sugiere el colega peruano, Aníbal Quijano.

En vista de que no puede haber ningún fin de la historia, ni tampoco por ahora el de la modernidad, cabe esperar que los posmodernistas a quienes admira el autor asuman una mayor responsabilidad social con la gente de carne y hueso. Que las palabras vayan con los hechos; que la teoría se articule en la práctica de manera simultánea y urgente. Tales son condicionantes del cambio que se necesita en la vida contemporánea.

Este libro-confrontación de Arturo Escobar es una inspirada muestra de la búsqueda de alternativas políticas, sociales y económicas para nosotros los del Sur, con evidentes implicaciones para los del Norte. Creo que ha tenido éxito en tan complicada como esencial tarea. Por ello me complace presentar al público hispanoparlante tan útil y oportuno libro.

Orlando Fals Borda

# Prefacio a la primera edición en castellano

Por casi cincuenta años, en América Latina, Asia y África se ha predicado un peculiar evangelio con un fervor intenso: el "desarrollo". Formulado inicialmente en Estados Unidos y Europa durante los años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial y ansiosamente aceptado y mejorado por las elites y gobernantes del Tercer Mundo a partir de entonces, el modelo del desarrollo desde sus inicios contenía una propuesta históricamente inusitada desde un punto de vista antropológico: la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres continentes de acuerdo con los dictados de las del llamado Primer Mundo. Se confiaba en que, casi que por fiat tecnológico y económico y gracias a algo llamado planificación, de la noche a la mañana milenarias y complejas culturas se convirtieran en clones de los racionales occidentales de los países considerados económicamente avanzados.

El presente libro narra el surgimiento de este sueño, y cómo poco a poco se tornó en pesadilla. Porque en vez de la tan anhelada transformación, parece que el desarrollo solo hubiera logrado multiplicar al infinito los problemas socioeconómicos de Asia, África y América Latina. Basta una mirada superficial a los paisajes biofísicos, económicos y culturales de la mayor parte del Tercer Mundo para darse cuenta de que el desarrollo está en crisis, y que la violencia, pobreza y deterioro social y ambiental crecientes son el resultado de cincuenta años de recetas de crecimiento económico, "ajustes estructurales", macroproyectos sin evaluación de impacto, endeudamiento perpetuo, y marginamiento de la mayoría de la población de los procesos de pensamiento y decisión sobre la práctica social.

El enfoque del libro es posestructuralista, en el sentido de que parte del reconocimiento de la importancia de las dinámicas de discurso y poder en la creación de la realidad social y en todo estudio de la cultura. El desarrollo, arguye el estudio, debe ser visto como un régimen de representación, como una "invención" que resultó de la historia de la posguerra y que, desde sus inicios, moldeó ineluctablemente toda posible concepción de la realidad y la acción social de los países que desde entonces se conocen como subdesarrollados. El libro retoma los hitos más importantes de esta historia, analiza el papel de los economistas y planificadores en ella, y se detiene a examinar en detalle las estrategias de desarrollo concernientes a los campesinos, las mujeres y el ambiente.

Como lo sugiere el título, y como se discute en la conclusión, el desarrollo y el mismo Tercer Mundo están en vías de desmoronarse. Esto ocurre no tanto porque el Segundo Mundo (las economías socialistas de Europa del este) haya desaparecido y la sagrada trinidad del orden mundial de la posguerra esté llegando a su fin, sino por el fracaso rotundo del desarrollo en términos de sus propios objetivos, y gracias a la creciente resistencia y oposición a él por parte de un número cada vez mayor de actores y movimientos sociales de importancia. Las voces que claman por el fin del desarrollo como experimento histórico que ha llegado a su fin crecen cada día. Confiamos en que al tratar de escribir su obituario, como pretendemos aquí junto a otros estudios que comparten el presente enfoque, contribuimos a imaginar alternativas, cambios de rumbo, otras formas de representar y diseñar nuestras múltiples realidades sin reducirlas a un patrón único ni a un modelo cultural hegemónico.

¿Es posible imaginar una era postdesarrollo de este tipo en contextos de globalización de la producción económica y cultural? Pensamos que sí. Por un lado, la internacionalización de la economía no puede ser negada; pero las llamadas "aperturas" en América Latina no exhiben ninguna imaginación; son en general una adaptación pobre a las recetas neoliberales ideadas en otras latitudes; benefician a capitalistas y sectores dominantes del mundo y perjudican a los trabajadores, al ambiente, a los subalternos y a las culturas diferentes. Se impone repensar las condiciones para participar en los espacios trasnacionales. Por otro lado, si bien la expansión tecno-científica es irreversible, no tiene que ser catastrófica para los grupos populares y el ambiente. ¿Cómo es posible alterar sus finalidades y modos de operación? Esto requiere inventar prácticas sociales que relacionen los procesos sociales, económicos y políticos con las transformaciones tecnocientíficas, las creaciones artístico-culturales, y los esfuerzos por superar los graves problemas socioeconómicos que afectan a la mayoría de la población. Hoy en día, todos los sistemas políticos están abocados a esta tarea, la cual supone la invención de identidades subjetivas, de otras superficies de vida, verdaderamente nuevos territorios existenciales.

En resumidas cuentas, es posible imaginar nuevas formas de organizar la vida social, económica y cultural; los sistemas económicos y tecnológicos pueden ser reorientados. No solo la voluntad paranoica de los que poseen el poder –capitalistas, narcotraficantes, políticos convencionales, violentos de todo tipo– puede capturar los deseos colectivos; estos también pueden ser codificados por proyectos liberadores. En países como Colombia, los llamados "kínderes" de políticos jóvenes han fracasado no por jóvenes sino por haber entregado su capacidad de imaginación al *statu quo*. A esta pobreza conceptual se opone con frecuencia la actividad de aquellos que, como algunos movimientos sociales e intelectuales disidentes, ven en lo económico y tecnocientífico no el material para una irresponsable aventura más en desarrollo sino la posibilidad de inventar nuevas formas de ser libre. A esto llamamos postdesarrollo.

# 1. Introducción: El desarrollo y la antropología de la modernidad

En su discurso de posesión como presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1949, Harry Truman anunció al mundo entero su concepto de "trato justo". Un componente esencial del concepto era su llamado a Estados Unidos y al mundo para resolver los problemas de las "áreas subdesarrolladas" del globo:

> Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes… Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor… Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático… Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Truman 1964).

La doctrina Truman inició una nueva era en la comprensión y el manejo de los asuntos mundiales, en particular de aquellos que se referían a los países económicamente menos avanzados. El propósito era bastante ambicioso: crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos. En concepto de Truman, el capital, la ciencia y la tecnología eran los principales componentes que harían posible tal revolución masiva. Solo así el sueño americano de paz y abundancia podría extenderse a todos los pueblos del planeta.

Este sueño no era creación exclusiva de Estados Unidos, sino resultado de la coyuntura histórica específica de finales de la segunda guerra mundial. En

pocos años, recibió el respaldo universal de los poderosos. Sin embargo, no se consideraba un proceso fácil; como era de esperarse, los obstáculos contribuyeron a consolidar la misión. Uno de los documentos más influyentes de la época, preparado por un grupo de expertos congregados por Naciones Unidas con el objeto de diseñar políticas y medidas concretas "para el desarrollo económico de los países subdesarrollados" lo expresaba así:

> Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico (United Nations 1951:15).[1]

Lo que proponía el informe era nada menos que la restructuración total de las sociedades "subdesarrolladas". La declaración podría parecernos hoy sorprendentemente etnocéntrica y arrogante, ingenua en el mejor de los casos; sin embargo, lo que requiere explicación es precisamente el hecho de que se emitiera y tuviera sentido. Demostraba la voluntad creciente de transformar de manera drástica dos terceras partes del mundo en pos de los objetivos de prosperidad material y progreso económico. A comienzos de los años cincuenta, esta voluntad era ya hegemónica en los círculos de poder.

Este libro narra la historia de aquel sueño, y de cómo poco a poco se convirtió en pesadilla. Porque en vez del reino de abundancia prometido por teóricos y políticos de los años cincuenta, el discurso y la estrategia del desarrollo produjeron lo contrario: miseria y subdesarrollo masivos, explotación y opresión sin nombre. La crisis de la deuda, la hambruna (saheliana), la creciente pobreza, desnutrición y violencia son apenas los síntomas más patéticos del fracaso de cincuenta años de desarrollo. De esta manera, el libro puede leerse como la historia de la pérdida de una ilusión que muchos abrigaban sinceramente. Pero se trata, sobre todo, de la forma en que se creó el "Tercer Mundo" a través de los discursos y las prácticas del desarrollo desde sus inicios a comienzos de la segunda posguerra.

## Orientalismo, africanismo, desarrollismo

Hasta finales de los años setenta, el eje de las discusiones acerca de Asia, África y Latinoamérica era la naturaleza del desarrollo. Como veremos, desde las teorías

---

1 Para un interesante análisis contemporáneo de este documento, véase Frankel (1953, en especial las págs. 82-110).

del desarrollo económico de los años cincuenta hasta el "enfoque de necesidades humanas básicas" de los años setenta, que ponía énfasis no solo en el crecimiento económico *per se* como en décadas anteriores, sino también en la distribución de sus beneficios, la mayor preocupación de teóricos y políticos era la de los tipos de desarrollo a buscar para resolver los problemas sociales y económicos en esas regiones. Aun quienes se oponían a las estrategias capitalistas del momento se veían obligados a expresar sus críticas en términos de la necesidad del desarrollo, a través de conceptos como "otro desarrollo", "desarrollo participativo", "desarrollo socialista", y otros por el estilo. En resumen, podía criticarse un determinado enfoque, y proponer modificaciones o mejoras en concordancia con él, pero el hecho mismo del desarrollo y su necesidad, no podían ponerse en duda. El desarrollo se había convertido en una certeza en el imaginario social.

De hecho, parecía imposible calificar la realidad social en otros términos. Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: gobiernos que diseñaban y ejecutaban ambiciosos planes de desarrollo, instituciones que llevaban a cabo por igual programas de desarrollo en ciudades y campos, expertos de todo tipo estudiando el "subdesarrollo" y produciendo teorías *ad nauseam*. El hecho de que las condiciones de la mayoría de la población no mejoraran sino que más bien se deterioraran con el transcurso del tiempo no parecía molestar a muchos expertos. La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con este estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursivo por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construirse una realidad diferente.[2]

Más recientemente, sin embargo, el desarrollo de nuevos instrumentos analíticos, en gestación desde finales de los años sesenta pero cuyo empleo solo se generalizó durante los ochenta, ha permitido el análisis de este tipo de "colonización de la realidad" en forma tal que pone de manifiesto este mismo hecho: cómo ciertas representaciones se vuelven dominantes y dan forma indeleble a los modos de imaginar la realidad e interactuar con ella. El trabajo de Michel Foucault sobre la dinámica del discurso y del poder en la representación de la realidad social, en particular, ha contribuido a mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros. La profundización

2 En los años sesenta y setenta existieron, claro está, tendencias que presentaban una posición crítica frente al desarrollo, aunque, como veremos pronto, fueron insuficientes para articular un rechazo del discurso sobre el que se fundaban. Entre ellas es importante mencionar la "pedagogía del oprimido" de Paulo Freire (Freire 1970); el nacimiento de la teología de la liberación durante la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín en 1968; y las críticas al "colonialismo intelectual" (Fals Borda 1970) y la dependencia económica (Cardoso y Faletto 1979) de finales de los sesenta y comienzos de los setenta. La crítica cultural más aguda del desarrollo corresponde a Illich (1968, 1970). Todas ellas fueron importantes para el enfoque discursivo de los años noventa que se analiza en este libro.

de los análisis de Foucault sobre las situaciones coloniales y poscoloniales realizada por autores como Edward Said, V. Y. Mudimbe, Chandra Mohanty y Homi Bhabha, entre otros, ha abierto nuevas formas de pensamiento acerca de las representaciones del Tercer Mundo. La autocrítica de la antropología y su renovación durante los años ochenta también han sido importantes al respecto.

Pensar el desarrollo en términos del discurso permite concentrarse en la dominación –como lo hacían, por ejemplo, los primeros análisis marxistas– y, a la vez, explorar más productivamente las condiciones de posibilidad y los efectos más penetrantes del desarrollo. El análisis del discurso crea la posibilidad de "mantenerse desligado de él [discurso del desarrollo], suspendiendo su cercanía, para analizar el contexto teórico y práctico con que ha estado asociado" (Foucault 1986: 3). Permite individualizar el "desarrollo" como espacio cultural envolvente y a la vez abre la posibilidad de separarnos de él, para percibirlo de otro modo. Esto es lo que trata de llevar a cabo este libro.

Ver el desarrollo como discurso producido históricamente implica examinar las razones que tuvieron tantos países para comenzar a considerarse subdesarrollados a comienzos de la segunda posguerra, cómo "desarrollarse" se convirtió para ellos en problema fundamental y cómo, por último, se embarcaron en la tarea de "des-subdesarrollarse" sometiendo sus sociedades a intervenciones cada vez más sistemáticas, detalladas y extensas. A medida que los expertos y políticos occidentales comenzaron a ver como problema ciertas condiciones de Asia, África y Latinoamérica –en su mayor parte lo que se percibía como pobreza y atraso– apareció un nuevo campo del pensamiento y de la experiencia llamado desarrollo, todo lo cual desembocó en una estrategia para afrontar aquellos problemas. Creada inicialmente en Estados Unidos y Europa occidental, la estrategia del desarrollo se convirtió al cabo de pocos años en una fuerza poderosa en el propio Tercer Mundo.

El estudio del desarrollo como discurso se asemeja al análisis de Said de los discursos sobre el Oriente. "El orientalismo", escribe Said, "puede discutirse y analizarse como la institución corporativa para tratar a Oriente, tratarlo mediante afirmaciones referentes a él, autorizando opiniones al respecto, describiéndolo, enseñándolo, definiéndolo, diciendo sobre él: en resumen, el orientalismo como estilo occidental de dominación, restructuración, y autoridad sobre Oriente… Mi afirmación es que sin examinar el Orientalismo como discurso posiblemente no logremos entender la disciplina inmensamente sistemática de la cual se valió la cultura europea para manejar –e incluso crear– política, sociológica, ideológica, científica e imaginativamente a Oriente durante el período posterior a la Ilustración" (1979: 3).

Desde su publicación, *Orientalismo* ha generado estudios e informes originales sobre las representaciones del Tercer Mundo en varios contextos, aunque pocos de ellos han hecho referencia explícita a la cuestión del desarrollo. No obstante, los interrogantes generales que algunos plantean sirven de pauta para el análisis del desarrollo como régimen de representación. En su excelente libro *The*

*Invention of Africa* el filósofo africano V. Y. Mudimbe, (1988) por ejemplo, se propone el objetivo de "Estudiar el tema de los fundamentos del discurso sobre el África… [cómo] se han establecido los mundos africanos como realidades para el conocimiento" (pág. xi) en el discurso occidental. Su interés trasciende "la 'invención' del africanismo como disciplina científica" (pág. 9), particularmente en la antropología y la filosofía, a fin de investigar la "amplificación" por parte de los académicos africanos del trabajo de algunos pensadores críticos europeos, en particular Foucault y Lévi-Strauss. Aunque Mudimbe encuentra que aun las perspectivas más afrocéntricas mantienen el método epistemológico occidental como contexto y referente, encuentra también, no obstante, algunos trabajos en los cuales los análisis críticos europeos se llevan más allá de lo que estos trabajos originales podrían haber esperado. Lo que está en juego en estos últimos trabajos, explica Mudimbe, es la reinterpretación crítica de la historia africana como se ha visto desde su exterioridad (epistemológica, histórica, geográfica), es decir, un debilitamiento de la noción misma de África. Esto, para Mudimbe, implica un corte radical en la antropología, la historia y la ideología africanas.

Un trabajo crítico de este tipo, cree Mudimbe, puede abrir el camino para "el proceso de volver a fundar y asumir dentro de las representaciones una historicidad interrumpida" (pág. 183); en otras palabras, el proceso mediante el cual los africanos pueden lograr mayor autonomía sobre la forma en que son representados y la forma en que pueden construir sus propios modelos sociales y culturales de modos no tan mediatizados por una episteme y una historicidad occidentales, –así sea dentro de un contexto cada vez más transnacional–. Esta noción puede extenderse al Tercer Mundo como un todo, pues lo que está en juego es el proceso mediante el cual, en la historia occidental moderna, las áreas no europeas han sido organizadas y transformadas sistemáticamente de acuerdo con los esquemas europeos. Las representaciones de Asia, África y América Latina como "Tercer Mundo" y "subdesarrolladas" son las herederas de una ilustre genealogía de concepciones occidentales sobre esas partes del mundo.[3]

Timothy Mitchell muestra otro importante mecanismo del engranaje de las representaciones europeas sobre otras sociedades. Como para Mudimbe, el

3 "De acuerdo con Ivan Illich, el concepto que se conoce actualmente como 'desarrollo' ha atravesado seis etapas de metamorfosis desde las postrimerías de la antigüedad. La percepción del extranjero como alguien que necesita ayuda ha tomado sucesivamente las formas del bárbaro, el pagano, el infiel, el salvaje, el 'nativo' y el subdesarrollado" (Trinh 1989: 54). Para una idea y un conjunto de términos similares al anterior véase Hirschman (1981: 24). Debería señalarse, sin embargo, que el término "subdesarrollado", ligado desde cierta óptica a la igualdad y a los prospectos de liberación a través del desarrollo, puede tomarse en parte como respuesta a las concepciones abiertamente más racistas del "primitivo" y el "salvaje". En muchos contextos, sin embargo, el nuevo término no pudo corregir las connotaciones negativas implícitas en los calificativos anteriores. El "mito del nativo perezoso" (Alatas 1977) sobrevive aún en muchos lugares.

objetivo de Mitchell es "explorar los métodos peculiares de orden y verdad que caracterizan al Occidente moderno" (1988: pág. IX), y su impacto en el Egipto del siglo XIX. La construcción del mundo como imagen, en el modelo de las exposiciones mundiales del siglo pasado, sugiere Mitchell, constituye el núcleo de estos métodos y de su eficacia política. Para el sujeto (europeo) moderno, ello implicaba experimentar la vida manteniéndose apartado del mundo físico, como el visitante de una exposición. El observador "encuadraba" inevitablemente la realidad externa a fin de comprenderla; este encuadre tenía lugar de acuerdo con categorías europeas. Lo que surgía era un régimen de objetivismo en el cual los europeos estaban sujetos a una doble exigencia: ser imparciales y objetivos, de una parte, y sumergirse en la vida local, de la otra.

Una experiencia tal como observador participante era posible a través de un truco curioso: eliminar del cuadro la presencia del observador europeo (véase también Clifford 1988: 145); en términos más concretos, observar el mundo (colonial) como objeto "desde una posición invisible y aparte" (Mitchell 1988: 28). Occidente había llegado a vivir "como si el mundo estuviera dividido en dos: un campo de meras representaciones y un campo de lo 'real'; exhibiciones, por un lado, y una realidad externa, por el otro; en un orden de simples modelos, descripciones o copias, y un orden de originales" (pág. 32). Tal régimen de orden y verdad constituye la quintaesencia de la modernidad, y ha sido profundizado por la economía y el desarrollo. Se refleja en una posición objetivista y empirista que dictamina que el Tercer Mundo y su gente existen "allá afuera", para ser conocidos mediante teorías e intervenidos desde el exterior.

Las consecuencias de esta característica de la modernidad han sido enormes. Chandra Mohanty, por ejemplo, se refiere a ella cuando plantea la pregunta de quién produce el conocimiento acerca de la mujer del Tercer Mundo, y desde dónde; descubre que en gran parte de la bibliografía feminista las mujeres del Tercer Mundo son representadas como llenas de "necesidades" y "problemas", pero carentes de opciones y de libertad de acción. Lo que surge de tales modos de análisis es la imagen de una 'mujer promedio' del Tercer Mundo, construida mediante el uso de estadísticas y de ciertas categorías:

> Esta mujer promedio del Tercer Mundo lleva una vida esencialmente frustrada basada en su género femenino (léase: sexualmente restringida) y en su carácter tercermundista (léase: ignorante, pobre, sin educación, tradicionalista, doméstica, apegada a la familia, victimizada, etcétera.) Esto, sugiero, contrasta con la representación (implícita) de la mujer occidental como educada, moderna, que controla su cuerpo y su sexualidad, y libre para tomar sus propias decisiones (1991b: 56).

Tales representaciones asumen implícitamente patrones occidentales como parámetro para medir la situación de la mujer en el Tercer Mundo. El resultado, opina Mohanty, es una actitud paternalista de parte de la mujer occidental hacia sus congéneres del Tercer Mundo, y en general, la perpetuación de la idea hegemónica de la superioridad occidental. Dentro de este régimen conceptual, los trabajos sobre la mujer del Tercer Mundo adquieren una cierta "coherencia de efectos" que refuerza tal hegemonía. "Es en este proceso de homogeneización y sistematización conceptual de la opresión de la mujer en el Tercer Mundo", concluye Mohanty (pág. 54), "donde el poder se ejerce en gran parte del discurso feminista occidental reciente y dicho poder debe ser definido y nombrado".[4]

Sobra decir que la crítica de Mohanty se aplica con mayor frecuencia a la corriente principal de la bibliografía sobre el desarrollo, para la cual existe una verdadera subjetividad subdesarrollada dotada con rasgos como la impotencia, la pasividad, la pobreza y la ignorancia, por lo común de gente oscura y carente de protagonismo como si se estuviera a la espera de una mano occidental (blanca), y no pocas veces hambrienta, analfabeta, necesitada, oprimida por su propia obstinación, carente de iniciativa y de tradiciones. Esta imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma ahistórica. Solo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un sistema mundial donde Occidente tiene cierto dominio sobre el Tercer Mundo tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explorados.

La producción de discurso bajo condiciones de desigualdad en el poder es lo que Mohanty y otros denominan "la jugada colonialista". Jugada que implica construcciones específicas del sujeto colonial/tercermundista en/a través del discurso de maneras que permitan el ejercicio del poder sobre él. El discurso colonial, si bien constituye "la forma de discurso más subdesarrollada teóricamente", según Homi Bhabha, resulta "crucial para ejercer una gama de diferencias y discriminaciones que dan forma a las prácticas discursivas y políticas de jerarquización racial y cultural" (1990: 72). La definición de Bhabha del discurso colonial, aunque compleja, es ilustrativa:

> [El discurso colonial] es un aparato que pone en marcha el reconocimiento y la negación de las diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégica predominante es la creación de un espacio para una "población sujeto", a través de la producción de conocimientos en términos de los

4 El trabajo de Mohanty puede ubicarse dentro de una crítica creciente de parte de las feministas, especialmente del Tercer Mundo, del etnocentrismo implícito en el movimiento feminista y en su círculo académico. Véanse también Mani 1989; Trinh 1989; Spelman 1988; Hooks 1990. La crítica del discurso de mujer y desarrollo se discutirá ampliamente en el Capítulo 5.

> cuales se ejerce la vigilancia y se incita a una forma compleja de placer/displacer… El objetivo del discurso colonial es interpretar al colonizado como una población compuesta por clases degeneradas sobre la base del origen racial, a fin de justificar la conquista y de establecer sistemas de administración e instrucción… Me refiero a una forma de gobernabilidad que, en el acto de demarcar una "nación sujeto", se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina (1990: 75).

Aunque en sentido estricto algunos de los términos de la definición anterior serían más aplicables al contexto colonial, el discurso del desarrollo se rige por los mismos principios; ha producido un aparato muy eficiente para producir conocimiento acerca de ejercer el poder sobre el Tercer Mundo. Dicho aparato surgió en el período comprendido entre 1945 y 1955, y desde entonces no ha cesado de producir nuevas modalidades de conocimiento y poder, nuevas prácticas, teorías, estrategias, y así sucesivamente. En resumen, ha desplegado con buen éxito un régimen de gobierno sobre el Tercer Mundo, un "espacio para los 'pueblos sujeto'" que asegura cierto control sobre él.

Este espacio es también un espacio geopolítico, una serie de "geografías imaginarias", para usar el término de Said (1979). El discurso del desarrollo inevitablemente contiene una imaginación geopolítica que ha dominado el significado del desarrollo durante más de cuatro décadas. Para algunos autores, esta voluntad de poder espacial es uno de los rasgos esenciales del desarrollo (Slater 1993) y está implícita en expresiones tales como primer y Tercer Mundos, norte y sur, centro y periferia. La producción social del espacio implícita en estos términos está ligada a la producción de diferencias, subjetividades y órdenes sociales. A pesar de los cambios recientes en esta geopolítica –el descentramiento del mundo, la desaparición del segundo mundo, la aparición de una red de ciudades mundiales, y la globalización de la producción cultural– ella continúa ejerciendo influencia en el imaginario. Existe una relación entre historia, geografía y modernidad que se resiste a desintegrarse en cuanto al Tercer Mundo se refiere, a pesar de los importantes cambios que han dado lugar a geografías posmodernas (Soja 1989).

Para resumir, me propongo hablar del desarrollo como una experiencia históricamente singular, como la creación de un dominio del pensamiento y de la acción, analizando las características e interrelaciones de los tres ejes que lo definen: las formas de conocimiento que a él se refieren, a través de las cuales llega a existir y es elaborado en objetos, conceptos y teorías; el sistema de poder que regula su práctica y las formas de subjetividad fomentadas por este discurso, aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como "desarrolladas" o "subdesarrolladas". El conjunto de formas que se hallan a lo largo de estos ejes constituye el desarrollo como formación discursiva,

dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder.[5]

El análisis se establecerá, entonces, en términos de los regímenes del discurso y la representación. Los "regímenes de representación" pueden analizarse como lugares de encuentro en los cuales las identidades se construyen pero donde también se origina, simboliza y maneja la violencia. Esta útil hipótesis, desarrollada por una estudiosa colombiana para explicar la violencia en su país durante el siglo XIX, y basada especialmente en los trabajos de Bajtín, Foucault y René Girard, concibe los regímenes de representación como lugares de encuentro de los lenguajes del pasado y del futuro (tales como los lenguajes de "civilización" y "barbarie" de la América Latina posindependentista), lenguajes externos e internos, y lenguajes de sí y de los otros (Rojas 1994). Un encuentro similar de regímenes de representación tuvo lugar a finales de los años cuarenta, con el surgimiento del desarrollo, también acompañado de formas específicas de violencia modernizada.[6]

La noción de los regímenes de representación es otro principio teórico y metodológico para examinar los mecanismos y consecuencias de la construcción del Tercer Mundo a través de la representación. La descripción de los regímenes de representación sobre el Tercer Mundo propiciados por el discurso del desarrollo representa un intento de trazar las cartografías o mapas de las configuraciones del conocimiento y el poder que definen el período posterior a la segunda posguerra (Deleuze 1988). Se trata también de cartografías de resistencia como añade Mohanty (1991a). Al tiempo que buscan entender los mapas conceptuales usados para ubicar y describir la experiencia de las gentes del Tercer Mundo, revelan también –aunque a veces en forma indirecta– las categorías con las cuales ellas se ven obligadas a resistir. Este libro se propone brindar un mapa general que permita orientarse en el ámbito de los discursos y de las prácticas que justifican las formas dominantes de producción económica y socio-cultural del Tercer Mundo.

Las metas de este libro son precisamente examinar el establecimiento y la consolidación del discurso del desarrollo y su aparato desde los albores de la segunda posguerra hasta el presente (Capítulo 2); analizar la construcción de una noción de "subdesarrollo" en las teorías del desarrollo económico de la segunda posguerra (Capítulo 3); y demostrar cómo funciona el aparato a través de la producción sistemática del conocimiento y el poder en campos específicos, tales

---

5 El estudio del discurso a lo largo de estos ejes es propuesto por Foucault (1986: 4). Las formas de subjetividad producidas por el desarrollo no se exploran en forma significativa en este libro. Un ilustre grupo de pensadores, incluyendo a Frantz Fanon (1967, 1968), Albert Memmi (1967), Ashis Nandy (1983) y Homi Bhabha (1983, 1990) ha producido recuentos cada vez más completos sobre la creación de la subjetividad y la conciencia bajo el colonialismo y el poscolonialismo.

6 Acerca de la violencia de la representación véase también De Lauretis (1987).

como el desarrollo rural, el desarrollo sostenible, y la mujer y el desarrollo (capítulos 4 y 5). Por último, la conclusión aborda la pregunta de cómo imaginar un régimen de representación "postdesarrollo", y de cómo investigar y llevar a cabo prácticas "alternativas" en el contexto de los actuales movimientos sociales del Tercer Mundo.

Lo anterior, podría decirse, constituye un estudio del "desarrollismo" como ámbito discursivo. A diferencia del estudio de Said acerca del orientalismo, la presente obra presta más atención al despliegue del discurso a través de sus prácticas. Me interesa mostrar que tal discurso deviene en prácticas concretas de pensamiento y de acción mediante las cuales se llega a crear realmente el Tercer Mundo. Para un examen más detallado he escogido como ejemplo la ejecución de programas de desarrollo rural , salud y nutrición en Latinoamérica durante la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Otra diferencia con *Orientalismo* se origina en la advertencia de Homi Bhabha de que "siempre existe, en Said, la sugerencia de que el poder colonial es de posesión total del colonizador, dadas su intencionalidad y unidireccionalidad" (1990: 77). Intento evadir este riesgo considerando también las formas de resistencia de las gentes del Tercer Mundo contra las intervenciones del desarrollo, y cómo luchan para crear alternativas de ser y de hacer.

Como en el estudio de Mudimbe sobre el africanismo, me propongo poner de presente los fundamentos de un orden de conocimiento y un discurso acerca del Tercer Mundo como subdesarrollado. Quiero cartografiar, por así decirlo, la invención del desarrollo. Sin embargo, en vez de enfocarme en la antropología y la filosofía, contextualizo la era del desarrollo dentro del espacio global de la modernidad, y más particularmente desde las prácticas económicas modernas. Desde esta perspectiva, el desarrollo puede verse como un capítulo de lo que puede llamarse "antropología de la modernidad", es decir, una investigación general acerca de la modernidad occidental como fenómeno cultural e histórico específico. Si realmente existe una "estructura antropológica" (Foucault 1975: 198) que sostiene al orden moderno y sus ciencias humanas, debe investigarse hasta qué punto dicha estructura también ha dado origen al régimen del desarrollo, tal vez como mutación específica de la modernidad. Ya se ha sugerido una directriz general para la antropología de la modernidad, en el sentido de tratar como "exóticos" los productos culturales de Occidente para poderlos ver como lo que son:

> Necesitamos antropologizar a Occidente: mostrar lo exótico de su construcción de la realidad; poner énfasis en aquellos ámbitos tomados más comúnmente como universales (esto incluye a la epistemología y la economía); hacerlos ver tan peculiares históricamente como sea posible; mostrar cómo sus pretensiones de verdad están ligadas a prácticas sociales y por tanto se han convertido en fuerzas efectivas dentro del mundo social (Rabinow 1986: 241).

La antropología de la modernidad se apoyaría en aproximaciones etnográficas, que ven las formas sociales como el resultado de prácticas históricas, que combinan conocimiento y poder. Buscaría estudiar cómo los reclamos de verdades están relacionados con prácticas y símbolos que producen y regulan la vida en sociedad. Como veremos, la construcción del Tercer Mundo por medio de la articulación entre conocimiento y poder es esencial para el discurso del desarrollo.

Vistas desde muchos espacios del Tercer Mundo, hasta las prácticas sociales y culturales más razonables de Occidente pueden parecer bastante peculiares, incluso extrañas. Ello no obsta para que todavía hoy en día, la mayoría de la gente de Occidente (y de muchos lugares del Tercer Mundo) tenga grandes dificultades para pensar en la gente y las situaciones del Tercer Mundo en términos diferentes a los que proporciona el discurso del desarrollo. Términos como la sobrepoblación, la amenaza permanente de hambruna, la pobreza, el analfabetismo y similares operan como significantes más comunes, ya de por sí estereotipados y cargados con significados del desarrollo. Las imágenes del Tercer Mundo que aparecen en los medios masivos constituyen el ejemplo más claro de las representaciones desarrollistas. Estas imágenes se niegan a desaparecer. Por ello es necesario examinar el desarrollo en relación con las experiencias modernas de conocer, ver, cuantificar, economizar y otras por el estilo.

## La deconstrucción del desarrollo

El análisis discursivo del desarrollo comenzó a finales de los años ochenta y es muy probable que continúe en los noventa, acompañado de intentos por articular regímenes alternativos de representación y práctica. Sin embargo, pocos trabajos, han encarado la deconstrucción del discurso del desarrollo.[7]

El reciente libro de James Ferguson sobre el desarrollo en Lesotho (1990) es un ejemplo sofisticado del enfoque deconstruccionista. En él, Ferguson ofrece un análisis profundo de los programas de desarrollo rural implementados en ese país bajo el patrocinio del Banco Mundial. El fortalecimiento del Estado, la restructuración de las relaciones sociales rurales, la profundización de las influencias modernizadoras occidentales y la despolitización de los problemas son algunos de los efectos más importantes de la organización del desarrollo rural en Lesotho, a pesar del aparente fracaso de los programas en términos de sus objetivos establecidos. Es en dichos efectos, concluye Ferguson, que debe evaluarse la productividad del aparato del desarrollo.

---

7 Escobar (1984, 1988); Mueller (1987b); Dubois (1990); Parajuli (1991) presentan artículos extensos sobre el análisis del discurso del desarrollo.

Otro enfoque deconstructivista (Sachs, ed. 1992) analiza los conceptos centrales (o "palabras claves") del discurso del desarrollo, tales como mercado, planeación, población, medio ambiente, producción, igualdad, participación, necesidades y pobreza. Luego de seguirle la pista brevemente al origen de cada uno de estos conceptos en la civilización europea, cada capítulo examina los usos y la transformación del concepto en el discurso del desarrollo desde la década del cincuenta hasta el presente. La intención del libro es poner de manifiesto el carácter arbitrario de los conceptos, su especificidad cultural e histórica, y los peligros que su uso representa en el contexto del Tercer Mundo.[8]

Un proyecto colectivo análogo se ha concebido con un enfoque de "sistemas de conocimiento". Este grupo opina que las culturas no se caracterizan solo por sus normas y valores, sino también por sus maneras de conocer. El desarrollo se ha basado exclusivamente en un sistema de conocimiento, es decir, el correspondiente al Occidente moderno. La predominancia de este sistema de conocimiento ha dictaminado el marginamiento y descalificación de los sistemas de conocimiento no occidentales. En estos últimos, concluyen los autores, los investigadores y activistas podrían encontrar racionalidades alternativas para orientar la acción social con criterio diferente a formas de pensamiento economicistas y reduccionistas.[9]

En los años setenta, se descubrió que las mujeres habían sido ignoradas por las intervenciones del desarrollo. Tal "descubrimiento" trajo como resultado desde finales de los años setenta, la aparición de un novedoso enfoque, "Mujer en el Desarrollo" (MYD), el cual ha sido estudiado como régimen de representación por varias investigadoras feministas, entre las cuales se destacan Adele Mueller (1986, 1987a, 1991) y Chandra Mohanty. En el centro de estos trabajos se halla un análisis profundo de las prácticas de las instituciones dominantes del desarrollo en la creación y administración de sus poblaciones-cliente. Para comprender el funcionamiento del desarrollo como discurso se requiere contribuciones analíticas similares en campos específicos del desarrollo y seguramente continuarán apareciendo.[10]

---

8 El grupo responsable de este "diccionario de palabras tóxicas" en el discurso del desarrollo incluye a Ivan Illich, Wolfgang Sachs, Barbara Duden, Ashis Nandy, Vandana Shiva, Majid Rahnema, Gustavo Esteva y a este autor, entre otros.

9 El grupo, congregado bajo el patrocinio del United Nations World Institute for Development Economics Resarch (wider), y encabezado por Stephen Marglin y Frédérique Apffel Marglin, se ha reunido durante varios años, e incluye a algunas de las personas mencionadas en la nota anterior. Ya se publicaron dos volúmenes como resultado del proyecto (Marglin y Apffel Marglin 1990 y 1994).

10 Está en proceso de compilación, una selección de discursos sobre el desarrollo a cargo de Jonathan Crush (Queens University, Canada). Incluye análisis de "lenguajes del desarrollo" (Crush, ed. 1994). Análisis de discursos de campos del desarrollo es el tema del proyecto "Development and Social Science Knowledge", patrocinado por Social Science Research Council (ssrc) y coordinado por Frederich Cooper (universidad de Michigan) y Randall Packard (Tufts University).

Un grupo de antropólogos suecos trabaja sobre cómo los conceptos de "desarrollo" y "modernidad" se usan, interpretan, cuestionan o reproducen en diversos contextos sociales de distintos lugares del mundo. Esta investigación muestra una constelación completa de usos, modos de operación y efectos locales asociados a los conceptos. Trátese de una aldea de Papua Nueva Guinea o de pequeños poblados de Kenya o Etiopía, las versiones locales del desarrollo y la modernidad se formulan siguiendo procesos complejos que incluyen prácticas culturales tradicionales, historias del pasado colonialista, y la ubicación contemporánea dentro de la economía global de bienes y símbolos (Dahl y Rabo, eds. 1992). Estas etnografías locales del desarrollo y la modernidad también son estudiados por Pigg (1992) en su trabajo acerca de la introducción de prácticas de salud en Nepal. En el próximo capítulo hablaremos más al respecto.

Por último, es importante mencionar algunos trabajos que se refieren al rol de las disciplinas convencionales dentro del discurso del desarrollo. Irene Gendzier (1985) examina el papel que desempeñó la ciencia política en la conformación de las teorías de la modernización, en particular en los años cincuenta, y su relación con asuntos importantes de ese entonces, como la seguridad nacional y los imperativos económicos. También dentro de la ciencia política, Kathryn Sikkink (1991) estudió recientemente la aparición del desarrollismo en Brasil y Argentina durante las décadas del cincuenta y el sesenta. Su principal interés es el rol de las ideas en la adopción, implementación y consolidación del desarrollismo como modelo de desarrollo económico.[11]

El chileno Pedro Morandé (1984) analiza cómo la adopción y el predominio de la sociología norteamericana de los años cincuenta y sesenta en Latinoamérica preparó la escena para una concepción puramente funcional del desarrollo, concebido como la transformación de una sociedad "tradicional" en una "moderna", desprovista por completo de consideraciones culturales. Kate Manzo (1991) presenta un caso similar en su análisis de las deficiencias de los enfoques modernistas del desarrollo, como la teoría de la dependencia, y en su llamado a prestar atención a alternativas "contramodernistas" basadas en las prácticas de actores populares

11 Sikkink diferencia correctamente su método institucional-interpretativo de los enfoques de "discurso y poder", aunque su caracterización de éstos últimos refleja solamente la formulación inicial del enfoque discursivo. Mi propia opinión es que ambos métodos –la historia de las ideas y el estudio de las formaciones discursivas– no son incompatibles. Mientras que el primero presta atención a las dinámicas internas de la generación social de las ideas en formas que el segundo método no toma en cuenta (dando con ello la impresión, por así decirlo, de que los modelos de desarrollo son solamente "impuestos" al Tercer Mundo y no, como realmente sucede, producidos también desde su interior), la historia de las ideas tiende a ignorar los efectos sistemáticos de la producción del discurso, el cual estructura de modo importante lo que se considera como "ideas". Sobre la diferenciación entre la historia de las ideas y la historia de los discursos, véase a Foucault (1972: 135-198; 1991b).

del Tercer Mundo. Nuestro estudio también aboga por el retorno a la cultura, en particular a las locales, en el análisis crítico del desarrollo.

Como lo demuestra esta breve reseña, existe un número pequeño pero relativamente coherente de trabajos que contribuyen a articular una crítica discursiva del desarrollo. Este trabajo presenta el enfoque más general al respecto; intenta presentar una panorámica general de la construcción histórica del "desarrollo" y el "Tercer Mundo" como un todo, y muestra el mecanismo de funcionamiento del discurso para un caso particular. El propósito del análisis es contribuir a liberar el campo discursivo para que la tarea de imaginar alternativas pueda comenzar (o, para que los investigadores las perciban bajo otra óptica). Las etnografías locales ya mencionadas brindan elementos útiles para ello. En la conclusión, ampliamos los análisis de dichos trabajos e intentamos elaborar una visión de "lo alternativo" como problema de investigación y como hecho social.

## La antropología y el encuentro del desarrollo

En su conocida compilación acerca de la relación entre antropología y colonialismo, *Anthopology and the Colonial Encounter* (1973), Talal Asad planteó el interrogante de si no seguía existiendo "una extraña reticencia en la mayoría de los antropólogos sociales a tomar en serio la estructura de poder dentro de la cual se ha estructurado su disciplina" (pág. 5), es decir, toda la problemática del colonialismo y el neocolonialismo, su economía política y sus instituciones. ¿No posibilita el desarrollo hoy en día, como en su época lo hiciera el colonialismo, "el tipo de intimidad humana que sirve de base al trabajo de campo antropológico, y que dicha intimidad siga teniendo un cariz unilateral y provisional" (pág. 17), aunque los sujetos contemporáneos se resistan y respondan? Además, si durante el período colonial "la tendencia general de la comprensión antropológica no constituía un reto esencial ante el mundo desigual representado por el sistema colonial" (pág. 18), ¿no es éste también el caso del "sistema de desarrollo"? En síntesis, ¿no podemos hablar con igual propiedad de "la antropología y el encuentro del desarrollo"?

Por lo general resulta cierto que en su conjunto la antropología no ha encarado en forma explícita el hecho de que su práctica se desarrolla en el marco del encuentro entre naciones ricas y pobres establecido por el discurso del desarrollo de la segunda posguerra. Aunque algunos antropólogos se han opuesto a las intervenciones del desarrollo, en particular en representación de los pueblos indígenas,[12] un número

12 Este también es el caso de la organización Cultural Survival, por ejemplo, y su antropología en nombre de los pueblos indígenas (Maybury –Lewis 1985). Su trabajo recicla algunas concepciones problemáticas de la antropología, como su pretensión de hablar a nombre de "los nativos" (Escobar 1991). Véase también en Price (1989) un ejemplo de antropólogos que se opusieron a un proyecto del Banco Mundial en defensa de poblaciones indígenas.

igualmente apreciable ha estado comprometido con organizaciones de desarrollo como el Banco Mundial y la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos. Este nexo problemático fue muy notable en la década 1975-1985, y ha sido estudiado en otro trabajo (Escobar 1991). Como bien lo señala Stacey Leigh Pigg (1992), la mayoría de los antropólogos ha estado dentro del desarrollo, como antropólogos aplicados, o fuera de él, decididamente a favor de lo autóctono y del punto de vista del "nativo". Con ello, desconocen los modos en que opera el desarrollo como escenario del enfrentamiento cultural y la construcción de la identidad. Sin embargo, algunos pocos antropólogos, han estudiado las formas y los procesos de resistencia ante las intervenciones del desarrollo (Taussig 1980; Fals Borda 1984; Scott 1985; Ong 1987; véase también Comaroff 1985; véase acerca de la resistencia en el contexto colonial, Comaroff y Comaroff 1991).

La ausencia de los antropólogos en las discusiones sobre el desarrollo como régimen de representación es lamentable porque, si bien es cierto que muchos aspectos del colonialismo ya han sido superados, no por ello las representaciones del Tercer Mundo a través del desarrollo son menos incisivas y efectivas que sus homólogas coloniales y tal vez lo sean más. También resulta inquietante, como lo señala Said, que "existe una ausencia casi total de referencias a la intervención imperial estadounidense como factor que influye en la discusión teórica" en la bibliografía antropológica reciente (1989: 214; véase también Friedman 1987; Ulin 1991). Dicha intervención imperial sucede a muchos niveles –económico, militar, político, cultural– que integran el tejido de las representaciones del desarrollo. También resulta inquietante, como lo continua afirmando Said, la falta de atención de los académicos occidentales a la abundante y comprometida bibliografía de autores del Tercer Mundo sobre colonialismo, la historia, la tradición y la dominación, y, podríamos añadir aquí, del desarrollo. Cada vez aumentan más las voces del Tercer Mundo que piden el desmonte del discurso del desarrollo.

Como lo sugiere Strathern (1988: 4) los profundos cambios experimentados por la antropología durante los años ochenta abrieron la posibilidad de examinar la manera en que está ligada a "modos occidentales de crear el mundo", y quizás a otras formas posibles de representar los intereses de los pueblos del Tercer Mundo. Tal examen crítico de las prácticas antropológicas llevó a la conclusión de que "ya nadie puede escribir sobre otros como si se tratara de textos u objetos aislados". Se insinuó entonces una nueva tarea: buscar "maneras más sutiles y concretas de escribir y leer otras culturas... nuevas concepciones de la cultura como hecho histórico e interactivo" (Clifford 1986: 25). Dentro de este contexto, la innovación en la escritura antropológica era vista como "un enfoque de [la etnografía] hacia una sensibilidad política e histórica sin precedentes, transformando así la forma en que es representada la diversidad cultural" (Marcus y Fisher 1986: 16).

Esta re-imaginación de la antropología, emprendida a mediados de los años ochenta se ha convertido en objeto de críticas, opiniones y alcances

diversos, por parte de feministas, académicos y feministas del Tercer Mundo, "antiposmodernistas", economistas políticos y otros. Algunas de estas críticas son más objetivas y constructivas que otras, y no viene al caso analizarlas aquí.[13] Hasta ahora, "el momento experimental" de los años ochenta ha sido fructífero y se ha puesto en práctica con relativa frecuencia. Sin embargo, el proceso de re-imaginar la antropología está en proceso y deberá profundizarse, tal vez llevando los debates a otros campos y en otras direcciones. La antropología, se arguye actualmente, tiene que "volver a entrar" en el mundo real, luego del auge de la crítica textualista de los años ochenta. Para lograrlo, debe volver a historiografiar su propia práctica y reconocer que esta se halla determinada por muchas fuerzas externas al control del etnógrafo. Más aún, debe estar dispuesta a someter a un escrutinio más radical sus nociones más preciadas, como etnografía, ciencia y cultura (Fox, ed. 1991).

El llamado de Strathern para que tal cuestionamiento se adelante en el contexto de las prácticas de las ciencias sociales occidentales y de su "adhesión a ciertos intereses en la descripción de la vida social" reviste importancia fundamental. En el centro de estos debates dentro de las ciencias sociales se encuentran los límites que existen para el proyecto occidental de deconstrucción y autocrítica. Cada vez es más evidente, al menos para los que luchan por diversas formas para ser oídos, que el proceso de deconstrucción y desmantelamiento deberá estar acompañado por otro análogo destinado a construir nuevos modos de ver y de actuar. Sobra decir que este aspecto es decisivo para las discusiones sobre el desarrollo, porque lo que está en juego es la supervivencia de los pueblos. Mohanty (1991a) insiste en que ambos proyectos, la deconstrucción y la reconstrucción, deben ser simultáneos. Como discuto en el capítulo final, el proyecto simultáneo podría enfocarse estratégicamente en la acción colectiva de los movimientos sociales; estos no solo luchan por "bienes y servicios" sino por la definición misma de la vida, la economía, la naturaleza y la sociedad. Se trata, en síntesis, de luchas culturales.

Como Bhabha nos lo pide reconocer, la deconstrucción y otros tipos de crítica no conducen automáticamente a una "lectura no problemática de otros sistemas discursivos y culturales". Tales críticas podrían ser necesarias para combatir el etnocentrismo, "pero no pueden, por sí mismas, sin ser reconstruidas, representar la alteridad" (Bhabha 1990: 75). Más aún, en dichas críticas existe la tendencia a presentarla en términos de los límites del logocentrismo occidental, negando así la diferencia real ligada a un tipo de otredad cultural que se encuentra "implicada en condiciones históricas y discursivas específicas, requiriendo prácticas de lectura diferentes" (Bhabha 1990: 73). En América Latina existe una

---

13 Véase, por ejemplo, Ulin (1991); Sutton (1991); Hooks (1990); Said (1989); Trinh (1989); Mascia-Lees, Sharpe y Cohen (1989); Gordon (1988,1991); Friedman (1987).

insistencia parecida respecto de que las propuestas del posmodernismo, para ser fructíferas en el continente, deberán evidenciar su compromiso con la justicia y la construcción de órdenes sociales alternativos.[14]

Tales correctivos del Tercer Mundo indican la necesidad de interrogantes y estrategias alternativas para la construcción de discursos anticolonialistas (y la "reconstrucción" de las sociedades del Tercer Mundo en/a través de representaciones que puedan devenir en prácticas alternativas). Al cuestionar las limitaciones de la autocrítica occidental, como se hace en gran parte de la teoría contemporánea, permiten ver la "insurrección discursiva" de la gente del Tercer Mundo, propuesta por Mudimbe en relación con la "soberanía del mismo pensamiento europeo del cual deseamos liberarnos" (citado en Diawara 1990: 79).

La necesaria liberación de la antropología del espacio delimitado por el encuentro del desarrollo (y, más generalmente, la modernidad), a ser lograda mediante el examen profundo de las formas como se ha visto implicada en él, constituye un paso importante hacia el logro de regímenes de representación más autónomos a tal punto que podría motivar a los antropólogos y a otros científicos para explorar las estrategias de las gentes del Tercer Mundo en su intento por dar significado y transformar su realidad a través de la práctica política colectiva. Este reto podría brindar caminos hacia la radicalización de la acción de re-imaginar la antropología, emprendida con entusiasmo durante los años ochenta.

## Panorámica del libro

El siguiente capítulo estudia el surgimiento y consolidación del discurso y la estrategia del desarrollo en los albores del período de la segunda posguerra, como resultado de la problematización de la pobreza que tuvo lugar en esos años. Presenta las condiciones históricas que permitieron dicho proceso, identificando los principales mecanismos de la organización del desarrollo, especialmente la profesionalización de su conocimiento y la institucionalización de sus prácticas. Un aspecto importante de este capítulo es que ilustra la naturaleza y dinámica del discurso, su arqueología y sus modos de operación. Uno de los puntos centrales de este aspecto es la identificación del conjunto básico de elementos y relaciones que brindan cohesión al discurso. Para hablar del desarrollo, deben obedecerse ciertas reglas de expresión que se originan en su sistema básico de categorías y relaciones, el cual define la visión hegemónica del desarrollo, visión que penetra

14 Las discusiones acerca de la modernidad y la posmodernidad en América Latina se están convirtiendo en uno de los puntos principales de la investigación y la acción política. Véase Calderón ed. (1988); Quijano (1988, 1990); García Canclini (1990); Sarlo (1991); Yudice, Franco y Flores (1992). Para una reseña de los anteriores, véase a Montaldo (1991).

cada vez más y transforma el tejido económico, social y cultural de las ciudades y pueblos del Tercer Mundo, a pesar de que los lenguajes del desarrollo se adapten y reconstruyan incesantemente en el nivel local.

El capítulo tercero trata de presentar una crítica cultural de la economía analizando el componente más influyente en el campo del desarrollo: el discurso de la economía del desarrollo. Para entenderlo, deben analizarse las condiciones de su aparición; cómo surgió, erigido alrededor de la economía occidental existente y de la doctrina económica por ella generada (teorías clásica, neoclásica, keynesiana y del crecimiento económico); cómo los economistas del desarrollo construyeron la "economía subdesarrollada", incorporando a sus teorías las características de la sociedad capitalista avanzada y de su cultura; la economía política de la economía capitalista mundial ligada a su construcción; y, por último, las prácticas de planificación que surgieron con la economía del desarrollo, convirtiéndose en poderosas propulsoras de la producción y administración del desarrollo. Desde este espacio privilegiado, la economía impregnó toda la práctica del desarrollo. Como lo muestra la última parte del capítulo, no existen indicios de que los economistas hayan considerado la posibilidad de redefinir sus dogmas y formas de análisis, aunque se encuentran señales esperanzadoras en algunos trabajos recientes de la antropología económica. La noción de "comunidades de modeladores" (Gudeman y Rivera 1990) se examina como alternativa para la construcción de una política cultural que encare políticamente, y ojalá neutralice en parte, al discurso económico dominante.

Los capítulos cuarto y quinto intentan mostrar en detalle el funcionamiento del desarrollo. El objetivo del primero es mostrar cómo un conjunto de técnicas racionales –de planeación, medición y evaluación, conocimientos profesionales, y prácticas institucionales y similares– organiza la producción de formas de conocimiento y tipos de poder, relacionándolos entre sí, en la construcción y el tratamiento de un problema específico: la desnutrición y el hambre. El capítulo examina el nacimiento, auge y declinación de un conjunto de disciplinas (formas de conocimiento) y estrategias en los campos de la nutrición, la salud y el desarrollo rural. Esbozadas inicialmente a comienzos de los años setenta por un puñado de expertos provenientes de universidades norteamericanas e inglesas, del Banco Mundial y de las Naciones Unidas, las estrategias de planificación alimentaria y nutricional y de desarrollo rural integrado trajeron como resultado la implementación durante las décadas del setenta y del ochenta, de programas masivos en países del Tercer Mundo, financiados principalmente por el Banco Mundial y los gobiernos del Tercer Mundo. Un estudio de caso de dichos planes en Colombia, basado en el trabajo de campo de este autor con un grupo de planificadores a cargo de su diseño e implementación, se presenta como ejemplo del funcionamiento del aparato del desarrollo. Al prestar atención a la economía política de la alimentación y el hambre

y a los esquemas discursivos a ella ligados, este capítulo y el próximo contribuyen al desarrollo de una economía política de corte postestructuralista.

El capítulo quinto amplía el análisis de los capítulos previos centrándose en los regímenes de representación que subyacen a los esquemas sobre las mujeres, los campesinos y el medio ambiente. El capítulo pone en evidencia, en particular, los nexos entre la representación y el poder que entran en juego en las prácticas del Banco Mundial, institución que se presenta como arquetipo del discurso del desarrollo. Se prestó especial atención a las representaciones sobre los campesinos, las mujeres y el medio ambiente que aparecen en la bibliografía reciente sobre el desarrollo, y a las contradicciones y posibilidades inherentes a las tareas del "desarrollo rural integrado", "la incorporación de las mujeres al desarrollo" y el "desarrollo sostenible". La economía de visibilidades producida por las representaciones utilizadas por los planificadores y los expertos en el diseño y ejecución de sus programas se analiza en detalle para mostrar la conexión entre la creación de visibilidades en el discurso, particularmente a través de las técnicas visuales modernas, y el ejercicio del poder. Este capítulo también contribuye a teorizar la cuestión del cambio discursivo y la transformación explicando cómo los discursos acerca de los campesinos, las mujeres y el ambiente surgen y funcionan en el marco global del desarrollo.

El capítulo final aborda la cuestión de la transformación del régimen de representación del desarrollo y la elaboración de alternativas. Se analiza y evalúa el llamado de un número creciente de voces del Primer y Tercer Mundo a declarar "el fin del desarrollo". De igual modo, se utilizará la reciente teorización, en la ciencia social latinoamericana, de la construcción de "culturas híbridas" como mecanismo de afirmación cultural ante la crisis de la modernidad, como base para la visualización de "alternativas", como problema de investigación y como práctica social. Se afirmará que más que buscar grandes modelos o estrategias alternativas, lo que se requiere es investigar las representaciones y prácticas alternativas que pudieran existir en escenarios locales concretos, en particular en el marco de la acción colectiva y la movilización política. La propuesta se desarrollará en el contexto específico de la nueva fase del "capital ecológico" y las luchas por la biodiversidad mundial. Tales luchas –entre el capital global y los intereses de la biotecnología, de una parte, y las comunidades locales, de la otra– constituyen el estadio más avanzado para la negociación de los significados del desarrollo y el postdesarrollo. El hecho de que las luchas involucren generalmente a minorías culturales de las regiones tropicales del planeta plantea inquietudes sin precedentes acerca del diseño de los órdenes sociales, la tecnología, la naturaleza, y la vida misma.

Que el análisis, finalmente, se lleve a cabo en términos de "fábulas" o "relatos" no indica que estas sean meras "ficciones". Como lo expresa Donna Haraway en su análisis de las narraciones de la biología (1989a, 1991), la narrativa no es ficción ni se opone a los "hechos". La narrativa constituye, de hecho, la urdimbre histórica

compuesta de hecho y de ficción. Aun los campos científicos más neutrales son en este sentido narraciones. Tratar la ciencia como narración, insiste Haraway, no es demeritarla. Por el contrario, es tratarla con la mayor seriedad, sin sucumbir a su mistificación como la única "verdad" ni someterla al escepticismo irónico común a tantas críticas. Los discursos de la ciencia y de los expertos, tales como el discurso del desarrollo, producen verdades poderosas, maneras de crear el mundo y de intervenir en él, incluyéndonos también a nosotros; son ejemplos de "espacios donde se reinventan constantemente los mundos posibles en la lucha por mundos concretos y reales" (Haraway 1989a: 5). Las narraciones, igual que las fábulas que aparecen en este libro, están siempre inmersas en la historia y carecen de inocencia; que logremos desmantelar el desarrollo e incluso despedirnos del Tercer Mundo dependerá por igual de la invención social de nuevas narrativas, y de nuevos modos de pensar y de obrar.[15]

---

15 A lo largo del libro, me refiero a un país, Colombia, y a un área problemática, la desnutrición y el hambre. Esto debería ubicar al lector en los aspectos materiales y geopolíticos del desarrollo.

# 2. La problematización de la pobreza: La fábula de los tres mundos y el desarrollo

> *La palabra 'pobreza' es, sin duda, una palabra clave de nuestros tiempos, muy usada bien y mal por todos. Grandes sumas de dinero se gastan en nombre de los pobres. Millares de libros y consejos de expertos continúan ofreciendo soluciones a sus problemas. Sin embargo, resulta bastante extraño, que nadie, incluyendo a los supuestos 'beneficiarios' de tales actividades, parezca tener una visión clara y compartida de la pobreza. Una razón es que todas las definiciones se tejen alrededor del concepto de 'carencia' o 'deficiencia'. Esta noción refleja solamente la relatividad básica del concepto. ¿Qué es necesario y para quién? ¿Y quién está capacitado para definirlo?*
>
> (Majid Rahnema, *Global Poverty: A Pauperizing Myth,* 1991).

Uno de los muchos cambios que ocurrió a comienzos de la segunda posguerra fue el "descubrimiento" de la pobreza masiva en Asia, África y América Latina. Relativamente insignificante y en apariencia lógica, el hallazgo habría de proporcionar el ancla para una importante restructuración de la cultura y la economía política globales. El discurso bélico se desplazó al campo social y hacia un nuevo territorio geográfico: el Tercer Mundo. Atrás quedó la lucha contra el fascismo. En la rápida globalización de la dominación mundial por Estados Unidos, la "guerra a la pobreza" en el Tercer Mundo comenzó a ocupar un lugar destacado. Para justificar la nueva guerra se esgrimieron hechos elocuentes:

> Más de 1500 millones de personas, algo así como dos tercios de la población mundial, vive en condiciones de hambre aguda, definida en términos de malestar nutricional identificable. El hambre es al mismo tiempo la causa y el efecto de la pobreza, el abandono, y la miseria en que vive (Wilson 1953: 11).

Declaraciones de esta naturaleza proliferaron a finales de los años cuarenta y cincuenta (Orr 1953; Shonfield 1950; United Nations 1951). El nuevo énfasis fue estimulado por el reconocimiento de las condiciones crónicas de pobreza y malestar social que existían en los países pobres, y la amenaza que representaban para los países más desarrollados. Los problemas de las áreas pobres irrumpieron en el escenario internacional. Las Naciones Unidas estimaron que el ingreso per cápita de Estados Unidos era de 1453 dólares en 1949, mientras que el de Indonesia apenas llegaba a 25. Esto llevó al convencimiento de que había que hacer algo antes de que los niveles de inestabilidad en el mundo entero se volvieran intolerables. El destino de las áreas ricas y pobres del mundo se concebía estrechamente ligado. "La verdadera prosperidad mundial es indivisible" declaró un panel de expertos en 1948. "No puede perdurar en una parte del mundo si las otras viven en condiciones de pobreza y mala salud" (Milbank Memorial Fund 1948: 7; véase también Lasswell 1945).

La pobreza a escala global fue un descubrimiento del período posterior a la segunda guerra mundial. Como sostienen Sachs (1990) y Rahnema (1991), las concepciones y el tratamiento de la pobreza eran bastante diferentes antes de 1940. En épocas coloniales la preocupación por la pobreza estaba condicionada por la creencia de que, aunque los "nativos" pudieran ilustrarse algo con la presencia del colonizador, no podía hacerse gran cosa para aliviar su pobreza ya que su desarrollo económico era inútil. La capacidad de los nativos para la ciencia y la tecnología, base del progreso económico, se consideraba nula (Adas 1989). Sin embargo, como señalan los mismos autores dentro de las sociedades asiáticas, africanas, latinoamericanas o norteamericanas nativas, igual que a través de la mayor parte de la historia europea, las sociedades tradicionales habían desarrollado maneras de definir y tratar la pobreza que daban cabida a conceptos de comunidad, frugalidad y suficiencia. Como quiera que fueran tales formas tradicionales, y sin idealizarlas, es cierto que la pobreza masiva en el sentido moderno solamente apareció cuando la difusión de la economía de mercado rompió los lazos comunitarios y privó a millones de personas del acceso a la tierra, al agua y a otros recursos. Con la consolidación del capitalismo, la pauperización sistémica resultó inevitable.

Sin pretender hacer una arqueología de la pobreza, como lo propone Rahnema (1991), es importante destacar la ruptura en las concepciones y la administración de la pobreza, primero con el surgimiento del capitalismo en Europa y luego con el advenimiento del desarrollo en el Tercer Mundo. Rahnema describe el primer rompimiento en términos de la aparición, en el siglo XIX, de sistemas para tratar a los pobres basados en la asistencia proporcionada por instituciones impersonales. En esta transición, la filantropía ocupó un lugar importante (Donzelot 1979). La transformación de los pobres en asistidos tuvo profundas consecuencias. Esta "modernización" de la pobreza significó no solo la ruptura de las relaciones tradicionales, sino también el establecimiento de

nuevos mecanismos de control. Los pobres aparecieron cada vez más como un problema social que requería nuevas formas de intervención en la sociedad. De hecho, fue en relación con la pobreza como surgieron las modernas formas de pensamiento sobre el significado de la vida, la economía, los derechos y la administración social. "La pobreza, la economía política y el descubrimiento de la sociedad estuvieron estrechamente relacionados" (Polanyi 1957a: 84).

El tratamiento de la pobreza permitió a la sociedad conquistar nuevos territorios. Tal vez más que del poder industrial y tecnológico, el naciente orden del capitalismo y la modernidad dependían de una política de la pobreza cuya intención era no solo crear consumidores sino transformar la sociedad, convirtiendo a los pobres en objetos de conocimiento y administración. En la operación se hallaba implícito "un instrumento técnico-discursivo que posibilitó la conquista de la pobreza y la invención de una política de la pobreza" (Procacci 1991: 157). La pobreza, explica Procacci, se asociaba, correcta o incorrectamente, con rasgos como movilidad, vagancia, independencia, frugalidad, promiscuidad, ignorancia, y la negativa a aceptar los deberes sociales, a trabajar y a someterse a la lógica de la expansión de las "necesidades". Por consiguiente, la administración de la pobreza exigía la intervención en educación, salud, higiene, moralidad, empleo, la enseñanza de buenos hábitos de asociación, ahorro, crianza de los hijos, y así sucesivamente. El resultado fue una multiplicidad de intervenciones que significaron la creación de un campo que algunos investigadores han denominado "lo social" (Donzelot 1979, 1988, 1991; Burchell, Gordon y Miller, eds. 1991).

Como campo de conocimiento e intervención, lo "social" cobró importancia en el siglo XIX, culminando en el siglo XX con la consolidación del Estado benefactor y el conjunto de técnicas agrupadas bajo el nombre de trabajo social. No solo la pobreza, sino también la salud, la educación, la higiene, el empleo y la baja calidad de vida en pueblos y ciudades se convirtieron en problemas sociales y requerían un conocimiento amplio de la población y modos apropiados de planeación social (Escobar 1992a). El "gobierno de lo social" alcanzó un estatus que, como la conceptualización de la economía, pronto se consideró normal. Se había creado una "clase separada constituida por los 'pobres'" (Williams 1973: 104). Pero el aspecto más significativo de este fenómeno fue el establecimiento de aparatos de conocimiento y poder dedicados a optimizar la vida produciéndola bajo condiciones modernas y "científicas". La historia de la modernidad, de este modo, no es solo la historia del conocimiento y de la economía; de modo revelador, es la historia de lo social.[1]

1 Foucault (1979, 1980a, 1980b, 1991a) se refiere a este aspecto de la modernidad –la aparición de formas de conocimiento y de controles regulatorios centrados en la producción y optimización de la vida– como "biopoder". El biopoder significó la "gubernamentalización" de la vida social, esto es, la sujeción de la vida a mecanismos explícitos de producción y administración por parte del Estado y de otras instituciones.

Como veremos, la historia del desarrollo implica la continuación en otros lugares de esta historia de lo social. Esta es la segunda ruptura en la arqueología de la pobreza propuesta por Rahnema: la globalización de la pobreza efectuada por la definición de dos terceras partes del mundo como pobres después de 1945. Si en las economías de mercado los pobres eran definidos como carentes de aquello que los ricos tenían en términos de dinero y posesiones materiales, los países pobres llegaron a ser definidos en forma análoga en relación con los patrones de riqueza de las naciones económicamente más adelantadas. Esta concepción económica de la pobreza encontró un parámetro ideal en el ingreso anual per cápita. La percepción de la pobreza a escala global "no fue más que el resultado de operaciones estadísticas comparativas, la primera de las cuales se realizó apenas en 1940" (Sachs 1990: 9). En 1948, cuando el Banco Mundial definió como pobres aquellos países con ingreso per cápita inferior a 100 dólares, casi por decreto, dos tercios de la población mundial fueron transformados en sujetos pobres. Y si el problema era de ingreso insuficiente, la solución era, evidentemente, el crecimiento económico.

Fue así como la pobreza se convirtió en un concepto organizador y en objeto de una nueva problematización. Como toda problematización (Foucalt 1986), la de la pobreza creó nuevos discursos y prácticas que daban forma a la realidad a la cual se referían. Que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, y que la solución radicaba en el crecimiento económico y el desarrollo se convirtieron en verdades universales, evidentes y necesarias. Este capítulo analiza los múltiples procesos que hicieron posible este particular evento histórico; analiza lo que podría llamarse la "desarrollalización" del Tercer Mundo, es decir su progresiva inserción en un régimen de discurso y práctica en el cual ciertas medidas para la erradicación de la pobreza se volvieron indispensables para el orden mundial. También puede verse como un recuento de la invención de la fábula de los tres mundos y la lucha por el "desarrollo" del tercero. La fábula de los tres mundos fue, y sigue siendo a pesar de la defunción del segundo, una manera de crear un orden político que "funciona mediante la negociación de fronteras lograda a través del ordenamiento de las diferencias" (Haraway 1989a: 10). Fue (y es) una narrativa donde cultura, raza, género, nación y clase están inextricablemente ligadas. El orden político y económico codificado por la fábula de los tres mundos y el desarrollo descansa sobre el tráfico de significados que describen nuevos campos del ser y del entender, los mismos campos que son cada vez más cuestionados y desestabilizados por las gentes del Tercer Mundo hoy en día.

---

El análisis del biopoder y la gobernabilidad debe ser componente integral de la antropología de la modernidad (Urla 1993).

## La invención del desarrollo

### *El surgimiento de la nueva estrategia*

Desde el 11 de julio hasta el 5 de noviembre de 1949, una misión económica, organizada por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, visitó Colombia con el propósito de formular un programa general de desarrollo para el país. Era la primera misión de esta clase enviada por el Banco a un país subdesarrollado. La misión contaba con catorce asesores internacionales en los siguientes campos: comercio exterior, transporte, industria, hidrocarburos y energía, vías carreteables y fluviales, servicios comunitarios, agricultura, salud y bienestar, banca y finanzas, economía, cuentas nacionales, vías férreas y refinerías petroleras. Con la misión trabajó un grupo homólogo de asesores y expertos colombianos.

Así fue como la misión vio su tarea y, por consiguiente, el carácter del programa propuesto:

> Hemos interpretado nuestros términos de referencia como la necesidad de un programa integral e interior consistente… Las relaciones entre los diversos sectores de la economía colombiana son muy complejas, y ha sido necesario un análisis exhaustivo de las mismas para desarrollar un marco consistente… Esta, entonces, es la razón y justificación para un programa global de desarrollo. Los esfuerzos pequeños y esporádicos solo pueden causar un pequeño efecto en el marco general. Solo mediante un ataque generalizado a través de toda la economía sobre la educación, la salud, la vivienda, la alimentación y la productividad puede romperse decisivamente el círculo vicioso de la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la baja productividad. Pero una vez que se haga el rompimiento, el proceso del desarrollo económico puede volverse autosostenido (International Bank 1950: xv).

El programa exigía "una multitud de mejoras y reformas" que cubrían todas las áreas importantes de la economía. Constituía una representación y un enfoque radicalmente nuevos de la realidad social y económica de un país. Uno de los rasgos más destacados del enfoque era su carácter global e integral. El primero demandaba programas en todos los aspectos sociales y económicos de importancia, mientras que la planeación cuidadosa, la organización y la asignación de los recursos aseguraba el carácter integral de los programas y su desarrollo exitoso. El informe suministraba también un conjunto de prescripciones detalladas que incluía metas y objetivos cuantificables, necesidades de inversión, criterios de diseño, metodologías y secuencias temporales.

Resulta instructivo citar extensamente el último párrafo del documento, ya que revela varios de los rasgos claves del enfoque que surgía por entonces:

> No puede evitarse la conclusión de que la dependencia de las fuerzas naturales no ha producido los resultados más felices. Igualmente es inevitable la conclusión de que con el conocimiento de los hechos y los procesos económicos subyacentes, la buena planeación para fijar objetivos y asignar recursos, y la decisión de llevar a cabo un programa de mejoras y reformas, mucho puede hacerse para mejorar el medio ambiente económico creando políticas económicas que satisfagan los requerimientos sociales verificados científicamente… Colombia cuenta con una oportunidad única en su larga historia. Sus abundantes recursos naturales pueden ser tremendamente productivos mediante la aplicación de técnicas modernas y prácticas eficientes. Su posición internacional favorable en cuanto a endeudamiento y comercio la capacita para obtener equipo y técnicas modernas del exterior. Se han establecido organizaciones internacionales y nacionales para ayudar técnica y financieramente a las áreas subdesarrolladas. Todo lo que se necesita para iniciar un período de crecimiento rápido y difundido es un esfuerzo decidido de parte de los mismos colombianos. Al hacer un esfuerzo tal, Colombia no solo lograría su propia salvación sino que al mismo tiempo daría un ejemplo inspirador a todas las demás áreas subdesarrolladas del mundo (International Bank 1950: 615).

Resultan notables el sentimiento mesiánico y el fervor cuasirreligioso expresados en la noción de salvación. En esta representación la "salvación" exige la convicción de que solo existe una vía correcta, es decir, el desarrollo. Solo a través del desarrollo Colombia podrá llegar a ser un "ejemplo inspirador" para el resto del mundo subdesarrollado. Sin embargo, la tarea de salvación/desarrollo es compleja. Afortunadamente, las herramientas adecuadas para semejante tarea (ciencia, tecnología, planeación, organizaciones internacionales) ya han sido creadas y su efectividad ha sido probada mediante experiencias exitosas en Occidente. Además, las herramientas son neutrales, deseables y universalmente aplicables. Antes del desarrollo, nada existía: solo "la dependencia frente a las fuerzas naturales", que no produjo "los resultados más felices". El desarrollo trae la luz, es decir, la posibilidad de satisfacer "requerimientos sociales científicamente verificados". El país debe despertarse entonces de su pasado letárgico y seguir la única senda hacia la salvación, que es, sin duda, "una oportunidad única en su larga historia" (de oscuridad, podría añadirse).

Tal es el sistema de representación sustentado por el informe. Pese a estar expresada en términos de metas humanitarias y de la preservación de la libertad, la nueva estrategia buscaba un nuevo control de los países y de sus recursos. Se promovía un tipo de desarrollo acorde con las ideas y las expectativas del Occidente poderoso, con aquello que los países occidentales juzgaban como curso normal de evolución y progreso. Como veremos, al conceptualizar el progreso en dichos términos, la estrategia de desarrollo se convirtió en instrumento poderoso para normatizar el mundo. La misión del Banco Mundial a Colombia en 1949 fue una de las primeras expresiones concretas del nuevo estado de cosas.

## *Precursores y antecedentes del discurso del desarrollo*

Como veremos en la próxima sección, el discurso de desarrollo ejemplificado por la misión de 1949 del Banco Mundial en Colombia, surgió en el contexto de una compleja coyuntura histórica. Su invención señaló un cambio significativo en las relaciones históricas entre Europa y Estados Unidos, de una parte, y la mayoría de los países de Asia, África y América Latina de la otra. También creó un nuevo régimen de representación de estas últimas en la cultura euroamericana. Pero el "nacimiento" del discurso merece alguna atención; existieron, de hecho, precursores importantes que presagiaron su aparición en todo su esplendor después de la Segunda Guerra Mundial.

La lenta preparación para el lanzamiento del desarrollo fue tal vez más clara en África que en otras partes. Allí se presentó, como lo sugieren algunos estudios recientes (Cooper 1991; Page 1991), una conexión importante entre la declinación del orden colonial y el nacimiento del desarrollo. En el período interbélico se preparó el terreno para instituir el desarrollo como estrategia para reconstruir el mundo colonial y reestructurar las relaciones entre colonias y metrópolis. Como ha señalado Cooper (1991), el Acta británica de desarrollo de los años cuarenta, la primera gran materialización de la idea de desarrollo, fue una respuesta a los desafíos al poder imperial de los años treinta y por lo tanto debe entenderse como un intento de revitalizar el imperio. Esto fue especialmente claro en los estados de colonización blanca de África del sur, donde la preocupación por cuestiones de empleo y oferta de alimentos produjo estrategias para modernizar algunos segmentos de población africana, con frecuencia, como lo plantea Page (1991), a expensas de las concepciones afrocéntricas de alimentación y comunidad defendidas por las mujeres. Estos intentos iniciales trataron de cristalizarse en esquemas de desarrollo comunitario durante los años cincuenta. El rol de la Liga de las Naciones al negociar la descolonización mediante el sistema de mandatos también tuvo importancia en muchos casos de Asia y África. Después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema se extendió a una descolonización generalizada y a la promoción del desarrollo por parte del nuevo sistema de organizaciones internacionales (Murphy y Augelli 1993).

En términos generales, desde la óptica de la concurrencia de los regímenes de representación colonial y desarrollista, el período entre 1920 y 1950 sigue siendo poco conocido. Algunos aspectos que han merecido atención en el contexto del África del norte y sur del Sahara incluyen la constitución de una fuerza de trabajo y de una clase modernizada de agricultores diferenciados en términos de clase, género y raza, incluyendo el reemplazo de sistemas africanos autosuficientes de producción cultural y de alimentos; el rol del Estado como arquitecto, por ejemplo en la "detribalización" de la fuerza de trabajo asalariada, la intensificación de la competencia de género, y la lucha por la educación; las maneras en que los discursos y prácticas de los expertos agrícolas, los profesionales de la salud, los planificadores urbanos y los educadores se desplegaron en el contexto colonial,

su relación con los discursos e intereses metropolitanos, y las metáforas que ellos impartieron para reorganizar las colonias; la modificación de tales discursos y prácticas en el contexto del encuentro colonial, su interpenetración con las formas locales de conocimiento, y su efecto sobre estas últimas; y las formas diversas de resistencia ante el poder colonial y sus esquemas de conocimiento (véanse, por ejemplo, Cooper y Stoler 1989; Packard 1989; Page 1991; Rabinow 1989; Comaroff 1985; Comaroff y Comaroff 1991; Rau 1991).

El caso latinoamericano es muy diferente del africano, aunque la cuestión de los precursores del desarrollo también debe investigarse. Como es bien sabido, la mayoría de los países latinoamericanos logró la independencia política en las primeras décadas del siglo XIX, aun cuando en muchos niveles continuó bajo el control de las economías y políticas europeas. A comienzos del siglo xx, en toda la región se sintió el ascenso de Estados Unidos. Las relaciones Estados Unidos-Latinoamérica adoptaron un doble sentido desde comienzos del siglo. Si de una parte quienes estaban en el poder percibían que había oportunidades para un intercambio justo, de otra, Estados Unidos se sentían cada vez más autorizados para intervenir en los asuntos latinoamericanos. Desde la política intervencionista del "gran garrote" de comienzos del siglo hasta el principio del "buen vecino" de los años treinta, las dos tendencias coexistieron en la política exterior norteamericana hacia Latinoamérica, y la última tuvo repercusiones mucho más importantes que la primera.

Robert Bacon, quien fuera secretario de Estado de Estados Unidos, expresó la posición del "intercambio justo".

> Ya ha pasado el día –declaró en su informe de un viaje a Suramérica en 1916– en que la mayoría de estos países, que edificaron laboriosamente una estructura gubernamental bajo tremendas dificultades, eran inestables, tambaleantes y estaban a punto de derrumbarse de un mes a otro… Ellos 'han pasado' para usar las palabras del señor Root, 'de la condición de militarismo, de la condición de revolución, a la condición de industrialismo, hacia el camino del comercio exitoso, y se están convirtiendo en naciones grandes y poderosas (Bacon 1916: 20).

Elihu Root, mencionado por Bacon positivamente, representaba en realidad el lado del intervencionismo activo. Prominente estadista y experto en leyes internacionales, Root ejerció gran influencia en la conformación de la política exterior norteamericana y participó en la política intervencionista de comienzos de siglo, cuando Estados Unidos ocuparon militarmente la mayoría de los países centroamericanos. El mismo Root, quien recibió el premio Nobel de la Paz en 1912, desempeñó un papel destacado en la separación entre Panamá y Colombia.

> Con o sin el consentimiento de Colombia", escribió en aquella ocasión, "construiremos el canal, no por razones egoístas, ni por codicia o afán de lucro, sino por el comercio mundial, beneficiando a Colombia más que a todos… Uniremos las costas del Atlántico y el Pacífico, prestando un servicio inestimable a la humanidad, y creceremos en grandeza y honor y en la fortaleza que proviene de las tareas difíciles y del ejercicio del poder que crece en la naturaleza de un pueblo grande y constructivo (Root 1916: 190).

La posición de Root implicaba la concepción de las relaciones internacionales entonces prevaleciente en Estados Unidos.[2] La propensión a la intervención militar en apoyo a los objetivos estratégicos de Estados Unidos se atemperó de Wilson a Hoover. Con Wilson, la intervención se vio acompañada por la meta de promover las democracias "republicanas", queriendo decir con ello los regímenes aristocráticos y elitistas. A menudo los intentos estaban animados por posiciones racistas y etnocéntricas. Las actitudes de superioridad "convencieron a Estados Unidos de que tenía el derecho y la habilidad para intervenir políticamente en los países más débiles, oscuros y pobres" (Drake 1991: 7). Para Wilson, la promoción de la democracia era deber moral de Estados Unidos y de los "hombres de bien" de América Latina. "Voy a enseñar a las repúblicas latinoamericanas cómo elegir buenos hombres", concluyó (citado en Drake 1991: 13). Como el nacionalismo latinoamericano aumentara después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos redujo el intervencionismo abierto y proclamó en su lugar los principios de "puerta abierta" y del "buen vecino", especialmente después de mediados de los años veinte. Se hicieron intentos para proporcionar alguna ayuda en particular a las instituciones financieras, la infraestructura y la salubridad. Durante este período la Fundación Rockefeller actuó por primera vez en la región (Brown 1976). Sin embargo, el período 1912-1932 estuvo regido en general, por el deseo de los Estados Unidos de alcanzar "la hegemonía tanto ideológica como militar y económica y la conformidad, sin tener que pagar el precio de la conquista permanente" (Drake 1991: 34).

Aunque este estado de relaciones demuestra un creciente interés norteamericano en América Latina, no constituyó una estrategia explícita y global con respecto a las naciones latinoamericanas. La situación iba a

---

2 Las palabras de Root también reflejan un rasgo notorio de la conciencia norteamericana, es decir, el deseo utópico de llevar progreso y felicidad a todos los pueblos no solo dentro de los confines de la propia nación, sino también más allá de sus fronteras. Dentro de este tipo de mentalidad el mundo se convierte, a veces, en una amplia superficie cargada de problemas por resolver, un horizonte desorganizado que debe ser colocado "en el camino de la libertad ordenada" de una vez por todas, "con o sin el consentimiento" de quienes serán reformados. Esta actitud también se halla en el origen del sueño del desarrollo.

alterarse profundamente durante las décadas siguientes y en particular después de la Segunda Guerra Mundial. Tres conferencias interamericanas –celebradas en Chapultepec, en México (21 de febrero–marzo 8 de 1945), Río de Janeiro (agosto de 1947) y Bogotá (30 de marzo–30 de abril de 1948)– fueron definitivos para articular las nuevas reglas del juego. Como el terreno de la guerra fría ya se estaba abonando, estas conferencias mostraron la seria divergencia de intereses entre América Latina y Estados Unidos, y marcaron la defunción de la política del buen vecino. Mientras Estados Unidos insistía en sus objetivos militares y de seguridad, los países latinoamericanos privilegiaban más que nunca las metas sociales y económicas (López Maya 1993).[3]

En Chapultepec, varios presidentes latinoamericanos resaltaron la importancia de la industrialización para consolidar la democracia, y pidieron ayuda a Estados Unidos mediante un programa de transición económica de la producción de insumos bélicos hacia la producción industrial. Estados Unidos, no obstante, insistió en los asuntos de defensa hemisférica, restringiendo la política económica a una advertencia para que los países latinoamericanos abandonaran el "nacionalismo económico". Los desacuerdos crecieron en la Conferencia de paz y seguridad de Río. Como la Conferencia de Bogotá en 1948, que marcó el nacimiento de la Organización de Estados Americanos, la Conferencia de Río estuvo dominada por una creciente cruzada anticomunista. Al tiempo que la política exterior norteamericana se militarizaba aún más, para la agenda latinoamericana resultaba cada vez más importante la necesidad de políticas económicas apropiadas, incluyendo la protección a las incipientes industrias. Finalmente, Estados Unidos reconoció en Bogotá, hasta cierto punto, esta agenda. Sin embargo, el entonces secretario de Estado, el general Marshall, también aclaró que América Latina no podía esperar en modo alguno algo similar al Plan Marshall para Europa (López Maya 1993).

En contraste, Estados Unidos insistió en su política de "puertas abiertas", lo cual significaba libre acceso a los recursos de todos los países, fomento a la empresa privada, y un tratamiento "justo" al capital foráneo. Los expertos norteamericanos malinterpretaron totalmente la situación latinoamericana. Un estudioso de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina a finales de los años cuarenta lo expresa así:

> América Latina estaba más cerca de Estados Unidos y tenía por ello muchísima más importancia que cualquier otra región del Tercer Mundo,

---

3 Para un análisis exhaustivo de la política exterior de Estados Unidos hacia Latinoamérica, véanse Kolko (1988) y Bethell (1991). Véanse también Cuevas Cancino (1989); Graebner (1977); Whitaker (1948); Yerguin (1977); Wood, B. (1985) y Haglund (1985). Debe señalarse que la mayoría de los académicos han desconocido el significado del surgimiento del discurso del desarrollo a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta. López Maya, en cuyo trabajo se basa el recuento de las tres conferencias, constituye una excepción.

> pero los representantes norteamericanos la despreciaban cada vez más como área aberrante, ignorante y habitada por gentes incapaces de ayudarse a sí mismas y esencialmente infantiles. Cuando George Kennan (jefe de Planeación de políticas del Departamento de Estado) fue enviado a observar lo que describió como el escenario "desesperado e infeliz" de la región, escribió el más acerbo informe de toda su carrera. Ni siquiera los comunistas parecen viables "porque el carácter latinoamericano los inclina al individualismo [y] la indisciplina"… Siguiendo el lema de la naturaleza "infantil" del área, sostuvo con condescendencia que si Estados Unidos trataba a los latinoamericanos como adultos, tal vez tendrían que portarse como tales (Kolko 1988: 39-40).[4]

Al igual que la imagen de Currie de la "salvación", la representación del Tercer Mundo como niño necesitado de dirección adulta no era una metáfora desconocida, y se prestaba perfectamente para el discurso del desarrollo. La infantilización del Tercer Mundo ha sido parte integral del desarrollo como "teoría secular de salvación" (Nandy 1987).

Debe señalarse que las exigencias económicas planteadas por los países de América Latina reflejaban cambios que venían ocurriendo durante varias décadas y que también preparaban el terreno para el desarrollo, por ejemplo, el comienzo de la industrialización en algunos países y la necesidad percibida de ampliar los mercados domésticos; la urbanización y el ascenso de las clases profesionales; la secularización de las instituciones políticas y la modernización del Estado; el aumento en la atención a las ciencias positivas, y diversos tipos de movimientos modernistas. Algunos de estos factores cobraban notoriedad desde los años veinte y se aceleraron después de los treinta.[5] Pero no fue sino en la época de la Segunda Guerra Mundial cuando comenzó a consolidarse un movimiento más claro en pro de modelos económicos nacionales. Entre comienzos y mediados de los años cuarenta aparecieron en Colombia alusiones al "desarrollo industrial", y ocasionalmente al "desarrollo económico del país", relacionadas con la percepción de una amenaza proveniente de las clases populares. El intervencionismo del Estado

---

4 Durante la primera mitad del siglo a veces se hacían observaciones etnocéntricas con bastante libertad. El embajador del gobierno Wilson en Inglaterra, por ejemplo, explicaba que Estados Unidos intervendrían en América Latina para "Hacerlos votar y vivir de acuerdo con sus decisiones". Si esto no funcionaba, "Volveremos y los haremos votar otra vez... Estados Unidos estará allá por doscientos años y puede continuar disparando contra sus hombres por ese pequeño espacio hasta que aprendan a votar y a gobernarse a sí mismos" (citado en Drake 1991: 14). Se creía que la "mente latina" "despreciaba la democracia" y estaba regida por la emoción y no por la razón.

5 Cardoso y Faletto (1979) discuten algunos de estos cambios para América Latina en su conjunto. Archila (1980) analiza el ascenso de los movimientos sociales en Colombia durante los años veinte.

se acentuó, pese a estar enmarcado en un modelo de liberalismo económico, al tiempo que el incremento de la producción se comenzaba a considerar como ruta necesaria para el progreso social. Tal conciencia coincidió con la *medicalización* de la mirada política, hasta el punto que las clases populares comenzaron a ser percibidas no en términos raciales como antes, sino como masas de enfermos, malnutridos, incultos y fisiológicamente débiles, requiriendo con ello acción social sin precedentes (Pécaut 1987: 273-352).[6]

A pesar de la importancia de estos procesos históricos es posible hablar de la invención del desarrollo a comienzos de la segunda posguerra. En el clima de las transformaciones que ocurrieron en ese período, y en poco menos de una década, el carácter de las relaciones entre los países ricos y pobres sufrió un cambio drástico. La conceptualización de tales relaciones, la forma que tomaron y sus mecanismos de funcionamiento sufrieron un cambio sustancial. En pocos años surgió y se consolidó una estrategia totalmente nueva para enfrentar los problemas de los países más pobres. Todo aquello que revestía importancia en la vida cultural, social, económica y política de éstos –su población, el carácter cultural de su pueblo, sus procesos de acumulación de capital, su agricultura, comercio, etcétera– entró en la nueva estrategia. En la siguiente sección veremos en detalle el conjunto de condiciones históricas que posibilitaron la creación del desarrollo, antes de emprender el análisis del discurso mismo, esto es, de los nexos de poder, conocimiento y dominación que lo definen.

## Condiciones históricas 1945-1955

Si durante la Segunda Guerra Mundial la imagen de lo que sería el Tercer Mundo estaba determinada por consideraciones estratégicas y por el acceso a las materias primas, la integración de tales regiones a la estructura política y económica naciente a finales de la guerra se complicó más. Desde la conferencia

6 La interpretación de este período de la historia colombiana es muy polémica. Los historiadores económicos (véase por ejemplo Ocampo ed. 1987) generalmente creen que la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial forzaron a las clases dirigentes hacia la industrialización como única alternativa para el desarrollo. Esta concepción, sostenida por muchos en América Latina, ha sido cuestionada recientemente. Sáenz Rovner (1989, 1992) rechaza la idea de que el crecimiento y el desarrollo fueran metas compartidas por la elite colombiana durante los años cuarenta, añadiendo que el mismo informe Currie no fue tomado en serio por el gobierno. El trabajo de Antonio García (1953) ofrece pistas importantes para evaluar el estatus de la planeación en Colombia con referencia a la misión Currie. Para García, las actividades de planeación de los años cuarenta fueron muy ineficaces no solo a causa de las concepciones estrechas del proceso de planeación sino porque los diversos organismos planificadores no tenían el poder para implementar los objetivos y programas deseados. Aunque García halló que el informe Currie era inobjetable en lo económico, lo cuestionó en materia social, reclamando en su lugar el tipo de proceso de planeación que había presentado al Congreso Jorge Eliécer Gaitán en 1947.

de constitución de las Naciones Unidas en San Francisco en 1945 y hasta finales de la década, el destino del mundo no industrializado fue tema de intensas negociaciones. Aún más, las nociones de "subdesarrollo" y "Tercer Mundo" fueron productos discursivos del clima de la segunda posguerra. Estos conceptos no existían antes de 1945. Aparecieron como conceptos de trabajo dentro del proceso en el cual Occidente, y en formas distintas Oriente, se redefinió a sí mismo y al resto del mundo. A comienzos de los años cincuenta, la noción de tres mundos –naciones industrializadas libres, naciones comunistas industrializadas y naciones pobres no industrializadas que constituían el Primer, Segundo y Tercer Mundos respectivamente– estaba implantada con firmeza. Aún después de la desaparición del Segundo Mundo, las nociones de Primer y Tercer Mundo (y de Norte y Sur) siguen articulando un régimen de representación geopolítica.[7]

Para Estados Unidos, la principal preocupación era la reconstrucción de Europa. Ella implicaba la defensa de los sistemas coloniales, dado que el acceso continuo de las potencias europeas a las materias primas de sus colonias era considerado vital para su recuperación. Las luchas por la independencia nacional aumentaban en Asia y África; estas luchas llevaron al nacionalismo izquierdista del Plan Bandung de 1955 y a la estrategia de países no alineados. A finales de los cuarenta, en otras palabras, Estados Unidos apoyaba los esfuerzos europeos para mantener el control sobre las colonias, aunque procurando aumentar su propia influencia sobre los recursos de las áreas coloniales, tal vez con mayor claridad en el caso del petróleo del Medio Oriente.[8]

En cuanto a América Latina, la fuerza más importante que se oponía a Estados Unidos era el creciente nacionalismo. Desde la Gran Depresión algunos países latinoamericanos comenzaron a tratar de construir sus economías con mayor autonomía que antes mediante el fomento estatal a la industrialización. La participación de sectores medios en la vida social y política hacía su aparición, el sindicalismo entraba a la vida política, y hasta la izquierda comunista había alcanzado logros importantes.

---

7 Para los orígenes de las nociones de "desarrollo" y "Tercer Mundo" véanse Platsch (1981); Mintz (1976); Wallerstein (1984); Arndt (1981); Worsley (1984); Binder (1986). El término "desarrollo" existió por lo menos desde el Acta británica de desarrollo colonial de 1929, aunque como insiste Arndt, su uso en la etapa inicial fue muy diferente de lo que llegaría a significar en los años cuarenta. La expresión "países o áreas subdesarrolladas" nació a mediados de los cuarenta (véanse por ejemplo los documentos del Milbank Memorial Fund de la época). Finalmente, el término "Tercer Mundo" solo surgió a comienzos de los cincuenta. Según Platsch, fue acuñado por Alfred Sauvy, demógrafo francés, para referirse, haciendo una analogía con el "Tercer Estado" de Francia, a las áreas pobres y populosas del mundo.

8 Samir Amin se refiere al Plan Bandung como el "plan nacional burgués para el Tercer Mundo de nuestra era" (1990: 46) Aun cuando Bandung representara "un camino tercermundista para el desarrollo", cuestiona Amin, encajaba bien dentro de la "sucesión ininterrumpida de intentos burgueses nacionales, abortos repetidos y sometimiento a las exigencias de subordinación" a los poderes internacionales (1990: 47).

En términos generales, la democracia emergía como componente fundamental de la vida nacional en el sentido de la necesidad de mayor participación de las clases populares, junto con el sentido creciente de la importancia de la justicia social y el fortalecimiento de las economías domésticas. De hecho, durante el período 1945-1947 muchas democracias parecían estar en proceso de consolidación y los regímenes dictatoriales hacían una transición a la democracia (Bethell 1991). Como ya se dijo, Estados Unidos malinterpretó esta situación.

Además de las luchas anticoloniales de Asia y África, y del creciente nacionalismo latinoamericano, existieron otros factores que dieron forma al discurso del desarrollo; entre ellos se hallaban la guerra fría, la necesidad de nuevos mercados, el temor al comunismo y la superpoblación, y la fe en la ciencia y la tecnología.

### *La búsqueda de nuevos mercados y campos de batalla seguros*

En el otoño de 1939, la Conferencia interamericana de cancilleres, celebrada en Panamá, proclamó la neutralidad de las repúblicas americanas. Sin embargo, en Washington se reconocía que, para que la unidad continental perdurara, se requerirían medidas económicas especiales de parte de Estados Unidos, para ayudar a las naciones latinoamericanas a enfrentar el período de inestabilidad que seguiría a la pérdida de los mercados por causa de la guerra. El primer paso para ello fue la creación de la Comisión Interamericana para el Desarrollo, establecida en enero de 1940 para orientar la producción latinoamericana hacia el mercado estadounidense. La ayuda financiera a Latinoamérica durante el período, aunque relativamente modesta, fue significativa. Sus dos fuentes principales, el Export-Import Bank y la Corporación Financiera de Reconstrucción, financiaron programas para la producción y adquisición de materiales estratégicos. Las actividades incluían a menudo asistencia técnica a gran escala y movilización de recursos de capital hacia América Latina. El carácter de estas relaciones también contribuyó a fijar la atención en la necesidad de ayudar a las economías latinoamericanas en forma más sistemática.[9]

El año de 1945 marcó una profunda transformación en los asuntos mundiales. Llevó a Estados Unidos a una posición indiscutible de preminencia militar y económica, poniendo bajo su tutela todo el sistema occidental. Su posición privilegiada no dejó de ser cuestionada. Coexistía con la creciente influencia de los regímenes socialistas de Europa oriental y con la marcha exitosa de los comunistas chinos hacia el poder. Las antiguas colonias asiáticas y africanas reclamaban su independencia. Los viejos sistemas coloniales de explotación y

9 Un detallado recuento de la asistencia externa norteamericana durante la guerra se halla en Brown y Opie (1953). Véase también Galbraith (1979).

control se hicieron insostenibles. En síntesis, se presentaba una reorganización de la estructura del poder mundial.

El período 1945-1955, por tanto, vio la consolidación de la hegemonía estadounidense en el sistema capitalista mundial. La necesidad de expandir y profundizar el mercado exterior para productos norteamericanos, y de hallar nuevos sitios para invertir sus excedentes de capital ejerció mucha presión durante estos años. La expansión de la economía norteamericana también requería el acceso a materias primas baratas para respaldar la creciente capacidad de sus industrias, en especial de las corporaciones multinacionales nacientes. Un factor económico que se volvió más notorio durante el período fue el cambio de la producción industrial hacia la producción de alimentos y materias primas, en detrimento de estas últimas, lo cual apuntaba hacia la necesidad de un programa eficiente de fomento de la producción primaria en áreas subdesarrolladas. No obstante, la preocupación fundamental en este período fue la revitalización de la economía europea. Se estableció un programa masivo de ayuda económica a Europa, que culminó con la formulación del Plan Marshall en 1948.[10]

El Plan Marshall puede considerarse como "un acontecimiento histórico de importancia excepcional" (Bataille 1991: 173). Como sostuviera George Bataille, siguiendo el análisis que hiciera el economista francés François Perroux en 1948, con el Plan Marshall, y por vez primera en la historia del capitalismo, el interés general de la sociedad parecía haber primado sobre el interés de las naciones o de los inversionistas privados. Fue, dice Bataille copiando la expresión de Perroux, "una inversión en el interés del mundo [¿occidental?]" (1991: 177). La movilización de capital que acompañó al Plan (19 mil millones de dólares en ayuda exterior a Europa occidental entre 1945 y 1950) estaba exenta de la ley de lucro en lo que constituyó, según Bataille, una clara suspensión de los principios de la economía clásica. Era "la única forma de transferir a Europa los productos sin los cuales le aumentaría la fiebre al mundo" (pág. 175). Por un breve lapso, al menos, Estados Unidos dejó de lado "la regla sobre la que se basaba el mundo capitalista. Era necesario entregar los bienes sin recibir pago. Era necesario *regalar* el producto del trabajo" (pág. 175).[11]

---

10 Con referencia a los cambios económicos de este período, véanse Williams (1953) y Copland (1945). La economía política de dichos cambios se analizará con cierto detalle en el Capítulo 3.

11 En términos económicos la interpretación de Bataille del Plan Marshall es cuestionable. Como observa Payer (1991), Estados Unidos no tenía más opción que reactivar la economía europea, o su propia economía se derrumbaría tarde o temprano por falta de socios comerciales, especialmente dado el exceso de capacidad productiva generada durante la guerra. Pero el argumento de Bataille llega más allá. Para él, el hecho esencial en el Plan Marshall residía en que un mejor nivel de vida podría hacer posible el aumento de los "recursos de energía" del ser humano, y con ello, su propia conciencia. Esto permitiría

El Tercer Mundo no merecía el mismo tratamiento. En contraste con los 19 mil millones de dólares recibidos por Europa, durante el mismo período, menos del 2% del total de la ayuda de Estados Unidos, por ejemplo, fue a América Latina (Bethell 1991: 58); en 1953 se gastaron solamente 150 millones de dólares para el Tercer Mundo en su conjunto bajo el Programa Point IV (Kolko 1988: 42). Al Tercer Mundo se le pidió que privilegiara el capital privado, doméstico y foráneo, lo que implicaba crear "el clima adecuado", incluyendo un compromiso con el desarrollo capitalista y el control del nacionalismo, la izquierda, la clase trabajadora y el campesinado. La creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento –BIRF– (más conocido como el Banco Mundial) y del Fondo Monetario Internacional –FMI– no representaron una desviación de este criterio. Desde esta perspectiva, "lo inadecuado del BIRF y del Fondo Monetario representaba una versión negativa de la iniciativa positiva del Plan Marshall" (Bataille 1991: 177). El desarrollo, de este modo, se quedó corto desde el comienzo. La suerte del Tercer Mundo se consideró de "interés general" para la humanidad, pero solo de manera muy limitada.[12]

La guerra fría fue sin duda uno de los factores individuales más importantes durante la conformación de la estrategia del desarrollo. Las raíces históricas del desarrollo y del conflicto Oriente-Occidente se confunden en un solo proceso: las reorganizaciones políticas que ocurrieron después de la Segunda Guerra Mundial. A finales de los cuarenta, la lucha real entre Oriente y Occidente se había desplazado al Tercer Mundo; el desarrollo se convirtió en la gran estrategia para promover tal rivalidad, y al mismo tiempo, impulsar los proyectos de la civilización industrial. La confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética confirió con ello legitimidad a la empresa de la modernización y el desarrollo; y extender la esfera de influencia política y cultural se convirtió en un fin en sí mismo.

La relación entre los intereses militares y los orígenes del desarrollo ha sido poco analizada. Por ejemplo, en la conferencia de 1947 en Río se firmaron pactos de asistencia militar entre Estados Unidos y todos los países latinoamericanos (Varas 1985). Con el tiempo, los pactos darían paso a doctrinas de "seguridad nacional" íntimamente ligadas a estrategias de desarrollo. No es coincidencia que la gran

---

el establecimiento de un tipo de existencia humana en la cual "la conciencia dejará de ser conciencia de *algo*; en otras palabras, de ser consciente del significado decisivo de un instante en el cual el incremento (la adquisición de *algo*) se solucionará con el gasto; y esto sería precisamente la *propia conciencia*, esto es, una conciencia que en adelante *tiene nada como su objeto*" (1991: 190). Esta creencia se halla en la base de su noción de "economía general" a la cual dedicó *The Accursed Share*. Para una discusión muy útil del trabajo de Bataille como discurso crítico de la modernidad, véase Habermas (1987).

12 El mismo Truman lo había puesto en claro en 1947: "Los problemas de los países de este hemisferio [americano] son de naturaleza diferente y no pueden ser aliviados con los mismos medios e iguales enfoques que se contemplan para Europa" (citado en López Maya 1993: 13), luego de lo cual alabó las virtudes de la inversión privada para el caso latinoamericano.

mayoría de las aproximadamente 150 guerras de las últimas cuatro décadas haya tenido lugar en el Tercer Mundo, muchas de ellas con participación directa o indirecta de poderes externos al propio Tercer Mundo (Soedjatmoko 1985), el cual, lejos de ser periférico, era clave para la rivalidad entre las superpotencias y la posibilidad de confrontación nuclear. El sistema que genera conflicto e inestabilidad y el sistema que genera el subdesarrollo están estrechamente mezclados. Aunque el fin de la guerra fría y el surgimiento del "nuevo orden mundial" hayan cambiado la configuración del poder, el Tercer Mundo es aún la arena más importante de confrontación (como lo indican Somalia, la guerra del golfo, el bombardeo de Libia y las invasiones de Grenada y Panamá). Aunque cada vez más diferenciado, el "Sur" es todavía, tal vez con mayor claridad que nunca, el campo opuesto a un "Norte" cada vez más unificado, pese a sus conflictos étnicos.

Después de la guerra el sentimiento antifascista dio paso fácilmente a las cruzadas anticomunistas. El temor anticomunista se convirtió en uno de los argumentos obligatorios en las discusiones sobre el desarrollo. En los años cincuenta se aceptaba comúnmente que si los países pobres no eran rescatados de su pobreza, sucumbirían al comunismo. En mayor o menor grado, la mayoría de los escritos iniciales sobre el desarrollo hace eco de esta preocupación. El compromiso con el desarrollo económico como medio de combatir el comunismo no se restringió a los círculos militares o académicos, encontró un nicho todavía más acogedor en las oficinas gubernamentales de Estados Unidos, en numerosas organizaciones, y entre la ciudadanía norteamericana. El control del comunismo, la aceptación ambivalente de la independencia de las antiguas colonias europeas como concesión para prevenir su caída en el campo soviético, y el permanente acceso a importantes materias primas del Tercer Mundo, de las cuales dependía cada vez más la economía norteamericana, eran parte de la reconceptualización norteamericana sobre el Tercer Mundo en el período posterior a la guerra de Corea.

## *Masas pobres e ignorantes*

La "guerra a la pobreza" estaba justificada por factores adicionales, en particular por la urgencia que se confería al "problema de la población". Comenzaron a proliferar las declaraciones y tomas de posición sobre el tema. En muchos casos se adoptó una forma cruda de empirismo –asumiendo como inevitables las opiniones y recetas malthusianas– aunque economistas y demógrafos hicieron intentos serios de conceptualizar el efecto de los factores demográficos sobre el desarrollo.[13] Se

---

13 Véase, por ejemplo, Hatt (1951); Lewis (1955); Buchanan y Ellis (1951); Political and Economic Planning, PEP (1955); Sax (1955); Coale y Hoover (1958). En relación con el uso de modelos y estadísticas poblacionales, véase United Nations, Department of Economic Affairs (1953); Liebenstein (1954); Wolfender (1954); Milbank Memorial Fund (1954).

formularon modelos y teorías que buscaban relacionar las diversas variables y suministrar una base para la formulación de políticas y programas. Como lo sugería la experiencia de Occidente, se esperaba que las tasas de crecimiento comenzaran a caer a medida que los países se desarrollaran; pero, como advirtieron muchos, los países pobres no podían esperar hasta que este proceso ocurriera y debían agilizar la reducción de la fertilidad por medios más directos.[14]

Esta preocupación con respecto a la población había existido por varias décadas, especialmente en relación con Asia.[15] Constituía uno de los tópicos centrales de las discusiones sobre raza y racismo. Pero la intensidad y la forma que tomó la discusión eran nuevas. Como lo expresara un autor, "es probable que en los últimos cinco años se hayan publicado más tratados sobre la población que en los siglos anteriores" (Pendell 1951: 377). Las discusiones sostenidas en los círculos académicos o en el ámbito de las nacientes organizaciones internacionales también tenían un nuevo tono. Se remitían a tópicos como la relación entre el crecimiento económico y el aumento de la población, entre población, recursos y producción; entre los factores culturales y el control natal. También se emprendió el estudio de temas como la experiencia demográfica de los países ricos y su posible extrapolación a los países pobres; los factores que afectan la fertilidad y la mortalidad; las tendencias demográficas y sus proyecciones futuras; las condiciones necesarias para realizar programas exitosos de control de la población, y así sucesivamente. En otras palabras, muy semejante a lo que ocurría con la raza y el racismo durante el mismo período,[16] y a pesar de la persistencia de creencias abiertamente racistas, los discursos sobre la población se reorganizaban en los campos "científicos" de la demografía, la salud pública, y la

---

14 Las sutilezas malthusianas eran a veces exageradas, como en el siguiente ejemplo: "Como señaló Malthus hace mucho tiempo, la oferta de personas fácilmente sobrepasa a la oferta de alimentos… Donde los hombres se han vuelto más numerosos que el alimento, los hombres son baratos; donde el alimento todavía es abundante en relación con los hombres, los hombres son caros… ¿Qué es un hombre caro? Uno que ha sido costoso de criar; que ha adquirido hábitos costosos, entre los cuales están las destrezas que otras personas están dispuestas a comprar a alto precio… Por lo menos 75 millones de norteamericanos han estado, con algunos altibajos, llevando este tipo de vida… Los norteamericanos hemos tenido a la mano 22.796 toneladas de carbón para cada uno. Los italianos solo tienen seis por cabeza. ¿Por qué sorprenderse de que los italianos sean baratos y nosotros caros? ¿O de que todos los italianos quieran venir a vivir con nosotros? Tenemos aproximadamente sesenta veces el hierro y doscientas veces el carbón que tienen los japoneses. Claro que los japoneses son baratos…" (Pendell 1951: viii). Otros libros malthusianos famosos del período fueron los de Vogt (1948) y Osborn (1948).

15 Véase, por ejemplo, Dennery (1970 [1931]). El libro versa sobre el crecimiento de la población en India, China, y Japón, y sus consecuencias para Occidente.

16 Estoy en deuda con Ron Balderrama por haber compartido conmigo su análisis de la naturaleza cambiante del discurso sobre la raza durante los años cuarenta y cincuenta. Dicho discurso comenzó a articularse en los términos científicos de la biología de la población, y otros por el estilo.

biología de poblaciones. Una nueva óptica de la población y de los instrumentos científicos y tecnológicos para su manejo cobraba forma.[17]

## *La promesa de la ciencia y la tecnología*

La fe en la ciencia y la tecnología, fortalecida por las nuevas ciencias surgidas del esfuerzo bélico, como la física nuclear y la investigación de operaciones, desempeñó un papel importante en la elaboración y justificación del nuevo discurso del desarrollo. En 1948, un conocido funcionario de las Naciones Unidas expresó esta fe diciendo: "Todavía creo que el progreso humano depende del desarrollo y la aplicación en el mayor grado posible de la investigación científica… El desarrollo de un país depende ante todo de un factor material: primero, el conocimiento, y luego, la explotación de todos sus recursos naturales" (Laugier 1948: 256).

La ciencia y la tecnología se habían convertido en abanderadas por excelencia de la civilización en el siglo XIX, cuando las máquinas se constituyeron en el índice de civilización, en "la medida de los hombres" (Adas 1989). Este rasgo moderno se reactivó con el advenimiento de la era del desarrollo. Para 1949, el Plan Marshall mostraba grandes éxitos en la restauración de la economía europea, y la atención se dirigía cada vez más hacia los problemas de largo plazo de la ayuda para el desarrollo económico en áreas subdesarrolladas. De este desplazamiento surgió el famoso Programa Point iv del presidente Truman, con que iniciamos este libro, que comprendía la aplicación a las áreas pobres del mundo de las que se consideraban dos fuerzas vitales: la tecnología moderna y el capital. Sin embargo, dependía mucho más de la asistencia técnica que del capital, ya que se creía que la primera podría traer el progreso a un precio mucho menor. En mayo de 1950 el Congreso aprobó un "Acta para el desarrollo internacional", para autorizar la financiación y llevar a cabo diversas actividades de cooperación técnica internacional. En octubre del mismo año, Technical Cooperation Administration (tca) se creó en el departamento de Estado, con la tarea de desarrollar las nuevas políticas. Para 1952 ambas agencias dirigían operaciones en casi todos los países latinoamericanos, así como en varios de Asia y África (Brown y Opie 1953).

La tecnología, se pensaba, no solo aumentaría el progreso material: le otorgaría, además, dirección y significado. En la extensa bibliografía sobre la sociología de

---

17 Es importante recalcar que esta preocupación no estaba dirigida a las causas estructurales de la pobreza, sino que más bien se prestaba a políticas imperialistas o elitistas de "control de la población", en particular contra los pueblos indígenas y las clases populares (Mamdani 1973). Aunque el acceso a la anticoncepción puede implicar un significativo mejoramiento en especial para las mujeres, no debería ser incompatible con la lucha contra la pobreza y en favor de mejores servicios de salud, como insisten las mujeres en muchas partes de América Latina. Véase por ejemplo Barroso y Bruschini (1991).

la modernización, la tecnología fue teorizada como una especie de fuerza moral que operaría creando una ética de la innovación, la producción y el resultado. La tecnología contribuía así a la extensión planetaria de los ideales modernistas. El concepto "transferencia de tecnología" se convertiría con el tiempo en componente importante de los proyectos de desarrollo. Nunca se tomó conciencia de que la transferencia no dependía simplemente de elementos técnicos sino también de factores sociales y culturales. La tecnología era considerada neutral e inevitablemente benéfica y no como instrumento para la creación de los órdenes sociales y culturales (Morandé 1984; García de la Huerta 1992).

La nueva conciencia sobre la importancia del Tercer Mundo para la economía y la política globales, junto con el comienzo de actividades de campo en el mismo, trajeron consigo el reconocimiento de la necesidad de obtener conocimientos más precisos sobre él. En ningún lugar se percibió esta necesidad con mayor agudeza que en América Latina. Como lo expresara un eminente latinoamericanista, "Los años de guerra presenciaron un aumento notable del interés por América Latina. La que otrora fuera un área que solamente diplomáticos y académicos pioneros se atrevían a explorar, se convirtió casi de la noche a la mañana en el centro de atracción de los representantes gubernamentales, así como de estudiosos y profesores" (Burgin [1947] 1967: 466). Esto exigía "conocimiento detallado del potencial económico de América Latina, así como del medio ambiente geográfico, social y político en cuyo marco dicho potencial se haría realidad" (pág. 466). Solo en "historia, literatura y etnología" el estado del conocimiento se consideraba adecuado. Lo que se necesitaba ahora era un tipo de conocimiento preciso que podría obtenerse mediante la aplicación de las nuevas ciencias sociales "científicas" que experimentaban entonces un notable auge en las universidades de Estados Unidos (como la sociología parsoniana, la macroeconomía keynesiana, el análisis de sistemas y la investigación de operaciones, la demografía y la estadística). En 1949 un ilustre estudioso peruano describió la "misión de los estudios latinoamericanos" como "proporcionar, mediante estudio e investigación, una base que permita interpretar y evaluar objetivamente los problemas y eventos diarios desde la perspectiva de la historia, la geografía, la economía, la sociología, la antropología , la psicología social y la ciencia política" (Basadre [1949] 1967: 434).

El de Basadre también era un llamado al cambio social, a pesar de haber quedado atrapado bajo la moda del desarrollo. El anterior modelo de producción de conocimiento, organizado alrededor de las profesiones clásicas a la usanza del siglo XIX, fue remplazado por el modelo norteamericano. La sociología y la economía fueron las disciplinas más afectadas por el cambio, que involucró a la mayoría de las ciencias naturales y sociales. El desarrollo tenía que basarse en una producción del conocimiento que suministrara un cuadro científico de los problemas sociales y económicos y de los recursos de un país. Ello implicaba establecer instituciones capaces de generar tal conocimiento. El "árbol de la investigación" del Norte fue trasplantado al Sur, y con ello América Latina entró

a formar parte del sistema transnacional de conocimiento. Algunos sostienen que a pesar de que esta transformación creó nuevas capacidades cognoscitivas, también implicó una pérdida de autonomía y el bloqueo de modos alternativos de conocimiento (Fuenzalida 1983; Morandé 1984; Escobar 1989).

Se pensaba que atrás había quedado la época en que la ciencia estaba contaminada por el prejuicio y el error. La nueva objetividad garantizaba la precisión y la certeza en la representación. Poco a poco los viejos modos de pensar darían paso al nuevo espíritu. Los economistas se sumaron rápidamente a esta ola de entusiasmo. De la noche a la mañana se descubrió que América Latina era "una *tábula rasa* para el historiador económico" (Burgin [1947] 1967: 474), y el pensamiento económico latinoamericano comenzó a ser con siderado como desprovisto de cualquier conexión con las condiciones locales, como un mero apéndice de la economía clásica europea. Los nuevos académicos comenzaron a comprender que "el punto de partida de la investigación debe ser el área misma, porque es solamente en términos de su desarrollo histórico y sus objetivos como la organización y el funcionamiento de la economía pueden ser bien comprendidos" (pág. 469). El terreno estaba abonado para el surgimiento del desarrollo económico como proyecto teórico legítimo.

La comprensión mayor y más difundida del funcionamiento del sistema económico fortaleció la esperanza de llevar la prosperidad material al resto del mundo. La conveniencia, no cuestionada, del crecimiento económico quedaba así ligada a la renovada fe en la ciencia y la tecnología. El crecimiento económico presuponía la existencia de un *continuum* entre países pobres y ricos, que permitiría la reproducción en los países pobres de las condiciones que caracterizaban a los países capitalistas avanzados (incluyendo la industrialización, la urbanización, la modernización agrícola, la infraestructura, el creciente suministro de servicios sociales y los altos niveles de alfabetismo). El desarrollo era concebido como el proceso de transición de una situación a otra. Esta noción confería a los procesos de acumulación y desarrollo un carácter progresivo, ordenado y estable el cual culminaría a finales de los cincuenta e inicios de los sesenta con las teorías de modernización y de las etapas del desarrollo económico (Rostow 1960).[18]

Finalmente, hubo otro factor que influyó en la formación de la nueva estrategia del desarrollo: la creciente experiencia de intervención pública en la economía. Aunque el carácter deseable de dicha intervención, en contraposición con un enfoque más de *laissez-faire* seguía siendo controvertido,[19] cada vez se generalizaba más el reconocimiento de la necesidad de algún tipo de planeación

18 Para un recuento de las teorías de modernización véanse Villamil, ed. (1979); Portes (1976); Gendzier (1985) y Banuri (1990).

19 Puede encontrarse un debate sobre el tema en el ataque frontal que hiciera von Hayek (1944) a todos los tipos de intervención en la economía, y en la respuesta de Finer (1949) a

o acción gubernamental. La experiencia de la planeación social durante el *New Deal*, legitimada por el keynesianismo, así como las "comunidades planificadas" concebidas e implementadas parcialmente en comunidades de indígenas norteamericanos y en campos de concentración para japoneses-americanos en Estados Unidos (James 1984) representaban experimentos significativos de intervención social. Lo mismo sucedía con las corporaciones legales y las compañías públicas establecidas en países industrializados por iniciativa gubernamental, por ejemplo, la British Broadcasting Comission (BBC) y la Tennessee Valley Authority (TVA). Algunas corporaciones regionales de desarrollo se establecieron en América Latina y otros sitios del Tercer Mundo siguiendo el modelo de la TVA.[20] Los modelos de planeación nacional, regional y sectorial se volvieron esenciales para el funcionamiento y la difusión del desarrollo.

En síntesis, estas fueron las condiciones más importantes que posibilitaron y dieron forma al discurso del desarrollo. Se había dado una reorganización mundial del poder con resultados que seguían siendo poco claros. Se habían dado importantes cambios en la estructura de la producción, la cual tenía que ser ajustada a las necesidades del sistema capitalista en el cual los países subdesarrollados ocupaban un lugar cada vez más importante, aunque no completamente definido. Estos países podrían hacer alianzas con cualquier polo de poder. En vista de la expansión del comunismo, del deterioro constante de las condiciones de vida, y del alarmante aumento de su población, el rumbo que estos países tomaron dependía mucho de un tipo de acción de alcances y urgencia nunca vistos.

Por otra parte, se creía que los países ricos tenían la capacidad financiera y tecnológica para afianzar el progreso en todo el mundo. Una mirada a su historia les daba la firme convicción de que ello era no solo posible, para no decir deseable, sino tal vez inevitable. Tarde o temprano los países pobres se volverían ricos y el mundo subdesarrollado se desarrollaría. Un nuevo tipo de conocimiento económico y una experiencia enriquecida con el diseño y manejo de sistemas sociales hacían parecer esta meta más plausible todavía. Ahora era cuestión de plantear una estrategia adecuada y de poner en marcha las fuerzas indicadas para asegurar el progreso y la felicidad mundiales.

Detrás del interés humanitario y de la apariencia positiva de la nueva estrategia comenzaron a operar nuevas formas de control, más sutiles y refinadas. La capacidad de los pobres para definir y regir sus propias vidas se erosionó más

---

Hayek. Véase también Lewis (1949), particular en su razonamiento de "por qué planificar en los países atrasados".

20 La influencia de la TVA no estuvo restringida en absoluto a Colombia. En muchos países se diseñaron esquemas para el desarrollo de cuencas fluviales con la participación directa de la TVA. Esta historia aún no ha sido contada.

profundamente que antes. Los pobres del mundo se convirtieron en el blanco de prácticas cada vez más sofisticadas y de una multiplicidad de programas aparentemente ineludible. Desde las nuevas instituciones de poder en Estados Unidos y Europa, desde las oficinas del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y de las Naciones Unidas, desde las universidades, centros de investigación y fundaciones norteamericanas y europeas, y desde las oficinas de planeación recién establecidas en las grandes capitales del mundo subdesarrollado, éste era el tipo de desarrollo que se promovía y que, al cabo de pocos años, penetraría todas las esferas de la sociedad. Veamos ahora cómo este conjunto de factores históricos dio como resultado el nuevo discurso del desarrollo.

## El discurso del desarrollo

### *El espacio del desarrollo*

¿Qué significa afirmar que el desarrollo comenzó a funcionar como discurso, es decir, que creó un espacio en el cual solo ciertas cosas podían decirse e incluso imaginarse? Si el discurso es el proceso a través del cual la realidad social llega a ser, si es la articulación del conocimiento y el poder, de lo visible y lo expresable, ¿cómo puede particularizarse y relacionarse el discurso del desarrollo con los acontecimientos técnicos, políticos y económicos del momento? ¿Cómo se convirtió el desarrollo en espacio para la creación sistemática de conceptos, teorías y prácticas?

Una aproximación inicial a la naturaleza del desarrollo como discurso son sus premisas fundamentales, tal como fueron formuladas en los años cuarenta y cincuenta. La premisa básica era la creencia del papel de la modernización como única fuerza capaz de destruir supersticiones y relaciones arcaicas, sin importar el costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran consideradas rutas progresivas e inevitables hacia la modernización. Solo mediante el desarrollo material podría producirse el progreso social, cultural y político. Esta opinión determinó la creencia de que la inversión de capital era el elemento más importante del crecimiento económico y el desarrollo. El avance de los países pobres se concibió entonces, desde el comienzo, en función de grandes suministros de capital para proporcionar la infraestructura, la industrialización y la modernización global de la sociedad. ¿De dónde vendría el capital? Una posibilidad era, por supuesto, el ahorro doméstico. Pero se consideraba que estos países estaban atrapados en un "círculo vicioso" de pobreza y falta de capital, de tal modo que buena parte del "anheladísimo" capital tendría que llegar del extranjero (véase Capítulo 3). Además, era absolutamente necesario que los gobiernos y las organizaciones internacionales desempeñaran un rol activo en la promoción y organización de los esfuerzos necesarios para superar el atraso general y el subdesarrollo económico.

De acuerdo con la anterior descripción, ¿cuáles fueron, entonces, los elementos más importantes en la formulación de la teoría del desarrollo? De una parte estaba el proceso de formación de capital, y sus diversos factores: tecnología, población y recursos, política fiscal y monetaria, industrialización y desarrollo agrícola, intercambio y comercio. Existía también una serie de factores ligados a consideraciones culturales, como la educación y la necesidad de fomentar los valores culturales modernos. Finalmente, estaba la necesidad de crear instituciones adecuadas para llevar adelante la compleja labor: organizaciones internacionales (como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, creado en 1944, y la mayoría de las agencias técnicas de las Naciones Unidas, también producto de mediados de los años cuarenta); oficinas de planeación nacional (que se multiplicaron en América Latina especialmente después de la iniciación de la Alianza para el Progreso a comienzos de los años sesenta); y agencias técnicas de otros tipos.

El desarrollo no solo fue el resultado de combinar, estudiar o elaborar gradualmente estos elementos (algunos de los cuales ya existían); ni producto de la introducción de nuevas ideas (algunas de ellas ya estaban apareciendo o a punto de hacerlo); ni efecto de las nuevas organizaciones internacionales o de las instituciones financieras (que tenían algunos precursores, como la Liga de Naciones). Fue más bien resultado del establecimiento de un conjunto de relaciones entre dichos elementos, instituciones y prácticas, así como de la sistematización de sus relaciones. El discurso del desarrollo no estuvo constituido por la organización de los posibles objetos que estaban bajo su dominio, sino por la manera en que, gracias a este conjunto de relaciones, fue capaz de crear sistemáticamente los objetos de los que hablaba, agruparlos y disponerlos de ciertas maneras y conferirles unidad propia.[21]

Para entender el desarrollo como discurso es necesario mirar no a los elementos mismos sino al sistema de sus relaciones recíprocas. Es este sistema de relaciones el que permite la creación sistemática de objetos, conceptos y estrategias; él determina lo que puede pensarse y decirse. Dichas relaciones –establecidas entre instituciones, procesos socio-económicos, formas de conocimiento, factores tecnológicos, etcétera– definen las condiciones bajo las cuales pueden incorporarse al discurso objetos, conceptos, teorías y estrategias. Es decir, el sistema de relaciones establece una práctica discursiva que determina las reglas del juego: quién puede hablar, desde qué puntos de vista, con qué autoridad y según qué calificaciones; define las reglas a seguir para el surgimiento, denominación, análisis y eventual transformación de cualquier problema, teoría u objeto en un plan o política.

---

21 La metodología usada en esta sección para el estudio del discurso sigue la de Foucault. Véanse especialmente Foucault (1972) y (1991b).

Los objetos con los cuales comenzó a relacionarse al desarrollo después de 1945 fueron numerosos y variados. Algunos se destacaban claramente (pobreza, tecnología y capital insuficientes, rápido crecimiento demográfico, servicios públicos inadecuados, prácticas agrícolas arcaicas, etcétera), mientras que otros se introdujeron con mayor cautela o aún en forma subrepticia (como las actitudes y valores culturales, y la existencia de factores raciales, religiosos, geográficos o étnicos supuestamente asociados con el atraso). Dichos elementos emergían desde múltiples puntos: desde las recién formadas instituciones internacionales y las oficinas gubernamentales de lejanas capitales, desde instituciones nuevas y antiguas, universidades y centros de investigación de países desarrollados, y, en forma creciente con el transcurso del tiempo, desde las instituciones del mismo Tercer Mundo. Todo estaba sujeto a la mirada de los nuevos expertos: las viviendas pobres de las masas rurales, los vastos campos agrícolas, las ciudades, los hogares, las fábricas, los hospitales, las escuelas, las oficinas públicas, los pueblos y regiones, y en última instancia, el mundo en su conjunto. La vasta superficie en la cual se movía a sus anchas el discurso cubría prácticamente toda la geografía cultural, económica y política del Tercer Mundo.

Pero no todos los actores distribuidos a lo ancho de esta superficie tenían acceso a la definición de los objetos y al análisis de sus problemas. Estaban en juego algunos principios claros de autoridad, que tenían que ver con el rol de los expertos, con los criterios de conocimiento y competencia necesarios; con instituciones como Naciones Unidas, que detentaban la autoridad moral, profesional y legal para nominar objetos y definir estrategias, y con los organismos financieros internacionales que ostentaban los símbolos del capital y del poder. Esos principios de autoridad también concernían a los gobiernos de los países pobres con la autoridad política legal sobre la vida de sus súbditos; y, finalmente, la posición de liderazgo de los países ricos que poseían el poder, el conocimiento y la experiencia para decidir lo que debía hacerse.

Los expertos en economía, demografía, educación, salud pública y nutrición elaboraban sus teorías, emitían sus juicios y observaciones y diseñaban sus programas desde estos espacios institucionales. Los "problemas" eran identificados progresivamente, creando numerosas categorías de "cliente". El desarrollo avanzó creando "anormalidades" (como "iletrados", "subdesarrollados", "malnutridos, "pequeños agricultores" o "campesinos sin tierra"), para tratarlas y reformarlas luego. Estos enfoques habrían podido tener efectos positivos como alivio de las restricciones materiales, pero ligados a la racionalidad desarrollista se convirtieron, dentro de esta racionalidad, en instrumento de poder y control. Con el paso del tiempo, se incorporaron progresiva y selectivamente nuevos problemas; una vez que un problema era incorporado al discurso, tenía que ser categorizado y especificado. Algunos se especificaban en determinado nivel (como el local o regional), o en varios de ellos (por ejemplo, una deficiencia nutricional en los hogares podía especificarse todavía más como una escasez de la producción

regional, o como relativa a determinado grupo poblacional), o en relación con una institución. Pero estas especificaciones tan refinadas no pretendían tanto arrojar luz sobre posibles soluciones, como atribuir los "problemas" a una realidad visible sujeta a tratamientos particulares.

Una especificación tal de los problemas, aparentemente interminable, requería observaciones detalladas en los pueblos, regiones y países del Tercer Mundo. Se elaboraron expedientes completos de los países y se diseñaron y refinaron sin cesar técnicas de información. Este rasgo del discurso permitió una radiografía de la vida social y económica de los países, constituyéndose en verdadera anatomía política del Tercer Mundo.[22] El resultado final fue la creación de un espacio de pensamiento y de acción cuya ampliación estaba determinada de antemano por aquellas mismas reglas introducidas durante sus etapas formativas. El discurso de desarrollo definía un campo perceptual estructurado mediante marcos de observación, modos de interrogación y registro de problemas, y formas de intervención; en síntesis, creó un espacio definido no tanto por el conjunto de objetos con el que estaba relacionado, sino más bien por un conjunto de relaciones y una práctica discursiva que producía sistemáticamente objetos, conceptos, teorías y estrategias relacionados entre sí.

Es verdad que con el paso de los años se incluyeron nuevos objetos, se introdujeron nuevos modos de operación y se modificaron (por ejemplo, en relación con las estrategias para combatir el hambre cambiaron tanto los conocimientos sobre requerimientos nutricionales, como los tipos prioritarios de cultivo y las opciones tecnológicas). Pero el mismo tipo de relaciones entre los elementos se mantiene mediante las prácticas discursivas de las instituciones. Es más, opciones en apariencia opuestas pueden coexistir fácilmente dentro del mismo campo discursivo (en la economía del desarrollo, por ejemplo, las escuelas monetarista y estructuralista parecían estar en abierta contradicción a pesar de que pertenecían a la misma formación discursiva y se originaban en el mismo conjunto de relaciones, como se mostrará en el próximo capítulo. También puede demostrarse que la reforma agraria, la revolución verde y el desarrollo rural integrado son estrategias a través de las cuales se construye la misma unidad, "el hambre", como veremos en el Capítulo 4). En otras palabras, aunque el discurso ha sufrido una serie de cambios estructurales, la arquitectura de la formación discursiva establecida en el período 1945-1955 ha permanecido igual, permitiendo que el discurso se adapte a nuevas condiciones. El

---

22 Los acuerdos prestatarios (acuerdos de garantía) entre el Banco Mundial y los países receptores firmados a finales de los años cuarenta y cincuenta incluían invariablemente el compromiso de darle "al Banco" toda la información que pidiera. También estipulaban el derecho de los representantes del Banco a visitar cualquier territorio del país en cuestión. Las "misiones" enviadas periódicamente por éste a los países constituyen el mecanismo principal para extraer información detallada sobre ellos, como se mostrará en el Capítulo 4.

resultado ha sido la sucesión de estrategias y subestrategias de desarrollo hasta la actualidad, siempre dentro de los límites del mismo espacio discursivo.

También es evidente que otros discursos históricos influyeron en las representaciones particulares del desarrollo. El discurso del comunismo, por ejemplo, influyó sobre la promoción de opciones que acentuaban el rol del individuo en la sociedad y, en particular, de los enfoques basados en la iniciativa y la propiedad privadas. Tanto énfasis en este asunto y una actitud tan moralizadora tal vez no habrían existido en el marco del desarrollo sin la constante prédica anticomunista originada durante la guerra fría. De igual modo, el hecho de que el desarrollo económico dependiera tanto de la necesidad de divisas favoreció la promoción de cultivos de exportación, en detrimento de los cultivos de consumo doméstico. Sin embargo, como se verá en los capítulos posteriores las formas en que el discurso organizó estos elementos no puede reducirse a relaciones causales.

En forma similar, el etnocentrismo y el patriarcado influyeron en la forma que tomó el desarrollo. Las poblaciones indígenas tenían que ser "modernizadas", y aquí la modernización significaba la adopción de los valores "correctos", es decir, los sustentados por la minoría blanca o la mayoría mestiza, y, en general, de los valores implícitos en el ideal del europeo culto. De otra parte, los programas de industrialización y desarrollo agrícola no solamente habían vuelto invisible a la mujer en su rol como productora, sino que además tendían a perpetuar su subordinación (véase el Capítulo 5). Las formas de poder en cuanto a clase, género, raza y nacionalidad se ubicaron así en la teoría y en la práctica del desarrollo. Aquéllas no determinan a estas en una relación causal directa, sino que más bien constituyen los elementos formativos del discurso.

El examen de cualquier elemento debe hacerse en el contexto global del discurso, por ejemplo, el énfasis en la acumulación de capital surgió como parte de un conjunto de relaciones complejas en las cuales intervenían muchos factores: la tecnología, las nuevas instituciones financieras, los sistemas de clasificación (PIB per cápita), los sistemas de toma de decisiones (como los nuevos mecanismos de cuentas nacionales y la asignación pública de recursos), los modos de conocimiento, y una serie de factores internacionales. Lo que convirtió a los economistas del desarrollo en figuras privilegiadas fue su posición dentro de este complejo sistema. Las opciones privilegiadas o excluidas también deben considerarse a la luz de la dinámica global del discurso: por qué, por ejemplo, el discurso privilegió los cultivos de exportación (para asegurar divisas, según los imperativos de la tecnología y del capital) y no cultivos para el consumo; la planeación centralizada (para satisfacer exigencias económicas y de conocimientos), pero no enfoques participativos y descentralizados; el desarrollo agrícola basado en extensas granjas mecanizadas y en el uso de insumos químicos, y no en sistemas agrícolas alternativos de pequeñas fincas, basados en consideraciones ecológicas y en el manejo integrado de plagas y cultivos; crecimiento económico acelerado y no articulación de

mercados internos para satisfacer las necesidades de la mayoría de la población; soluciones intensivas en capital y no en trabajo. Con la profundización de la crisis, algunas de las opciones antes excluidas se están tomando en cuenta, aunque casi siempre desde una perspectiva desarrollista, como sucede con la estrategia del desarrollo sostenible, a discutirse en los próximos capítulos.

Finalmente, lo que en realidad se incluye como aspecto legítimo del desarrollo puede depender de relaciones específicas establecidas en medio del discurso. Por ejemplo, relaciones entre lo que dicen los expertos y lo que la política internacional determina como factible (que puede definir, por ejemplo, lo que un organismo internacional recete a partir de las recomendaciones de un grupo de expertos); entre segmentos del poder (industria versus agricultura, por ejemplo); o entre dos o más formas de autoridad (por ejemplo, el equilibrio entre nutricionistas y especialistas en salud pública, de un lado, y la profesión médica, de otro que puede determinar la adopción de uno u otro enfoque para la atención en salud rural). Otros tipos de relaciones a considerar incluyen aquellos entre los lugares de origen de los objetos (por ejemplo, entre áreas urbanas y rurales), entre procedimientos de diagnóstico de necesidades (como el uso de "datos empíricos" por parte de las misiones del Banco Mundial) y la posición de autoridad de quienes realizan el diagnóstico (que puede determinar las propuestas y su posibilidad de implementación).

Son relaciones de este tipo las que rigen la práctica del desarrollo, que no es estática pero sigue reproduciendo las relaciones entre los elementos que involucra. Fue la sistematización de estas relaciones la que confirió al desarrollo su gran calidad dinámica. Fue la inmanente adaptabilidad a condiciones cambiantes la que le permitió sobrevivir hasta el presente. En 1955 ya se evidenciaba un discurso que se caracterizaba no por tener un objeto unificado sino por formar un vasto número de objetos y estrategias; no por nuevos conocimientos sino por la sistemática inclusión de nuevos objetos bajo su dominio. Sin embargo, la exclusión más importante era, y continúa siendo, lo que se suponía era el objeto primordial del desarrollo: la gente. El desarrollo era, y sigue siendo en gran parte, un enfoque de arriba abajo, etnocéntrico y tecnocrático que trataba a la gente y a las culturas como conceptos abstractos, como cifras estadísticas que se podían mover de un lado a otro en las gráficas del "progreso". El desarrollo nunca fue concebido como proceso cultural (la cultura era una variable residual, que desaparecería con el avance de la modernización) sino más bien como un sistema de intervenciones técnicas aplicables más o menos universalmente con el objeto de llevar algunos bienes "indispensables" a una población "objetivo". No resulta sorprendente que el desarrollo se convirtiera en una fuerza tan destructiva para las culturas del Tercer Mundo, irónicamente en nombre de los intereses de sus gentes.

## *La profesionalización e institucionalización del desarrollo*

El desarrollo fue una respuesta a la problematización de la pobreza que tuvo lugar en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y no un proceso natural de descubrimiento y tratamiento gradual de los problemas por parte de las ciencias e instituciones modernas. Como tal, debe tomarse como una construcción histórica que crea un espacio en el cual los países pobres son conocidos, definidos e intervenidos. Hablar del desarrollo como construcción histórica requiere un análisis de los mecanismos que lo convierten en fuerza real y activa, mecanismos que están estructurados por formas de conocimiento y de poder, y que pueden ser estudiados en términos de sus procesos de institucionalización y profesionalización.

## *La profesionalización del desarrollo*

El concepto de profesionalización se refiere básicamente al proceso mediante el cual el Tercer Mundo es incorporado a la política del conocimiento especializado y de la ciencia occidental en general. Esto se logra mediante un conjunto de técnicas, estrategias y prácticas disciplinarias que organiza la generación, validación y difusión del conocimiento sobre el desarrollo, incluyendo a las disciplinas académicas, a los métodos de enseñanza e investigación, a los criterios de autoridad y a otras diversas prácticas profesionales. En otras palabras, los mecanismos a través de los cuales se crea y mantiene una política de la verdad y que permiten que ciertas formas de conocimiento reciban el estatus de verdad. Esta profesionalización se efectuó mediante la proliferación de ciencias y subdisciplinas del desarrollo, facilitando la incorporación progresiva de problemas al espacio del desarrollo, dando visibilidad a los problemas de un modo congruente con el sistema de conocimiento y poder establecido.

La profesionalización del desarrollo también permitió desplazar todos los problemas de los ámbitos políticos y culturales al campo aparentemente más neutral de la ciencia. Ello desembocó en la creación de planes de estudio del desarrollo en muchas de las principales universidades del mundo desarrollado, y condicionó la creación o restructuración de las universidades del Tercer Mundo para adecuarse a las necesidades del desarrollo. Las ciencias sociales empíricas, en ascenso desde finales de los años cuarenta, en especial en Estados Unidos e Inglaterra, fueron decisivas a este respecto. Igual importancia tuvieron los programas de estudio de área (*Area Studies*), que luego de la guerra se pusieron en boga en los círculos académicos y de toma de decisiones. Como ya se mencionó, el carácter cada vez más profesional del desarrollo tuvo como consecuencia una reorganización radical de las instituciones de educación de América Latina y de otras regiones del Tercer Mundo. El desarrollo profesionalizado requería la producción de conocimiento que permitiera a los expertos y planificadores

"verificar científicamente los requerimientos sociales", para rememorar las palabras de Currie (Fuenzalida 1983, 1987).[23]

Una voluntad nunca vista de conocerlo todo sobre el Tercer Mundo floreció abiertamente y creció como un virus. Como con el desembarco de los aliados en Normandía, el Tercer Mundo presenció la llegada masiva de expertos encargados de investigar, medir o teorizar este o aquel aspecto de sus sociedades.[24] Las políticas y programas surgidos de un campo tan vasto de conocimiento tenían inevitablemente fuertes componentes normativos. Lo que estaba en juego era toda una política del conocimiento que permitiera a los expertos clasificar problemas y formular políticas, emitir juicios acerca de grupos sociales enteros y hasta predecir su futuro, en síntesis, producir un régimen de verdades y normas al respecto. Nunca se pondría el suficiente énfasis en las consecuencias que esto tuvo para los grupos y países en cuestión.

Otra consecuencia importante de la profesionalización del desarrollo fue la conversión inevitable de las gentes del Tercer Mundo en datos de investigación según los paradigmas del capitalismo occidental. Existe otra paradoja en la situación: como lo expresara una académica africana: "Nuestra historia, nuestras culturas y prácticas, buenas o malas, son descubiertas y traducidas en las revistas especializadas del Norte y vuelven a nosotros reconceptualizadas en lenguajes y paradigmas que hacen parecer todo distinto y novedoso" (Namuddu 1989: 28; citado en Mueller 1991: 5). La magnitud y las consecuencias de esta operación, en apariencia neutral pero de hondo contenido ideológico, se explorarán en detalle en los capítulos posteriores.

## *La institucionalización del desarrollo*

La invención del desarrollo implicaba necesariamente la creación de un campo institucional desde el cual los discursos eran producidos, registrados, estabilizados, modificados y puestos en circulación. Dicho campo está íntimamente ligado con los procesos de profesionalización; juntos constituyen un aparato que organiza la producción de formas de conocimiento y la organización de formas de poder, interrelacionándolos. La institucionalización del desarrollo ocurrió en todos los niveles, desde los organismos internacionales y las agencias de

23 Aunque la mayoría de los profesionales latinoamericanos se dedicó ávidamente a la tarea de extraer el nuevo conocimiento de las economías y culturas de sus países, con el tiempo la transnacionalización del conocimiento desembocaría en una dialéctica que clamaba por una ciencia social más autónoma (Fals Borda 1970). Esta dialéctica contribuyó a esfuerzos sociales e intelectuales como la teoría de la dependencia y la teología de la liberación.

24 Debo esta utilísima analogía –entre la "llegada de expertos" al Tercer Mundo a comienzos de la segunda posguerra y el desembarco aliado en Normandía para liberar a Europa en 1944– al sociólogo chileno Edmundo Fuenzalida.

planeación nacional del Tercer Mundo hasta las agencias locales de desarrollo, los comités de desarrollo comunitario, las agencias voluntarias privadas y los organismos no gubernamentales. Desde mediados de la década del cuarenta y con la creación de los organismos internacionales, el proceso no ha dejado de expandirse, para consolidar una eficaz red de poder. Es a través de la acción de esta red como se vinculan la gente y las comunidades a ciclos específicos de producción económica y cultural, y es a través de ella como se promueven ciertos comportamientos y racionalidades. Este campo de intervención del poder descansa sobre una multitud de centros de poder local, respaldados a su vez por formas de conocimiento que circulan localmente.

Este conocimiento sobre el Tercer Mundo se divulga y utiliza por las instituciones a través de programas, conferencias, asesorías internacionales, prácticas locales de extensión y otras por el estilo. Un corolario de este proceso es el establecimiento de una industria de desarrollo en permanente expansión. Como lo dijera Kenneth Galbraith refiriéndose al clima que reinaba en las universidades norteamericanas a comienzos de los años cincuenta: "Ningún tema económico había captado tan rápido la atención de tantos como el rescate de las gentes de los países pobres de sus condiciones de pobreza" (1979: 29). La pobreza, el analfabetismo y hasta el hambre se convirtieron en fuente de una lucrativa industria para los planificadores, los expertos y los empleados públicos (Rahnema 1986). Ello no significa negar que en ocasiones el trabajo de estas instituciones ha beneficiado a las gentes. Significa, en cambio, subrayar que el trabajo de las instituciones de desarrollo no ha sido un esfuerzo inocente hecho en nombre de los pobres. Significa que el desarrollo ha tenido éxito en la medida en que ha sido capaz de integrar, administrar y controlar países y poblaciones en formas cada vez más detalladas y exhaustivas. Si ha fracasado en su intento por resolver los problemas básicos del subdesarrollo, puede decirse, tal vez con mayor propiedad, que ha tenido éxito al crear un tipo de subdesarrollo que ha sido en gran parte política y técnicamente manejable. La discordancia entre el desarrollo institucionalizado y la situación de los grupos populares del Tercer Mundo aumenta con el paso de cada década de desarrollo, como lo demuestran cada vez con mayor elocuencia los mismos grupos populares.

## La invención de "la aldea": el "desarrollo" en el nivel local

James Ferguson (1990) ha mostrado que en la bibliografía del desarrollo, la construcción de las sociedades del Tercer Mundo como "países menos desarrollados" –igual que la construcción de Colombia como "subdesarrollada" por parte de la misión del Banco Mundial en 1949– constituye un rasgo esencial del dispositivo del desarrollo. En el caso de Lesotho, por ejemplo, la construcción descansaba sobre tres rasgos principales: describir al país como economía aborigen, desligada de los mercados mundiales; calificar a su población como "campesina" y a su producción agrícola como tradicional; y asumir que el país

está constituido por una"economía nacional" y que es labor del gobierno nacional desarrollarla. Metáforas del tipo "país menos desarrollado" se repiten en un sinfín de situaciones y con muchas variaciones. El análisis realizado por Mitchell (1991) de la descripción de Egipto según la metáfora del "valle superpoblado del Nilo" es otro ejemplo. Como señala el autor, los informes sobre el desarrollo de Egipto comienzan invariablemente con una descripción de que el 98% de la población se halla hacinada a orillas del Nilo. El resultado de esta descripción es una representación de "el problema" en términos de límites naturales, topografía, espacio físico y reproducción social, que requiere a su vez soluciones como mejor administración, nuevas tecnologías y control de la población.

La deconstrucción que hace Mitchell de esta metáfora simple pero poderosa comienza reconociendo que "los objetos de análisis no ocurren como fenómenos naturales sino que son construidos parcialmente por el discurso que los describe. Mientras más natural parezca el objeto, menos obvia resultará su construcción discursiva… La naturalidad de la imagen topográfica identifica al objeto de desarrollo precisamente como eso, "un objeto distante, que no es parte del estudio sino externo a él" (1991: 19). Lo que está en juego es una operación ideológica más sutil:

> El discurso del desarrollo pretende presentarse a sí mismo como centro imparcial de racionalidad e inteligencia. La relación entre Occidente y no Occidente se construye en tales términos. El Occidente posee la experiencia, la tecnología y la capacidad de administración de las que carece el no-Occidente. Es esta carencia la causante de los problemas del no-Occidente. Las cuestiones de poder y desigualdad… no se discuten en absoluto. Para guardar silencio respecto de dichas cuestiones, en las cuales está comprometida su propia existencia, el discurso del desarrollo necesita un objeto que parezca estar fuera de sí mismo. ¿Qué objeto más natural podría existir, para el efecto, que la imagen de un estrecho valle fluvial, atestado de millones de habitantes que se multiplican velozmente? (1991: 33).

Las metáforas del discurso se repiten en todos los niveles, a pesar de que hasta la fecha se cuenta con pocos estudios sobre los efectos y modos de operación del desarrollo en el ámbito local. Sin embargo, ya existen algunos indicios localmente. En las aldeas de Malasia, por ejemplo, los aldeanos educados y los miembros del partido se han vuelto adeptos al lenguaje del desarrollo promovido por gobiernos regionales y nacionales (Ong 1987). También se ha destacado una rica gama de resistencias ante las prácticas y los símbolos de las tecnologías del desarrollo, como la revolución verde (Taussig 1980; Fals Borda 1984; Scott 1985). Sin embargo, apenas comienzan los estudios etnográficos locales enfocados sobre los discursos y prácticas del desarrollo; en cómo se introducen en ambientes comunitarios, cómo operan, se utilizan o transforman, y sus efectos sobre la formación de una estructura y una identidad comunitarias.

El excelente estudio de Stacey Leigh Pigg sobre la introducción de imágenes del desarrollo en las comunidades de Nepal es tal vez el primero en su género. Pigg (1992) centra su análisis en la construcción de una nueva metáfora, "la aldea", como efecto de la introducción del discurso del desarrollo. Su interés es mostrar cómo las ideologías de la modernización y el desarrollo cobran eficacia en la cultura local, pese a que, como advierte la autora, el proceso no pueda ser reducido a una simple asimilación o apropiación de modelos occidentales. Por el contrario, lo que ocurre es una complicada nepalización de los conceptos del desarrollo, muy propia de la historia y la cultura del país. El concepto nepalés del desarrollo (*bikas*) se convierte en una fuerza importante de la organización social a través de canales diversos, como su participación en escalas sociales de progreso estructuradas según el lugar de residencia (rural versus urbano), los modos de vida (de grupos nómadas a oficinistas), las religiones (de la budista a la hindú ortodoxa) y razas (de la asiática central a la aria). En estas escalas, *bikas* se refiere a un polo más que a otro, a medida que los aldeanos incorporan la ideología de la modernización a su identidad social local, para convertirse en *bikasi*.

*Bikas* transforma así lo que representa ser aldeano. Esta transformación es resultado de la forma en que se construye "la aldea" en el discurso de *bikas*. Como en el caso de la metáfora del "país menos desarrollado", el discurso inventa la idea de una aldea genérica:

> Se deduce que la aldea genérica debe estar habitada por aldeanos genéricos.... Quienes planifican el desarrollo "saben" que los aldeanos tienen ciertos hábitos, creencias y motivaciones… La "ignorancia" de los aldeanos no se debe a falta de conocimiento. Muy por el contrario, se debe a la presencia de demasiadas creencias inculcadas localmente… El problema, dirán los planificadores del desarrollo a sus colegas y al visitante, es que los aldeanos "no entienden las cosas". Hablar de "gente que no entiende" es una manera de identificar a la gente como "aldeanos". En la medida en que el desarrollo busca transformar el pensamiento de la gente, el aldeano debe ser alguien que no entienda (Pigg 1992: 17, 20).

Con muchísima frecuencia los extensionistas o promotores nepalíes entienden la discordancia entre las actitudes y hábitos que deben promover y los que realmente existen en las "aldeas". Y son conscientes de la diversidad de situaciones locales existentes en contraposición con la idea homogeneizada de "aldea". Sin embargo, habida cuenta, de que lo que conocen sobre las aldeas reales no puede traducirse directamente al lenguaje del desarrollo, terminan aceptando el esquema de "aldeanos" que "no entienden las cosas". Sin embargo, Pigg afirma que las categorías sociales del desarrollo no son simplemente impuestas sino que circulan en la aldea en formas complejas, cambiando la forma en que los aldeanos se orientan en la sociedad local y nacional. Los lugares se clasifican según la cantidad de *bikas* que hayan logrado (tuberías de acueducto, electricidad, nuevas

especies de cabras, puestos de salud, carreteras, vídeos, paraderos de buses); y aunque la gente sabe que *bikas* viene de afuera, lo aceptan como forma de convertirse en *bikasi*. La gente se mueve así entre dos sistemas de construir la identidad local: uno marcado por distinciones locales de edad, casta-etnia, género, propiedad y similares, y otro constituido por la sociedad nacional, con sus centros, periferias y grados de desarrollo.

A medida que el dispositivo *bikas* adquiere más importancia para la generación de empleo y otros medios de riqueza y poder social, más personas desean participar del pastel del desarrollo. De hecho, lo que la gente desea no es tanto beneficiarse de los programas de desarrollo –la gente sabe que no es mucho lo que logra con ellos– sino convertirse en asalariada en la implementación del *bikas*. En síntesis, Pigg muestra cómo la cultura del desarrollo trabaja al interior de las culturas locales y a través de ellas. El encuentro con el desarrollo, añade la autora, no debería tomarse como el choque de dos sistemas culturales sino como una intersección que crea situaciones en las cuales las personas comienzan a verse de ciertas maneras. En el proceso las diferencias sociales comienzan a representarse en nuevas formas, incluso a pesar de que las formas prevalecientes (de casta, clase y género, por ejemplo) no desaparecen, sino que adquieren nuevo significado. Surgen entonces nuevas formas de ubicación social.

El interrogante general planteado por este estudio de caso es el de la circulación y los efectos de los lenguajes del desarrollo y la modernidad en distintos lugares del Tercer Mundo. La respuesta a esta pregunta es específica para cada localidad: de acuerdo con la historia de su integración a la economía mundial, la herencia colonial, los patrones de inserción en el desarrollo y otros factores similares. Tres breves ejemplos adicionales ayudarán a explicar la idea. Lo que es *bikas* en las aldeas de Nepal constituye *kamap* ("surgimiento") en Gapun, una pequeña aldea de Papua Nueva Guinea donde la búsqueda del desarrollo se ha convertido en un modo de vida. En Gapun, el acervo de imágenes del desarrollo proviene de la historia de la aldea, marcada por la influencia constante de misioneros católicos, administradores coloniales australianos y soldados japoneses y norteamericanos. También deriva su forma de los llamados cultos de cargo, en particular de la creencia de los aldeanos de que sus ancestros volverán de entre los muertos trayendo todo el cargo que tenían los blancos. Con la llegada de los cultivos comerciales, los símbolos del desarrollo se han multiplicado a medida que se diversifica la actividad económica de los pobladores. Hoy en día, los alimentos de lujo como arroz blanco procesado y Nescafé encabezan la lista de símbolos del desarrollo. Como en Nepal, la falta de desarrollo se identifica con cosas como la persistencia de rasgos tradicionales y el llevar cargas pesadas. Ahora los niños asisten a la escuela para aprender acerca de los blancos y sus costumbres.

Y, sin embargo, esto no solo significa que Gapun esté "modernizándose". De hecho, gran parte del dinero que se obtiene se gasta en costumbres tradicionales como fiestas, aunque junto al cerdo y la batata tradicionales aparecen artículos como el arroz y el Nescafé. Y aunque el *kamap* representa una transformación hacia el modo de vida de quienes viven lejos de sus costas, "surgir" "no se considera tanto como un proceso sino más bien como una metamorfosis súbita, como una transformación milagrosa: de sus viviendas tradicionales en viviendas de hierro corrugado, de sus terrenos cenagosos en una maraña de carreteras pavimentadas, de su comida típica en arroz y *tinpis* [pescado enlatado] y Nescafé, y más significativo, de su piel en piel blanca" (Kulick 1992: 23). Esta metamorfosis reviste carácter más religioso que científico o económico. El desarrollo en Gapun es, en efecto, un tipo sofisticado de culto de cargo. El alfabetismo, la escolaridad y la política se evalúan en términos de cargo, al tiempo que el lenguaje vernacular ha sido desplazado por la entronización de la escolaridad desde los años sesenta. En síntesis, los habitantes de Gapun tienen claro lo que significa el desarrollo y a dónde los lleva, aunque éste se exprese en lenguajes y prácticas culturales sorpresivamente diferentes.

Otro estudio sobre la naturaleza del desarrollo local se refiere a las nociones femeninas del desarrollo y la modernidad en la población de Lamu, en Kenia. En esta comunidad, los modelos e imágenes de desarrollo son aún más diversificados dado que, además de las fuentes occidentales, incluyen movimientos islámicos (revitalistas o revisionistas), las producciones culturales traídas por los ciudadanos repatriados de los países árabes ricos, y la música, las películas y telenovelas hindúes transmitidas por vídeo casetes y medios masivos de comunicación. El núcleo del asunto es la comprensión cambiante que tienen las mujeres de lo que significa ser "desarrollada" y "moderna" pero conservando su identidad musulmana. La identidad femenina constituye el centro del proceso, incluyendo cuestiones como si usar velo o no, la escolaridad de las niñas, el acceso a los bienes modernos, la mayor movilidad y otros similares. Ya que las jóvenes desean lograr *maisha mazuri* ("la buena vida"), contemplan los productos europeos y de otros países como fuentes de cambio y procuran distanciarse de prácticas tradicionales como el uso del velo, al que de todos modos no consideran símbolo de menor estatus o de control sino como poco práctico y caduco (Fuglesang 1992).

La moda, las películas populares de la India y el acceso a electrodomésticos modernos constituyen algunos de los indicadores principales de la modernidad y caminos hacia la construcción de nuevas identidades y conceptos de la feminidad. De nuevo, no se trata de un simple proceso de modernización, aunque éste último está ocurriendo también. Las protagonistas de los filmes hindúes comparten las paredes de los cuartos de las jóvenes con imágenes de Michael Jackson y Jomeini. El clamor del *muecín* significa a menudo detener, por cinco o diez minutos, la imagen del último vídeo, traído desde Arabia Saudi o Dubai

por trabajadores repatriados, para rezar. La vida y las relaciones de género están cambiando definitivamente –las mujeres no quieren seguir siendo “fantasmas” y, sin embargo, lo que entienden por feminidad “moderna” no significa lo mismo que en el lenguaje occidental de liberación femenina.

El mismo conocimiento técnico se convierte a menudo en indicador importante del desarrollo, como lo sugiere la reciente introducción de esquemas de desarrollo rural en la Costa Pacífica de Colombia. Los campesinos afrocolombianos del bosque húmedo tropical, recientemente introducidos por los extensionistas del gobierno al mundo de la contabilidad, las metodologías de planeación agrícola, las cooperativas de comercialización, y el uso de insumos modernos, invariablemente hablan de la adquisición del *conocimiento técnico* como una transformación importante de su calidad de vida. El conocimiento técnico se imparte a los agricultores casi siempre en sus propias localidades, aunque se traslada con regularidad a grupos de ellos a las ciudades del interior para ser *capacitados* en nuevas prácticas de planeación y cultivo. Los agricultores seleccionados tienden a convertirse en ardorosos voceros del desarrollo.

Estos agricultores, además, comienzan a interpretar sus vidas antes de la llegada del programa en términos de ignorancia y apatía. Antes del programa, dicen, no sabían por qué sus cultivos se dañaban. Ahora saben que los cocoteros mueren por culpa de una peste especial que puede combatirse con medios químicos. También saben que es mejor dedicar el trabajo familiar a una parcela y planear las actividades con cuidado, día a día y mes a mes, que trabajar simultáneamente en dos o tres parcelas, a menudo separadas por varias horas de camino, como hacían antes. Realmente eso no era trabajar, dicen ahora. Han aprendido, pues, el vocabulario de la “eficiencia”. Y, sin embargo, igual que en los ejemplos ya tratados, los agricultores conservan muchas de las creencias y prácticas de los viejos tiempos. Junto con el lenguaje de la eficiencia, por ejemplo, se les oye decir que la tierra necesita que la “acaricien” y “le hablen”, y todavía dedican algo de su tiempo a las lejanas parcelas “sin tecnificar”. En síntesis, han desarrollado un modelo híbrido, no regido completamente por la lógica de los métodos modernos de cultivo ni por las prácticas tradicionales. Retomaremos esta noción de modelos híbridos en el capítulo final.[25]

El impacto de las representaciones del desarrollo es entonces profundo en el local, en el cual los conceptos del desarrollo y la modernidad suscitan resistencia, o se adaptan a las formas locales, o bien se transforman y presentan una productividad cultural que exige una mejor comprensión. Si deseamos comprender satisfactoriamente los modos de operación del discurso se requiere más investigación acerca de los lenguajes locales del desarrollo. Tal proyecto

25 Esta breve descripción del efecto del desarrollo en la Costa Pacífica colombiana se basa en trabajos de campo realizados por el autor en 1993.

requeriría etnografías exhaustivas de situaciones de desarrollo como las descritas. Para los antropólogos, concluye Pigg, la tarea consiste en trazar los contornos y efectos culturales del desarrollo sin copiar ni legitimar sus términos. Volveremos sobre este principio en nuestra discusión a propósito de las culturas del Tercer Mundo como productos híbridos de prácticas culturales tradicionales y modernas y de las muchas mezclas entre ellas.

## Conclusión

Los hechos y transformaciones cruciales que tuvieron lugar a comienzos del período de la posguerra tratados en este capítulo no derivaron de una ruptura política o epistemológica radical sino de la reorganización de cierto número de factores que permitieron al Tercer Mundo adquirir una nueva visibilidad e irrumpir en un nuevo campo del lenguaje. Este nuevo espacio fue excavado de la vasta y densa superficie del Tercer Mundo, colocándolo en un nuevo campo de poder. El "subdesarrollo" se convirtió en sujeto de tecnologías políticas que buscaban su erradicación de la faz de la tierra pero que terminaron multiplicándolo hasta el infinito.

El desarrollo alimentó una manera de concebir la vida social como problema técnico, como objeto de manejo racional que debía confiarse a un grupo de personas, los profesionales del desarrollo, cuyo conocimiento especializado debía capacitarlos para la tarea. Estos profesionales, en lugar de ver el cambio como un proceso basado en la interpretación de la tradición histórica y cultural de cada sociedad –como algunos intelectuales del Tercer Mundo quisieron hacerlo en los años veinte y treinta (Gandhi el más conocido entre ellos)– buscaron diseñar mecanismos y procedimientos que permitieran el ajuste de las sociedades a un modelo preexistente, encarnado en la estructura y las funciones de la modernidad. Como aprendices de brujo, los profesionales del desarrollo despertaron una vez más el sueño de la razón, que en sus manos, como ya había sucedido antes, produjo una realidad por demás preocupante.

En ocasiones el desarrollo resultó tan importante para los países del Tercer Mundo que sus ejecutores consideraron aceptable someter a sus gentes a una variedad infinita de intervenciones, a las formas más totalitarias del poder y de control. Tan importante, que las elites del Primer y el Tercer Mundo aceptaron el precio del empobrecimiento masivo, de la venta de los recursos del Tercer Mundo al mejor postor, de la degradación de sus ecologías físicas y humanas, del asesinato y la tortura y de la condena de sus poblaciones indígenas a la casi extinción. Tan importante, que muchos en el Tercer Mundo comenzaron a pensar en sí mismos como inferiores, subdesarrollados e ignorantes y a dudar del valor de sus propias culturas, decidiendo más bien establecer alianzas con los adalides de la razón y del progreso. Tan importantes, finalmente, que la obsesión con el desarrollo ocultó la imposibilidad de cumplir las promesas que el mismo desarrollo parecía hacer.

Después de cuatro décadas de este discurso, la mayoría de las formas de entender y representar el Tercer Mundo siguen siendo dictadas por las mismas premisas básicas. Las formas de poder que han surgido no funcionan tanto por medio de la represión, sino de la normalización; no por ignorancia sino por control del conocimiento; no por interés humanitario, sino por la burocratización de la acción social. A medida que las condiciones que originaron el desarrollo ejercían más presión, éste solo fue capaz de aumentar su control, refinar sus métodos y extender su alcance. Ya debería ser obvio que la materialidad de estas condiciones no ha sido iluminada por un cuerpo "objetivo" de conocimiento, sino más bien estructurada mediante los discursos racionales de los economistas, los políticos y los expertos en desarrollo de todo tipo. Lo que se ha logrado es una configuración específica de factores y fuerzas en la cual el nuevo lenguaje del desarrollo encuentra apoyo. Como discurso, el desarrollo es, por lo tanto, una formación histórica muy real, pero articulada alrededor de una construcción artificial ("subdesarrollo") y sobre una cierta materialidad (las condiciones denominadas como "subdesarrollo"), que deben ser conceptualizadas en forma distinta si se quiere cuestionar el discurso.

Claro que existe una situación de explotación económica que debe reconocerse y tratarse. El poder es demasiado cínico al nivel de la explotación y debe oponérsele resistencia en sus propios términos. También existe cierta materialidad muy preocupante, las condiciones de vida de la mayoría, que requiere mucho esfuerzo y atención. Pero quienes buscan entender el Tercer Mundo a través del desarrollo han perdido de vista su materialidad, edificando sobre ella una realidad que, como un castillo en el aire, nos ha rondado durante décadas. Entender la historia del revestimiento del Tercer Mundo por formas occidentales de conocimiento y poder equivale a remover un poco los cimientos del discurso para que podamos comenzar a ver su materialidad con otros ojos y bajo categorías distintas.

La coherencia de los efectos logrados por el discurso del desarrollo es la clave de su éxito como forma hegemónica de representación: la construcción de los "pobres" y "subdesarrollados" como sujetos universales, preconstituidos, basándose en el privilegio de los representadores; el ejercicio del poder sobre el Tercer Mundo posibilitado a través de esta homogeneización discursiva (que implica la eliminación de la complejidad y diversidad de los pueblos del Tercer Mundo, de tal modo que un colono mexicano, un campesino nepalí y un nómada tuareg terminan siendo equivalentes como "pobres" y "subdesarrollados"); y la colonización y dominación de las economías y las ecologías humanas y naturales del Tercer Mundo.[26]

---

26 La coherencia de los efectos del discurso del desarrollo no debería equipararse con ningún tipo de intencionalidad. Como los discursos analizados por Foucault, el desarrollo debe tomarse como "una estrategia sin estrategas" en el sentido de que nadie lo dirige explícitamente. Es el resultado de una problematización histórica y una respuesta sistematizada ante esta.

El desarrollo supone una teleología en la medida en que propone que los "nativos" serán reformados tarde o temprano. Sin embargo, al mismo tiempo, reproduce sin cesar la separación entre los reformadores y los reformados manteniendo viva la premisa del Tercer Mundo como diferente e inferior, y de sus pobladores como poseedores de una humanidad limitada en relación con el europeo culto. Esta construcción cultural de la gente del Tercer Mundo como diferente pero inferior tiene profundos efectos políticos. El desarrollo requiere un perpetuo reconocimiento y supuesta eliminación de esta diferencia, rasgo identificado por Bhabha (1990) como inherente a toda discriminación. Los significantes de "pobreza", "analfabetismo", "hambre" y demás han alcanzado una solidez como significados de "subdesarrollo" que parecen imposibles de quebrantar. Tal vez ningún otro factor ha contribuido tanto a consolidar la asociación entre "pobreza" y "subdesarrollo" como el discurso de los economistas. A ellos dedicamos el próximo capítulo.

# 3. La economía y el espacio del desarrollo: Fábulas de crecimiento y capital

*Toda sociedad está limitada por factores económicos. La civilización del siglo XIX fue económica en un sentido diferente y peculiar, porque escogió ba sarse en un motivo rara vez reconocido como válido en la historia de las sociedades humanas, y que ciertamente nunca antes había sido elevado al rango de justificación para la acción y el comportamiento en la vida cotidiana, esto es, la ganancia. El sistema de mercado autorregulado se derivó únicamente de este principio. El mecanismo que puso en marcha el ansia de ganancia fue comparable en efectividad solo con las explosiones más violentas en la historia del fervor religioso. En el lapso de una generación el mundo humano quedó sujeto a su indeleble influencia.*

(Karl Polanyi, *The Great Transformation,* 1944).

## El arribo de la economía del desarrollo

Lauchlin Currie, economista de la Universidad de Harvard y representante de la administración Roosevelt, evocó así, durante una cena en Bogotá en 1979, la primera misión del Banco Mundial que hacía treinta años lo había traído a Colombia:

> No sé en qué punto de mi formación canadiense conservadora adquirí la vena reformista, pero debo admitir que la tenía. Es que soy una de esas personas cansonas que no pueden ver un problema sin querer hacer algo al respecto. Así que pueden imaginarse cómo me afectó Colombia. ¡Qué cantidad maravillosa de problemas prácticamente insolubles! Era en realidad un paraíso para el misionero económico. Antes de venir no tenía ni idea de cuáles serían los problemas, pero eso no disminuyó por un instante mi entusiasmo ni alteró mi convicción de que si el Banco y el país me prestaban oídos yo propondría una solución casi para todo. Mi bautizo de fuego tuvo lugar en tiempos de la Gran Depresión. Había desempeñado algún papel en el diseño del plan de recuperación

> económica del *New Deal,* durante la peor depresión que Estados Unidos haya llegado a experimentar. Había estado muy activo en el gobierno durante la Segunda Guerra Mundial (citado en Meier 1984: 130).

Este cándido recuerdo revela algunas características arraigadas en tantas empresas emprendidas por norteamericanos en contextos coloniales y poscoloniales: la "vena reformista" y la tendencia a la reforma y la pedagogía; la postura utópica que encuentra "un paraíso para el misionero" en tierras colmadas de "una cantidad maravillosa de problemas prácticamente insolubles"; la creencia de que todos los males pueden corregirse y erradicarse todas las manifestaciones de conflicto humano. En el caso de Currie, estos rasgos se habían reforzado con la recuperación de la Gran Depresión y la reconstrucción de Europa. Estos mismos rasgos eran compartidos por muchos de los "pioneros del desarrollo" –aquellos economistas que, como el propio Currie, habrían de convertirse más tarde en líderes en su campo– que desembarcaron en el Tercer Mundo poco después de la guerra, llenos de buenas intenciones y equipados con las herramientas de su profesión, a veces hasta con una agenda progresista y fortalecidos por el brillante ajuste que la mente de Keynes acababa de hacer a su ciencia.

Pero nos estamos adelantando al curso de la historia, ya que por la época de la llegada de Currie a Colombia no existía nada que pudiera llamarse "economía del desarrollo". Escuchemos un recuerdo anterior, también referente a la misión a Colombia que mencionamos en el capítulo anterior:

> Cuando en 1949 se me pidió organizar y dirigir la primera misión de estudio del Banco Mundial, no existían precedentes de una misión de este tipo ni de nada que se conociera como economía del desarrollo. Supuse que era un caso para aplicar diversas ramas de la economía a los problemas de un país específico y, por consiguiente, recluté a un grupo de especialistas en finanzas públicas, comercio exterior, transporte, agricultura y otros. Incluí, sin embargo, a algunos ingenieros y técnicos en salud pública. Lo que resultó fue una serie de recomendaciones en diversos campos. Me costó mucho trabajo titularla "Bases de un programa" más que un plan socioeconómico. (Currie 1967: 31, citado en Meier 1984: 131)

La remembranza de Currie también nos trae a colación uno de los aspectos esenciales de la modernidad: la necesidad de representar el mundo como imagen ordenada. Si lo único que Currie pudo percibir a su llegada a Colombia fueron problemas, oscuridad y caos, era porque Colombia se negaba a presentarse como imagen legible para él. El desarrollo depende de construir al mundo como imagen, para que "el todo" pueda ser captado ordenadamente, como parte de una "estructura" o "sistema". Para el economista, la imagen es provista por la teoría económica. El grupo de expertos de Currie necesitaba presentar a Colombia como imagen ordenada. Paradójicamente, terminaron inventando otra representación,

la "economía subdesarrollada" del país, al tiempo que la "verdadera" Colombia quedaba relegada para siempre. La necesidad de representar el mundo como imagen es un aspecto central en todas las teorías del desarrollo económico.[1]

La ausencia de teorías específicas para el desarrollo descrita por Currie cambió drásticamente a comienzos de la década del cincuenta. En un escrito de 1979, John Kenneth Galbraith captó bien el carácter notable de esta transformación. Cuando en 1949 comenzó su cátedra sobre "la economía de la pobreza y el desarrollo económico" en Harvard, confrontó el hecho de que como campo diferente de estudio, se sostenía que no existía una economía especial de los países pobres.

> En los quince años siguientes estas actitudes cambiaron decisivamente en Estados Unidos… En un período más largo, entre 1950 y 1975, la Fundación Ford donó más de mil millones de dólares, y las fundaciones Rockefeller, Carnegie y algunas apoyadas por la cia dieron sumas menores… El interés intelectual por la pobreza también se había expandido mucho. En las universidades a lo largo y ancho del país… proliferaron los cursos y seminarios sobre desarrollo económico. *Ningún tema económico había captado con mayor rapidez la atención de tantos como el rescate de los países pobres de su pobreza…* Estar involucrado en el estudio de los países pobres le proporcionó al intelectual una base firme en una línea que de seguro habría de expandirse y perdurar (1979: 26, 30; subrayado del autor).

Como veremos, los años ochenta presenciaron algunas reflexiones exhaustivas sobre los orígenes y evolución del campo de la economía del desarrollo, dirigidas por sus pioneros, quienes, casi cuarenta años después, contemplaban su historia con ojos críticos. Desde sus cómodos cargos en instituciones prestigiosas, los veteranos economistas declararon su defunción. "La economía del desarrollo está muerta. Descanse en paz. Fue emocionante mientras duró, y, a pesar de los muchos problemas serios que aún quedan por resolver, operó razonablemente bien en el mundo real. Seamos ahora más realistas en nuestras expectativas, reconozcamos los límites de nuestra disciplina y dejemos atrás los sueños ingenuos de resolver de una vez por todas los problemas del mundo. Volvamos a la teoría que ya conocemos bien". Estas son las conclusiones que, como nostálgico epitafio, parecen salir de los escritos recientes de los pioneros de la disciplina.

La muerte y el replanteamiento de la economía del desarrollo están ligadas sin duda a la defunción del neokeynesianismo y al ascenso del neoliberalismo en el mundo

---

1 Heidegger sostiene que Europa moderna fue la primera sociedad en producir una imagen estructurada de sí misma y del mundo, lo que él llama "una imagen del Mundo". La imagen moderna del mundo implica una manera sin precedentes de objetivizarlo. El mundo llega a ser lo que es "en la medida en que es establecido por el hombre… Por vez primera existe tal 'posición' para el hombre" (1977: 130, 132). Véase también Mitchell (1988, 1989).

entero. Lo que está en juego son las reformas económicas draconianas introducidas durante los años ochenta en el Tercer Mundo bajo la presión del Fondo Monetario Internacional, en especial los controles monetarios, la privatización de las empresas y servicios públicos, la reducción de las importaciones y la apertura a mercados externos. El mismo enfoque avala la estrategia del "desarrollo con base en el mercado" ("market friendly development"), aclamada por el Banco Mundial en su *Informe del Desarrollo Mundial* de 1991 (World Bank 1991) como tema prioritario para los noventa. Estos sucesos simbolizan el retorno de la economía del desarrollo a la ortodoxia neoliberal, paralelo con el avance del "mercado libre" en Europa oriental. No importa que, supuestamente por "coincidencia" con el "ajuste necesario", los niveles de vida de la gente hayan caído de manera nunca vista. "Lo esencial es presionar las reformas estructurales", dice la letanía. El bienestar de la gente puede dejarse de lado por un tiempo, aunque mueran cientos de miles. Viva el mercado.

El discurso de la economía del desarrollo nos ha dado sucesivamente la promesa de riqueza para el Tercer Mundo mediante la intervención activa en la economía durante los años cincuenta y sesenta, la planificación para el desarrollo, las políticas de estabilización y ajuste de los ochenta y el anti-intervencionista "desarrollo con base en el mercado" de los noventa. Este capítulo examina cómo pudo aparecer este discurso dentro del orden del discurso económico en su totalidad; cómo se articuló con una serie de instituciones, procesos económicos y relaciones sociales; cómo la problematización histórica de la pobreza dio origen a un discurso tan peculiar, que desarrolló un tipo propio de historicidad; y cómo, por último, la economía del desarrollo actualizó el desarrollo a través de las técnicas de planeación a que dio origen. La intención del capítulo no es decidir si los primeros economistas del desarrollo estaban en lo correcto o no, sino desarrollar una conciencia histórica, epistemológica y cultural de las condiciones bajo las cuales tomaron sus decisiones. Aunque los economistas trabajaban en un campo del discurso que había sido creado no como resultado de actos cognoscitivos individuales sino mediante la participación de muchos en un contexto histórico, las decisiones que tomaron implicaban opciones que tuvieron consecuencias sociales y culturales de gran importancia.

La primera parte del capítulo sugiere un enfoque para examinar la economía y su ciencia como construcciones culturales, labor para la cual existen pautas escasas en este momento.[2] La segunda estudia algunas de las nociones del discurso

---

2 Las críticas culturalistas y posestructuralistas de la economía recién comienzan. Hasta donde conozco, solamente Tribe (1981), Gudeman, (1986); Gudeman y Rivera (1990, 1993) y McCloskey (1985) han prestado atención significativa al examen de la economía como discurso y cultura. Las implicaciones del trabajo de Foucault sobre la historia del pensamiento económico han sido exploradas por Vint (1986) y Sanz de Santamaría (1984). Millberg (1991) comenzó recientemente la discusión del tema de la relevancia del posestructuralismo para las economías marxista y poskeynesiana. El capítulo intenta hacer una contribución a la crítica cultural de la economía iniciada por los mencionados autores.

económico clásico y neoclásico antes de la llegada del desarrollo, en especial aquellas que constituyeron los cimientos de la economía del desarrollo. La tercera analiza en detalle la elaboración de las teorías del desarrollo económico en los años cuarenta, cincuenta y sesenta y aborda el surgimiento de la planificación como faceta práctica de la economía del desarrollo. La cuarta explora la literatura reciente de la antropología económica que postula la existencia de modelos económicos marginales en la práctica económica, de los grupos populares del Tercer Mundo actual, y discute la necesidad de una política cultural que tome en serio la existencia del discurso económico dominante y la de los diversos modelos locales sustentados implícitamente por grupos del Tercer Mundo. El capítulo concluye proponiendo formas de transformar el discurso económico dentro del contexto de la economía política global como estrategia para fomentar alternativas al desarrollo económico.

## La economía como cultura

Sobra decir que los economistas no ven su ciencia como un discurso cultural. A lo largo de su ilustre tradición realista, su conocimiento se toma como representación neutral del mundo y como verdad sobre él. La ciencia económica no efectúa, como dice Patricia Williams refiriéndose a la ley en palabras también aplicables a la economía, "la imposición de un orden –la imposición férrea de una visión del mundo" (1991: 28). "En juego –continúa Williams– *está una estructura en la cual se ha inscrito un código cultural"* (1991: 19, subrayado del autor). Como lo explica el filósofo Charles Taylor la inscripción de lo económico en lo cultural tomó mucho tiempo en desarrollarse:

> Hay ciertas regularidades que caracterizan nuestro comportamiento económico, y que cambian muy lentamente… Pero fue necesario el desarrollo de toda una civilización para que la gente se comportara de esta manera, es decir, para que se creara la posibilidad cultural de actuar así y para que se implantara la disciplina necesaria para que este comportamiento se generalizara... La economía puede aspirar al estatus de ciencia precisamente porque ya existe una cultura dentro de la cual una cierta forma de racionalidad es (sino el) un valor dominante (Taylor 1985: 103).

¿Cuál es el código cultural inscrito en la estructura de la ciencia económica? ¿Cuál fue el vasto desarrollo de la civilización que desembocó en las prácticas y concepciones actuales de la economía? La respuesta es compleja y aquí solo podemos bosquejarla. De hecho, el desarrollo y la consolidación de una visión dominante de la economía en la historia europea constituye uno de los capítulos fundamentales de la historia de la modernidad. Una antropología de la modernidad centrada en la economía nos lleva a cuestionar las fábulas del mercado, la producción y el empleo que sustentan lo que podría llamarse la economía occidental. Estas fábulas rara vez

se cuestionan, y se consideran formas normales y naturales de ver la vida, "la forma de ser de las cosas". Sin embargo, las nociones de economía, mercado y producción son productos históricos. Su historia puede estudiarse, su genealogía puede delimitarse, y sus mecanismos de verdad y de poder pueden revelarse. En resumen, la economía occidental puede ser antropologizada para demostrar que está edificada sobre un conjunto peculiar de discursos y prácticas, ciertamente muy peculiar dentro de la historia de las culturas.

La economía occidental es considerada generalmente como un sistema de producción. Sin embargo, desde la perspectiva de la antropología de la modernidad, la economía occidental debe verse como una institución compuesta por sistemas de producción, de poder y de significación. Los tres sistemas, que se fusionaron a finales del siglo XVIII, están ligados en forma indisoluble al desarrollo del capitalismo y de la modernidad. Deberían verse como formas culturales por cuyo intermedio los seres humanos se convierten en sujetos productivos. La economía no es única o principalmente una entidad material. Es sobre todo una producción cultural, una forma de producir determinados sujetos humanos y órdenes sociales. Aunque la historia de la economía occidental es bien conocida en el nivel de la producción –el surgimiento del mercado, los cambios en las fuerzas productivas, en las relaciones sociales de producción, los cambios demográficos, la transformación de la vida cotidiana material, y la mercantilización de la tierra, el trabajo y el dinero– los análisis de poder y significación han sido incorporados en la historia de la economía occidental en un grado mucho menor.

¿Cómo ingresó el poder en la historia de la economía? Para decirlo brevemente, lo hizo porque la institucionalización del sistema de mercado requirió una transformación drástica del individuo –la producción de lo que Foucault (1979) ha llamado "cuerpos dóciles"– y la regulación de las poblaciones de manera coherente con los movimientos del capital. La gente no asistía alegre ni por su propia voluntad a las fábricas. Por el contrario, se necesitó un régimen completo de disciplina y normalización. Además de la expulsión de campesinos y siervos de sus tierras y de la creación de una clase proletaria, la economía moderna exigió la restructuración profunda de los cuerpos, los individuos y las formas sociales. La restructuración del individuo y de la sociedad se logró mediante diversas formas de disciplina y de diversas intervenciones que conformaron el campo ya mencionado de lo social. El resultado de este proceso, *Homo oeconomicus*, es un sujeto normalizado que produce bajo ciertas condiciones físicas y culturales. La acumulación de capital, la difusión de la educación y de la salud, y la regulación de la movilidad de la población y la riqueza requirieron nada menos que el establecimiento de una sociedad disciplinaria (Foucault 1979).[3]

---

3 Foucault define las disciplinas como los métodos "que hicieron posible el control meticuloso de las operaciones del cuerpo, que aseguraron la sujeción constante de sus fuerzas e impusieron

En relación con la significación, el primer aspecto histórico que debemos considerar es la invención de "la economía" como campo autónomo. Es bien sabido que uno de los aspectos esenciales de la modernidad es la separación de la vida social en esferas funcionales ("la economía", "la política", "la sociedad", "la cultura"), cada uno regido por sus propias leyes. En sentido estricto, este es un desarrollo moderno. Como campo separado, la economía tenía que ser expresada mediante una ciencia adecuada. Esta ciencia, surgida a finales del siglo XVIII, se llamó economía política. En la formulación clásica que hicieron Smith, Ricardo y Marx, la economía política se estructuró alrededor de las nociones de producción y trabajo. Sin embargo, además de racionalizar la producción capitalista, la economía política tuvo éxito al imponer la producción y el trabajo como códigos de significación de la vida social en su conjunto. Sencillamente, la gente moderna llegó a ver la vida en general a través de la lente de la producción. Muchos aspectos de la vida se volvieron cada vez más economizados, incluyendo la biología humana, el mundo natural no humano, las relaciones entre las personas, y las relaciones entre la gente y la naturaleza. Los lenguajes de la vida diaria quedaron totalmente invadidos por los discursos de la producción y el mercado.

El hecho de que Marx se sirviera del mismo lenguaje de la economía política que criticaba, aducen algunos (Reddy 1987; Baudrillard 1975), imposibilitó su propósito ulterior de eliminarlo. Sin embargo, no pueden desconocerse los logros del materialismo histórico: la formulación de una antropología del valor de uso en vez de la abstracción del valor de cambio; el desplazamiento de la noción de excedente total por el de plusvalía y, por consiguiente, la sustitución de la noción de progreso basada en el incremento del excedente por una noción basada en la apropiación de la plusvalía por parte de la clase burguesa (explotación); el énfasis en el carácter social del conocimiento en contraposición con la epistemología dominante que situaba la verdad en la mente individual; el contraste entre una concepción unilineal de la historia, en la cual el individuo es el protagonista todopoderoso, y la concepción materialista en la cual las clases sociales aparecen como motor de la historia; la denuncia del carácter supuestamente natural de la economía de mercado, y la conceptualización, a cambio, del modo de producción capitalista en la que el mercado aparece como producto de la historia. Y, finalmente, el análisis crucial del fetichismo de las mercancías como rasgo paradigmático de la sociedad capitalista.

La filosofía de Marx mostró, sin embargo, limitaciones importantes en cuanto al código.[4] La hegemonía del código de significación de la economía política es el otro lado de

---

sobre ellas una relación de docilidad-utilidad" (1979: 137). Las disciplinas estaban en ascenso desde el siglo XVII en fábricas, cuarteles militares, escuelas y hospitales. Estas instituciones introdujeron al cuerpo humano en una nueva maquinaria de poder. El cuerpo se convirtió en objeto de una "anatomía política".

4 La filosofía de Marx fue producto de la edad moderna y de la cosmología occidental, marcadas por nociones atávicas de progreso, racionalismo, y por metas de objetividad e

la hegemonía del mercado como modelo social y de pensamiento. La cultura del mercado suscita compromisos no solo de los economistas sino de todos aquellos que conviven con los precios y los bienes. Los hombres y mujeres "económicos" han sido colocados en las sociedades civiles en modos que inevitablemente están mediados, al nivel simbológico, por los constructos de mercados, producción y bienes. La gente y la naturaleza son separados en partes (individuos y recursos), y recombinados en bienes de mercado y objetos de intercambio y conocimiento. De allí el llamado de los analistas críticos de la cultura del mercado para que se prive a la economía política de la centralidad que se le ha otorgado en la historia de la modernidad y para superar el mercado como marco generalizado de referencia, a fin de desarrollar un marco de referencia más amplio al cual pueda referirse el mismo mercado (Polanyi 1957b: 270; Procacci 1991: 151; Reddy 1987).[5] Sugerimos que este marco ampliado de referencia debería estar constituido por la antropología de la modernidad.

Los antropólogos han sido cómplices de la racionalización de la economía moderna, en la medida en que han contribuido a naturalizar "la economía", "la política", "la religión", "el parentesco" y sus similares como cimientos de todas las sociedades. La existencia de estos campos como pre-sociales y universales debería rechazarse. Más bien, "deberíamos preguntarnos qué procesos simbólicos y sociales hacen que estos campos parezcan evidentes en sí mismos, incluso campos 'naturales' de actividad en cualquier sociedad" (Yanagisako y Collier 1989: 41). Por tanto, el análisis de la economía como cultura debe comenzar por interrogar la organización engañosa de las sociedades en campos aparentemente naturales. Debe neutralizar "el impulso espontáneo de hallar en toda sociedad instituciones y relaciones económicas separadas de otras relaciones sociales, comparables con las de la sociedad capitalista occidental" (Godelier 1986: 18).

Esta labor de crítica cultural debe comenzar con el reconocimiento claro de que la teoría económica es un discurso que construye una imagen particular de la economía. Usando la metáfora de Stephen Gudeman (1986; Gudeman y Rivera 1990), lo que usualmente reconocemos como ciencia económica es apenas "una conversación" entre muchas posibles en relación con la economía. Esta conversación llegó a ser dominante con el paso de los siglos, gracias a los

---

incluso universalidad. Colocó el centro del mundo en Occidente, y el de la historia en la modernidad, como período crucial de transición entre el final de la prehistoria y la inauguración de la historia verdadera.

5 Este es un recuento extremadamente sucinto de la economía de mercado como conjunto de sistemas de producción, poder y significación. Una exposición más completa se encuentra en el tercer capítulo de mi tesis doctoral "Power and Visibility: The Invention and Mangement of Development in the Third World" (Universidad de California, Berkeley, 1987). El capítulo fue dejado por fuera de este libro. Con referencia al ascenso del mercado, véanse Polanyi (1957a), Polanyi, Arensberg y Pearson, eds. (1957), Braudel (1977), Hicks (1969), Wallerstein (1974), y Dobb (1946). El concepto de cultura de mercado es discutido por Reddy (1987). Acerca de la disciplina,

procesos históricos ya esbozados. Resulta instructiva la crítica de Gudeman del uso en la antropología de modelos económicos supuestamente universales:

> Quienes construyen modelos universales… proponen que dentro de los datos etnográficos existe una objetividad dada por la realidad que puede ser captada y explicada mediante el modelo formal del observador. Utilizan una metodología "reconstructiva" mediante la cual las prácticas y creencias económicas observadas son primero redescritas en el lenguaje formal y luego deducidas o evaluadas con respecto a criterios fundamentales como utilidad, trabajo o explotación. Aunque las teorías particulares usadas en la antropología económica son bastante diversas, todas comparten el supuesto de la existencia de algún modelo universal que puede utilizarse para explicar determinados datos de campo. Según esta perspectiva, un modelo local es a menudo una racionalización, una mistificación o una ideología; si acaso, representa solamente la realidad subyacente a la cual el observador tiene acceso privilegiado (1986: 28).

Pero cualquier modelo, sea este local o universal, es una construcción del mundo y no una verdad objetiva e irrebatible sobre él. Esta es la premisa básica que guía el análisis de la economía como cultura. La dominación de la economía moderna implicó que muchas otras conversaciones o modelos fueran apropiadas, suprimidas o ignoradas. Al margen de la economía capitalista moderna, insisten Gudeman y Rivera, existían y existen otros modelos de la economía, otras conversaciones, no menos "científicas", por el hecho de no expresarse en ecuaciones o no haber sido producidas por alguien que hubiese recibido el Premio Nobel. En las áreas rurales latinoamericanas, por ejemplo, estos modelos siguen vivos, como resultado de conversaciones simultáneas que han existido por largo tiempo. Volveremos a la noción de modelos locales en la última sección de este capítulo.

En la economía existe, por tanto, un etnocentrismo que es preciso develar, es decir, un efecto hegemónico logrado mediante representaciones que rinden culto a una visión de la economía al tiempo que suprimen otras. La crítica de la economía como cultura, finalmente, debe distinguirse del conocido análisis de la economía como "retórica" planteado por McCloskey (1985). El trabajo de McCloskey intenta mostrar el carácter literario de la ciencia económica, y el precio que la economía ha pagado por su ciega adhesión a la actitud cientifista del modernismo. El autor demuestra que la ciencia económica está invadida sistemática e inevitablemente por el uso de recursos literarios. La intención de McCloskey es mejorar la economía llevándola al campo de la retórica. Este capítulo busca algo distinto. Aunque utilicemos algunos análisis retóricos, particularmente para la lectura de las teorías del desarrollo económico de los años cincuenta y sesenta, el análisis de la economía como cultura trasciende los aspectos formales de la retórica económica. ¿Cómo llegaron a existir las construcciones particulares de la economía? ¿Cómo operan en tanto fuerzas

culturales? ¿Qué prácticas crean, y cuáles son los órdenes culturales resultantes? ¿Qué consecuencias trae ver la vida de acuerdo con ellas?

## El mundo de la economía y la economía del mundo: antecedentes teóricos y prácticos de la economía del desarrollo

### *"El interludio estático" y el mundo de la economía*

El párrafo inicial del que tal vez fuera el artículo más comentado sobre el desarrollo económico, escrito en 1954, y titulado "Economic Development with Unlimited Supply of Labor" de W. Arthur Lewis, dice así:

> Este ensayo está escrito siguiendo la tradición clásica, los supuestos clásicos y formulando la pregunta clásica. Todos los clásicos, de Smith a Marx, supusieron o argumentaron la existencia de una oferta ilimitada de mano de obra con salarios de subsistencia. Luego se preguntaron cómo crece la producción con el tiempo. Encontraron la respuesta en la acumulación de capital, que explicaron en términos de su análisis de la distribución del ingreso. Con ello los sistemas clásicos determinaban simultáneamente la distribución del ingreso y su crecimiento, manteniendo los precios relativos de los bienes como subproducto menor (Lewis [1954] 1958: 400).

Hagamos una pausa para recordar algunos aspectos pertinentes de la "tradición clásica". El fundamento de la teoría clásica del crecimiento era la acumulación de capital (entendida en sentido "burgués", es decir, no como proceso dialéctico), asociada con una fuerza de trabajo cada vez más especializada. Los cambios en la productividad del trabajo y el capital se consideraban de gran importancia, mientras que los recursos naturales y las instituciones se suponían constantes, y el cambio técnico se veía como una variable exógena (así tratado por todos los economistas clásicos, salvo por Marx). Los economistas clásicos también creían que los recursos naturales eran limitados; la escasez era para ellos un imperativo ineludible. Los corolarios de esta premisa eran el empobrecimiento progresivo, la disminución del crecimiento (de acuerdo con la ley de rendimientos decrecientes), y la posibilidad de llegar a un estado estacionario.[6] Este efecto de estancamiento solo se puede evitar gracias al proceso técnico. Según la teoría clásica, la economía alcanzaría un punto en el cual los salarios sobrepasarían el nivel de subsistencia, reduciendo las ganancias hasta un punto en que cesaría la inversión; los salarios promedio volverían a caer, el progreso tecnológico haría

6 La promesa revolucionaria de Marx cambió el pesimismo ricardiano planteando la posibilidad de que los desposeídos del mundo se reapropiaran y reconstruyeran la esencia humana. Con referencia a la suspensión del desarrollo en la economía, véase Foucault (1973: 261).

más productivo el trabajo, y el crecimiento recomenzaría, para quedar de nuevo sujeto a fuerzas que lo llevarían hacia el estado estacionario, una y otra vez.[7]

Para Ricardo, las leyes que regulan la distribución del producto nacional en rentas, ganancias y salarios constituían el problema central de la economía política. El nivel de ganancia era crucial, ya que determinaba el nivel de acumulación de capital y el crecimiento económico. Su teoría económica incluía, por tanto, una teoría de la renta y los salarios de subsistencia y una explicación del impacto de los rendimientos decrecientes en la agricultura sobre la tasa de ganancia, así como una teoría del valor con base en el concepto de trabajo. Una de las contribuciones más importantes de la formulación ricardiana fue precisamente esta teoría del valor. El trabajo se convirtió en unidad común a todas las mercancías y en fuente de valor, porque incorporaba la actividad productiva (Dobb 1973). El trabajo aparecía como factor verdaderamente trascendental que permitía el conocimiento objetivo de las leyes de la producción. La economía pasó a ser entonces un sistema de producciones sucesivas basado en el trabajo (el producto del trabajo de un proceso entraba a formar parte de otro). Este concepto económico favoreció una visión de la acumulación definida por secuencias temporales y permitió, en términos generales, la articulación de la historia y la economía. La producción y la acumulación comenzaron a dar forma indeleble a la experiencia de la historia y a su concepto moderno (Foucault 1973).[8]

La idea de que el trabajo era la base de todo el valor no sobrevivió mucho tiempo. La "revolución marginal" de 1870 buscaba derrocar la formulación ricardiana introduciendo una teoría diferente del valor y la distribución. Es interesante anotar que la búsqueda de un determinante absoluto del valor fue abandonada. "Las opiniones prevalecientes identifican el trabajo y no la utilidad como el origen del valor" (citado en Dobb 1973: 168), escribió Jevons, el padre de la revolución conceptual. "Una reflexión e investigación reiterada me han llevado a sostener una opinión algo novedosa, que el valor depende en su totalidad de la utilidad" (citado en Dobb 1973: 168). Jevons definió la utilidad como "la calidad abstracta por la cual un objeto sirve nuestros propósitos y adquiere rango de bien", y el problema de la economía como la satisfacción "de nuestros deseos al máximo con el mínimo de esfuerzo… maximizar el confort y el placer". A medida que aumenta la oferta de un

---

7 El análisis de esta sección se basa en Schumpeter (1954), Dobb (1946, 1973), Blaug (1978), Deane (1978), Bell y Kristol (1981) y Foucault (1973).

8 Foucault (1973) enfatiza el hecho de que con Ricardo el trabajo se convirtió en base tanto de la producción como del conocimiento económico. Las personas trabajan y comercian porque experimentan necesidades y deseos, pero sobre todo porque están sometidas al tiempo, a la lucha, y en última instancia, a la muerte. Foucault se refiere a este aspecto de la modernidad como "la analítica de la finitud".

bien determinado, su utilidad comienza a decrecer hasta que llegan "la satisfacción o la saciedad" (Dobb 1973: 166-210).[9]

Una esfera totalmente nueva de análisis económico –denominada en general "economía neoclásica"– se edificó sobre esta ley particular. La idea de que la economía alcanzaría un estado de equilibrio general se convirtió en eje de la teoría económica. Esta idea fue postulada originalmente por el economista francés Leon Walras como una serie de ecuaciones simultáneas que relacionan diversas variables económicas (precios y cantidades de bienes y servicios, trátese de productos o factores de producción comprados por los hogares y las empresas). Según esta teoría, el libre juego de las fuerzas de la oferta y la demanda establecía, bajo condiciones competitivas, un patrón de equilibrio en los precios de los bienes, de tal manera que todos los mercados "se cancelarían". Ello es así porque existe "concatenación y dependencia recíproca" de los actos económicos entre todos los productores y todos los consumidores, un cierto "flujo circular de la vida económica". Schumpeter (1934: 8) define en forma reveladora el flujo circular del mercado autorregulado:

> De aquí se desprende que en algún punto del sistema económico una demanda está esperando, por así decirlo, cada oferta, y que en ningún lugar del sistema hay bienes sin complemento, es decir otros bienes en manos de la gente que los transará bajo condiciones empíricamente determinadas por los bienes anteriores. De nuevo se deduce del hecho de que todos los bienes encuentran un mercado, que el flujo circular de la economía es cerrado, en otras palabras, que los vendedores de todos los bienes reaparecen como compradores en grado suficiente para adquirir los bienes que les permitan mantener en el nivel ya alcanzado su consumo y su dotación productiva para el próximo período económico, y viceversa.[10]

9 La teoría del valor basada en el concepto de utilidad –perfeccionada por Walras, Marshall y los economistas de la Escuela Austríaca, y cuyos orígenes encuentra Schumpeter (1954: 909-944) en Aristóteles y los doctores escolásticos– hacía eco de los principales conceptos de la doctrina filosófica utilitarista. Vilfredo Pareto trataría, en los albores del siglo, de depurar la teoría de sus nexos con el utilitarismo enfatizando su carácter puramente lógico y formal. Propuso el concepto de utilidad ordinal (la habilidad del individuo para clasificar los bienes en una escala de preferencia sin medirlos), y elaboró una teoría del valor que (especialmente en el desarrollo que de ella hicieron Allen y Hicks) continúa siendo el fundamento de la teoría contemporánea del valor, tal como la encontramos hoy en día en los manuales de microeconomía. Como es bien sabido, estos manuales comienzan con una discusión del agente económico "racional" que busca maximizar su utilidad.

10 Schumpeter, quien a pesar de su enfoque histórico social defendía el "análisis puro", llamó a la teoría walrasiana de equilibrio general "el único trabajo hecho por un economista que se puede comparar con los avances de la física teórica" (1954: 827). Joan Robinson la llamó "el argumento más extravagante de la ortodoxia occidental" (1979: 13). Esto no impidió

Era una manera muy armónica de ver la economía, desprovista de política, de poder o de historia. Un mundo totalmente racional, hecho todavía más abstracto con el paso del tiempo por el uso creciente de las herramientas matemáticas. ¿Por qué abandonaron los economistas neoclásicos las preocupaciones clásicas como el crecimiento y la distribución? Una explicación de puro sentido común es esta: habiéndose consolidado el capitalismo en la segunda mitad del siglo XIX, habiendo logrado tasas notables de crecimiento económico, habiéndose elevado los niveles de vida de las masas, y exorcizados ya los viejos temores de alcanzar un punto en el cual el crecimiento ya no sería posible, la preocupación analítica con el crecimiento parecía superflua, y el desplazamiento del análisis hacia intereses teóricos estáticos y de corto plazo, como la optimización de recursos y el comportamiento decisorio de individuos y firmas era el paso lógico a seguir.[11] Como el capitalismo ya operaba decididamente, los economistas desplazaron su interés hacia el ajuste del sistema, incluyendo la racionalización de las decisiones y el desempeño coordinado de los mercados hacia el equilibrio óptimo. Los aspectos dinámicos de la economía daban con ello paso a consideraciones estáticas. Fue esto lo que un economista llamó acertadamente "el interludio estático" (Meier 1984: 125-128).

Y no es que el progreso careciera de vicisitudes, especialmente hacia finales del siglo (caída de precios, desempleo, quiebra de empresas, lucha de clases y formación de sindicatos), pero no quedaba duda de que estas desaparecerían mientras continuara el proceso de crecimiento. Y pese al hecho de que, a finales de siglo, la fe en las virtudes del *laissez-faire* estaba en tela de juicio (especialmente respecto de la necesidad de controlar los monopolios), en 1870 la mayoría de los observadores creía que el comercio universal y perfecto seguiría reinando. Fue como si, habiendo logrado la economía cierto grado aparente de estabilidad, los economistas se dedicaran al campo más trivial, pero teóricamente excitante, de lo rutinario. Su confianza se volvería añicos con la Gran Depresión. Pero cuando esta llegó, el grandioso "edificio neoclásico", construido a partir de 1870 y dotado con precisión durante la centuria siguiente, se hallaba firme en su lugar, dando forma al espacio discursivo de la disciplina.

No obstante, para Schumpeter (1954: 891-909), la revolución neoclásica dejó intactos muchos de los elementos de la teoría clásica, incluido "su marco sociológico". La visión general del proceso económico seguía siendo en gran parte la misma que en tiempos de Mill. En resumen, y a pesar de su rechazo a la teoría del valor basada en el trabajo, la economía neoclásica heredó, y funcionó con ella, la organización discursiva del período clásico. El énfasis en la satisfacción individual

---

que el comité Nobel concediera su premio a economistas matemáticos como Arrow y Debreu por "perfeccionar" la ley.

11 Sin embargo, debe señalarse, que para esta época el capital ya había derrotado a sus enemigos; la teoría microeconómica surgió así como teoría de la "eficiencia", es decir, de la explotación máxima del trabajo.

reforzó el sesgo atomista de la disciplina; más que con el pensamiento clásico, el sistema económico quedó irremediablemente identificado con el mercado, y la investigación económica con las condiciones de mercado (los precios) bajo las cuales sucede el intercambio. El problema de la distribución fue sacado por completo de la esfera de las relaciones políticas y sociales y quedó reducido a una cuestión de asignación de precios de insumos y productos (la teoría de la productividad marginal de la distribución). Al aislar aún más el sistema económico, cuestiones como las relaciones de clase y de propiedad quedaron fuera del foco del análisis económico. Los esfuerzos analíticos se encaminaron en cambio hacia la cuestión de la optimización (Dobb 1973: 172-183). La atención a los equilibrios estáticos particulares, finalmente, atentó contra el análisis de las macro-relaciones y de las cuestiones del desarrollo económico desde una perspectiva más holística (marxista o schumpeteriana, por ejemplo).

El "grandioso edificio neoclásico" descansaba sobre dos supuestos básicos: competencia y racionalidad perfectas. El conocimiento universal y perfecto garantizaba que los recursos existentes se utilizarían de manera óptima, garantizando el pleno empleo. El "hombre económico" podía adelantar sus negocios en paz, ya que estaba seguro de que existía un cuerpo teórico, la teoría de utilidad marginal y el equilibrio general que, debido a su perfecto conocimiento de las cosas, le proporcionaría la información necesaria para maximizar el uso de sus escasos recursos. La imagen subyacente del mundo neoclásico era de orden y tranquilidad, la de un sistema económico autorregulado, auto-optimizador, visión relacionada, sin duda, con la pomposidad de la *Pax Britannica* entonces prevaleciente.

Este era el mundo neoclásico de comienzos del siglo. Un mundo en el cual se creía que la teoría retrataba la economía real igual que un reloj describe el paso del tiempo; donde la "tacañería de la naturaleza" era mantenida a raya por aquellos valientes individuos capaces de extraer de ella (la naturaleza) los productos más preciosos; en el cual la mano invisible que garantizaba el funcionamiento regular de la economía y el bienestar de la mayoría aún no había quedado atada por las pesadas cadenas del proteccionismo. La crisis que golpeó la economía capitalista mundial desde 1914 hasta 1948 agregó al edificio algunos elementos importantes. Entre ellos se hallaba un nuevo interés por el crecimiento. Vale la pena rememorar estos eventos con cierto detalle, ya que fue esta la situación que encontraron los economistas del desarrollo cuando, con gran entusiasmo, decidieron construir su propia casa.

### *"Los años de la gran teoría" y la economía del mundo*

Hemos visto cómo la economía política clásica sufrió un cambio significativo con la revolución marginalista. Luego de casi un siglo de *Pax Britannica*, la economía capitalista mundial entró en un período de profunda crisis que motivó

una segunda transformación importante en el discurso económico. Sinteticemos nuestro argumento al respecto. Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial un nuevo sistema social comenzó a tomar forma. Este descansaba sobre la desaparición de la antigua distinción entre el Estado y la economía (tan cara a economistas clásicos y neoclásicos), el desarrollo de esquemas institucionales novedosos, y una importante reformulación de la comprensión neoclásica de la economía. Los historiadores sostienen que en la década de los veinte ocurrió una restructuración de la Europa burguesa a través del desarrollo de formas corporativas de control político y económico y de una transformación de las relaciones entre los poderes público y privado. También tuvo lugar un recomodamiento de la economía mundial que desplazó el centro del sistema capitalista mundial hacia Estados Unidos. Los estilos y formas de intervención en la economía que se desarrollaron durante este período se conservaron y extendieron durante las tres décadas siguientes, antes de su florecimiento con la era del desarrollo.

El keynesianismo y la recién fortalecida economía del crecimiento proporcionaron la teoría y racionalización de estos procesos. Todos estos cambios prepararon el terreno no solo para una nueva dimensión en la integración de los países periféricos (las regiones del mundo conocidas después como el Tercer Mundo) bajo la *Pax americana*, sino que proporcionaron los cimientos de una teoría del desarrollo económico que dirigiría y justificaría la integración. Las teorías clásicas de crecimiento, mejoradas mediante la nueva macroeconomía y las nuevas matemáticas del crecimiento, estaban preparadas para suministrar los elementos fundamentales del nuevo discurso. Lo mismo sucedió con las nuevas formas de administración y planeación desarrolladas durante los años veinte. Después de 1945, el mundo subdesarrollado adquirió una posición de importancia sin precedentes en la economía capitalista mundial. Nunca antes había existido tampoco un discurso tan refinado sobre esta parte del mundo.

La profundidad de la transformación económica y social que comenzó a presentarse en la primera década del siglo XX, que presenció no solo el colapso de la organización económica del siglo XIX sino guerras y fascismo sin precedentes, ha sido analizada con gran agudeza por Karl Polanyi (1957a). Polanyi encuentra los orígenes de esta transformación "en la tarea utópica del liberalismo económico de establecer un sistema autorregulador" (1957a: 29). La eliminación del supuesto del mercado autorregulado fue entonces la primera víctima de los cambios. La Primera Guerra Mundial abrió el camino para nuevos métodos de manejo y planeación de la economía y los asuntos sociales. De la humareda y la destrucción del campo de batalla surgieron formas de organización industrial y del empleo que sentaron las bases para una nueva economía de la posguerra, lo cual se basaba en la creencia de que el proceso económico no podría dejarse exclusivamente en manos del mercado; la línea divisoria entre el poder político y el económico se desdibujó. A medida que crecía el control estatal de los precios, el empleo y los recursos, se desarrollaron nuevos mecanismos de negociación y administración. En algunos

países (Francia, Alemania e Italia) los diversos intereses (industria, agricultura, empleo, el ejército) se organizaron en formas corporativas (Maier 1975).

De las oficinas de los nuevos ingenieros y empresarios profesionales surgió una visión tecnocrática de la economía. El taylorismo, el americanismo y el fordismo se arraigaron con mayor profundidad al tiempo que la administración científica ampliaba sus alcances en un intento por darle aún más eficiencia el uso del trabajo y el capital. La introducción de todas estas técnicas no puede subestimarse. La transformación patrocinada por el americanismo y el fordismo fue caracterizada por Gramsci como "el mayor esfuerzo colectivo realizado hasta la fecha por crear, a una velocidad sin precedentes, y con una conciencia de propósito sin igual en la historia, un tipo nuevo de trabajador y de hombre" (citado en Harvey 1989: 126). Esto se logró a lo largo de varias décadas, a pesar de la resistencia de los trabajadores durante los primeros años ante las prácticas laborales fordistas y tayloristas. Las demandas de la izquierda por la democratización fabril se confundieron con el énfasis de la derecha en la racionalización a través de la administración científica. En resumen, el ocaso del orden del siglo XIX contempló, luego de la larga noche de la guerra, el nacimiento de un nuevo orden en cuyo seno, pese a la gran transformación, el viejo orden seguía existiendo a sus anchas. "Rescatar la Europa burguesa significaba replantearla: tratar con sindicatos (o crear sendos sindicatos como en Italia), otorgar el control sobre el mercado a las agencias estatales, dar cabida en la estructura del Estado a los voceros gremiales" (Maier 1975: 594).[12]

Con la defunción del mercado autorregulado se descartó también el supuesto de conocimiento perfecto, en especial a finales de los años veinte y comienzos de los treinta, cuando la teoría económica "tuvo que reconciliarse con la incesante anarquía del mundo de los hechos". "Hasta los años treinta", afirma un estudioso de la teoría económica de la época, "la economía era la ciencia de la lucha contra la escasez básica. Luego de los treinta, era la explicación de la forma en que los hombres superan la escasez y la incertidumbre. Este fue el mayor logro de la teoría económica durante los años treinta" (Schackle 1967: 7). La *Pax Britannica* había inculcado en muchos el sentido de un orden natural e irrefutable. Siguiendo con el recuento de Schackle:

> 'No había', como afirma John Maynard Keynes, 'nada qué temer' …La diferencia más poderosa y esencial entre este mundo y el mundo de los años treinta fue la pérdida misma de la tranquilidad. Problemas como 'el precio de una taza de té', como lo expresara la profesora Joan Robinson, carecían ya de importancia frente al problema del desempleo creciente, o como explicara Keynes, del fracaso de los incentivos para la inversión, fracaso que se debía a la opresión súbita de las mentes de negocios por

---

12 Además del libro de Maier (1975), véanse Aldcroft (1977); Gramsci (1971) acerca del americanismo y el fordismo, y Harvey (1989) acerca del régimen fordista de acumulación.

> las incontables incertidumbres del mundo. Ya no existía el equilibrio real, y no podía existir el equilibrio en teoría (1967: 289).

Keynes fue el héroe de la nueva revolución. Demostró que podían existir equilibrios a niveles por debajo del pleno empleo –en realidad, a cualquier nivel de producción y empleo–. Las teorías del empleo y el crecimiento producidas durante los "años de la gran teoría" entre 1926 y 1939 (por economistas como Keynes, Kahn, Robinson, Harrod, Myrdal, Hicks, Kalecki, Samuelson y Kaldor) surgieron de la toma de conciencia sobre la carencia fundamental de información que afrontaban quienes tomaban las decisiones. La competencia perfecta se volvió imperfecta (en sus escritos de 1926, Piero Sraffa demostró la existencia de factores inherentes a la empresa, llamados economías de escala, que convertían en ilusorio el supuesto de competencia perfecta). La perfecta información se hizo confusa, dando paso a la incertidumbre. Y el espacio que había quedado vacío con la pérdida del interés por las condiciones estáticas se llenó pronto con investigaciones acerca de la dinámica del crecimiento, que ahora ocupaba el trono de la teoría. Debido a las limitaciones de la información, las herramientas para manejar la realidad debían afinarse. De allí que surgiera un nuevo énfasis en la política y la planeación públicas para satisfacer la necesidad de mecanismos de orden y control.

Las innovaciones mencionadas reflejaban con precisión los fenómenos del período: deflación, reducciones salariales y desempleo en los años veinte, crisis económica y desempleo agravado en los treinta. La receta de Keynes era que el gobierno fomentara el pleno empleo mediante el gasto público apropiado y a través de la inversión y de las políticas monetaria y fiscal. Los economistas consideran de extrema importancia los logros teóricos de este período. Para Dobb (1973: 211-227), sin embargo, la nueva teoría no desafiaba la teoría neoclásica del valor; antes bien, se movía dentro de su marco general (Keynes consideraba a la teoría neoclásica como un "caso especial" de su teoría general). Su crítica radical a las opiniones existentes se limitó al supuesto de una única posición de equilibrio estático, que a su vez implicaba el pleno empleo de los recursos. No obstante, hay que admitir la importancia que tuvo la crítica de Keynes al increíblemente racional y uniforme mundo neoclásico. Con todo, sus sucesores, llamaron pronto al retorno a la racionalidad y a la matematización de la economía, desconociendo la que podría haber sido la lección más radical de la obra de Keynes (Gutman 1994).[13]

La teoría del crecimiento económico legitimó la formulación teórica que obedecía a la racionalidad y los modelos convencionales. A finales de los años treinta, y

---

13 La clásica ley de Say de que "la oferta crea su propia demanda" fue otro blanco de la teoría de Keynes. De igual modo, para Keynes la tasa de interés ya no sería el instrumento que equilibraría automáticamente el ahorro con la inversión, sino más bien una tasa de dinero bajo la influencia de la política monetaria y las expectativas actuales acerca de los movimientos futuros.

con la aparición de la *Teoría general* de Keynes, algunos economistas (Harrod en 1939 y Domar en 1946) centraron su atención en las tasas de crecimiento del producto (producción nacional) y del ingreso como variables fundamentales que deberían ser explicadas por una teoría verdaderamente dinámica. El ambiente era propicio para la elaboración de una teoría del crecimiento que fuera tan abstracta y general como lo era la teoría de equilibrio general. La clave para una teoría de este tipo era la relación entre la inversión y el producto general: cómo el ritmo de la inversión determina el nivel de producto general, y cómo la aceleración del producto general afecta a su vez el ritmo de la inversión. La inversión, se anotaba, no solo acelera el ingreso, sino que genera un aumento de la capacidad productiva. Una adición neta al *stock* de capital produce un incremento correspondiente del producto nacional (Producto Interno Bruto, o PIB); esta correspondencia se expresa mediante lo que los economistas del período llamaron la relación capital-producto, que Harrod definió como el valor de los bienes de capital necesarios para incrementar en una unidad el nivel de producto.

El capital para la nueva inversión debe venir de algún lugar, y la respuesta fue el ahorro. Parte del ingreso nacional debe ahorrarse para remplazar los bienes de capital gastados (equipo, edificaciones, materiales, etcétera) y para crear otros nuevos. Lo que importaba entonces era establecer la "tasa de ahorro" necesaria (proporción del ingreso nacional a ahorrar) que, unida a una determinada relación capital-producto, produciría la tasa esperada de crecimiento del PIB. Cada economía tendría una "tasa natural de crecimiento", definida como la tasa máxima permitida por el aumento de su población, la acumulación de capital y el progreso tecnológico. Dado que estas variables no podían controlarse con precisión, el proceso de crecimiento se consideraba inestable. Esta teoría era coherente por tanto, no solo con "el interrogante clásico" y "el supuesto clásico", sino también con la innovación keynesiana, que relacionaba la expansión o contracción de la economía con el ahorro y la inversión. Aunque se introdujeron variaciones significativas a la teoría original de Harrod-Domar, su formulación original dio forma a la incipiente economía del desarrollo. Como se verá en la siguiente sección, las consecuencias de la adopción de esta teoría fueron enormes.

Volvamos por un momento a la economía del mundo. La supuesta estabilidad alcanzada en los países más poderosos, a finales de los años veinte, y de nuevo a finales de los treinta, no carecía de contradicciones. Como régimen característico de acumulación, el fordismo solo alcanzó su madurez después de 1945, cuando se convirtió en la base del *boom* de la posguerra que duró hasta comienzos de los años setenta. Para la época en que el fordismo comenzó a declinar, ya se había convertido "no tanto en un sistema de producción masiva como en todo un estilo de vida" (Harvey 1989: 135). No solo había introducido una nueva cultura del trabajo y el consumo, sino también una nueva estética que se basó en y contribuyó a la estética del modernismo, con su preocupación por la funcionalidad y la eficiencia.

Veamos ahora cómo explican los economistas marxistas la dinámica del capitalismo durante el período. La acumulación fordista determinaba la incorporación de la periferia en nuevas formas.[14] La integración horizontal (geográfica) de la economía del mundo capitalista se había completado hacía ya mucho tiempo en 1910, y comenzaba un proceso de integración vertical: para la periferia, aumento en el ritmo de extracción de la plusvalía mediante métodos diferentes a la expansión geográfica. En 1913, las principales naciones del centro (Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania) poseían cerca del 85% del capital invertido en la semiperiferia (compuesta en aquel entonces por España, Portugal, Rusia, Japón, Australia y algunas áreas de Europa oriental) y en la periferia (constituida por gran parte de América Latina, Asia y África). Sin embargo, hubo, factores que crearon inestabilidad: el aumento de la competencia de la semiperiferia (especialmente de Rusia y Japón); el aumento de las ideologías opuestas al centro y de los movimientos sociales en la periferia (a medida que aumentaban la tasa de inversión extranjera y la intervención militar directa); los cambios internos en la estructura de clases de los propios países del centro, y la competencia entre estos últimos por el control de los cada vez más importantes recursos naturales de la periferia.[15]

La importancia creciente de Estados Unidos en la economía capitalista mundial tuvo importantes repercusiones en la periferia. En el caso de América Latina, el intercambio comercial con Estados Unidos creció drásticamente, y lo mismo pasó con la inversión directa norteamericana. Durante los años veinte, en especial se inició un enorme programa de prestamos, principalmente por parte de la banca norteamericana. Estos años marcaron la primera década de "modernización" del continente latinoamericano y el período en general (1910-1930) contempló una importante transición en la estructura social y económica de los países más grandes de la región. La Gran Depresión golpeó con fuerza las economías latinoamericanas. Las importaciones que los países del centro hacían de productos latinoamericanos se redujeron severamente. Las inmensas deudas contraídas por muchos países durante los años veinte se convirtieron en carga insoportable (situación no muy

---

14 En esta sección utilizo los términos centro, periferia y semiperiferia derivados de las teorías del sistema mundial y de la dependencia. Los países del centro son aquellos que se industrializaron durante el siglo XIX, o sea, los denominados generalmente países desarrollados de nuestros días (Europa occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Suráfrica). La periferia está compuesta por la mayoría de los países del Tercer Mundo, a pesar de que su composición ha cambiado desde el surgimiento de lo que los teóricos del sistema mundial llaman la economía capitalista mundial en 1650. Hoy en día, la semiperiferia incluye algunos de los países más grandes del Tercer Mundo y a los llamados "dragones" o nuevos países en industrialización (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, con un puñado de países que esperan su admisión oficial en el club, como Malasia, Tailandia y Chile). Para una explicación más elaborada de los términos, véanse Braudel (1977) y Wallerstein (1974, 1984)

15 El análisis de esta sección se basa en los trabajos de Borrego (1981), Amin (1976, 1990), Wallerstein (1974), Hopkins y Wallerstein (1987), Cardoso y Faletto (1979).

diferente de la vivida en los años ochenta) y, de hecho, para 1935 gran parte de la deuda estaba sin pagarse. La euforia creada por el *boom* de los años veinte dio paso a una atmósfera sombría, de la cual surgió la necesidad de adaptarse lo mejor posible a las deprimidas condiciones internacionales (curso de acción que la mayoría de los países de la región tomó), o de continuar con el proceso de industrialización mediante una estrategia de sustitución de importaciones, o sea, producir en casa lo que antes se importaba (vía que tomaron los países de mayor tamaño como Brasil, Argentina, México y Colombia). Los países periféricos se vieron obligados a abandonar el viejo liberalismo para desarrollar políticas estatales con el fin de proteger y desarrollar sus economías nacionales.[16]

Después de la Segunda Guerra Mundial la supervivencia del sistema de libre empresa se vio amenazada. Para salvarlo, Estados Unidos enfrentaba varios imperativos: mantener unidas y en marcha a las naciones que conformaban el centro del sistema capitalista mundial, lo que a su vez requería esfuerzos y expansión continuos para evitar la difusión del comunismo; encontrar formas de invertir el excedente de capital acumulado durante la guerra (especialmente en el extranjero, donde podían obtenerse ganancias mayores); encontrar mercados para los bienes norteamericanos fuera de sus fronteras, porque la capacidad productiva de su economía se había duplicado durante la guerra; asegurar el control sobre las fuentes de materias primas a fin de enfrentar la competencia mundial; y establecer una red global de poder militar incuestionable para garantizar el acceso seguro a materias primas, mercados y consumidores (Amin 1976; Borrego 1981; Murphy y Augelli 1993). El pacto firmado en Bretton Woods, en el cual se establecieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, inauguró la nueva era. La teoría keynesiana suministró las pautas para fortalecer el sector privado, expandir los mercados domésticos y foráneos, y revitalizar el comercio internacional bajo la égida de las corporaciones multinacionales. El proceso de producción de los estados del centro quedó así reintegrado con sus aparatos políticos y con las organizaciones financieras internacionales.

---

16 Estos cambios económicos estuvieron acompañados por cambios sin precedentes en lo cultural y lo social. En el caso latinoamericano, aparecieron movimientos socialistas, comunistas, anarquistas y, en menor grado, feministas y estudiantiles. La creatividad en arte y literatura alcanzó niveles sin precedentes (por ejemplo, los muralistas mexicanos y la primera ola de escritoras). Cortado el cordón umbilical que ligaba a la oligarquía terrateniente con Londres, y aún no establecida la estrecha conexión que inevitablemente habría de ligarla a Nueva York después de la Segunda Guerra Mundial, los latinoamericanos buscaron en su pasado nuevas verdades (indigenismo), desarrollaron posiciones eclécticas inspiradas en el socialismo y el marxismo (Mariátegui, Haya de la Torre, Jorge Eliécer Gaitán), y se concentraron en las condiciones económicas internas para desarrollar economías nacionales saludables (sustitución de importaciones e industrialización). Este fermento intelectual se vio frustrado por la contraofensiva emprendida por Estados Unidos a través del desarrollo y de la Alianza para el Progreso.

"La gran transformación", tan admirablemente descrita por Polanyi, marcó así el colapso de algunos de los principios económicos más preciados en el siglo XIX. El *laissez-faire* y el viejo estilo de liberalismo dieron paso a formas más eficientes de administrar economías y poblaciones, tal vez más penetrantes por el solo hecho de ser ejecutadas con el aval protector de la ciencia, y, cada vez más (especialmente con el desarrollo de la economía del bienestar durante los cincuenta), por "el bien de la gente". El "interludio estático" había terminado, pero la nueva economía hizo poco por alterar los límites del discurso clásico y neoclásico. Se desarrollaron refinamientos teóricos y técnicas matemáticas sofisticadas, como el análisis insumo-producto de Leontieff, en gestación desde los años treinta, pero que no se apartaban significativamente de la formación discursiva básica de la economía clásica. Los imperativos que Estados Unidos enfrentaba al final de la guerra situaron a América Latina y al resto de la periferia en un espacio bien demarcado dentro de la economía capitalista mundial.

Para concluir esta sección, volvamos a la introducción del capítulo. En ella nos referíamos a cierta ética reformista latente en la actitud de los pioneros del desarrollo y parcialmente ligada a la experiencia de la Gran Depresión. De hecho, como lo sostiene el economista progresista de Harvard, Stephen Marglin, esta experiencia cambió la ciencia económica durante una generación, tanto en términos de la gente que atrajo como de los problemas que intentaba encarar. Entre 1935 y 1960, algunos economistas llegaron a pensar incluso que el fin del capitalismo era una posibilidad tangible. Académicos de la talla de Galbraith, Kuznets, Currie, y, a finales del período, Marglin, desarrollaron una disposición política hacia su ciencia y los problemas que deseaban confrontar. (Uno piensa igualmente en economistas latinoamericanos como Raúl Prebisch, Antonio García, Celso Furtado y Fernando Henrique Cardoso). La teoría macroeconómica del período también surgió en el contexto de la descolonización, que para estos economistas significaba la destrucción final de los imperios. Mientras que la necesidad del imperio era conducir a los colonizados hacia el mercado, el bienestar de la gente sugería que sería mejor dejarlos solos.[17]

Por un momento, entonces, se presentó una contradicción en la mente de algunos economistas entre el bienestar de la gente y las políticas intervencionistas. Solo después de la Segunda Guerra Mundial el desarrollo y el bienestar se convertirían en objetivos compatibles. No obstante, insiste Marglin, en los años iniciales de su trabajo gran parte de los primeros economistas del desarrollo se comprometieron con una agenda progresista. Sin discutir esta interpretación es importante señalar –como lo ha mostrado esta sección– que fue un movimiento de muchas décadas el que preparó el terreno para el arribo final de la economía del desarrollo.

17 Debo esta contextualización de los pioneros del desarrollo a una conversación con Stephen Marglin.

Impulsados por la fuerza de este movimiento, los economistas del desarrollo llegaron al Tercer Mundo plenos de esperanzas y aspiraciones, ansiosos por aplicar lo mejor de sus conocimientos a una labor compleja pero excitante. Su discurso, que analizaremos en la próxima sección, fue muy influyente, y sigue siendo un capítulo importante de la historia cultural del Tercer Mundo.

## El desarrollo de la economía del desarrollo

### *Las teorías iniciales: cómo se dio forma al discurso*

El lapso 1948-1958 contempló el surgimiento y la consolidación de la economía del desarrollo como práctica relacionada con determinadas preguntas, ejecutada por determinados individuos y encargada de ciertas tareas sociales. Durante el período, la economía del desarrollo construyó su objeto, la "economía subdesarrollada", partiendo de los procesos históricos y teóricos que analizamos en la sección anterior. Para nuestro análisis de la política del discurso y de los regímenes de representación resulta importante examinar en detalle la forma en que ocurrió su construcción.

El concepto de desarrollo económico que surgió durante la segunda posguerra tuvo importantes precursores. Como lo anota Arndt (1978, 1981), cuando se usaba el término "desarrollo", antes de los años treinta, éste se tomaba en sentido naturalista, es decir, como la aparición de algo con el paso del tiempo. Dos excepciones fueron el trabajo de Schumpeter sobre el desarrollo económico, y publicado en alemán en 1911, que analizaremos más adelante, y el de algunos historiadores del imperio británico. Marx, quien derivó su concepto de desarrollo de la inexorable dialéctica hegeliana, fue otra excepción. La precursora más obvia del uso actual, como lo mencionamos en el Capítulo 2, fue el Acta británica de desarrollo colonial de 1929. En el contexto colonial, el desarrollo económico no constituía un proceso histórico inevitable sino una actividad que debía ser promovida por el gobierno. El sistema económico no "desarrollaba" los recursos; los recursos debían ser desarrollados. "El desarrollo económico en el sentido de Marx se deriva del verbo intransitivo, en el sentido [colonial] del verbo transitivo" (Arndt 1981: 460).

Arndt sitúa el origen del uso del desarrollo económico en sentido transitivo en Australia y, en menor grado, en Canadá, países en los cuales el desarrollo económico no se dio espontáneamente. También menciona de paso un estudio realizado en 1922 por Sun Yat-sen, líder nacionalista chino, que proponía un programa masivo para el desarrollo económico de China. Pero fue solo a mediados de los años cuarenta cuando el término se aplicó al desarrollo económico de "áreas subdesarrolladas". La depresión y la Segunda Guerra Mundial habían puesto

de relieve las cuestiones del pleno empleo y el crecimiento. Como lo expresa Arndt (1978) en su estudio sobre el auge y decadencia del concepto de desarrollo económico, se dio un "retorno a la escasez" y al "problema general de la pobreza". El crecimiento comenzó a ser considerado como un remedio para la pobreza y el desempleo, más que como un fin en sí mismo.

Gracias a las teorías de crecimiento, la preocupación clásica por la acumulación de capital se convirtió en el núcleo de los primeros intentos por aplicar a los países pobres las herramientas conocidas del análisis económico. El énfasis en la inversión implicó centrarse en el ahorro y abrió el camino para la ayuda e inversión extranjeras, ya que pronto se reconoció que los países pobres rara vez poseían cantidades suficientes de capital para satisfacer las inversiones requeridas por el crecimiento acelerado. Esta conclusión se vio reforzada por la consideración de que el crecimiento del PIB debería ser mayor que el de la población, relativamente alto en la mayoría de los países. Además, se descubrió un campo privilegiado de inversión, en el que los beneficios de la acumulación de capital serían mayores que en cualquiera otro: la industrialización, la cual abriría las vías para la modernización de las economías atrasadas y para propagar entre los nativos la racionalidad adecuada, "capacitar la mano de obra y acostumbrarla a la disciplina fabril", como escribiera W. Arthur Lewis en 1946, refiriéndose a la industrialización de Jamaica (citado en Meier 1984: 143). También sería el modo más eficiente de dar uso productivo a la gran masa de subempleados y desempleados que vivía en el campo.

Del mismo modo, la industrialización sería la única manera en que los países pobres podrían eliminar la desventaja estructural que enfrentaban en el comercio internacional como productores de bienes primarios en competencia con los mayores precios y la mayor productividad de los bienes provenientes de países industrializados. Mediante la industrialización, los países pobres dejarían de producir "los artículos equivocados" y comenzarían a producir bienes de mayor valor comercial. Resultaba "claro como el agua" que la industrialización era la clave del desarrollo, para citar de nuevo el informe de Lewis sobre Jamaica (en Meier 1984: 143). La forma concreta que la industrialización debería tomar constituyó el meollo de la mayoría de los modelos de desarrollo de los años cincuenta. Era obvio que la industrialización no ocurriría espontáneamente. Se requerían esfuerzos deliberados para superar los evidentes obstáculos a la industrialización. Lo que se necesitaba era un tipo de planeación que garantizara la asignación correcta de los escasos recursos, que corrigiera los precios del mercado, que maximizara el ahorro, que orientara la inversión extranjera en la dirección adecuada y que, en general, dirigiera la economía en términos de un programa bien balanceado. Por ello, la planeación del desarrollo fue desde un comienzo la hermana melliza del desarrollo económico, lo que era evidente en 1949 cuando el Banco Mundial envió su misión a Colombia.

En síntesis, los componentes principales de la estrategia del desarrollo económico, comúnmente recomendada en los años cincuenta, eran: 1. Acumulación de capital; 2. Industrialización deliberada; 3. Planeación del desarrollo, y 4. Ayuda externa. Sin embargo, se pensaba, que las economías subdesarrolladas exhibían características que las diferenciaban de las economías estudiadas por la economía ortodoxa, lo que requería entonces modificar la teoría existente –lo que Hirschman (1981) llamara el abandono de la "premisa monoeconómica"–. Entre estas características figuraban la existencia de altos niveles de subempleo rural, el bajo nivel de industrialización, la existencia de un conjunto de obstáculos al desarrollo industrial, y la situación de desventaja en el comercio internacional. Las tres primeras cautivaron la atención de la mayoría de los teóricos a la hora de construir sus modelos. Inicialmente, la atención se concentró en los "obstáculos" existentes en el camino del desarrollo, al igual que en los "componentes faltantes" que deberían proporcionarse para que los modelos pudieran funcionar. Los modelos propuestos caracterizaban el esfuerzo que habría de emprenderse para superar los "obstáculos" y proporcionar los "componentes faltantes", de modo que la industrialización despegara con vigor y celeridad.[18]

Las teorías clásica y neoclásica del crecimiento sirvieron de cimiento a los modelos. Los ejes de la teoría clásica del crecimiento eran, recordémoslo, acumulación de capital, mayor división del trabajo, progreso tecnológico y comercio. Como ya vimos, la teoría del crecimiento de la posguerra se vio influida por el análisis keynesiano de la interacción entre ahorro e inversión. Es útil recordar la importancia que tenía el argumento del crecimiento postulado por Harrod y Domar. Para crecer, las economías deben ahorrar e invertir cierta proporción de su Producto Interno Bruto. Dado cierto nivel de ahorro e inversión, la tasa actual de crecimiento dependerá de lo productiva que sea la nueva inversión. Y la productividad de la inversión puede medirse mediante la relación capital-producto. La inversión crea una nueva capacidad de producción que debe ser igualada, a su vez, por nueva demanda. Por lo tanto, el ingreso debe incrementarse en proporción equivalente para garantizar que no exista capacidad ociosa de los bienes de capital.

El modelo suponía ciertos rasgos que concordaban razonablemente bien con los países industrializados pero no con las economías subdesarrolladas. Se suponía una relación constante capital-producto, no se analizaba el efecto de cambios en los precios (eran modelos en términos reales), y se suponían términos de intercambio constantes. Pero se encontró que las economías subdesarrolladas se caracterizaban por el deterioro de los términos de intercambio de sus productos primarios (frente a los productos manufacturados provenientes de los países

---

18 Un buen resumen de las teorías iniciales del desarrollo económico, accesible para no especialistas, se encuentra en Meier (1984). Véanse también Seers (1983); Meier y Seers, eds. (1984); Hirschman (1981); y Bauer (1984). Es muy conocido el texto de Todaro (1977).

industrializados), por su necesidad urgente de cambio tecnológico, y porque sus precios cambiaban continuamente como resultado de sus tendencias inflacionarias. También tenían un nivel mucho menor de ahorro. El mayor obstáculo para el desarrollo era, entonces, la baja disponibilidad de capital. Más aún, aunque pudiera incrementarse el ahorro, seguiría existiendo una "brecha de ahorro" que debería llenarse con ayuda externa, prestamos o inversión privada externa. Pese a estas diferencias, las teorías de crecimiento desarrolladas para las economías industrializadas determinaron en gran parte los modelos de desarrollo económico aplicados en el Tercer Mundo.

Observemos en detalle algunos de los modelos más importantes. Rosenstein-Rodan, partiendo de su experiencia con las economías relativamente deprimidas de Europa oriental de los años veinte y treinta, propendió un "gran empujón" en la inversión a fin de movilizar el subempleo rural hacia la industrialización. Para este autor, el éxito de la industrialización exigía un esfuerzo inicial cuidadosamente planeado; los esfuerzos pequeños y aislados eran muy proclives al fracaso.[19] Otros modelos sugerían una idea similar, ya fuera que postularan "un esfuerzo mínimo crítico" (Liebenstein 1957), o consideraran que los países estaban atrapados en "una trampa de equilibrio de bajo nivel", de la cual solo podría sacarlos un esfuerzo de cierta magnitud (Richard Nelson). A finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta se hizo famoso el modelo histórico-económico de Rostow (1960,1952), que planteaba que todos los países atravesaban por una sucesión lineal de estadios en su transición a la modernidad, siendo uno de ellos el "despegue" hacia el crecimiento autosostenido. Lo mismo sucedió con la concepción de Nurkse del "crecimiento equilibrado" –que predicaba que un país escaparía del "círculo vicioso de la pobreza" solamente a través de la aplicación concertada de capital a un amplio rango de industrias– y la noción de Hirschman (1958) de "eslabonamientos hacia adelante y hacia atrás", para racionalizar el proceso de industrialización. Todas estas concepciones encontraron pronto un lugar en la voluminosa bibliografía producida por Naciones Unidas, por los organismos financieros internacionales y por los propios países del Tercer Mundo, ya fuera porque los teóricos visitaban el Tercer Mundo –a menudo por largos períodos– o mediante la formación de estudiantes del Tercer Mundo en universidades norteamericanas y británicas, práctica muy difundida en los años sesenta.[20]

---

19 Joseph Love (1980) ha explorado los posibles nexos entre los debates sobre el desarrollo económico sostenidos durante los años veinte en Europa oriental por economistas como Rosenstein-Rodan, y los vividos en América Latina a finales de los años treinta y cuarenta, en particularen el ámbito de la Comisión Económica para America Latina (Cepal) de las Naciones Unidas.

20 Por ejemplo, Albert Hirschman vivió en Bogotá entre 1952 y 1956, como asesor financiero del Departamento Nacional de Planeación. Lauchlin Currie regresó a vivir en Colombia, se hizo ciudadano colombiano a finales de los años cincuenta y siguió teniendo presencia relevante en los círculos de planeación de Colombia y otros países. Arthur Lewis fue

Los modelos desarrollados a comienzos de los cincuenta por Nurkse y Lewis estuvieron entre los más influyentes. Resulta oportuno examinarlos brevemente, no desde la óptica de su racionalidad económica, sino como construcciones culturales y como piezas centrales de la política del discurso del desarrollo. El libro de Nurkse (1953), escrito en 1952, y basado en una serie de conferencias dictadas un año antes por el autor en Río de Janeiro, analiza los factores asociados al "círculo vicioso de la pobreza" y las posibles formas de "romper la cadena" del círculo. En su concepto, la pobreza es causada por una constelación de fuerzas que ligan entre sí la falta de alimento y la mala salud con la baja capacidad laboral, los bajos ingresos, y de nuevo con la escasez de alimentos. Este círculo vicioso se da simultáneamente con una relación circular en el campo de la economía:

> Existe una relación circular en ambos lados de los problemas de formación de capital en las áreas del mundo aquejadas por las pobreza. Del lado de la oferta, existe poca capacidad de ahorro, que resulta del bajo nivel de ingresos reales, el cual refleja baja productividad, lo que a su vez se debe en gran parte a la escasez de capital. La escasez de capital es resultado de la escasa capacidad de ahorro, lo cual completa el círculo. Del lado de la demanda, el estímulo a invertir puede ser bajo por el escaso poder de compra de la población, lo cual se debe a la pequeñez de su ingreso real, a su vez debida a la baja productividad. Sin embargo, el bajo nivel de productividad, es resultado de la pequeña cantidad de capital usado en la producción, lo cual a su vez puede ser causado, al menos en parte, por el insuficiente estímulo a la inversión (Nurkse 1953: 5).

Detrás del círculo "vicioso" de la economía se halla implícita una óptica circular "correcta", que se consideraba subyacente en una economía sana. La meta del crecimiento equilibrado se veía ingenuamente como "agrandar el tamaño del mercado y crear estímulos para la inversión", para lo cual el capital era obviamente esencial. Aumentar la producción de un bien (los zapatos, en el ejemplo de Nurkse) no bastaba. Según su teoría, para que la demanda creciera lo suficiente, el aumento debía ocurrir simultáneamente en un amplio rango de bienes de consumo. Por consiguiente, la política comercial debería tratar de encauzar en forma adecuada el ahorro adicional y las fuentes externas de capital a fin de expandir el mercado doméstico hasta el nivel requerido para el despegue hacia el desarrollo autosostenido.

---

asesor económico del primer ministro de Ghana y subdirector general del Fondo Especial de Naciones Unidas a finales de los cincuenta. Rosenstein-Rodan fue nombrado director asistente del Departamento Económico del Banco Mundial en 1947. Ragnar Nurkse y Jakob Viner dictaron conferencias en Brasil en 1951 y 1953, respectivamente, y sostuvieron un fructífero diálogo con los economistas brasileños. (De acuerdo con una conversación que sostuve con Celso Furtado en 1984, el diálogo con economistas brasileños fue fundamental para el desarrollo que hicieron Nurkse y Viner de sus respectivas teorías).

Resulta interesante que para Nurkse el problema de la formación de capital no se limita a la baja capacidad de ahorro, sino también al bajo estímulo a la inversión. A este respecto, Nurkse se acercaba más a Schumpeter, a quien menciona explícitamente. Pero ni Nurkse ni ningún otro economista del desarrollo adoptaron la óptica schumpeteriana. Las razones resultan reveladores en términos de la política del discurso. La *Teoría del desarrollo económico* de Schumpeter se conocía en inglés desde 1934. El libro, como la mayoría de los trabajos de Schumpeter, es de naturaleza densa y unificada, con énfasis en los aspectos procedimentales ("El argumento del libro forma un todo conectado", dice el autor en la introducción). La influencia sorpresivamente pequeña de este libro en el pensamiento del desarrollo de la posguerra pudo deberse a varios factores. Para comenzar, el libro fue considerado por los economistas occidentales como teoría de los ciclos económicos y no como teoría del desarrollo. Además, el énfasis de Schumpeter en el rol del empresario privado parecía impedir su aplicación a los países pobres, donde la capacidad empresarial se creía casi inexistente, a pesar de algunos argumentos contrarios (Bauer y Yamey 1957). La supuesta falta de capacidad empresarial estaba influida por la percepción de los pueblos del Tercer Mundo como atrasados y hasta perezosos.

La teoría de Schumpeter debió haberse considerado oportuna para las preocupaciones de los primeros economistas del desarrollo. Schumpeter no solo se interesaba en los pequeños cambios de la vida económica, sino precisamente en los cambios revolucionarios considerados como necesarios por los economistas en las teorías del "gran empujón" y el "despegue". Sin embargo, adherir al marco schumpeteriano habría significado tomar en serio algunos aspectos que habrían planteado problemas incómodos a la mayoría de los economistas del período: por ejemplo, el hecho de que para Schumpeter el crecimiento no significara por sí mismo desarrollo, sino simples "cambios en los datos"; o que "el estado económico de un pueblo no proviene simplemente de sus condiciones económicas precedentes, sino de su situación anterior en su totalidad" (Schumpeter 1934: 58). ¿Cómo podrían traducirse sus opiniones en modelos y esquemas de planeación razonables?[21]

El modelo de W. Arthur Lewis de la "economía dual", publicado originalmente en 1954 fue tan influyente como el modelo de Nurkse, si no más. La operación discursiva central del modelo era la división de la vida económica y social de un país en dos sectores: uno moderno y otro tradicional. El desarrollo consistiría en la invasión progresiva del sector tradicional por parte del moderno y en

21 Otras influencias desempeñaron un papel en la exclusión de las ideas de Schumpeter. Por ejemplo, el hecho de que la economía del desarrollo fuera casi exclusivamente asunto de las instituciones académicas angloamericanas, para las cuales el pensamiento sistémico de Schumpeter –proveniente de una tradición intelectual distinta– resultaba algo extraño; y el hecho de que su teoría no se prestara fácilmente para el tipo de elaboraciones matemáticas a las cuales se iban aficionando algunos economistas del desarrollo.

la expansión sostenida de la economía monetaria sobre el vasto campo de la subsistencia o cuasi subsistencia. Este supuesto condicionó durante décadas la visión del desarrollo de la mayor parte de los economistas y de las organizaciones internacionales (obsérvese, por ejemplo, la cita que abre el primer capítulo de este libro, extraída de un informe preparado por un comité de cinco miembros, del cual formaba parte Lewis). Desde el punto de vista de la economía discursiva, las consecuencias de una construcción dualista son enormes. Para comenzar, la construcción de Lewis equipara la tradición con el atraso, la considera una carga que hay que eliminar tan pronto como sea posible, y una parte de la economía que no tiene nada que aportar al proceso del desarrollo. De haberse adoptado una óptica no dualista de la economía subdesarrollada (braudeliana, schumpeteriana o marxista, para no mencionar alguna basada en tradiciones no occidentales), las consecuencias habrían sido bien diferentes, ya que el desarrollo habría tenido que involucrar a todos los sectores de la vida social.

Existe otro mecanismo que opera en la dicotomía moderno-tradicional. La división distancia a un polo del otro, haciendo remoto su segundo término. Este rasgo del discurso no se limita en absoluto a la economía, está profundamente arraigado en las ciencias sociales y en la cultura occidental. En su análisis del uso del tiempo en la antropología, Johannes Fabian (1983) encontró el mismo rasgo, al que denomina "negación de la contemporaneidad", y lo encuentra presente en los escritos sobre otras culturas. A pesar de que el etnógrafo o el investigador/ economista está obligado a compartir el tiempo con los otros –los "nativos", los "subdesarrollados"– durante el trabajo de campo o las misiones económicas, éste otro es representado, sin embargo, como perteneciente a otro período de tiempo (incluso a la edad de piedra, de acuerdo con algunos textos). El tiempo se usa, así, para construir el objeto de la antropología o de la economía, de tal modo que se crea una relación específica de poder. Al construir al otro como perteneciente a un período de tiempo distinto, los científicos sociales evitan tomarlo en serio. De allí resulta un monólogo desde las alturas del poder. Estos rasgos aparecen en la imagen de Lewis de la economía dual:

> Encontramos algunas industrias muy capitalizadas, como minería o energía eléctrica, al lado de las técnicas más primitivas… Encontramos el mismo contraste también fuera de la vida económica. Hay una o dos ciudades modernas, con la más bella arquitectura, acueducto, comunicaciones y similares, a las cuales llegan gentes de otras poblaciones y aldeas que casi podrían pertenecer a otro planeta. Este mismo contraste existe incluso en la gente: entre los pocos nativos muy occidentalizados, con pantalones, educados en universidades occidentales, que hablan lenguas occidentales, y que glorifican a Beethoven, Mills, Marx o Einstein, y la gran masa de campesinos que habitan en mundos bien distintos… Lo que uno ve inevitablemente son espacios de la economía fuertemente desarrollados, rodeados por oscuridad económica (Lewis, [1954] 1958: 408).

En este discurso, el segmento tradicional es un mundo de oscuridad económica en el cual son imposibles las ideas nuevas, la arquitectura es inadecuada (aunque les parezca adecuada a sus moradores), no hay comunicaciones (ya que solo el avión, el automóvil y la televisión cuentan como tales), en síntesis, otro planeta. No importa que los habitantes de ese mundo extraño también sean seres humanos (aunque aquéllos que pertenecen al sector moderno son aparentemente más humanos, ya que hablan lenguas prestigiosas, escuchan a Beethoven, se han aprendido de memoria las ecuaciones de Einstein y han estudiado a Samuelson, a Friedman o a Marx), o que constituyan el 80% del mundo. Su existencia puede borrarse de un plumazo, ya que viven en una era bastante diferente, destinada a ser barrida por los frutos de la Ilustración y por los buenos oficios de los economistas. La bondad de las acciones de los pregoneros de la modernidad queda corroborada por el hecho de que la elite nativa adora el mundo "moderno" –aunque su faceta "nativa" pueda aflorar de vez en cuando, por ejemplo, cuando se vuelve "corrupta" o cuando "no colabora".

La concepción del desarrollo económico que surge de esta opinión representa su proyección lógica. "El principal problema de la teoría del desarrollo económico" –escribe Lewis– "es cómo entender el proceso por el cual una comunidad, que antes ahorraba e invertía una cantidad igual o menor al 4 ó 5% de su ingreso nacional, se convierte en una economía donde el ahorro voluntario llega a ser igual o mayor al 12 ó 15% del ingreso nacional" (Lewis [1954] 1958: 416). "Este es el principal problema, porque el hecho central del desarrollo económico es la acumulación rápida de capital (incluyendo dentro de él al conocimiento y las habilidades)", añade (pág. 416). El medio para conseguirlo también se deduce: usar al sector tradicional para estimular al sector moderno. Ello requeriría movilizar a "los subempleados rurales", quienes, debido a su gran número, pueden ser sacados del campo sin que se reduzca la producción agrícola (en la jerga de los economistas esto puede hacerse porque la productividad marginal del trabajo en la agricultura es irrisoria o equivalente a cero). Esta "mano de obra excedente" sería contratada por salarios cercanos a los de subsistencia por las nuevas industrias, creadas con el ahorro adicional y el capital externo. Tanto el "registro" histórico como la racionalidad económica dan testimonio de que la gente estará dispuesta a migrar, siempre y cuando se le puedan garantizar salarios más altos en el sector moderno.

Lo que pasara con la gente del campo (para no hablar de lo que pensara) carecía de importancia. Desde una perspectiva económica, esta gente simplemente no contaba:

> No nos interesa la gente en general, digamos que nos interesa solamente el 10% de mayores ingresos, que en países con excedente de mano de obra recibe hasta el 40% del ingreso nacional… El 90% restante nunca logra ahorrar una fracción significativa de su ingreso. La cuestión importante es: ¿por qué ahorra más el 10% superior?… La explicación es… tal vez, que el ahorro se incrementa relativamente frente al ingreso nacional porque

> los ingresos de los ahorradores se incrementan en forma proporcional con el incremento del ingreso nacional. El hecho central del desarrollo económico es que la distribución del ingreso se altera en favor de la clase ahorradora (Lewis [1954] 1958: 416–417).

No es sorprendente que teorías como esta condujeran a distribuciones regresivas del ingreso que alcanzaron proporciones vergonzosas. Solo a comienzos de los años setenta los economistas se dieron cuenta de ello, en particular con los hallazgos empíricos de Albert Fishlow de que el "milagro brasileño" de finales de los sesenta y comienzos de los setenta (tasas de crecimiento superiores al 10% anual mantenidas por varios años) no solamente había producido una distribución más inequitativa del ingreso, sino que había dejado a los grupos de bajos ingresos en una situación peor en términos absolutos. El segundo aspecto importante que debería anotarse es que el desempleo no disminuyó en la mayoría de los casos, ni tampoco se elevaron significativamente los salarios y el nivel de vida, como lo predecía la teoría. Lo que se produjo más bien fue un exceso permanente de mano de obra, que se ajustaba muy bien a las necesidades de las corporaciones multinacionales. Junto con los aumentos en el crecimiento del PIB la pobreza y el desempleo aumentaron inevitablemente. Semejantes consecuencias "indeseables" y "dolorosas", semejantes "descubrimientos dolorosos" –eufemismos frecuentes en los economistas para analizar el "récord del desarrollo"– no eran de ningún modo accesorios a los modelos usados, sino que formaban parte de su estructura interna.[22]

Un tercer modelo de desarrollo económico que logró influencia significativa, especialmente en América Latina, fue propuesto a finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta por el grupo de economistas latinoamericanos pertenecientes a la Comisión Económica para América Latina (Cepal), que acababa de establecerse en Santiago. Los economistas de la Cepal basaban su enfoque en la demostración empírica del deterioro histórico de los términos de intercambio que afectaba a los bienes primarios de los países de la periferia. Los términos "centro" y "periferia" (radicalizados en la teoría de la dependencia durante los años sesenta) fueron ideados por la Cepal como elementos de su explicación del fenómeno. El deterioro de los términos de intercambio se consideraba como síntoma de la concentración de los adelantos del progreso técnico en el centro industrializado. La doctrina de la Cepal no carecía de nexos con la de Lewis. Dado que el producto por trabajador era menor en la periferia, y dado el excedente de mano de obra, la conclusión de los economistas de la Cepal era la menor capacidad de acumulación de capital en la periferia. Por tanto, se necesitaba una política específica de industrialización. La falta de industrialización reducía severamente el acceso a las divisas, componente esencial del crecimiento económico ya que determinaba su capacidad para importar

22 La creencia de que hacer más ricos a los ricos es una manera efectiva de estimular la economía también fue la base de la política económica Reagan-Bush. Siempre habrá economistas que defiendan esta opinión desde la óptica de la racionalidad económica.

bienes de capital. La solución se hallaba entonces en programas domésticos de industrialización que permitieran a los países producir en casa los bienes que antes importaban. De allí el nombre de la estrategia "industrialización por sustitución de importaciones", que fue el emblema de la Cepal.[23]

Los teóricos de la Cepal también prestaron atención a otros aspectos notorios, como la inflación, y a los obstáculos estructurales para el desarrollo, en particular, la debilidad del sector agrícola y la falta de coordinación entre los sectores de la economía en América Latina. La evaluación de las teorías de la Cepal sigue siendo, hasta hoy, un asunto polémico.[24] Albert Fishlow (1985), por ejemplo, ha observado con acierto el hecho paradójico de que la estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones agravó precisamente aquellos factores que buscaba corregir: incrementó la vulnerabilidad por falta de divisas, exageró algunos aspectos de los desequilibrios sectoriales y exacerbó la tendencia inflacionaria del proceso de crecimiento. Pero no puede negarse que los economistas de la Cepal pusieron en tela de juicio algunas de las creencias de la teoría económica ortodoxa (en particular la teoría del comercio internacional), proporcionaron una visión más compleja del desarrollo que daba cabida a consideraciones estructurales, y mostraron mayor preocupación por el nivel de vida de las masas. Pese a estas diferencias, el desarrollo económico siguió siendo a los ojos de los economistas, en esencia, un proceso de acumulación de capital y de progreso técnico. En resumen, como agudamente lo señaló Cardoso (1977), el pensamiento de la Cepal poseía "la originalidad de una copia".

Esto quiere decir que las propuestas de la Cepal fueron fácilmente asimiladas en las opiniones establecidas, en la medida en que se prestaban para un proceso de modernización que los expertos internacionales y las elites nacionales estaban ansiosos por comenzar. Las propuestas estaban condenadas a ser absorbidas por la red de poder del discurso dominante. Hablando en general, podría decirse que, para efectos de las regularidades discursivas, la doctrina de la Cepal no planteó un cuestionamiento radical. Sin embargo, lo anterior no significa que careciera de efectos importantes. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, deberíamos reconocer, como Sikkink (1991), la impresionante contribución de los economistas latinoamericanos, quienes articularon una visión muy propia

---

23 Para la presentación de las teorías de la Cepal, véase el que ha sido llamado "Manifiesto de la Cepal" (Economic Commission for Latin America 1950), de autoría de quien fuera su primer director y fuerza inspiradora, Raúl Prebisch. La teoría de la dependencia surgió como radicalización de la teoría de la Cepal a finales de los sesenta. Véanse los principales textos sobre la dependencia, pertenecientes a Sunkel y Paz (1970), Furtado (1970), y Cardoso y Faletto (1979).

24 Existen excelentes recuentos críticos del nacimiento y la evolución del pensamiento de la Cepal. Véanse los de Hirschman (1961), Di Marco, ed. (1974), Cardoso (1977), Rodríguez (1977), Love (1980) y Sikkink (1991).

del desarrollismo como modelo durante los años cuarenta y cincuenta. La elección del desarrollismo estilo Cepal entre varios modelos posibles refleja, en opinión de Sikkink, la inventiva de los economistas y diseñadores de política latinoamericanos de la época ante oportunidades y restricciones domésticas e internacionales en continuo cambio.

Finalmente, las teorías marxistas o neomarxistas del desarrollo solo alcanzaron significativa visibilidad en la década de los sesenta, por medio de las teorías de la dependencia, el capitalismo periférico y el intercambio desigual (Cardoso y Faletto 1979; Amin 1976; Emmanuel 1972). El influyente artículo publicado por Paul Baran en 1952 y su libro de 1957, sirvieron de punto de partida a la mayoría de las formulaciones marxistas. Su artículo de 1952 (véase Baran 1958), titulado "On the Political Economy of Backwardness" contenía una diatriba contra el capitalismo occidental y contra las clases media y alta de los países atrasados por haber sido incapaces de lograr el desarrollo de sus naciones. Para Baran, la erradicación del orden feudal en los países atrasados y su sustitución por la racionalidad del mercado habría constituido una señal de progreso, con lo que se aproximaba al discurso dominante. De todas maneras, su enfoque dialéctico le dio la visión futurista para denunciar la falta de adecuación de las políticas propuestas y señalar la necesidad de cambios estructurales en el marco político y en las alianzas de clase entonces prevalecientes.

¿Hasta qué punto los enfoques marxistas o neomarxistas se vieron ignoradas, absorbidas o subvertidas por el discurso dominante? Muchos de sus conceptos pueden describirse de acuerdo con las bases conceptuales de la economía política clásica. Pese a que conceptos como la dependencia y el intercambio desigual eran novedosos, el espacio discursivo en el que se movían no lo era. Pero, dado que funcionaban dentro de un sistema regido por un conjunto diferente de reglas (el de economía política marxista, en el cual conceptos como el capital y la ganancia determinan una práctica discursiva distinta), constituyen –en su carácter de estrategias discursivas– un desafío a en los esquemas dominantes. En resumen, aunque no representaron una alternativa al desarrollo, conformaron una visión diferente de él, así como una importante crítica a la economía burguesa del desarrollo.[25]

---

25 Desde el punto de vista del discurso, "conceptos como la plusvalía y la tasa decreciente de ganancia, como se halla en Marx, pueden describirse con base en la positividad ya presente en el trabajo de Ricardo; pero estos conceptos (que son nuevos, pero cuyas reglas de formación no lo son) aparecen –en el mismo Marx– como simultáneamente pertenecientes a una práctica discursiva bastante diferente… Esta positividad no constituye una transformación del análisis de Ricardo; no se trata de una nueva economía política; se trata de un discurso que ocurrió alrededor de una derivación de ciertos conceptos económicos, pero que, a su vez, define las condiciones en las cuales tiene lugar el discurso de los economistas, y puede, por tanto, considerarse válido como teoría y como crítica de la economía política" (Foucault 1972: 176).

Cheryl Payer (1991) ha hecho una enérgica acusación a las primeras teorías de la economía del desarrollo, desde un ángulo contemporáneo: la crisis de la deuda. Payer encuentra los orígenes de esta precisamente en los modelos iniciales. Las primeras teorías suponían que los países en desarrollo eran "importadores de capital por naturaleza" y que solo un flujo de capital externo podría garantizar su desarrollo. El mito se basaba en algunos supuestos falaces: 1. Que el capital extranjero siempre se sumaría al ahorro doméstico (en muchos casos no sucedió así: era más sensato usar las donaciones y los prestamos a bajos intereses para inversión, y desviar el ahorro doméstico a programas sociales políticamente dirigidos). 2. Que los mercados externos siempre estarían abiertos, de tal modo que los países del Tercer Mundo podrían usar las divisas provenientes de las exportaciones para pagar los prestamos (los países del centro casi siempre fijaban aranceles elevados a los productos del Tercer Mundo). 3. Que la industrialización que tendría lugar como resultado del aumento de la inversión reduciría la necesidad de importaciones (rara vez se cumplió: los países se volvieron más dependientes de los bienes de capital –maquinaria– para producir localmente lo que antes importaban, empeorando con ello los problemas de la balanza de pagos). 4. Que el capital foráneo activaría forzosamente el crecimiento (la experiencia histórica de países como Australia o Noruega demuestra que lo cierto sería más bien lo contrario).

Payer afirma enfáticamente que el principal factor que olvidaron los economistas era que los prestamos tenían que ser pagados. Resolvieron el obstáculo suponiendo que siempre habría prestamos disponibles para pagar deudas pasadas, *ad infinitum*, o ignorando por entero el problema del servicio de la deuda. Payer se refiere a ello como el esquema Ponzi, en el cual se paga a los inversionistas originales con dinero proporcionado por inversionistas posteriores. La premisa tácita era que los prestamos serían invertidos adecuadamente y que tendrían elevadas tasas de retorno, posibilitando con ello la devolución del prestamo. En muchos casos no sucedió así, por las razones ya expuestas. También supusieron que existían etapas de la balanza de pagos, de nuevo con base en la experiencia de Estados Unidos y el Reino Unido: las naciones dejarían de ser deudores jóvenes (como los países del Tercer Mundo en los años cincuenta) para convertirse en deudores maduros (cuando ya no necesitaran ayuda, porque habrían desarrollado la capacidad de usar con eficiencia los prestamos comerciales), pasando a ser nuevos acreedores, y finalmente, acreedores maduros (exportadores netos de capital). Para que la teoría funcionara, los acreedores maduros tendrían que aceptar niveles de importaciones sin precedentes provenientes de los países deudores, lo cual nunca hicieron, empeorando con ello el problema de la deuda.

Pero el principal factor que estos modelos ignoraron era que el contexto histórico de los países del Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial era completamente distinto al de Estados Unidos e Inglaterra un siglo antes. Mientras los países del centro se industrializaron en una época en que podían dictar las reglas del juego y extraer excedentes de sus colonias (aunque no siempre, y no en todas

sus posesiones coloniales), los países del Tercer Mundo en tiempos de la posguerra tenían que hacer los prestamos en condiciones opuestas: deterioro de los términos de intercambio en contra de la periferia, extracción del excedente por los países del centro, y posición subordinada respecto de la formulación de políticas. Dicho francamente, mientras que Europa se alimentaba de sus colonias durante el siglo XIX, el Primer Mundo de hoy se alimenta del Tercer Mundo, como lo demuestra el hecho de que durante la década de los ochenta, América Latina pagó en promedio 30 mil millones de dólares más por año de lo que recibía en nuevos prestamos.

En síntesis: los pioneros de la economía del desarrollo concebían éste como algo que se lograba mediante la aplicación más o menos directa de incrementos en el ahorro, la inversión y la productividad. Su noción del desarrollo no era, en gran parte, estructural o dialéctica, ni era una noción en la cual el desarrollo pudiera verse como resultado de la interacción dialéctica de una totalidad de factores socioeconómicos, culturales y políticos. Como lo señalara Antonio García, eminente economista latinoamericano, la noción de subdesarrollo que asumieron era necesariamente mecanicista y fragmentaria:

> Es mecanicista porque se basa en el supuesto teórico de que el desarrollo es un efecto inducido por ciertas innovaciones tecnológicas y por ciertos mecanismos que aceleran la ecuación ahorro-inversión. Es compartimentalizada porque está cimentada sobre una visión de la vida social como suma aritmética de compartimientos (económico, cultural, ético) que pueden ser aislados a voluntad y tratados en consecuencia (1972: 16 -17).

Los primeros modelos poseían una norma implícita (la de los países desarrollados y prósperos), y el desarrollo debía medirse de acuerdo con el patrón occidental de progreso. La noción de subdesarrollo que crearon ocupó el espacio discursivo de tal manera que impidió la posibilidad de crear discursos alternativos. Al construir la "economía subdesarrollada" como caracterizada por un círculo vicioso de baja productividad, falta de capital e industrialización inadecuada, los economistas del desarrollo contribuyeron a una visión de la realidad en la cual apenas contaban el aumento en el ahorro, las tasas de crecimiento, la atracción del capital foráneo, el desarrollo de la capacidad industrial, y así sucesivamente. Esto excluía, desde luego, la posibilidad de articular una óptica del cambio social como proyecto a concebir no solo en términos económicos, sino como proyecto global de vida cuyos aspectos materiales no fueran al mismo tiempo la meta y el límite, sino más bien un espacio de posibilidades para tareas individuales y colectivas más amplias, culturalmente definidas.

A menudo se ha dicho que la economía política clásica fue una racionalización de ciertos intereses de la clase hegemónica: los de un mundo capitalista centrado en Inglaterra y en su burguesía. Lo mismo puede decirse de la economía del

desarrollo con respecto al proyecto de modernización capitalista emprendido por las naciones del centro después de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, el conjunto de imperativos que Estados Unidos afrontaba después de la guerra –los cinco imperativos ya mencionados: consolidar el centro, encontrar mayores tasas de ganancia en el extranjero, asegurar el control de las materias primas, expandir los mercados externos para los productos norteamericanos, y desplegar un sistema de tutelaje militar– dieron forma a la economía del desarrollo. Pero la economía del desarrollo no debe considerarse como reflejo ideológico o superestructural de este conjunto de imperativos. Esta interpretación relacionaría solamente un cierto discurso descriptivo (una serie de afirmaciones sobre una economía particular: los cinco imperativos) con otro discurso, enunciado en forma de proposiciones teóricas (o sea, la economía del desarrollo). Es decir, debemos evitar recaer en la división entre lo "ideal" (la teoría) y lo "real" (la economía), para investigar, más bien, las condiciones epistemológicas y culturales de la producción de discursos que comandan el poder de la verdad, así como el modo específico de articularlos en una situación histórica dada.

Desde esta perspectiva, el surgimiento de la economía del desarrollo no obedeció a adelantos teóricos, institucionales o metodológicos. Se debió a que cierta coyuntura histórica transformó el modo de existencia del discurso económico, posibilitando con ello la elaboración de nuevos objetos, conceptos y metodologías. La economía fue llamada a reformar las sociedades percibidas como subdesarrolladas, con base en un nuevo esquema de interpretación teórica (keynesiano y de la economía del crecimiento) y en nuevas tecnologías para el manejo social (planeación y programación). Dicho de otro modo, el hecho de que los cambios económicos, políticos e institucionales del período condicionaron la conciencia y las percepciones de los economistas fue cierto en muchos sentidos, por ejemplo, la necesidad de expansión económica condicionó el interés de los economistas en el crecimiento; la ola creciente de corporaciones multinacionales influyó sobre la atención que los economistas prestaron a la acumulación de capital vía industrialización, etcétera. Estos cambos, sin embargo, también ejercieron su efecto sobre el discurso económico mediante otros mecanismos: abriendo nuevos campos para la construcción de objetos económicos, confiriendo un nuevo estatus al economista y a su ciencia; y multiplicando los sitios desde donde podía producirse el discurso y poner en marcha sus prácticas.

La economía del desarrollo permitió la elaboración de los eventos históricos como objetos del discurso económico. Lo que llamamos "economía del mundo" (la crisis 1914-1918, la situación que siguió a la segunda posguerra y los imperativos de la economía mundial) influyó sobre la construcción del "mundo de la economía". Los intereses y luchas que produjeron estos acontecimientos hallaron su expresión en el discurso y desplegaron en él su estrategia. Durante todo este período, por tanto, se erigió una estructura fundamental que unió un cuerpo teórico, unas formas de difundirlo y controlarlo, un conjunto de prácticas –como la planeación,

que discutiremos en la próxima sección–, unas organizaciones internacionales (en cuyo ámbito se realizaron negociaciones para el establecimiento de una nueva relación entre el capital internacional y las economías periféricas), y unos centros de decisión en el Tercer Mundo ansiosos por beber en la fuente del conocimiento económico para poder elevar a sus pueblos, de una vez por todas, hasta la superficie de la civilización. Más allá de los modelos mismos, es a este sistema al que podemos llamar adecuadamente la economía del desarrollo.

El economista del desarrollo desempeñó un papel especial en este nuevo universo de discurso. A él (se trataba casi invariablemente de un hombre) pertenecía el saber tan ávidamente buscado;[26] era él quien sabía lo que se necesitaba, él quien decidía la manera más eficiente de asignar los recursos escasos, quien presidía la mesa a la cual se sentaban, como si fuera su séquito personal, los demógrafos, los educadores, los planificadores urbanos, los nutricionistas, los expertos agrícolas y tantos otros practicantes del desarrollo con la intención de arreglar el mundo. Dentro de esta configuración, el economista guardaba para sí el rol menos mundano de impartir instrucciones globales, ya que era su verdad la que delimitaba la tarea y le daba legitimidad en nombre de la ciencia, el progreso y la libertad. A los demás quedaban reservados los deberes cotidianos de supervisión e intervención social, los programas y proyectos detallados mediante los cuales se llevaba a cabo el desarrollo. El sistema como un todo descansaba sobre los hombros del economista. Tarde o temprano, el Tercer Mundo podría mostrar sus secretos a la mirada del economista, la cual, de acuerdo con la más pura tradición cartesiana, era innegablemente objetiva y carente de prejuicios.

Al consolidarse el discurso de la economía del desarrollo, también se consolidaron las instituciones y las prácticas a él asociadas: los institutos y facultades de economía y, lo más importante, las instituciones de planeación. La próxima sección presenta brevemente el análisis de la planeación, aunque un estudio más detallado de su funcionamiento como dominio de conocimiento y como técnica de poder se expondrá en los capítulos siguientes.

## *El manejo del cambio social: la constitución de la planeación del desarrollo*

Durante los años sesenta, las teorías del crecimiento económico ocuparon "una posición exaltada" (Arndt 1978: 55). Faltaba una década para que surgiera la duda de que crecimiento podía compararse con desarrollo. La creencia extendida de

26 Entre las excepciones se hallan Irma Adelman y Cynthia Tafts-Morris, cuyo trabajo sobre la distribución del ingreso en los países en desarrollo (1973) ha tenido gran influencia. Véase también la obra de Joan Robinson (1979).

que el crecimiento podía ser planeado contribuyó a solidificar el enfoque del crecimiento. La planeación había dejado de ser asunto de la izquierda socialista y del mundo soviético. Aun en países como Inglaterra y Francia se reconocía la necesidad de algún tipo de planeación a largo plazo para dirigir el crecimiento económico. Pero la planeación no era solamente la aplicación de conocimiento teórico. Era el instrumento por el cual la economía se hacía útil, ligada en forma muy directa con la política y con el Estado. En la práctica de la planeación, la verdad resultaba evidente, ya que había sido llamada previamente por el discurso del economista. Lo que para el planificador era un campo de aplicación y experimentación, constituía para el economista el punto de una verdad sistemática que estaba obligado a hallar y poner a consideración de todos.

El primer prestamo del Banco Mundial a un país subdesarrollado fue concedido a Chile en 1948. La solicitud inicial del prestamo, una propuesta de siete páginas, fue denominada por un representante del Banco "una lista no digerible de proyectos". Para los economistas del Banco Mundial era una señal clara del largo camino que deberían recorrer hasta el momento en que científicos sociales y representantes gubernamentales pudieran preparar una propuesta satisfactoria. Uno de los primeros economistas del Banco Mundial lo expresó así:

> Comenzamos a descubrir el problema en 1947, durante nuestra primera misión a Chile para estudiar una propuesta para financiar un proyecto de energía en el país. La presentación de la propuesta estaba finamente encuadernada en cuero marroquí negro… Pero al abrir el libro, descubrimos que lo que había era realmente más una idea de proyecto que un proyectos suficientemente preparado que previera con exactitud sus necesidades de financiación, equipo y recursos humanos… Antes de que el prestamo fuera finalmente aprobado, los directivos del Banco habían hecho sus sugerencias acerca del plan financiero, habían contribuido al análisis económico del esquema, habían aconsejado cambios de ingeniería, y habían ayudado a estudiar medidas para mejorar la organización de la compañía que iba a llevarlo a cabo. Cuando, por fin, el prestamo se hizo, el proyecto había sido modificado y mejorado, la organización solicitante había sido fortalecida, y se habían colocado los cimientos para un programa de expansión energética en Chile, el cual ha continuado desde entonces (citado en Meier 1984: 25).

La diciente anécdota, citada por Meier como ejemplo de los paulatinos "esfuerzos" del Banco Mundial y de otros organismos, revela un "programa de expansión de poder", no solamente en el sentido energético de la palabra.[27] Revela las presiones que afrontaban los científicos sociales y funcionarios gubernamentales

---

27 La palabra inglesa power tiene el doble significado de energía y de poder (N. de la T.).

de América Latina para transformar radicalmente el estilo y el alcance de sus actividades a fin de ajustarse a las demandas del aparato del desarrollo. Los científicos sociales latinoamericanos no sabían qué querían decir los representantes del Banco Mundial por "proyecto", y tampoco conocían las nuevas técnicas (como encuestas y análisis estadísticos) que comenzaban a formar parte del paquete de las ciencias sociales empíricas tan en boga en Estados Unidos. La anécdota ilustra también la importancia que tuvieron la preparación y planeación de proyectos en la expansión del aparato del desarrollo. Lo que es más importante, llama la atención sobre la necesidad de formar técnicos sociales capaces de inventar y manejar los discursos, prácticas y símbolos de la modernidad (Rabinow 1989), esta vez en el contexto del aparato del desarrollo.

El caso colombiano ilustra la ruta seguida por los países que abrazaron la planeación sin muchas reservas. El informe de la Misión del Banco Mundial, *Bases de un programa de desarrollo para Colombia*, cuya misión encabezara Lauchlin Currie en 1949, fue el primero de una larga lista de planes producidos en el país durante los últimos cuarenta años. Desde finales de los años cincuenta, cada administración ha formulado su propio plan de desarrollo para el país. La reforma constitucional de 1945 introdujo por primera vez la noción de planeación, permitiendo con ello su desarrollo institucional. Con la misión Currie, la naciente preocupación por la planeación se hizo más evidente, y se crearon los organismos técnicos correspondientes. La cronología de las instituciones de planeación comprende el Consejo Nacional de Planeación y el Comité de Desarrollo Económico, establecidos en 1950; la Oficina de Planeación (1951); el Comité Nacional de Planeación (1954); el Consejo Nacional de Política Económica y Planeación y el Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos (1958); el Consejo Nacional de Política Económica y Social y el Departamento Nacional de Planeación (1966). También comprendió la creación de un Ministerio de Desarrollo y de unidades de planeación en casi todos los ministerios restantes (Agricultura, Salud, Educación, etcétera).[28]

No obstante, las actividades de planeación fueron modestas durante los años cincuenta, por los diversos factores sociales y políticos que afectaron al país durante la década, y que culminaron con la firma del pacto del Frente Nacional en 1958. La tarea del Comité de Desarrollo Económico (septiembre de 1950 a septiembre de 1951), por ejemplo, era asesorar al gobierno respecto de las recomendaciones del informe Currie, incluso en lo concerniente a la financiación externa. La falta de personal colombiano calificado se refleja en el hecho de que el primer plan de desarrollo fue preparado por una misión extranjera, y que durante las dos primeras

28 Para referencias a la planeación del desarrollo en Colombia, véanse García (1953); Cano (1974); Perry (1976); López y Correa (1982); de la Torre, ed. (1985) y Sáenz Rovner (1989). Véanse también los planes de desarrollo publicados por las diversas administraciones presidenciales de las tres últimas décadas.

décadas de la “era de la planeación”, los años cincuenta y sesenta, los organismos de planeación del país fueron asesorados con frecuencia por expertos extranjeros. (L. Currie y Hirschman a comienzos de los cincuenta; Lebret en 1957; Watterson, del Banco Mundial, entre 1963 y 1964; una misión de la Universidad de Harvard entre 1960 y 1970; una de la Cepal entre 1959 y 1962; la misión del Banco Mundial en 1970; la misión de la Organización Mundial del Trabajo en 1970). Además de recurrir a expertos y asesores extranjeros, se enviaron estudiantes colombianos a centros universitarios, especialmente de Estados Unidos, para que desarrollaran el conocimiento de las nuevas técnicas de planeación y adquirieran el espíritu y la estructura mental que la nueva empresa exigía.

La asistencia técnica a corto plazo también fue practicada con regularidad desde comienzos de los años cincuenta, a veces financiada con fondos externos. Este tipo de ayuda no se restringía a la asesoría para planeación nacional, sino que a menudo involucraba el diseño de proyectos específicos. Un ejemplo de ello fue el desarrollo de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC). Un examen del papel que desempeñó la asistencia técnica en su caso revela algunas de las prácticas de asesoría y planeación introducidas en el contexto del desarrollo.

En octubre de 1954, el gobierno colombiano aprobó la creación de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC), en el marco de un conjunto de iniciativas emprendidas por los industriales y empresarios agrícolas de la región del Valle del Cauca. Un año antes, y con el objeto de formular un plan de desarrollo regional, se había creado la Comisión de planeación departamental. A comienzos de 1954, David Lilienthal, quien fuera director de la Tennessee Valley Authority (TVA), visitó Colombia en misión oficial. El informe de su visita, que reflejaba con claridad la experiencia de la TVA, contribuyó a configurar CVC, cuyos estatutos se aprobaron finalmente en julio de 1955. Además, la Corporación solicitó la ayuda del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF, mejor conocido como Banco Mundial) para definir sus tareas y diseñar los procedimientos técnicos y financieros para su implementación.

La misión del BIRF, compuesta por seis miembros, llegó a Colombia en febrero de 1955 y permaneció en el país durante dos meses. El jefe de la misión retornó a Colombia en septiembre del mismo año para discutir con los funcionarios de la CVC el borrador del informe, preparado en Washington. El informe (International Bank for Reconstruction and Development 1955) examinaba un amplio rango de asuntos técnicos (control de inundaciones, energía eléctrica, irrigación, actividades agrícolas actuales y potenciales, programas agrícolas, transporte, minerales, industria, consideraciones financieras, etcétera). También hacía previsiones de asistencia técnica extranjera para el futuro. Desde entonces, la CVC se convirtió en el factor más importante en la transformación capitalista de la fértil región del Valle del Cauca, al punto de que se convirtió en modelo internacional de planeación regional del desarrollo.

El establecimiento de la CVC ilustra bien los intereses y prácticas del Banco Mundial y de otros organismos financieros internacionales durante los años cincuenta. La meta global estaba fijada por la economía del desarrollo: estimular el crecimiento mediante inversiones de cierto tipo y recurrir a la financiación externa siempre que fuera posible o necesario. La meta exigía la racionalización del aparato productivo, de acuerdo con los métodos desarrollados en las naciones industrializadas. En este caso, los de la prestigiosa TVA, que sirvieron de modelo a programas similares en diversos lugares del Tercer Mundo, muchas veces, como en Colombia, con la participación directa del propio Lilienthal. Esta meta solo podía lograrse mediante prácticas nuevas por parte de un número cada vez mayor de técnicos e instituciones del desarrollo. La importancia de estas microprácticas –reproducidas por centenares de técnicos a todos los niveles– nunca podrá resaltarse bastante, ya que es gracias a ellas como se constituye y avanza el desarrollo.

Las nuevas prácticas cubrían muchos campos y actividades, incluyendo, entre otros, evaluaciones técnicas; esquemas institucionales; formas de asesoría; generación, transmisión y difusión de conocimientos; capacitación de personal; preparación rutinaria de informes, y hasta estructuras burocráticas. Es a través de estas prácticas como se efectúa el desarrollo, como veremos en el análisis detallado de la planificación alimentaria y nutricional del próximo capítulo. Aunque el Estado cumple un papel decisivo en el proceso, no lo hace a través de una modalidad uniforme de intervención, sino desde múltiples puntos de intervención en la economía (planeación económica, agrícola, sanitaria, educativa, familiar, y del diseño e implementación de los proyectos en diversas áreas). No obstante, la incrustación progresiva de lo que a finales de los años sesenta llegaría a ser el gran edificio de la planeación no puede separarse del surgimiento de una política del desarrollo como problema nacional. Una vez establecida la organización básica de los discursos de planeación y de la economía del desarrollo a comienzos de los sesenta, éstos llegaron a determinar cada vez más la naturaleza de la política y el pensamiento sociales, aunque solo se consolidaron una década más tarde, especialmente con el compromiso que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos suscribió con la planeación, la reforma agraria y la Alianza para el Progreso, durante la reunión de Punta del Este en 1961.

Con la consolidación de la economía del desarrollo y la planeación, los antiguos estilos de conocimiento y ayuda desaparecieron gradualmente. Los estilos de investigación económica de antes de la guerra no podían satisfacer la necesidad de construcción de modelos y de investigación empírica que la nueva ciencia planteaba (Escobar 1989). Hablando en términos políticos, lo que estaba en juego era una nueva manera de tratar la pobreza y el subdesarrollo. Después de 1945, la tarea de los gobiernos consistió en sacar provecho de la pobreza, fijándola al aparato de producción que la planeación trataba de organizar. Surgió una concepción utilitaria y funcional de la pobreza, unida inextricablemente a cuestiones de trabajo y producción. Las nuevas instituciones de planeación fueron copiadas en ciudades, departamentos, pueblos y

áreas rurales con respecto a pequeños intereses de economía y bienestar. A través de esta red de poder, los "pobres", "subdesarrollados", "malnutridos" y "analfabetas", fueron incorporados al desarrollo y en ellos se inscribieron las tecnologías políticas del desarrollo. Más allá de los requerimientos de capital, las tecnologías del desarrollo se convirtieron en mecanismo de producción social de alcance sin precedentes. Como vamos a ver, el aparato del desarrollo no logró el éxito total.

## La reorientación del discurso económico: los modelos locales y la economía global

### *Los años ochenta: la "década perdida" y el retorno al realismo*

El clima político e intelectual que reinaba al nacimiento de la economía del desarrollo comenzó a cambiar durante los sesenta. Desde entonces, se han dado varios cambios importantes en la disciplina: el abandono del intervencionismo inicial y de la preocupación exagerada por el crecimiento, y la aparición sucesiva, dentro del área no marxista, de las estrate-gias "de crecimiento con distribución", el crecimiento vía exportaciones, el monetarismo, el neoestructuralismo y el neoliberalismo. En cierta medida ha habido innovaciones y mutaciones estructurales, pero siempre dentro de los confines del discurso económico establecido, cuyas leyes de formación no han cambiado. A mediados de los ochenta, un importante analista veía el estado de la teoría económica latinoamericana dominado por adaptaciones pragmáticas: ni un retorno al *laissez-faire*, ni un fortalecimiento del intervencionismo, sino más bien un tipo de práctica ecléctica regida por la consideración de los principales problemas –particularmente la deuda, la inflación y el papel del Estado– que significaron la recombinación de las perspectivas teóricas, más que su invención (Fishlow 1985).

Los cambios contextuales más drásticos tuvieron lugar en los ochenta, cuando grandes áreas de Asia, África y América Latina sufrieron, según observadores de varias tendencias, su peor crisis en este siglo. En América Latina los años ochenta se conocen como "la década perdida". En 1982, el anuncio mexicano de que no podría pagar las "obligaciones" del servicio de su deuda desencadenó la infame crisis de la deuda. Lo que pasó después es bien conocido: intentos repetidos de lograr el ajuste y la estabilización económicas; medidas de austeridad que se tradujeron en una veloz caída de los niveles de vida de las clases medias y populares; la caída industrial en muchos países con la entronización de fuertes políticas económicas neoliberales y de libre mercado; e incluso, tasas de crecimiento negativas en algunos países. En resumen, un retroceso del desarrollo (Portes y Kincaid 1989; Dietz y James eds. 1990). Las implicaciones sociales y políticas de tales cambios fueron, así mismo, onerosas y amenazantes. La exclusión social y la violencia aumentaron en forma significativa. Lo que durante la primera mitad de la década

se percibiera como una transición a la democracia se volvió difícil de consolidar con el paso del tiempo. Hasta la naturaleza parecía haberla emprendido contra la región: huracanes, erupciones volcánicas, terremotos y, más recientemente, la reaparición del cólera, dieron a la región una ración adicional de aflicciones naturales agravadas por las condiciones sociales.

Estos cambios estimularon una revaluación sustancial de la economía del desarrollo. En la primera mitad de la década aparecieron numerosos artículos escritos por ilustres economistas del desarrollo, en los cuales se intentaba evaluar la experiencia de las cuatro décadas anteriores.[29] "Pocas materias" –reza el párrafo inicial de uno de ellos– "han sufrido tantas distorsiones y transformaciones como la economía del desarrollo durante los últimos treinta años" (Livingstone 1982: 3). Aunque se reconocían algunos de los errores iniciales, las evaluaciones de los ochenta plantearon que se había logrado un aprendizaje considerable en diversos tipos de investigación empírica, su concreción y especificidad, y avances teóricos en varios subtemas. Se pensaba, además, que habían surgido varios paradigmas distintos (neoclásico, estructuralista, neomarxista).

Pero también aparecieron críticas agudas. Una de las más punzantes fue escrita por Raúl Prebisch, primer director de la Cepal e inspirador del concepto centro-periferia, con respecto a la aplicación en el Tercer Mundo de las teorías económicas neoclásicas:

> En su búsqueda de la consistencia rigurosa… las teorías [neoclásicas] olvidaron aspectos importantes de la realidad social, política y cultural, así como del antecedente histórico de las colectividades. Al hacer un tenaz esfuerzo de asepsia doctrinal, desarrollaron sus argumentos en el vacío, fuera del tiempo y el espacio… Si los economistas neoclásicos se limitaran a edificar sus castillos en el aire, sin alegar que ellos representan la realidad, sería un pasatiempo intelectual respetable, capaz de despertar admiración a veces por el virtuosismo de algunos de sus exponentes en otros continentes. Pero la posición es bien diferente cuando se intenta explicar el desarrollo en estos países periféricos sin tener en cuenta la estructura social, la brecha temporal en el desarrollo periférico, el excedente, y todas las características del capitalismo periférico… Vale la pena recordarlo ahora, cuando están apareciendo ramificaciones tan vigorosas en algunos países latinoamericanos (Prebisch 1979: 168).

Debe tenerse presente que las "vigorosas ramificaciones" en las que pensaba Prebisch en 1979 eran los experimentos neoliberales de los regímenes autoritarios

29 Véanse particularmente: Seers (1979); Hirschman (1981); Little (1982); Livingstone (1982); Chenery (1983); Meier (1984); Flórez (1984); Meier y Seers, eds. (1984) y Lal (1985).

de los países del cono sur (particularmente Chile y Argentina), que habrían de convertirse en enfoque estándar en toda América Latina a finales de los ochenta.[30] Una crítica similar fue hecha por P. T. Bauer desde una posición completamente distinta. Para Bauer, los economistas del desarrollo de comienzos de los cincuenta malinterpretaron por completo varios factores que caracterizaban las economías de los países menos desarrollados (el problema del intercambio, la supuesta falta de capital y de capacidad empresarial, el círculo vicioso de la pobreza y el estancamiento). Con base en estas interpretaciones equivocadas, se desarrolló una serie de ideas que se convirtieron en el núcleo de la bibliografía del desarrollo económico. "Aunque algunos elementos de este núcleo han desaparecido de la mayoría de los escritos académicos", concluye, "han seguido dominando el discurso político y público, como ejemplo de los efectos recurrentes de ideas ya descartadas" (1984: 1).

Para Dudley Seers, el que las teorías iniciales permitiesen a los economistas y a los responsables de las decisiones concentrarse en asuntos técnicos, dejando de lado cuestiones políticas y sociales importantes, contribuyó a su pronta adopción. Un factor adicional al respecto fue que dichas teorías se compaginaban con "la conveniencia y el interés profesionales, especialmente en los países 'desarrollados', donde se originó la mayoría de los avances teóricos del área" (1979: 709). Albert Hirschman (1981) analizó desde otro ángulo los primeros años de la disciplina económica. Según él, en sus etapas iniciales, la economía del desarrollo se vio estimulada por "esperanzas irreales", que reflejaban el comportamiento etnocéntrico que caracteriza los intentos de las sociedades occidentales en sus relaciones con otras culturas. En sus propias palabras:

> Los economistas occidentales que estudiaban Asia, África y América Latina a finales de la Segunda Guerra Mundial estaban convencidos de que estos países no eran nada complicados: sus problemas principales se resolverían con solo aumentar adecuadamente su ingreso per cápita… Con la nueva doctrina del crecimiento económico, este desprecio adoptó una forma más sofisticada: súbitamente se dio por sentado que el progreso de los países sería lineal y uniforme ¡siempre y cuando adoptaran el tipo correcto de programa de desarrollo integrado! Dado aquello que se consideraba su apabullante problema de pobreza, se esperaba que los países subdesarrollados actuaran como muñecos de cuerda y que

30 En opinión de Prebisch (1979), la teoría de equilibrio general ignora dos fenómenos fundamentales: el excedente y las relaciones de poder. El excedente crece más rápido que el producto y el proceso de acumulación de capital WWl progreso técnico no se difunden mediante la productividad marginal sino a través de la estructura de poder, lo cual lleva a una crisis distributiva. Es por ello que para Prebisch la economía neoclásica resultaba ser irrelevante para explicar los fenómenos de la periferia. Se trata de lo que el autor llamara "la frustración del neoclasicismo".

> transitaran, así fuera "dando tumbos", a lo largo de las diversas etapas del desarrollo (1981: 24).

Estas reflexiones iban acompañadas en algunos casos por propuestas concretas. Seers (1979), por ejemplo, abogaba por la incorporación de la economía del desarrollo a un campo más amplio de estudios del desarrollo para que pudiera encarar con seriedad los aspectos sociales, políticos y culturales de éste. Para Meier, la economía del desarrollo necesitaba ir "más allá de la economía neoclásica". Es difícil saber qué quiso expresar con ello el autor, ya que él, como la mayor parte de los economistas, conservaba la creencia de que "las leyes de la lógica son las mismas en Malawi y en todas partes. Pero los problemas de Malawi pueden resultar bastante diferentes en su contenido empírico a los de otros países" (Meier, 1984: 208). Esta misma "lógica" lo llevó a afirmar que "el problema demográfico causa más alarma que cualquier otro aspecto del desarrollo" (pág. 211). Uno podría verse tentado a interpretar estas afirmaciones así: "Las leyes de la lógica que rigen el tipo de desarrollo capitalista implícito en la economía neoclásica deben ser las mismas en Malawi y en Estados Unidos. Solo entonces podrán resolverse los problemas de la población, el desempleo, etcétera". La lógica, para Meier, es un hecho ahistórico. Por ello en su discurso el economista es mucho más un "guardián de la racionalidad" que "el representante de los pobres", para usar los términos del propio Meier, quien arguye que los economistas deben equilibrar ambos roles.

Hollins Chenery, destacado economista del desarrollo del Banco Mundial, sostuvo también que el desarrollo económico podría replantearse sin necesidad de una reformulación significativa. Para él, "el modelo neoclásico ha demostrado ser un punto de partida útil aunque parece requerir una mayor adaptación para ajustarse a los países en desarrollo" (1983: 859). Su recomendación era adaptar mejor el modelo mediante la realización de más estudios empíricos y la construcción de "modelos de equilibrio general computable" y de algoritmos más complejos (pág. 859). El llamado de Chenery por más estudios empíricos estaba dictado por el mismo marco teórico dentro del cual se realizarían, y por tanto dichos estudios solo podrían reforzar el marco. La esperanza era que, al llevar a cabo más estudios, los economistas acertarían por fin en sus prescripciones, evadiendo así la cuestión de si el marco teórico resultaba adecuado en sí mismo. Después de todo, economistas como Prebisch, Seers y varios neomarxistas habían demostrado que la economía neoclásica era un aparato teórico inadecuado para entender la situación de los países pobres.

Un supuesto fundamental que persiste en todas estas propuestas es el de que existe una realidad del subdesarrollo que puede captarse de manera gradual mediante una ciencia económica cuidadosamente dirigida, muy a la usanza de las ciencias naturales. Desde esta óptica, la teoría económica fue construida a partir de un inmenso bloque de la realidad preexistente, que es independiente de las observaciones de los teóricos. Este supuesto ha estimulado el sentido de progresión y crecimiento de la teoría económica en general, y de la economía del

desarrollo en particular. En la teoría económica, esta opinión se ha visto aún más legitimada por la canonización de los desarrollos más importantes –por ejemplo, las innovaciones de las décadas de 1870 y 1930– como verdaderas revoluciones científicas. Como lo expresara un ilustre historiador económico, "El apego al raciocinio paradigmático se ha convertido rápidamente en un rasgo constante de las controversias económicas, y el 'paradigma' es ahora lema de todos los historiadores del pensamiento económico" (Blaug 1976: 149; en relación con los paradigmas en la economía del desarrollo, véase Hunt 1986).[31]

Con la llegada de los años ochenta, en América Latina y en la mayor parte del Tercer Mundo (como en Estados Unidos y el Reino Unido) una amalgama de enfoques, reunidos bajo la calificación de economía neoliberal, se volvió dominante dentro de la elite. Los enfoques estatistas y redistributivos dieron paso a la liberalización del comercio y de los regímenes de inversión, a la privatización de empresas estatales, y a políticas de restructuración y estabilización bajo el control del amenazador Fondo Monetario Internacional. Hubo, de hecho, un notorio cambio de política. La "magia del mercado" preconizada por Reagan en el discurso que pronunciara en la Conferencia Norte-Sur de Cancún en 1981, anunció públicamente este cambio. Cierta interpretación de la experiencia de los "países recién industrializados" del este de Asia, en términos de las ventajas de los regímenes liberales de intercambio (apertura a la economía mundial), junto con el influyente Reporte Berg para África (World Bank 1981), y las críticas de la escuela racionalista a los efectos distorsionadores de la intervención gubernamental, contribuyeron al desmantelamiento de los enfoques del desarrollo económico que habían prevalecido hasta los años setenta (Biersteker 1991). El "desarrollo amistoso al mercado", estrategia institucional del Banco Mundial para los noventa, constituyó la cristalización definitiva del retorno del neoliberalismo. Estos cambios son considerados por muchos economistas como un regreso al "realismo".

Dentro de la economía, incluso los enfoques del desarrollo sostenible han sido invadidos por el giro neoliberal. Como lo expresó la conferencia anual del Banco Mundial sobre economía del desarrollo en 1991 (Summers y Shah, eds. 1991), el logro del "crecimiento económico sostenible" depende de la existencia de "un mercado sin distorsiones, competitivo y en pleno funcionamiento" (pág. 358). Como antes, la supuesta mejoría en la teoría económica es producida por una pequeña elite de economistas atrincherados en prestigiosas universidades

31 La búsqueda de paradigmas y programas de investigación en la economía sirve para legitimar la ciencia y la política económicas y permite a los economistas postular nociones de estructura, cambio y progreso en el desarrollo de su conocimiento. Privilegia ciertas opciones teóricas (la economía neoclásica), colocando esta misma opción como marco interpretativo de toda experiencia histórica previa. Este tipo de análisis, además, no da cuenta de la formación de los campos discursivos –"la economía", "el desarrollo"– sobre los cuales se basa la ciencia.

y respaldados por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En América Latina no han tenido mucho eco algunos tímidos intentos por proponer cierto "neoestructuralismo" (Sunkel 1990), a pesar de que algunos países (como Colombia) siguieron haciendo esfuerzos durante los años ochenta para mantener un tipo mixto de política económica, comprometida apenas en parte con el neoliberalismo y el libre mercado. En el caso colombiano, como en la mayoría de América Latina, cualquier resistencia ante el neoliberalismo que pudiera haber existido desapareció a comienzos de los noventa. La apertura total de la economía, unida a una nueva ronda de privatización de los servicios y a la llamada modernización del Estado, se ha convertido en el orden del día. Las políticas de *apertura económica*, como se conoce anacrónicamente el nuevo enfoque, están siendo confrontadas desde numerosos puntos, aunque las elites en conjunto parecen estar de acuerdo, por el momento, con ellas.[32]

En síntesis, los diagnósticos hechos a la economía del desarrollo durante los ochenta no llevaron a un replanteamiento significativo de la disciplina. Lo que aparentemente vemos es su disolución gradual. Una transformación radical en la teoría económica del desarrollo no puede provenir, como lo supusieron los autores aquí analizados, del propio campo de la economía (es decir, de la introducción de nuevos conceptos, mejores modelos y algoritmos), sino de una crítica más amplia del campo del desarrollo. Al mismo tiempo, cualquier estrategia que intente modificar la teoría y la práctica del desarrollo tendrá que tomar en cuenta el pensamiento y las prácticas económicas actuales. Dicho proceso está aún por realizarse. Algunas obras recientes de la antropología y la economía política suministran elementos para una reformulación más creativa del pensamiento económico que la que los propios economistas intentaron durante los ochenta.

## *La política cultural del discurso económico: los modelos locales en contextos globales*

Ya debería ser evidente que la economía del desarrollo, lejos de ser la ciencia universal objetiva que sus ejecutores suponían es, como "cualquier modelo, local o universal, una construcción del mundo" (Gudeman 1986: 28). Este capítulo ha mostrado en detalle la naturaleza de dicha construcción. Es tiempo ya de explorar las consecuencias de este análisis en términos de su relación con otras posibles construcciones. Si existen otras construcciones, ¿cómo se harán visibles? ¿Cuál es su relación con los modelos dominantes? ¿Cómo puede modificarse esta relación,

---

32 En Colombia, la apertura total de la economía empezó en 1991, y desencadenó un número nunca antes visto de huelgas realizadas por trabajadores de muchas ramas de la economía, de servidores públicos y de agricultores, quienes las continuaron hasta finales de 1993 (al tiempo de escribir estas líneas).

dada la economía política global de discursos y el poder que rigen la interacción entre los varios modelos y sus matrices socioculturales?

Historiadores económicos y antropólogos han investigado la existencia de modelos económicos diferentes, tanto en la antigüedad como en las sociedades "primitivas". Sus esfuerzos se han visto obstaculizados a menudo por las trampas epistemológicas y el etnocentrismo denunciados por Polanyi, Godelier, Gudeman y otros, autores con los que iniciamos nuestro análisis de la economía como cultura. En resumen, los modelos universales, sean éstos neoclásicos, sustantivistas o marxistas, "reproducen y descubren continuamente en los materiales exóticos sus propios supuestos" (Gudeman 1986: 34). En el proceso, niegan la capacidad de la gente para modelar su propio comportamiento, y reproducen formas del discurso que contribuyen al ejercicio de la dominación social y cultural a través de las formas de representación.

Una forma de detectar e investigar las construcciones locales es observando las modalidades de resistencia que los grupos populares muestran ante la introducción de las prácticas capitalistas. Esta ruta fue la que tomaron las etnografías de resistencia de los años ochenta, como las de Nash (1979), Taussig (1980), Scott (1985) y Ong (1987). Uno de los ejemplos más claros de la base cultural de la resistencia ha sido el suministrado por Taussig en su análisis de la difusión del capitalismo agrícola en el valle del río Cauca, al suroccidente de Colombia. La difusión del cultivo de la caña de azúcar enfrentó la fiera oposición de la mayoría afrocolombiana que compone el campesinado de la región. Algo más que la resistencia material estaba en juego. En palabras de Taussig,

> Los campesinos consideran vívidamente antinaturales, incluso malvadas, las prácticas que nosotros hemos llegado a aceptar como naturales en el funcionamiento cotidiano de nuestra economía, y del mundo en general. Esta representación aparece solo cuando ellos son proletarizados, y se refiere únicamente a la forma de vida organizada mediante las relaciones capitalistas de producción. No ocurre, ni tiene alguna referencia, con los modos de vida campesinos (1980: 3).

Taussig nos invita a ver en este tipo de resistencia una respuesta de la gente a lo que "ven como una manera malvada y destructiva de ordenar la vida económica" (pág. 17). Otros autores extraen lecciones similares en contextos diferentes, por ejemplo, la que presenta Fals Borda (1984) en su análisis sobre la introducción del alambre de púas y de otras tecnologías al norte de Colombia a la vuelta del siglo; y el de Scott (1985) en su estudio de la resistencia a las tecnologías de la revolución verde en Malasia. Sin embargo, los trabajos de los ochenta, utilizaron la resistencia para ilustrar las prácticas del poder más que la lógica de los subalternos. En años recientes, algunos autores han concedido más atención a este último aspecto, introduciendo nuevas maneras de pensar acerca de él (Guha 1988; Scott 1990;

Comaroff y Comaroff 1991). Por ejemplo, al discutir el encuentro colonial en África del Sur, Comaroff y Comaroff afirman enfáticamente que los colonizados "no equipararon el intercambio con la incorporación, ni el aprendizaje de nuevas técnicas con la subordinación" (1991: 309); en cambio dieron su propio significado a las prácticas de los colonizadores, y buscaron neutralizar sus disciplinas. Mientras los africanos fueron realmente transformados por el choque, la lección que se extrae de esta visión desde la perspectiva de los subalternos es que la hegemonía es más inestable, vulnerable y tiene más oposición de lo que se creía.

Ranajit Guha también ha pedido a los historiadores ver a la historia de los subalternos "desde un universo distinto e históricamente opuesto" (1989: 220). Existe una contra-apropiación de la historia por parte del subordinado que no puede reducirse a otra cosa, como la lógica del capital o la modernidad. Debe explicarse en sus propios términos. Volviendo a los modelos locales de economía, ¿existen ellos en "un universo distinto e históricamente opuesto"? Una cosa es cierta a este respecto: los modelos locales no existen en estado puro, sino en complejas hibridaciones con los modelos dominantes. Ello no significa negar, sin embargo, que los pueblos modelan su realidad de modos específicos; los modelos locales son constitutivos del mundo de la gente, lo que quiere decir que no pueden ser observados fácilmente por medio de la ciencia positivista objetivizante.

Ya hemos presentado la noción de Gudeman y Rivera (1990) de los modelos locales como "conversaciones" que ocurren en el contexto de otras conversaciones dominantes. De hecho, desde la perspectiva de estos autores, lo que más cuenta es investigar la articulación de las conversaciones locales con las "céntricas" (dominantes), incluyendo la relación entre las inscripciones del pasado y las prácticas del presente, entre el texto céntrico y las voces marginales, entre la "corporación" en el centro y "la casa" en los márgenes. El centro y la periferia emergen entonces no como puntos fijos en el espacio, externos uno al otro, sino como zona en continuo movimiento en la cual las prácticas de hacer conversaciones y economías se entremezclan, cambiando siempre sus posiciones relativas. La "marginalidad" se convierte en efecto de esta dinámica. El trabajo inicial de Gudeman (especialmente el de 1986) ofrece una visión de la importancia y la coherencia de los modelos locales en la economía de Panamá, opinión que fuera refinada a partir de sus trabajos en Colombia (Gudeman y Rivera 1990). Para estos antropólogos, el modelo campesino que existe hoy en día en los Andes colombianos "es el resultado de una extensa conversación" –de Aristóteles a Smith y Marx– "que ocurrió durante varios miles de años y sigue ocurriendo en muchas tierras" (1990: 14). Estas conversaciones son incorporadas dentro de prácticas sociales locales, produciendo un modelo local de economía.[33]

---

33 Gudeman y Rivera restringieron su trabajo a los campesinos mestizos de los Andes colombianos. Otras conversaciones y matrices histórico-culturales deberían tomarse en cuenta respecto de

En la base del modelo campesino se halla la noción de que la tierra "da" basándose en su "fuerza". Sin embargo, mediante el trabajo los humanos deben "ayudar" a la tierra a dar su producto. Existe una relación mutua entre los humanos y la tierra, modelada en términos de reciprocidad y sancionada en última instancia por la Providencia (Dios). La tierra puede producir abundancia o escasez; la mayoría de la gente está de acuerdo en que la tierra da menos ahora, y en que existe más escasez. A la escasez no se le asigna, por lo tanto, un carácter metafísico (la forma de ser de las cosas), sino que está ligada a lo que sucede con la tierra, la casa y el mercado. Si persiste la escasez, es porque la tierra necesita más ayuda, aunque los campesinos saben que los productos químicos, a diferencia del abono orgánico, "queman la tierra" y "se llevan" su fuerza. Los cultivos extraen su fuerza de la tierra; los humanos, a su vez, sacan su energía y su fuerza de los productos vegetales y animales, y esta fuerza, cuando se la aplica al trabajo de la tierra, produce más fuerza. El trabajo, entendido como actividad física concreta, es el "gasto" final de la fuerza de la tierra:

> Esta construcción cierra el círculo del modelo. Hay un flujo de fuerza de la tierra a los cultivos, de esta al alimento, del alimento a los humanos y de los humanos al trabajo, que confiere más fuerza a la tierra. La fuerza se obtiene de la tierra y se consume a medida que los humanos recolectan más. El control del proceso está establecido a través del hogar, ya que al usar los recursos de la casa para sostener su trabajo, la gente adquiere control sobre los resultados de sus esfuerzos (Gudeman y Rivera 1990: 30).

La casa tiene dos propósitos principales: reproducirse a sí misma e incrementar su "base" (su acervo de tierra, ahorro e implementos). La casa no es simplemente un participante en el mercado; de hecho, los campesinos tratan con frecuencia de minimizar su interacción con el mercado, al que ven como un lugar concreto y no como un mecanismo abstracto. Los campesinos, sin embargo, son conscientes de que son empujados cada vez más hacia el mercado, e interpretan este hecho como una disminución en su margen de acción. El modelo de la casa persiste en las márgenes, donde el modelo de la corporación (que resume la economía de mercado) todavía no ha llegado a ser dominante. La casa y la corporación se hallan en un contrapunteo, en el cual la segunda trata de incorporar el contenido de la primera.[34] La economía del hogar se basa en la subsistencia, la de la corporación en la adquisición. Los campesinos son conscientes de que participan en ambos tipos de economía. También tienen una teoría sobre cómo están siendo drenados por los que controlan el mercado.

---

los grupos indígenas y afrocolombianos del mismo país, o para grupos campesinos de países como Perú, Guatemala y Bolivia, donde la influencia precolombina aún es fuerte.

34 El modelo de Gudeman y Rivera de la casa y la corporación puede relacionarse con los conceptos de Deleuze y Guattari (1987) de formas nómadas y estatales del conocimiento, la tecnología y la organización económica.

El modelo local incluye entonces una visión de la circularidad y el equilibrio de la vida económica, aunque bien diferente de las ópticas clásica y neoclásica. El modelo campesino puede considerarse más cercano al modelo de los fisiócratas, basado en la tierra, y el uso del concepto de “fuerza” puede relacionarse con la noción marxista de la fuerza de trabajo, aunque la “fuerza” se aplica por igual al trabajo, la tierra y el alimento. Más allá de estas diferencias, existe una distinción fundamental entre ambos modelos: surge del hecho de que el modelo del hogar se basa en la práctica cotidiana. Los modelos locales son experimentos vivientes. El modelo del hogar “se desarrolla mediante el uso… tiene que ver con la tierra, los alimentos y la vida cotidiana” (Gudeman y Rivera 1990: 14,15). Ello no contradice la afirmación de que el modelo campesino es el producto de conversaciones pasadas y presentes y de su adaptación mediante la práctica.

Más que el modelo del hogar, lo que se encuentra cada vez más en América Latina es el negocio o negocio doméstico. Como sitio de conjunción de formas, “dinámico y multicultural aunque frágil e inestable en identidad” (Gudeman 1992: 144), la casa-negocio puede interpretarse mediante las metáforas de “bricolaje” (de Certeau 1984; Comaroff y Comaroff 1991) o de hibridación (García Canclini 1990). Está compuesto por campos de prácticas parcialmente superpuestos que deben estudiarse etnográficamente. Gudeman y Rivera creen que esta dinámica general también marcó el desarrollo de la economía moderna, aunque esta se volvió cada vez más técnica con el desarrollo del capitalismo.[35] Las implicaciones de esta visión son enormes. No solo hay que abandonar la idea de un modelo económico universal, sino que es necesario reconocer que las formas de producción no son independientes de las representaciones (“modelos”) de la vida social en cuyo marco existen. La reconstrucción del desarrollo tiene que comenzar, entonces, por un examen de las construcciones locales, en la medida en que constituyen la vida y la historia de un pueblo, esto es, las condiciones del cambio y para el cambio. Esto trae a colación la relación entre modelos y poder. Gudeman y Rivera abogan por un proceso basado en “comunidades de modeladores”, en el cual tengan vocería los modelos locales y los modelos dominantes. Pero, ¿a quién corresponde organizar estas comunidades de modeladores? De nuevo tenemos aquí una confrontación entre el poder local y el global, entre el conocimiento científico y el conocimiento popular. En discusión se hallan la distribución del poder global y su relación con la economía de los discursos.

Existen entonces dos niveles, dos vectores que deben considerarse al repensar el desarrollo desde la perspectiva económica. El primero se refiere a la necesidad de explicitar la existencia de una pluralidad de modelos económicos. Esto implica

35 Los economistas clásicos, arguyen Gudeman y Rivera (1990), derivaron algunos de sus análisis de las “conversaciones populares” de los campesinos europeos. El modelo corporativo de la economía se inspiró entonces, parcialmente, en las observaciones del modelo de la casa tal como éste existía en la Europa de la época. Este desplazamiento del discurso local hacia el texto céntrico tuvo importancia en la elaboración teórica de la economía política clásica (pág. 17).

situarse en el espacio de las construcciones locales. Pero no es suficiente con ello. Aun si llegara a darse voz a las comunidades locales en el proceso de diseñar el desarrollo (¡hasta a instancias del mismo Banco Mundial!), el proceso de inscripción no se detiene. Debe agregarse un segundo nivel. Hay que contar con una teoría de las fuerzas que impulsan la inscripción y mantienen en su sitio el sistema de inscripción. Lo que es necesario estudiar en estos niveles son los mecanismos mediante los cuales el conocimiento y los recursos locales son absorbidos por fuerzas mayores (mecanismos como el intercambio desigual y la extracción de excedentes entre centro y periferia, país y ciudad, clases, géneros y grupos étnicos), y, en contraposición, los modos en que las ganancias e innovaciones locales pueden preservarse como parte del poder económico y cultural local.

Preguntas de este tipo han sido parcialmente analizadas por la economía política, en particular por las teorías del imperialismo, el intercambio desigual, los sistemas mundiales y el capitalismo periférico. No obstante, dichas teorías se quedan cortas en sus respuestas, especialmente porque no consideran la dinámica cultural de la incorporación de las formas locales por parte del sistema global de producción económica y cultural. Una economía política más adecuada debe resaltar las apropiaciones efectuadas por las culturas locales de las formas translocales de capital. Visto desde la perspectiva local, ello significa investigar cómo las fuerzas externas –el capital y la modernidad, en general– son procesadas, expresadas y reformadas por las comunidades locales. Las etnografías locales del desarrollo (como las que discutimos en el Capítulo 1), y las teorías de las culturas híbridas (que se analizarán al final), constituyen un paso adelante, aunque tienden a quedarse cortas en sus análisis de la dinámica capitalista que circunscribe a las construcciones culturales locales.

La economía política de la producción global, económica y cultural, debe entonces explicar tanto las nuevas formas de acumulación de capital como los discursos y prácticas locales mediante las cuales se organizan necesariamente las formas globales; tiene que explicar, para decirlo brevemente, "la producción de la diferencia cultural dentro de un sistema estructurado de economía política global" (Pred y Watts 1992: 18). Las comunidades locales aportan sus recursos materiales y culturales para resistir su choque con el desarrollo y la modernidad. La persistencia de modelos económicos híbridos y locales, por ejemplo, refleja las resistencias culturales que se presentan cuando el capital intenta transformar la vida de las comunidades. La diferencia cultural se convierte, de hecho, en un efecto de la creación de formas de conexión estructuradas por los sistemas globales de producción económica, cultural y política. Forman parte de lo que Arjun Appadurai (1991) llama etnoespacios globales.

De hecho, el capital global –como maquinaria global, "axiomática mundial" (Deleuze y Guattari 1987)– depende hoy en día no tanto de la homogeneización de un Tercer Mundo externo como de su habilidad para consolidar formas sociales heterogéneas y diversas. De acuerdo con estos autores, en la era posfordista el capital requiere un cierto "polimorfismo periférico" (pág. 436) ya que repele activamente

su propio límite. Aquí encontramos una nueva expresión de la dialéctica de las conversaciones populares y el texto céntrico de Gudeman y Rivera. Mientras que los textos céntricos de la economía global ejercen constantemente su influencia sobre diversos lenguajes populares, éstos últimos no se mezclan con ellos en una armoniosa polifonía occidental. Algunas de las formas periféricas asumen este rol disonante debido a su inadecuación frente a los propios mercados nacionales. Esto no significa que estén menos organizadas respecto del capital. En este nivel, la labor del capital es diferente: se trata de organizar "conjunciones de flujos decodificados como tales" (pág. 451). Las organizaciones sociales minoritarias de las zonas tropicales húmedas, por ejemplo, no quedan totalmente codificadas ni territorializadas por el capital (como sí lo son las economías urbanas formales). Pero en la medida en que, dada la globalización del capitalismo, la economía constituye una axiomática mundial, también las formas minoritarias se convierten en el blanco de sujeciones sociales. La economía global debe entenderse por tanto como un sistema descentrado con diversos esquemas de ocupación: simbólico, económico y político. Es importante investigar el modo particular en que cada grupo local participa en un proceso mecánico tan complejo, y cómo logra evitar los mecanismos de ocupación más explotadores de las megamaquinarias capitalistas.

Veamos ahora si las contribuciones de la economía política del desarrollo pueden seguir ofreciendo criterios útiles para el doble proceso que estamos analizando, de hacer visibles las construcciones locales y al mismo tiempo analizar las fuerzas globales. Samir Amin (1976, 1985, 1990), quizá con mayor elocuencia que otros autores, ha intentado proporcionar criterios generales para construir órdenes alternativos del desarrollo dentro de la economía capitalista mundial. Para Amin, el criterio básico para lograr tal objetivo es fomentar la acumulación autocéntrica, definida como modelo en el cual las relaciones externas están subordinadas a las necesidades de acumulación interna de capital. El desarrollo autocéntrico supone un orden económico, social y político radicalmente diferente. Tiene una serie de exigencias que no viene al caso analizar, como igualar el ingreso en áreas urbanas y rurales y entre sectores modernos y tradicionales; dar prioridad a la agricultura en muchos países; que las organizaciones populares y los movimientos sociales controlen la producción; un nuevo rol para el Estado; innovaciones tecnológicas que satisfagan las necesidades creadas por la nueva estructura de la demanda; y restricciones significativas o separación parcial en relación con los mercados internacionales. Sobra decir que los obstáculos para restructurar a los países periféricos en economías autocéntricas resultan enormes. En la visión de Amin, algunos podrían superarse mediante nuevos modos de cooperación Sur-Sur, incluyendo la formación de bloques regionales de varios países bajo lineamientos socialistas.[36]

36 Existe un aspecto inquietante en el llamado al socialismo de Amin: "Si existe un lado positivo en el universalismo creado por el capitalismo, no se hallará en el nivel del desarrollo

Las nociones de policentrismo y acumulación autocéntrica de Amin pueden servir como principios útiles para encaminar acciones macroeconómicas y políticas. Sin embargo, es necesario señalar que las recetas de Amin están escritas de modo universalista y en una epistemología realista, precisamente la clase de pensamiento que hemos criticado. De todas maneras, como medio de descripción de un mundo hegemónico basado en un lenguaje dominante, no podemos ignorar la economía política en nuestros intentos de imaginar alternativas a ese mundo y a dicho lenguaje. Pero es necesario insistir en que para desarrollar análisis en términos de economía política, esta debe ser desestabilizada continuamente. Dicho análisis ha de acompañarse de un reposicionamiento estratégico en el campo de la representación. Las formas de producción y de representación solamente se diferencian para efectos analíticos. Modificar las economías políticas incluye la resistencia material y semiótica, y el fortalecimiento material y semiótico de los sistemas locales.

En otras palabras, aunque la proyección social de los lenguajes subalternos depende en gran medida de los movimientos sociales, se necesitan también estrategias que modifiquen las economías políticas internacionales, regionales y locales. Sin embargo, la meta fundamental de tal modificación no debe ser el logro de regímenes más saludables de acumulación y desarrollo, como en el caso de Amin, sino la creación de mejores condiciones que lleven a experimentos locales y regionales basados en modelos autónomos (híbridos). Además, y como ya lo discutimos, el análisis de la economía política debe conducirse desde la perspectiva de su integración con las formas locales. También debería contribuir a cambiar la economía política de la producción del discurso y la multiplicación de centros del discurso. Desde los economistas clásicos hasta los neoliberales del Banco Mundial hoy en día, los economistas han monopolizado el poder de la palabra. Los efectos de su hegemonía y el nocivo protagonismo de la economía deben ser expuestos de otras maneras. Evidenciar otros modelos es una forma de avanzar en la tarea. "Mediar la comunicación [entre modeladores] o formular una comunidad conversacional entre las culturas constituye un proyecto importante para la antropología" (Gudeman 1992: 152). En realidad, podemos añadir, constituye un proyecto político importante.

La sugerencia de tener en cuenta los propios modelos de la gente no es solamente una posición políticamente correcta. Por el contrario, constituye una alternativa filosófica y política acertada. Filosóficamente, obedece el dictamen de la ciencia social interpretativa (Rabinow y Sullivan, eds. 1987; Taylor 1985) de tomar a los sujetos como agentes de autodefinición cuya práctica está determinada

económico (dado que éste sigue siendo por naturaleza desigual), sino definitivamente en el nivel de un universalismo popular, cultural e ideológico, presagiando un estadio 'poscapitalista', una visión socialista genuina" (1990: 231). Esta afirmación resulta mucho más enigmática, dado que en la siguiente sección el autor clama por "la pluralidad de los sistemas productivos, las visiones políticas y las culturas" (pág. 233).

por su autocomprensión. Dicha autocomprensión puede ser captada por el investigador o el activista mediante métodos etnográficos. Ello no significa que el investigador o el activista tengan que adoptar la opinión del sujeto, ni que esta sea siempre "correcta". Los relativistas culturales han caído a menudo en esta doble trampa. Significa que el científico social interpretativo tiene que considerar las descripciones propias de la gente como puntos de partida de la teoría, es decir, de lo que ha de ser explicado.[37]

En este capítulo hemos hablado de un tipo de poder social ligado a la economía de los bienes y de los discursos. Con respecto a los regímenes de representación, dicho poder sigue sin cambiar explícitamente, a pesar de que encuentra resistencia en muchos niveles. El poder social asociado al discurso se incrusta insidiosamente en los rincones más recónditos de la vida social, incluso mediante formas sutiles. Ello no resulta menos cierto en los campos en los cuales hasta la vida está en juego, como la alimentación y el hambre, que estudiaremos en el capítulo siguiente. En él examinaremos en detalle la forma en que surgieron las prácticas actuales en los campos de nutrición, desarrollo rural y atención en salud, no como el resultado de una mayor toma de conciencia, del progreso científico o de refinamientos tecnológicos, sino más bien como efectos del poder producido por la problematización del hambre en el contexto de la creciente economización de la subsistencia.

---

37 La investigación-acción participativa se basa en un principio similar. Véanse Fals Borda (1988) y Fals Borda y Rahman, eds. (1991).

# 4. La dispersión del poder: Fábulas de hambre y alimento

*Ya que la enfermedad solo puede curarse si otros intervienen con su conocimiento, sus recursos y su piedad, y dado que un paciente solo puede ser curado en sociedad, es justo que la enfermedad de algunos sea transformada en la experiencia de otros… Lo que es benevolencia hacia los pobres se transforma en conocimiento aplicable a los ricos.*

(Michel Foucault, *The Birth of the Clinic*, 1975)

## El lenguaje del hambre y el hambre del lenguaje

Ningún aspecto del subdesarrollo es tan evidente como el hambre. Cuando la gente tiene hambre, ¿no es "la provisión de alimento" la respuesta lógica? La política sería asunto de garantizar que el alimento suficiente llegara a los necesitados en forma sostenida. El simbolismo del hambre, sin embargo, ha mostrado su poder a través de los tiempos. Desde las hambrunas de los tiempos prehistóricos hasta las revueltas de hambre de América Latina durante los años ochenta y comienzos de los noventa, el hambre ha constituido una fuerza social y política poderosa. Desde la Biblia y pasando por Knut Hamsun, Dickens, Orwell, Steinbeck, y latinoamericanos de este siglo, como Ciro Alegría, Jorge Icaza y Graciliano Ramos, escritores de muchos países han sido conmovidos por la experiencia individual o colectiva del hambre. Sus imágenes también han sido retratadas en el cine, aunque nunca con tanta fuerza como en los primeros años del Cinema Novo brasileño de comienzos de los sesenta. "De *Arruanda* a *Vidas estériles",* afirmó crudamente Glauber Rocha, uno de los fundadores del movimiento, "el Cinema Novo ha narrado, descrito, poetizado, discutido, analizado y estimulado los temas del hambre: personajes que comen polvo y raíces, que roban para comer, matan para comer, huyen para comer" (1982: 68). Una verdadera "estética del hambre" como intitulara Rocha su manifiesto, la única apropiada para un cine insurreccional enmarcado en el contexto del neocolonialismo del Tercer Mundo de la época.

Las libertades concedidas a la escritura y el cine no han sido otorgadas a la sociedad en general. De hecho, como lo expresara Josué de Castro, médico brasileño y primer director de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

> Debido a sus explosivas implicaciones sociales y políticas, el tema [hambre] ha sido hasta hace muy poco uno de los tabúes de nuestra civilización… El hambre ha sido, sin duda, la fuente más poderosas de infortunio social, pero nuestra civilización ha evitado mirarla, temerosa de encarar la triste realidad. La guerra siempre se ha discutido en voz alta. Se han escrito himnos y poemas para celebrar sus virtudes gloriosas como agente de selección… Así, en tanto la guerra se convirtió en *leitmotiv* del pensamiento occidental, el hambre ha seguido siendo apenas una sensación vulgar, cuyas repercusiones no se esperaba que surgieran desde el campo de lo subconsciente. La mente consciente, con ostentoso desdeño, negaba su existencia ([1952] 1977: 51).

Esta oscuridad del hambre cambió dramáticamente luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando ingresó irremediablemente en la política del conocimiento científico. Las hambrunas de los sesenta y setenta (Biafra, Bangladesh, el Sahel) atrajeron la conciencia pública hacia el hambre masiva. Pero los aspectos más difíciles de la desnutrición persistente y del hambre habían ingresado en el mundo científico una década antes. Desde los años cincuenta hasta hoy, un ejército de científicos –nutricionistas, expertos en salud, demógrafos, expertos agrícolas, planificadores, etcétera– han estudiado sin cesar cada uno de sus aspectos. Semejante hambre de lenguaje (científico) ha traído como resultado una sucesión de diversas estrategias a lo largo de la era del desarrollo: desde los alimentos enriquecidos y los suplementos alimenticios pasando por la educación en nutrición y la ayuda alimentaria de los cincuenta y sesenta, hasta la reforma agraria, la revolución verde, el desarrollo rural integrado, y la planificación alimentaria y nutricional exhaustiva, de finales de los sesenta, los lenguajes del hambre se han vuelto cada vez más detallados y de mayor alcance. Ya fuera que "el problema nutricional" se atribuyera a la ingestión insuficiente de proteínas, a falta de calorías, ausencia de educación nutricional, ingestión insuficiente de alimentos combinada con mala salud y condiciones sanitarias deficientes, bajos ingresos o prácticas agrícolas ineficientes, o a una combinación de todas ellas, un equipo de expertos siempre estaba preparado para diseñar estrategias y programas en nombre de los pueblos hambrientos y desnutridos del Tercer Mundo.

Hablando en plata blanca, podríamos decir que el cuerpo del desnutrido –el "africano" muerto de hambre que ocupó las portadas de tantas revistas occidentales; o el letárgico niño sudamericano "adoptado" por 16 dólares mensuales que aparecía en los anuncios de las mismas revistas– constituye el símbolo por excelencia del poder que tiene el Primer Mundo sobre el Tercero. Toda una economía del discurso

y de las relaciones desiguales de poder se halla codificada en su cuerpo. Siguiendo a Teresa de Lauretis (1987), podemos decir que aquí está en juego una violencia de la representación. Se trata, además, de una violencia extrema. Las representaciones científicas del hambre y del "exceso de población" (que además se encuentran a menudo juntas) son deshumanizantes y objetivizantes en grado sumo. Después de todo, cuando nos referimos al "hambre" o a la "población" estamos hablando de la gente, de la vida humana en sí misma. Pero para la ciencia y los medios occidentales, todo ello se convierte en masas desesperadas e informes (oscuras), objetos numerables y medibles por demógrafos y nutricionistas, o sistemas con mecanismos de retroalimentación, como en el modelo del cuerpo elaborado por los fisiólogos y los bioquímicos. El lenguaje del hambre y el hambre del lenguaje reúnen sus fuerzas no solo para mantener cierto orden social sino también para ejercer un tipo de violencia simbólica que desinfecta la discusión sobre los hambrientos y desnutridos. Así llegamos a consumir el hambre en Occidente. En el proceso, nuestra sensibilidad ante el sufrimiento y el dolor se ve atenuada por el efecto distanciador del lenguaje de los académicos y expertos. Devolver al lenguaje su carácter vívido y su eficacia política se convierte en una tarea casi imposible (Scheper-Hughes 1992).

La situación resulta aún más paradójica si se tiene en cuenta que las estrategias puestas en práctica para enfrentar a los problemas del hambre y la oferta alimentaria, lejos de resolverlos, los han agravado. Susan George (1986) captó mejor que nadie el cinismo de estas estrategias bajo el título de "More Food, More Hunger". Países que eran autosuficientes en cultivos a finales de la Segunda Guerra Mundial: muchos de ellos habían llegado incluso a exportar alimentos a los países industrializados– se convirtieron en importadores netos durante la era del desarrollo. Creció así el hambre, al tiempo que la capacidad de los países para producir alimento suficiente para sí mismos se contrajo ante las presiones para producir cultivos de exportación, aceptar alimentos baratos de Occidente, y ajustarse a los mercados agrícolas dominados por los mercaderes multinacionales de granos. Pese a que la producción agrícola per cápita aumentó en la mayoría de los países, este incremento no se tradujo en un aumento de la disponibilidad de alimentos para la mayor parte de la gente. Los habitantes de las ciudades del Tercer Mundo se volvieron cada vez más dependientes de los alimentos que sus países no producían.

¿Cómo explicar este cinismo del poder? Esto nos lleva de nuevo a la forma en que opera el discurso, a la forma en que produce "dominios de objetos y rituales de verdad" (Foucault 1979: 194). El discurso del desarrollo no es solamente una "ideología" que tiene poco que ver con el "mundo real"; tampoco es un aparato producido por los que están en el poder para esconder otra verdad, más básica y cruda, la realidad del signo del dólar. El discurso del desarrollo ha cristalizado en prácticas que contribuyen a regular el ir y venir cotidiano de la gente del Tercer Mundo. ¿Cómo se ejerce su poder en la vida diaria, social y económica de países y comunidades? ¿Cómo logra su efecto sobre el pensamiento y la acción de la gente, sobre la forma en que se siente y se vive la vida?

Hasta ahora hemos hablado poco de lo que hacen los agentes del desarrollo en su trabajo diario. Todavía nos falta mostrar la forma en que el discurso del desarrollo se difunde a través de un campo de prácticas; cómo se relaciona con las intervenciones concretas que organizan tanto los tipos de conocimiento como las formas de poder, relacionando unos y otras en la producción de formas sociales. Es necesario escrutar las prácticas específicas mediante las cuales llevan a cabo su tarea los organismos financieros internacionales y los gobiernos del Tercer Mundo, reuniendo burócratas y expertos de todo tipo con sus "beneficiarios" del Tercer Mundo: campesinos, mujeres pobres, marginales urbanos y similares. Esa será la labor de este capítulo: examinar en detalle la organización del desarrollo.

El capítulo investiga las formas concretas que asumen los mecanismos de profesionalización y de institucionalización en el campo de la desnutrición y el hambre. En particular, estudia la llamada estrategia de Planificación y políticas nacionales de alimentación y nutrición (FNPP),[1] creadas por el Banco Mundial y un puñado de universidades e instituciones de los países desarrollados a comienzos de los setenta, e implementados en varios países del Tercer Mundo a lo largo de los años setenta y ochenta. Los planes surgieron de la comprensión de que los complejos problemas de la desnutrición y el hambre no podían enfrentarse mediante programas aislados, sino que se necesitaba una estrategia nacional de planeación global y multisectorial. Con base en esta toma de conciencia, dichas instituciones produjeron un cuerpo teórico, y diseñaron e implementaron planes que incluían programas ambiciosos y cubrían todas las áreas relacionadas con la alimentación, como la producción de alimentos y su consumo, la atención en salud, la educación nutricional, la tecnología de alimentos, y así sucesivamente. Luego de examinar la teoría de los FNPP, observaremos de cerca el desarrollo de una de sus estrategias en Colombia, durante el período 1975-1990.

Para analizar las prácticas del desarrollo debemos analizar lo que realmente hacen las instituciones del desarrollo. Las prácticas institucionales resultan cruciales no tanto porque representen gran parte de lo que en verdad se cataloga como desarrollo, sino especialmente porque contribuyen a producir y formalizar relaciones sociales, divisiones del trabajo y formas culturales. Ilustrar el funcionamiento del desarrollo, que es la intención de este capítulo, no es entonces tarea sencilla. Requiere que investiguemos la producción de los discursos sobre el problema en cuestión, que mostremos la articulación de éstos con las condiciones socioeconómicas y tecnológicas que aquéllos, a su vez, ayudan a producir. Y lo más importante, que examinemos finalmente las verdaderas prácticas actuales de las instituciones involucradas con los problemas. El discurso, la economía política y la etnografía institucional deben entrelazarse para proporcionar una comprensión adecuada de la forma en que opera el desarrollo.

---

1 FNPP, *Food and Nutrition Policy and Planning* (N. de la T.).

Las prácticas cotidianas de las instituciones no son únicamente formas racionales o neutrales de hacer. De hecho, gran parte de la efectividad institucional en producir relaciones de poder proviene de prácticas muchas veces invisibles, precisamente porque se las considera racionales. Entonces es necesario desarrollar herramientas de análisis para develar y entender dichas prácticas. Para hacerlo, en la primera parte del capítulo explicamos la noción de etnografía institucional. La segunda reconstruye el nacimiento, vida y muerte de la estrategia de Plani ficación y políticas nacionales de alimentación y nutrición (FNPP), centrándonos en la visión del hambre producida por dicha estrategia, y en las prácticas que la hicieron realidad. En la tercera parte sintetizamos la economía política de la crisis agraria en América Latina durante el período 1950-1990, y examinamos la respuesta que dieron ante la crisis el gobierno colombiano y el aparato internacional del desarrollo. Nos concentramos especialmente en la llamada estrategia de desarrollo rural integrado, producida por el Banco Mundial a comienzos de los setenta e implementada en Colombia desde mediados de la década hasta comienzos de los años noventa, con la cooperación del mismo y de otras agencias internacionales. Finalmente, en la cuarta parte proponemos una interpretación de la estrategia FNPP como ejemplo paradigmático en el ejercicio del desarrollo.

La premisa que subyace nuestra investigación es que mientras las instituciones y los profesionales continúen reproduciéndose a sí mismos con éxito en lo material, cultural e ideológico, prevalecerán también ciertas relaciones de dominación. Y que, hasta donde esto suceda, el desarrollo seguirá siendo en gran medida conceptualizado por quienes poseen el poder. Al detenernos en las prácticas que estructuran la labor cotidiana de las instituciones esperamos ilustrar, de una parte, la forma en que opera el poder, es decir, cómo se ejerce éste por medio de procesos institucionales y documentales. El énfasis en el discurso trata de mostrar, de otra parte, la forma en que una cierta subjetividad es privilegiada al mismo tiempo que se margina la de aquellos que se suponen receptores del progreso. Será claro que una marginación de este tipo, producida por un régimen determinado de representación, constituye un componente integral de las relaciones del poder institucionalizado.

## Etnografía institucional: la burocratización del conocimiento sobre el Tercer Mundo

Por la época en que comenzó el desarrollo, más de la tres cuartas partes de la población del Tercer Mundo vivía en áreas rurales. Que en muchos países latinoamericanos la proporción se haya reducido a menos del 30% resulta un rasgo notable en sí mismo, como si el alivio del sufrimiento, la desnutrición y el hambre de los campesinos hubiera requerido, no el mejoramiento de los niveles de vida en el campo, como proclamaba la mayoría de los programas, sino la eliminación de los campesinos como grupo de producción social y cultural. Pero los campesinos no desaparecieron con el desarrollo del capitalismo, como lo predijeran economistas

marxistas y burgueses, hecho que resaltamos en el recuento de la resistencia que hicimos en el capítulo anterior, y que retomaremos en el próximo.

La constitución del campesinado como una categoría de cliente de los programas de desarrollo estuvo asociada con una amplia gama de procesos económicos, políticos, culturales y discursivos. Se basaba en la habilidad del aparato del desarrollo para crear sistemáticamente categorías de clientes como los "malnutridos", los "pequeños agricultores", los "agricultores sin tierra", las "mujeres lactantes" y similares, que permiten a las instituciones distribuir socialmente a individuos y poblaciones en modos consistentes con la creación y reproducción de las relaciones capitalistas modernas. Los discursos del hambre y del desarrollo rural mediatizan y organizan la constitución de los campesinos como productores o como elementos para desplazar en el orden de las cosas. A diferencia de la mayoría de los trabajos antropológicos sobre el desarrollo que toman como objeto primario de su estudio a la gente "a desarrollar", para entender la construcción discursiva e institucional de categorías de clientes, se requiere cambiar la atención hacia el dispositivo institucional que está "haciendo el desarrollo" (Ferguson 1990: xiv). Convertir al aparato mismo en un objeto antropológico involucra una etnografía institucional que va desde las prácticas rutinarias y textuales de las instituciones hasta los efectos de estas en el mundo, es decir, hasta la forma en que las prácticas contribuyen a estructurar las condiciones en las cuales la gente piensa y vive. El trabajo de las instituciones ha sido una de las fuerzas más poderosas en la creación del mundo en que vivimos. La etnografía institucional intenta arrojar claridad sobre ella.

Bajo esta línea de análisis lo primero que se observa es que los "campesinos" son construidos socialmente antes de la interacción del agente (planificador, investigador o experto en desarrollo) con ellos. Al decir *socialmente construidos* estamos hablando de que la relación entre el cliente y el agente se estructura mediante mecanismos burocráticos y textuales que anteceden a la interacción. Esto no impide que el agente o la institución presenten los resultados de la interacción como "hechos", es decir, como verdaderos descubrimientos de la situación real que caracteriza al cliente. La institución posee esquemas y procedimientos de estructuración, implícitos en sus labores rutinarias, que organizan la realidad de una situación dada y la presentan como hechos, como la forma de ser de las cosas. Estos procedimientos estructurales deben volverse invisibles para que su operación tenga éxito, igual que en el cine, donde todas las marcas de enunciación (el trabajo del director, la actuación en sí, el ángulo de la cámara, etcétera) deben quedar borradas para crear la impresión de realidad que lo caracteriza (Metz 1982).

La socióloga feminista canadiense Dorothy Smith ha sido pionera en el análisis de las instituciones desde esta perspectiva (Smith 1974, 1984, 1986, 1987, 1990). El punto de partida de Smith es su observación de que los discursos profesionales proporcionan las categorías con las cuales los "hechos" pueden ser nombrados

y analizados, y cumplen por ello un rol importante en la constitución de los fenómenos que la organización conoce y describe. Los hechos son presentados en formas estandarizadas para que puedan ser repetidos en caso necesario. En este sentido, los hechos deben tomarse como un aspecto de la organización social, una práctica del saber que, mediante el uso de categorías ya preparadas, construye un objeto como externo al que sabe e independiente de él o ella. Ya que las decisiones son tomadas a menudo por organizaciones centralizadas y dirigidas por representantes de los grupos dirigentes, todo el trabajo de las organizaciones está sesgado a favor de los que tienen el poder. "Nuestra relación con los otros en la sociedad y fuera de ella está mediatizada por la organización social de su manejo. Nuestro 'conocimiento' es por tanto ideológico en el sentido de que la organización social preserva los conceptos y medios de descripción que representan el mundo tal como es para quienes lo dirigen, y no como es para quienes son dirigidos" (Smith 1974: 267).

Esto tiene consecuencias de largo alcance porque constantemente estamos implicados y activos en este proceso. Pero ¿cómo opera la producción institucional de la realidad social? Un rasgo básico de su operación es que depende de formas textuales y documentales como medio de representar y preservar una realidad dada. No obstante, los textos están inevitablemente desligados del contexto histórico de la realidad a la cual supuestamente representan:

> Porque la burocracia es *por excelencia* el modo de gobierno que separa el desempeño de los dirigentes del de los individuos particulares, y que hace a la organización independiente de personas particulares y ambientes locales… Hoy en día, la organización a gran escala inscribe sus procesos en modos documentales como rasgo continuo de su funcionamiento… Esto [produce] una forma de conciencia social que es propiedad de las organizaciones más que del encuentro entre individuos en ambientes históricos (Smith 1984: 62).

Todo esto es considerado por las instituciones y la sociología convencional como "un sistema de acción racional". Los etnometodólogos han señalado que los textos organizacionales no pueden tomarse como registros "objetivos" de la realidad externa, sino que deben ser entendidos con referencia a los usos y metas organizacionales y en el contexto de su producción e interpretación (Garfinkel 1967). Más que un sistema de acción racional, la base documental de una organización no es más que un medio de objetivar el conocimiento; produce formas de conciencia social que constituyen más una propiedad de las organizaciones que un intento de los individuos por entender sus problemas. La objetivación y la trascendencia de la historicidad local se logran en el proceso de inscripción, para usar el término que le asignaron Latour y Woolgar (1979), es decir, la traducción de un evento u objeto a una forma textual. En el proceso, la percepción y el ordenamiento que la organización hace de los eventos están dictados de antemano por el esquema

discursivo de esta, y lo históricamente local está determinado en gran medida por las prácticas no locales de las instituciones, inmersas, a su vez, en prácticas textuales. Para resumir la idea citemos de nuevo a Smith:

> El discurso crea formas de conciencia social que son extra locales y externalizadas *vis-à-vis* el sujeto local… El discurso desarrolla la moneda ideológica de la sociedad, proporcionando esquemas y métodos que convierten las realidades locales en formas categóricas y conceptuales estandarizadas… La transición entre el discurso localmente histórico y el mediatizado textualmente es característica de muchas formas sociales contemporáneas (1984: 63).

Las prácticas documentales no son inocuas en absoluto. Están inmersas en relaciones sociales externas y se hallan profundamente implicadas en los mecanismos de poder. A través de ellos, como veremos en detalle, los procesos internos de las organizaciones quedan ligados a relaciones sociales externas que involucran a los gobiernos, las organizaciones internacionales, las corporaciones y las comunidades del Tercer Mundo. Toman parte en la dirección y el ordenamiento de las relaciones entre dichos grupos, y deben ser vistos como elementos importantes de las relaciones sociales, a pesar de que el texto parezca desligado de las relaciones sociales que contribuye a organizar (el texto es removido del contexto social mediante el trabajo del profesional). En resumen, los procedimientos documentales representan una dimensión significativa de las prácticas a través de las cuales se ejerce el poder en el mundo actual, dimensión que ha sido, en gran parte, descuidada en los análisis críticos.

Desde la perspectiva de la etnografía institucional, una situación local no es tanto un estudio de caso como un punto de entrada para el estudio de las fuerzas institucionales y discursivas y de cómo estas se relacionan con aspectos socioeconómicos más amplios. Lo que importa es describir las prácticas que en realidad organizan la experiencia cotidiana de la gente, "revelar las determinaciones no locales del orden localmente histórico o vivido" (Smith 1986: 9). En el caso de las instituciones es necesario investigar la forma en que la capacitación profesional proporciona las categorías y los conceptos que rigen las prácticas de los miembros de la institución, y el modo en que los cursos locales de acción son articulados a través de las funciones institucionales. En otras palabras, la forma en que un discurso textualmente mediatizado sustituye las relaciones y las prácticas reales de los "beneficiarios", enterrando la experiencia de éstos en la matriz que organiza la representación de la institución. Volviendo a nuestro ejemplo, lo que hay que analizar es la forma en que el mundo del campesino queda organizado mediante un conjunto de procesos institucionales. También debemos investigar la forma en que las prácticas institucionales y los discursos profesionales coordinan e interpretan los distintos niveles de las relaciones sociales, es decir, el modo en que las relaciones entre los distintos actores (campesinos, madres e hijos,

planificadores, agencias internacionales, corporaciones agroindustriales, etcétera) se tienen en cuenta únicamente a través de un conjunto de categorías originadas en el discurso profesional. Y, finalmente, la forma en que el discurso profesional implica otro tipo de relaciones, como las de género y clase.

La categoría en particular debe mencionarse como un rasgo fundamental de las organizaciones. Ya aludimos al uso persistente de categorías en el discurso del desarrollo, bajo formas como las categorías de clientes y los "grupos objetivo", tales como los "pequeños agricultores", las "mujeres embarazadas", los "agricultores sin tierra", los "habitantes de los tugurios", y otros por el estilo. Estas categorías son esenciales para el funcionamiento de las instituciones que tratan los problemas del Tercer Mundo (el "Tercer Mundo" es en sí una categoría ). Las categorías no son para nada neutrales; antes bien, incorporan relaciones concretas de poder e influyen en las categorías con las que pensamos y actuamos. Geof Wood ha resumido con agudeza su razón de ser:

> La validez de las categorías se convierte así en asunto no de objetividad sustantiva sino de la habilidad para usarlas eficazmente en la acción, como denominaciones que definen parámetros de pensamiento y conducta, que estabilizan espacios y que establecen esferas de competencia y áreas de responsabilidad. Así la catalogación forma parte, mediante sus operaciones, del proceso de crear la estructura social. Se trata de personas que hacen historia al hacer reglas para sí mismas y para otros… Entonces no se trata de *si* catalogamos o no a la gente, sino de *cuáles* categorías se crean y de *a quién pertenecen* las categorías que prevalecen en la definición de toda una situación o un área de política, bajo qué condiciones y con qué efectos… Las categorías revelan más sobre el proceso de designación autoritaria, la definición de la agenda y así sucesivamente que sobre las características de los catalogados… En tal sentido, las etiquetas revelan de hecho la relación de poder entre quien la recibe y quien la otorga (1985: 349).

Las categorías determinan el acceso a los recursos, de modo tal que la gente tiene que ajustarse a la categorización para tener en sus relaciones éxito con la institución. Un mecanismo clave que opera aquí es que toda la realidad de una persona queda reducida a un único rasgo o característica (acceso a la tierra, por ejemplo, o incapacidad para leer y escribir). En otras palabras, la persona se convierte en un "caso". Rara vez se entiende que el caso es más un reflejo de la forma en que la institución construye "el problema", y toda la dinámica de la pobreza rural queda reducida a la solución de un número de "casos", sin conexión aparente con determinantes estructurales, ni mucho menos con las experiencias comunes a la población rural. Las explicaciones quedan así desligadas de los no pobres y "son fácilmente explicadas como producto de características inherentes a los pobres" (Wood 1985: 357). Esto se logra concentrándose en una meta estrecha,

y normalmente implica patologías o carencias que pueden ser aisladas y tratadas mediante algún tipo de componente tecnológico. Este tipo de catalogación implica no solo la abstracción de la práctica social sino la actuación de monopolios profesionales que comparten los intereses de la clase dominante. Toda una política de interpretación de necesidades, mediatizada por discursos expertos está en juego, como lo demostró Nancy Fraser (1989) en el contexto del movimiento de mujeres norteamericano. Los expertos se convierten en intermediarios entre las comunidades, el Estado, y, en ciertos casos, los movimientos sociales.

Las categorías son inventadas y mantenidas por las instituciones sobre una base continua, como parte de un proceso en apariencia racional que es fundamentalmente político. Aunque a veces todo el proceso provoca efectos devastadores sobre los grupos catalogados –convirtiendo en estereotipos, normalizando o fragmentando la experiencia de la gente, la desorganización de los pobres– también implica la posibilidad de contra-catalogación ("países no alineados", era una contra-categoría a "países subdesarrollados"), como parte de un proceso de democratización y desburocratización de las instituciones y el conocimiento. Para que esta posibilidad se hiciera realidad sería necesario analizar de cerca la forma en que operan las categorías como mecanismos de poder en casos institucionales concretos, y reaccionar contra sus efectos individualizadores a través de prácticas políticas colectivas.

Además de las prácticas ya discutidas, existen otras prácticas documentales y de catalogación importantes, que las instituciones despliegan, y que deberían ser tomadas en cuenta por las etnografías institucionales. Las organizaciones dedicadas a la planificación, por ejemplo, siguen un modelo de planeación que se basa en ciertas prácticas que les permiten construir los problemas no solo de forma que resulten manejables, sino también eludir la responsabilidad en la implementación del plan. Estas instituciones crean temas, agendas, "sectores", "subdisciplinas", etcétera, siguiendo procedimientos que se presentan como racionales y de "sentido común". El modelo de planeación basado en el "sentido común", como denominaron Clay y Shafer (1984) a este rasgo en su útil análisis de las prácticas de políticas públicas, es una de las principales maneras de despolitizar y burocratizar dichas políticas. Los autores revelan todo un campo, lo "burocrático", en el cual la política y los procesos burocráticos se conjugan para garantizar el mantenimiento de determinadas formas de ver y hacer. Al estudiar el Plan Nacional de Alimentación y Nutrición de Colombia, analizaremos en detalle el modelo de planeación considerado de "sentido común".

Es muy importante develar estos aspectos del discurso y la organización investigando las prácticas documentales de las instituciones del desarrollo. Debemos analizar la forma en que los campesinos son integrados a través de las prácticas de los profesionales del desarrollo, es decir, la forma en que su experiencia concreta es elaborada por el discurso profesional de éstos, aislada del contexto

en que surgen sus problemas y trasladada al contexto en el que se expresan y actúan las instituciones. Dicha abstracción es una condición necesaria para que el desarrollo pueda operar en el proceso de describir, interrogar, interpretar y diseñar el tratamiento para sus clientes o beneficiarios. Aunque la mayoría de las veces este proceso de abstracción y estructuración –que es en gran medida inconsciente– tiene lugar en la cima de las instancias internacionales o nacionales, inevitablemente permea la situación local, donde se efectúa en realidad la mayor parte del trabajo. Para decirlo de alguna manera, lo local debe reproducir el mundo tal como lo ven las instancias superiores.

En el caso del hambre, las situaciones locales quedan sumergidas bajo los discursos profesionales de los economistas agrícolas, los planificadores, los nutricionistas, los extensionistas, los salubristas y otros. Solo cierto tipo de conocimiento, como el de los funcionarios del Banco Mundial y los expertos de los países en desarrollo formados en la tradición occidental, se considera adecuado para la labor de enfrentar la desnutrición y el hambre, al tiempo que todo el conocimiento está dirigido a hacer del cliente algo cognoscible para las instituciones del desarrollo. La interacción entre el personal local de campo (extensionistas, salubristas) y sus clientes está condicionada por esta necesidad, y queda automáticamente estructurada por las operaciones burocráticas ya establecidas.[2] Igualmente, la interacción de los planificadores nacionales y los representantes del Banco Mundial, por ejemplo, está condicionada a la necesidad de obtener financiación y se estructura de acuerdo con las rutinas del Banco. Sobra decir que en estos análisis nunca se encuentra consideración alguna a la lucha y la opresión del campesino, ni tampoco que su mundo pueda tener una manera distinta de ver sus propios problemas y su misma vida. Más bien, lo que surge es una visión de los “desnutridos” o de los “campesinos analfabetas” como problema del que hay que deshacerse por medio del desarrollo eficaz. Este “problema” se asume de antemano sin tener en cuenta las prácticas reales de los beneficiarios; el proceso completo no solo afecta la conciencia de todos sus actores, sino que contribuye a mantener ciertas relaciones de dominación. Hay que evidenciar las operaciones que se hallan implícitas en él.

Los programas específicos deben verse entonces como el resultado de interacciones entre las organizaciones internacionales, las universidades y los centro de investigación del Primer y el Tercer Mundo, las organizaciones e instituciones

---

2 Sin embargo, es en el nivel local donde más resalta la discordancia entre las necesidades de las instituciones y las de la gente. Dicha discordancia es a menudo percibida por los trabajadores del desarrollo como un conflicto personal angustiante, y se resuelve de diversas maneras (que van desde prestar oídos sordos hasta decidir dejar el aparato del desarrollo para convertirse en activista de la comunidad). Este conflicto se halla incluso en el personal profesional de los organismos de desarrollo, como personalmente lo observé entre los profesionales colombianos dedicados al desarrollo rural.

del Tercer Mundo, y los discursos técnicos de varios tipos. Esta interacción se manifiesta y organiza en prácticas documentales –descripciones por escrito de programas, informes de evaluación e investigación, actas de las reuniones, trabajos académicos, etcétera –que surgen incesantemente como parte de un proceso en gran medida autorreferencial, hasta el punto en que no se elaboran para ilustrar un problema determinado, sino para garantizar su inserción en el flujo continuo de textos organizacionales. Con base en el trabajo de Dorothy Smith, Adele Mueller sintetizó así la problemática de la organización burocrática del conocimiento sobre las mujeres del Tercer Mundo:

> Los textos sobre las mujeres y el desarrollo no describen, como se aduce, la situación de las mujeres del Tercer Mundo, sino la situación de su propia producción (la de los textos). La imagen resultante de las "Mujeres del Tercer Mundo" es en sí la de unas mujeres pobres, que viven en chozas, tienen demasiados hijos, son analfabetas, y dependen de un hombre para subsistir o se han empobrecido porque no lo tienen. Lo importante aquí no es si se trata de una descripción más o menos exacta de las mujeres, sino quién tiene el poder para crear la descripción y alegar que ella es, si no exacta, la mejor aproximación… El régimen discursivo de la mujer y el desarrollo no es un recuento de los intereses, las necesidades, preocupaciones y sueños de las mujeres pobres, sino un conjunto de estrategias para manejar el problema que las mujeres representan para el funcionamiento de las agencias de desarrollo del Tercer Mundo (1987b: 4).

Durante cuarenta años, los discursos y estrategias para combatir el hambre se han sucedido unos a otros. Semejante versatilidad, especialmente cuando se la compara con la persistencia y el agravamiento de los problemas que supuestamente van a erradicar, requiere una explicación. La pregunta general puede plantearse así: ¿Por qué y mediante qué proceso, la experiencia del hambre se convirtió sucesivamente en reforma agraria, revolución verde, proteína unicelular, desarrollo rural integrado, planificación alimentaria y nutriticional integral, y así sucesivamente? ¿Por qué se ha dedicado semejante legión de programas aplicados de alimentación y nutrición, ciencias nutricionales, agrícolas y económicas al problema? ¿Cuál ha sido su impacto? ¿Con respecto a qué objetivos locales se originaron estas estrategias, qué formas de conocimiento produjeron, y con qué tipos de poder se relacionaron? Debemos tratar de identificar la forma en que se estableció el sistema de formación que trajo como resultado dichas estrategias, la forma en que todas ellas comparten un espacio común y cómo unas se transforman en otras. Dicho de otro modo, debemos describir "el sistema de transformación que constituye el cambio" en los discursos del hambre (Foucault 1972: 173).

Puede afirmarse que el hambre está constituida por todos los discursos que a ella se refieren; que se hace visible a través de la existencia de sus grandiosas

estrategias, las cuales, por medio de su misma apariencia y diferenciación, crean la ilusión de progreso y de cambio. Debemos estudiar el modo en que estrategias como el FNPP producen una organización específica del campo discursivo, y la forma en que dicho campo se mantiene en su lugar mediante procesos institucionales que definen cursos específicos de acción, contribuyen a tejer las relaciones sociales y toman parte en la organización de una división del trabajo marcada por factores culturales, geográficos, de clase y de género. Este tipo de análisis va de lo específico a lo general y desde prácticas concretas hasta las formas de poder que explican el funcionamiento del desarrollo.

El propósito de la etnografía institucional es poner al descubierto el trabajo de las instituciones y las burocracias para prepararnos en la tarea de ver lo que culturalmente hemos aprendido a ignorar, es decir, la participación de las prácticas institucionales en la construcción del mundo. La etnografía institucional nos prepara para discernir cómo vivimos e incluso nos producimos inevitablemente dentro de los espacios conceptuales y sociales tejidos, como una fina telaraña, por la monótona pero eficaz labor de instituciones de todo tipo. Una labor etnográfica como esta trata de explicar la producción de la cultura que hacen instituciones que son, en sí mismas, el producto de una cultura determinada.

## Nacimiento, vida y muerte de la estrategia de planeación y de las políticas de alimentación y nutrición

### *El nacimiento de una disciplina: el conocimiento y la burocratización de las políticas públicas*

En 1971, expertos de varios campos y planificadores de 55 países se dieron cita en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) para la primera conferencia internacional sobre nutrición, desarrollo nacional y planeación. La mayoría de los expertos provenía de universidades, centros de investigación y fundaciones situadas en países desarrollados, mientras que la mayoría de los planificadores pertenecía al Tercer Mundo. Claro que este tipo de encuentro no era nuevo. Expertos y funcionarios gubernamentales de todo el mundo venían reuniéndose durante dos décadas para discutir y evaluar el progreso científico y práctico en la agricultura, la salud y la nutrición, por lo general bajo los auspicios de alguna organización internacional, organismo bilateral o fundación, como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Fundación Rockefeller, la Agencia Internacional para el Desarrollo de los Estados Unidos (US AID), o la Organización Mundial de la Salud (OMS). Lo novedoso era el alcance del tópico para discutir: nutrición, desarrollo nacional y planeación. El encuentro, marcó de hecho el nacimiento oficial de una nueva disciplina: la Planificación y políticas de alimentación y nutrición (FNPP, por su nombre en inglés).

Hasta entonces el campo de la nutrición internacional (concebido en sentido amplio como el estudio de los problemas de la desnutrición y el hambre en el Tercer Mundo y de las maneras para enfrentarlos) había sido territorio de científicos y expertos técnicos –médicos, biólogos, agrónomos, fitogenetistas, estadísticos, nutricionistas y otros– quienes, por la misma naturaleza de su experiencia, mantenían el problema dentro de los límites estrictos del discurso científico. La investigación clínica y de laboratorio dominaba los estudios sobre los aspectos sanitarios y bioquímicos de la nutrición, mientras que la agronomía, la botánica y la ciencia alimenticia cubrían el campo de la producción y el procesamiento de alimentos. Las intervenciones nutricionales *per se* fueron relativamente modestas hasta finales de los sesenta, restringidas en gran parte a los suplementos alimenticios infantiles, la educación nutricional, el tratamiento clínico de la desnutrición severa y el reforzamiento de ciertos alimentos con vitaminas, minerales o aminoácidos. Del lado de la producción de alimentos se seguían dos estrategias: la reforma agraria y la llamada revolución verde. Esta última había prometido liberar a la humanidad de la plaga del hambre mediante la aplicación de los últimos hallazgos científicos y tecnológicos en la biología y la agronomía. Su fracaso comenzó a evidenciarse entre comienzos y mediados de la década de los setenta.

Hasta entonces, nada exigía considerar la nutrición como parte del desarrollo nacional. La nutrición y la salud seguían bajo el firme control de la profesión médica. Pero ninguna de las estrategias propuestas por los expertos de la medicina parecía tener efecto significativo sobre la prevalencia de la desnutrición y el hambre, a pesar de los avances en el conocimiento de la ciencia alimenticia y en la fisiología y la bioquímica de la nutrición. Aunque la oferta alimentaria había crecido en forma sostenida durante las décadas del cincuenta y el sesenta, manteniéndose incluso a la par con el crecimiento de la población en la mayoría de los países, y aunque varios países habían logrado tasas notables de crecimiento económico en el mismo período, el sueño de alcanzar la satisfacción de necesidades básicas para todos parecía estar cada vez más lejano. Sin embargo, durante los años sesenta, varios nutricionistas y economistas experimentaron con programas de nutrición más amplios en su concepción y en su alcance, especialmente en la India y algunos países de América del Sur, donde los propios gobiernos, abocados a la terrible realidad de la desnutrición creciente, trataban de idear nuevas estrategias. Estos profesionales, la mayoría de los cuales trabajaba para US AID o para otros organismos internacionales importantes, propiciaron el surgimiento de un nuevo enfoque para los problemas del hambre y la alimentación.[3]

---

3 Entre los proyectos experimentales más conocidos se encuentran los realizados a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta en la India: Narangwal (realizado por la John Hopkins School of Hygiene and Public Health y el Consejo de Investigación Médica de la India), el de Jamkhed (realizado por médicos de la India), y Morinda (por la Universidad de Cornell y el Consejo de Alimentación y Nutrición de la India); en Cali, Colombia (por la facultad de Medicina de Universidad del Valle y la Universidad de Michigan); y en Guatemala

En el otoño de 1972, algunas de estas fuerzas convergieron con la creación en el mit del programa internacional de planificación nutricional, iniciado con una donación de la Fundación Rockefeller, apoyado luego con fondos de US AID, y concebido como un proyecto multidisciplinario conjunto del Departamento de Nutrición y Ciencia Alimentaria y del Centro de Estudios Internacionales del mit, que incluía en su ámbito no solo a los nutricionistas, los expertos en alimentos y los médicos sino además a economistas, demógrafos, politólogos, ingenieros, antropólogos y urbanistas. El programa se fortaleció al asociarse, en 1977, con el Programa mundial de hambre de la Universidad de Naciones Unidas (UNU) y con la Escuela de Salud Pública de Harvard. El Programa Harvard/MIT de alimentación y nutrición se convirtió, junto con el Programa internacional de nutrición de la Universidad de Cornell, en el principal centro de capacitación para los estudiantes extranjeros que buscaban en él capacitación de alto nivel en el nuevo campo de "la ciencia alimentaria y nutricional internacional" con el patrocinio de sus gobiernos o de organismos internacionales.[4]

El nuevo enfoque para los problemas de la desnutrición y el hambre en el Tercer Mundo se desarrollaba simultáneamente en algunas universidades y centros de investigación, sobre todo de Estados Unidos e Inglaterra (con la participación de algunos expertos en salud y nutrición del Tercer Mundo que se hallaban vinculados a los proyectos que mencionamos antes). El trabajo de este grupo relativamente pequeño de académicos y expertos se consolidó y recibió el impulso de dos publicaciones que aparecieron en 1973. Una de ellas, editada por figuras importantes del nuevo campo (Berg, Scrimshaw y Call 1973), surgió de la Conferencia del MIT en 1971.[5] La segunda, *The Nutrition Factor*, escrita por Berg (1973) habría de cumplir un papel decisivo en la creación del campo de planeación y políticas de

(por el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá, Incap, instituto de investigación creado por Naciones Unidas en cooperación con el Departamento de Nutrición y Ciencia Alimentaria del mit). Algunos de ellos fueron concebidos como proyectos de investigación sobre la etiología de la desnutrición y los determinantes del estado nutricional. Otros fueron establecidos como proyectos piloto en salud, nutrición y planificación familiar. Berg (1981) presenta un breve análisis de algunos de ellos; véase también Levinson (1974). Austin, ed. (1981) resume el estado más avanzado de la intervención en nutrición, con base en cinco volúmenes separados preparados por el Instituto Harvard del Desarrollo Internacional por encargo de la Oficina de nutrición de us aid.

4 Parte de esta historia se esboza en Scrimshaw y Wallerstein, eds. (1982)

5 Nevin Scrimshaw era en esa época, y fue por muchos años, jefe del Departamento de Nutrición y Ciencia Alimentaria del mit. Scrimshaw y Alan Berg, de la División de Nutrición del Banco Mundial, fueron las figuras más influyentes en las agendas de investigación y las políticas en el campo de la nutrición internacional. Scrimshaw tenía nexos importantes con la Fundación Rockefeller, la Universidad de Naciones Unidas, y con organizaciones como la fao y la oms. Alan Berg trabajó con los programas de intervención nutricional e investigación de us aid en la India durante los años sesenta. Luego estuvo vinculado al Instituto Brookings, y a mediados de los setenta al Banco Mundial. Berg también tuvo nexos estrechos con el Programa Internacional de Planeación Nutricional de mit.

alimentación y nutrición. De hecho, puede identificarse el origen textual de la nueva estrategia con la publicación de este libro, cuyo autor afirmaba enérgicamente que la nutrición debía considerarse como factor esencial en la planeación y la política del desarrollo nacional. Las intervenciones limitadas y fragmentarias de décadas anteriores, sostenía, ya no eran suficientes ante la severidad de los problemas que afectaban al Tercer Mundo. "Se necesitan urgentemente un análisis y planificación nutricional globales de conjunto", insistía Berg (1973: 200).

El nuevo enfoque se bautizó como planeación nutricional, o en las versiones siguientes, Planificación y política de alimentación y nutrición (FNPP). La historia del surgimiento de esta estrategia en los años setenta y de cómo floreció y se eclipsó una década más tarde, dando origen a todo un cuerpo cognoscitivo, así como a un sinfín de programas e instituciones en muchos países del Tercer Mundo, constituye un ejemplo clarísimo de la forma en que opera el desarrollo. "La respuesta a la desnutrición en la mayoría de los países es modesta, fragmentada y carente de orientación operativa", escribió Berg acerca de los bien aceptados programas de nutrición del momento, como la alimentación infantil institucional, la educación nutricional, la producción de alimentos ricos en proteínas, la nutrición pediátrica en hospitales y centros de salud, y la ayuda alimentaria. "Para que la nutrición ocupe un lugar en el desarrollo, debemos dirigir nuestra atención hacia la forma y el alcance de la planificación y programación nutricional… Ambas requieren cambios radicales" (1973: 198, 200). Además,

> En otros campos existen hoy enfoques de planeación aceptados que pueden y deben adaptarse para propósitos nutricionales… La estrecha relación entre la desnutrición y las fuerzas socioeconómicas exige un enfoque sistemático y comprensivo en el análisis de la planificación… En los programas de nutrición es esencial contar con liderazgo fuerte y con una organización vigorosa, dirigida por objetivos con una clara orientación (Berg 1973: 200–202).

El nuevo profesional se distinguiría con claridad del experto científico que había sido, hasta entonces, amo y señor del campo de la nutrición:

> En una actividad nutricional exitosa… los asuntos trascienden la clínica, el laboratorio y el campo de los proyectos experimentales. La preocupación se desplaza hacia las operaciones, las comunicaciones, la logística, la administración y la economía, y la necesidad cambia hacia planificadores, programadores y administradores profesionales… Todo apunta hacia una disciplina o subdisciplina nutricional incluyendo a profesionales que posean habilidades en planificación y diseño de proyectos. Se requieren programadores nutricionales o "macronutricionistas" para convertir los hallazgos de la comunidad científica en programas de acción a gran escala (Berg 1973: 206–207).

La nueva disciplina pretendía ser un acercamiento sistemático y multidisciplinario que capacitaría a los planificadores nutricionales para diseñar planes integrales y multisectoriales capaces de desempeñar el liderazgo en la planeación del desarrollo. Los pilares de la subdisciplina eran, de un lado, la elaboración de modelos complejos de los factores que regulan el nivel nutricional de una población particular y, del otro, una serie de sofisticadas metodologías que permitirían a los planificadores el diseño y dirección eficaz de planes nutricionales y alimentarios. La columna vertebral de la metodología era "una secuencia de planeación nutricional", resumida así por Berg y Muscatt:

> La secuencia de planificación nutricional comienza con una definición de la naturaleza, alcance y tendencias del problema nutricional, seguida de un enunciado preliminar de los objetivos generales. Continúa con una descripción del sistema en el que surge la condición nutricional. En el proceso de identificar las causas, el planificador comienza a darse cuenta de qué programas y políticas son relevantes para los objetivos. Sigue una comparación de las alternativas, que a su vez lleva a la construcción de un programa nutricional interrelacionado. La selección final de los objetivos, programas y proyectos surge después de un proceso presupuestal y político en el cual los programas para atacar la desnutrición se confrontan con otras solicitudes de recursos, y, si es necesario, se rediseñan de acuerdo con las asignaciones presupuestales reales. El último paso es la evaluación de las acciones realizadas, retroalimentando las conclusiones en las rondas subsiguientes del proceso de planeación (Berg y Muscatt 1973: 249).

Berg y Muscatt también presentaban descripciones detalladas de la forma de llevar a cabo la secuencia de planeación: cómo identificar "el problema", determinar "el grupo objetivo", fijar los objetivos, analizar las causas y los diferentes cursos de acción, y así sucesivamente. Al abrazar el espíritu de planeación que reinaba en el período, afirmaban que seguían un enfoque de sistemas para la identificación y solución de problemas. En otras palabras, no solo trataban de identificar y combatir las causas inmediatas, sino que reconocían la naturaleza sistémica de la desnutrición y la necesidad de emprender un ataque concertado contra los muchos factores causales. Todas las metodologías que siguieron el modelo Berg-Muscatt entre 1973-1982 afirmaban seguir un enfoque de sistemas. No es nuestra intención discutir aquí los diversos modelos propuestos, sus diferencias y virtudes o carencias, que otros autores han estudiado muy bien.[6] Nuestra intención es en cambio analizar los FNPP como campo discursivo, y analizar las prácticas de diseño de políticas que involucra y su efecto sobre la construcción del hambre.

---

6 Véanse los recuentos de los modelos de planeación de Lynch (1979), Hakim y Solimano (1976) y Field (1977).

La planificación y política nutricional y alimentaria surgió entonces como subdisciplina a comienzos de los años setenta. Claro que la delimitación de campos y su asignación a expertos no era algo nuevo; es un rasgo significativo del surgimiento y la consolidación del Estado moderno. Lo que generalmente pasa inadvertido es la forma en que una nueva subdisciplina introduce un conjunto de prácticas que permite a las instituciones estructurar políticas públicas, realizar exclusiones y modificar las relaciones sociales. Incluso panaceas por largo tiempo elogiadas, como la revolución verde, todavía viva, fueron catalogadas tácticamente como fracasadas o insuficientes como parte del proceso de abrirle campo al FNPP, sin examinar a cabalidad sus resultados o sus fallas. Sobra decir que la revolución verde no se desmontó, sino que quedó inmersa en la nueva estrategia. La visión del hambre que emergía del FNPP era aún más aséptica e inofensiva porque estaba incrustada en el lenguaje de la planeación y respaldada por cantidades inmensas de datos obtenidos por medio de las metodologías más sofisticadas.

A comienzos de los ochenta se habían dedicado numerosos seminarios y volúmenes al FNPP, y se estructuraban planes de nutrición y desarrollo rural en muchos países asiáticos y latinoamericanos.[7] Las agencias técnicas de Naciones Unidas con injerencia en la alimentación y el hambre (la FAO y la OMS) habían santificado el nuevo enfoque en un informe técnico conjunto (FAO-WHO, 1976) y, junto con el Banco Mundial y un grupo de agencias internacionales de desarrollo, trabajaban asesorando y financiando los nuevos programas. De nuevo, como en el pasado, “la comunidad internacional de nutrición y desarrollo” tenía la firme convicción de que el control de la desnutrición y el hambre estaba a su alcance. De nuevo, sin que nadie se sorprendiera, el logro se vería frustrado: a mediados de la década de los ochenta la mayor parte de los programas realizados bajo el hechizo del FNPP se estaba desmantelando.[8]

Sería demasiado fácil explicar una situación tan paradójica –la persistencia de problemas como la desnutrición y el hambre frente a la multitud de programas realizados en su nombre– como reflejo del “proceso de aprendizaje” que las instituciones deben vivir como parte del “esfuerzo del desarrollo”. Pero uno comienza a sospechar que lo que está en juego en realidad no es la erradicación del hambre (aunque los planificadores la desearan de todo corazón), sino su multiplicación y dispersión en una fina red, un juego de visibilidades móviles

---

7 Véanse, además de los volúmenes ya citados, a Joy y Payne (1975), Anderson y Grewald, eds. (1976), FAO/OMS (1976), Winikoff, ed. (1978); Mayer y Dwyer, eds. (1979); Aranda y Sáenz, eds. (1981); Teller, ed. (1980), Berg (1981); Austin y Esteva, eds. (1987).

8 Dos libros, uno escrito por un alto representante del Banco Mundial (Berg 1981), y otro preparado para el Banco Mundial por un profesor de Harvard y dos de Stanford (Timmer, Falcon y Pearson 1983) declararon oportunamente la muerte del FNPP a comienzos de los años ochenta, cerrando con ello un ciclo y abriendo otro, esta vez con un énfasis más pragmático en la política alimentaria. Sin embargo, a diferencia de sus contrapartes nutricionales en algunos países, los programas de desarrollo rural integrado continúan existiendo.

difícil de observar con claridad. Sin embargo, como lo aclara Ferguson en su estudio sobre el desarrollo de Lesotho, el fracaso de los proyectos de desarrollo tiene efectos poderosos. Y dado que el "fracaso" constituye más la regla que la excepción, tiene mucha importancia examinar en qué niveles y de qué forma los programas y proyectos de nutrición, salud y desarrollo rural producen sus efectos. La pregunta nos adentra aún más en la dinámica real de creación e implementación de sus estrategias.

## *El FNPP en América Latina: las prácticas ocultas de la planeación*

Los primeros años de la década del setenta fueron el período de gestación de la estrategia de planificación y políticas de alimentación y nutrición en diversos lugares del mundo. En América Latina el interés por la formulación de políticas nacionales de alimentación y nutrición comenzó a aumentar desde 1970 en los ministerios de salud y agricultura y entre los representantes residentes de organismos internacionales que estaban en contacto con las nuevas tendencias. Como respuesta a este creciente interés, varias agencias de Naciones Unidas (FAO, OMS, la Organización Panamericana de la Salud, el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), la Comisión Económica para América Latina, Cepal, y la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura-Unesco) crearon en 1971 el Proyecto interagencial de Promoción de Políticas de Alimentación y Nutrición (PIA/PNAN). El proyecto, con sede en Santiago de Chile, fue crucial para la difusión de la nueva ortodoxia de la planificación alimentaria y nutricional en América Latina.

La primera tarea que realizó el PIA/PNAN fue la elaboración de una *Guía metodológica para la planificación de políticas nacionales de alimentación y nutrición* (PIA/PNAN, 1973a). En marzo de 1973 se convocó en Santiago una reunión para discutir el documento con un grupo de expertos latinoamericanos e internacionales, la mayor parte de los cuales estaban vinculados con gobiernos nacionales o con agencias de Naciones Unidas. El propósito de la reunión de diez días era ponerse de acuerdo respecto de la metodología de planeación más adecuada que el pia/pnan debía distribuir entre los gobiernos latinoamericanos, con base en la premisa de que el problema de alimentación y nutrición "tenía sus raíces en una serie de factores económicos, sociales, culturales, ambientales y sanitarios estrechamente ligados entre sí" y que por consiguiente "se requería un enfoque multisectorial" (PIA/PNAN, 1975a: 1). El Proyecto definía su enfoque así:

> Por política alimentaria y nutricional entendemos un conjunto coherente de principios, objetivos, prioridades y decisiones adoptadas por el Estado y llevadas a cabo por sus instituciones con el propósito de proporcionar a toda la población del país la cantidad de alimento y de otros elementos sociales, culturales y económicos indispensables para el adecuado bienestar

> alimentario y nutricional. Esta política debe ser un componente integral del plan nacional de desarrollo del país, y cada país debe luchar para llevar a cabo el contenido de esta definición de acuerdo con sus propias capacidades, recursos y estadio de desarrollo (PIA/PNAN, 1973b: 6).

La *Guía metodológica*, acompañada de elegantes diagramas de flujo, contenía una descripción del proceso de planeación así como instrucciones detalladas para su aplicación. El énfasis del documento se hallaba en el análisis de estrategias nutricionales y alimentarias globales e integradas, con el propósito ulterior de formular un Plan Nacional de Alimentación y Nutrición. El PIA/PNAN adhería a un tipo de análisis en el cual el nivel nutricional de una determinada población se consideraba producto de una serie de factores agrupados bajo tres categorías: oferta de alimentos, demanda de alimentos y utilización biológica de los alimentos, incluyendo los siguientes elementos:

1. Oferta de alimentos: producción de alimentos (de acuerdo con los recursos de un país, tipos de cultivo, condiciones del cultivo, política alimentaria, apoyo institucional, etcétera); balanza comercial de alimentos (importaciones y exportaciones, comercio exterior, precios internacionales, acuerdos de comercio, ayuda alimentaria); comercialización de alimentos (mercadeo, carreteras, infraestructura de almacenamiento, precios, procesamiento).

2. Demanda de alimentos: factores demográficos (tamaño y ritmo de crecimiento de la población, estructura de edades, distribución espacial, migración); factores culturales (nivel educativo general, educación nutricional, valores culturales y hábitos alimenticios, lactancia y prácticas de alimentación infantil, vivienda y facilidades para la preparación de alimentos); condiciones económicas (empleo y salarios, distribución del ingreso, acceso a los medios de producción, ubicación rural versus urbana); factores de consumo (composición de la dieta, subsidios a los alimentos).

3. Utilización biológica de los alimentos: factores sanitarios (servicios de salud, prevención y control de enfermedades contagiosas, vacunación, educación en salud); factores ambientales (acueductos, sanidad, alcantarillados, control de calidad de los alimentos).

La base del modelo PIA/PNAN es una representación de la manera en que se interrelacionan los aspectos de las tres esferas en la etiología de la desnutrición. El "modelo explicativo del proceso de desnutrición en América Latina", como se llamó el enfoque, "describe el modo en que se interconectan estas fuerzas en la generación del alto grado de desnutrición que afecta a un gran segmento de la población latinoamericana" (1975b: 1). Armado con esta teoría, el PIA/PANN

procedió a establecer su presencia en la mayoría de los países del área. El primer paso, siguiendo una secuencia similar a la de Berg, fue acopiar información con el objeto de preparar un diagnóstico de la situación alimentaria y nutricional del respectivo país. Se recolectó información sobre todos los factores relacionados con la oferta, demanda y utilización biológica de los alimentos, ya fuera de los datos existentes o mediante encuestas diseñadas para el efecto. Los instrumentos más comunes eran las cuentas nacionales de balance alimentario, que contenían estimativos de la disponibilidad de diversos alimentos en el país, expresados en calorías y nutrientes, y convertidos, después de compararlos con los estándares recomendados, en "brechas nutricionales": encuestas de gasto de los consumidores, de consumo alimenticio de los hogares, y médicas y antropométricas, destinadas especialmente a evaluar el nivel nutricional de los niños. Además, se recogía información acerca de factores de salud, sanidad, empleo, agricultura y población. Los datos se utilizaban para identificar déficit alimenticios, problemas nutricionales y adecuación de los servicios. El resultado era una radiografía del "problema nutricional" del país en cuestión.

El segundo paso era establecer proyecciones de oferta y demanda de alimentos. Las proyecciones eran necesarias para identificar brechas en la producción agregada por cultivo, las cuales servirían de base para la política de producción agrícola. Las proyecciones se calculaban de acuerdo con procedimientos estadísticos y econométricos de rutina (funciones de producción y demanda, restricciones presupuestales, etcétera), tomando en cuenta factores económicos y demográficos (crecimiento del PIB, tasa de crecimiento de la población, incrementos en la productividad, tendencias en la distribución del ingreso, elasticidad-ingreso de la demanda para diferentes alimentos, etcétera). Una vez preparadas las proyecciones, el siguiente paso es considerar las políticas necesarias para satisfacer las proyecciones. Para tal fin, la *Guía* presenta todas las políticas relevantes para la producción, comercialización y comercio internacional de alimentos; las de población, ingreso, educación y ayuda alimentaria; y las de sanidad, salud y nutrición. Luego de examinarlas a la luz del diagnóstico del problema y de los objetivos ya establecidos, viene el proceso técnico de seleccionar las políticas y programas más apropiados según las condiciones y posibilidades del país. Es en este momento cuando se deciden las prioridades y se asignan los recursos. Se asignan responsabilidades para la ejecución y se escoge un marco temporal. También hay que tomar decisiones en materia de cooperación internacional técnica y financiera… Los programas deben evaluarse periódicamente poco después de comenzar su implementación (PIA/PNAN, 1973b: 3,4).

Para llevar a cabo el diseño, el proyecto recomendaba la creación de una unidad especial de planificación nutricional dentro de la oficina nacional de planeación. Esta unidad, también recomendada por Berg (1973) y Joy y Payne (1975), dependería de un consejo nacional de alimentación y nutrición, conformado por los más altos representantes del gobierno (el presidente y los ministros del área o

sus delegados). El apoyo técnico sería suministrado por universidades, institutos de investigación y entidades gubernamentales especializadas (del tipo de los institutos de nutrición), y, se sobrentiende, los consultores internacionales.

¿Cómo llegó el PIA/PNAN a difundir su credo en América Latina? El primer paso, facilitado por su estatus de proyecto de Naciones Unidas, era establecer contacto con las entidades pertinentes de cada país y ponerlas al tanto de la existencia del Proyecto. Acto seguido se celebraba una reunión con los representantes de las instituciones –incluyendo la oficina de planeación nacional, los ministerios de agricultura, salud, educación, economía y desarrollo, y el instituto nacional de nutrición– en la cual se presentaban y discutían el marco teórico del Proyecto y su metodología. Un paso importante en este punto era promover la creación de una unidad de planeación nutricional, a la cual el PIA/PNAN prestaría todo su apoyo técnico y financiero para la tarea de comenzar el proceso de formular una política nacional de nutrición. En algunos países el apoyo se complementaba con fondos y asistencia técnica de otras agencias, particularmente de la FAO y la US AID. Las negociaciones continuaban hasta que el país empezaba su primer plan nacional de nutrición. Una vez éste estaba en marcha, en la mayoría de los casos, la vinculación del Proyecto se limitaba a apoyar el componente evaluativo del plan. Y con ello se cerraba el ciclo del compromiso por parte del PIA/PNAN.[9]

En 1975, el PIA/PNAN realizaba actividades en cerca de quince países de América Latina y el Caribe, incluyendo a Colombia (esquemas similares se introducían en varios países asiáticos, incluyendo Filipinas y Sri Lanka). Antes de discutir el papel del PIA/PNAN en la formulación del Plan Nacional de Alimentación y Nutrición de Colombia, vale la pena examinar algunos de los supuestos implícitos en este tipo de discurso de la planeación. La base del enfoque es la definición del "problema nutricional". La primera pregunta que puede plantearse al respecto es "si existe o no un mundo objetivo de problemas más allá de los problemas a los cuales las políticas mismas supuestamente se refieren" (Shaffer 1985: 375). En otras palabras, los planificadores asumen que su práctica es una descripción verdadera de la realidad, y que no está influida por su propia relación con la misma. Los planificadores no consideran la idea de que la caracterización del "sistema de alimentación y nutrición" en términos de tres esferas (oferta, demanda y utilización biológica) pueda ser una representación específica del mundo que tenga consecuencias políticas, sociales y culturales. Sin embargo, en la práctica, "las políticas construyen como problemas solo aquello que puedan manejar. Luego especifican dichos problemas en formas particulares. Por ejemplo, se refiere a la gente como categorías de grupos objetivo a los cuales pueden entregarse ciertos servicios" (Shaffer 1985: 375).

---

9 Véanse los informes de actividades del pia/pnan para el período 1975-1980, incluyendo el pia/pnan (1975a, 1975b, 1977).

Aún en el marco de un pensamiento positivista como éste, la evaluación de la desnutrición y el hambre ha estado llena de problemas. Los cálculos de la desnutrición mundial han variado desde dos tercios de su población hasta solo el 10 ó 15%. Las opciones de política se verán afectadas por el tipo de cálculo que se elija; de hecho, la fijación de normas nutricionales (patrones y requerimientos de adecuación nutricional) y grados de incidencia de la desnutrición constituye un campo de enconadas luchas científicas y políticas.[10] Por ejemplo, aunque se ha demostrado ampliamente la dificultad de la medición de déficit agregados, el énfasis en los cálculos agregados nacionales e internacionales siguen predominando, a pesar de que se han propuesto alternativas. Una de estas alternativas sugiere comenzar con un número limitado de datos sobre la forma en que individuos concretos llegan a ser desnutridos, para luego construir una clasificación funcional de los grupos de personas que permita relacionar la desnutrición con los factores ecológicos, sociales y económicos condicionantes (Joy y Payne 1975; Pacey y Payne, eds. 1985). Este enfoque requeriría actividades localizadas y participativas, como lo recomendaron los proponentes de la metodología. Esto se contrapone a instituciones como el Banco Mundial que operan sobre la base de identificar grandes déficit en la producción de alimentos, ya que éstos pueden atacarse con políticas que incorporen los intereses agrícolas evidentes en la filosofía del Banco.

Existen otras prácticas que condicionan la manera de ver los problemas. Estrategias como el desarrollo rural y la planeación nutricional se asumen "como si fueran exógenas a las mismas situaciones sociales y políticas que, sin embargo, dicen requerirlas" (Apthorpe 1984: 138). En otras palabras, las intervenciones se interpretan como remedios benéficos puestos en una herida externa por la mano del gobierno o la comunidad internacional. Los planificadores tienen fama de no considerarse a sí mismos como parte del sistema para el cual planifican. Dedican toda su atención a técnicas supuestamente racionales de política y planeación (encuestas, predicciones, algoritmos de maximización, análisis de costo beneficio) que, como ya sabemos, desconocen las situaciones locales y las fuerzas históricas

---

10 Esta controversia se refiere a varios temas, como las estimaciones macro hechas por Reutlinger y Selowsky para la desnutrición (1976). Véase la reseña que hace Payne de este libro (1977), junto con la correspondencia posterior entre Payne y Reulinger/Selowsky en la edición de noviembre de 1977 de la misma revista. Otro campo importante del debate ha sido el de los modelos llamados "pequeños pero sanos" de la desnutrición entre comienzos y mediados de los años ochenta, en los cuales se aseveraba que las cifras previas basadas en mediciones de altura y peso según la edad sobrestimaban la presencia de desnutrición al no tomar en cuenta ciertas adaptaciones en la talla corporal al bajo consumo de alimentos. Según los autores del modelo, si estas se toman, muchos de los niños "desnutridos" de hoy serían considerados "pequeños pero sanos". Las consecuencias de esta argumentación pueden ser enormes, yendo desde la negación del problema hasta un cambio en la orientación de la política, que iría de programas de nutrición per se hacia programas ambientales y de salud (que es la consecuencia favorecida por los autores del modelo). Véanse, por ejemplo, Sukhatme y Margen (1978); Payne y Cutler (1984).

concretas. Estas consideraciones son ciertas aunque, como muchos planificadores, lo saben, las metodologías estándar nunca se siguen estrictamente. El apego al método se usa para evitar discutir dónde, cuándo y quién toma las decisiones. Como lo señala Shaffer, la evasión de la responsabilidad constituye uno de los rasgos esenciales en la práctica de la política pública. Puede predecirse que los ejecutores de las políticas salvan su responsabilidad por medio de los mismos mecanismos institucionales que emplean. La responsabilidad se vuelve difícil de demostrar. En cierto sentido, la planeación existe sin actores sociales concretos.

Shaffer se refiere a modelos del tipo pia/pnan como la principal tendencia dominante o la planeación "por sentido común". Este modelo considera la política y la planeación como procesos sistemáticos basados en información y compuestos por etapas fijas (definición del problema; identificación y evaluación de alternativas; formulación de políticas; implementación de programas y evaluación). En este modelo da la impresión de que la formulación de políticas resulta de actos discrecionales y voluntarios, y no del proceso de conciliar intereses en conflicto, en el cual las alternativas son elegidas o excluidas. El modo en que se escogen las nuevas políticas y sus tecnologías se ignora por completo. Así, las agendas y decisiones parecen naturales; las decisiones parecen desprenderse automáticamente del análisis, y parece que nunca podría haberse tomado una decisión diferente. Las decisiones son, en realidad, resultados inevitables cuya génesis es casi imposible de identificar porque los debates y las decisiones reales quedan escondidas por el modelo. Al ver la formulación de políticas como resultado de un proceso racional se omite la cuestión de otras alternativas posibles.

Otra consecuencia del concepto de planeación como secuencia de etapas lineales es el supuesto de que la formulación de políticas y su implementación son etapas separadas, como si la "implementación" fuera un problema de otra entidad ("las agencias ejecutoras"), e independiente de las políticas. Esta separación se emplea con frecuencia para evaluar el desempeño de las políticas: la estrategia falló o careció de eficacia porque se interpuso la "política", o porque las entidades ejecutoras no hicieron bien su trabajo, o por falta de fondos o de personal capacitado, o por una larga lista de "obstáculos a la implementación" que nunca se ven en relación con la formulación inicial de la política. Estas vías de escape se utilizan continuamente para explicar el fracaso de programas y añadir nuevos insumos al proceso de planeación. La soberanía de los datos contribuye a ello. Como lo demuestra Hacking (1991), todo dato viene acompañado de medidas administrativas y de una categorización de la gente que busca que esta se conforme al universo práctico y discursivo de la burocracia. Esto se nota aún más cuando se asume la existencia de escasez de recursos o servicios. Otra vía de escape es el supuesto de que es dable identificar qué alternativa es más o menos racional independientemente de presiones políticas. La racionalidad queda reforzada por el uso de un discurso de tipo "fisicalista" (Apthorpe 1984), es decir, de un discurso que pone el acento en los aspectos físicos (factores de producción, precios,

conceptos médicos). Aun cuando se toman en cuenta los aspectos sociales, éstos quedan reducidos al lenguaje de la probabilidad o a otros factores técnicos, lo mismo que sucede en los análisis de distribución del ingreso.

En síntesis, la existencia misma de modelos como el pia/pnan permite que gobiernos y organizaciones estructuren políticas y construyan problemas de tal manera que la construcción en sí se vuelve invisible. Los análisis convencionales se centran en "lo que salió mal" en el modelo, o en si el análisis es adecuado o no. Pasan por alto así una cuestión importante: ¿Qué hicieron realmente las instituciones bajo la rúbrica de la planeación, y cómo se relacionan dichas prácticas con los resultados de las políticas? Dicho de otro modo, la formulación de políticas tiene que tomarse como una práctica que involucra teorías específicas, tipos de conocimiento, habilidades administrativas y procesos de burocratización, que son todos profundamente políticos. La deconstrucción de la planeación nos lleva a concluir que solo mediante la problematización de estas prácticas ocultas, es decir, poniendo de manifiesto la arbitrariedad de las políticas reales, de los hábitos profesionales y de la interpretación de los datos, y mediante la proposición de posibles lecturas y resultados alternativos, puede hacerse explícito el juego del poder en el despliegue aparentemente neutral del desarrollo (Escobar 1992a).

## La crisis agraria y su contención a través de la planeación en Colombia: 1972-1992

### *El camino hacia la planeación nutricional*

El primer contacto entre el gobierno colombiano y el PIA/PNAN tuvo lugar en 1971, cuando Colombia aceptó participar en el proyecto.[11] Uno de los principales participantes en los eventos iniciales registró así la importancia del PIA/PNAN:

---

11 Nuestro análisis del Plan colombiano de alimentación y nutrición (PAN) y del programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI) se basa en trabajos de campo hechos por el autor en Bogotá y Cali durante los siguientes períodos: junio de 1981 a mayo de 1982; diciembre de 1983 y enero de 1984; y durante los veranos de 1990 y 1993. Durante el primer período mencionado el autor participó diariamente en las actividades de los planificadores del PAN y el DRI, y recogió información sobre todos los aspectos del diseño, la implementación y la evaluación de los planes para el período 1971-1982. Además de participar como observador, el autor entrevistó a los planificadores del Departamento Nacional de Planeación (DNP), del PAN y el DRI, de los ministerios de Salud y Agricultura, del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), y de la oficina regional del PAN en Cali. Los cambios de política y programación fueron actualizados entre 1983-1984, y nuevamente en 1990.

> Especial importancia tuvo el compromiso del gobierno colombiano de participar en el Proyecto de Naciones Unidas para la Promoción de Política Alimentaria y Nutricional (PIA/PNAN), con sede en Santiago. Esta actividad tuvo gran importancia no solo porque generó un aumento en el interés gubernamental por la nutrición y la alimentación, sino también porque aportó asistencia técnica, enfoques metodológicos y, junto con la Unicef, financiación limitada pero oportuna para algunas de las actividades principales del Comité nacional de políticas de alimentación y nutrición (Varela 1979: 38).[12]

El Comité nacional de políticas de alimentación y nutrición fue creado por el gobierno en julio de 1972, con el objeto de formular recomendaciones al gobierno sobre asuntos nutricionales y alimentarios. Estos desarrollos resultaron no solo de la influencia del PIA/PNAN. Uno de los principales eventos en el triste escenario del hambre durante aquellos años fue la crisis mundial de alimentos, que llevó a la famosa Conferencia mundial de alimentos de noviembre de 1974. En la conferencia, realizada en Roma bajo los auspicios de la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), todos los países del globo se comprometieron a acabar con el hambre, y para el efecto se dictaron las principales pautas, incluyendo enfoques de planeación (véanse, por ejemplo, FAO 1974a, 1974b). La conferencia fue muy importante para motivar a los planificadores a imaginar acciones de proporciones nunca vistas. Los documentos de la conferencia llegaron hasta los escritorios de los planificadores oficiales de muchos países del Tercer Mundo.[13]

Volvamos al anterior recuento de los antecedentes del Plan Nacional de Alimentación y Nutrición de Colombia:

> [El Plan] fue la culminación de un largo proceso de conocimiento, experiencia y desarrollo institucional a lo largo de tres décadas… El primer

---

12 El autor de esta afirmación, Guillermo Varela (1979), dirigió entre 1971 y 1975 el diseño de lo que más tarde sería el Plan Nacional de Alimentación y Nutrición. En esa época, formaba parte del personal de la división de población y nutrición del Departamento Nacional de Planeación. Así mismo, fue comisionado por el pia/pnan y Naciones Unidas para elaborar el estudio retrospectivo de los planes en cuestión.

13 Mi primer contacto con Guillermo Varela tuvo lugar en septiembre de 1975 alrededor de los documentos de la conferencia mundial de alimentación convocada por la fao en 1974. Habiendo ido a su oficina en Bogotá por una razón totalmente distinta, trabamos una animada conversación acerca de los documentos de la fao que alcancé a ver en los estantes de su oficina. Yo había estado leyendo los mismos documentos en la biblioteca de la Universidad del Valle, donde acababa de graduarme en ingeniería química. De la conversación surgió la posibilidad de solicitar una beca a través de PAN/DRI para estudios de posgrado en alimentación y nutrición, beca que obtuve posteriormente para un programa de dos años en la Universidad de Cornell. Cuando regresé de Cornell en enero de 1978, trabajé para el PAN por un lapso de ocho meses.

> paso se dio en 1942, cuando un grupo de profesionales colombianos comenzó estudios de posgrado en la Universidad de Harvard. Desde allí principió una relación larga y provechosa con esta universidad, que habría de desembocar posteriormente en la asesoría de expertos de Harvard e incluso en la realización de proyectos conjuntos (Varela 1979: 31).

Uno de los proyectos fue un estudio longitudinal sobre la relación entre la desnutrición y el desarrollo mental realizado en Bogotá por científicos colombianos, norteamericanos y alemanes con el patrocinio de la Fundación Ford. En Cali se llevó a cabo un estudio similar durante los años setenta, con el concurso de dos psicólogos de la Universidad de Northwestern y la financiación de la Fundación Rockefeller y de la Fundación Nacional para las Ciencias de Estados Unidos (véanse McKay, McKay y Sinisterra 1979). La razón fundamental de los proyectos de desnutrición y desarrollo mental, y de los proyectos sobre desnutrición y capacidad laboral, en boga durante la época, era que los gobiernos actuarían con mayor vigor en caso de comprobarse científicamente que la desnutrición produce un retraso en el desarrollo mental de los niños y una reducción en la capacidad de trabajo en los adultos. Además de estos proyectos, se llevaron a cabo otros proyectos de investigación y programas piloto en los alrededores de Bogotá y Cali, sobre temas como la atención primaria en salud, el desarrollo rural y la nutrición materno-infantil con la participación de científicos y fundaciones de Europa y Estados Unidos.

Estos proyectos crearon un espacio público para discutir el "problema nutricional", aunque siempre dentro de los límites de la ciencia.[14] En realidad, aunque la Fundación Rockefeller había tomado parte en las actividades de salud pública de muchos países latinoamericanos desde finales de la primera década del siglo,[15] la investigación nutricional *per se* solo comenzó en Colombia con la creación

---

14 En algunos casos, los estudios de los años sesenta y setenta llevaron a intervenciones politizadas de activistas e intelectuales disidentes, especialmente en el campo de la salud pública. Véanse al respecto el trabajo de Yolanda Arango de Bedoya (1979) sobre atención primaria en salud (Departamento de Medicina Social de la Universidad del Valle, Cali); y el de Juan César García (1981) en República Dominicana, sobre la historia de la institucionalización de la salud. En Estados Unidos, los estudios de corte marxista acerca de la salud y el subdesarrollo también tuvieron importancia, especialmente los del *International Journal of Health Services*. Véase, por ejemplo, Navarro (1976), cuyo libro tuvo algunas repercusiones en América Latina.

15 Un recuento de las primeras actividades de la Fundación Rockefeller en el sur de Estados Unidos (particularmente el trabajo sobre el parasitismo) y en el exterior (campañas contra el parasitismo, la fiebre amarilla, la malaria y la capacitación de funcionarios de salud pública) puede hallarse en Brown (1976). El establecimiento de las facultades de medicina en universidades latinoamericanas por "los médicos Rockefeller" durante los años cincuenta (por ejemplo, la facultad de Medicina de la Universidad del Valle en Cali) también constituyó un factor de importancia en la promoción de la investigación y las actividades de nutrición y salud pública. Taussig (1978) analiza algunos programas que se

del Instituto de Nutrición en 1947 dentro del entonces llamado Ministerio de Higiene (ahora Ministerio de Salud Pública). Las actividades nutricionales lograron un alcance mucho mayor con el inicio, en 1954, de los programas de suplemento nutricional que utilizaban a las instituciones educativas y de salud existentes para distribuir alimentos donados por agencias internacionales (Care y Caritas inicialmente, y luego US AID y el Programa Mundial de Alimentos). El primer intento para coordinar e integrar las actividades de nutrición (suplementos alimenticios y educación nutricional) con proyectos agrícolas y de salud (servicios de extensión, huertas caseras y escolares, transferencia tecnológica) fue el Programa Integrado de Nutrición Aplicada, que comenzó a mediados de la década del sesenta con el apoyo considerable de organismos internacionales y agencias voluntarias. Durante los años sesenta se llevaron a cabo también numerosas encuestas, proyectos de salud e investigaciones tecnológicas en pequeña escala (Grueso s.f.).

A pesar de todas estas actividades, no existía una política global de alimentación y nutrición. La mayoría de programas nutricionales estaba ligada a la ayuda alimentaria internacional, cuyo origen bien conocido era la necesidad de Estados Unidos de deshacerse de sus excedentes agrícolas donándolos a las naciones amigas del Tercer Mundo (Lappé, Collins y Kinley 1980). Cuando el PIA/PNAN llegó a Colombia, y ante la crisis mundial de alimentos de comienzos de los setenta, las condiciones para una estrategia más amplia y de conjunto estaban dadas. Pero a pesar de la importancia de la lenta estructuración institucional de la salud y la nutrición públicas, tal vez el factor que más incidió en la aparición de las nuevas estrategias fueron los cambios ocurridos en el sector rural desde 1950, que alcanzaron su clímax a finales de los sesenta con un activismo político campesino sin precedentes y la profunda crisis de la producción agrícola. Las nuevas estrategias se originaron en esta situación, compartida por Colombia y muchos otros países latinoamericanos.

Para entender el sentido de la política colombiana de alimentación y nutrición de los años setenta y ochenta es necesario analizar las características políticas y económicas que determinaban el campo. Estas condiciones favorecían y requerían simultáneamente un nuevo orden social, político y económico para la Colombia rural. Las nuevas estrategias de nutrición y desarrollo rural cumplieron un papel clave en dicho ordenamiento. En la sección siguiente sintetizaremos brevemente los principales rasgos de la crisis agraria colombiana que llegó hasta comienzos de la década del setenta, antes de continuar con nuestro recuento del Plan Colombiano de Alimentación y Nutrición.

llevaron a cabo en el Valle del Cauca con patrocinio de la Fundación Rockefeller, así como sus consecuencias para el campesinado local.

## *La economía política de la alimentación y nutrición entre 1950 y 1972*

En 1950 dos tercios de la población colombiana vivía en áreas rurales y la agricultura producía cerca del 40% del Producto Interno Bruto (PIB) del país. En 1972 las proporciones se habían reducido al 50 y el 26% respectivamente (en 1985 la población rural se estimó en 30%). En contraste con ello, las ciudades más grandes crecían a ritmos anuales del 7% o más y el sector manufacturero también se expandía con rapidez al tiempo que la economía continuaba diversificándose y el país pasaba de la economía rural a la urbana. Sin embargo, la decadencia de la agricultura no fue un proceso uniforme. Una mirada más cercana revela una tendencia al estancamiento, en particular en los cultivos campesinos y altas tasas de crecimiento de los cultivos producidos por los agricultores capitalistas bajo condiciones modernas. También muestra cambios sociales y culturales significativos, y el empobrecimiento masivo de los campesinos. Estos aspectos –estancamiento de la producción campesina, empobrecimiento del campesinado y los concomitantes cambios sociales y culturales– sirvieron de antecedente a las estrategias de salud, nutrición y desarrollo rural de los años setenta y ochenta.

Uno de los rasgos más destacados de la transición agraria entre 1950 y 1972 fue el rápido crecimiento de los cultivos producidos bajo condiciones capitalistas modernas –es decir, un alto grado de mecanización, utilización de insumos químicos y de tecnología– como los de algodón, caña de azúcar, arroz y soya. En conjunto, estos cultivos comerciales crecieron a un ritmo anual de 8,2% durante los veintidós años mencionados, a un ritmo casi cinco veces mayor que cultivos más tradicionales, como fríjol, yuca y plátano, y casi tres veces más rápido que cultivos producidos bajo condiciones mixtas, (capitalistas y tradicionales) incluyendo maíz, café, papa, trigo, tabaco, cacao y banano. Inicialmente, la agricultura comercial basó su rápido crecimiento en el dinamismo del mercado doméstico, surgido de la creciente demanda industrial de productos agrícolas y de cierto incremento en el ingreso familiar (resultante de la urbanización y la industrialización). Una vez satisfecha esta demanda, el sector agrícola continuó expandiéndose, básicamente a través de los mercados externos y gracias a la sustitución continua de la dieta tradicional por productos destinados sobre todo al consumo urbano, producidos por la creciente industria alimenticia. En contraste, los cultivos tradicionales se encontraban al otro lado de la escala de crecimiento. Si bien los cultivos comerciales experimentaban tasas espectaculares de crecimiento, los cultivos campesinos estaban casi estancados. Este es el primer rasgo de la agricultura colombiana (y de casi toda la agricultura latinoamericana) durante las dos primeras décadas del desarrollo: crecimiento espectacular del sector moderno y estancamiento del tradicional.[16]

---

16 Para un análisis de la agricultura colombiana del período, véanse Kalmanovitz (1978), Arrubla, ed. (1976); Bejarano (1979, 1985); Rojas y Fals Borda, eds. (1977); Moncayo y Rojas (1979); Fajardo (1983); Perry (1983); Ocampo, Bernal, Avella y Errázuriz (1987);

Veamos ahora cómo explican los economistas marxistas el anterior patrón de desarrollo agrícola desigual. Parte de la respuesta, en esta línea de pensamiento, se encuentra en la estructura de clase de la producción agrícola (Crouch y de Janvry 1980). Los llamados cultivos tradicionales son producidos y consumidos principalmente por campesinos, aunque algunos de ellos también forman parte de la dieta urbana (como el fríjol, en el caso colombiano). En cambio, los cultivos comerciales, son producidos por agricultores capitalistas con destino bien sea al consumo urbano (es el caso de los bienes salariales, como el arroz y el azúcar, siendo el arroz la principal comida de la clase trabajadora urbana), para consumo industrial o suntuario (soya, algodón, carne vacuna, champiñones), o para exportación (flores, bananos o café, que ahora se produce más que todo en fincas entre 10 y 100 hectáreas o más). La clase social es por lo tanto el principal determinante de la producción y el consumo. El arroz, producido por los capitalistas, ha tenido la mayor tasa de crecimiento en algunos países latinoamericanos, mientras que los alimentos campesinos han tenido sistemáticamente las menores tasas, y algunos cultivos se encuentran entre ambos extremos.

Lo anterior refleja, a su vez, una serie de determinantes históricos, políticos y agroeconómicos. Del lado político, los agricultores capitalistas tienen mayor influencia política que los campesinos. La elite terrateniente, tradicionalmente poderosa en Colombia, ha sido capaz de mantener un alto grado de control sobre el aparato estatal, a pesar de que el gobierno la ha presionado para que modernice sus métodos de producción. De hecho, la reforma agraria iniciada por el gobierno a comienzos de los años sesenta tenía como objetivo básico obligar a los grandes terratenientes a adoptar formas de cultivo más eficientes. La influencia política de esta clase se tradujo en políticas estatales, como las medidas proteccionistas para cultivos comerciales y el acceso privilegiado a servicios, investigación, tecnología, crédito e irrigación. El arroz, por ejemplo, se benefició de la investigación realizada en los mejores centros, se le protegió de importaciones a bajo precio, y gozó de gran acceso al crédito y a los precios de sustentación. Al mismo tiempo, la producción de trigo, un cultivo campesino en Colombia, se estancó como resultado de las importaciones a bajo precio que permitió el gobierno aprovechando la ayuda alimentaria. En contraste con ello, el trigo mexicano, que era un cultivo capitalista, gozó de medidas similares a las que tuvo el arroz en Colombia. No es coincidencia que el trigo mexicano y el arroz colombiano fueran protagonistas de la revolución verde. Entre los determinantes agroeconómicos, la capacidad para responder ante los insumos y la irrigación, a las condiciones geográficas, la intensidad del factor trabajo y las condiciones de la demanda influyeron para que los cultivos se modernizaran o siguieran siendo tradicionales (Crouch y de Janvry 1980; de Janvry 1981).

---

Zamocs (1986). Esta presentación se basa principalmente en los trabajos de Kalmanovitz y Fajardo. El análisis de la política económica agraria se basa en Kalmanovitz (1978), Fajardo, ed. (1991); de Janvry (1981); y Crouch y de Janvry (1980).

El aumento en la producción de cereales en América Latina, continúan explicando los economistas políticos, se consideraba necesario ante la disminución de los embarques de los excedentes de grano norteamericano, y con el fin de aplacar lo que se veía como agitación social endémica de zonas rurales. La teoría del desarrollo ya había desplazado su énfasis hacia la modernización agrícola. El resultado inicial de este cambio fue la famosa (infame) revolución verde, llamada a neutralizar la rebelión social, desmovilizar a los campesinos politizados e incrementar la producción, proporcionando al mismo tiempo un excedente exportable. Otro factor que motivó la rápida expansión de la revolución verde fue el interés de las multinacionales productoras de insumos (fertilizantes, pesticidas, semillas mejoradas) por ampliar sus mercados.[17] De Janvry resumió así aquel conjunto de factores y sus respuestas concomitantes:

> A mediados de los sesenta decrecía la exportación de alimentos por Food for Peace o P. L. 480 a América Latina. El estancamiento de la producción doméstica de alimentos no permitía que los países con déficit alimentario compensaran la disminución en las importaciones privilegiadas, y la estrategia de industrialización basada en alimentos baratos se vio amenazada. El desarrollo de la producción de alimentos en la agricultura comercial se convirtió en el centro del reformismo. Este se intentaba mediante la transferencia de capital y tecnología a América Latina; el incremento masivo en el gasto para investigación en cultivos alimenticios (la revolución verde); el fortalecimiento de los programas de extensión: la mayor disponibilidad de crédito agrícola, y el ingreso de firmas multinacionales a la producción agrícola, la manufactura de insumos, y el procesamiento y la distribución de productos. Los gastos en investigación agrícola se duplicaron en términos reales entre 1962 y 1968 al tiempo que los gastos en servicios de extensión agrícola aumentaron a más del doble. Se crearon centros internacionales de investigación agrícola para el maíz y el trigo (el CIMMYT en 1966 en México), cultivos tropicales y ganadería (el CIAT, establecido en Colombia en 1968), y la papa (el CIP en 1972 en Perú). Los prestamos del Banco Mundial para proyectos agrícolas, sobre todo para grandes obras de irrigación, aumentaron sustancialmente, llegando a constituir el 23% de los prestamos totales. Y en las reformas agrarias del período, el objetivo económico se hizo predominante: incrementar la producción, principalmente induciendo la modernización del sector no reformado (mediante amenaza de expropiación) (de Janvry 1981: 199, 200).

17 Almeida (1975), Franke (1974) y Cleaver (1973) presentan un análisis crítico contemporáneo de la revolución verde, especialmente en relación con la nutrición.

¿En qué consistía la "estrategia de industrialización basada en alimentos baratos", y cuál era su importancia? Según de Janvry, la industrialización de la periferia mundial depende de la disponibilidad de mano de obra barata, la cual se mantiene sobre todo a través de la provisión de comida barata y la explotación del campesinado y de la clase trabajadora urbana. El requerimiento de mano de obra barata está determinado por las "leyes de movimiento" del capital global y sus contradicciones, en formas que no viene al caso analizar aquí. El resultado es una situación estructural en la cual el sector "moderno", basado en una combinación de capital local, estatal y multinacional, coexiste con un sector tradicional o "atrasado", cuya función principal es suministrar mano de obra y comida baratas para el sector moderno (lo que de Janvry llama dualismo funcional). Dado que los sectores dinámicos de la economía son aquellos que producen con destino a las exportaciones o al sector moderno, no existe necesidad real de consolidar un mercado interno que dé cabida a la mayoría de la población. La productividad se incrementa y las ganancias se mantienen sin un aumento correspondiente en los salarios. Tal es la "lógica" de la mano de obra barata. En la periferia no existe la articulación social que existe en los países del centro, y que regula salarios, ganancias, consumo, producción y el tamaño del mercado interno. Y dado que el desarrollo en la periferia funciona de manera muy desigual entre los sectores, puede decirse que la periferia está desarticulada no solo social sino también sectorialmente.

¿Cuál es la relación entre la desarticulación y la crisis agraria? La producción de alimentos baratos se ha extendido gradualmente al sector moderno mediante tecnologías que hacen uso más intensivo de la tierra y que ahorran mano de obra. Este fue el objetivo principal de la revolución verde. Sin embargo, esta estrategia estaba llena de contradicciones. La acumulación desarticulada supone dos necesidades urgentes y contrapuestas: de una parte, la necesidad de mantener alimentos y mano de obra baratos para que la inversión sea rentable; de otra, la necesidad de generar divisas para importar la tecnología y los bienes de capital requeridos para el proceso de industrialización. En esta lucha entre el alimento para consumo doméstico y la industrialización, por una parte, y las actividades generadoras de divisas (por ejemplo, agricultura de exportación) de la otra, es esta última la que más se ha beneficiado de los recursos públicos. El resultado ha sido el estancamiento de los alimentos campesinos y la ineptitud del sector capitalista para compensar la decreciente producción campesina, debido a los sesgos contra la agricultura en general, y a la preferencia otorgada a los productos agrícolas destinados a la exportación, la industria o el consumo suntuario. Los gobiernos de América Latina y de otras regiones del Tercer Mundo han recurrido a otros medios para mantener bajos los precios de los alimentos, incluyendo políticas tan diversas como el control de precios y los subsidios. Estas políticas han desincentivado la agricultura campesina y la producción de alimentos en general. En algunos casos, sin embargo, el desarrollo del capitalismo ha sido bastante exitoso, como es el del arroz en Colombia. Otra vía fue fomentar el

desarrollo de la agroindustria, especialmente de la industria multinacional, que se consideraba útil para generar divisas. Como se sabe, esto raras veces se cumplió (Burbach y Flynn 1980; Feder 1977).

A pesar de estas tendencias negativas, en la mayoría de América Latina un gran porcentaje de los cultivos alimenticios es producido todavía por campesinos. En Colombia, por ejemplo, en 1976, época de creación del programa de Desarrollo Rural Integrado, se calculaba que el 55% de todos los alimentos de consumo directo producidos en el país aún se producía por lo que se conoce como el sector tradicional (DNP/DRI 1979). Sin embargo, los campesinos son incapaces de acumular y cada vez se los despoja más. Los que permanecen en la producción lo hacen cada vez más para el autoconsumo, y la mayoría son desplazados de sus tierras y convertidos en mano de obra proletaria (sin tierra) o semiproletaria (los que conservan algo de tierra, pero no suficiente para sobrevivir).[18] Los campesinos son empujados por fuerzas contrarias en direcciones opuestas: al tiempo que se ven obligados a servir como fuente de mano de obra barata deben seguir produciendo alimentos baratos; y tienden a volverse semiproletarios pero muestran una tendencia hacia la proletarización total. Y a pesar de que los campesinos de muchas comunidades han podido resistir la embestida del capitalismo comercial o funcionar en sus entornos manteniendo pequeñas fincas familiares, la tendencia general, afirma la mayoría, parece ser hacia la proletarización, aunque como lo demostró Reinhardt (1988), la persistencia de la finca familiar ha sido importante en algunas regiones de Colombia.

En medio de todo esto, y teniendo en cuenta todas estas "contradicciones", los programas de desarrollo rural integrado aparecieron a comienzos de los años setenta. El creciente desplazamiento del campesinado de sus tierras y su proletarización total o parcial dictada por la lógica de la mano de obra barata, aumentó la explotación de las ecologías físicas y humanas de los campesinos (degradación de los recursos y creciente explotación de mujeres y niños), y produjo hambre y desnutrición generalizadas. De esta manera, según de Janvry, las crisis agrarias y las estrategias para resolverlas deben tomarse como componentes integrales del desarrollo desarticulado. Diseñada para racionalizar la situación de la producción de alimentos siguiendo la lógica de los alimentos baratos, la revolución verde fue incapaz de cumplir su promesa, agravando con ello no solamente la situación alimentaria sino también sus manifestaciones sociales.

Hasta este momento solo hemos presentado la explicación más ampliamente aceptada de la economía política del cambio agrario en América Latina. La explicación es útil hasta cierto punto. Sin embargo, debe sometersela al análisis

---

18 En Colombia, como en otros lugares, los campesinos semiproletarios trabajan una parte del año en sus propias parcelas y migran hacia diversos lugares del país cuando encuentran trabajo estacional, como en la recolección de café y algodón o en el corte de caña.

de la economía como cultura que adelantamos en el capítulo anterior. El funcionalismo promulgado por de Janvry reduce la vida social a un reflejo de las contradicciones de la acumulación del capital. A pesar de cierto grado de análisis dialéctico, la epistemología realista (de ninguna manera interpretativa) abrazada por este tipo de análisis subordina la comprensión de la vida social a alguna fuerza "verdaderamente real", es decir, a las "leyes" del movimiento del capital, enmarcadas en la contradicción principal entre producción y circulación, la correspondiente tendencia decreciente de la tasa de ganancia, y las crisis repetidas de realización de valor y plusvalía. Sin embargo, desde una perspectiva posestructuralista, no puede existir un análisis materialista que no sea al mismo tiempo un análisis discursivo. Todo lo que hemos dicho en este libro hasta ahora apunta a que las representaciones no son un *reflejo* de la "realidad", sino que la constituyen. No existe materialidad alguna que no esté mediatizada por el discurso, y no existe discurso que carezca de relación con la materialidad. Desde esta óptica, la construcción del "alimento" y el "trabajo" y la construcción de narrativas sobre ellos deben examinarse bajo una misma luz. Para decirlo simplemente, el intento de articular una economía política del alimento y la salud debe comenzar con la construcción de objetos tales como naturaleza, campesinos, alimento y cuerpo como proceso epistemológico, cultural y político.

La naturaleza discursiva del capital resulta evidente en varias formas: por ejemplo, en la resignificación de la naturaleza en cuanto a recursos, la construcción de la pobreza como falta de desarrollo, de los campesinos como simples productores de alimentos, y del hambre como falta de alimento que exige el desarrollo rural , y en la representación del capital y la tecnología como agentes de transformación. Como veremos brevemente en el próximo capítulo, las exigencias descubiertas por los economistas políticos se basan en la capacidad del aparato del desarrollo para crear discursos que permitan a las instituciones distribuir a los individuos y las poblaciones en categorías coherentes con las relaciones capitalistas. La lógica del capital, cualquiera que sea, no alcanza a explicar completamente por qué un grupo de campesinos se convirtió en blanco de las intervenciones que estamos discutiendo. Dicha lógica habría podido igualmente "dictaminar" otro destino para el mismo grupo, incluso el de su total desaparición para dar paso al capital triunfante, lo cual no sucedió. Los análisis en términos de la economía política son, finalmente, demasiado rápidos para atribuir funciones puramente económicas a los proyectos de desarrollo; reducen las motivaciones de éstos a conjuntos de intereses que deberán ser develados mediante el análisis. Dichos análisis también creen que el discurso (como el desarrollo rural integrado) está constituido solo por ideologías o falsas representaciones de aquello que "realmente" persiguen los agentes del desarrollo (Ferguson 1990). Sin demeritar su valor, se trata de una simplificación que ya no es satisfactoria.

A comienzos de los setenta, ya eran evidentes las contradicciones de la revolución verde y la "comunidad internacional del desarrollo" –ese grupo autodenominado

de expertos y banqueros siempre dispuestos a mostrar sus buenas intenciones, a pesar de los catastróficos resultados de sus fórmulas milagrosas– estaba pronta a ofrecer una nueva solución. Súbitamente comprendieron –como si del cielo les hubiera caído una inspiración, como una nueva revelación enviada por un profeta, que no era otro que el mismo discurso del desarrollo– que los campesinos ("pequeños agricultores" ante sus ojos), después de todo no carecían de alguna importancia. Concediéndoles el nivel adecuado de atención, también podrían ser convertidos en ciudadanos productivos y, quién sabe, tal vez podrían llegar a incrementar su capacidad productiva para mantener los niveles de alimento barato requeridos para mantener los niveles necesarios de mano de obra barata para que las corporaciones multinacionales pudieran seguir obteniendo sus jugosas ganancias, las cuales, en todo caso, son apenas la retribución que les corresponde por contribuir tanto al desarrollo de tierras y gentes tan pobres.

Y directamente desde el departamento de Defensa de Estados Unidos, luego de haber reorganizado el Pentágono y de haber participado en el manejo de la guerra de Vietnam, llegó al Banco Mundial un nuevo presidente, que habría de liderar la lucha mundial contra la "pobreza absoluta", usando el desarrollo rural como su arma favorita: el señor Robert McNamara. Y ansiosa como siempre de ser el conejillo de indias de los experimentos de la comunidad internacional del desarrollo, Colombia comenzó, a mediados de los setenta, la implementación del primer programa nacional de Desarrollo Rural Integrado que se realizó en el Tercer Mundo. En la sección siguiente esbozaremos los principales componentes del programa.

## El Plan Nacional de Alimentación y Nutrición de Colombia

Ya estamos familiarizados con los principales rasgos del FNPP y de su progresiva presencia en la escena internacional: su aparición en los augustos y autorizados predios universitarios de Norteamérica y Gran Bretaña, su difusión a través del sistema de Naciones Unidas (incluyendo el Banco Mundial), y finalmente, su seguro aterrizaje en América Latina a bordo de la nave del pia/pnan. En este punto vale la pena mirar más de cerca el proceso de dispersión de esta estrategia en Colombia. En otras palabras, ver el modo en que el agro colombiano, concebido por el aparato en términos de comunidades campesinas tradicionales y de sector capitalista moderno, fue configurado por el discurso del FNPP, produciendo un sistema de difusión y de control mediante las actividades de diversas instituciones.

Recordemos que en julio de 1972 se había conformado un Comité Nacional de Alimentación y Nutrición, con participantes del más alto nivel gubernamental. A comienzos de 1973, el comité confió a un reducido grupo de técnicos del Departamento Nacional de Planeación (DNP) la tarea de formular una política nacional de alimentación y nutrición. El grupo coordinador estaba encabezado por un sociólogo colombiano posgraduado en sociología médica en la Universidad de

California en Berkeley, apoyado por dos economistas, un economista agrícola, un experto en educación y un consultor internacional, comisionado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). La primera reunión de este grupo –celebrada en la división de población y nutrición del DNP, parte a su vez de la unidad de desarrollo social– convenció a sus miembros de que el primer paso debía ser la construcción de un diagnóstico de un sistema multicausal que prestara especial atención a los factores sociales y económicos, que hasta entonces habían recibido muy poca consideración.

Los primeros meses de intenso trabajo del grupo coordinador vieron sus frutos en julio de 1973 con la publicación del primer documento titulado *Bases para una política de alimentación y nutrición en Colombia* (DNP/UDS, 1973). El documento sintetizaba y evaluaba la información disponible sobre la situación nutricional y alimentaria del país, y proponía pautas para la labor futura. En relación con la nutrición, se encontraron como problemas principales la desnutrición proteínico-calórica (de leve a severa, afectando tal vez a dos tercios de la población total infantil del país),[19] la nutrición deficiente crónica en adultos, y una serie de deficiencias nutricionales específicas (especialmente anemia por falta de hierro y deficiencia de vitamina *A*). Las deficiencias nutricionales se identificaron como uno de los principales factores de la mortalidad infantil. En cuanto a la producción de alimentos, los formularios de balance alimentario mostraban que la producción nacional era suficiente para alimentar adecuadamente a toda la población del país. Sin embargo, un análisis desagregado, reveló grandes disparidades en las cuales la gente de menores ingresos presentaba los vacíos nutricionales más serios.

El grupo coordinador identificó con lucidez que el sesgo en la distribución del ingreso en el país era el principal factor causante de la alta incidencia de la desnutrición, abriendo así el camino para una multitud de interrogantes sociales. Mientras que el 50% de la población recibía solamente el 20% del ingreso del país, el 45% de éste quedaba en manos del 10% de la población. En términos simples, la gente no recibía un ingreso que le permitiera alimentarse adecuadamente. Un estudio reciente había mostrado que el 40% de los colombianos no podría pagarse "una dieta de costo mínimo", ni siquiera dedicando todo su ingreso a la alimentación. Sin embargo, esta situación no se debía totalmente a las desigualdades en el ingreso. Se encontró que los altos márgenes de comercialización incrementaban

19 Los métodos de evaluación del nivel nutricional en la época se derivaban de la antropometría (en especial de medidas que relacionaban el peso y la edad, la circunferencia del brazo, y el grosor de la piel con el estado nutricional). La clasificación más conocida era la llamada clasificación de Gómez, que distinguía tres grados de desnutrición (leve, moderada y severa) en términos de peso por edad con relación a un estandar dado. Aunque durante muchos años las tablas de crecimiento (normal) se basaron en un estudio de Harvard de niños bien nutridos de Cambridge, Massachusetts, durante los años sesenta y setenta, muchos países comenzaron a elaborar sus propios estándares. Sobre el nivel nutricional de los colombianos, véanse Pardo (1984) y Mora (1982).

drásticamente el costo de los alimentos, en especial de los consumidores urbanos. De acuerdo con el diagnóstico del Grupo Coordinador, otros factores que influían en el nivel nutricional eran la ignorancia sobre el valor nutritivo de los alimentos y los hábitos alimenticios negativos.

Adhiriendo al estilo pia/pnan, el grupo coordinador convocó, en diciembre de 1973, una Conferencia Nacional Intersectorial sobre Nutrición y Alimentación, en las lujosas instalaciones del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT).[20] La conferencia tenía por objetivos: 1. Llamar la atención del país acerca de la magnitud de los problemas nutricionales. 2. Apoyar la tesis de que la desnutrición no es un problema solamente médico sino también económico, tecnológico, agrícola y social. 3. Convencer a los dirigentes políticos y de los grupos técnicos de la posibilidad de poner en marcha una estrategia de alimentación y nutrición capaz de revitalizar la economía del país (Varela 1979: 39).

A la conferencia, financiada por la Unicef, asistieron todas las instituciones colombianas importantes, incluido el gobierno, las universidades y las organizaciones privadas, así como representantes de las agencias de Naciones Unidas, la US AID y el Banco Mundial. La intención de la conferencia era demostrar la relación entre la nutrición y la producción agrícola, así como el rol que podría tener una estrategia de planificación que integrara ambos aspectos en la solución del "problema nutricional". Hasta la profesión médica aceptó la nueva visión, aunque con renuencia.[21]

Planificadores, economistas, agrónomos y profesionales de la salud estaban ansiosos por capitalizar la expansión sin precedentes de la intervención estatal en campos de salud y nutrición, implícita en la estrategia propuesta. El trabajo de los meses siguientes se dedicó a refinar el diagnóstico inicial, a reunir a los grupos de trabajo de los diversos organismos encargados de llevar a cabo los diferentes programas, y ahora ocupados en diseñar el plan y sus programas constitutivos. Se

---

20 El CIAT fue organizado por la Fundación Rockefeller en 1967 como punta de lanza de la revolución verde en el corazón del fértil valle del río Cauca, en el suroccidente colombiano. Para la época de la conferencia, la región experimentaba una creciente proletarización del campesinado negro, investigada por Michael Taussig (1978, 1980). Se trataba de la misma región en la que intervenía la Fundación Rockefeller, en cooperación con el establecimiento médico local, en programas de nutrición, planificación familiar e investigación en salud. La misma región, finalmente, donde el autor de este libro se encontraba realizando estudios universitarios de ciencia e ingeniería. Todos estos eventos no eran casuales, sino que estaban enmarcados por procesos de desarrollo.

21 Los profesionales de la medicina estaban incrustados sobre todo en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (icbf). Sus opiniones con respecto a la lucha por la definición de la nutrición pueden deducirse de los escritos de los médicos nutricionistas más ilustres, todos ellos relacionados de una u otra forma con el icbf, como Leonardo Sinisterra, José Obdulio Mora, Franz Pardo, R. Grueso, y R. Rueda Williamson. Véanse, por ejemplo, los trabajos presentados por Pardo (1973) y Grueso (1973) en la conferencia.

fijaron los objetivos, se seleccionaron e incluyeron en el Plan algunos cultivos, y se comenzaron las negociaciones con el Banco Mundial y otras agencias donantes.[22]

Las negociaciones con el Banco Mundial incluían suministrar a "el Banco" (como se denomina generalmente) información detallada de cada paso que se daba, y la visita al país de por lo menos cuatro misiones antes de la firma del primer convenio.[23] También fue un período de asesoría y capacitación. Algunos colombianos, por ejemplo, fueron enviados a México para estudiar los programas experimentales de desarrollo rural integrado, de los cuales también existían varios en Colombia. Esta experiencia influyó la formulación de la estrategia colombiana. Las actividades se incrementaron con la aprobación y publicación del *Plan Nacional de Alimentación y Nutrición* (PAN), en marzo de 1975 (DNP 1975a). El plan de desarrollo para el período 1974-1978, modestamente titulado *Para cerrar la brecha* (DNP 1975b), designaba al PAN y al DRI (programa de Desarrollo Rural Integrado) como las piedras angulares de la política social del gobierno. Para la época en que se publicó el PAN, sin embargo, se habían abandonado todas las consideraciones relacionadas con la distribución del ingreso. Se adujo que el gobierno tenía otros programas que en principio incrementarían el ingreso de los pobres.[24]

*Para cerrar la brecha* se proponía elevar el nivel de vida del 50% más pobre de la población. Para lograrlo, y como paso necesario para asegurar los objetivos y la evaluación adecuada del PAN y el DRI, así como para responder a los requerimientos del Banco Mundial, el grupo nacional PAN/DRI llevó a cabo un "ejercicio de regionalización" que procuraba identificar el 30% más pobre del país. El grupo quería realizar un mapa nacional de la pobreza. Para tal fin se recolectaron datos acerca de casi cien variables socioeconómicas en cada uno de los 930 municipios del país, reuniéndolas en tres indicadores principales (ingreso familiar promedio, nivel educacional y acceso a servicios). El índice ponderado permitió clasificar las áreas marginales urbanas y rurales, de modo que pudiera trazarse una línea que separaba al 30% más pobre para beneficiarse directamente de los programas sociales del gobierno. En 1979 el ejercicio de regionalización fue ajustado y mejorado por una firma privada contratada por el PAN, con

---

22 En relación con las primeras etapas de planeación, véase DNP/UDS (1974a, 1974b, 1974c, 1974d, 1975). Esta parte de la historia se reconstruyó con base en archivos y entrevistas realizadas por el autor entre 1981 y 1982 con planificadores que participaron en el proceso.

23 Véase DNP (1975b). Véase también la carta del DNP de julio de 1975 a Lawrence Casazza del Banco Mundial, que incluía varios anexos sobre diseño y financiación de los programas. La influencia de los procedimientos de financiación sobre el diseño e implementación de los programas no ha sido estudiada. Los procedimientos de desembloso de fondos del Banco Mundial para el PAN y el DRI están detallados en DNP/PAN (1979a).

24 Esta decisión fue parte de una lucha entre el director del grupo coordinador, Guillermo Varela, y el entonces jefe del Departamento Nacional de Planeación, Miguel Urrutia, que desembocó en el despido del primero y la despolitización del Plan.

el uso de datos nuevos y sofisticados modelos estadísticos y computacionales (DNP/PAN 1975a, 1976a; Instituto Ser 1980a).

El ejercicio de regionalización no tenía precedentes en el país. A comienzos de los años setenta, el gobierno francés había suministrado asistencia técnica al Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) en modelos para la recolección y utilización de indicadores sociales, en momentos en que el DNP se interesaba en los sistemas de información regional para racionalizar su plan de desarrollo. Sin embargo, obedeciendo a la doctrina del desarrollo en boga en ese entonces –divulgada al más alto nivel por Lauchlin Currie, quien habiendo obtenido ya la ciudadanía colombiana era el principal asesor económico del entonces presidente, Misael Pastrana Borrero– estos esfuerzos se encaminaban a hacer visibles los “polos de desarrollo” (regiones con alto nivel de desarrollo o con posibilidades de tenerlo), y no el “30% más pobre”. La regionalización PAN/DRI significaba entonces un retroceso táctico: a medida que los pobres se hacían cada vez más visibles, las maquinarias de la visibilidad se volcaron sobre ellos.

El Plan Nacional de Alimentación y Nutrición (PAN) tenía dos componentes principales: el programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI), que consistía en una serie de programas para aumentar la producción y la productividad de los pequeños agricultores; y un conjunto de programas de nutrición y salud dirigidos a aumentar el consumo de alimentos y la utilización biológica del alimento (siguiendo el uso del DNP, conservaremos la sigla PAN para estos últimos, es decir, excluyendo el DRI). Aunque las dos estrategias formaban una unidad conceptual, su desarrollo se hallaba dividido geográficamente por razones operativas. De esta manera, la primera fase del PAN se implementó en cerca de la mitad de los departamentos del país, o sea en aquellos que presentaban la mayor concentración de agricultores sin tierra y de trabajadores semiproletarios, al tiempo que el DRI se puso en práctica en los departamentos restantes, los que tenían una mayor concentración de pequeños y medianos agricultores. Los objetivos explícitos de PAN eran disminuir la desnutrición proteínico-calórica, especialmente en la población objetivo (mujeres embarazadas, madres lactantes y niños menores de cinco años) y contribuir a la reducción de la mortalidad infantil y de la morbilidad en general. Para lograr estos objetivos, el Plan consideraba tres tipos principales de intervención:[25]

A. Programas para incrementar la disponibilidad de alimentos

1. *Producción y distribución subsidiada de alimentos.* Constaba de dos subprogramas principales: de cupones alimenticios, y otro de distribución

25 Véanse las siguientes descripciones de programas: DNP/PAN (1975b, 1976b, 1976c, 1976d, 1976e, 1976f, 1977); DNP-PAN/IICA (1977).

directa de alimentos. En el primero se pedía a las madres que acudieran a los centros de salud para recoger cupones que podrían usarse como pago parcial para la adquisición de ciertos alimentos. El segundo era un remplazo de los programas de ayuda alimentaria externa que se estaban terminando. El principal producto que se distribuía era una harina enriquecida, la "bienestarina", producida en Colombia en una planta obtenida a través de US AID. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) sigue distribuyendo este producto.

2. *Incentivos a la producción de pequeños agricultores (Pancoger).* Estaba dirigido a semiproletarios que obtenían la mayor parte de sus ingresos del trabajo asalariado, pero que aún tenían acceso a pequeñas parcelas; o campesinos con pequeñas fincas (por lo general de 0,5 a 3 hectáreas) se les brindaba crédito y asistencia técnica, para estimularlos a producir cultivos que ayudaran a satisfacer las necesidades nutricionales de la familia. También se les brindaba educación en nutrición e insumos subsidiados.

B. Programas dirigidos a mejorar la utilización biológica de los alimentos

Estos tenían que ver con saneamiento y salud. La base de la estrategia era el programa *de* Atención Primaria en Salud (APS) que ya existía y que consistía en un sistema descentralizado articulado alrededor de los centros locales de salud y del uso de personal paramédico, a través del cual también se construyeron acueductos y servicios sanitarios. Las estrategias de atención primaria en salud estaban en ascenso en diversos lugares del Tercer Mundo desde finales de los años sesenta (normalmente en la forma de proyectos piloto) antes de ser canonizadas por las Naciones Unidas en la famosa conferencia de Alma Ata, convocada en 1978 por la Organización Mundial de la Salud. Como en el caso del FNPP, la creación de un dispositivo institucional al más alto nivel internacional obró como incentivo poderoso para que los gobiernos se embarcaran en ambiciosos proyectos para la restructuración de las estrategias de atención en salud, casi todas basadas en sistemas hospitalarios urbanos, cuyo costo no podían seguir pagando por largo tiempo. En Colombia, desde 1976, introdujo un nuevo sistema nacional de salud, diseñado según los lineamientos de la aps, y que incluía un componente de participación comunitaria.[26]

26 En 1976 se creó una oficina de participación comunitaria en el Ministerio de Salud. Este componente de participación tuvo muchos problemas desde su inicio, y a mediados de 1982 no había logrado despegar. Este año se instituyó un plan nacional de participación de la comunidad, como si la "participación" pudiera darse por decreto. Entrevistas con Edgar Mendoza y María Beatriz Duarte, de la dirección de participación del Ministerio de Salud (noviembre de 1981). Véase igualmente Ministerio de Salud (1979, 1982).

C. Programas de educación en nutrición y salud

Incluían campañas a través de los medios masivos de comunicación, educación interpersonal, capacitación profesional y huertas escolares. Las campañas a través de los medios se centraban en ciertos temas, como el uso del agua, el tratamiento de la diarrea y la lactancia materna. La educación interpersonal se apoyaba en personal paraprofesional con el fin de capacitar comunidades en diversos asuntos oportunos, como almacenamiento de alimentos, hábitos alimenticios y prácticas de lactancia. El componente profesional suministraba los recursos para la capacitación de profesionales colombianos dentro y fuera del país.[27] Con apoyo del PAN a comienzos de los años ochenta se creó un programa de posgrado en planeación nutricional en la Universidad Javeriana de Bogotá, siguiendo muy de cerca el esquema del MIT. Por último, el programa de huertas escolares procuraba enseñar a los niños del campo acerca del cultivo y consumo de alimentos nutritivos.

Los programas más pequeños se encaminaban a apoyar la producción de alimentos procesados de bajo costo y alto contenido nutricional, como pastas y galletas a base de harinas enriquecidas y productos de proteína vegetal texturizada, a través de investigación y créditos concedidos a empresas agroindustriales. Algunos de estos productos se distribuían a través del programa de cupones. Finalmente, el PAN desarrolló un significativo programa de evaluación basado en el diseño de un sistema de información para hacerle seguimiento al desarrollo del Plan. Este último componente fue sugerido por el Banco Mundial.

No resulta fácil evaluar los resultados de estos programas en relación con sus objetivos declarados (la reducción del hambre y de la desnutrición para el 50% de la población objetivo). Las evaluaciones del mismo PAN se fundamentaban en encuestas cada vez más complejas y costosas.[28] Los resultados de la encuesta nacional de hogares ("definitiva"), llevada a cabo en 1981, solo fueron entregados en 1984, cuando el PAN estaba ya desapareciendo para la mayor parte de sus efectos prácticos. Como lo expresara en 1986 uno de los jefes de

27 Numerosos colombianos recibieron capacitación avanzada en el programa de planificación nutricional internacional del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts). Un egresado del programa se convirtió en jefe del PAN en 1979. El autor de este libro pasó dos años en el programa de nutrición internacional de la Universidad de Cornell gracias a una beca del PAN.

28 Como parte del programa de evaluación, el PAN contrató con el Instituto Ser, un instituto privado, la realización de varias encuestas. Véase Instituto Ser (1980b, 1981). Las encuestas anteriores a las realizadas en 1979 tuvieron, sin embargo, serios problemas de muestreo, no logrando construir una línea de base (entrevista con Franz Pardo, unidad de evaluación del PAN, 6 de noviembre de 1981). En 1981, el Dane llevó a cabo una encuesta nacional en cooperación con el PAN y el DRI, que suministró a los planificadores una visión más desagregada de la situación alimentaria y nutricional del país (Pardo 1984). Tanto el PAN como el DRI producían informes rutinarios de evaluación, aunque estos estaban restringidos a datos como el desembolso de recursos, metas físicas, etcétera.

la unidad de evaluación del PAN, "No se ha hecho una evaluación significativa del impacto general del Plan, y probablemente nunca se hará" (Uribe 1986: 58). Uno se pregunta si un porcentaje significativo del presupuesto del PAN, pagado por los colombianos pobres, no se desperdició en programas ineficaces. La prestación de servicios básicos de salud a través de los centros de atención primaria en salud (APS) fue en general deficiente. Las cifras del número de personas atendidas por las aps tendían a estar infladas; en algunos casos la comunidad se consideraba cobijada por el programa simplemente porque el promotor de salud la había censado. Los problemas en la capacitación del personal paramédico, la renuencia de los profesionales de la medicina a delegar responsabilidades, el inventario inadecuado de suministros para los centros, y los astronómicos costos de operación se citan como factores para el pobre desempeño de la estrategia de la APS.[29]

En términos financieros, el presupuesto del PAN se acercaba a 250 millones de dólares para el período 1976-1981, mientras que el del DRI se acercaba a 300 millones. El financiamiento externo del DRI (cerca de 45% del total) era mucho mayor que el del PAN. Los fondos externos del PAN provinieron del Banco Mundial (US $ 25 millones), de US AID (US $ 6 millones), y de la Unicef, mientras que los del DRI provinieron de prestamos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (US $65 millones), el Banco Mundial (US $52 millones), y la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (CIDA) (US $13,5 millones). Por un curioso giro en el estilo de la financiación gubernamental, parte de la financiación estatal provino también de fuentes externas (el Chemical Bank). Cerca del 60% del presupuesto de la primera fase del DRI se destinó al componente de programas de producción, lo cual reflejaba la prioridad básica del programa: incrementar la producción. La financiación externa del DRI siguió siendo alta durante los años ochenta.

## *El programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI)*

Volvamos ahora nuestra atención al segundo componente central de la estrategia de alimentación y nutrición, el controvertido programa DRI. Como veremos en el próximo capítulo, la filosofía del desarrollo rural integrado fue concebida sobre todo por el Banco Mundial y realizada simultáneamente en muchos países del Tercer Mundo. En este caso, como en el de la planeación nutricional, tuvo gran influencia cierto número de proyectos piloto llevados a cabo en los países del Tercer Mundo (que recibieron en mayor o menor grado financiación externa, pero que tuvieron siempre una importante participación local).[30] Tanto en sus objetivos como

29 Entrevista con Germán Perdomo, jefe de la división de salud del Departamento Nacional de Planeación, marzo de 1982.

30 Dichos proyectos, en países como México (Puebla), Colombia (García Rovira y Cáqueza), Perú (Cajamarca) y Honduras no han sido suficientemente estudiados desde la perspectiva

en el diseño, el programa de Desarrollo Rural Integrado de Colombia conservó durante su primera fase (1976-1981) el sello del Banco Mundial. Su "población objetivo" era el sector "compuesto por pequeñas unidades de producción, conocido convencionalmente como el subsector tradicional o atrasado, y más recientemente como "economía campesina" (DNP/DRI, 1979). El objetivo fundamental del DRI era incrementar la producción de alimentos dentro de la población elegida, racionalizando la inserción del sector en la economía de mercado. Capital, tecnología, capacitación e infraestructura –los factores "ausentes" que explicaban el atraso de la producción campesina en pequeña escala– deberían suministrarse como paquete mediante una estrategia sin precedentes en cuanto a su enfoque y estilo. Lo que se intentaba era llevar la revolución verde a los pequeños agricultores para convertirlos en empresarios al estilo de los agricultores comerciales, solo que en menor escala.

¿Quiénes eran los pequeños productores que constituían la "economía campesina"? El DRI identificó a sus beneficiarios de acuerdo con dos criterios: el tamaño de la parcela familiar y el monto del ingreso derivado de fuentes agrícolas. El tope máximo para el tamaño de la finca se fijó en 20 hectáreas, y las fincas que se incluyeron en el programa estaban entre 5 y 20 hectáreas. Se creía que los agricultores que estaban dentro de este rango tendrían la capacidad para responder a la inversión del programa y, como resultado de este, despegar como empresarios independientes. Estos agricultores constituían una especie de grupo amortiguador o "mínima pequeña burguesía agraria" (de Janvry 1981). En términos del ingreso, solamente se consideraban aquellos agricultores que derivaban por lo menos el 70% de su ingreso familiar de las actividades agrícolas, los cuales eran considerados como los "verdaderos" agricultores. Un censo de toda la población rural del país, unido a complejos modelos de regionalización, permitió a los planificadores del DRI identificar el grupo poblacional, y seleccionar 92000 familias (20% de los cuales tenían fincas menores de 20 hectáreas) de varias regiones, para incluirlas en la primera fase del programa (1976-1981). La segunda fase, que comenzaría en 1982, alcanzaría la mayoría del país. Para 1993 (final de la tercera fase), estarían cubiertos más de seiscientos municipios, de los casi mil del país.

En su primera fase, la estrategia (DNP/DRI 1975a, 1975b, 1976a, 1976b) se articuló alrededor de tres componentes principales: producción, programas sociales e infraestructura, y tuvo los siguientes programas:

A. Componente de producción

1. Programa de desarrollo tecnológico. Su intención era desarrollar y transferir tecnologías apropiadas para el subsector tradicional como medio para

de su influencia en el discurso del desarrollo rural. Para un análisis de estos proyectos desde la economía política, véase de Janvry (1981).

incrementar la producción y la productividad, elevar el ingreso familiar y asegurar un uso más intensivo de la mano de obra familiar.

2. *Programa de crédito*. Buscaba financiar los nuevos costos de producción de los usuarios del DRI. La justificación era garantizar el capital suficiente para obtener en poco tiempo excedentes significativos para los mercados regionales y nacionales.

3. *Programa de organización y capacitación*. Capacitaba a usuarios del DRI en las técnicas organizacionales y empresariales necesarias para aplicar el enfoque integrado del DRI. Dentro de este esfuerzo ocupaba un sitio especial la capacitación de campesinos en "manejo integrado de fincas", que incluía la programación técnica de todos los aspectos del proceso de producción. Todos los campesinos debían conocer dichas técnicas como prerrequisito para entrar al programa; los agricultores también tenían que participar en los comités locales del DRI desde la fecha del inicio del programa hasta su finalización.

4. *Programa de recursos naturales*. El DRI consideraba que un mejoramiento duradero de la producción dependía de "la explotación racional de los recursos del suelo y del agua", incluyendo medidas como reforestación, conservación de suelos y acuicultura. El objetivo de este subprograma era suministrar asistencia técnica y financiera a proyectos que buscaran proteger y manejar el medio ambiente y, como en el caso de la acuicultura, ofrecer alternativas proteínicas para la dieta.

5. *Programa de mercadeo y comercialización*. El DRI esperaba que, a medida que los agricultores se ligaran más a la economía de mercado como resultado del programa, sus riesgos financieros se incrementarían como consecuencia de las fluctuaciones de los precios, del menor control sobre las condiciones de mercadeo, los costos de transporte, etcétera. Los planificadores del DRI intentaban controlar estos riesgos brindando crédito y asistencia técnica a grupos asociativos campesinos. El programa también se proponía reducir el precio de los alimentos para el consumidor urbano por medio de la reducción de los márgenes de comercialización.

B. Componente de programas sociales

Incluía una serie de programas en educación y salud para elevar el nivel de vida en las zonas rurales, similares a aquellos introducidos por el PAN en sus áreas de proyecto. En principio, los programas PAN y APS estarían a disposición de las comunidades participantes en el DRI, de modo que las

estrategias concebidas en términos de producción, consumo y utilización biológica de alimentos tuvieran un efecto sinérgico.

C. Componente de infraestructura

Incluía tres subprogramas: carreteras y electrificación rurales y acueductos, considerados necesarios para elevar el nivel de vida y las redes de comercialización, ligando con mayor eficiencia los productores rurales y el mercado.

Uno de los aspectos más innovadores del DRI era la integración de diferentes estrategias en el nivel local. Se seleccionaba a los agricultores con cuidado y se les hacía un seguimiento paso a paso, principalmente a través de la llamada metodología de manejo integrado de fincas, que cada agricultor debía seguir bajo la guía de los técnicos del DRI. Los comités locales fueron claves para extender y profundizar el alcance de los diversos programas. Estos comités eran presididos por el representante del DRI ante la Caja Agraria, la institución de crédito agrícola más importante del país. La coordinación de las diversas estrategias se aseguraba en los niveles regionales y nacionales. Ello tenía una importancia tremenda, dado que el DRI dependía en primera instancia de trece instituciones gubernamentales diferentes para desarrollar sus programas, y las actividades de estas debían estar coordinadas a lo largo de todo el proceso de planeación. Se dice que tal vez el logro más importante del PAN y del DRI fue lograr que por primera vez todas estas instituciones trabajaran juntas en el país, pues se consideraba que este era un gran paso hacia una intervención estatal más racional y efectiva.[31]

El programa de Desarrollo Rural Integrado sufrió importantes cambios conceptuales e institucionales, desde el final de la primera fase (1981) hasta el comienzo de la tercera en 1989. El primer paso al final de la fase primera fue integrar administrativamente el PAN y el DRI, aunque solo para presenciar la muerte del PAN, que tomó la forma de un lento estrangulamiento financiero, debido a la falta de interés de la nueva administración (la del presidente Belisario Betancur, 1982-1986). Este fue el último intento por adherir al marco conceptual inicial del FNPP, en el cual el desarrollo rural se asumía como componente de la estrategia nutricional global. De hecho, llegó incluso a invertirse el nombre de la estrategia,

31 En el caso del DRI, las instituciones más importantes eran la Caja Agraria, el Instituto Colombiano Agropecuario (ica), el Instituto Colombiano de Reforma Agraria (Incora), el Instituto Nacional de Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena), el Servicio Nacional de Aprendizaje (sena), el Instituto de Mercadeo Agropecuario (Idema), los ministerios de Salud y Educación, el icbf, el Instituto Colombiano de Energía Eléctrica (icel), el Instituto Nacional de Salud (ins), y el Fondo de Caminos Vecinales. Todas estas organizaciones tenían una larga historia de rivalidades.

pasando de ser PAN-DRI a DRI-PAN, porque la nueva administración consideraba que el DRI constituía una estrategia más apropiada para los problemas agrarios.

La orientación del DRI también cambió significativamente después de 1982. Durante la segunda fase (1982-1989), la atención se desplazó hacia las regiones que ofrecían mayor potencial para la producción en pequeñas fincas, y se puso énfasis en una estrategia exitosa de comercialización de cultivos campesinos. El mejoramiento de la comercialización y el mercadeo, identificados como los cuellos de botella críticos, se convirtió en sustituto de la redistribución de la tierra.[32] En los albores de la crisis de la deuda posterior a 1982 y del comienzo de los programas de ajuste estructural bajo la égida del Fondo Monetario Internacional, la discusión sobre política agraria retornó a los términos de proteccionismo versus neoliberalismo de mercado, con los grupos comerciales organizados –las agremiaciones de productores de algodón, café, arroz, caña de azúcar y ganadería, que representaban a los agricultores capitalistas– desempeñando un rol de liderazgo que favorecía ampliamente las medidas de promoción de exportaciones.[33] Debido a estos cambios en el ambiente macroeconómico, durante este período cada vez hubo menos recursos para los programas, de modo que las operaciones del DRI se vieron reducidas drásticamente. A comienzos de los años noventa, y con la profundización del proceso de apertura económica hacia los mercados mundiales, gran parte del sector agrícola entró en una crisis profunda.

La llegada de la administración de Virgilio Barco (1986-1990) volvió a situar al DRI-PAN en el centro del escenario como uno de los dos componentes claves de la estrategia de "lucha contra la pobreza absoluta" (la otra era el Plan Nacional de Rehabilitación, pnr, a desarrollarse en las zonas de intensa actividad guerrillera, como parte del proceso de paz iniciado por la administración Betancur). El DRI-PAN continuó siendo "el elemento fundamental de la política utilizada por el Estado para encarar y resolver la cuestión campesina… sin tocar el asunto de la propiedad de la tierra" (Fajardo, Errázuriz y Balcázar 1991: 155). El Estado seguía considerando la cuestión campesina como una de las áreas más importantes del conflicto social del país, junto con el narcotráfico y las actividades guerrilleras. En 1985, se introdujeron también algunos programas adicionales de menor tamaño, como el programa para el desarrollo de la mujer campesina, aunque las planificadoras consideraron "risible" el monto que se le asignó. En el capítulo siguiente, hablaremos más sobre este programa.

---

32 La reorientación de 1982 aparece detallada en cuatro publicaciones importantes (DNP/DRI-PAN, 1982a, 1982b, 1983; DNP/UEA, 1982a). Para un recuento más completo de los cambios de política del dri desde 1976 hasta 1989, véase Fajardo, Errázuriz y Balcázar (1991).

33 La opinión de las agremiaciones de agricultores comerciales de la época aparecen representadas en Junguito (1982). Véase también DNP/UEA (1982b). La evolución de la organización más poderosa de agricultores capitalistas, la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), es narrada por Bejarano (1985).

El Programa de Desarrollo Tecnológico, una de las intervenciones claves de la segunda fase del DRI, tomó forma con el establecimiento de granjas modelo en varias regiones del país, las cuales variaban según el contexto socioeconómico y ecológico de la región (Fondo DRI 1989b). Se descubrió que la adopción de paquetes tecnológicos por los agricultores campesinos se veía impedida por varios "obstáculos" como el alto costo de los insumos en contraposición con los bajos precios y las deficientes condiciones de mercadeo de los productos campesinos, el tamaño insuficiente de las parcelas, el bajo nivel educativo y el "atraso cultural" (Fondo DRI 1989a). Además, a finales de los años ochenta los planificadores empezaron a darse cuenta de que los paquetes tecnológicos estaban indebidamente dirigidos hacia la maximización de la productividad biológica de los cultivos (mediante el uso de fertilizantes, semillas mejoradas y similares), sin atender al potencial para los incrementos en áreas como recursos naturales, capacidad de inversión y rentabilidad de la economía campesina. Estos factores se tuvieron en cuenta para el lanzamiento de la tercera fase del DRI como componente central del programa de Desarrollo Integral Campesino (1988-1993) de la administración Barco, el cual consideraba al cambio tecnológico como la piedra angular de una estrategia de fortalecimiento de la producción (DNP/UEA 1988; Fondo DRI 1989a, 1989b). Lo que estaba en juego, como siempre, era la modernización de las prácticas campesinas a través de su capitalización simbólica y económica.

Como se mencionó antes, el DRI incluyó desde sus comienzos un componente de participación. Sin embargo, la toma de decisiones y el control de los recursos permanecieron en el nivel nacional, convirtiendo así en insignificante la participación local. Hasta este momento, el esquema de participación del DRI había sido más una imposición inteligente y utilitaria que una estrategia para fortalecer a las comunidades locales. Más aún, suponía que la participación podía aprenderse y efectuarse mediante técnicas administrativas derivadas de conceptos académicos. Como la mayoría de las otras instituciones del desarrollo, el DRI entendía la participación como un problema burocrático que la institución debía resolver y no como un proceso rodeado de complejas cuestiones políticas, culturales y epistemológicas. De hecho, la retórica de la participación debe tomarse como una contrapropuesta ante la creciente movilización campesina. Este era sin duda el caso de Colombia, donde la militancia y las demandas campesinas llegaron a su punto más alto a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta (Zamocs 1986).

Hacia finales de los ochenta, sin embargo, la apertura de espacios para la participación de los campesinos en políticas como las del DRI, respaldadas por el nuevo compromiso del gobierno con la descentralización en todos los niveles, empezaba a generar procesos sociales de alguna importancia. En particular, la promoción de esquemas de desarrollo autodirigido, mediante una combinación de esfuerzos organizativos comunitarios veredales, municipales y regionales, produjo lo que los planificadores denominaron "apertura organizacional", que

permitió una participación más significativa de los campesinos en el diagnóstico, la planeación y la asignación de recursos para los proyectos concretos contemplados en el Programa. En teoría, dentro del DRI eran el municipio y la comunidad de beneficiarios los que constituían la unidad básica para la planeación del desarrollo rural (DNP/UEA 1988). Pero también resulta claro que el interés del gobierno en la restructuración del aparato estatal no es en realidad la autonomía de las comunidades locales y regionales, sino más bien, como lo señalan Fajardo, Errázuriz y Balcázar, "la apertura de nuevos espacios para el capital, una solución para la crisis fiscal y la creación de nuevas condiciones para el manejo de los conflictos sociales y políticos generados por el patrón del desarrollo" (1991: 240).

Sin embargo, los procesos de descentralización iniciados por el gobierno como resultado de presiones macroeconómicas, institucionales y populares –y ampliados por la reforma constitucional de 1991 que concede autonomías locales, regionales y culturales sin precedentes– no pueden considerarse apenas como un intento de cooptación. De hecho, ponen sobre la mesa la compleja pregunta de la evaluación de políticas como las del PAN y el DRI, y en general, la del análisis del verdadero efecto de los proyectos y estrategias de desarrollo, tanto como de los proyectos mismos; los efectos dependen de, y desencadenan procesos socioeconómicos y culturales cuyos alcances sobrepasan ampliamente su ámbito y racionalidad. Este es el aspecto que consideraremos enseguida, para concluir nuestro análisis sobre el despliegue del desarrollo.

## Ejercicio de evaluación: el conocimiento experto y la lucha por la naturaleza del cambio social

Si no es fácil evaluar la eficacia de estrategias como el PAN y el DRI aun en sus propios términos y en relación con sus objetivos, existe otro aspecto de la evaluación de las intervenciones de desarrollo que es difícil de abordar y que casi nunca se ha tratado. ¿Qué significan realmente estrategias como el DRI y el PAN? ¿Qué sucede cuando se introducen en una situación social dada? ¿Cómo ocupan los espacios sociales, y qué procesos –alteración de sensibilidades, transformación de las maneras de ver y vivir la vida, y de relacionarse– ponen en marcha? En síntesis, ¿hasta qué punto estas tecnologías políticas contribuyen a crear la sociedad y la cultura?

Estas preguntas deben plantearse y responderse en varios niveles. Como veremos, los planificadores del DRI se han desplazado de los ejercicios de evaluación directa de los primeros años, que analizaban el desempeño del programa en términos de las cantidades erogadas, los incrementos en la producción, etcétera, hacia una autorreflexión más ambiciosa sobre la naturaleza y la racionalidad de la estrategia. Estos debates, que tienen lugar en el contexto de luchas concretas sobre los instrumentos de las políticas estatales, deberían tomarse en cuenta para entender "lo que el DRI significa realmente". Con todo, el análisis no puede quedarse

allí. Existe otro nivel de reflexión acerca de la productividad social y cultural de estrategias de desarrollo que se basa en la dinámica del discurso y el poder dentro de la historia y la cultura de la modernidad. Empecemos con la segunda.

### *Los efectos-instrumento de los proyectos de desarrollo*

En su estudio sobre el aparato del desarrollo en Lesotho, James Ferguson (1990: 251-277) retoma el planteamiento de Foucault de "los efectos-instrumento" de tecnologías políticas como la de la prisión, o en nuestro caso, el desarrollo rural. El argumento fundamental de Ferguson es que aunque los proyectos de desarrollo rural en Lesotho fracasaron en su mayor parte, sus efectos colaterales, o mejor, instrumentales, tuvieron sin embargo consecuencias de largo alcance para las comunidades involucradas. Como la prisión en el caso de Foucault, que fracasa respecto de su objetivo explícito de reformar al criminal pero logra producir una sociedad normatizada y disciplinada, el aparato del desarrollo muestra una notable productividad: no solo contribuye a una mayor intervención del Estado, sino que despolitiza los problemas de la pobreza que en principio debe resolver:

> Puede ser que lo más importante en un proyecto de "desarrollo" sea no tanto lo que deja de hacer como lo que sí hace… El "efecto-instrumento", tiene entonces, dos caras: junto con el efecto institucional de ampliar el poder del Estado burocrático se encuentra el efecto conceptual o ideológico de la despolitización de la pobreza y del Estado… Si los "instrumentos-efecto" de un proyecto de "desarrollo" terminan por formar un todo estratégicamente coherente o inteligible de cualquier especie, es éste: el crear una maquinaria antipolítica (Ferguson 1990: 256).

La provisión de servicios gubernamentales no es cultural ni políticamente inocente. Los servicios, como añade Ferguson, "sirven para gobernar" (pág. 253). En su análisis de los proyectos de desarrollo rural en Malasia, Aihwa Ong señala un efecto más profundo de estrategias como la del DRI. La autora se atreve a afirmar que lo que está en juego en tales estrategias es una biopolítica completa: un conjunto de políticas que regulan diversos problemas como la salud, la nutrición, la planificación familiar, educación y otros similares, que no solo introducen determinadas concepciones sobre el alimento, el cuerpo, etcétera, sino también un ordenamiento particular de la sociedad misma. "En las esferas específicas del bienestar social, la sexualidad y la educación, para mostrar apenas algunas, la vida cotidiana de las aldeas malasias se reconstruye de acuerdo con nuevos conceptos, lenguajes y procedimientos" (Ong 1987: 55). En la Europa del siglo XIX, la biopolítica tomó la forma de intervención de lo social que mencionamos en el Capítulo 2. En aspectos importantes, la biopolítica del desarrollo sigue ejerciendo la organización de la modernidad y la "gubernamentalización" de la vida social del Tercer Mundo. Veamos ahora cómo sucedió esto en la estrategia del DRI en Colombia.

Como ya lo mencionamos, el DRI sometía a los campesinos a un conjunto de programas bien coordinados e integrados que buscaban transformarlos en pequeños empresarios racionales. Trece entidades distintas (el número creció con la segunda fase del DRI) actuaban sobre los campesinos seleccionados, y cada una de ellas se encargaba de un aspecto específico: crédito, asistencia técnica, manejo de recursos naturales, salud, educación, capacidad organizativa, mujeres, comercialización y saneamiento. Se introdujeron nuevas prácticas: la metodología de manejo integrado de fincas que el DRI y otros agentes utilizaban para lograr que los agricultores aceptaran un conjunto de recomendaciones estrictas; la preparación de la "ficha técnica" con información detallada sobre la vida familiar, la producción y la salud, y la asistencia individualizada, que exigía también una estrecha coordinación entre la mayoría de las entidades participantes. Los campesinos se hallaban, como nunca antes, bajo la mirada del poder.

El concepto del DRI de sistemas de finca (Cobos y Góngora 1977) era un mecanismo regulador: los agricultores tenían que adoptar un "paquete tecnológico" (semillas mejoradas, fertilizantes, control químico de plagas), especializarse en la producción de ciertos cultivos (normalmente, no más de tres en una subregión dada, y a menudo solamente uno o dos), seguir una disposición rígida de las parcelas, preparar planes detallados de producción, mantener registros y llenarlos periódicamente, organizarse para mercadear los cultivos, y así sucesivamente. Estas prácticas diferían mucho de las que los campesinos de diversas regiones acostumbraban a seguir, entre las cuales estaban el abono y control de plagas orgánicos, la producción no especializada (las parcelas tradicionales mostraban una mezcla de cultivos comerciales, y de autoconsumo, árboles frutales y especies animales menores); la producción básicamente para el autoconsumo; el uso menos intensivo de la mano de obra familiar y más intensivo de los recursos de la finca (por ejemplo, el uso de excremento animal y hojas de árboles para preparar el compost). Estudios publicados en Colombia (Taussig 1978; Reinhardt 1988) y en otros países (Richards 1984; Carney y Watts 1991) dan testimonio de este cambio. Como lo ha mostrado Reinhardt en su estudio sobre una comunidad campesina andina, los agricultores del DRI tenían que someterse cada vez más a las reglas de la producción capitalista, y usar sus ventajas relativas, fueran estas de comportamiento o tecnológicas, para lograrlo, mientras trataban de lidiar con las nuevas prácticas.

En su estudio del programa colombiano Rosemary Galli, sintetizó bien este aspecto del DRI:

> El campesino DRI estaba así rodeado por técnicos y asesores. La comunicación era generalmente a través de [los comités locales]; sin embargo, en el caso del ICA, el SENA, la Caja [Agraria] y el Cecora, la comunicación se hacía directamente. Cada familia DRI merecía atención especial porque cada familia era considerada como líder potencial en el pueblo. A pesar de todo, la superficialidad de esta comunicación quedaba

> simbolizada por el hecho de que el ica recogía hasta los más mínimos detalles sobre de la vida de cada familia sin que esta lo supiera, para que el DRI pudiera diseñar programas que mejoraran la calidad de la vida doméstica. El personal encargado del mejoramiento llenaba la *ficha* partiendo de la observación directa, y registraba datos como la cantidad de proteína que se consumía semanalmente, el tipo de vestido que usaban, las enfermedades familiares, la higiene y los patrones de recreación. La *ficha* simbolizaba el paternalismo del programa (1981: 68).

Aunque podría cuestionarse con razón la eficacia de estas operaciones, es de reconocer que a cierto nivel había una especie de normalización de las familias (Donzelot 1979). En realidad no se trataba de algo paternalista, sino más bien del efecto del poder, en la medida en que la traducción de las situaciones locales en términos organizacionales es condición *sine qua non* del funcionamiento institucional. Galli también se preguntaba qué tipo de beneficios habrían podido recibir los campesinos, como no fuera el de "dorar la píldora" de la pobreza campesina. Sin considerar los resultados en términos del incremento del ingreso y de la producción, el DRI introdujo nuevos mecanismos de producción y control social. El DRI no solo tenía que ver con los campesinos DRI, sino también con la formación de semiproletarios y proletarios, con la articulación de la producción campesina con la agricultura comercial, y con la del sector agrario en general y el resto de la economía, especialmente el sector generador de divisas. También hay que agradecer, sin embargo, que cuando la píldora ya está amarga, el agua potable y los puestos de salud significan mejorías reales en las condiciones de vida de la gente. Pero al reconocerlo no debe olvidarse que dichos cambios entran a formar parte de una situación de poder y resistencia.

De modo similar, el desarrollo rural no puede verse como un mero instrumento de la diferenciación social en términos de dos clases. El desarrollo rural crea un espectro de estratos culturales y sociales y opera sobre la base de los estratos así creados. En contraste con la extrema heterogeneidad de la realidad campesina, iniciativas como la del DRI tienden a crear estratos relativamente homogéneos mediante la imposición de ciertas prácticas. Incluso la caracterización de la gente como proletarios, semiproletarios, pequeños agricultores y agricultores capitalistas constituye una simplificación. Cuando estos estratos cambian, cambian también otras configuraciones del poder: las relaciones domésticas, las de género y las culturales. Entran en juego nuevos modos de individuación al tiempo que se transforma la división del trabajo existente, pero siempre aparecen nuevas formas de resistencia.

Por último, hay que señalar que el control burocrático es un componente esencial de la organización del desarrollo. El desarrollo rural es una especie de política burocrática que intenta manejar y transformar la manera en que se concibe y organiza la vida del campo. Como el FNPP, el DRI funciona como una técnica productiva que, mediante su propio funcionamiento, relaciona en

modos específicos ciertos elementos (capital, tecnología y recursos), reproduce creaciones culturales de vieja data (por ejemplo el mercado), y redistribuye fuerzas que ejercen impacto significativo sobre la gente, las visibilidades y las relaciones sociales. La organización de factores lograda por el desarrollo contribuye a disciplinar el trabajo, a la extracción de la plusvalía y a la reorientación de la conciencia. Como veremos en el próximo capítulo, las estrategias ignoraron las concepciones culturales de los campesinos. Por encima de los objetivos económicos, el estilo de desarrollo rural integrado del Banco Mundial buscaba una reconversión radical de la vida rural.

Los instrumento-efectos de la organización del desarrollo en casos como los del DRI y el PAN no suponen ningún tipo de conspiración; por el contrario, son resultado de una cierta economía de los discursos, que dictamina que programas como el de Desarrollo Rural Integrado muestren un grado apreciable de uniformidad en todo el mundo. Estas estrategias descansan sobre un cuerpo relativamente poco diferenciado de conocimiento y de experiencia, son independientes del contexto y forman parte de una práctica discursiva más o menos estándar, una especie de lenguaje y pensamiento codificados. En un nivel general, producen resultados similares, especialmente en cuanto a la "gubernamentalización" de la vida social (Ferguson 1990: 258-260). En algunos aspectos, Colombia es un caso típico de esta dinámica. Sin embargo, el caso colombiano presenta un rasgo poco analizado en el contexto del desarrollo: el del alto grado de debate acerca de las políticas que mantuvieron los planificadores nacionales, los intelectuales y diversos tipos de expertos. Este debate sugiere que necesitamos calificar el encuentro del desarrollo analizando con cuidado la participación de los planificadores nacionales en la adaptación y recreación de las estrategias.

### *De la realidad documental a la reforma de las políticas*

Como el programa de reforma agraria de los años sesenta, la implementación del PAN, y especialmente del DRI generó acalorados debates en la comunidad de intelectuales y gobernantes del país. Tal vez es incorrecto hablar aquí de una comunidad, dada la variedad de perspectivas representadas en las discusiones; sin embargo, se ha creado una cierta comunidad discursiva como resultado de los debates sobre la naturaleza y la implementación del DRI, más que en el caso del programa de la reforma agraria, en el cual las posiciones se polarizaron en sumo grado según distintas líneas políticas. De hecho, no es raro que planificadores e intelectuales de diversas corrientes políticas y epistemológicas coincidan en los mismos espacios. El grupo nacional de planificación del DRI supo canalizar con eficacia los debates acerca de la "cuestión campesina" y su relación con el Estado, cuestión que tiene una larga historia de actividad académica y política en el país. Los debates se han adelantado en concurridos encuentros nacionales e internacionales con participación de planificadores y personal gubernamental, de intelectuales

conservadores, liberales y disidentes; y con la incorporación de intelectuales de varias universidades del país a los ejercicios de evaluación del programa.[34]

Las prácticas institucionales, recordémoslo, se fundamentan sobre la creación de lo que Dorothy Smith llama realidad documental. La materialidad de la práctica de los planificadores está íntimamente ligada a la elaboración de documentos. En el caso del PAN y el DRI, esto era y continúa siendo especialmente cierto en el nivel nacional, donde la preparación, redacción y seguimiento de los documentos ocupa una parte muy significativa de la jornada de trabajo del planificador. Aunque estos procesos documentales reproducen categorías establecidas y discursos profesionales, también se da una transformación lenta y sutil de las categorías ya entronizadas que no es despreciable, como veremos en breve.

Antes de continuar con este aspecto de la discusión, deberíamos decir algunas palabras acerca del personal de planificación. Durante la primera fase (1976-1981), el personal del PAN consistía en aproximadamente sesenta a setenta personas muy calificadas, divididas en un número casi igual de hombres y mujeres, mientras que el DRI tenía cerca de noventa (sin contar el personal de las agencias ejecutoras que participaban en los programas). Casi la mitad del personal estaba en la sede nacional de Bogotá, y la otra mitad en las oficinas regionales. Así veía una de las planificadoras del PAN su rol y el de sus colegas:

> Aunque el diseño original del Plan había sido hecho por economistas, se necesitaba un amplio rango de profesiones para implementar sus distintos componentes. Maestros, comunicadores, médicos, nutricionistas, administradores, antropólogos, sociólogos y agrónomos se habían vinculado al PAN desde 1976. Muy motivados y dinámicos, todos compartían la ilusión de hacer algo significativo por el país y por la población más pobre. Pero esto solo se habría podido lograr a largo plazo, si el plan hubiera perseverado con los años y se hubiera extendido lo suficiente como para convertirse en una fuente importante de apoyo para buena parte de la población del país. Los políticos tradicionales, sin embargo, desconfiaban del PAN, y su concepción técnica se tomaba a veces como una perspectiva tecnocrática importada. Ningún líder regional elogiaba al PAN más de lo estrictamente necesario para garantizar la aprobación del presupuesto (Uribe 1986: 58).

---

34 Uno de los eventos más célebres organizados por el DRI fue el Seminario internacional de economía campesina, llevado a cabo en una población a pocas horas de Bogotá entre el 3 y el 6 de junio de 1987. Conocidos académicos de toda América Latina presentaron trabajos durante el evento. Con asistencia de más de 1200 personas, incluidos representantes de organizaciones campesinas, gobiernos y la academia, el seminario fue convocado "con el propósito de estudiar conjuntamente las condiciones para fortalecer, dentro de un marco pluralista, las políticas nacionales e internacionales en nombre de los productores campesinos". Véase Bustamante (ed. 1987).

Esta declaración coincide con las observaciones del autor de este libro: los planificadores del PAN y del DRI eran "muy motivados y dinámicos", a pesar de que su conciencia política variaba mucho, desde el muy ingenuo acerca de la racionalidad de la intervención estatal, hasta el sagaz y el cínico. Que los políticos vieran en el PAN "una perspectiva tecnocrática importada" no sorprende: lo era, a pesar del papel de los planificadores nacionales en el diseño del plan. El mismo Departamento Nacional de Planeación (DNP) es conocido como un establecimiento muy tecnocrático, y su efecto sobre el desarrollo del país ha sido muy notorio. La mayoría de los profesionales, de otra parte, saben que la vida de cualquier estrategia es corta, que pocas veces supera los cuatro años que dura el período presidencial (la continuidad del DRI hasta los noventa fue excepcional en este aspecto). Por tanto, esperar efectos solo a largo plazo, del mismo modo que culpar a los políticos del fracaso del programa, exige cuestionar las condiciones reales en las cuales tiene lugar la práctica de la labor pública.

Tal vez como nunca antes, la ética de trabajo de los planificadores del PAN y el DRI se hacía evidente antes y durante la visita de las misiones del Banco Mundial. Sería horrible pensar que el tenaz y competente esfuerzo de los planificadores colombianos servía como (otro) subsidio para el Banco Mundial, como mecanismo adicional a través del cual la institución difundía su esquema y acumulaba capital simbólico, pero lo cierto es que algo así ocurrió. Esta aseveración debe, sin embargo, acotarse con la consideración de que muchos de los planificadores reorientaban sus actividades en forma más política si existían las condiciones para hacerlo. De hecho, al retirarse del DNP varios de ellos, hombres y mujeres, parecen dar este paso regresando a las universidades, a los centros de investigación o a las organizaciones no gubernamentales.

La micropolítica que rodea a la producción, circulación y utilización del conocimiento del desarrollo todavía no se comprende bien. En un nivel, hay que considerar la cuestión global de los "efectos-instrumento" y la dispersión del poder que acompaña al aparato del desarrollo. Pero esto no puede contemplarse solo sincrónicamente, ya que deben tenerse en cuenta las transformaciones que sufren políticas como la del DRI con los años. Las estrategias se modifican, se debilitan, sufren adiciones. Los planificadores del Tercer Mundo exhiben mucha inventiva en este terreno, dependiendo de factores como la estabilidad del gobierno y la de los programas (y la de sus propios empleos). Recuérdese que algunos componentes del PAN y el DRI se concibieron originalmente en América Latina, a través de los proyectos piloto de los años sesenta y setenta, que mencionamos, y luego el Banco Mundial y otras organizaciones los adaptaron y estandarizaron. Este fue el caso de la estrategia de atención primaria en salud.

Sería demasiado simplista considerar este proceso como de mera apropiación, aunque sin duda ella se presenta en forma continua; igualmente sería simplista ver el proceso de conocimiento solo como la imposición de estrategias en el

Tercer Mundo por parte de los intereses del primero. La opinión tradicional que considera al conocimiento como producto de un sitio (el centro) aplicado en otro (la periferia) debe ser reformulada. Como sugiere Clifford (1989) en el mundo contemporáneo, la producción y el uso de teorías suceden en un terreno discontinuo, con procesos continuos y complejos de apropiaciones y cuestionamientos que van en varias direcciones. Que las teorías y los teóricos se desplazan en terrenos social y epistemológicamente discontinuos resulta claro en el caso del aparato del desarrollo. Al mismo tiempo, sin embargo, también existen centros de poder y efectos-instrumento sistémicos tan evidentes que no pueden ignorarse.

Para concluir, observemos brevemente la relevancia que tiene el proceso de aprendizaje del DRI para nuestra discusión sobre la política del discurso. Durante la primera fase, los estudios de evaluación realizados interna o independientemente por académicos colombianos arrojaron resultados dispares: un grado relativamente alto de éxito del programa en algunas regiones, poco o ninguno en otras.[35] Ello llevó a la reformulación de la política de la segunda fase del DRI que ya describimos: centrarse en las regiones con la concentración correcta de campesinos correctos (en términos de potencial productivo), y atacar ciertos cuellos de botella, en particular los de comercialización y mercadeo. Las evaluaciones siguientes relacionaron el éxito o fracaso de los componentes específicos del programa con obstáculos estructurales, como los reflejados en la insuficiencia de capital y del tamaño de las fincas, la conceptualización de los paquetes tecnológicos, las presiones hacia la proletarización, la creciente explotación de los suelos, y los precarios nexos con los mercados. A medida que aumentaba la complejidad de las evaluaciones, los programas se concebían y enfocaban con más cuidado.

En general, a lo largo de los años ochenta, se encontró que el desempeño de los componentes específicos y del programa en su conjunto variaba mucho, dada la heterogeneidad regional, cultural e histórica de la economía campesina, que requería por tanto mayor flexibilidad en la política y en el diseño del programa. La búsqueda de una clasificación de las economías campesinas en términos de los mecanismos que explicaban las diferencias regionales desembocó en la formulación de cuatro tipos principales, que respondían respectivamente a: 1. Zonas donde predomina la economía campesina tradicional. 2. Zonas donde predomina la ganadería extensiva. 3. Zonas caracterizadas por la rápida penetración

35 El grupo evaluador del DRI en Bogotá llevó a cabo evaluaciones del impacto socioeconómico de la primera fase en cuatro distritos principales (Rionegro, Lorica, Sincelejo y valle de Tenza), basándose en sus propias líneas de evaluación (DNP/DRI, 1976a). En 1983, el DRI contrató evaluaciones más exhaustivas y rigurosas con algunas de las principales universidades del país (las universidades Javeriana, Nacional, de los Andes, Antioquia y del Valle). Véase, por ejemplo, Arango, et al. (1987), para la evaluación de Rionegro, Lorica y Sincelejo, ejecutada por un equipo de la Universidad de Antioquia. Para un recuento de las varias evaluaciones, véase Fajardo, Errázuriz y Balcázar (1991: 200-232).

de la agricultura capitalista. 4. Zonas de colonización reciente. Se encontró que el programa arrojaba beneficios significativos en las regiones del tipo 1, que éstos eran relativamente insignificantes en las del tipo 2 (debido sobre todo a las notorias restricciones para el acceso a la tierra), y que los efectos eran casi siempre perjudiciales para las fincas campesinas situadas en regiones donde predomina la agricultura capitalista. En las zonas del tipo 4 no hubo programas del DRI.

Entre los cambios más notorios que se manifestaron en las regiones de mayor presencia campesina estaban los siguientes: una tendencia hacia la especialización en la producción, es decir, a la sustitución de los cultivos tradicionales por cultivos caracterizados por la alta rentabilidad, con aumentos correspondientes en la productividad y el ingreso;[36] la adopción de innovaciones tecnológicas, aunque no siempre la de aquellas impulsadas por las agencias pertinentes, que tendían a ser intensivas en trabajo y capital; el incremento en la capacidad de producción gracias a la disponibilidad de crédito; la mayor utilización del trabajo familiar dentro de la finca, así como márgenes más altos de comercialización de los cultivos campesinos y mejores nexos con el mercado.

La medida en que estos cambios suponen una transformación más profunda en términos de la adopción de una racionalidad capitalista por los campesinos aún es una pregunta abierta que requiere un trabajo de campo etnográfico que no existe todavía, similar al que realizaron Gudeman y Rivera (1990), pero que deberá concebirse explícitamente en el contexto de los programas. Algunos observadores consideran que la lógica de la producción campesina en los Andes colombianos sigue siendo muy distinta de la lógica de la producción capitalista. Sigue regida por el objetivo global de subsistencia y de reproducción de la finca, coincidiendo así con las observaciones de Gudeman y Rivera que mencionáramos antes. Ello no significa, sin embargo, que bajo ciertas condiciones los campesinos no puedan o no quieran intensificar la producción o generar excedentes; todo lo contrario, como lo demuestran las evaluaciones del DRI, aunque lo que caracteriza la adopción de nuevas prácticas y la asignación de recursos es la lógica de la reproducción de la finca familiar. En este aspecto, los campesinos son muy pragmáticos y proceden siempre por ensayo y error. Volveremos sobre el significado de estos cambios para la cultura campesina en el próximo capítulo.

---

36 En una región, por ejemplo, la cebolla reemplazó a una combinación de maíz y fríjol; en otra, los fríjoles reemplazaron una combinación de maíz y fríjol. En otras, la papa se cambió por ganado lechero; el plátano o la yuca remplazaron al maíz o al tabaco, etcétera. Sin embargo, en general, se evitó el cambio al monocultivo (fomentado por el gobierno a comienzos de los años setenta), promoviendo la práctica del policultivo, pero manteniendo los cultivos en lugares separados, o sembrando algunas parcelas con cultivos combinados y otras con un solo cultivo. Las recomendaciones concretas surgieron de investigaciones empíricas en rotación de cultivos, densidad del arado, métodos de fertilización y control de plagas y obedeciendo, por supuesto, a los criterios de productividad y eficiencia. Véase Fajardo, Errázuriz y Balcázar (1991: 225, 226).

Como ya se dijo, los debates sobre la naturaleza del campesinado han motivado la creación de una comunidad discursiva o epistémica dispersa, en la cual las ideas y experiencias se comparten y debaten a lo ancho de diversas posiciones profesionales, ideológicas y políticas. Aunque en el DNP predominan los economistas neoclásicos, el debate no se restringe en modo alguno a los términos neoclásicos.[37] Incluso grupos importantes de científicos sociales que por lo general trabajan dentro de los paradigmas neoclásicos practican una especie de eclecticismo que permite el diálogo, por ejemplo, con economistas políticos de corte marxista.[38] Dicho diálogo ha generado un proceso de aprendizaje significativo, traducido en debates de política, estudios académicos y recomendaciones concretas para programas alternativos. Tal vez el mejor ejemplo de este proceso de aprendizaje se refleja en el trabajo del historiador y antropólogo Darío Fajardo, quien a finales de los años setenta pasó de la Universidad Nacional de Bogotá a dirigir durante varios años la unidad de evaluación del PAN, para retornar a la universidad a mediados de los ochenta (ciclo que no es raro en los círculos intelectuales y de planificación de Colombia), para pasar finalmente a dirigir una fundación ecológica a comienzos de los noventa, sin cortar del todo sus lazos con la universidad y el estado. Primero como integrante y luego como intelectual crítico, el esfuerzo sostenido de Fajardo por reflexionar sobre los asuntos campesinos y del DRI (Fajardo 1983, 1984, 1987; Fajardo, ed. 1991; Fajardo, Errázuriz y Balcázar 1991) ha llevado los límites del debate a la relación entre el capital, el estado y la economía campesina a niveles insospechados en el discurso del desarrollo rural integrado de los años setenta.

Del trabajo de Fajardo surgen numerosos temas sobre el significado de la política gubernamental. En primer lugar, el hecho de que la mayoría de los campesinos y trabajadores rurales de Colombia siguen siendo pobres al verse sometidos a "relaciones atrasadas de dominación", que bajo esta óptica, son las que impiden la modernización de la economía campesina. Esfuerzos gubernamentales como el DRI no cambian significativamente ese estado de cosas, en la medida en que la mayoría de los recursos financieros, tecnológicos e intelectuales destinados la política agraria se dirigen todavía hacia el sector capitalista moderno. Semejante ambigüedad del gobierno –comprometido con el desarrollo rural , pero subordinando su política a las exigencias de la agricultura comercial– explica los cambios modestos y desiguales logrados hasta ahora por el DRI. De hecho, la política agraria resulta casi siempre perjudicial para los intereses campesinos.

37 Esto contrasta con la situación del Banco Mundial, donde no existe espacio para la disensión y donde la economía neoclásica reina. En cuanto a eso Colombia también contrasta con países como Chile y Argentina, donde por razones históricas los economistas neoliberales, bajo la batuta de los *Chicago Boys*, se han vuelto dominantes. Es de anotar que en Colombia esta situación empezó a cambiar significativamente en 1990.

38 Un debate de este tipo se ha llevado a cabo, por ejemplo, entre un grupo congregado alrededor del trabajo del economista neoclásico e historiador económico, José Antonio Ocampo, por un lado, e historiadores y economistas de inspiración marxista, como Salomón Kalmanovitz. Un resumen de este debate se encuentra en Kalmanovitz (1989).

Políticamente, el DRI busca mejorar la vida campesina y las condiciones de producción sin tocar los sistemas terriblemente inequitativos de tenencia de la tierra que existen todavía en el país;[39] o, planteado en el contexto del discurso del Banco Mundial, se cree que el problema del campesinado se caracteriza por su exclusión de los mercados y de la política estatal, y no por la explotación que sufre dentro del mercado y del Estado, como propone Fajardo.

Siguiendo con el análisis de Fajardo, esta situación, hasta cierto punto esquizofrénica, se relaciona con la dependencia que tiene el DRI de los prestamos externos, con la subordinación de la política social del gobierno a la política macroeconómica, y con el efecto de estos dos factores sobre la asignación de recursos para el sector agrario, en particular para el subsector campesino. A pesar de los esfuerzos recientes de descentralización, la política del gobierno ha fracasado en su empeño de controlar el poder del sector capitalista, articular los diferentes componentes de las economías regionales, y reducir la extracción del excedente de la economía campesina por el sector capitalista, y del sector agrario en su conjunto por parte de los intereses industriales urbanos. Las siguientes tareas resultan entonces fundamentales para un desarrollo nuevo, realmente centrado en el campesino: 1. Una nueva reforma agraria, "porque no puede haber DRI sin tierra" (Fajardo 1987: 22). 2. Procesos organizacionales y participativos más explícitos de modo que las comunidades puedan identificar por sí mismas las metas del desarrollo regional y los medios para alcanzarlas. 3. Una política de investigación y desarrollo tecnológico de respaldo a los sistemas autónomos de producción campesina. 4. Recursos mucho mayores para programas integrales de crédito, comercialización y reforma agraria, de acuerdo con la lógica de la economía campesina.

Esta propuesta implica una estrategia de desarrollo campesino autónomo, no muy distinta de la de Amin discutida aquí, generada por las propias comunidades campesinas a través de su participación en el proceso de planeación. Ello permitiría que los campesinos lograran una influencia significativa en relación con el Estado y el sector capitalista, para modificar las relaciones sociales de producción en su favor, a pesar de que la economía campesina tendría que articularse con otros actores importantes, regionales y urbanos. Como lo señaló otro analista, una estrategia tal concebiría al campesinado no en términos de carencias sino de posibilidades, es decir, como actor social por derecho propio; esto exige a su

39 El 85% más pobre de propietarios campesinos (con fincas de menos de 20 hectáreas), posee solo cerca del 15% de la tierra. Los agricultores con fincas entre 5 y 20 hectáreas (los beneficiarios del DRI), que representan el 20% de los propietarios controlan el 10% de la tierra. Aquellos con posesiones entre 100 y 500 hectáreas (3% de los propietarios) controlan el 27,4% de la tierra. Finalmente, quienes tienen propiedades mayores de 500 hectáreas (0,55% del total de propietarios) representan el 32,6% de la tierra! Las cifras corresponden a 1984, y muestran la tendencia de una mayor concentración de la propiedad con respecto a las cifras de 1960 y 1970. Véase Fajardo, Errázuriz y Balcázar (1991: 136).

vez un respeto legítimo por los campesinos, expresado en el establecimiento de nuevas reglas del juego para satisfacer sus demandas (Bejarano 1987). Claro que todo esto implica el fortalecimiento de las organizaciones campesinas de modo que estos puedan crear espacios para modificar el equilibrio actual del poder.

Esta propuesta puede tener un efecto correctivo en relación con la despolitización y a las presiones burocratizantes del aparato del desarrollo. Abre espacios de lucha en los cuales los campesinos pueden defender no solo sus sistemas económicos sino su modo de vida. Los efectos estratégicos de los cambios previstos por Fajardo y otros –a quienes podríamos llamar "intelectuales específicos", en el sentido que da Foucault (1980c) al término– no pueden desconocerse aun tratándose de una propuesta tan modernizante en principio como la del DRI. En el proceso de contribuir a la afirmación del mundo de los campesinos pueden surgir nuevas posibilidades de lucha y desestabilización del dispositivo del desarrollo. De hecho, las propuestas se producen con criterios políticos claros, y algunas de sus sugerencias parecen abrirse camino poco a poco dentro de la maquinaria del DRI, generando con ello procesos sociales cuyo resultado es difícil prever. De esta manera, incluso lo que hoy cae bajo la rúbrica del "desarrollo rural integrado" no es lo mismo que lo que el Banco Mundial comenzó a promover en todo el Tercer Mundo a mediados de los años setenta. Pero, una teorización más consistente de la importancia de esta diferencia, está por hacerse.

La propuesta no cuestiona en forma expresa las premisas básicas del discurso del desarrollo. En particular, acepta una visión relativamente convencional del "campesinado" que resulta problemática, como lo veremos en el próximo capítulo al introducir un análisis cultural que está ausente en todas las discusiones acerca del desarrollo rural. Este tipo de análisis se vislumbra en otro intelectual crítico con nexos con el DRI, Alejandro Sanz de Santamaría, quien dirigió un equipo de investigadores universitarios contratados por el DRI para evaluar su desempeño en una región.

Uno de los análisis más significativos que se derivan del trabajo de este investigador (Sanz de Santamaría 1987; Sanz de Santamaría y Fonseca 1985) es el de que cualquier proceso de evaluación convencional se basa en la separación en el tiempo y en el espacio entre los productores del conocimiento (los investigadores), los usuarios del conocimiento (los planificadores del DRI) y la comunidad investigada. Esta separación imposibilita en la práctica la producción de conocimiento bien fundado sobre el cual puedan basarse las recomendaciones de política, para no mencionar la producción de conocimiento sobre la comunidad. Las evaluaciones convencionales no solo caen en "la indecencia de hablar por otros",[40] haciendo necesariamente abstracciones de la realidad local mediante el

40 Esta frase de Deleuze refiriéndose a Foucault como "el primero en enseñarnos algo fundamental: la indignidad de hablar por otros" (Foucault y Deleuze 1977: 209) es utilizada por Sanz de Santamaría en su reflexión sobre el proceso de evaluación del DRI.

uso del marco de las ciencias sociales, sino que además la escogencia misma del marco interpretativo es muy arbitraria. Para que el conocimiento sea útil, debe comenzar con la autocomprensión de los propios campesinos, para proceder luego a construir un sistema de comunicación que involucre a campesinos, funcionarios del DRI e investigadores. Esto implica, de un lado, la integración de la producción, circulación y utilización del conocimiento, y de otro, la constitución creciente de la comunidad local como sujeto de su propia acción colectiva. Este proyecto político, que pone de manifiesto el carácter totalitario inherente a los procesos convencionales de producción del conocimiento, es visto por el autor como componente inevitable de una transformación radical de la política del desarrollo. Las propuestas concretas que surgieron de este ejercicio, y que encontraron algún eco en el DRI, parecen indicar que existe la esperanza de que algo de esto suceda, aunque la violenta reacción de las elites locales ante el proceso político generado por el ejercicio anuncia dificultades para hacerlo.[41]

Y con ello cerramos el círculo. Comenzamos con una discusión acerca de algunos de los rasgos de las instituciones, que a pesar de su aparente racionalidad y neutralidad, forman parte del ejercicio del poder en el mundo moderno. El aparato del desarrollo depende inevitablemente de tales prácticas, y contribuye con ello a la dominación de las gentes del Tercer Mundo, como los campesinos colombianos. Al final del Capítulo 3, y de nuevo aquí, hemos identificado la necesidad de una política cultural basada en las culturas locales que, abordando estratégicamente las condiciones de la economía política regional, nacional e internacional, contribuya a la afirmación cultural de los grupos del Tercer Mundo y a la transformación del imaginario del desarrollo. En este capítulo hemos concluido tentativamente que una manera de adelantar tal política de afirmación cultural podría ser mediante la liberación de espacios al interior, y a pesar de, programas existentes tipo DRI. Pero esa ampliación de espacios debe hacerse desde la posición ventajosa de la imposición cultural y los efectos-instrumento del aparato del desarrollo, no solo en términos de la economía política como se ha hecho hasta ahora. Solo entonces las estrategias alternativas tendrán una mayor posibilidad de vida.

En su manifiesto artístico-político, "La estética del hambre", escrito en 1965, Glauber Rocha escribió estas airadas palabras:

> Así, mientras América Latina lamenta su miseria general, el observador foráneo cultiva el gusto de esa miseria, no como *síntoma* trágico, sino

41 La vida del investigador estuvo en peligro, y varios de los coinvestigadores fueron asesinados. Debe decirse que esto estaba pasando durante el auge de la llamada "guerra sucia" de los años ochenta, un episodio de represión extrema contra intelectuales progresistas y líderes sindicales y campesinos por parte de elites locales y fuerzas de seguridad en varias regiones del país.

> simplemente como objeto estético dentro de su campo de interés… Nosotros [los cineastas del Cinema Novo] entendemos el hambre que los europeos y la mayoría de los brasileños no han entendido… Sabemos –porque hicimos estas tristes, horribles y desesperadas películas en las que la razón no siempre prevalece– que este hambre no se curará con moderadas reformas gubernamentales, y que el disfraz del tecnicolor no puede esconder sus tumores, sino apenas agravarlos. Por lo tanto, solo una cultura del hambre, que debilite sus propias estructuras, puede superarse a sí misma cualitativamente. La manifestación más noble del hambre es la violencia (Rocha 1982: 70).

O, diremos con Michael Taussig (1987: 135): "Del representado provendrá aquello que transforme la representación" Como continúa diciendo Taussig, cuando comenta la ausencia de narrativas de los mismos pueblos indígenas sudamericanos en la mayoría de las representaciones que sobre ellos se hacen: "Es el mayor engreimiento antropológico, la antropología en su mejor momento, incluso redentora, el pretender rescatar la 'voz' de los indígenas de la oscuridad del dolor y el tiempo" (pág. 135).

Esto es para decir que hay que evitar tanto la simple exclusión de la voz campesina en el discurso del desarrollo rural, como la osadía de "hablar por otros", y quizás de rescatar su voz, como dice Taussig. Que la violencia es una manifestación cultural del hambre no se aplica solamente a los aspectos físicos del hambre sino también de la violencia de la representación. El discurso del desarrollo ha convertido la representación del hambre en un acto de consumo de imágenes y sentimientos por parte de los bien nutridos, un acto de canibalismo, como dirían los artistas del Cinema Novo. Este consumo es un rasgo de la modernidad, nos recuerda Foucault (1975: 84). ("Es justo que la enfermedad de unos sea transformada en la experiencia de otros"). Pero los regímenes de representación que esta violencia produce no se neutralizan fácilmente, como lo demostrará el próximo capítulo.

# 5. Poder y visibilidad: Fábulas de campesinos, mujeres y medio ambiente

*Nunca podremos deplorar suficientemente el mecanismo que favorece la transferencia al África de problemas y sus soluciones, hecha por ciertas instituciones que resultan de un proceso histórico puramente occidental. Las organizaciones para la promoción de los derechos de la mujer tienden naturalmente a extender idénticas actividades al África, y al hacerlo nos asimilan a una mentalidad y a una experiencia histórica estrictamente europeas. Casi todo lo que se ha escrito acerca de las mujeres africanas las presenta como elementos sin importancia.*

(*Proceedings from the meeting the Civilization of the Woman in African Tradition,* Abidjan 1972; citado en Trinh T. Minh-ha, *Woman, Native, Other,* 1989.)

## Introducción: el discurso y la visualidad

En los análisis convencionales se contempla la historia del desarrollo en términos de la evolución de las teorías y las ideas, o como una serie de intervenciones más o menos eficaces. Para los economistas políticos, la misma historia refleja respuestas ideológicas diferentes ante contradicciones supuestamente más profundas, dictadas por la acumulación y circulación de capital. Sin embargo, esta historia también puede verse desde la perspectiva de los cambios y las transformaciones en el régimen discursivo, pese a que tales cambios, como ya debería sernos claro, están circunscritos por prácticas discursivas ligadas a las economías políticas, tradiciones del conocimiento e instituciones de poder.

En el Capítulo 2 afirmamos que el discurso del desarrollo constituye un sistema gobernado por ciertas reglas, que debe su cohesión a un conjunto de enunciados que la práctica discursiva continúa reproduciendo, ya sea que dichas prácticas se

refieran a la industrialización, la agricultura, los campesinos, o las mujeres y el medio ambiente, como pronto veremos. Aunque es cierto que la práctica discursiva ha permanecido en gran medida igual, no obstante, ha habido cambios significativos en la formación discursiva del desarrollo. ¿Qué significan tales cambios, en particular en cuanto a crear condiciones para tipos de transformación que podrían llevarnos a otros órdenes discursivos? ¿Debería entenderse la proliferación de nuevas áreas de investigación e intervención simplemente como la conquista de nuevos campos por parte del discurso? Y si tal fuera el caso, ¿no crea este proceso inevitablemente nuevas posibilidades de lucha y resistencia, con el objeto de adelantar perspectivas culturales alternativas?

El desarrollo rural integrado, por ejemplo, fue concebido por los expertos como una estrategia para corregir los sesgos de la revolución verde. ¿Modifica de manera significativa el discurso del desarrollo la inclusión de una nueva categoría de clientes, "los pequeños productores"? ¿Cómo se representó a los campesinos en este discurso? ¿Qué consecuencias trajo para ellos? Vale la pena examinar en detalle las representaciones específicas que introdujeron el campesinado al aparato del desarrollo. La inclusión del campesinado fue el primer caso en que se creó masivamente un nuevo grupo de clientes para dicho aparato, en el cual la visión economicista y tecnologizante se orientó hacia un nuevo sujeto. Desde finales de los años setenta hasta hoy, otro grupo de clientes de mayores proporciones ha ingresado en el espacio de visibilidad del desarrollo: las mujeres. Fue así como el discurso "mujer y desarrollo" (MYD) logró cierta preeminencia. Por último, en los ochenta, la mirada objetivizante se dirigió no hacia la gente sino hacia la naturaleza, o, más bien, al medio ambiente, y dio lugar al famoso infame discurso del desarrollo sostenible.

Este capítulo sigue los desplazamientos de la mirada del desarrollo por los terrenos en los cuales se mueven estos tres actores sociales. La mirada convirtió en espectáculo a los campesinos, las mujeres y el medio ambiente. Recordemos que el aparato (el *dispositivo*) es un mecanismo abstracto que enlaza enunciados y visibilidades, lo visible y lo expresable (Deleuze 1988). La modernidad introdujo un régimen objetivizante de visualidad –un régimen escópico como ha sido llamado (Jay 1988)– que, como veremos, dispuso la manera como los campesinos, las mujeres y el medio ambiente fueron aprehendidos. Nuevas categorías de clientes se llevaron a su campo visual a través de un proceso de enmarcación que las convirtió en espectáculo. La "desarrollalización" de los campesinos, las mujeres y el medio ambiente tuvo lugar de modo similar en los tres campos, como reflejo de la existencia de las regularidades discursivas operantes. Pero la producción de nuevos discursos no es un proceso unilateral; por el contrario, puede crear condiciones para la resistencia. Esto puede vislumbrarse en el discurso de algunos campesinos, feministas y ambientalistas; se refleja en nuevas prácticas de visión y conocimiento, aun en los casos en que dichas resistencias ocurren dentro de los modos del discurso del desarrollo.

¿Por qué enfatizar la visión? La frase *mirada panóptica* –la mirada del guardián que desde su torre puede vigilar a todos los prisioneros del edificio sin ser visto– se ha convertido en sinónimo de los aparatos de control social. Pero el papel de la visión supera el alcance de las tecnologías de control para abarcar muchos medios modernos de producción de lo social. El nacimiento de la ciencia misma estuvo marcado por una alianza que hace casi dos siglos "se forjó entre las palabras y las cosas, permitiéndonos *ver* y *decir*" (Foucault 1975, XII). Esta alianza fue activada por el clínico empírico al abrir por primera vez el cadáver para "ver realmente" lo que había adentro. La espacialización y verbalización de lo patológico inauguró los regímenes de visualidad que todavía nos acompañan. Desde el análisis de tejidos en la medicina del siglo XIX, pasando por el microscopio y la cámara fotográfica hasta los satélites, los sonogramas y la fotografía espacial, la importancia de la visión no ha dejado de crecer:

> Los ojos se han usado para significar una capacidad perversa –llevada a la perfección en la historia de la ciencia, y ligada al militarismo, el capitalismo, el colonialismo y la supremacía masculina– para distanciar al sujeto que conoce de todo y de todos, en defensa del poder incuestionado... Las tecnologías de visualización no tienen límite aparente... La visión de este festín tecnológico se vuelve glotonería incontrolada; todo parece referirse no solo míticamente al truco omnipotente de ver todo desde un punto indefinido, sino haber puesto el mito en la práctica ordinaria (Haraway 1988: 581).

Esta afirmación acerca de las tecnologías de visualización se aplica a la política del discurso en forma más que metafórica. Incorporar la gente en el discurso, como sucede en el desarrollo, equivale a asignarla a campos de visión. También significa ejercer "el truco omnipotente de ver todo desde un punto indefinido". Como veremos, esta afirmación describe bien el estilo de trabajo del Banco Mundial. El discurso del desarrollo enmarca a la gente en ciertas coordenadas de control. La intención no es simplemente disciplinar a los individuos, sino también transformar las condiciones en las cuales viven en un ambiente social normalizado y productivo. En síntesis, crear la modernidad. Detengámonos en lo que ello significa, cómo se logra, y lo que implica en términos de la posibilidad de cambiar las visibilidades.

## El descubrimiento de los "pequeños productores": del imperialismo de la revolución verde al populismo del desarrollo rural

### *La cartografía de las visibilidades*

En uno de los más famosos informes técnicos preparado por el DRI en sus primeros años, sobre el subsector de pequeños productores, se encuentra la

siguiente afirmación acerca de los efectos potenciales del programa en diversos tipos de campesinos agricultores:

> La articulación de pequeñas unidades de producción con el mercado, ya sea a través del mercado para sus productos, insumos, trabajo o capital (especialmente el crédito), fomenta la transformación continua de la organización interna del subsector y su posición en la economía nacional… Dos situaciones pueden presentarse: a) El pequeño productor puede ser capaz de tecnificar sus procesos productivos, lo cual implica que se convierta en empresario agrícola; y b) El pequeño productor no está preparado para asumir tal nivel de competitividad, en cuyo caso será desplazado del mercado y tal vez hasta de la producción (DNP/DRI 1979: 47).

En otras palabras, producir o perecer. Solo los agricultores que lograran su "grado como pequeños empresarios", como se denominaba comúnmente esta transformación dentro del DRI, podrían sobrevivir. Esta afirmación, que concordaba con el objetivo global del DRI –incrementar la producción y el ingreso en el subsector tradicional racionalizando su inserción en la economía de mercado– también era explícita, como veremos en la próxima sección, en la teoría del desarrollo rural del Banco Mundial.

Cuando el desempeño del programa no cumplía con estos objetivos, se debía, como lo expresó un influyente estudio de evaluación del DRI a comienzos de la segunda, "a factores estructurales como la precaria disponibilidad de tierra, la deficiente calidad del suelo y la gran resistencia de las comunidades rurales a producir para el mercado". "Como ya se señaló", continuaba el documento, "el DRI no intenta ofrecer soluciones para este tipo de problemas". En conclusión, "la efectividad del DRI como estrategia de desarrollo rural se demuestra solamente cuando tiene que ver con los siguientes factores: falta de capital para la producción, fuerza de trabajo no calificada y prácticas atrasadas de producción, ausencia de organización comunitaria e infraestructura física insuficiente, especialmente carreteras" (DNP/UEA 1982a: 10).

La redistribución de la economía de las visibilidades, articulada alrededor del dualismo entre tradición y modernidad, se hallaba en juego. Este dualismo ya estaba presente en el mapa original del desarrollo, pero las posiciones que los distintos actores ocupaban entonces eran muy diferentes: antes de descubrirse el potencial productivo del pequeño agricultor, los campesinos solo figuraban en el discurso del desarrollo como masa indiferenciada y algo molesta, de rostro casi invisible. Eran parte de la informe "población excedente" que tarde o temprano sería absorbida por una economía urbana floreciente. Al hacerse más visible y molesto su rostro, y más audible su voz antes enmudecida, comenzó un reordenamieto táctico de las fuerzas. Otro aspecto de la faz rural comenzó a rodear

la ciudad: millares de migrantes hacían nuevas exigencias a la ciudad, al tiempo que el campo no podía producir alimentos suficientes. La dinámica del discurso (sus procesos "maquínicos") dictaminó la reorganización de las visibilidades, incorporando el apoyo estatal, las instituciones internacionales, el conflicto de clases, las políticas alimentarias existentes, y otros por el estilo, a una nueva estrategia: el Desarrollo Rural Integrado (DRI).

No resulta sorprendente que la representación de los campesinos manifiesta en esta estrategia fuera, y continúe siendo, esencialmente economicista. Desde mediados de los años sesenta, los economistas interesados en los pequeños productores no han dejado de insistir en que los mismos agricultores atrasados que habían ignorado en las décadas anteriores se conducirían como buenos y decentes agricultores capitalistas si se les otorgaran las condiciones necesarias para ello. Los economistas descubrieron, con placentera sorpresa y con la ayuda de los antropólogos económicos, que los campesinos sí se comportaban racionalmente. Dadas sus restricciones, optimizaban sus opciones, minimizaban riesgos y utilizaban con eficiencia los recursos. Ello invitaba a "invertir en recursos humanos" (Schultz 1964). Todas estas concepciones entraron en la elaboración de las estrategias de desarrollo rural. Como era de esperarse, el fracaso de los agricultores para comportarse como la teoría lo dictaba se convirtió en incapacidad de los campesinos para responder adecuadamente a los insumos de los programas. De vez en cuando se encuentran en los documentos de evaluación del DRI alusiones a la "resistencia de los campesinos a producir para el mercado", pero sin más explicaciones.

Esta óptica de los campesinos está íntimamente ligada a ciertas concepciones de la alimentación, la tierra, el desarrollo y la naturaleza. Aunque resultaría imposible determinar aquí estos nexos, vale la pena mencionar los que llegaron a conformar el núcleo del discurso del DRI. El desarrollo rural integrado fue concebido como una manera de llevar la revolución verde a los pequeños agricultores, y fue en esta donde se originaron muchos de los esquemas de aquel. Escuchemos atentamente la forma en que los expertos de la revolución verde elaboraron sus argumentos y se ubicaron en el lenguaje. Para Norman Borlaug, "padre" de la revolución verde, al "provocar cambios sociales y económicos rápidos… [la revolución verde] generaba entusiasmo y esperanza renovada en una vida mejor… desplazando una actitud de desesperación y apatía que había embargado el tejido social de estos países solo unos años atrás". Además,

> En el despertar existe una demanda creciente de más y mejores escuelas, mejores viviendas, mejores formas de almacenamiento, mejores vías y transporte rural, más electricidad para impulsar los motores y pozos e iluminar las casas… A medida que la actividad del país continúa creciendo… muchos millones de habitantes rurales, que antes vivían por fuera de la economía general del país, en un nivel de subsistencia, se

> están convirtiendo en participantes activos de la economía. Otros millones desean ingresar. Si se les niega la oportunidad, la nueva ola llevará a mayor inestabilidad y a la rebelión política (Citado en Bird 1984: 5).

Ya habíamos encontrado la metáfora de la oscuridad económica en la descripción de la economía dual de Lewis. Borlaug agrega un campo de oscuridad social, apatía y desesperación tan omnipresentes que solamente retrocederían ante la avalancha del progreso. Pero primero hay que despertar a la gente a las nuevas posibilidades, y llevarla de la mano hacia el nuevo y excitante camino. Millones desean entrar. Sería, claro está, tarea de los padres blancos introducir al bondadoso pero atrasado pueblo del Tercer Mundo en el templo del progreso. De otra manera, un futuro violento estaría al acecho y el pueblo tal vez regresaría a su pasado marginal con esta tendencia hacia la apatía y el desespero, sin olvidar su salvajismo. Esta representación habla "de padres, hijos y hermanos menores con las vagas amenazas feminizadas de ser devorados y volver a la irracionalidad".[1] También significa impedir cualquier cosa que esté por fuera de la economía de mercado, especialmente las actividades de subsistencia y de reciprocidad e intercambio locales, tantas veces cruciales para campesinos, mujeres y pueblos indígenas; se trata, por último, de una definición del progreso que se supone universalmente válida, y no demarcada por la cultura y la historia.

Escuchemos la defensa de la así llamada revolución verde hecha por otro de sus principales defensores, Lester Brown (ahora maestro de ceremonias del World Watch Institute, sitio donde se producen cada año los "hechos" sobre el estado del mundo):

> La 'revolución verde' ha... hecho ya contribuciones importantes al bienestar de millones de personas en muchos países y con ello da testimonio del hecho de que la evaluación cuidadosa, la planeación científica y económica sensatas y el esfuerzo continuado pueden superar la patología crónica de la subproducción y traer gradualmente el adelanto económico creciente. Puede diseñarse una fórmula de éxito para cualquier área que tenga disponibles las nuevas variedades adaptadas de plantas y los insumos y aceleradores restantes que deben aplicarse de manera lógica (Citado en Bird 1984: 7).

En otras palabras, el cambio que tiene que ocurrir requiere una acción sin precedentes guiada cuidadosamente por expertos de Occidente. Ya que los del Tercer Mundo no tienen este conocimiento, sino que más bien se encuentran atrapados en una condición patológica crónica, el científico, como buen médico, tiene la obligación moral de intervenir para curar el cuerpo (social) enfermo. Además, la fórmula del éxito está a disposición de cualquiera, es decir, de

1 Comentario escrito por Donnazbajo de Elizabeth Bird (1984)

cualquier país que esté dispuesto a aceptar el llamado del nuevo salvador y a dejarse conducir hacia la salvación que solo la ciencia y la tecnología modernas pueden ofrecer. En síntesis, como lo dice sucintamente Elizabeth Bird,

> Los mensajes [en la bibliografía de la revolución verde] son, primero, que estos planificadores del desarrollo saben lo que "la gente" de los "países en desarrollo" quiere; segundo, que lo que quiere es lo que "nosotros" tenemos; tercero, que "ellos" no están lo suficientemente avanzados para ser capaces de autodirigirse sin consecuencias; y cuarto, que la disciplina, la prudencia y la previsión son algunas de las cualidades necesarias para el éxito (1984: 23).

Los estudios sobre la revolución verde están llenos de supuestos culturales con respecto a la ciencia, el progreso y la economía, en los cuales pueden discernirse los matices autoritarios de un padre/salvador que habla con desprendida condescendencia al hijo/nativo. También están llenos de expresiones sobre los peligros de muchos "monstruos", particularmente del "monstruo de la población", el "espectro del hambre" y la "rebelión política".

¿Atenuó la nueva preocupación por los pequeños agricultores el sueño de soluciones masivas que funcionarían de una vez por todas? ¿Sacudió dicha preocupación los conceptos universales implícitos en el discurso de la revolución verde? Para responder estas preguntas, podemos comenzar con otro fundador del discurso, padre del desarrollo rural integrado y del enfoque de Necesidades Humanas Básicas (NHB), el entonces presidente del Banco Mundial, Robert McNamara.

McNamara presentó las bases de la estrategia del desarrollo rural integrado en su famoso discurso de Nairobi en septiembre de 1973, pronunciado durante la reunión anual del concejo de gobernadores del Banco Mundial. El problema, afirmó, es serio: más de cien millones de familias con parcelas demasiado pequeñas y condiciones de cultivo demasiado improductivas como para contribuir significativamente a la producción agrícola. "La cuestión", observó tras presentar "el problema" sin mencionar siquiera de quién era el problema o con qué patrones se medía, "es qué pueden hacer los países en desarrollo para incrementar la productividad del pequeño agricultor. ¿Cómo pueden duplicar las condiciones que han llevado a un crecimiento agrícola muy rápido en unas pocas áreas experimentales y en unos pocos países de tal manera que se estimule el crecimiento agrícola y se combata la pobreza rural a gran escala?" Las pocas áreas experimentales eran los proyectos piloto de desarrollo rural integrado de México, Colombia, y otros lugares; los "pocos países" eran Japón, y en cierto grado, China. ¿Cuál sería entonces la meta?

> Propongo que la meta sea incrementar la producción de los pequeños agricultores de modo que para 1985 su producto esté creciendo a una tasa del 5% anual. Si esta meta se logra, y los pequeños propietarios

> mantienen el ímpetu, entre 1985 y el fin del siglo pueden duplicar su producto anual. Evidentemente, es un objetivo ambicioso… Pero si en 1970 Japón pudo producir 6720 kilogramos de arroz por hectárea en fincas muy pequeñas, entonces África con sus 1270 kilogramos por hectárea, Asia con 1750 y América Latina con 2060 tienen un potencial enorme para elevar su productividad. Por ello creo que la meta es factible (McNamara 1975: 90, 91).

Aquí comenzamos a reconocer muchos de los rasgos ya analizados; por ejemplo, el uso del discurso fisicalista y probabilístico, basado en una concepción puramente instrumental de la naturaleza y el trabajo; la fijación de metas acordes con cálculos estadísticos que no se relacionan con las condiciones sociales reales, y la dependencia de un modelo (Japón) sin reconocer ninguna especificidad histórica. El principio de autoridad es evidente: "Creo que la meta es factible", donde la primera persona se expresa como si representara a todos los banqueros que invierten en el desarrollo. Calificar este principio de autoridad fortalece aún más la autoridad:

> Ni nosotros en el Banco, ni nadie más, tenemos respuestas muy claras acerca de cómo llevar la tecnología mejorada y otros insumos a otros cien millones de pequeños productores… Pero sabemos lo suficiente para comenzar. Admitimos que habremos de asumir algunos riesgos. Tendremos que improvisar y experimentar. Y si algunos de estos experimentos fallan, tendremos que aprender de ello y comenzar de nuevo (McNamara 1975: 91).

Si "el Banco" no tiene respuestas claras, nadie las tiene. Por ser "el Banco", sin embargo, puede asumir algunos riesgos y, si "algunos experimentos fallan", se inclinarán ante las vicisitudes de la vida (del Tercer Mundo, claro está), y con humildad comenzarán todo de nuevo. Una posición bastante cómoda, sobre todo si consideramos que no son ellos quienes tienen que sufrir las consecuencias del fracaso, ya que la gente del Tercer Mundo paga los prestamos. Esta posición permite al Banco Mundial mantener abiertas todas las opciones. Con seguridad que los fracasos repetidos no van a sacar al Banco del negocio. Pero el discurso de McNamara fue solo el anuncio de una estrategia que habría de ser presentada en una serie de "documentos de política sectorial" que lo siguieron. La primera operación discursiva consistió en explicar la justificación de la nueva estrategia. Esto se hizo en uno de los más célebres documentos de política sectorial:

> Las estrategias que se llevaron a cabo anteriormente en la mayoría de los países en desarrollo han tendido a enfatizar la importancia del crecimiento económico sin considerar de manera específica la manera en que habrán de redistribuirse los beneficios del crecimiento… Aunque a largo plazo el desarrollo económico de la creciente población rural dependerá de la expansión del sector moderno y de intereses distintos de los agrícolas,

> demasiado énfasis en el sector moderno puede desconocer el potencial de crecimiento de las áreas rurales. No reconocerlo ha sido una de las principales razones para la lentitud del crecimiento y el aumento de la pobreza rural (World Bank 1975: 16).

En este tipo de afirmación, invariablemente carente de sujeto, el Banco Mundial no se consideraba parte de aquellas estrategias anteriores algo equivocadas. Su respuesta era inequívoca: el crecimiento era la respuesta correcta, aunque también existía potencial de crecimiento en las áreas rurales. Además, con esta jugada el Banco Mundial aparecía como el adalid de la justicia, dado que la nueva estrategia hablaba de redistribución. Esto evadía la cuestión en dos formas: no solo asumía que la propuesta de redistribución del Banco llevaría a cabo la redistribución en la dirección correcta, es decir, hacia una mayor equidad del ingreso (que no fue y no es el caso, casi nunca), sino que también con gran astucia, escondía el papel del Banco y de las estrategias de crecimiento en la creación de desigualdad en primera instancia.

Dada esta justificación, veamos ahora cómo se formuló el nuevo enfoque:

> El desarrollo rural es una estrategia diseñada para mejorar la vida social y económica de un grupo específico de gente: los pobres del campo. Significa extender los beneficios del desarrollo a los más pobres entre aquellos que intentan subsistir en áreas rurales. El grupo incluye agricultores en pequeña escala, aparceros y campesinos sin tierra. Una estrategia de desarrollo rural debe reconocer tres puntos. Primero, el ritmo de desplazamiento de la gente desde la agricultura de baja productividad y sus actividades conexas hacia intereses más rentables ha sido lento… Segundo, la masa de gente de áreas rurales de los países en desarrollo enfrenta diversos grados de pobreza. Su posición es susceptible de empeorar si la población sigue creciendo desenfrenadamente mientras continúan vigentes las limitaciones impuestas por los recursos y las tecnologías disponibles, las instituciones y las organizaciones. Tercero, las áreas rurales tienen mano de obra, tierra, y por lo menos algo de capital que, de movilizarse, podrían reducir la pobreza y mejorar la calidad de vida (World Bank 1975: 3).

"Extender los beneficios del desarrollo" a las áreas rurales desconocía el hecho de que la mayoría de la gente del sector moderno, las clases pobres urbanas, no gozaba de los frutos del desarrollo. Los campesinos eran vistos en términos puramente económicos "tratando de subsistir en las áreas rurales", y no tratando de mantener viable toda una forma de vida. De ellos se hablaba como de un grupo cuya "tasa de transferencia" hacia "actividades más rentables" debía acelerarse, igual que las vacas se trasladan de ranchos de baja productividad a fincas comerciales ganaderas, para alimentarlas con concentrados. Su "trabajo" debía ser "movilizado" para sacarlos del abismo de su pobreza, como si la agricultura de subsistencia y de

"baja productividad" no requiriera trabajo. Tener demasiados hijos era, claro está, una maldición que los campesinos se imponían a sí mismos.

Imbuido de las principales creencias del pensamiento economicista, reduccionista y malthusiano, no sorprende que el Banco Mundial definiera el desarrollo rural como una estrategia "preocupada por la modernización y monetización de la sociedad rural, y por su transición del aislamiento tradicional a la integración con la economía nacional… [ello] implica mayor interacción entre los sectores moderno y tradicional" (1975: 3). Estos expertos no consideraban la posibilidad de que el exceso de interacción con el sector moderno fuera el origen de los problemas de los campesinos. Tampoco abandonaban la creencia de que el sector moderno y las políticas macroeconómicas siguieran siendo lo más importante para las teorías del desarrollo (pág. 16), ¡aunque en una frase anterior se culpara de la pobreza rural al exceso de preocupación con el crecimiento!

Este imperialismo en la representación refleja las relaciones estructurales e institucionalizadas del poder. Se trata de un mecanismo de producción de la verdad más que de un mecanismo de represión. El discurso del desarrollo rural repite las mismas relaciones que definieron al discurso del desarrollo desde su nacimiento: el hecho de que el desarrollo tiene que ver con el crecimiento, el capital, la tecnología, con la modernización. Nada más. "Los campesinos tradicionales necesitan ser modernizados; necesitan que se les dé acceso al capital, la tecnología y la asistencia correctas. Solo así la producción y la productividad pueden ser incrementadas". Estas afirmaciones fueron expresadas de modo muy similar en 1949 (misión del Banco Mundial a Colombia), en 1960 (Alianza para el Progreso), en 1973 (en el discurso de McNamara), y todavía se repiten *ad nauseam* en muchos lugares. Qué falta de imaginación, podemos pensar. La persistencia de un discurso tan monótono es precisamente lo más curioso.

Tal persistencia, especialmente vista a la luz de la incólume intensidad de los problemas que se pretende resolver, no puede explicarse más que reconociendo una notable productividad en términos de las relaciones de poder. Lo que logra el discurso del desarrollo rural integrado es la integración de los enunciados que reproducen, como si fuera cierto, el mundo que conocemos: un mundo de producción y de mercados, del bien y el mal, de los desarrollados y los subdesarrollados, de la ayuda para el desarrollo, de inversión por parte de las compañías multinacionales, de ciencia y tecnología, de progreso y felicidad, de individualismo y economía. Esta curva de integración de los enunciados influye profundamente en nuestras percepciones. Los ordenamientos, las prioridades y las serializaciones sobre las cuales descansan limitan al Tercer Mundo, fragmentan y recomponen el campo y sus gentes, manipulan las visibilidades, actúan sobre las imperfecciones, y las deficiencias (de capital, tecnología, conocimiento y tal vez incluso del color de la piel) hacen surgir proyectos. En síntesis, garantizan un cierto funcionamiento del poder.

El desarrollo rural integrado diferencia la tradición y la modernidad, volviéndolas distintas mediante la creación de estratos que las comprenden a ambas. Como régimen de enunciados y campo de visibilidades, y en suma, como discurso, el desarrollo rural integrado es consolidado por el aparato del desarrollo, al tiempo que lo constituye y reproduce. Esto es así a pesar de que existe una brecha notoria entre los enunciados que produce y las visibilidades que organiza. ¿Acaso no se trata de enunciados acerca del mejoramiento de las condiciones de la gente? ¿Y no se trata de visibilidades relacionadas con prácticas de disciplina y control y con la creación de relaciones sociales determinadas? Esta separación entre enunciados y visibilidades constituye un rasgo característico del discurso (Deleuze 1988). En este nivel, la revolución verde y el desarrollo rural integrado son una misma cosa, a pesar de que cada uno define campos diferentes de enunciados y visibilidades.

Es importante recordar que todo este debate trata ante todo de la producción de alimentos. Lo que está implícito en estrategias agrícolas como la del desarrollo rural integrado es la expansión del tipo de agricultura responsable del surgimiento de la alimentación moderna (productos comercializados por completo y producidos industrialmente con notable uniformidad, cuyo mejor ejemplo es tal vez el pan tajado, emblema de la vida moderna) con el efecto correspondiente de generalizar la transformación culturalmente aceptada de los productos naturales, lo cual en nuestros días significa maíz, tomates o leche mejorados genéticamente, ejemplos de la naturaleza "mejorada" por la cultura (Goodman, Sorj y Wilkinson 1987). El proceso, sin embargo, no ha sido exitoso: la producción de alimentos no ha aumentado lo suficiente, o donde lo ha hecho, no ha llegado a quienes la necesitan. Por consiguiente, los niveles de pobreza y desnutrición se han vuelto apabullantes. Esta es la economía política que acompaña a la economía de enunciados y visibilidades organizada por el discurso del desarrollo. El Banco Mundial, maestro de estrategias en el juego de ligar las economías del discurso y la producción, ha sido el campeón y agente de este proceso. Vale la pena pasar revista a las prácticas de esta institución.

## *El Banco Mundial: un modelo de desarrollo*

El Banco Mundial es la mayor agencia internacional de desarrollo. El significado y estilo de la institución fueron muy bien expresados por una antropóloga que investigaba los lenguajes locales del desarrollo en Nepal. Su observación se refiere a un encuentro con representantes del Banco Mundial en un programa de planificación familiar, quienes trataron de convencerla de aportar datos sobre la vida local en el campo:

> Ingenuamente, no me había dado cuenta de que las estrategias de salud en el desarrollo de Nepal significan sobre todo planificación familiar.

> Quedé bastante impresionada, de hecho, al ver cuánto dinero se gasta tratando de que esta gente no se reproduzca. Todo ello parece tan incongruente con el gozo y deleite que los nepalíes encuentran en los niños. Volví por una semana para visitar a las personas con las que había vivido, y lo que más noté fue su placer con los hijos… Lo que sirve solo para mostrar cuán patéticamente estrecha es la visión del Banco Mundial si de lo que se trata es de entender una idea radicalmente nueva en términos locales. Así aprendí algo muy importante sobre el Banco Mundial en Nepal. Para trabajar en él, uno no puede poner pie en el verdadero Nepal. Literalmente. Estar en un cargo del Banco Mundial significa que uno vive en una casa con agua potable y que uno tiene un chofer que lo lleva de puerta en puerta.[2]

Esta es la punta del iceberg de lo que Ernest Feder (1983) ha llamado "desarrollo perverso". Sin embargo, el Banco Mundial aún es el guía oficial de la política en el mundo del desarrollo. En África, el Banco Mundial ha sido el principal donante extranjero y la fuerza externa más poderosa en la elaboración de la política económica. Estas políticas, afirman algunos (Rau 1991; Gran 1986), son responsables en gran medida de las hambrunas del Sahel en las tres últimas décadas. "Merece comentario el hecho de que la mayoría de los gobernantes del Norte y el Sur continúen aprobando las mismas instituciones, valores, enfoques analíticos y programas, garantizando con ello la continuación del hambre", escribe Guy Gran en su estudio acerca del rol del conocimiento del desarrollo en la creación de las hambrunas africanas (1986: 275). El comentario que debe hacerse es cómo el Banco Mundial logra tales niveles de aceptación.

La importancia del Banco Mundial en el Tercer Mundo proviene en parte del propio volumen de prestamos, pero también se explica bastante a través de una serie de prácticas, analizadas críticamente por Cheryl Payer (1982, 1991). La cofinanciación con otras agencias patrocinadoras es una de ellas. Se basa en que el Banco Mundial convence a otras agencias financiadoras de participar en proyectos que ya han sido evaluados por este. El Banco Mundial también realiza acuerdos de asistencia recíproca con agencias de Naciones Unidas, especialmente con la FAO, cuyo personal profesional ha ayudado al Banco Mundial a preparar proyectos agrícolas y de desarrollo rural. El Banco Mundial también coordina los llamados clubs de donantes, que determinan la financiación externa para un grupo selecto de países del Tercer Mundo. Colombia es uno de ellos. Desde 1963, el grupo consultivo de Colombia se reúne periódicamente en París (obviamente Bogotá no es una ciudad adecuada para los financistas internacionales, incluidos entre ellos a las contrapartes colombianas), y el Banco Mundial ha coordinado al grupo de donantes, en el que se incluyen bancos privados y agencias oficiales de

2 Correo electrónico enviado por Stacy Leigh Pigg en agosto de 1992

desarrollo de Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Japón, Holanda, Francia, Italia, Canadá y otros países europeos. En la reunión de 1979 en París, por ejemplo, los economistas del gobierno colombiano negociaron prestamos por cerca de 1500 millones de dólares para el período 1979-1983, principalmente de bancos privados (incluyendo 600 millones de dólares del Chemical Bank de Nueva York). Uno de tales prestamos fue concedido al DRI (Banco de la República 1979).

La mayoría de los prestamos otorgados por el Banco Mundial corresponde a proyectos sujetos a licitaciones internacionales. Sobra decir que casi siempre los contratos se adjudican a compañías multinacionales que obtienen los beneficios de este mercado multimillonario de dólares (un acumulado de 80 mil millones de dólares a finales de 1980, de los cuales cerca del 80% había sido asignado mediante "licitaciones internacionales competitivas", concedidas principalmente a multinacionales y expertos del Primer Mundo). Es así como el Banco Mundial mantiene su hegemonía intelectual y financiera en el desarrollo: canalizando la mayor cantidad de fondos; abriendo nuevas regiones para la inversión con proyectos de transporte, electrificación y telecomunicaciones; contribuyendo a la expansión de las multinacionales a través de contratos; profundizando la dependencia de los mercados internacionales a través de la insistencia en la producción para exportaciones; negando prestamos a "gobiernos poco amigables" (como el Chile de Allende); oponiéndose a medidas proteccionistas para las industrias locales; fomentando la pérdida de control de los recursos de los pueblos locales al insistir en megaproyectos que benefician a las elites nacionales y a las compañías multinacionales; respondiendo de cerca a los intereses del capitalismo internacional en general y a la política exterior norteamericana en particular (Estados Unidos controla cerca del 21% del poder de votación, y los cinco primeros –Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia y Japón– controlan cerca del 45%); y colaborando para mantener en el poder regímenes corruptos y antidemocráticos en todo el Tercer Mundo (Brasil, México, Indonesia, Corea del Sur, Turquía, Colombia y Filipinas han sido, en ese orden, los principales receptores de prestamos hasta 1981) (Payer 1982).

El Banco Mundial, de otro lado, ejerce prácticas burocráticas que protegen a la institución contra toda responsabilidad. Sus oficinas regionales por lo general mantienen estrecho contacto con el sector oficial central y su programación obedece a lo que Robert Chambers llama con acierto "el turismo del desarrollo urbano y rural" (que se refiere no tanto a que sus representantes viajan en primera clase y se hospedan en los mejores hoteles, cosa que invariablemente hacen, sino más bien a su estilo de trabajo): su aprendizaje de los problemas de un país se realiza a través de la lente de la economía neoclásica, la única compatible con su modelo predeterminado (cerca del 70% del personal profesional del Banco Mundial está compuesto de economistas, mientras que la mayoría del restante 30% se compone de ingenieros). El Banco Mundial nunca analiza de manera significativa las causas subyacentes de los problemas que intenta solucionar, por ejemplo, el voluminoso

informe de diagnóstico para el prestamo PAN dedicaba un párrafo a analizar las "causas de la desnutrición", y otro a "las consecuencias de la desnutrición", mientras que la mayoría del informe está dedicado a discusiones de tipo técnico y económico, incluyendo análisis de costo-beneficio (World Bank 1977). No es sorprendente entonces que A. W. Clausen, quien llegara al Banco desde la presidencia del Bank of America para suceder a Robert McNamara, se sintiera autorizado a decir que "la raíz de la crisis africana es la baja tasa de retorno en la inversión de capital" (citado en Gran 1986: 279), a pesar de la existencia de conocidos estudios que demuestran que las hambrunas africanas son resultado de procesos históricos y socioeconómicos complejos (Watts 1983). Como concluye Gran,

> El Banco Mundial genera conocimiento y lo transforma en políticas y prácticas por medio de un proceso notablemente cerrado, aislado y elitista. Son los economistas neoclásicos de Washington y no los campesinos africanos quienes definen tanto el problema como la solución para el desarrollo rural africano… La situación actual es un diálogo de elites… La ausencia de participación campesina es importante (1986: 277 - 278).

Como pionero de la industria del desarrollo, el Banco Mundial influye decisivamente en el destino de los casi 60000 millones de dólares de ayuda oficial que se destinan anualmente al Sur. Como ya se dijo, casi el 80% de dicha ayuda se gasta dentro de los países donantes en contratos y salarios de los directivos y los consultores, representando un subsidio nada despreciable a las economías domésticas del Primer Mundo, pagado principalmente por su clase trabajadora. De hecho, miles de puestos de trabajo en los países del Primer Mundo dependen de la ayuda para el desarrollo. Dicha ayuda también contribuye a difundir los intereses comerciales de las corporaciones del Primer Mundo. Treinta de los cincuenta principales clientes de las corporaciones norteamericanas productoras de bienes agrícolas (Cargill, Monsanto, General Foods, etcétera) son países en desarrollo, y de ellos la mayoría son o fueron beneficiarios principales del programa de ayuda alimentaría (Food for Peace o P. L. 480) (Hancock 1989). Esto no es coincidencia. Por el contrario, pone de manifiesto el rol de la ayuda para el desarrollo en la creación de oportunidades comerciales para los intereses de la elite del Primer Mundo. Por último, el hecho de que las instancias superiores de las organizaciones del desarrollo –en particular del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional– devenguen salarios excesivamente altos, incluso para los patrones salariales del Primer Mundo, y reciban jugosos beneficios extra salariales no parece despertar inquietudes morales en las mentes de estos "barones de la pobreza" y "aristócratas de la caridad" metidos en el negocio de la ayuda externa (Hancock 1989). En su estudio sobre la ayuda para el desarrollo, Hancock denuncia esta situación como una indecencia de grandes proporciones que los trabajadores del Primer y el Tercer Mundo llevan sobre sus hombros.

Por último, el impacto de la financiación del Banco Mundial sobre un país puede ser inmenso, aun en aquellos casos donde la influencia no toma la forma de intromisión abierta en asuntos de política interna y en el enfoque general del desarrollo, como ocurre en el caso colombiano. Con la excepción de un año (1957), el Banco Mundial ha otorgado prestamos a Colombia cada año a partir de 1949. Dichos prestamos se han negociado en su mayor parte durante la reunión anual en París, partiendo de una lista de proyectos preparada conjuntamente por el Banco Mundial y el Departamento Nacional de Planeación. En términos de dólares per cápita, Colombia ocupa el primer lugar entre los beneficiarios de prestamos del Banco Mundial. La influencia de tal volumen de prestamos se ha hecho sentir sobre todo en áreas como el ciclo de formación de capital (actuando como desestímulo a la financiación doméstica de la inversión pública), el desarrollo de políticas sectoriales (contribuyendo a la desarticulación sectorial a causa de su concentración en proyectos industriales, carreteras y electricidad), y el desarrollo institucional (fortaleciendo las entidades más tecnocráticas y modernizantes). Pese a que la generación de electricidad ha sido una prioridad importante, el Banco Mundial ha sido renuente a apoyar proyectos de agua y acueducto (Londoño y Perry 1985), lo cual revela no solo el sesgo capitalista y modernizador de la institución, sino también su falta de interés por el bienestar de los pobres del Tercer Mundo.

Aun cuando los planificadores nacionales admiten errores internos en la formulación de políticas, la experiencia colombiana muestra inequívocamente la influencia de las instituciones del desarrollo. Entre 1968 y 1985 el crédito externo financió entre el 25 y el 38% de la inversión pública total. Esta financiación es más crítica en realidad, ya que el gobierno otorga gran importancia a los proyectos financiados con fondos externos. De hecho, como concluyen Londoño y Perry en su estudio de la presencia del Banco Mundial en Colombia: “No han existido proyectos importantes de inversión pública que no hayan recibido alguna financiación externa” (1985: 213). Esta presencia fue más decisiva después de 1985, cuando el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional forzaron al gobierno a implementar un programa convencional de estabilización que contradecía las recomendaciones de los planificadores nacionales y que solo empeoró el problema de la balanza de pagos (Londoño y Perry 1985). Como lo afirma Payer (1991) en su estudio de la deuda latinoamericana, estas instituciones actúan más como pirómanos que como bomberos, en la medida en que sus maniobras contribuyen a crear o empeorar el problema de la deuda. Después de leer el elaborado argumento de Payer, resulta difícil no tomar en serio su afirmación de que “el Fondo (Monetario) y el Banco (Mundial) deben considerarse entre los mayores responsables de la crisis de la deuda” (pág. 82).

El impacto del Banco Mundial, hay que subrayar, sobrepasa los aspectos económicos. Esta institución debe considerarse como un agente del imperialismo cultural y económico al servicio de la elite global. El Banco Mundial, tal vez como ninguna otra institución, encarna el aparato del desarrollo. Ejerce el desarrollo

con gran eficiencia, estableciendo multiplicidades en todos los rincones del Tercer Mundo, y desde ellos el discurso se extiende y renueva.

### *Descolonización de la representación: la política de afirmación cultural*

Los estudios de la lucha campesina en el contexto de estrategias como el desarrollo rural se han centrado generalmente en la política de tenencia de la tierra y en las rebeliones abiertas para tomar o recobrar tierras. A pesar de la importancia decisiva de este aspecto, debe tenerse en cuenta que la resistencia campesina refleja algo más que la lucha por la tierra y las condiciones de vida; se trata, sobre todo, de una lucha por los símbolos y los significados, de una lucha cultural. La vívida descripción de Scott de la lucha contra las recolectoras mecánicas introducidas en la Malasia rural por la revolución verde, por ejemplo, ilustra bien la lucha por la historia y los modos de vida motivada por las nuevas tecnologías (1985: 154-164). Sin embargo, los estudios sobre la resistencia tocan apenas tangencialmente las culturas en las cuales se originan las resistencias. Por lo general las formas de resistencia y el concepto mismo se teorizan en relación con las culturas occidentales. Para el investigador es más difícil aprender a habitar en la estructura interpretativa interna de la cultura que opone resistencia, lo cual sería un prerrequisito para una representación que no dependiera tanto de las prácticas occidentales de conocimiento (Strathern 1988).

En su estudio sobre la transformación campesina en el sudoeste de Colombia durante los años setenta, Michael Taussig concluyó que el efecto de la introducción de la revolución verde y el desarrollo rural integrado tenía que examinarse en términos de dos perspectivas culturales en pugna: una basada en el valor de uso –una economía campesina dirigida hacia la satisfacción de necesidades cualitativamente definidas–, y otra, basada en el valor de cambio, encaminada a la acumulación y la ganancia e inscrita dentro de una racionalidad cuantitativa. Al ser confrontadas con la nueva manera de ordenar la vida económica, introducida por el DRI y otros programas similares, las comunidades campesinas negras de esta parte del país dieron una serie de respuestas (tales como creencias en el diablo) por medio de las cuales intentaban contraponerse a la imposición de la producción de mercancías en desacuerdo con sus métodos tradicionales (Taussig 1980).

De igual modo, Gudeman y Rivera (1990, 1993) demuestran la coexistencia de dos economías diferentes en el campo latinoamericano: una basada en la subsistencia, otra en la adquisición. Como ya se mencionó, tanto las economías campesinas como las de mercado incluyen aspectos de ambos tipos, y a pesar de que la de subsistencia aún predomina en el mundo campesino, esta no se rige por las leyes de racionalidad del sistema de mercado. Los campesinos, por ejemplo, solo llevan cuentas de las actividades que están monetizadas por

completo. Siempre innovan y ajustan sus prácticas mediante ensayo y error, de manera más relacionada con el arte que con la racionalidad a pesar de que la transformación de la economía campesina en economía de mercado tiene lugar constantemente, obligada por la economía de adquisición. Aunque para los campesinos la ganancia se convierte poco a poco en una categoría cultural, el ahorro y la frugalidad continúan siendo valores fundamentales. La economía doméstica no es impulsada por la adquisición sino por las actividades materiales cuyo principio fundamental es "cuidar la base", dentro de la cual están incluidos no solo los recursos naturales y los objetos materiales, sino también las formas de actuar, la gente, los hábitos y el hábitat conocidos culturalmente.

En la preservación de la economía de subsistencia, igual que en la orientación del "valor de uso" de Taussig, puede verse una forma de resistencia que se origina en el hecho evidente de la diferencia cultural. Las culturas campesinas latinoamericanas todavía muestran un significativo contraste evidente con las culturas dominantes de origen europeo, en términos de esquemas culturales y prácticas relativas a la tierra, el alimento y la economía. Este contraste es aún mayor en el caso de las culturas indígenas, aunque también se encuentra en diversos grados entre las subculturas mestizas y negras. Las diferencias culturales sirven como base para teorías y políticas de diversos tipos, en particular para las políticas de auto afirmación. Por ejemplo, algunos afirman que en los Andes peruanos podrían seguir vivas algunas de las prácticas anteriores a la conquista. Este grupo de intelectuales/activistas (Proyecto andino de tecnologías campesinas, PRATEC) no intenta explicar la naturaleza de la sociedad andina en términos de esquemas abstractos, sino más bien mostrar fenomenológicamente –mediante un tipo de hermenéutica basado en un poner en escena del discurso campesino– algunas de las cualidades de la cultura andina y su validez para la mayoría de la gente de los Andes peruanos de hoy. Su intención es contribuir a la afirmación y la autonomía de la cultura andina.

Dentro de la cosmovisión andina, en la explicación del PRATEC,[3] el mundo campesino se concibe como un ser viviente, en donde no hay separación entre la gente y la naturaleza, entre el individuo y la comunidad, entre la sociedad y los dioses. El mundo vivo se re-crea continuamente mediante "el cuidado" recíproco de todos los seres vivientes, el cual depende de un diálogo íntimo y permanente entre todos los seres vivos (que incluye, otra vez, a la gente, la naturaleza y los dioses), una especie de afirmación de la esencia y la voluntad de los involucrados. El diálogo se mantiene mediante interacciones continuas sociales e históricas. Cada parcela, por ejemplo, exige diferentes rutinas de cultivo, distintas prácticas para su cuidado. Ninguna receta o "paquete" estandarizado, del tipo del desarrollo rural integrado o la agricultura homogeneizada de Estados Unidos, puede incluir

3 Esta presentación se basa en Grillo (1990, 1992); Grillo, ed. (1991); Valladolid (1989); Chambi y Quiso (1992); de la Torre, A. (1986).

semejante diversidad. La prescripción de normas para el cultivo "correcto" es ajena a la agricultura andina. Las prácticas y eventos nunca se repiten con base en un esquema preestablecido; por el contrario, el conocimiento mismo se recrea todo el tiempo, como parte del compromiso para fortalecer y enriquecer la realidad, y no para transformarla. El lenguaje mismo está vivo, su significado siempre viene dictado por el contexto, y nunca es permanente o estable. La conversación implica volver a actuar los eventos de los que se habla; las palabras se refieren a lo que se ha vivido y no a sucesos lejanos.

Los activistas del PRATEC reconocen que el conocimiento y las prácticas andinas han sido erosionadas, pero afirman enfáticamente la validez de muchas prácticas antiguas de las comunidades rurales. Creen que los campesinos han aprendido a usar los instrumentos de la modernidad sin perder gran parte de su visión del mundo. Su proyecto contempla un proceso de afirmación y restructuración de la sociedad peruana acorde con los criterios de antiimperialismo, vuelta al campesinado, y una especie de reetnización heterogénea panandina. Se trata de una estrategia de descolonización, agrocéntrica y dirigida hacia la autosuficiencia alimentaria. En la Costa Pacífica colombiana, las comunidades negras que se han movilizado están luchando por articular y poner en marcha un movimiento de afirmación cultural que incluye entre sus principios la búsqueda de identidad étnica, de autonomía, y el derecho a decidir sobre sus propias perspectivas de desarrollo y de la práctica social en general. En el Tercer Mundo todos los días surgen esfuerzos parecidos a menudo en sentidos contradictorios, mediante acciones de alcance y visibilidad limitadas.

El proceso de juzgar experiencias como las anteriores desde las perspectivas occidentales no resulta fácil. Deben evitarse dos extremos: el de adherir a ellas como alternativas sin analizarlas, y el de despreciarlas como exposiciones románticas de activistas o intelectuales que ven en la realidad solo aquello que desean ver, negándose a reconocer las crudas realidades del mundo, como la hegemonía capitalista y otras por el estilo. Los académicos de Occidente y de otras regiones son muy propensos a caer en la segunda trampa y los activistas progresistas, son proclives a caer en la primera. Más que verlas como representaciones verdaderas o falsas de la realidad, deberían considerarse como ejemplos del discurso y el contra-discurso. Reflejan luchas centradas en la política de la diferencia que, muy a menudo, incluyen una crítica explícita del desarrollo.

Como observó Ana María Alonso (1992) en el contexto de otra lucha campesina en otro momento histórico, debemos tener cuidado de no naturalizar los mundos "tradicionales", es decir, debemos evitar valorar como inocente y "natural" un orden que ha sido producido por la historia (como el mundo andino en el caso del PRATEC, o como muchas de las alternativas de base proclamadas por activistas de varios países). Dichas categorías también pueden interpretarse en términos de efectos específicos del poder y el significado. Además, lo "local" nunca es inconexo ni aislado o puro, como a veces se piensa. También debe evitarse la tentación de

"consumir" experiencias alternativas de base en el mercado de lo "alternativo" dentro del mundo académico occidental. Como advierte Rey Chow (1992), hay que resistirse a participar en la mitificación de las experiencias del Tercer Mundo, que ocurre con frecuencia bajo rúbricas como las de "multiculturalismo" y "diversidad cultural". Esta mitificación esconde otros mecanismos:

> La aparente receptividad de nuestros currículos al Tercer Mundo, la cual aprovecha a especímenes humanos no occidentales como instrumentos de articulación, es algo que tenemos que practicar y deconstruir al mismo tiempo... [debemos] ejercer resistencia ante la ilusión liberal de la autonomía e independencia que podemos "darle" al otro. Ello demuestra que el conocimiento social (y la responsabilidad que éste implica) no es asunto simplemente de empatía o de identificación con "el otro" cuyas tristezas y frustraciones se vuelven parte del espectáculo… Esto significa que *nuestros* intentos por "explorar el 'otro' punto de vista" y de "darle oportunidad de hablar por sí mismo", como preconizan con pasión algunos discursos actuales, debe distinguirse siempre de las luchas del otro, no importa con qué entusiasmo asumamos la no existencia de tal distinción (págs. 111, 112).

Al final del Capítulo 4 concluíamos que la lucha por la representación y por la afirmación cultural debe llevarse a cabo al lado de la lucha contra la explotación y la dominación, es decir, por las condiciones de las economías políticas locales, regionales, nacionales y mundiales. De hecho, los dos proyectos constituyen uno solo. Los regímenes capitalistas debilitan la reproducción de las formas de identidad socialmente estimadas. Al destruir las prácticas culturales existentes, los proyectos de desarrollo destruyen elementos que son necesarios para la afirmación cultural. En el discurso del Banco Mundial, los campesinos deben ser regularizados a través de nuevas tecnologías de poder que los transforman "en sujetos dóciles de la épica del progreso" (Alonso 1992: 412). Sin embargo, en muchos lugares del Tercer Mundo la vida rural es muy distinta de lo que el Banco Mundial desearía hacernos creer. Quizá los diversos modelos locales que los investigadores y activistas han comenzado a describir en los últimos años puedan servir de base para otros regímenes de comprensión y de práctica.

## El género de la mirada: el descubrimiento de la mujer en el desarrollo

### *Las mujeres: las agricultoras invisibles*

La caracterización de la población rural de Colombia hecha por la misión del Banco Mundial en 1949 comienza de la siguiente manera:

> Si se excluyen amas de casa, el servicio doméstico, y otras categorías indefinidas de los 3300000 pobladores rurales clasificados en el censo de 1938, había en tal año 1767000 personas económicamente activas en las 700 mil fincas en poblaciones con menos de 1500 habitantes (International Bank 1950: 64).

Los discursos modernos se niegan a reconocer el papel productivo de la mujer. Este es un problema general al cual las estudiosas feministas han prestado atención especial por un buen número de años. Una preocupación más reciente es el papel desempeñado por la mujer en el desarrollo y el efecto de las políticas de desarrollo sobre ella. A partir del estudio de Ester Boserup, *Women's Role in Economic Development* (1970), muchos trabajos han mostrado que el desarrollo no solo ha hecho invisible la contribución de la mujer a la economía, sino que ha tenido un efecto perjudicial sobre su posición y estatus social.[4] Como resultado de los programas de desarrollo, las condiciones de vida de la mujer se han agravado y su carga de trabajo ha aumentado. En muchos casos, el estatus del trabajo de la mujer ha empeorado como resultado de su exclusión de programas agrícolas. La razón de esta exclusión se relaciona con el prejuicio patriarcal tanto del modelo escogido, la agricultura de los Estados Unidos, como del desarrollo en sí:

> Los planificadores del desarrollo tienden a asumir que los hombres son los trabajadores más productivos. Al evaluar la contribución de las mujeres a la actividad productiva ha habido un fracaso mundial. Al examinar el desarrollo agrícola desde una perspectiva occidental, los planificadores definen el sistema agrícola de Estados Unidos como el ideal. La contribución de la mujer a la producción agrícola de Estados Unidos ha permanecido invisible… Los programas para la mujer han tenido que ver con salud, planificación familiar, nutrición, cuidado infantil y economía doméstica… Para la mujer, las consecuencias del desarrollo incluyen mayores cargas de trabajo, la pérdida del empleo existente, cambios en la estructura de remuneración de su trabajo, la pérdida del control de la tierra (Sachs 1985: 127).

En resumen, la mujer ha sido "la agricultora invisible", o, para ser más precisos, la visibilidad de la mujer ha sido organizada mediante técnicas que consideran solamente su rol como reproductora. Como lo expresa Sachs de manera acertada,

4 Algunos de los líderes en esta bibliografía son: Benería y Sen (1981); Benería, ed. (1982); León, ed. (1982); León y Deere, eds. (1986); Sen y Grown (1987); Gallin, Aronoff y Ferguson, eds. (1989); Gallin y Ferguson, eds. (1990); Rao, A., ed. (1991). En los volúmenes editados por Gallin, Aronoff y Ferguson (1989), y Gallin y Ferguson (1990) se encuentran revisiones útiles de la vasta bibliografía sobre este campo. Para trabajos afines, véanse Bourque y Warren (1981); Nash y Safa, eds. (1986); Mies (1986); Benería y Roldán (1987); Jelin, ed. (1990); Benería y Feldman, eds. (1992).

el desarrollo ha practicado “la agricultura para el hombre y la economía del hogar para la mujer”. Hasta finales de los años setenta, la mujer aparecía en el aparato del desarrollo solo como madre encargada de alimentar al niño, embarazada o lactante, o dedicada a buscar agua para cocinar y limpiar, o tratando las enfermedades de los hijos o, en el mejor de los casos, cultivando algunos alimentos en la huerta casera para complementar la dieta familiar. Tal era la naturaleza de la vida de la mujer en la mayoría de la literatura del desarrollo. Solo el hombre se consideraba ocupado en actividades productivas, y por consiguiente los programas orientados a mejorar la producción agrícola y la productividad estaban dirigidos a él. Si había capacitación para la mujer, era en áreas consideradas naturales a ella, como la modistería o la artesanía.

A pesar de algunos cambios que vamos a analizar en breve semejante asignación de visibilidades estaba y sigue estando implícita en prácticas concretas. La mayoría de los expertos y extensionistas agrícolas son hombres, capacitados por hombres y preparados para servir e interactuar sobre todo con agricultores de sexo masculino. Los agricultores hombres son los beneficiarios de cualquier adelanto social y tecnológico que se presenta en la agricultura, son los receptores de las innovaciones, a ellos se les adjudican las mejores tierras, dedicadas a la producción de cultivos con altos componentes de mercado, y ellos participan con mayor intensidad en las economías comerciales locales y regionales. Inevitablemente, el estatus del trabajo de la mujer declina al tiempo que se ve relegada a actividades de subsistencia. Cuando hay adelantos técnicos en actividades productivas dominadas por mujeres, estas se transfieren a los hombres; por ejemplo, cuando un cultivo realizado por mujeres se mecaniza, el control de los tractores o de las herramientas no es para ellas sino para los hombres. Si las nuevas tecnologías desplazan mano de obra, por lo general, son las mujeres quienes son desplazadas primero. Donde existe una innovación tecnológica que puede aliviar la carga del trabajo femenino, como en la trilla de cereales en vez de la molienda manual, lo que tiende a ocurrir es que las mujeres se quedan sin trabajo o se proletarizan en las condiciones más precarias. El trabajo de la mujer no se considera especializado, o si lo es, esto ocurre en el proceso de ser descalificado. Si existe desnutrición en un hogar, se considera en primer lugar responsabilidad de la madre. Y cuando en la familia se distribuye el alimento es normalmente el hombre de la casa (si existe) quien recibe el primer plato. Todos estos efectos han tenido consecuencias negativas para el bienestar de la mujer y de los niños (Latham 1988).

La capacitación internacional respaldada por la FAO y la US AID seguía la misma división del trabajo intelectual: la agricultura para los hombres, la economía del hogar para las mujeres. Como observan algunas escritoras feministas, el desarrollo logró modernizar el patriarcado, con graves consecuencias para las mujeres del Tercer Mundo (Mitter 1986, SID 1986). El patriarcado modernizado esconde también el hecho de que el trabajo no remunerado o mal pagado de las mujeres ha proporcionado gran parte de la base de la “modernización” (Simmons 1992).

La invisibilidad de la mujer para los programas de desarrollo rural resulta aún más paradójica si tenemos en cuenta que, según cálculos de la FAO, cerca del 50% de los alimentos de consumo directo del mundo son producidos por mujeres, y que cada vez más mujeres son cabezas de hogares rurales: por ejemplo, el 23% de los hogares urbanos y el 16% de los hogares rurales de Colombia están a cargo de mujeres (León, Prieto y Salazar 1987: 137). Podemos suponer que ello fue resultado de una especie de ceguera que el aparato del desarrollo podía corregir fácilmente, pero tal vez sería más preciso afirmar que para organizar una particular economía de las visibilidades el desarrollo encuentra respaldo en las estructuras patriarcales existentes (tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo).

En algunos casos, la resistencia de las agricultoras ante las intervenciones de desarrollo proporciona indicios del poder patriarcal vigente. Por ejemplo, Taussig (1978) encontró que las agricultoras de la región del valle del río Cauca, en Colombia, se resistían a adoptar la estrategia del desarrollo rural propulsada por el gobierno desde comienzos de la década de los setenta. Esta estrategia se basaba en el monocultivo y en la producción para el mercado. Las agricultoras preferían continuar con sus prácticas locales, que incluían un patrón más sistémico de cultivo, basado en la combinación de cultivos y la siembra de cultivos comerciales y de sustento, combinación que garantizaba ingresos constantes, aunque pequeños, así como trabajo durante todo el año. Los funcionarios del gobierno insistían en la tala de los árboles frutales, a lo cual se opusieron firmemente las campesinas. Sin embargo, la mayor parte de los agricultores hombres, adoptaron el nuevo enfoque, seducidos por la perspectiva de producir para el mercado y tener acceso a dinero contante y sonante.

Como en muchos otros lugares del Tercer Mundo, esta estrategia llevó a una concentración mayor de la propiedad de la tierra y a la proletarización de un segmento mayor de la población local. Las campesinas no adoptaron la nueva propuesta en parte porque no fueron tenidas en cuenta por los funcionarios, y en parte porque previeron el peligro de producir solo para el mercado. Tal vez habrían aceptado el crédito y la asistencia técnica si estos se hubieran suministrado con otros criterios más acordes con sus intereses y formas de cultivo, y en igualdad de condiciones con las de los agricultores. Como este no era el caso, el resultado fue, como lo mostrara la investigación hecha por Rubbo (1975) en la región, el deterioro en la posición de la mujer a lo largo de las décadas del setenta y el ochenta, tanto en el sentido económico como en relación con los hombres. La proletarización continua y el sesgo masculino de la política oficial restablecieron los roles sexuales para facilitar la disciplina de la fuerza de trabajo femenina, requerida para la expansión del capitalismo en la región. En el proceso se alteraron no solo las relaciones laborales y las de clase, sino también las de género, de manera desventajosa para las mujeres.

En algunos países, el desarrollo ha hecho invisible la contribución de la mujer a la producción agrícola, antes visible localmente. El trabajo de Staudt sobre la política agraria de Kenia ha mostrado que incluso la política agraria anterior a la independencia prestaba atención al rol decisivo de la mujer en la producción. Esto comenzó a cambiar durante los años cincuenta, cuando la escrituración de tierras y la capacitación comenzaron a favorecer a los hombres, y tomó un giro definitivo en contra de la mujer, en 1963, luego de la independencia, cuando el país se embarcó por completo en la vía del desarrollo. Si bien la introducción de semillas mejoradas, por ejemplo, incrementó la demanda de trabajo femenino, la política agraria ya había borrado a la mujer de su campo de visibilidad. Las agencias internacionales tampoco ayudaron, ya que como es tradicional en ellos dividían a hombres y mujeres en la agricultura y la economía del hogar. En el Ministerio de Agricultura y con ayuda de la US AID, se creó la división de economía del hogar y la misma agencia capacitó a sus directoras en Estados Unidos (Staudt 1984). Pero no debemos pensar que bajo el yugo colonial la situación era muy diferente. A pesar de que en algunos países las políticas del desarrollo han sido más perjudiciales para la mujer que las políticas coloniales, el proceso de destrucción de las prácticas de producción agrícola centradas en la mujer comenzó con el colonialismo. Esto es especialmente cierto en los estados de colonización blanca como Rhodesia, donde los colonialistas patriarcales blancos se aliaron con pequeños grupos de hombres africanos para controlar y "modernizar" no solo a la mujer sino a la mayoría de los hombres africanos (Page 1991).

Las situaciones descritas por Staudt y Page se encuentran en Senegambia, donde los sistemas de producción de arroz centrados en las mujeres fueron perturbados primero con la introducción del maní por los poderes coloniales del siglo XIX. Esta expansión de la producción mercantil tuvo importantes consecuencias para la división de género, de la producción agrícola, hasta entonces más igualitaria, cambiando el trabajo de tareas específicas por género a cultivos por género específicos. Dos de estas consecuencias fueron la disminución de la autosuficiencia alimentaria, a medida que la producción de maní sustituía a la de arroz, y el aumento en la demanda de trabajo femenino para la producción de arroz, pero bajo condiciones más difíciles para las mujeres. Como en Kenia, las autoridades coloniales también prestaban más atención a las agricultoras, en un intento por convertir a Gambia en un "granero de arroz" capaz de exportar grandes cantidades del grano. A partir de la década de los cuarenta, sin embargo, grupos cada vez mayores de hombres fueron desplazados hacia el cultivo de arroz, medida a la que se resistieron las mujeres. Luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando los británicos fomentaron el cultivo mecanizado del arroz, las mujeres quedaron relegadas al trabajo asalariado en actividades agrícolas no mecanizadas, medida a la que se opusieron de nuevo. En resumen, el intento de los poderes coloniales y del Estado posindependentista por crear un campesinado arrocero implicaba la restructuración de las relaciones de género conyugales y familiares. Sin embargo, el trabajo de las mujeres y su conocimiento de la producción agroecológica aún son muy importantes, y las luchas

de género continúan determinando la trayectoria del cambio agrario (Carney y Watts 1991). Como lo muestra este breve análisis de las experiencias africanas, sería más exacto decir que tanto el colonialismo como el desarrollo han utilizado prácticas patriarcales en su construcción de los agricultores campesinos del Tercer Mundo, aunque los mecanismos concretos de captura han cambiado con el tiempo.

Un último aspecto del efecto de las estrategias del desarrollo económico en relación con las mujeres se refiere a la relación entre géneros y la cambiante división internacional del trabajo. Este campo ha significado una preocupación constante para las economistas políticas feministas desde finaes de los setenta, cuando los académicos comenzaron a teorizar el surgimiento de una división internacional del trabajo basada en la transición de la producción manufacturera hacia las zonas de libre comercio y plataformas exportadoras en el Tercer Mundo. Los costos crecientes de la mano de obra en el Norte, los costos adicionales como el control de la contaminación y las tarifas energéticas mayores, la intensificación de la competencia global, y la transición hacia la derecha en los Estados del Centro llevaron a una nueva estrategia de acumulación basada en la reproletarización y la desindustrialización del desarrollo en el Norte y el desplazamiento de ciertas actividades al Sur (periferia y semiperiferia). Este desplazamiento fue posible gracias a los adelantos en el transporte y las comunicaciones, a la fragmentación del proceso laboral (que permitió a las corporaciones transferir las partes de un proceso de producción intensivas en mano de obra al Tercer Mundo pero conservando las tareas intensivas en conocimiento en el Centro), y por un conjunto de concesiones otorgadas por los Estados Unidos del Tercer Mundo a las compañías multinacionales, tales como eliminación de impuestos, exenciones para el control de contaminación y, más importante, una oferta constante de trabajadores dóciles y baratos (Fröbel, Kreye y Heinrichs 1980; Borrego 1981; Mies 1986).

El hecho de que las mujeres jóvenes terminaran siendo la "mano de obra dócil y barata" óptima y preferida no fue coincidencia ni resultado de un cambio súbito de parte de los planificadores hombres y las elites del Tercer Mundo (Benería y Sen 1981; Benería ed. 1982; Fuentes y Ehrenreich 1983; Fernández Kelly 1983; Ong 1987; Benería y Roldán 1987; Benería y Feldman, eds. 1992).[5] La promoción de la industrialización en el Tercer Mundo mediante plataformas de exportación y zonas de libre comercio ocurría al mismo tiempo con los llamados de las organizaciones internacionales a "integrar las mujeres al desarrollo" (véase la siguiente sección). Sin embargo, la inclusión de la mujer en estas actividades, se basaba (y resultaba) en el fortalecimiento de las prácticas y las creencias sexistas y racistas, punto que no viene al caso discutir aquí (véanse especialmente Fuentes y Ehrenreich 1983; Mies 1986; Ong 1987). Pese al hecho de que las mujeres que trabajaban en las

5 Véanse también algunos artículos de Rao, A., ed. (1991), y la edición especial sobre la mujer del *Review of Radical Political Economy*, Volumen 23, números 3 y 4.

fábricas obtuvieron alguna independencia como resultado de su nueva fuente de ingreso, las investigadoras feministas que han estudiado el fenómeno concuerdan en que el proceso ha sido generalmente perjudicial no solo para las mujeres sino para las clases populares del Tercer Mundo en su conjunto. La feminización de la fuerza de trabajo continúa en algunas industrias, ligada a esquemas de desarrollo. Tal es el caso, por ejemplo, del empleo de mujeres en las plantas de empaque de pescado y camarón en el puerto de Tumaco, Colombia. La mayoría de las mujeres que trabajan en dichas plantas proviene de familias rurales que han perdido sus tierras, y que trabajan ahora en condiciones precarias.

En su esfuerzo sostenido por revelar la torcida racionalidad y los efectos de estos procesos, Lourdes Benería y otras economistas políticas se han centrado en mostrar los efectos sobre las mujeres de las denominadas Políticas de Ajuste Estructural (PAE) impuestas desde los comienzos de los ochenta por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional en los países del Tercer Mundo. La conclusión general es que la carga de estas políticas, a pesar de haber afectado drásticamente a las clases medias y populares en su conjunto, ha incidido más en las mujeres pobres. Pero los estudios también muestran la creatividad de los hogares para inventar estrategias de supervivencia cotidiana. Sin embargo, la pobreza agravada y persistente está cambiando el carácter de los hogares y de las relaciones de género. De hecho, el hogar se ha convertido en un espacio en el cual la familia negocia estrategias cotidianas de supervivencia. Para las mujeres, esto ha significado una vulnerabilidad mayor ante la inestabilidad del mercado laboral bajo condiciones de sobreexplotación, o la creciente participación en el sector informal, en condiciones más flexibles aunque cada vez peores. En muchos casos las PAE han llevado a la intensificación del trabajo doméstico para las mujeres. En cuanto a lo positivo, algunos estudios de caso muestran que las nuevas condiciones dentro del hogar y en la economía en su conjunto pueden servir como catalizadores del cambio social, incluyendo mayor autonomía de la mujer en la familia y en la comunidad (Benería y Feldman, eds. 1992).

Es evidente que las nuevas condiciones de acumulación y reproducción están fomentando importantes reconstrucciones culturales en las relaciones sociales y de género. El grado en que dichas reconstrucciones alteran los sistemas sociales que definen la identidad está todavía está por verse, aunque algunos de sus efectos preocupan. Por ejemplo, mientras que en países como Perú, Bolivia y Chile la crisis tiende a reunir a las mujeres de diversos modos, en otros como México la lucha por la supervivencia se ha privatizado cada vez más; esta privatización ocurre a expensas de la familia extensa y la comunidad (Benería 1992). Ello obedece a la ideología de la privatización patrocinada por el modelo económico Reagan-Bush y del Fondo Monetario Internacional. Además facilita los procesos de flexibilización de la mano de obra (léase libertad de sobreexplotación) tan queridos por el Fondo Monetario y el régimen de acumulación posfordista. No podemos desconocer los efectos negativos de estos cambios, sentidos con más

fuerza en los hogares más pobres, muchos de los cuales están desintegrándose. Benería nos ayuda a tomar conciencia de lo que es vivir en tales condiciones, como lo registra en una conversación que sostuvo en Ciudad de México con una aguerrida madre de veintitres años, que se preguntaba si ella y su familia podrían sobrevivir a la situación. Como explica Benería:

> Como madre de cuatro hijos y ama de casa de un hogar clasificado como de "extrema pobreza" la situación a la que se refería significaba que no había en su casa sillas para acoger a los entrevistadores, los niños no tenían zapatos, el techo goteaba, el piso era de tierra, las paredes interiores estaban muy sucias, la casa tenía solo tres cuartos pequeños (cocina, comedor y una alcoba) mientras que el espacio sobrante, en condiciones paupérrimas, había sido alquilado a otra familia completa por una suma irrisoria. La inestabilidad laboral del padre y el ocasional trabajo asalariado de la madre eran una fuente constante de ansiedad y hasta de angustia… De todas maneras, la profundidad de la crisis se sentía de una manera que las estadísticas y el análisis cuantitativo no lograrían captar (1992: 91).

Es muy importante tener conciencia de este sufrimiento, y sin embargo resistirse a dos conclusiones. La primera es que estas mujeres están desamparadas sin remedio y son incapaces de hacer nada por sí mismas. Como lo dijera Ruth Behar en su estudio de una vendedora de mercado en México, debemos evitar ver a las mujeres pobres de América Latina a través de los términos ya fijos en muchos discursos académicos y de los medios de comunicación: como "bestias de carga", como madres y esposas, como tradicionalistas incondicionales o como heroicas guerrilleras. "Si se mira desde una perspectiva cultural", continúa la autora, "las mujeres latinoamericanas pueden surgir como pensadoras, cosmólogas, creadoras de mundos" (1990: 225). Las estrategias de supervivencia doméstica forman parte de esta creatividad. Sin embargo, como advierte Brinda Rao (1991), el enfoque doméstico debería acompañarse de un recuento interpretativo, similar al de Behar, respecto al significado del hogar para las mujeres. El "hogar" debe ubicarse dentro de paradigmas locales y transnacionales de género, gente y naturaleza. De igual modo, las "estrategias de supervivencia" no deben discutirse a costa de ignorar los cambios en las dimensiones subjetivas de la vida femenina. El lenguaje de "mecanismos de lucha" y "estrategias de supervivencia", a pesar de representar un paso importante en la nueva visibilidad de la acción femenina, puede contribuir a mantener la imagen de la mujer como víctima, mientras su dinamismo queda reducido a defensas de corto plazo inmediatistas de sus condiciones de vida dentro del campo económico (Rao 1991).

La segunda tentación que debemos evitar es la idea de que las mujeres pobres necesitan desarrollo (patriarcalismo modernizado), que es exactamente la respuesta del *establishment* internacional del desarrollo. En la próxima sección estudiaremos la racionalidad y el peligro de esta respuesta desde la perspectiva de la crítica

discursiva del desarrollo. También veremos las respuestas de algunas feministas que tratan de desarrollar la crítica discursiva a las estrategias de mujer y desarrollo sin perder de vista las duras condiciones en que viven las mujeres del Tercer Mundo. Vamos luego hasta los círculos colombianos de planeación para observar la manera en que construyen, esta vez, las vidas y dificultades de las mujeres campesinas.

## *El discurso mujer y desarrollo y la burocratización del conocimiento feminista*

La estrategia de Mujer y Desarrollo (MYD) puede someterse al mismo tipo de análisis que aplicamos al discurso del desarrollo en su conjunto. En otras palabras, la práctica de MYD se caracteriza por procesos de formación discursiva, profesionalización e institucionalización. También produce efectos instrumentales que afectan la vida de las mujeres, la de las mujeres que son objeto de intervenciones y lo de quienes planifican los programas.

Según Nüket Kardam (1991), académica y practicante de MYD, el término "mujer y desarrollo" fue acuñado por la sede de Washington de la más grande de las organizaciones no gubernamentales, la Society for International Development. Dicho grupo influyó sobre la reorientación de la US AID en 1973, como resultado de la cual se estableció una oficina de MYD con el ánimo de integrar a las mujeres a la programación de la agencia. Las actividades de MYD también comenzaron a aumentar dentro del sistema de Naciones Unidas desde comienzos de los setenta, culminando en la Conferencia Mundial de México en 1975 y en la puesta en marcha de la década de la mujer de Naciones Unidas. Para la época de la Conferencia de Nairobi (1985), que marcó su final, "no había duda de la consolidación de un movimiento internacional de mujeres sobre una base global" (Kardam 1991:10). Más específicamente, "el discurso sobre mujeres y desarrollo ponía énfasis la contribución que las mujeres harían al logro de las metas generales del desarrollo" (pág. 12). Muchos creyeron que el éxito del movimiento MYD dependería del grado de éxito con el cual pudiera institucionalizarse. Para citar de nuevo a Kardam:

> Las respuestas de las agencias de desarrollo ante los asuntos de mujer y desarrollo dependen de la naturaleza de su relación con otros actores del régimen de ayuda para el desarrollo y de qué tan bien los nuevos asuntos encajen dentro de las metas y procedimientos organizacionales. "Los promotores de políticas" dentro de las agencias pueden actuar y de hecho lo hacen a nombre de los asuntos de MYD, enmarcándolos en armonía con las metas y procedimientos organizacionales, aprovechando las ventajas de la posición de su agencia en relación con otros miembros del régimen, y desarrollando fuerza política con el fin de influir en la creación de las políticas. Por estos medios, los defensores de MYD logran promover una respuesta significativa (1991: 2).

De hecho, lo que encontró Kardam entre las agencias que estudió –el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el Banco Mundial y la Fundación Ford– fue una respuesta significativa ante los temas de MYD, aunque con variaciones y limitantes. En el Banco Mundial se estableció en 1987 la división de mujer y desarrollo aunque algunas actividades más limitadas de MYD habían comenzado algunos años antes. Las pautas para la evaluación de proyectos de MYD se publicaron en 1989 y consideraban entre otras cosas las restricciones impuestas a la capacidad de trabajo de las mujeres "por la cultura y la tradición" y llamaban a "invertir en la mujer", como "camino rentable para alcanzar objetivos de desarrollo más amplios como un mejor desempeño económico, reducción de la pobreza, mayor bienestar en el hogar, y un ritmo más lento en el crecimiento de la población" (citado en Kardam 1991: 51). En estas formulaciones todavía encontramos un eco de las viejas concepciones de economía doméstica, aunque expresadas esta vez en el lenguaje de la eficiencia económica, motivado por el hecho de que "las inversiones de capital humano en la mujer tienen un alto rendimiento" (en Kardam 1991: 52). El primer consejero del Banco Mundial para myd era un economista demógrafo, y la oficina está situada dentro del departamento de población y recursos humanos: no se trata de una coincidencia.

A comienzos de los noventa, la división de mujer y desarrollo contaba ya con seis profesionales de planta. Aunque ello ha dado a los asuntos de MYD mayor visibilidad dentro de la organización, sus verdaderos efectos todavía son limitados debido a algunas restricciones institucionales. Una de ellas es la falta de especialistas en MYD dentro de los departamentos operacionales, lo que significa que la política de MYD no necesariamente llega a concretarse en políticas aplicables a proyectos. Kardam también halló que "los asuntos de myd reciben una respuesta más favorable de parte de los miembros de planta cuando se los introduce y justifica en términos de su viabilidad económica. Cuanto más pueda demostrarse la necesidad de los componentes de MYD para el buen éxito económico de los proyectos, más probable es que los miembros de planta les presten atención" (pág. 80). De hecho, como lo expresara antes un economista del Banco Mundial, la cuestión es decidir cómo "los mercados de trabajo femenino" pueden ser racionalizados para asegurar una participación más equitativa de las mujeres (Lele 1986). La economía neoliberal y las proclamas de política bien intencionadas pero generalmente poco efectivas aunaron en esta forma sus fuerzas para la iniciación de MYD en el Banco Mundial.

Como lo ha mostrado el trabajo pionero de Adele Mueller acerca de mujer y desarrollo (1986, 1987a, 1987b, 1991), esta estructura de desarrollo institucionalizado y ligada al Estado se ha convertido en la base organizacional de la producción del conocimiento sobre las mujeres del Tercer Mundo, filtrando de manera importante lo que las feministas de los países desarrollados logran conocer acerca de las mujeres del Tercer Mundo. Basándose en el trabajo de Dorothy Smith, Mueller toma como punto de partida del análisis la idea de que los temas tratados por el discurso de mujer y desarrollo "no son entidades del mundo real, que están allí

simplemente para ser descubiertos, sino que más bien están ya construidos dentro de los procedimientos" ejecutados por las instituciones (1987b: 1). Esto no significa que muchas de las condiciones descritas por los investigadores de mujer y desarrollo no sean reales. Significa que esta realidad solo sirve de base parcial para otra realidad construida institucionalmente y que concuerda con las conceptualizaciones de los problemas del desarrollo ya ensamblados en Washington, Ottawa, Roma y las capitales del Tercer Mundo. Semejante poder del aparato del desarrollo para describir a las mujeres de modo que aceptamos sin reservas ciertas descripciones y soluciones debe hacerse visible, ya que en el proceso de describir, como dice Mohanty (1991b), habita la posibilidad de un efecto colonialista.

Mueller insiste en que cuando las investigadoras feministas y los expertos del desarrollo aceptan sin cuestionamiento como la esencia de su problema y el centro de su trabajo la categoría de "mujer y desarrollo", tal como esta es construida por el aparato de desarrollo, asumen con ella cierto régimen de organización social. El uso de procedimientos y estadísticas estandarizados hace inevitable cierta desaparición de la experiencia de la mujer. Las descripciones representativas se convierten en "una manera de conocer y una manera de *no* conocer, una manera de hablar *acerca* de las mujeres y una manera de silenciarlas para que no hablen sobre su propia vida al tiempo que quedan organizadas por fuerzas externas invisibles e incontrolables" (1987b: 8). Para Mueller, esto tiene importantes consecuencias en dos niveles: el fortalecimiento del aparato del desarrollo, y las relaciones entre las feministas del Primer Mundo y las mujeres del Tercer Mundo. Mueller no vacila en llamar al aparato del desarrollo "una de las instituciones más grandes, más patriarcales y más dominantes del mundo" (1991: 1). Ello no significa que el trabajo feminista dentro de mujer y desarrollo carezca de resultados. Como Mueller se apresura a decirlo, los resultados de MYD en términos de mejorar las condiciones de las mujeres del Tercer Mundo o aún de dar trabajo a las mujeres profesionales en Estados Unidos son escasos. No obstante, el aumento del conocimiento y de la experiencia durante los últimos quince años, logrado en parte como resultado de MYD, ha cambiado el terreno sobre el cual tiene lugar el trabajo de las mujeres, y sus esfuerzos por reformar el desarrollo.

Esto no invalida que, como declara Pam Simmons (1992), el llamado "a integrarse" no vino de las mujeres del Tercer Mundo, cuya situación había empeorado al finalizar la década de Naciones Unidas. Fueron las instituciones del desarrollo las que aceptaron rápidamente "la idea de que es conveniente tener mujeres alrededor si usted está en un proyecto de desarrollo" (Simmons 1992: 18). Como señala Mueller, ello genera poderosas contradicciones para las feministas que trabajan dentro del aparato de desarrollo:

> Cuando los asuntos e intenciones políticas del movimiento de las mujeres se confunden con el régimen establecido, ya no se trata de estar del lado de las mujeres del Tercer Mundo *o* de las del Primer

> Mundo. Quiero ser muy clara: no se trata de una condena del feminismo como imperialista en sí mismo, sino de un reconocimiento del poder de las fuerzas dominantes para apropiarse de nuestros tópicos, nuestro lenguaje, nuestra acción para propósitos imperialistas que nunca pueden ser iguales a los nuestros (Mueller 1991: 6).

El discurso MYD participa de todas las prácticas importantes del desarrollo (creación de categorías de clientes, agendas estructuradas, burocracia, etcétera). Tal efecto queda bien ilustrado con el caso del Plan Colombiano de Alimentación y Nutrición. Los programas de salud y nutrición permitieron al PAN organizar una parte significativa de la vida de las mujeres; pusieron en marcha una serie de acciones simultáneas para instruir a las mujeres en las reglas de la nutrición, la salud y la higiene correctas. Racionalizaron la división sexual del trabajo existente en el hogar. Al integrar las intervenciones en forma novedosa, el PAN contribuyó a la regulación de la vida de las mujeres campesinas. ¿Fue malo todo esto? Para responder una pregunta tan compleja tendríamos que analizar el efecto de los programas frente a las relaciones culturales, de género y de clase, punto que hemos de retomar. Pero no debemos olvidar que programas como el PAN participan en la organización de cierto tipo de biopolítica a través de la cual se regula una multiplicidad de problemas inmersos en la telaraña del poder.

Otro aspecto de la preocupación de Mueller es la mediación efectuada por el aparato de desarrollo en las relaciones entre las feministas del Primer Mundo y las mujeres del Tercer Mundo.[6] Mueller comienza por citar a dos africanas, Marjorie Mbilinyi y Katherine Namuddu, quienes afirman que a medida que las mujeres son identificadas como un problema para el desarrollo capitalista y la financiación de MYD, inevitablemente "África y las africanas son presentados por los no africanos como datos de investigación o ejemplos de una teoría, o casos de un proyecto, todo lo cual proviene y alimenta directamente a un mismo

---

6 Una variante importante de esta cuestión es la relación entre las feministas del Primer y Tercer Mundo. Las del Tercer Mundo, como las investigadoras colombianas que se analizarán brevemente, a menudo se encuentran en una situación difícil, entre su propia capacidad de rebeldía como mujeres y "la familiar y opresiva predominancia discursiva del Primer Mundo" (Chow 1992: 111). La situación cultural posmoderna en que se hallan las feministas del Tercer Mundo, oponiéndose al patriarcado y a Occidente, al tiempo que se ven obligadas a usar lenguajes eurocéntricos, es complicada. Para ellas, "la cuestión no es afirmar su poder como mujeres solas, sino demostrar que la preocupación por la mujer es inseparable de otros tipos de opresión y negociación cultural" (111; véase también Mani 1989). Las restricciones para el trabajo de las investigadoras de MYD en el Tercer Mundo son reales, aunque varían ampliamente según el país.
En el caso de Zambia, Hansen y Ashbaugh (1990) encontraron que las condiciones precarias en que viven las mujeres forzaban a las profesionales locales a conformarse por completo con los términos especificados por el discurso de las agencias internacionales de MYD, obstaculizando con ello fuertemente sus esfuerzos críticos.

sistema centralizado de información" (Mueller 1991: 5) La historia y la cultura del Sur son descubiertas y traducidas en las revistas especializadas del Norte, solo para volver, reconceptualizadas y reempacadas como programas de desarrollo. Este aspecto inquietante de la producción de conocimiento transcultural, que se origina en la naturaleza objetivizante y distanciadora del conocimiento occidental, o se limita al conocimiento feminista. Ha sido endémico en la antropología y en las ciencias sociales (Said 1989; Clifford 1989); a pesar de algún avance durante los años ochenta en términos de imaginar nuevas formas de representación, la antropología aún está en mora de dar respuestas satisfactorias a la cuestión de la producción del conocimiento acerca de "el otro".

Mueller invita a las feministas del Primer Mundo a encarar esta dificultad yendo más allá de los aspectos de discriminación sexual e integración al desarrollo para cuestionar los procedimientos y estructuras del desarrollo como institución de poder. Es la única manera de resistirse a la burocratización del conocimiento feminista y comenzar el proceso de descolonización. El punto de partida debería ser el punto de vista de la mujer, "donde debe comenzar toda investigación interesada y localizada del mundo social: el lugar donde se encuentra la que conoce. Las conocedoras aquí son las profesionales, académicas y burócratas que se autodenominan feministas y practicantes de MYD" (Mueller 1991: 7). Tomando prestado el título del libro *In and Against the State,* escrito por trabajadores sociales gubernamentales de Londres que se preguntan por la racionalidad de los programas de bienestar para las mujeres, Mueller aconseja a las feministas de MYD trabajar "desde adentro y en contra del desarrollo". Trabajar desde adentro implica tratar de captar "la forma en que funcionan las cosas", es decir, "la forma en que nuestras prácticas contribuyen a las relaciones que rigen nuestras vidas y se articulan con ellas" (Smith 1990: 204).

Según Mueller los riesgos de tal estrategia son evidentes: exclusión, cooptación, confinamiento. La recomendación de trabajar "desde adentro y en contra del desarrollo" es, sin embargo, epistemológica y políticamente astuta. Implica examinar los modos de conocer que se intensifican al participar en sistemas sociales específicos (Mani 1989), incluyendo la capacitación profesional. Exige resistirse a traducir las realidades del Tercer Mundo en discursos estandarizados y ordenados y en cursos de acción burocráticos, lo cual supone a su vez resistirse a ver el mundo solamente a través de las conceptualizaciones ofrecidas por la experiencia profesional. Requiere, finalmente, conciencia aguda de la posición del profesional como mediador entre las "necesidades" de un grupo particular de mujeres del Tercer Mundo e instituciones del Primer Mundo. Este último aspecto, el rol del profesional como productor de "discursos técnicos" que median entre la articulación y la satisfacción de necesidades, es esencial para el Estado y para los movimientos sociales (Fraser 1989).

Para Mueller, "dentro y en contra" del desarrollo es un punto de partida, un espacio para perseguir una estrategia más radical de hacer el propio trabajo desde y dentro de "un espacio social, económico, político y cultural diferente del espacio brindado

por las instituciones de desarrollo" (1987b: 2; véase también Ferguson 1990: 279-288). La opción, claro está, no tiene que ser excluyente, ni es posible sugerir estrategias que funcionen en toda situación. El cambio propuesto por Mueller a las mujeres del Tercer Mundo y nuestra necesidad de "ayudarlas" hacia el aparato de dominación es políticamente promisorio. También hay que tener presentes las acciones de las mujeres del Tercer Mundo –trátese de feministas de clase media, de activistas de base o de ambas– como fuente de información acerca de cómo opera el poder y cómo lo confrontan las mujeres del Tercer Mundo. Si es verdad que "es conveniente tener mujeres alrededor" en los proyectos de desarrollo, es igualmente cierto, como nos recuerda Simmons, que "en el extremo receptor de los proyectos y planes [de desarrollo], sin embargo, la gente protesta airadamente" (1992: 19). Tal vez resulta cierto también que "si las mujeres siguen defendiendo el crecimiento económico, también están, por sustracción, defendiendo el privilegio patriarcal" (pág. 19), lo que no significa que no sea necesario contribuir a la lucha de la mujer por obtener mejores condiciones de vida. Veamos cómo las mujeres colombianas se han comprometido en esta lucha "desde adentro y en contra" del discurso MYD.

### *La lucha por la visibilidad y el "empoderamiento": el programa de mujeres campesinas en Colombia*

Como en el caso del DRI con respecto al discurso del desarrollo rural integrado, los programas para mujeres campesinas de Colombia han seguido una ruta no marcada completamente por el discurso internacional de MYD, aunque dicho discurso haya sido una fuerza importante en la formulación de concepciones y políticas. El Programa de desarrollo integral campesino 1988-1993, para implementarse como parte de la tercera fase del DRI en Colombia, incluía un Programa para el desarrollo con la mujer campesina (PDMC). Concebido como una de las tres partes dentro del componente mayor del Programa para el desarrollo integral campesino, a saber su estrategia de producción, el pdmc representó un paso importante en el desarrollo de políticas para las mujeres rurales de Colombia (DNP/UEA 1988; Fondo DRI 1989a, 1989b, 1989c). El documento que describe el Programa empieza con la siguiente advertencia:

> Entre los elementos considerados en DRI III, el más difícil de formular es tal vez el componente específico para las mujeres campesinas. Existe aún, de una parte y en el mejor de los casos, escepticismo respecto de los programas con mujeres campesinas. De otra parte, plantear el interrogante de la discriminación o la subordinación de la mujer es siempre incómodo, ya que toca la conciencia de todos. Pero una vez que se asume la responsabilidad de implementar programas en beneficio de la mujer, la conciencia de esta misma situación genera la convicción y la fuerza necesarias para persistir en la tarea, aún si ella representa una lucha de todos los días en todos los niveles. Esto de por sí justifica la

> asignación de recursos para acciones directas en beneficio de las mujeres campesinas (Fondo DRI 1989c: 1).

Las feministas de muchos sitios del mundo reconocerán la anterior declaración y se identificarán con ella. Desde la caracterización de la población colombiana por parte de la misión del Banco Mundial en 1949 que volvió invisibles a las mujeres, hasta la declaración arriba citada, casi con seguridad escrita por una mujer planificadora, hay una gran distancia. El PDMC también se ha distanciado algo de los tradicionales programas para la mujer, concebidos según los lineamientos de la economía del hogar. De hecho, la mayor parte de los recursos del programa habrían de destinarse a aspectos como producción, crédito y asistencia técnica para la producción agrícola. En otras palabras, las mujeres eran reconocidas por el Programa como productoras activas e independientes, no solo como amas de casa y del hogar.

La transición de los enfoques de economía doméstica a las estrategias del desarrollo rural para/con las mujeres ocurrió en pocos años. Es importante analizar esta transformación desde las perspectivas de la política del discurso, el género y la economía. Comencemos con un repaso de los hechos más importantes que desembocaron en la nueva estrategia. Hasta mediados de los setenta, los programas gubernamentales para la mujer se concebían con un criterio convencional y tenían un alcance limitado. Ya trataran asuntos de nutrición, salud, higiene o educación –como los programas de salud y nutrición llevados a cabo por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), o los proyectos de huertas caseras del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) –las políticas estatales para las mujeres pobres se basaban en una percepción de la mujer restringida al ámbito doméstico. Esta percepción continuó durante los setenta a medida que los “proyectos de generación de ingresos” introducidos a comienzos de la década de las Naciones Unidas para la mujer (1975-1985) dedicaban recursos a proyectos como mejoramiento doméstico, manufactura de artesanías y modistería. Los proyectos buscaban que las mujeres fueran más productivas en aquellas actividades que se consideraban naturales para ellos. Aunque hubo algunos avances en áreas como la nutrición, ya que dichos proyectos “aceptaban como un hecho una [cierta] división sexual del trabajo, siguieron contribuyendo a la subordinación de la mujer” (León 1987: 123).

A comienzos de los ochenta, y como resultado de un complejo conjunto de factores se presentó una nueva situación. Es imposible dar una respuesta válida para todos los países. El caso colombiano sugiere que la respuesta del Estado a esta nueva situación se vio determinada por procesos complejos que incluían la presencia cada vez mayor de mujeres planificadoras en el aparato gubernamental, la disponibilidad de estudios dirigidos por investigadoras feministas colombianas y latinoamericanas, las nuevas situaciones macroeconómicas y el clima internacional favorable a las políticas destinadas a la mujer. Comencemos con el último factor. Muchos comentaristas, en particular del Norte, han señalado la

década de Naciones Unidas para la mujer como el factor individual más importante en la promoción de la nueva visibilidad de la mujer. En esta óptica la década de Naciones Unidas para la mujer y el MYD, fueron útiles en la creación de espacios para que las mujeres del Tercer Mundo organizaran y llevaran a cabo sus agendas, ya fuera individualmente o a través de instituciones del Estado. Promovieron la investigación acerca de la mujer, canalizaron fondos para proyectos de la mujer y pusieron en contacto a las feministas del Primer Mundo con las activistas del Tercer Mundo, quienes a su vez divulgaron el conocimiento feminista entre los grupos de mujeres con los cuales trabajaban. Además, el clima internacional contribuyó a impulsar dentro del sector público del Tercer Mundo el tema de la participación de la mujer en el desarrollo. El hecho de que las organizaciones internacionales expresaran su interés en la formulación de las políticas para la mujer en el nivel oficial, impulsó a los gobiernos del Tercer Mundo en la misma dirección.

Feministas de muchas partes del Tercer Mundo reconocen la importancia de la década de Naciones Unidas y de MYD para el mayor alcance y visibilidad de su trabajo durante los ochenta. Pero como vimos, no todo en el discurso de MYD era positivo, algo que también han planteado las feministas del Tercer Mundo. La atmósfera internacional coincidió también con otros dos fenómenos de comienzos de los ochenta: el empeoramiento de la situación alimentaria en muchos países y la disponibilidad de fondos para servicios sociales cada vez menor, a consecuencia de la crisis de la deuda. Fue así como los Estados "descubrieron" a las mujeres rurales (León, 1986; 1987). La forma como esto sucedió en Colombia es complicada. Aunque en 1983 no existía una política oficial para las mujeres del sector agrícola, ni para las mujeres en general, había una serie de desarrollos que estaban en marcha y que preparaban el terreno para la adopción en el más alto nivel gubernamental de una política nacional para el desarrollo de la mujer campesina (DNP/UEA 1984; Ministerio de Agricultura 1985). El Plan Nacional de Alimentación y Nutrición (PAN) y el programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI), recordémoslo, se habían unido en 1982. Como parte de la reorganización, los planificadores tuvieron que decidir qué hacen con los pocos programas para la mujer que estaban en marcha, sobre todo con los del PAN y los del Instituto Colombiano Agropecuario (ICA). Un primer intento de desmantelar los programas, al que se opusieron varias funcionarias del DRI y el PAN, llevó a su reformulación sobre una base más estable, aunque todavía precaria. Durante el proceso, una alta funcionaria del DRI propuso que el próximo encuentro nacional de usuarios del DRI fuera convocado explícitamente en nombre de los campesinos y las campesinas. Aunque algunas mujeres formaron grupo aparte durante la reunión, una campesina resultó electa como presidenta nacional de la Asociación de Usuarios del DRI.[7]

---

7 Conversación con María Cristina Rojas (planificadora del DRI) en Northampton, en julio de 1992.

Invitada a participar en el encuentro por la funcionaria mencionada, estaba Magdalena León, una académica experta en cuestiones rurales y abanderada de los derechos de las campesinas. Su carrera académica ya le había dado un lugar importante entre la comunidad experta en cuestiones agrarias de la que habláramos en el capítulo anterior. El hecho de que fuera invitada al encuentro revela, sin embargo, otra serie de factores. Aunque la participación de la mujer en el sector público colombiano es generalmente alta en relación con muchos estándares, lo es sobre todo en el aparato planificador del Estado, compuesto por profesionales muy calificados y experimentados.[8] Como en el caso de muchos otros países latinoamericanos, la mayoría de las planificadoras no se consideran a sí mismas feministas, aunque su práctica contribuya a veces al avance de los intereses de la mujer o, en algunos casos, de los intereses feministas. Esto sucede a medida que las funcionarias plantean interrogantes que surgen de su práctica concreta de planificación. En algunos casos, como en el que acabamos de mencionar, los planificadores se acercan a las investigadoras feministas en busca de esquemas conceptuales y de apoyo para sus actividades. No es raro que las investigadoras feministas participen en los círculos de planificación, sobre todo como consultoras para la investigación o la evaluación de programas relativos a la mujer, por contrato con las agencias planificadoras, las organizaciones no gubernamentales o los organismos internacionales.

En Colombia, el trabajo de las académicas feministas durante los ochenta fue fundamental tanto para hacer visible la contribución de la mujer a la producción agrícola como para articular un conjunto de políticas para la mujer (véanse León 1980, 1985, 1986, 1987, 1993; Rey de Marulanda 1981; León ed. 1982; López y Campillo 1983; Campillo 1983; Bonilla ed. 1985; León y Deere, eds. 1986; Bonilla y

8 Los estudios sobre la participación de la mujer en el sector público latinoamericano son escasos, aunque parece verdad que su participación es alta en Colombia y Venezuela, comparada con muchos otros países de la región. Sin embargo, también parece, que ha ocurrido cierta "feminización" de la fuerza de trabajo en el sector público desde comienzos de los años ochenta, cuando varones muy calificados migraron hacia empleos mejor pagados en el sector privado, a comienzos de la crisis de la deuda. En Colombia por ejemplo, a mediados de los ochenta, una mujer fue nombrada por primera vez Directora del Departamento Nacional de Planeación, uno de los puestos más importantes y codiciados del país, aunque la funcionaria nombrada no perseguía en particular los asuntos femeninos. Parece haber alguna presión para que las mujeres que desempeñan altos cargos no se comprometen con "asuntos de mujeres". En cuanto a los programas PAN y DRI, la participación de las mujeres, principalmente economistas, fue muy alta en el primero, cuando representaron cerca del 50% del personal. En el DRI (compuesto en su mayor parte por economistas agrícolas, agrónomos y sociólogos rurales), la participación de las mujeres fue mucho menor. Esto revela, quizás, de nuevo, la percepción de que el pan tenía que ver con la nutrición y la salud, "asuntos femeninos", mientras que el DRI, parte tenía que ver con la producción masculinizada. Debo las anteriores observaciones a Patricia Prieto, quien formó parte del grupo de evaluación del DRI y en la actualidad se desempeña como consultora independiente (conversación sostenida el 26 de julio de 1992).

Vélez 1987; León, Prieto y Salazar 1987; Medrano y Villar 1988). Estos trabajos no solo dieron legitimidad intelectual a los estudios sobre la mujer campesina, sino que proporcionaron la base sobre la cual se erigió gran parte de la política estatal. Entre los resultados más importantes de estos estudios se hallaba la crítica documentada de los supuestos de que el desarrollo es neutral en cuanto al género, y que las mujeres no participen en la producción agrícola en ningún grado significativo. Las investigadoras presentaron amplios datos que invalidaba dichos supuestos.

La labor de dos mujeres en el Ministerio de Agricultura, Cecilia López y Fabiola Campillo (1983), llevada a cabo con financiación de la Unicef y la FAO, fue la piedra angular para el diseño de lo que llegaría a ser la Política nacional para el desarrollo con la mujer campesina, aprobada por el Consejo Nacional de Política Económica y Social (Conpes) en 1984.[9] Los avatares de la política estatal resultante son, sin embargo, caso aparte. Luego de un período inicial de entusiasmo y apoyo durante la administración Betancur (1982-1986), y después del retiro de López y Campillo, los programas entraron en un período de desorganización mientras la financiación languidecía. A finales de los ochenta, diversos programas para mujeres se mantuvieron en instituciones como el DRI, el ICA, y el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, en su mayor parte porque formaban parte de las agendas de agencias internacionales. La llegada de la administración Gaviria (1990-1994) significó de nuevo el renacimiento de las políticas para la mujer. Esta vez, el eje de la política era proporcionar medidas compensatorias para aquellos grupos percibidos como los más vulnerables ante el proceso de ajuste neoliberal en marcha, es decir, mujeres, jóvenes y ancianos de las clases populares. El PDMC del DRI fue reforzado de nuevo y ampliado, al tiempo que se dedicaban recursos financieros significativos a las políticas para la mujer.[10]

Resulta difícil evaluar la significación de tales políticas y los resultados hasta ahora logrados. Dado que Colombia fue uno de los primeros países en diseñar y ejecutar este tipo de políticas para la mujer, todavía no pueden hacerse comparaciones con las experiencias de otras naciones. Aunque el supuesto de neutralidad de género no ha sido abandonado, sí ha habido una cierta "distensión de género", permitiendo apoyo institucional para proyectos de mujeres (León 1993). El alcance de las políticas de la mujer se ha ampliado con los años, para incluir de manera limitada a la mujer urbana pobre, trascendiendo así el énfasis en lo agrícola. Una perspectiva prometedora ha surgido como resultado de la transición hacia la descentralización y la autonomía locales: la posibilidad de fortalecer las organizaciones locales y regionales a medida que se hacen cargo del desarrollo de

---

9 La instancia más alta de toma de decisiones en Colombia es el Consejo Nacional de Política Económica y Social, Conpes, compuesto por el presidente, todos los miembros del gabinete ministerial, y el director del Departamento Nacional de Planeación.

10 Conversación sostenida con Patricia Prieto el 26 de julio de 1992.

las nuevas políticas. De hecho, fueron las organizaciones de mujeres campesinas las que mantuvieron vivo el debate durante los años de reflujo de la política. Sin embargo, la transición coincide con las presiones neoliberales para reducir el aparato estatal y privatizar los programas de bienestar y desarrollo. La mujer sigue ganando espacios, aunque muchos de estos espacios se están reduciendo.

Como concluye León (1986, 1987, 1993), las políticas colombianas para la mujer rural, a pesar de sus méritos relativos, siguen encarando limitaciones estructurales importantes. Al igual que Fajardo, León ve el acceso a la tierra como prerrequisito fundamental para lograr mejoras significativas en la población rural. De esta manera, como muchas otras feministas latinoamericanas, León destaca el hecho de que la clase y el género no pueden desligarse. La clase y el género forman una "encrucijada", para usar la expresión de Benería y Roldán (1987). Pero también existen obstáculos específicos de género para el éxito de las políticas, que surgen de la persistencia de las estructuras patriarcales en la sociedad. Algunos de dichos factores incluyen la continuidad de la tradicional división sexual del trabajo doméstico, la lenta respuesta a la incorporación del género en el personal de las entidades ejecutoras debido a sus propias identidades de género no analizadas, y en general, la falta de las estrategias técnico-económicas para incorporar a las mujeres en el desarrollo con medidas explícitas para contrarrestar la ideología y la cultura patriarcales. En el contexto de políticas macroeconómicas restrictivas, los programas productivistas para la mujer, a menudo pequeños y aislados entre sí, representan con frecuencia una carga adicional para las mujeres, y no compensan sus esfuerzos (León 1993). La lógica productivista de la apertura a los mercados mundiales se dirige más a hacer que las mujeres produzcan y se reproduzcan eficientemente que a apoyarlas para que vivan como seres humanos autónomos.

El alcance de las políticas estatales frente a la subordinación de género está propiciando importantes debates entre las investigadoras latinoamericanas. Discutiendo la experiencia nicaragüense durante los ochenta, Paola Pérez Alemán, por ejemplo, distinguía entre tres clases de situaciones: la incorporación de la mujer "al mundo de los hombres", es decir, en las cooperativas agrarias o en las organizaciones campesinas predominantemente masculinas; la organización de las mujeres de acuerdo con los roles tradicionales de género (esto es, en la esfera de la "reproducción"), y la creación de organizaciones, en particular en las áreas comunales y educativas que permitieran mayor cuestionamiento de los roles tradicionales de género. Aunque los dos primeros tipos de situación podrían haber tenido importancia en la creación de espacios para que las mujeres discutieran y compartieran sus experiencias como mujeres, solo en el tercer tipo de situación podrían articularse los intereses prácticos del género (aquellos ligados en forma directa a cuestiones de supervivencia y calidad de vida en áreas como el alimento, el agua y la salud) con los intereses estratégicos del género (derivados específicamente de la subordinación del género) (Pérez Alemán 1990).

La distinción entre los intereses de género prácticos y estratégicos, originada en el trabajo de Maxine Molyneux (1986), aunque útil en algunos niveles, también resulta problemática. Como sostiene Amy Lind (1992), en este enfoque se halla implícito el supuesto de que las "necesidades básicas" de la mujer están separadas de sus "necesidades estratégicas", y que una "estrategia práctica" o de "supervivencia" no puede ser a la vez una estrategia política que cuestione el orden social. Dicha distinción también tiende a suponer que la mayoría de las mujeres pobres solo está interesada en la "supervivencia diaria" y por lo tanto carece de agenda estratégica más allá de sus luchas económicas inmediatas. Tal tipo de análisis desconoce las contribuciones críticas y los cuestionamientos que las mujeres pobres organizadas representan para el orden social. Como Behar (antes citada), Lind nos recuerda que las mujeres pobres también negocian el poder, construyen identidades colectivas, y desarrollan perspectivas críticas del mundo en que viven. Las luchas de las mujeres (y las de los otros) por "conseguir el pan de cada día" pueden suponer luchas culturales.

En los noventa, la mayoría de las feministas acepta que la división entre los intereses prácticos y los intereses estratégicos del género no se percibe tan fácilmente. Se están siguiendo dos estrategias nuevas: remplazar "mujer y desarrollo" por "género y desarrollo" como principio organizador de los esfuerzos de la mujer dentro del desarrollo; y complementar los enfoques productivistas en boga con las estrategias de "empoderamiento". La primera meta refleja el supuesto constante de parte de los Estados de que las políticas macroeconómicas son neutrales en cuanto al género. Se trata de integrar los temas de la mujer a la concepción y el diseño de la política económica en su conjunto: obligar a los Estados a reconocer las diferencias reales que existen entre hombres y mujeres como sujetos sociales, y la necesidad de considerar el efecto de las políticas macroeconómicas sobre la división sexual del trabajo. El enfoque de "empoderamiento" busca "transformar los términos en que las mujeres se encuentran ligadas a las actividades productivas de tal manera que la equidad económica, social y cultural de su participación quede asegurada" (León 1993: 17). El resultado serían políticas públicas con una perspectiva de género que no subordinen el "empoderamiento" a las metas de la productividad. Es cuestión de asegurar que las diferencias biológicas dejen de implicar subordinación de género.

En otras palabras, la participación de la mujer en la producción es necesaria pero no suficiente para superar su subordinación. Incluso si las nuevas políticas proporcionaran espacios para que ello sucediera –en la medida en que generaran cambios en las relaciones sociales y políticas entre hombres y mujeres, y mediante el fortalecimiento de las organizaciones de mujeres a todo nivel– solo el desarrollo de formas de conciencia y de organización basadas en el género puede crear bases firmes para un mejoramiento duradero de la condición de la mujer. Ello requiere articulaciones específicas, por ejemplo, entre los programas de capacitación para las campesinas y el desarrollo de la conciencia de género; y entre la promoción de

organizaciones femeninas y una mayor autonomía de género (León 1986: 57-60). Solo convirtiéndose en un nuevo sujeto social, concluye León, la mujer puede construir un nuevo modelo de desarrollo, holístico, no economicista, más humano y justo, que incluya sus necesidades tal como ella las percibe. Sería una especie de "desarrollo desde la perspectiva de la mujer" (Benería y Roldán 1987). De lograrse, tal vez entonces MYD se habría transformado en algo completamente diferente.

Un último aspecto por discutir en términos de la relación entre las mujeres y el aparato de desarrollo es el de si MYD no implica cierta idea de "liberación" para las mujeres del Tercer Mundo. Este es otro aspecto de la relación entre las feministas del Primer Mundo y las mujeres del Tercer Mundo que se está discutiendo de modo prometedor, como manera de integrar, y no de dividir, a las mujeres de distintas culturas. La crítica a las tendencias universalizantes y eurocéntricas dentro del movimiento feminista avanzó significativamente durante los años ochenta en Estados Unidos (Spelman 1988; Trinh 1989; Maní 1989; Hooks 1990; Anzaldúa ed. 1990). La creencia general es que la adopción de los lenguajes modernos de liberación para aplicarlos al estudio de la mujer del Tercer Mundo es problemática. "Las organizaciones para la promoción de los derechos de la mujer", dice una mujer africana citada por Trinh T. Minh-ha (1989: 107), "tienden a… asimilarnos estrictamente a la mentalidad y la experiencia histórica europeas. La mujer africana, al menos en la sociedad precolonial, no es un reflejo del hombre, ni una esclava. No siente necesidad alguna de imitarlo para expresar su personalidad".

Sin embargo, como advierte Trinh, hay que tener cuidado de que la incursión en las limitaciones del lenguaje moderno de liberación femenina no vaya en defensa de los privilegios masculinos. La primera precaución es evitar asumir la existencia de sociedades tradicionales puras y libres de dominación. Hay que reconocer, no obstante, que en muchos lugares de Asia, África y América Latina las relaciones entre hombres y mujeres se establecen de manera tal que responden más a la historia local que a las estructuras modernas. Su especificidad no puede someterse a patrones occidentales. Pero los lenguajes y las prácticas de la modernidad, han permeado las sociedades del Tercer Mundo en tal medida que el uso estratégico de los lenguajes modernos de liberación, junto con los lenguajes locales podría ser necesario; pero tal uso debe estar acompañado por intentos de mostrar su carácter histórico y cultural específico. El hecho de que las mujeres en muchos lugares del Tercer Mundo deseen la modernización debe tomarse en serio, pero el significado de dicha modernización no debe darse por supuesto. A menudo significa algo muy distinto de lo que significa en Occidente, y ha sido construida y reconstruida como parte del encuentro del desarrollo.

El estudio del género como diferencia (Trinh 1989) debe concebirse desde una perspectiva feminista no etnocéntrica. Las dificultades son bastante claras, ya que supone desarrollar lenguajes a través de los cuales la opresión de la mujer pueda hacerse visible en todas las culturas sin reforzar –más bien no aceptando– la

idea de que las mujeres deben ser desarrolladas y las tradiciones renovadas bajo parámetros occidentales. El trabajo de algunas antropólogas feministas del Tercer Mundo parece tomar esa dirección. Frédérique Apffel-Marglin (1992), por ejemplo, ha reinterpretado los tabúes que rodean la menstruación en Orissa, India, como manera de cuestionar el discurso del desarrollo. Los desarrollistas se oponen a tales tabúes en nombre de la liberación de la mujer y de sacar a sus comunidades "del atraso". Por el contrario, la compleja interpretación de Apffel-Marglin, explica los tabúes menstruales como producto de prácticas interrelacionadas que enlazan la naturaleza, los dioses y las diosas, la comunidad, y las mujeres y los hombres como parte del ciclo de vida en una sociedad de géneros vernaculares que todavía practica formas no economicistas de conocimiento. Es solo desde la perspectiva del individuo economizado, concluye Apffel-Marglin, que muchas prácticas tradicionales como los tabúes de la menstruación pueden considerarse obstáculos a la libertad y la dignidad. Sin duda estas reinterpretaciones pueden cuestionarse desde otras perspectivas, aunque hay que reconocer que brindan una advertencia contra el uso indiscriminado de las concepciones occidentales.

En el trabajo de algunas feministas del Tercer Mundo como Vandana Shiva (1989, 1992), existe convergencia de intereses entre el feminismo y la resistencia a la modernidad la cual debe estudiarse más definidamente como parte de la antropología de la modernidad. La posibilidad de que el concepto de mujer como sujeto del humanismo liberal pueda no ser conveniente en muchos contextos del Tercer Mundo, y la negativa de algunos feminismos del Tercer Mundo a separar hombres y mujeres debe considerarse. Marilyn Strathern ha llegado quizá más lejos en la formulación de una antropología feminista no etnocéntrica. Para ella, "la visión economicista de las mujeres como objetos 'naturales' de los esquemas de los hombres originada en su capacidad reproductiva resulta comprensible a partir de ciertos supuestos inherentes a las prácticas de conocimiento occidental" (1988, 316). En términos del concepto de reproducción, fundamental en gran parte de la teoría feminista, el análisis de Strathern del mundo altamente relacional de Melanesia supone que las mujeres nativas "no paren hijos", es decir, "las mujeres no copian materia prima, bebés, en forma de recursos naturales, sino que producen entidades que sostienen relación social consigo mismas… Los niños son producto de la interacción de muchos otros" (pág. 316). En la sociedad de Melanesia, a la gente no le interesa en absoluto autoperpetuarse; se trata de personas en relación con los demás, más que de individuos en sí y para sí quienes son la base de la vida social.

Dentro de este tipo de género analógico, aún relaciones como la de madre-hijo no son autónomas sino producidas a partir de otras. De igual manera, en contra de las apariencias, no es la actividad del hombre la que crea la sociedad o la cultura, ni son los valores del hombre los que se convierten en valores de la sociedad en su conjunto. Más aún, no podemos hablar de hombres o mujeres en abstracto. Para Strathern, este discurso abstracto se deriva de nuestra noción no analizada de sociedad:

> Es cuando la vida colectiva de los hombres se interpreta como un tipo de sanción o comentario autorizado de la vida en general que se asimila a nuestra metáfora organizativa de "sociedad". Es esta metáfora la que suscita cuestionamientos de por qué los hombres deben ocupar la posición privilegiada de determinar la ideología o crear los cimientos mismos del orden social para su propio beneficio. He sugerido que las formas colectivas de la vida social en Melanesia no pueden describirse adecuadamente a través del modelo occidental de sociedad, y sea como fuere que se represente a los hombres no es como autores de dicha entidad… La creatividad social de Melanesia no se basa en una visión jerárquica de un mundo de objetos creados por procesos naturales *sobre los cuales* se construyen las relaciones. Las relaciones sociales son imaginadas como precondición para la acción, y no simplemente como su resultado (Strathern 1988: 319, 321).

Las consecuencias de esta crítica del sostén del concepto de sociedad –que la antropología refleja en el supuesto de que todas las sociedades luchan con la misma dotación de recursos, y por tanto se organizan para los mismos fines– son enormes (véase Strathern, 1988: 288-344). La noción de Strathern del género analógico también brinda un correctivo a la útil teoría de Ivan Illich del género vernacular, en la medida en que Illich todavía dice poco sobre los aspectos relacionales de los campos y las prácticas de los géneros. En general, apunta a la necesidad de desarrollar nuevos lenguajes para examinar la dominación, la resistencia y la liberación de maneras no estrictamente modernas o híbridas.

Este rodeo teórico resalta todavía más el carácter problemático del discurso MYD, al que volvemos para concluir esta sección. La antropóloga mexicana Lourdes Arizpe captó bien la lógica del mencionado discurso. "Todos", escribió, "parecen hoy en día preocupados por las *campesinas*, pero pocos están interesados en ellas" (1983: 3). En otras palabras, las mujeres se han convertido en un problema, en un sujeto de preocupación, pero según intereses definidos por otros. El discurso MYD, al concebir a las campesinas como "productoras de alimento" fragmenta la vida campesina de acuerdo con una compartimentalización que la gente del campo no experimenta y a la cual se opone. De hecho, la rica vida de la mujer del Tercer Mundo queda reducida al estatus prosaico de recurso humano para el fomento de la producción de alimenos. De aquí la importancia, como enfatiza Arizpe, de crear espacios para que las mujeres rurales puedan hablar y ser oídas. Debemos tener en cuenta que es en el reordenamiento de las visibilidades y los enunciados donde se transforman las configuraciones de poder. Esto nos devuelve a la cuestión que abrió este capítulo, la visualidad.

¿Por qué la visualidad en relación con la mujer? Rey Chow nos ofrece una aproximación:

> Una de las principales fuentes de la opresión de la mujer se encuentra en la manera en que ha sido consignada a la visualidad. Esta consignación es el resultado de un mecanismo epistemológico que produce diferencias sociales mediante una distribución formal de posiciones, y que el modernismo exagera a través de tecnologías como el cine. Si aceptamos que la visualidad es, precisamente, la naturaleza… del objeto social que el feminismo debería encargarse de criticar, entonces debemos analizar el fundamento epistemológico que la sostiene. Es, de hecho, un fundamento en el sentido de una producción occidental de "otros", dependiente de una lógica de la visualidad que escinde "sujetos" y "objetos" en las posiciones incompatibles de intelectualidad y "especularidad" (1992: 105).

Para Chow, este régimen de visualidad desemboca en construcciones que están más allá del alcance individual, convirtiendo a la mujer en un "espectáculo" cuyo valor "estético" se incrementa de acuerdo con su desamparo. Colocar el cuerpo humano (o los grupos humanos) en un campo visual dentro de la lógica panóptica de los sistemas modernos de conocimiento supone algún grado de deshumanización y violencia. Esto es obvio en el caso de la representación que los medios masivos hacen de la mujer, pero lo mismo puede decirse de las víctimas de las hambrunas sahelianas, de los iraquíes o palestinos en el Oriente medio, e incluso del Juan Valdez que se levanta a las cinco de la mañana para recolectar café en "los Andes colombianos", destinado a ayudar a la fuerza de trabajo estadounidense al comienzo de la jornada. Es en cierta medida un tipo de pornografía y *escopofilia*, donde la intelectualidad y el protagonismo histórico se sitúan únicamente del lado del observador (occidental), y la especularidad del lado del otro pasivo. Como las representaciones de los conflictos bélicos por los medios masivos, el aparato del desarrollo enmarca a los campesinos, las mujeres y la naturaleza (como veremos en la próxima sección) en una tecnomirada que "encarna las posiciones no demarcadas del Hombre y de lo Blanco" (Haraway 1988, 581). El aparato "permite a los 'otros' ser vistos, pero sin prestar atención a lo que dicen" (Chow 1992: 114).

La articulación de lo visible y lo expresable que permite el aparato de desarrollo es de un orden completamente diferente. Dicho orden se construye de tal modo que los que caen en su órbita –campesinos, mujeres, naturaleza y varios otros actores especularizados del Tercer Mundo– puedan "comenzar su largo viaje hacia la economía mundial" (Visvanathan 1991: 382). Este viaje, sin embargo, está lejos de culminar, y la gente lucha de diversas maneras para escapar de la gran avenida del progreso. En la distribución horizontal que resulta de la micropolítica del campo social, podrían surgir (y de hecho siempre surgen) múltiples articulaciones de enunciados y visibilidades que difieren de las soñadas por los burócratas del Banco Mundial y los funcionarios de planificación de todo el mundo.

## El desarrollo sostenible: la muerte de la naturaleza y el nacimiento del medio ambiente

### *La gula de la visión y la problematización de la supervivencia global*

El párrafo inicial del informe *Nuestro futuro común* (1987), preparado por la Comisión mundial del medio ambiente y el desarrollo, convocada por Naciones Unidas bajo la presidencia de la que fuera primera ministra noruega Gro Harlem Bruntland, comienza así:

> A mediados del siglo XX, vimos por primera vez nuestro planeta desde el espacio. Con el tiempo los historiadores pueden encontrar eventualmente que esta visión tuvo mayor impacto sobre el pensamiento que la revolución copernicana del siglo XVI, que destruyó la autoimagen humana al revelar que la Tierra no era el centro del universo. Desde el espacio vimos una esfera frágil y pequeña dominada no por la actividad y la diligencia humanas, sino por un conjunto de nubes, océanos, verdor y suelos. La incapacidad humana para encajar sus obras en este conjunto está cambiando fundamentalmente los sistemas planetarios. Muchos de los cambios van acompañados de amenazas para la vida. La nueva realidad, de la cual no hay escapatoria, debe ser reconocida, y manejada (World Commission 1987:1).

*Nuestro futuro común* presentó al mundo la estrategia del desarrollo sostenible como la gran alternativa de finales de este siglo y comienzos del próximo. El desarrollo sostenible haría posible la erradicación de la pobreza y la protección del medio ambiente en otra gran hazaña de la racionalidad occidental. El discurso se basa en historias culturales no difíciles de identificar. Ver la Tierra desde el espacio no fue una gran revolución, a pesar de la declaración de la Comisión. La visión desde el espacio pertenece al paradigma definido por la mirada científica del clínico del siglo XIX. Pero del mismo modo que "las imágenes del dolor no son conjuradas mediante un cuerpo de conocimiento neutral; son redistribuidas en el espacio donde se encuentran los ojos y los cuerpos" (Foucault 1975: 11), la degradación de la Tierra solo se redistribuye y dispersa en los discursos profesionales de ambientalistas, economistas y políticos. El mundo y sus problemas finalmente han ingresado en el discurso racional. La enfermedad se aloja en la naturaleza de modo nuevo. Y así como la medicina de lo patológico llevó a la medicina del espacio social (el espacio biológico sano era también el espacio social soñado por la Revolución francesa), así la "medicina de la Tierra" llevará a nuevas construcciones de lo social que permitan preservar la salud de la naturaleza. Esta nueva construcción de lo social es lo que el concepto del desarrollo sostenible intenta establecer.

El informe Bruntland inauguró un período de glotonería sin precedentes en la historia de la visión y el conocimiento, con el surgimiento correspondiente de una "ecocracia" global. Algunos podrían aducir que se trata de un juicio demasiado duro, así que lo discutiremos paso a paso. El párrafo inicial clarifica otro aspecto importante del discurso del desarrollo sostenible, como es el énfasis en la gestión. La gestión es gemela de la visión glotona, en particular hoy en día, cuando el mundo se teoriza en términos de sistemas globales. La categoría "problemas globales" es de reciente invención, y su ímpetu principal deviene del fervor ecológico fomentado por los informes del Club de Roma en la década del setenta, que brindaban una nueva visión del mundo como sistema global en el que todas las partes están interrelacionadas (Sachs 1988). La gestión tiene que adquirir dimensiones planetarias, dado que estamos hablando de un "mundo frágil".

Recogiendo la batuta de Bruntland, la edición especial de *Scientific American* de septiembre de 1989, dedicada a la gestión del planeta Tierra, revela la esencia de la actitud gerencial. Trátese de la Tierra como un todo, de sus sistemas agrícolas o industriales, de su clima, su agua o población, para este grupo de científicos y hombres de negocios –todos hombres– lo que está en juego es la continuidad de los modelos de crecimiento y desarrollo a través de estrategias administrativas adecuadas. "¿Qué tipo de planeta queremos? ¿Qué tipo de planeta podemos lograr?", pregunta el autor en el artículo introductorio (Clark 1989: 48). "Nosotros" tenemos la responsabilidad de administrar la utilización humana del planeta Tierra. "Nosotros" "necesitamos mover gentes y naciones hacia la sostenibilidad" efectuando cambios en los valores y las instituciones, cambios que igualen las revoluciones agrícolas o industriales del pasado. La clave en este discurso es qué clase de manipulaciones nuevas podemos inventar para sacar el máximo de los "recursos" de la Tierra.

Pero, ¿quién es este "nosotros" que sabe lo que es mejor para el mundo en su conjunto? Una vez más encontramos la figura familiar del científico occidental convertido en administrador. Una foto de página entera de una joven nepalesa "sembrando un árbol como parte de un proyecto de reforestación" ilustra el esquema mental de este "nosotros". No son las mujeres del movimiento hindú de Chipko, en India, por ejemplo –con su militancia, sus formas radicalmente diferentes de pensamiento y práctica forestal, que defienden sus árboles políticamente y no mediante proyectos de "reforestación" planeados con mucho cuidado– las retratadas, sino una ahistórica joven morena, cuyo control está asegurado por las ciencias colonialistas y masculinistas a partir del acto mismo de representación, como lo ha mostrado Vandana Shiva (1989). Todavía se supone que la mano benevolente (blanca) de Occidente salvará la Tierra. Corresponde a los patriarcas del Banco Mundial, mediados por Gro Harlem Bruntland, el científico matriarca, y algunos cosmopolitas del Tercer Mundo que llegaron a la Comisión, reconciliar a la "humanidad" con la "naturaleza". El científico occidental continúa hablando en nombre de la Tierra. Dios no permita que un campesino peruano, un nómada africano o un trabajador cauchero del Amazonas tenga algo qué decir al respecto.

Pero ¿puede "administrarse" la realidad? Los conceptos de planificación y administración (gestión, gerencia) implican la creencia de que el cambio social puede impulsarse y dirigirse, producirse a voluntad. Los expertos en desarrollo siempre han acariciado la idea de que los países pobres pueden moverse con mayor o menor celeridad a lo largo de la senda del progreso mediante la planeación. Tal vez ningún otro concepto ha sido tan dañino, ninguna otra idea tan poco cuestionada como la planificación moderna (Escobar 1992a). Las narrativas de la planificación y la administración, presentadas siempre como "racionales" y "objetivas," son esenciales para dichos expertos. En esta narrativa, los campesinos aparecen como el indicador semihumano y semiculto contra el cual el mundo euroamericano mide sus logros. En la gestión ambientalista encontramos una ceguera similar al respecto. El resultado es que, al ser incorporadas en la economía capitalista mundial, las comunidades más remotas del Tercer Mundo se ven arrancadas de sus contextos locales para ser redefinidas como "recursos".

Sería tentador atribuir el reciente interés en el medio ambiente por parte de los expertos en desarrollo y los políticos a una conciencia renovada del proceso ecológico, o a una reorientación fundamental del desarrollo, alejado de su carácter economicista. Algunas de estas explicaciones son ciertas en grado limitado. El auge de la ideología del desarrollo sostenible se relaciona con la modificación de diversas prácticas (como los estudios de factibilidad y las evaluaciones de impacto de los procesos de desarrollo, la obtención del conocimiento local, y la ayuda para el desarrollo de los organismos no gubernamentales), con nuevas situaciones sociales (el fracaso de los proyectos de desarrollo convencionales, los problemas sociales y ecológicos cada vez mayores asociados con dicho fracaso, las nuevas formas de protesta, las deficiencias que se han acentuado), y con factores internacionales, tecnológicos y económicos, reconocibles (como la nueva división internacional del trabajo con su correspondiente degradación ecológica global, unida a las nuevas tecnologías para medir tal degradación). Sin embargo, lo que requiere explicación es precisamente por qué este conjunto de condiciones ha tomado su actual forma, el "desarrollo sostenible", y cuáles serían los problemas importantes asociados a él.

A este respecto debemos destacar cuatro aspectos. Primero, que el desarrollo sostenible forma parte de un proceso más amplio de problematización de la supervivencia global, que ha traído como resultado la reconstrucción de la relación entre naturaleza y sociedad. Dicha problematización apareció como respuesta al carácter destructivo del desarrollo después de la Segunda Guerra Mundial, por un lado, y al auge de los movimientos ambientalistas en el Norte y el Sur, por otra, lo que produjo una compleja internacionalización del medio ambiente (Buttel, Hawkins y Power 1990). Pero lo que se problematiza no es la sostenibilidad de las culturas locales y sus realidades sino la sostenibilidad del ecosistema global. Sin embargo, lo global se define de nuevo de acuerdo con la percepción del mundo compartida por quienes lo rigen. Los ecologistas liberales ven los problemas

ecológicos como el resultado de procesos complejos que trascienden el contexto cultural y local. Aún la consigna "Pensar globalmente, actuar localmente" supone no solo que los problemas pueden definirse en el nivel global, sino que son igualmente importantes para todas las comunidades. Los ecoliberales creen que porque todos somos tripulantes de la nave espacial Tierra, todos tenemos la misma responsabilidad de la degradación ambiental. Raras veces se dan cuenta de que existen grandes diferencias y desigualdades en los problemas de recursos entre los países, las regiones, las comunidades y las clases. Y pocas veces reconocen que la responsabilidad está lejos de ser compartida por igual.

Un segundo aspecto que regula el discurso del desarrollo sostenible es el de la economía de la visibilidad que fomenta. Con los años, los analistas de ecosistemas descubrieron las actividades "degradantes" de los pobres, pero casi nunca reconocen que los problemas están enraizados en los procesos de desarrollo que han desplazado comunidades, indígenas, perturbado los hábitat y trabajos de la gente, forzando a muchas sociedades rurales a aumentar la presión sobre el medio ambiente. Aunque en los años setenta los ecologistas consideraban como problemas principales el crecimiento económico y la industrialización incontrolada, en los años ochenta muchos de ellos llegaron a percibir la pobreza como un problema de gran importancia ecológica. A los pobres se les reprocha ahora su "irracionalidad" y su falta de conciencia ambiental. Los libros populares y también los textos académicos están llenos de representaciones de masas de gente pobre y piel oscura destruyendo bosques y laderas con hachas y machetes, desplazando con ello la visibilidad y la culpa de los grandes contaminadores industriales de Norte y Sur y de los estilos de vida depredadores fomentados por el desarrollo capitalista hacia los campesinos pobres y las prácticas "atrasadas" como la agricultura de roza y quema.

Tercero, la visión ecodesarrollista expresada en la corriente principal del desarrollo sostenible reproduce los principales aspectos del economicismo y el desarrollismo. Los discursos no se remplazan entre sí completamente sino que se construyen uno sobre otro como capas que solo pueden separarse en parte. El discurso del desarrollo sostenible redistribuye muchas de las preocupaciones del desarrollo clásico: necesidades básicas, población, recursos, tecnología, cooperación institucional, seguridad alimentaria e industrialismo, son términos que aparecen en el informe Bruntland, pero reconfigurados y reconstruidos. El informe defiende los intereses ecológicos, aunque lo hace con una lógica un poco diferente. Al adoptar el concepto del desarrollo sostenible, dos viejos enemigos, el crecimiento y el medio ambiente, se reconcilian (Redclift 1987). Después de todo, el informe se centra menos en las consecuencias negativas del crecimiento económico sobre el ambiente que en los efectos de la degradación ambiental sobre el crecimiento y el potencial para el crecimiento. Es el crecimiento (léase expansión del mercado capitalista), y no el medio ambiente lo que hay que sostener. Además, como la pobreza es al tiempo causa y efecto de los problemas ambientales, se requiere

crecimiento con el propósito de eliminar la pobreza, con el propósito, a su vez, de proteger el medio ambiente. La Comisión Bruntland da a entender que la manera de armonizar estos dos objetivos en conflicto es establecer nuevas formas de gestión. La gestión ambiental se convierte en la panacea.

Cuarto, esta reconciliación se facilita por el nuevo concepto de "medio ambiente", cuya importancia en el discurso ecológico creció en el período de la segunda posguerra. El desarrollo de la conciencia ecológica que acompañó al veloz crecimiento de la civilización industrial también transformó la "naturaleza" en "medio ambiente". La naturaleza ya no significa una entidad autónoma, fuente de vida y de discurso. Para quienes defienden una visión del mundo como recurso, el medio ambiente se convierte en una estructura indispensable. Como se usa hoy el término, el medio ambiente incluye una visión de la naturaleza acorde con el sistema urbano industrial. Todo lo importante para el funcionamiento de este sistema se convierte en parte del medio ambiente. El principio activo de esta conceptualización es el agente humano y sus creaciones, al tiempo que la naturaleza queda relegada a un rol aún más pasivo. Lo que circula es materia prima, productos industriales, desechos tóxicos, "recursos". La naturaleza se reduce a un ente estático, un mero apéndice del medio ambiente. Junto con el deterioro físico de la naturaleza, presenciamos su muerte simbólica. Lo que se mueve, crea, inspira, es decir, el principio organizador de la vida, reside ahora en el medio ambiente (Sachs 1992).

Un grupo de activistas ambientales de Canadá destaca así el peligro fundamental de aceptar el discurso del desarrollo sostenible:

> La creencia genuina de que el Informe Bruntland constituye un gran avance para el movimiento ambiental/verde… equivale a una lectura selectiva, en la cual los datos relativos a degradación ambiental y pobreza se enfatizan, mientras que la orientación del informe hacia los "recursos" y el crecimiento se ignora o minimiza. Este punto de vista sugiere que dado el respaldo del Informe Bruntland al desarrollo sostenible, los ambientalistas pueden señalar ahora cualquier atrocidad ambiental particular y decir: "Esto no es desarrollo sostenible". Sin embargo, con ello los ambientalistas están aceptando el "desarrollo" como marco para la discusión (Green Web 1989: 6)

Convertirse en nuevo cliente del aparato del desarrollo trae más implicaciones de lo que parece: sustenta y contribuye a la difusión de la visión económica dominante. Esta sustentación se basa en la inscripción de lo económico en lo ecológico, inscripción que toma lugar a través del análisis de ecosistemas y ecodesarrollo. Estas perspectivas aceptan como un hecho la escasez de los recursos naturales, lo que lleva a sus defensores a resaltar la necesidad de encontrar formas más eficientes de utilizar los recursos sin amenazar la supervivencia de la naturaleza

y de la gente. Como lo dice francamente el Informe Bruntland, se trata de encontrar los medios para "producir más a partir de menos" (World Commission on Environment and Development 1987: 15). La Comisión no se halla sola en este esfuerzo. Año tras año, el World Watch Institute reafirma este esfuerzo en su informe *State of the World*, una de las principales fuentes de consulta para quienes trabajan en ecodesarrollo. La ecología, como lo dice perspicazmente Wolfgang Sachs (1988) acerca de los informes que hemos mencionado, queda reducida a una forma superior de eficiencia. En contraste con el discurso de los años setenta centrado en los "límites del crecimiento", el discurso de los años ochenta se centra en el "crecimiento de los límites" (Sachs 1988).

Los ecologistas liberales y ecodesarrollistas no parecen percibir el carácter cultural de la comercialización de la naturaleza y la vida inherente a la economía Occidental, ni toman con seriedad los límites culturales que muchas sociedades han puesto a la producción indiscriminada. Entonces no resulta sorprendente, que sus políticas se limiten a la promoción de la administración "racional" de recursos. En la medida en que los ambientalistas acepten dichos supuestos, también aceptarán los imperativos de la acumulación del capital, el crecimiento material, y la disciplina del trabajo humano y la naturaleza. La reconciliación epistemológica y política de la economía y la ecología propuesta por el desarrollo sostenible intenta crear la impresión de que solo se necesitan pequeños ajustes al sistema de mercado para iniciar una era de desarrollo ambientalmente benigno, escondiendo el hecho de que la ciencia económica por sí misma no puede aspirar a dar cabida a las consideraciones ambientales sin antes realizar reformas sustanciales en su marco teórico.[11] Además, al racionalizar la defensa de la naturaleza en términos económicos, los economistas verdes continúan esparciendo la sombra que la economía proyecta sobre la vida y la historia. Estos economistas "hacen algo más que simplemente proponer nuevas estrategias; también le dicen a la gente cómo ver el mundo, la sociedad y sus propias acciones… Promueven la sostenibilidad de la naturaleza y erosionan la sostenibilidad de la cultura" (Sachs 1988: 39).

Este efecto es más claro en el enfoque del Banco Mundial sobre el desarrollo sostenible, basado en la creencia, como lo dijera brevemente su presidente poco

11 El individualismo metodológico de la economía, por ejemplo, dificulta en gran medida el planteamiento de interrogantes de equidad intergeneracional (Norgaard 1991a), y su monismo discursivo impide un diálogo significativo entre las disciplinas que componen las ciencias ambientales, particularmente la ecología (Norgaard 1991b). De igual modo, las críticas internas de la economía sugieren a menudo que la cura para la falla del mercado es lograr más y mejores mercados (privatización), o que la cura para las externalidades, los rendimientos crecientes a escala o la competencia imperfecta que causan las fallas de mercado es imitar los resultados del mercado: corregir los precios, reformar los análisis de costo-beneficio, y cosas por el estilo (Marglin 1992).

después de la publicación del Informe Bruntland, de que "una sana ecología es buena economía" (Conable 1987: 6). El establecimiento en 1987 de un Departamento Ambiental de alto nivel y del *Global Environment Facility* (GEF) (léase la Tierra como un mercado/compañía de servicios gigantesca bajo el control del Grupo de los Siete y el Banco Mundial) creado en 1992, reforzó la actitud administrativa hacia la naturaleza. "La planeación ambiental", decía Conable en el mismo discurso, "puede sacar el máximo de los recursos naturales para que la inventiva humana pueda sacar el máximo del futuro" (pág. 3). De acuerdo con la orientación neoliberal de los ochenta, al mercado le reserva un rol central. Como lo expresara un economista de Harvard en la Conferencia anual del Banco Mundial en 1991 sobre economía del desarrollo:

> La fuente de degradación ambiental y sostenibilidad no está en modo alguno en el crecimiento. Está en la política y las fallas del mercado… Muéstrenme un recurso desperdiciado o un ambiente degradado y les mostraré un subsidio o una falla para establecer las condiciones básicas que permitirían que el mercado funcionara eficientemente… Si tuviera que plantear la solución en una frase, sería esta: Todos los recursos deberían tener propietarios, todas las gentes deberían tener derechos (Panayatou 1991: 357, 361).

Admitimos que se trata de una opinión extrema, pero refleja la tendencia hacia la privatización de los recursos, bajo la calificación benigna pero insidiosa "derechos de propiedad intelectual". Este discurso, uno de los debates más candentes en la bibliografía del desarrollo en este momento, busca garantizar el control por las corporaciones del Norte del material genético de las especies biológicas de todo el mundo, la mayoría de las cuales están en el Sur. De aquí la insistencia de las corporaciones, de muchas organizaciones internacionales y gobiernos del Norte para que se adjudiquen patentes sobre los actuales *stocks* de los bancos genéticos o los que se desarrollen en el futuro. La biotecnología introduce así completamente la vida en la producción industrial, para gozo de algunos y terror de muchos (Hobbelink 1992). La biotecnología "será para la revolución verde lo que esta fue para las variedades vegetales y las prácticas tradicionales… cambiará significativamente el contexto en el que se conceptualiza y planea el cambio tecnológico en el Tercer Mundo" (Buttel, Kenney y Kloppenburg 1985: 32).

Como veremos en breve, la biotecnología, la biodiversidad y los derechos de propiedad intelectual representan un nuevo giro en el discurso del desarrollo sostenible. Shiv Visvanathan ha llamado al mundo de Bruntland y al desarrollo sostenible un cosmos desencantado. El Informe Bruntland es el cuento que un mundo desencantado (moderno) se cuenta a sí mismo sobre su triste condición. Como renovación del contrato entre el Estado-nación y la ciencia moderna, su visión del mundo futuro resulta muy pobre. Visvanathan se preocupa en especial por el potencial del desarrollo sostenible para colonizar las últimas áreas de la vida

social del Tercer Mundo aún no regidas por completo por la lógica del individuo y el mercado, como el derecho al agua, las selvas y los bosques sagrados. Lo que antes eran territorios colectivos ahora están a medio camino entre el mercado y la comunidad aun cuando la economía no pueda entender el lenguaje de los espacios o territorios colectivos, porque estos no tienen individualidad y no obedecen las reglas de la escasez y la eficiencia. Deben generarse historias y análisis alrededor de lo colectivo para remplazar el lenguaje de la eficiencia por el de la suficiencia y la visibilidad cultural del individuo por la de la comunidad. "Lo que se necesita no es un futuro común sino un futuro en comunidad" (pág. 383). Visvanathan también se preocupa por el ascenso del desarrollo sostenible entre los ecologistas y activistas. Es oportuno terminar esta sección con su llamado a la resistencia a la cooptación, parecido a la advertencia de Adele Mueller acerca de la burocratización del conocimiento feminista:

> Bruntland busca la cooptación de los mismos grupos que están creando una nueva danza política, donde la democracia no es simplemente orden y disciplina, donde la Tierra es un cosmos mágico, donde la vida sigue siendo un misterio para celebrar… Los expertos del Estado global estarían encantados de cooptarlos, para convertirlos en un grupo de consultores de segunda clase, una clase inferior de enfermeros y paramédicos al servicio del médico y del cirujano expertos. Es a ello a lo que queremos oponernos creando una explosión de imaginaciones que este club de expertos intenta destruir con sus gritos de carencia y exceso. El mundo de la ciencia oficial y el Estado-nación no solo están destruyendo suelos y sedimentando lagos, sino *congelando la imaginación…* Debemos ver el Informe Bruntland como una forma de analfabetismo publicado y elevar una plegaria por la energía desperdiciada y los bosques perdidos en su publicación. Y, finalmente, una pequeña plegaria, una disculpa para el árbol que proporcionó el papel para este documento. Gracias, árbol (Visvanathan 1991: 384; subrayado del autor).

## *La capitalización de la naturaleza: dos formas de capital ecológico*

En un artículo reciente, Martin O'Connor (1993) sugiere que el capital está sufriendo un cambio significativo en su forma y está entrando en una fase ecológica. La naturaleza ya no se define ni se trata como propiedad exógena explotable. Mediante un nuevo proceso de privatización, resultado en primer lugar de un cambio en la representación, aspectos antes no capitalizados de la naturaleza y la sociedad se vuelven, en sí mismos, inherentes al capital. Se convierten en *stocks* de capital. "Igualmente, la dinámica primaria del capitalismo cambia de forma, de la acumulación y crecimiento con base en un dominio externo a un manejo y conservación aparente del *sistema de naturaleza capitalizada* cerrado sobre sí mismo" (M. O'Connor 1993: 8). Esta nueva forma supone una conquista semiótica

y una incorporación de la naturaleza como capital aún más penetrantes, a pesar de clamar por el uso sostenible de sus recursos, y aparece cuando se cuestiona la apropiación brutal, especialmente por parte de los movimientos sociales.

La forma moderna del capital, la forma convencional y descarnada de apropiarse de los recursos y explotarlos como materia prima, se acompaña ahora, y se remplaza potencialmente por esta segunda forma posmoderna y "ecológica". Esta sección desarrolla los siguientes argumentos, basados en las dos formas de capital en su fase ecológica: (a) Ambas formas, la moderna y la posmoderna, son necesarias para el capital, dadas las condiciones mundiales a finales de siglo; (b) Ambas formas exigen articulaciones discursivas complejas que las hagan posibles y legítimas; (c) Ambas formas asumen características diferentes pero cada vez más entremezcladas en el Primer y el Tercer Mundo, y que deben estudiarse simultáneamente; (d) Los movimientos sociales y las comunidades encaran cada vez con mayor frecuencia la doble tarea de construir racionalidades y alternativas estratégicas de producción, por una parte, y por otra la de resistirse semióticamente a las incursiones de las nuevas formas de capital en el tejido de la naturaleza y la cultura.

*La forma moderna del capital ecológico*. La primera forma que toma el capital en la fase ecológica opera de acuerdo con la lógica de la racionalidad capitalista moderna, y se teoriza en términos de lo que James O'Connor llama la segunda contradicción del capitalismo. El punto de partida de la teoría marxista de la crisis, recordemos, es la contradicción entre las fuerzas productivas capitalistas y las relaciones de producción, o entre la producción y la realización del valor y la plusvalía. Esta primera contradicción es bien conocida para los economistas políticos. Pero hay un segundo aspecto del capitalismo que, a pesar de estar presente desde sus comienzos, ha tomado fuerza solo a partir del agravamiento de la crisis ecológica y de las formas sociales de protesta generadas por esta. Es la segunda contradicción del capitalismo (O'Connor 1988, 1989, 1992). La idea central es que debemos detenernos en el rol que las *condiciones de producción* desempeñan en la restructuración del capital, insuficientemente teorizadas por Marx, pero esenciales en el cuestionamiento de Polanyi (1957b) en su crítica del mercado auto-regulado. ¿Por qué? Porque resulta evidente que el capitalismo no solo deteriora o destruye las condiciones sociales y ambientales sobre las cuales se erige (incluyendo la naturaleza y la mano de obra), sino también que la restructuración capitalista tiene lugar a expensas de tales condiciones. Una "condición de producción" se define como todo lo que se trata como bien económico, aunque no sea producido como bien según las leyes del valor y el mercado. La fuerza de trabajo, la tierra, la naturaleza, el espacio urbano, y así sucesivamente, encajan en esta definición. Recordemos que Polanyi llamaba a la Tierra (es decir, la naturaleza) y a la mano de obra (es decir, a la vida humana) bienes ficticios. La historia de la modernidad y el capitalismo debe verse, pues, como la capitalización progresiva de las condiciones de producción. La producción de árboles en plantaciones con métodos capitalistas puede verse

como paradigma de este proceso de capitalización, que también incluye la conquista científica y administrativa de la mayor parte de los aspectos de la vida económica y social que son específicos de la modernidad.

La capitalización de la naturaleza está en gran parte mediada por el Estado. De hecho, el Estado debe considerarse una *interfase* entre el capital y la naturaleza, los seres humanos y el espacio. La capitalización de la naturaleza ha sido fundamental para el capitalismo desde la acumulación primitiva y la apropiación de los territorios comunales. De este modo, la historia del capital es la historia de la explotación de las condiciones de producción, incluyendo las formas en que el capital deteriora o destruye sus propias condiciones.[12] La amenaza del capital a sus propias condiciones suscita intentos por restructurarlas para reducir costos o defender ganancias. Dicha restructuración tiene lugar a través del cambio tecnológico y asegurando disponibilidad de materia prima y mano de obra más barata y más disciplinada. Sin embargo, semejantes cambios requieren a menudo un mayor grado de cooperación e intervención estatal, como en el caso de los planes gubernamentales de desarrollo y los controles a corporaciones, y como en el caso de la insistencia del Banco Mundial para que los países elaboren "planes ambientales nacionales" (aún si lo que se busca es sostener las ganancias del capital). La existencia de políticas más visibles de esta clase significa que estos procesos se están haciendo más sociales, y están creando puntos de reunión para la lucha política. El *lobby* de las organizaciones no gubernamentales y de los grupos ambientalistas del Tercer Mundo para controlar al Banco Mundial, por ejemplo, refleja la mayor socialización del proceso del capital.

Las luchas sociales generadas en torno a la defensa de las condiciones de producción –como la salud ocupacional, los movimientos de mujeres relacionados con la política corporal o con las necesidades básicas, la movilización para impedir transferencias de desechos tóxicos a los vecindarios pobres del Norte o a los países pobres del Sur– también dan más visibilidad al carácter social de la producción (y de la necesaria reconstrucción) de la vida, la naturaleza y el espacio. Estas luchas tienden a alterar las relaciones sociales de reproducción de las condiciones de producción. Las luchas tienen dos facetas: la lucha para proteger las condiciones de producción y la vida misma frente a la crueldad y los excesos del capital, y la lucha por las políticas del capital y del Estado para restructurar las condiciones de producción (por lo general a través de mayor capitalización y privatización). En

12 Los ejemplos suministrados por O'Connor incluyen el efecto invernadero y la lluvia ácida que destruyen la naturaleza, la salinización de las aguas y el problema de los pesticidas que afectan a la agricultura, la congestión, la contaminación y las elevadas rentas que resultan de la capitalización del espacio urbano que deterioran las condiciones del propio capital, y los crecientes costos de salud que destruyen la fuerza de trabajo. Los costos de semejante destrucción recaen desproporcionadamente sobre los pobres, el Tercer Mundo y los gobiernos.

otras palabras, los movimientos sociales se ven forzados a encarar simultáneamente la destrucción del cuerpo, la naturaleza y el espacio junto con la restructuración de dichas condiciones inducida por las crisis (J. O'Connor 1988).

Las luchas contra la pobreza y la explotación pueden ser luchas ecológicas en la medida en que los pobres intentan mantener los recursos naturales bajo el control comunitario y no del mercado, controlar y resistir la valorización monetaria de la naturaleza. Los pobres de áreas rurales, en particular, a causa de su cultura diferente, practican cierto "ecologismo" contribuyendo a la conservación de los recursos (Martínez Alier 1992). Con frecuencia las luchas ecológicas son también luchas de género. Muchos aspectos de la destrucción de las condiciones de producción –surgidas, por ejemplo, de la deforestación y el represamiento de ríos y reflejadas en las crecientes dificultades de acceso a los alimentos, el agua y el combustible, labores femeninas en muchos lugares del mundo– afectan a las mujeres en particular y contribuyen a restructurar las relaciones de género y de clase.[13] A veces las mujeres son capaces de aprovechar tales condiciones para luchar por la defensa de las condiciones de producción y por su identidad. En términos generales, las luchas de las mujeres contra la capitalización de la naturaleza y el control patriarcal han permanecido invisibles. Es imperativo incorporar el género y las luchas femeninas a la teorización del capital y la naturaleza. Muchas de las preguntas que las feministas han planteado al desarrollo todavía no han sido abordadas por los economistas verdes y otros ambientalistas (Harcourt 1994).

El problema se percibe hasta cierto punto como un debate entre el esencialismo y el materialismo.[14] Aunque críticas del esencialismo, algunas ecofeministas (Mellor 1992; Holland-Cunz en Kuletz 1992) destacan la necesidad de encarar de todas maneras "la pregunta central de cómo teorizar la cuestión muy real de la

---

13 Brinda Rao (1989, 1991) da un ejemplo de la creación de "escasez de agua" en el distrito de Puna del estado de Maharashtra en la India. El fenómeno resultó de los proyectos gubernamentales que favorecieron a los grandes agricultores, y ha afectado a las mujeres de forma tal que va más allá de las grandes distancias que tienen que recorrer diariamente para traer el líquido. Como el agua está asociada con el principio femenino, su escasez ha contribuido a la disminución del poder femenino tradicional. Para complicar las cosas, la acelerada deforestación ha llevado a la desaparición de plantas medicinales y ha incrementado la mortalidad infantil, la cual se atribuye ahora, a veces, a la brujería femenina.

14 Parte del debate se llevó a cabo en años recientes en las páginas de la revista Capitalism, Nature, Socialism, de Santa Cruz. El cargo de "esencialista" en relación con el ecofeminismo se origina principalmente en su asociación con matices espiritualistas y culturalistas del feminismo, en particular con el énfasis de éste último en la superioridad de la cultura de la mujer, basada en el principio femenino y en la 'naturaleza' esencial de la mujer. Feministas de orígenes y prácticas tan diversas como Susan Griffin, Vandana Shiva, Petra Kelly y Mary Daly han sido acusadas de esencialismo. Las ecofeministas afirman que la crítica del esencialismo permite a los críticos desconocer las contribuciones y la fuerza de las feministas espirituales y culturales, sin tomarlas en serio. Véanse resúmenes de este debate en Mellor (1992) y Merchant (1990).

naturaleza finita del planeta y las diferencias biológicas entre hombres y mujeres" (Mellor 1992: 46). La importancia de las diferencias biológicas ha sido ignorada por la economía política: "Lo que se incorpora en la esfera de la 'producción' no representa solamente los intereses del capital, representa también los intereses del hombre" (pág. 51). Un socialismo verde feminista debe comenzar por reconocer que los hombres tienen interés en controlar la sexualidad de la mujer y las relaciones con la vida y la naturaleza. Algunas feministas han evolucionado hacia una síntesis de las perspectivas esencialista y materialista, aun cuando reconocen las limitaciones de la primera. La clave de esta síntesis es llegar a formulaciones materialistas y no patriarcales de la proximidad histórica de la mujer y la naturaleza que reconozcan el hecho de que los seres humanos son entidades culturales y biológicas, materiales y emocionales al mismo tiempo (Holland-Cunz, en Kuletz 1992).

Un aspecto afín, también poco desarrollado en la mayoría de concepciones ecológicas, es el rol de la cultura y el discurso en la organización e intermediación de la naturaleza y las condiciones de producción. Detrás de esta pregunta está la relación entre procesos naturales e históricos. El ecosocialista mexicano Enrique Leff cree que aún no contamos con conceptualizaciones adecuadas de la inscripción mutua de naturaleza e historia. Cierto es que, a medida que lo ecológico se convierte en parte del proceso de acumulación, lo natural es absorbido por la historia y así puede ser estudiado por el materialismo histórico. A pesar de todo, la cultura sigue siendo una instancia importante de mediación, los efectos del capital y sus modos de operación son siempre determinados por las prácticas de la cultura en que dicha transformación tiene lugar (Godelier 1986; Leff 1986a). Cuando una cultura que buscaba maximizar no la continuidad y la supervivencia sino los beneficios materiales se volvió dominante, se logró una cierta articulación entre lo biológico y lo histórico. Para Leff, la acumulación de capital requiere la articulación de las ciencias con el proceso de producción, de manera que las verdades que producen se conviertan en fuerzas productivas del proceso económico. Las ciencias ambientales participan así en la reinscripción de la naturaleza en la ley del valor. La falta de vigilancia epistemológica ha traído como resultado cierto "disciplinaje" de los temas ambientales que ha obstaculizado la creación de conceptos útiles a la formulación de racionalidades económicas y ecológicas alternativas (Leff 1986b).

El papel del desarrollo sostenible en la articulación de concepciones y prácticas relativas a las condiciones de producción es evidente. Las condiciones de producción no son transformadas solo por el capital. Tienen que ser transformadas en y a través del discurso. El movimiento de desarrollo sostenible es un intento fuerte, tal vez nunca antes presenciado desde el auge de las ciencias empíricas (Merchant 1980), para resignificar la naturaleza, los recursos, la Tierra, y la propia vida humana. Es un intento torpe y miope, como lo veremos brevemente al compararlo con la reinvención de la naturaleza efectuada por la biotecnología, pero no debemos minimizar su importancia. El desarrollo sostenible es el último intento por

articular la modernidad y el capitalismo antes de la llegada de la cibercultura. La resignificación de la naturaleza como medio ambiente, la reinscripción de la Tierra en el capital a través de la mirada de la ciencia, la reinterpretación de la pobreza como efecto de la destrucción ambiental, y la confianza renovada en la gestión y la planeación como árbitros entre la gente y la naturaleza son todos efectos de la construcción discursiva del desarrollo sostenible. En la medida en que más y más profesionales y activistas adopten la gramática del desarrollo sostenible, más efectiva será la reinvención de las condiciones de producción. De nuevo, las instituciones continuarán reproduciendo el mundo como lo ven quienes lo rigen. La acumulación y la reproducción ampliada del capital también exigen la acumulación de discurso y culturas, esto es, su creciente normalización. Esta normalización encuentra resistencia, e introduce así quizás una contradicción que los economistas políticos no han considerado.[15] Como narrativa universalizante, la economía política depende en el nivel cultural de la realidad que busca sublimar, el capitalismo moderno. Es innegable que el materialismo histórico eurocentrista y el feminismo nos proporcionan criterios reveladores de la conversión de la naturaleza y la mujer en objetos del trabajo y la producción. Por eso son muy importantes. Sin embargo, al mismo tiempo debe hacerse un esfuerzo para entender la vida social del Tercer Mundo (y de Occidente) a través de esquemas que no se basen únicamente en los logros intelectuales mencionados. Poner de manifiesto la mediación del discurso en la forma moderna del capital es una manera de comenzar.

*La forma posmoderna del capital ecológico*. En muchos lugares del Tercer Mundo la política pública aún opera sobre la base del desarrollo convencional, aunque cada vez hay más áreas del mundo vendidas al desarrollo sostenible. Sin embargo, Martin O'Connor tiene razón al señalar un cambio cualitativo en la forma del capital. Si con la modernidad puede hablarse de la progresiva conquista semiótica de la vida social y cultural, hoy esta conquista se extiende hasta el propio corazón de la naturaleza y la vida. Una vez que la modernidad se consolida y la economía se convierte en una realidad aparentemente ineludible –un verdadero descriptor de la realidad para la mayoría– el capital debe abordar la cuestión de la domesticación de todas las demás relaciones sociales y simbólicas según el código de la producción. Ya no son solo el capital y el trabajo *per se* los que están en juego, sino la reproducción del código. La realidad social se vuelve, según la expresión de Baudrillard (1975), "el espejo de la producción".

El naciente discurso de la biodiversidad logra esta hazaña en particular. En él, la naturaleza se convierte en una fuente de valor en sí misma. Las especies de flora y fauna son valiosas no tanto como recursos sino como reservorios de valor que

15 ¿Una tercera contradicción? El debilitamiento y la destrucción de las culturas por el capital al tratar de homogeneizarlas a través de la disciplina y la normalización, incluyendo las formas de resistencia ante los constantes intentos del capital por la restructuración cultural.

la investigación y el conocimiento, junto con la biotecnología, pueden liberar para el capital y las comunidades. Esta es una de las razones por las cuales se reconoce finalmente a las comunidades étnicas y campesinas en las áreas de selva tropical húmeda del mundo como propietarias de sus territorios (o de lo que queda de ellos); pero solo en la medida en que acepten tratarla, y tratarse a sí mismas, como reservorios de capital. Las comunidades y los movimientos sociales de diversas partes del mundo están siendo seducidas por los proyectos de biodiversidad para que se conviertan en "guardianes de los 'capitales' natural y social cuyo manejo sostenible es, por consiguiente, tanto su responsabilidad como el negocio de la economía mundial" (M. O'Connor 1993: 5). Una vez terminada la conquista semiótica de la naturaleza, el uso sostenible y racional del medio ambiente se vuelve un imperativo. Aquí se encuentra la lógica subyacente de los discursos del desarrollo sostenible y la biodiversidad.

Esta nueva capitalización de la naturaleza no descansa solo sobre la conquista semiótica de territorios (en términos de reservas de biodiversidad y nuevos esquemas de control y propiedad de la tierra) y comunidades (como "guardianes" de la naturaleza); también exige la conquista semiótica de los comocimientos locales en la medida en que "salvar la naturaleza" exige la valoración de los saberes locales sobre el sostenimiento de la naturaleza. La biología moderna empieza a descubrir que los sistemas locales de conocimientos son complementos útiles. En estos discursos, sin embargo, el saber se asume como algo que existe en las "mentes" de personas individuales (chamanes, sabios, ancianos) acerca de "objetos" externos (plantas, especies), cuya "utilidad" médica o económica se supone que "transmitan" a los expertos modernos. El saber local no se considera una construcción cultural compleja, que no involucra objetos sino movimientos y eventos profundamente históricos y relacionales. Estas formas de conocimiento tienen por lo general modos diferentes de operación y de relaciones con los campos cultural y social (Deleuze y Guattari 1987). Al traerlas a la política de la ciencia, las formas sociales de conocimiento son recodificadas de modo utilitario por la ciencia moderna.

Un breve ejemplo ilustra la lógica de las dos formas de capital en su fase ecológica. La Costa Pacífica colombiana es una de las áreas de mayor diversidad biológica del mundo. Con una extensión de 5,4 millones de hectáreas, está poblada por cerca de 800 mil afrocolombianos y 40 mil indígenas pertenecientes a varios grupos étnicos, particularmente emberas y waunanas. Desde comienzos de los ochenta, el gobierno ha intentado desarrollar la región y ha formulado ambiciosos planes de desarrollo (DNP 1983, 1992). El capital ha llegado a la región en forma de inversión en palma africana, cultivo de camarón a gran escala, minería, madera y turismo. Estos planes e inversiones operan en la forma moderna del capital, contribuyendo a la degradación ecológica y al desplazamiento y la proletarización de los pobladores locales. No obstante, paralelo a este desarrollo el gobierno ha emprendido un proyecto más modesto pero simbólicamente ambicioso para la

protección de la casi legendaria diversidad biológica de la región (GEF-PNUD 1993). El proyecto forma parte de la estrategia global para la protección de la biodiversidad emprendida por el Global Environment Facility (GEF) del Banco Mundial y Naciones Unidas y ofrece un diseño innovador que incluye aspectos como la sistematización del conocimiento moderno y tradicional de la biodiversidad, y la promoción de formas organizacionales para las comunidades negras e indígenas de la región.

El proyecto de biodiversidad obedece a la lógica de la segunda forma de capital. Ello ha sido posible no solo por las tendencias internacionales sino también por la creciente movilización de las comunidades negras e indígenas en el contexto de los nuevos derechos que les reconoce la reforma constitucional de 1991. Esta les reconoce, fundamentalmente los derechos de las minorías étnicas a la autonomía territorial y cultural. Más aún, el proyecto ha debido aceptar a las comunidades como interlocutores importantes, y varios líderes negros han podido insertarse en el equipo de planta del mismo. Estos profesionales/activistas son conscientes de los riesgos que involucra el participar en semejante empresa, aunque ellos creen que el proyecto ofrece un espacio para la lucha que no pueden darse el lujo de ignorar. ¿Están ellos simplemente ayudando al capital en la conquista semiótica de la naturaleza y las comunidades? O, por el contrario, o simultáneamente, ¿pueden comprometerse en la resistencia cultural y articular sus propias estrategias productivas? Una cosa es cierta: estos procesos tienen lugar en numerosos países con altos niveles de diversidad biológica y en los cuales opera el GEF. Los activistas y las comunidades de estos países encaran la terrible disyuntiva de plantear sus propios enfoques o ser barridos por el desarrollismo y la biotecnología. Aún es demasiado pronto para predecir el resultado de sus luchas. El creciente movimiento negro de Colombia es un indicio de que las comunidades organizadas tienen más poder del que la mayoría de los observadores admite, a pesar de la magnitud de las fuerzas que se oponen a él.

La tarea de articular otras estrategias productivas –autónomas, culturalmente cimentadas y democráticas– es difícil. En el planeta no hay claridad sobre su naturaleza, aunque se han planteado algunos principios generales. Para Leff, “No existe todavía una teoría suficientemente elaborada del desarrollo sostenible basada en una racionalidad ecológica” (1992: 62). Como vimos, el discurso liberal del desarrollo sostenible se basa, de una parte, en una racionalidad economicista y no ecológica. De otra parte, el ecosocialismo no ha incorporado a la cultura como instancia mediadora entre lo social y lo ecológico. La propuesta de Leff apunta hacia una integración de lo ecológico, lo tecnológico y lo cultural, en lo que él denomina una racionalidad productiva alternativa. Para Leff, toda cultura incluye un principio de productividad, base de un paradigma de producción que, en el caso de muchos grupos étnicos, “no es economicista pero pertenece a la economía política” (1993: 50). El medio ambiente debe verse entonces como la articulación de

procesos culturales, ecológicos, económicos y tecnológicos que deben entralazarse para generar un sistema de producción sostenido y equilibrado.[16]

Las dificultades que se prevén en la tarea de construir una estrategia productiva culturalmente específica son tremendas, más allá de la oposición obvia de los intereses creados. ¿Deberían las comunidades, por ejemplo, poner precio a los recursos de biodiversidad? ¿Desarrollar patentes? ¿Imponer a sus miembros el "uso sostenible" de los recursos forestales? Por el contrario, ¿pueden darse el lujo de no poner precio a sus recursos? ¿Cuáles serían las consecuencias económicas, políticas y culturales de cualquiera de estas líneas de acción? ¿Pueden contribuir a la deconstrucción de los mecanismos de mercado a través de la resistencia cultural mientras participan en la mercantilización de la naturaleza? Lo peor para estas comunidades sería optar por el desarrollo convencional, y la mayoría ya lo sabe. Para acceder al postdesarrollo, las comunidades necesitan experimentar estrategias productivas alternativas, y, simultáneamente, practicar la resistencia semiótica a la restructuración que el capital y la modernidad hacen de la naturaleza y de la sociedad. La descentralización económica, la desburocratización del manejo ambiental, el pluralismo político, la autonomía cultural y la productividad ecológica pueden servir como criterios globales para emprender tal estrategia. Nos referiremos a ello otra vez en el capítulo final.

### *La cibercultura y la reinvención posmoderna de la naturaleza*

Los discursos de la biodiversidad y la biotecnología pueden ubicarse en el esquema de lo que Donna Haraway llama la reinvención posmoderna de la naturaleza. Esta reinvención es promovida por ciencias como la biología molecular, la genética y la inmunología, y por corrientes de investigación como el proyecto del genoma humano, la inteligencia artificial y la biotecnología. Podríamos estar transitando de un régimen de la naturaleza "orgánica" (premoderna) y "capitalizada" (moderna) hacia un régimen de "tecnonaturaleza", efectuado por las nuevas formas de la ciencia y la tecnología (Escobar 1994). En este régimen, la naturaleza sería construida por diversas bioprácticas.[17]

La lectura crítica de Haraway de narrativas científicas del siglo XX como la primatología y la sociobiología intenta hacer explícita la conexión entre el contenido de la ciencia y su contexto social, conexión que es normalmente invisible mediante

16 En el caso de Leff es menos evidente si nociones como las de producción y racionalidad pueden teorizarse desde la perspectiva de órdenes culturales diferentes.

17 Los escritores de ciencia ficción han captado bien el carácter de esta transformación. Sus paisajes están poblados de *cyborgs* de todo tipo, ciberespacios y realidades virtuales, y nuevas posibilidades de ser humano mediante un sorprendente conjunto de opciones tecnológicas y sociales novedosas. Muestran cómo la inteligencia artificial y las biotecnologías están comenzando a dar nueva forma a la vida social y biológica.

prácticas de lectura y escritura inherentes a la ciencia.[18] Si antes de la Segunda Guerra Mundial los lenguajes dominantes de la biología se tomaban prestados de la ingeniería humana, los estudios de personalidad y la administración científica, después de la guerra predominó el lenguaje del análisis de sistemas. Las nuevas herramientas conceptuales hablan de sistemas y de máquinas cibernéticas; de mecanismos de retroalimentación; de teoría de optimización y de información; de genética de población, de ergonomía y sociobiología. Este cambio de paradigmas está ligado a una lógica de control apropiada al capitalismo de la posguerra. La máquina y el mercado se repiten como principios organizativos, pero expresados en términos del lenguaje de sistemas y cibernética. Los seres humanos ya no se conceptualizan en términos de organismos jerárquicamente organizados y localizados, sino en términos de textos codificados, sistemas de comunicación estructurados, redes de comando y control, comportamiento dirigido y resultados probabilísticos. La patología llega a ser el resultado del estrés y el colapso de las comunicaciones, y todo el sistema inmunológico se modela como un campo de batalla (Haraway 1989b, 1991).

El lenguaje de este discurso es decididamente posmoderno, y no es contrario al régimen de acumulación posfordista, con su orden cultural de "mano de obra flexible" que mantendría a los invasores a distancia, o que rápidamente los fagocitaría si llegaran a acercarse o se volvieran tan numerosos que supondrían amenazas de contagio y desorden. Haraway lee en estos desarrollos la desnaturalización de las nociones de "individuo" y "organismo", tan caras a la ciencia moderna y a la economía política antes de la Segunda Guerra Mundial, y el surgimiento de una nueva entidad, el cyborg –híbrido de organismo y máquina "apropiado para el final del siglo XX" (1991: 1)– que surge para llenar el vacío. En el lenguaje del desarrollo sostenible se diría que los *cyborgs* no pertenecen a la naturaleza; pertenecen al medio ambiente, y el medio ambiente pertenece a los sistemas.

Llevando la afirmación de Simone de Beauvoir de que "no se nace mujer" al campo posmoderno de la biología de finales del siglo XX, Haraway afirma que "no se nace organismo. Los organismos se hacen; son construcciones surgidas de un mundo cambiante" (1986b: 10). Los organismos se hacen por sí mismos y son hechos por la historia. Semejante recuento historizado de la vida resulta difícil de aceptar si uno se mantiene dentro de las tradiciones modernas del realismo, el racionalismo y la naturaleza orgánica. Esta visión historizada supone que lo que cuenta como naturaleza y como cultura en Occidente cambia sin cesar de acuerdo con factores históricos complejos, aunque en todos los casos la naturaleza "sigue siendo un mito y una realidad crucial y profundamente cuestionada" (1989a: 1). Los cuerpos, los organismos y la naturaleza no son solo receptores pasivos del

18 Para la lectura de Haraway acerca de la primatología, véanse (1989a), especialmente los capítulos 3 y 7, y (1991), capítulos 2 y 5. Las narrativas de inmunología y bioingeniería son analizadas en (1989b, 1985); la sociobiología en (1991), especialmente en los capítulos 3 y 4.

poder denominador de la ciencia; su especificidad y su afectividad significan que toman parte en la producción del conocimiento acerca de sí mismos. Deben ser vistos entonces como actores "semióticos-materiales" más que como simples objetos de ciencia preexistentes en pureza. Pero existen otros actores en la construcción de organismos como objetos de conocimiento, incluyendo a los humanos y las máquinas (tecnologías de visualización, laboratorios), prácticas médicas y de negocios, y producciones culturales de diversos tipos (narrativas de ciencia, orígenes, sistemas y similares). Haraway se refiere al complejo sistema que explica la construcción de organismos como "el aparato de la producción corporal" (1989b, 1992). Dicho aparato nos recuerda que los organismos "son hechos en prácticas tecnocientíficas cambiantes por actores colectivos particulares en lugares y tiempos particulares" (1992: 297).

El aparato de la producción corporal implica que los límites entre lo orgánico, lo técnico y lo textual que lo conforman son bastante permeables. Estos tres campos ya no están separados; cualquier organismo dado que se convierte en objeto de ciencia es ya una mezcla de los tres. Aunque la naturaleza, los cuerpos y los organismos tienen ciertamente una base *orgánica,* se producen cada vez más en conjunción con *máquinas*, y dicha producción está siempre mediatizada por *narrativas* científicas y culturales. La naturaleza es una co-construcción de humanos y no humanos. Tenemos así la posibilidad de involucrarnos en nuevas conversaciones con y acerca de la naturaleza, involucrando a humanos y no humanos en la reconstrucción de la naturaleza como cultura pública. Si el *cyborg* puede verse como la imposición sobre el planeta de un nuevo esquema de control, también representa nuevas posibilidades de articulaciones poderosas entre humanos, animales y máquinas.

La conciencia de esta posibilidad tiene tremendas implicaciones para Haraway. Para comenzar, la búsqueda de matrices naturales y conjuntos orgánicos –basada en las dicotomías entre mente y cuerpo, máquina y organismo, animal y humano- debe abandonarse o reformarse drásticamente. La posibilidad de que lo orgánico no se oponga a lo tecnológico debe tenerse en cuenta; más, aún "hay grandes probabilidades de que las feministas acepten explícitamente las posibilidades inherentes al rompimiento de las distinciones claras entre organismo y máquina y las distinciones similares que estructuran el ser occidental" (Haraway 1985: 92).[19] Los *cyborgs* no son necesariamente el enemigo. Ello también significa que los socialistas, las feministas y otros deberían darle importancia a las relaciones

19 Haraway interpreta en forma ambivalente la defensa ecofeminista de lo orgánico como ideología adecuada de oposición al capitalismo de este siglo. Sin embargo, su reto a las ecofeministas es claro y fundamental. Tal vez puede decirse que la afirmación de la naturaleza y de lo orgánico (y casos parecidos, como lo indígena) es una estrategia temporal, dictada por la importancia del industrialismo y la modernidad en las sociedades actuales. Esta posibilidad se ve obstaculizada cada vez más por la cibercultura.

sociales de ciencia y tecnología, en la medida en que mediatizan y dan forma a la construcción de nosotros mismos, de nuestros cuerpos y la naturaleza. El llamado de Haraway es a emprender "la hábil tarea de reconstruir los límites de la vida cotidiana, en conexión parcial con otros [humanos, organismos y máquinas], en comunicación con todas nuestras partes" (1985: 100). Esto requiere nuevas imaginaciones y visiones de diferencias por parte de aquellos que se oponen a la dominación del hombre blanco, la norma universal contra la cual los demás deben medir sus logros.

La historización de la construcción de la naturaleza ha sido objeto de discusión por otros en diversas tradiciones. La dialéctica de Adorno y Benjamin de la naturaleza y la historia, de la historia naturalizada y de la naturaleza historizada mostró lo que era radicalmente nuevo en el industrialismo y la modernidad: la experiencia de la naturaleza como bien económico, es decir, una forma detenida de historia (en la medida en que refleja el desplazamiento de la naturaleza para convertirse en bien económico); el "velo" con que se cubrió la naturaleza por la ideología de la naturaleza como objeto de apropiación y lo que los autores mencionados consideraron como estado prehistórico y bárbaro de la historia moderna. Benjamin también anunció la posibilidad de trascender esta prehistoria (desde Marx) a través de una nueva dialéctica del ver, de producir nuevas configuraciones de la naturaleza y la historia que revelen las maneras en las cuales la naturaleza está inevitablemente inmersa en la historia, la actividad y vitalidad de la naturaleza misma, las formas en que los objetos naturales "no se someten dócilmente a los signos del lenguaje, sino que tienen la fuerza semántica para poner los signos en tela de juicio" (Buck-Morss 1990: 60).[20]

Como Haraway, Benjamin quisiera que uniéramos la capacidad tecnológica de producir con la capacidad utópica de soñar y viceversa; es decir, transformar las ruinas heredadas de la naturaleza histórica (como en las lecturas de Haraway de los discursos y artefactos modernos) y los fósiles de la historia naturalizada (el cuerpo como bien) para infundir nueva vida a la historia mítica (fetichista) y a la naturaleza mítica (las imágenes del ciberespacio a crear) a través de una dialéctica del sueño y el despertar. El lenguaje y la visión de Haraway son quizá más apropiados para nuestra época. También resaltan aspectos importantes para otras culturas, como la actividad de la naturaleza y la creencia de que la naturaleza es una co-construcción entre humanos y no humanos (incluyendo lo mítico y lo espiritual). Una diferencia clave es la separación de los humanos y la naturaleza presente en el trabajo de Haraway, aún si ella nos pide que veamos a la naturaleza como sujeto. Esto es un reflejo de las diferencias contextuales entre el Primer y el Tercer Mundo.

20 El parentesco entre los proyectos de Haraway y Benjamin nace de un libro de Susan Buck-Morss (1990) sobre Benjamin (especialmente los capítulos 3 y 5 y las páginas 205-215).

Los críticos de las nuevas tecnologías pintan a menudo un futuro nada prometedor. Pero tal vez el nacimiento de la cibercultura, como sociedad verdaderamente posindustrial y posmoderna, también supone cierta promesa cultural de configuraciones sociales más justas. Pero los obstáculos y riesgos al respecto son claros. El nuevo conocimiento y las configuraciones del poder se estrechan sobre la vida y el trabajo, particular en la biotecnología. Dichas prácticas quedan ejemplificadas tal vez en el proyecto del genoma humano, una iniciativa que intenta describir el genoma humano completo. La nueva genética "demostrará ser una fuerza para reformar la sociedad y la vida mucho mayor de lo que fue la revolución de la física, porque estará dispersa en el tejido social en el nivel micro a través de prácticas médicas y una variedad de otros discursos" (Rabinow 1992: 241). El nuevo régimen de biosocialidad, como lo ha llamado Paul Rabinow, implica que "la naturaleza será modelada sobre la cultura entendida como práctica. La naturaleza será conocida y reconstruida a través de la técnica y finalmente se volverá artificial, del mismo modo en que la cultura se vuelve natural" (pág. 241).

Esto podría llevar consigo la disolución de la sociedad moderna y de la división naturaleza/cultura. La genética, la inmunología y el ambientalismo "son los principales vehículos de la infiltración de la tecnociencia, el capitalismo y la cultura en lo que los modernos llaman 'naturaleza' (pág. 245). De acuerdo con Evelyn Fox Keller (1992), la nueva genética, además de volver a convocar el fantasma del determinismo biológico, señala el amanecer de una era en la cual la naturaleza y la cultura son radicalmente reconceptualizadas. La biología molecular proclama una nueva "maleabilidad de la naturaleza" como la clave para una mayor felicidad para la humanidad a través de la promesa de curar una gama de enfermedades genéticas, denominación esta, como lo anota correctamente Keller, discutible en muchos casos. El "derecho a genes saludables" podría convertirse el en grito de batalla de grupos de reformadores médicos que exigirán esquemas de examen más penetrantes que los que Foucault hiciera manifiestos en su estudio del nacimiento de la clínica (1975).

El significado de todo ello para el Tercer Mundo está todavía por analizarse, y debe comenzar con la invención de un nuevo lenguaje para hablar de estos temas desde una perspectiva propia. Con seguridad que el desarrollo sostenible no lo hará. Los llamados a "ponerse a la par" con Occidente en la producción de nuevas tecnologías también son inadecuados, con el peligro de que la dominación en este campo por el Primer Mundo lleve al Tercer Mundo hacia formas de dependencia aún mayores (Castells 1986). La proposición hipotética de que las naciones emergentes podrían saltarse la industrialización y desarrollar sociedades posindustriales basadas en la información y las tecnologías biológicas es atractiva pero tal vez, inalcanzable en este momento. En la medida en que se están construyendo nuevas prácticas sociales alrededor de las nuevas tecnologías, para el Tercer Mundo resulta crucial participar en las conversaciones globales que

tales prácticas generan; los grupos locales tienen que situarse en relación con los procesos de globalización simbólica y material de manera que les permitan superar su posición como actores subordinados en la escena global.

¿Qué conocimientos se necesitan para poner en marcha esta estrategia? El trabajo científico puede producir conocimiento que contribuya a las causas e intereses populares. Existen análisis que resultan útiles y a veces esenciales para los movimientos sociales. Algunos agroecólogos, por ejemplo, claman porque se consideren perspectivas múltiples, se establezca comunicación entre diversos grupos populares de todo el mundo, y se diseñen instituciones capaces de aceptar opciones y puntos de vista diferentes (Altieri 1987). Los propios movimientos sociales están proponiendo la aplicación de estos criterios al trabajo de los expertos. En el aspecto teórico, es necesario articular una economía política posestructuralista de la ecología y la biología. Esta necesidad va más allá de reconocer que la naturaleza se construye socialmente para insistir en el análisis discursivo de los esquemas de la economía política y la ciencia. Reitera la conexión y la evolución de cuerpos, organismos y comunidades con la construcción y la evolución de las narrativas sobre ellos. Como ya vimos, las dos formas del capital están ligadas a discursos conocidos. Desde esta perspectiva, no puede existir un análisis materialista que no sea al mismo tiempo un análisis discursivo.

Este capítulo ha mostrado el sistema de transformación del desarrollo. El desarrollo rural integrado, mujer y desarrollo, y el desarrollo sostenible exhiben rasgos que revelan sus orígenes en una práctica discursiva común. Esta "endoconsistencia" (Deleuze y Guattari 1993) de conceptos como el desarrollo se refiere a la sistematicidad de los conceptos, a pesar de la heterogeneidad de los elementos que residen en el espacio que crean. La repetida bifurcación del desarrollo, hacia discursos como los analizados en este capítulo, refleja la aparición de nuevos problemas, aunque el nuevo discurso exista en el mismo plano del concepto original, y contribuya así a su autoperpetuación y su autorreferenciación. Nada ha cambiado en realidad en el discurso, aunque quizá se hayan alterado las condiciones para su reproducción continua. El "desarrollo" continúa retumbando en el imaginario social de los Estados, las instituciones y las comunidades, quizá más tras la inclusión de las mujeres, los campesinos y la naturaleza en su repertorio y su geografía imaginarias.

Bajo el título "The Lesson that Rio Forgets", la portada de la edición de *The Economist* publicada una semana antes de la Cumbre de la Tierra (la Conferencia mundial de Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992) muestra una masa indiferenciada de personas de color, "las masas ingentes" del Tercer Mundo. La "lección" es demográfica: las crecientes masas del Tercer Mundo deben reducirse para lograr el desarrollo sostenible. El hecho de que los pueblos del mundo industrializado consuman un porcentaje mucho mayor de los recursos

mundiales que sus vecinos del Tercer Mundo no entra en la ecuación de *The Economist*. Por una curiosa distorsión óptica, el consumo de la gente del Norte se mantiene invisible, mientras que las hordas oscuras del Sur son devoradas por un nuevo *round de la visión glotona*.

En todo el mundo, las nuevas biotecnologías capitalizan aún más la naturaleza dándole valor a través de la investigación científica y el desarrollo. Hasta los genes humanos se vuelven parte de las condiciones de producción, un campo vital para la restructuración capitalista, y con ello, para la resistencia. La reinvención de la naturaleza hoy en marcha, efectuada por medio de la red de los significados y de la producción que liga los discursos de la ciencia y el capital, debe ser incorporada en una economía política de la ecología que sea apropiada para la nueva era cuyos albores presenciamos ya. Los movimientos sociales, los intelectuales y los activistas tienen la oportunidad de crear discursos en los cuales las problematizaciones de la alimentación, el género y la naturaleza no queden reducidas a otro problema más del desarrollo, a otro capítulo más en la historia de la cultura económica. Lejos de Bruntland, la imagen de la Tierra desde el espacio debería servir de base a visiones que nos permitan volver a despertar la conciencia de la vida y el vivir, volver a imaginar la relación entre sociedad y naturaleza, y volver a conectar la vida y el pensamiento en el nivel del mito.

# 6. Conclusión: Visualización de una era postdesarrollo

*No sabemos exactamente cuándo comenzamos a hablar de diferencia cultural. Pero en algún punto nos negamos a continuar construyendo una estrategia sobre un catálogo de "problemas" y "necesidades". El gobierno sigue apostando a la democracia y al desarrollo; nosotros respondemos enfatizando la autonomía y el derecho a ser quienes somos y a tener nuestro propio proyecto de vida. Reconocer la necesidad de ser diferente, construir una identidad, son tareas difíciles que exigen trabajo persistente en nuestras comunidades, tomando como punto de partida la heterogeneidad que les es propia. Sin embargo, el hecho de que no hayamos elaborado alternativas sociales y económicas nos hace vulnerables a la actual acometida del capital. Esta es una de nuestras tareas políticas más importantes actualmente: avanzar en la formulación e implementación de propuestas sociales y económicas alternativas.*

(Libia Grueso, Leyla Arroyo y Carlos Rosero,
Organización de Comunidades Negras del
Pacífico Colombiano, enero de 1994).

## Estadísticas (década de los ochenta)

Los países industrializados, con el 26% de la población, responden por el 78% de la producción mundial de bienes y servicios, el 81% del consumo de energía, el 70% de los fertilizantes químicos y el 87% del armamento mundial. Un habitante de Estados Unidos gasta tanta energía como siete mexicanos, 55 hindúes, 168 tanzanianos y 900 nepaleses. En muchos países del Tercer Mundo, los gastos militares superan el gasto en salud. El costo de un avión moderno de combate puede financiar 40 mil centros rurales de salud. En Brasil, el consumo del 20% rico es treinta y tres veces mayor que el del 20% más pobre de la población, y la brecha entre ricos y pobres sigue creciendo. El 47% de la producción mundial de cereales se usa para alimentar animales. La misma cantidad de grano podría alimentar a más de 2000 millones de personas.

En Brasil el área sembrada de soya podría alimentar a 40 millones de habitantes si se sembrara de maíz y fríjol. Los seis principales mercaderes mundiales de granos controlan el 90% de su comercio, mientras que solo durante la década de los ochenta varios millones de personas han muerto de hambre en la región de Sahel a consecuencia de hambrunas. La selva tropical húmeda suministra cerca del 42% de la biomasa vegetal y del oxígeno del planeta; 600 mil hectáreas de bosque se destruyen cada año en México, y otras 600 mil corren la misma suerte en Colombia. La cantidad de café que los países productores debieron exportar para obtener un barril de petróleo se duplicó entre 1975 y 1982. Los trabajadores de las industrias textil y electrónica del Tercer Mundo ganan hasta veinte veces menos que sus homólogos de Europa occidental, Estados Unidos o Japón, por hacer el mismo trabajo con similar productividad. Desde la crisis latinoamericana de la deuda externa en 1982, los deudores del Tercer Mundo han abonado a sus acreedores un promedio de US$ 30 mil millones más cada año de lo que han recibido en nuevos prestamos. En el mismo período, el alimento disponible para los pobres del Tercer Mundo ha disminuido en cerca del 30%. Un dato más: la gran mayoría de las más de 150 guerras sufridas por el mundo desde 1945 han tenido lugar en el Tercer Mundo, como reflejo de las confrontaciones entre las superpotencias. Incluso las que surgen desde el final de la guerra fría siguen reflejando los efectos de la lucha por el poder entre las naciones industrializadas.

Se podría seguir.[1] Las estadísticas cuentan historias. Son tecnorepresentaciones dotadas de complejas historias culturales y políticas. Dentro de las políticas de representación del Tercer Mundo, estadísticas de este tipo funcionan para arraigar el discurso del desarrollo, con frecuencia a pesar de la intención política de quienes las utilizan. Sin embargo, hacia el final de este libro, uno debería ser capaz de realizar una lectura diferente de estas cifras: no la lectura que reproduce la fábula de las poblaciones necesitadas de desarrollo y ayuda, ni la interpretación reduccionista de sus cifras en términos de necesidades urgentes que requieren la "liberación" a cualquier precio de los pobres de su sufrimiento y miseria. Tal vez ni siquiera la narrativa de la explotación del Sur por el Norte, en las formas en que esta historia se contaba hasta hace una década. Más bien, uno debería ser capaz de analizar el conteo en términos de consecuencias políticas, la manera en la que refleja la construcción de subjetividades, la formación de la cultura, y la construcción del poder social, incluyendo lo que las cifras revelan acerca de la plusvalía material y el consumo simbólico en aquellas partes del mundo que se consideran desarrolladas. Tampoco la lectura perversa, finalmente, del Fondo Monetario Internacional –al insistir en "medidas de austeridad" para el Tercer Mundo, como si la mayoría de la gente del Tercer Mundo hubiera conocido

1 La mayoría de las cifras provienen de Strahm (1986). Algunas son de fuentes del Banco Mundial. Con referencia a las estadísticas como tecnología política, véase a Urla (1993).

algo distinto de la austeridad material como hecho fundamental de su existencia cotidiana–, sino una conciencia renovada del sufrimiento de muchos, del hecho de que "el mundo moderno, incluyendo al Tercer Mundo modernizado, se erige sobre el sufrimiento y la opresión de millones" (Nandy 1989: 269).

## *El Tercer Mundo y la política de la representación*

"Hoy haremos algo que tocará su vida". Este lema de Union Carbide cobró irónico realismo después del escape de gas de diciembre de 1984 en Bhopal (India), que afectó a 200 mil personas y mató por lo menos a cinco mil. Bhopal no es solo un recordatorio de la conexión entre las alternativas y el poder de algunos y las oportunidades de otros, conexión firmemente establecida por la economía global con una apariencia fatal de normalidad. Como ha sugerido Visvanathan (1986), Bhopal también es una metáfora del desrrollo como desastre que exige olvidar las víctimas y sentencia que una comunidad que no logra desarrollarse es obsoleta. Toda una estructura de propaganda, censura y amnesia se orquestó para Bhopal desde la ciencia, el gobierno y las corporaciones que dieron paso al lenguaje de la compensación como única vía de expresión de la ira y la injusticia, y aún la compensación fue más que precaria. Si, como en las hambrunas sahelianas, los afectados no pueden adaptarse al lenguaje del mercado, de la salvación (por los *marines* norteamericanos o las tropas internacionales), y la esperanza cristiana semisecular, tanto peor para ellos. En estos casos, las miradas clínica, empresarial y militar aúnan esfuerzos para poner en marcha operaciones supuestamente benéficas e higiénicas para el bien de la Humanidad (con H mayúscula, la de Hombre moderno). Restore Hope, Desert Storm,[2] Panamá y Grenada son signos del llamado nuevo orden mundial.[3]

El discurso del desarrollo, como lo muestra este libro, ha sido el agente principal y más ubicuo de la política de la representación y de la identidad en gran parte de Asia, África y América Latina en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Asia, África y América Latina han presenciado una sucesión de regímenes de representación, originados en el colonialismo y la modernidad europea pero a menudo asimilados a proyectos nacionales en América Latina después de la independencia y en África y Asia después de la colonia, cada una con su régimen concomitante de violencia. Como lugares de encuentro y supresión de las culturas locales, de la mujer, la identidad y la historia, dichos

2 Nombres de campañas militares norteamericanas de los últimos años (N de la T).

3 En términos generales, "Los intentos de introducir al lenguaje de la liberación a aquellos que no lo hablan, como precondición para su calificación en lo que los modernos llaman liberación, es una farsa hasta de la normatividad del concepto moderno de liberación… Para los mortales inferiores, constantemente en peligro de 'ser liberados' por una minoría del mundo moderno, la resistencia y la disensión hacia las categorías impuestas por el lenguaje dominante es parte de la lucha por la supervivencia" (Nandy 1989: 269).

regímenes de representación son lugares de origen de la violencia (Rojas 1994). Como régimen de representación de este tipo, el desarrollo ha estado ligado a una economía de la producción y el deseo, pero también de las fronteras, la diferencia y la violencia. Con seguridad que esta violencia también es mimética y es fuente de autoformación. El terror y la violencia circulan y se convierten, ellos mismos, en espacios de producción cultural (Girard 1977; Taussig 1987). Pero la violencia modernizada introducida con el colonialismo y el desarrollo es en sí misma fuente de identidad. Desde la voluntad civilizadora del siglo XIX hasta hoy, la violencia ha sido engendrada a través de la representación.

La propia existencia del Tercer Mundo ha sido de hecho disputada, administrada y negociada alrededor de esta política de la representación. Como efecto de las prácticas discursivas del desarrollo, el Tercer Mundo es una realidad disputada cuyo estatus actual se encuentra bajo escrutinio y negociación. Para algunos, el Tercer Mundo "puede convertirse en símbolo de la responsabilidad intelectual planetaria… puede leerse como un texto de supervivencia" (Nandy 1989: 275). Luego del fallecimiento del Segundo Mundo, el Primer y el Tercer Mundo tienen que realinearse y hallar el espacio para ordenarse. Pero resulta evidente que el Tercer Mundo tiene que convertirse en el otro del Primero con más intensidad todavía.[4] "Para sobrevivir, el 'Tercer Mundo' ha de tener necesariamente connotaciones negativas *y* positivas: negativas al observarlo en un sistema de rango vertical… positivas al entenderlo sociopolíticamente como fuerza subversiva, 'no alineada'" (Trinh 1989: 97). El término continuará teniendo vigencia por algún tiempo, porque sigue siendo una construcción esencial para quienes están en el poder. Pero también puede ser objeto de reimaginaciones diferentes. "El Tercer Mundo es lo que mantiene vivas las posibilidades de ser rechazadas del Primer y el [anteriormente] Segundo Mundos… antes de avizorar la civilización global del futuro, debemos asumir la responsabilidad de crear un espacio al margen de la actual civilización global para una ecología política del conocimiento que sea plural y novedosa" (Nandy 1989: 273, 266).

Sin embargo, como lo veremos, el Tercer Mundo no debería considerarse de ninguna manera como un reservorio de "tradiciones". Los seres del Tercer Mundo son diversos y múltiples, incluyendo algunos que se vuelven cada vez más ilegibles respecto de cualquier lenguaje conocido de la modernidad, dada la creciente fragmentación, polarización, violencia y transformación que están apoderándose de diversos grupos sociales en varias regiones.[5] También es posible, incluso

4 Estoy hablando aquí básicamente del Tercer Mundo geográfico, o Sur, pero también del Tercer Mundo dentro del Primer Mundo. La conexión entre el Tercer Mundo adentro y afuera puede ser importante en términos de estructurar una política de las culturas en Occidente.

5 Tengo en mente, por ejemplo, la descomposición y el colapso profundos de las identidades y las prácticas sociales fomentadas por los dineros de la droga y la violencia relacionada con ella en naciones como Colombia y Perú, o las geografías sociales de muchas urbes del

probable, que otras identidades radicalmente reconstituidas emerjan de algunos de los espacios atravesados por las fuerzas y las tensiones más desarticuladoras. Pero es demasiado pronto para imaginar siquiera las formas de representación que tal proceso podría promover. Más bien, al presente parecemos prestar atención a formas de resistencia al desarrollo que son más claramente legibles, y a la reconstrucción de los órdenes culturales que podrían estar sucediendo en los grupos populares y los movimientos sociales.

Desde mediados y finales de los ochenta, por ejemplo, ha surgido un cuerpo de trabajo relativamente coherente que reivindica el rol de los movimientos de base, el conocimiento local y el poder popular en la transformación del desarrollo. Los representantes de esta corriente declaran no estar interesados en alternativas de desarrollo sino en alternativas al desarrollo, es decir, el rechazo del paradigma completo. A pesar de diferencias significativas, los miembros de este grupo comparten ciertas preocupaciones e intereses: interés en la cultura y el conocimiento locales; una mirada crítica a los discursos científicos establecidos; y la defensa y promoción de movimientos de base locales y pluralistas.[6] La importancia e impacto de tales movimientos está lejos de ser clara, aunque, para usar la expresión de Sheth (1987), proporciona un campo para la búsqueda del "desarrollo alternativo como práctica política". Mas allá, a pesar de y en contra del desarrollo: son metáforas que numerosos autores del Tercer Mundo y los movimientos de base utilizan para imaginar alternativas al desarrollo y "marginalizar la economía", otra metáfora que habla de estrategias para contener la economía occidental como sistema de producción, de poder y de significación.

Los movimientos de base que surgieron en oposición al desarrollo durante los ochenta pertenecen a formas novedosas de acción colectiva y movilización social que caracterizaron esa década. Algunos afirman que los movimientos de los ochenta cambiaron significativamente el carácter de la cultura y la práctica políticas (Laclau y Mouffe 1985; Escobar y Álvarez 1992). La resistencia al desarrollo fue una de las maneras en que los grupos del Tercer Mundo intentaron construir nuevas identidades. Lejos de los supuestos esencializantes de la teoría política anterior (por ejemplo, que la movilización se basaba en la clase, el género, o la etnia como categorías fijas), dichos procesos de construcción de identidad se hicieron más

---

Tercer Mundo, con sus sectores fortificados para los ricos, conectados al ciberespacio por una cantidad creciente de medios electrónicos, y sectores culturalmente erosionados y masivamente pauperizados para los pobres. Estas geografías sociales se parecen cada vez más a escenarios de ciencia ficción del tipo de *Blade Runner*.

6 Entre los miembros más visibles de este grupo están Ashis Nandy (1983, 1989); Vandana Shiva (1989); D.L. Shet (1987); Shiv Visvanathan (1986, 1991); Majid Rahnema (1988a, 1988b); Orlando Fals Borda (1984, 1988; Fals Borda y Rahman, 1991); Gustavo Esteva (1987); y Pramod Parajuli (1991). En Escobar (1992b) pueden encontrarse una bibliografía y un análisis más completo de estos autores.

modestos, móviles y flexibles, fundamentados en articulaciones tácticas surgidas de las condiciones y prácticas de la vida diaria. En la misma medida, tales luchas fueron fundamentalmente culturales. Algunas de sus formas y estilos de protesta continuarán durante los noventa.

Imaginarse el final del desarrollo como régimen de representación suscita todo tipo de interrogantes sociales, políticos y teóricos. Empecemos con el último aspecto recordando que el discurso no está constituido solo por palabras y que las palabras no son "viento, un susurro exterior, un batir de alas que uno tiene dificultad en oír en el asunto serio de la historia" (Foucault 1972: 209). El discurso no es la expresión del pensamiento. Es una práctica, con condiciones, reglas y transformaciones históricas. Analizar el desarrollo como discurso es "mostrar que hablar es hacer algo, algo distinto de expresar lo que uno piensa, mostrar que agregar una frase a una serie de frases preexistentes es ejecutar un gesto costoso y complicado" (1972: 209). En el Capítulo 5, por ejemplo, mostramos cómo las nuevas afirmaciones acerca de la mujer y la naturaleza son "gestos costosos" de este tipo, maneras de producir cambio sin transformar la naturaleza del discurso en su conjunto.

Para decirlo de otra manera, pensar en modificar el orden del discurso es una cuestión política que incorpora la práctica colectiva de actores sociales y la restructuración de las economías políticas de la verdad existentes.[7] En el caso del desarrollo, podría requerir apartarse de las ciencias del desarrollo en particular y hacer una crítica de los modos convencionales del saber occidental para dar cabida a otros tipos de conocimiento y experiencia. Esta transformación demanda no solo un cambio de ideas y lenguaje sino también la formación de núcleos a cuyo alrededor puedan converger nuevas formas de poder y conocimiento. Dichos núcleos pueden aparecer "en serie".[8] Los movimientos sociales y las luchas contra el desarrollo pueden contribuir a la formación de núcleos de relaciones sociales problematizadas en torno a las que pueden surgir novedosas

7 "Un cambio en el orden del discurso", escribió Foucault en la conclusión de La arqueología del saber, "no presupone 'nuevas ideas', un poco de invención y creatividad, una mentalidad diferente, sino transformaciones de una práctica, tal vez también de prácticas vecinas, y de su articulación común. No he negado –lejos de ello– la posibilidad de cambiar el discurso: he acabado con la soberanía del sujeto al derecho exclusivo e instantáneo a ella" (1972: 209).

8 "La sustitución de una formación por otra no ocurre necesariamente en el nivel de las afirmaciones más generales o más fácilmente formalizadas. Solo un método serial, como el que hoy usan los historiadores, nos permite construir una serie alrededor de un punto único y buscar otras series para prolongar el punto en direcciones diferentes sobre el nivel de otros puntos. Siempre hay un punto en el espacio o en el tiempo en que las series comienzan a separarse y se redistribuyen en un nuevo espacio, y es en este punto donde se presenta un corte… Y cuando aparece una formación nueva, con reglas y series nuevas, nunca ocurre de una sola vez, en una frase o acto de reacción únicos, sino que lo hace como una serie de 'módulos' con brechas, rastros y reactivaciones de los elementos anteriores que sobreviven bajo las reglas nuevas" (Deleuze 1988: 21).

producciones culturales. El principal requerimiento de una transformación más duradera en el orden del discurso es la ruptura de la organización básica del discurso (Capítulo 2), vale decir, la aparición de nuevas reglas para la formación de afirmaciones y visibilidades. Ello puede implicar o no nuevos objetos y conceptos; puede estar marcado por la reaparición de conceptos y prácticas hace tiempo descartadas (los nuevos fundamentalismos ilustran este punto); puede ser un proceso lento pero también puede ocurrir con relativa rapidez. Esta transformación dependerá también de cómo las nuevas situaciones históricas, como la división social del trabajo basadas en alta tecnología, alteren lo que pueda ser constituido en objeto de discurso, al igual que de la relación entre el desarrollo y otras instituciones y prácticas sociales, como el Estado, los partidos políticos y las ciencias sociales.

Los retos al desarrollo se multiplican, a menudo en relación dialéctica con los intentos fragmentarios de control inherentes a los regímenes posfordistas de representación y acumulación. El posfordismo conecta o desconecta selectivamente de la economía mundial a regiones y comunidades. A pesar de ser siempre parcial, la desconexión presenta con frecuencia oportunidades atractivas desde la perspectiva de los pobres. Algo de esto está pasando en las así llamadas economías informales del Tercer Mundo (esta denominación es un intento de la cultura económica por mantener su dominio sobre las realidades que existen o surgen en sus fronteras). A medida que las comunidades locales de Occidente y el Tercer Mundo luchan por su incorporación a la economía mundial, todavía tienen que desarrollar prácticas más creativas y autónomas que puedan resultar más conducentes a la renegociación de la clase, el género, y las relaciones étnicas en los niveles locales y regionales.

El proceso de deconstruir el desarrollo es, sin embargo, lento y doloroso, y no existen soluciones o recetas fáciles. Desde Occidente es mucho más difícil percibir que el desarrollo es al tiempo autodestructivo y que está siendo desmontado por la acción social, aunque continúe destruyendo a la gente y la naturaleza. La dialéctica tiende aquí a estimular otra ronda de soluciones, incluso concebida con categorías más radicales, culturales, ecológicas, político-económicas, y así sucesivamente. No será suficiente. La vacua defensa del desarrollo debe dejarse a los burócratas del aparato de desarrollo y a quienes lo apoyan, como los militares y (no todas) las corporaciones. Toca a los actores sociales críticos, sin embargo, asegurarnos de que la duración de los burócratas y expertos como productores y agentes de sus costosos gestos sea limitada. El desmonte del desarrollo significa inaugurar una discontinuidad con respecto a la práctica discursiva de los últimos cuarenta años, imaginando el día en que no podamos hablar o pensar en los términos que han llevado a cuarenta años de políticas y programas irresponsables. En algunos lugares del Tercer Mundo esta posibilidad puede ya ser (en algunas comunidades siempre lo ha sido) una realidad social.

## *Las culturas híbridas y el postdesarrollo en América Latina*

Se dice que durante los años ochenta los países latinoamericanos experimentaron las peores condiciones sociales y económicas desde la conquista. Pero los años ochenta también presenciaron formas sin precedentes de movilización colectiva e importantes renovaciones teóricas, en particular en los movimientos sociales y en el análisis de la modernidad y la posmodernidad. La especificidad de las contribuciones latinoamericanas a los análisis de la modernidad nace de dos fuentes principales: la heterogeneidad temporal y social de la modernidad latinoamericana, es decir, la coexistencia –en tiempo y espacio, a pesar de venir de diferentes temporalidades culturales– de formas premodernas, modernas, amodernas e incluso antimodernas, y la urgencia de las cuestiones sociales, junto con una relación relativamente estrecha entre la vida intelectual y la vida social. Esta base de la crítica intelectual se refleja en las formas y productos del análisis, en particular en las siguientes áreas: el enlace de los análisis de la cultura popular con las luchas políticas y sociales, por ejemplo en la bibliografía dedicada a los movimientos sociales; la disposición a asumir las cuestiones de justicia social y de la construcción de nuevos órdenes sociales desde la óptica de la posmodernidad; una teorización novedosa de lo político y su relación tanto con lo cultural como con la democratización de la vida social y económica; y la reformulación de la cuestión de la identidad cultural en modos no esencialistas y un gran interés por la relación entre estética y sociedad.

El punto de partida es una reinterpretación crítica de la modernidad Latinoamericana. En América Latina, "donde las tradiciones aún no se han ido y la modernidad no acaba de llegar", la gente no sabe si "modernizarnos debe ser nuestro objetivo principal según no cesan de decirnos los políticos, los economistas y la publicidad de nuevas tecnologías" (García Canclini 1990: 13). Ni marchando hacia la lamentable erradicación de todas las tradiciones ni avanzando triunfante hacia el progreso y la modernidad, Latinoamérica es caracterizada por un complejo proceso de hibridación cultural que abarca modernidades y tradiciones diversas y múltiples. Esta hibridación, reflejada en las culturas urbanas y campesinas compuestas de mezclas socioculturales difíciles de discernir, "determina la especificidad moderna de América Latina" (Calderón 1988: 11). En esta opinión, por ejemplo, las distinciones entre lo tradicional y lo moderno, lo rural y lo urbano, el arte culto, el masivo y popular pierde mucha de su nitidez y su importancia. Lo mismo pasa con la división intelectual del trabajo, de la antropología como ciencia de las tradiciones persistentes y de la sociología como estudio de la modernidad avasallante. La hipótesis que surge ya no es la de procesos generadores de modernidad que operan sustituyendo lo tradicional por lo moderno, sino la de una modernidad híbrida caracterizada por continuos intentos de renovación,

por parte de múltiples grupos que representan la heterogeneidad cultural de cada sector y cada país.[9]

Los informes de experiencias híbridas exitosas entre grupos populares se han vuelto numerosos. Ellos revelan el tráfico ineludible entre lo tradicional y lo moderno que dichos grupos tienen que practicar, así como la creciente importancia de los archivos visuales transnacionales para la lucha y el arte popular. El uso que hacen los kayapo de cámaras de vídeo y aviones para defender su cultura y sus tierras ancestrales en la selva brasileña ya es legendario. Los campesinos del norte del Perú también combinan, transforman y reinventan elementos ancestrales de la cultura campesina, la cultura urbana moderna y la cultura trasnacional en su proceso de organización política (Starn 1992). El estudio de una semiótica tan compleja de la protesta y del carácter híbrido e inventivo de la vida cotidiana popular plantea interrogantes difíciles a los antropólogos. La pregunta que surge es cómo entender las formas en que los actores culturales, productores culturales, intermediarios y público, transforman sus prácticas ante las contradicciones de la modernidad. Sobra decir que las inequidades en el acceso a las formas de producción cultural continúan, aunque ya no puedan confinarse dentro de los simples términos opuestos de la tradición y la modernidad, de los dominadores y los dominados.

El análisis en términos de culturas híbridas lleva a reconceptualizar numerosas opiniones de aceptación general. Más que verse eliminadas por el desarrollo, muchas "culturas tradicionales" sobreviven mediante su relación transformadora con la modernidad. Resulta más apropiado hablar de la cultura popular como un proceso de invención dirigido al presente que se realiza mediante hibridaciones complejas que penetran en todas las clases, etnias y fronteras nacionales. Además, los sectores populares rara vez intentan reproducir una tradición normalizada. Por el contrario, a menudo demuestran una apertura hacia la modernidad que a veces es crítica, a veces irreverente, e incluso humorística. No es raro que lo que parece práctica o arte genuino revele, en una inspección detallada, la acomodación de tipos de "autenticidad" que hace tiempo han dejado de ser fuente de creatividad cultural. Si continuamos hablando de tradición y modernidad es porque seguimos cayendo en la trampa de no decir nada nuevo,

---

9 Aunque existen diferencias significativas entre los autores estudiados en esta sección, todos ellos comparten temas y posiciones. El trabajo del Comité de Política Cultural de la Clacso (Consejo latinoamericano de ciencias sociales) ha sido clave en el avance de esta línea de investigación. El coordinador del grupo, Néstor García Canclini, ha producido el que es, quizás, el texto más importante al respecto, bajo el poético título de *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Muchos de estos debates se realizan en las revistas David y Goliath, publicada por el Clacso en Buenos Aires, y Nueva Sociedad, de Caracas. Véanse también García Canclini, ed. (1987); Bartra (1987); Calderón, ed. (1988); Quijano (1988, 1990); Lechner (1988); Sarlo (1991); y Britto García (1991); Yúdice, Franco y Flores, eds. (1992). Algunos de estos textos fueron revisados por Montaldo (1991).

porque el lenguaje no lo permite. El concepto de culturas híbridas ofrece una salida, así sea provisional, para la invención de nuevos lenguajes.[10]

Varias advertencias deben acompañar esta teorización de la cultura popular. Primero, no hay que imaginar que los procesos de hibridación desmontan necesariamente las ya viejas tradiciones de dominación. En muchos casos, el rigor de las condiciones de vida reduce la hibridación a adaptaciones mundanas a condiciones de mercado cada vez más opresivas. La reconversión económica sobredetermina reconversiones culturales que no son siempre felices. Sin embargo, paradójicamente, los grupos con mayor autonomía económica e "inserción" dentro del mercado tienen a veces mejores oportunidades de afirmar con éxito sus modos de vida que aquellos que se apegan a signos de identidad cuya fuerza social se ha visto muy disminuida por condiciones económicas adversas (García Canclini 1990). Lo esencial en estos casos –por ejemplo, en los casos de músicos y artesanos como de tejedores y alfareros que incorporan motivos transnacionales a diseños tradicionales– es el efecto mediador de los elementos nuevos entre lo nuevo y lo familiar, lo local y lo foráneo, cada vez más cercano. Esta hibridación cultural desemboca en realidades negociadas en contextos determinados por tradiciones, capitalismo y modernidad.

La segunda calificación es que el concepto de hibridación de ningún modo debería interpretarse como el agotamiento del imaginario, la cosmología y las tradiciones culturales míticas del Tercer Mundo. A pesar de la influencia omnipresente de las formas modernas, la amplia presencia de la magia y el mito en la vida social del Tercer Mundo es todavía muy significativa, como continúan evidenciándolo escritores y artistas. Como sugiere Taussig (1987), la vitalidad, la magia, la agudeza, el humor y las formas de ver no modernas que persisten entre los grupos populares pueden comprenderse mejor en términos de imágenes dialécticas producidas en contextos de conquista y dominación permanente. En lo cotidiano, estas prácticas populares pueden representar una fuerza contrahegemónica que se opone a los intentos instrumentalizadores y reaccionarios de la iglesia, el Estado y la ciencia moderna por domesticar la cultura popular. Estas prácticas se resisten al ordenamiento narrativo, oscilando entre épocas históricas, lo individual y lo colectivo, la alienación y la inmersión en lo mágico.[11]

---

10 Teorizaciones relacionadas de la cultura popular han aparecido en Estados Unidos y Europa, principalmente en estudios culturales. Véanse especialmente los trabajos de de Certeau (1984), Fiske (1989a, 1989b), Willis (1990) y Angus y Jhally, eds. (1989).

11 García Márquez apunta que todo lo que ha escrito es estrictamente real. "La vida diaria en América Latina nos muestra que la realidad está llena de cosas extraordinarias… Basta con mirar los periódicos para darse cuenta de que siempre están ocurriendo eventos extraordinarios" (1982: 36). Neruda hablaba de México como el último país mágico, lo cual puede aplicarse a muchos lugares del Tercer Mundo.

Lo anterior también significa que los cruces culturales "frecuentemente incluyen una restructuración radical de los lazos entre lo tradicional y lo moderno, lo popular y lo culto, lo local y lo foráneo… Lo moderno explota y se combina con lo que no lo es, se cuestiona y afirma al tiempo" (García Canclini 1990: 223, 331). Podemos estar seguros de algo: la noción de culturas híbridas, como podría sugerirlo una interpretación biológica, no implica la creencia en rasgos puros de la tradición y la modernidad que se combinan para crear un híbrido con esencia nueva; ni se refiere tampoco a la combinación discrecional de elementos de la tradición y la modernidad, o a una "claudicación" de lo tradicional frente a lo moderno. La hibridación implica una (re)creación cultural que puede o no ser (re)inscrita en constelaciones hegemónicas. Las hibridaciones no pueden elogiarse en sí mismas, con seguridad; sin embargo, podrían proporcionar oportunidades de mantener y resolver las diferencias culturales en cuanto hecho social y político. Al efectuar transformaciones en las estrategias normales de la modernidad, contribuyen a la producción de subjetividades diferentes.

Más que la metáfora biológica, las culturas híbridas generan lo que Trinh T. Min-ha denomina la condición compuesta. Dicha condición, escribe la autora, "no se limita a una dualidad entre dos herencias culturales…. requiere cierta libertad para modificar, asimilar y volver a asimilar sin caer en la trampa de la imitación" (1991: 159, 161). Se trata de una "realidad transcultural entre mundos" que requiere viajar a la vez hacia atrás –en la herencia cultural, en uno mismo, en el grupo social al que se pertenece– y hacia adelante, traspasando los límites sociales hasta llegar a los elementos progresivos de otras formaciones culturales. Nuevamente, es necesario señalar que no hay nada aquí que hable en abstracto de "preservar la tradición". Las culturas híbridas no se refieren a identidades fijas, aunque implican un desplazamiento entre algo que podría tomarse como una presencia constante y duradera (las prácticas culturales existentes) y un elemento que se toma como transitorio, nuevo o en trance de ingresar (un elemento transnacional, por ejemplo). También hay que señalar que de ninguna manera podemos considerar que todo lo que ocurre en el Tercer Mundo es una cultura híbrida, en los términos que acabo de definir. De igual manera, el carácter progresista (o conservador) de las hibridaciones específicas no está dado de antemano; depende de las articulaciones que puedan establecerse con otras luchas y discursos sociales. La labor de la investigación crítica es precisamente aprender a observar y reconocer diferencias culturales híbridas políticamente importantes. Más adelante volveré sobre este punto.[12]

A diferencia de las principales tendencias analíticas de Occidente, la antropología de la modernidad en términos de culturas híbridas no intenta brindar una solución a la filosofía del sujeto y al problema de la razón centrada en el sujeto

12 Algunos de estos puntos me fueron clarificados en discusiones sostenidas con Trinh T. Min-ha y Rey Chow en seminarios realizados en Northampton, Massachusetts, entre el 20 y el 22 de enero de 1993, evento organizado por el programa de estudios de la mujer de Smith College.

–como definiera Habermas (1987) el proyecto de los discursos críticos sobre la modernidad desde Nietzsche hasta Heidegger, Derrida, Bataille y Foucault– ni un replanteamiento de la Ilustración, como en el caso de Touraine (1988) y Giddens (1990), o en el caso del proyecto del propio Habermas sobre la razón comunicativa. En el análisis de Habermas, el Tercer Mundo no tiene lugar, porque tarde o temprano se verá transformado por completo por las presiones de la reflexividad, el universalismo y la individuación que definen la modernidad; y porque tarde o temprano su "mundo-vida" quedará completamente racionalizado y sus "núcleos tradicionales" se "reducirán a elementos abstractos" (1987: 344) luego de ser articulados y estabilizados completamente por los discursos modernos. En el Tercer Mundo, la modernidad no es "un proyecto inconcluso de Ilustración". El desarrollo constituye un intento postrero y fallido de completar la Ilustración en Asia, África y América Latina.[13]

La antropología latinoamericana de la modernidad retoma la cuestión de la reconstitución de los órdenes sociales mediante la práctica política colectiva. Para algunos, este proceso debe basarse en la creencia de que los latinoamericanos "debemos dejar de ser lo que no hemos sido, lo que nunca seremos, y lo que no tenemos que ser", es decir, estrictamente modernos (Quijano 1990: 37). Frente al deterioro de las condiciones materiales de la mayoría de la población y la creciente hegemonía del neoliberalismo económico y tecnocrático como nuevo dogma de modernidad en el continente, el llamado a resistir la modernización pero reconociendo las culturas híbridas que acogen ciertas formas modernas parece utópico. De hecho, existe un contenido utópico en esta propuesta, pero no sin una teoría de la historia que podría hacerlo posible. Este sentido histórico incluye una teoría cultural que confronta la lógica del capital y la razón instrumental.[14]

---

13 *El tour de force* de Habermas (1987) muestra las deficiencias de los varios intentos desde Nietzsche por superar el concepto de razón centrado en el sujeto, apoyándose en la razón misma. Habermas realiza esta crítica para preparar el terreno para su propio intento de superación de la problemática moderna de la razón (acción comunicativa), intento probablemente no menos fallido en términos de los criterios que él mismo aplica a los otros filósofos. Una nota rápida acerca del análisis hecho por Habermas de Foucault (1987, capítulos 9 y 10): aunque Habermas tiene razón al decir que Foucault no alcanza a brindar un análisis completamente claro de la genealogía de lo social, la noción de Foucault de las "problematizaciones de la verdad" (1986) (juegos de verdad y poder) como fuente de configuraciones específicas de la vida social no implica situar al poder como un trascendental que llega desde un lugar indefinido, como Habermas se lo atribuye a Foucault. La noción de un "campo de discursividad" de Laclau y Mouffe (1985) del cual emerge toda realidad social a través de articulaciones –derivada de una reformulación de Foucault sobre las formaciones discursivas– y la interpretación que hizo Deleuze sobre Foucault en términos de conceptos matemáticos como estratos, doblamientos, topología, y lo externo también dan una idea sobre las fuentes del poder.

14 "Utopía es lo que conecta la filosofía con su época… es con la utopía como la filosofía se vuelve política, llevando hasta sus extremos la crítica de la época" (Deleuze y Guattari 1993: 101).

Resulta claro que la brecha tecnológica entre los países ricos y los países pobres está creciendo con la restructuración económica de los años ochenta y el advenimiento de la cibercultura. ¿Debería interpretarse este fenómeno como "otra dependencia"? (Castells y Laserna 1989). ¿La alternativa realmente es entre la renegociación dinámica de la dependencia, que permita que América Latina acceda a la producción de algunas tecnologías nuevas, o la de su mayor marginalización de la economía mundial con la descomposición de sus estructuras económicas y sociales? (Castells 1986; Castells y Laserna 1989). Si es verdad, como lo afirman Castells y Laserna, que el Tercer Mundo está sometido cada vez más a tipos de integración económica cada vez más ligados a mayor desintegración social; que regiones enteras del Tercer Mundo están en peligro (¿es necesariamente un peligro?) de volverse irrelevantes por completo para la economía mundial (marginadas de sus beneficios a pesar de estar integradas a sus efectos); que, por último, todo este estado de cosas parece llevar cierta "perversión sociocultural" y desarticulación política; si, en resumen, todos estos procesos están ocurriendo, ¿puede aceptarse, de acuerdo con los mencionados autores, que la respuesta debería ser "una política capaz de articular la reforma social con la modernización tecnológica en el contexto de la democracia y la participación competitiva en la economía mundial?" (1989: 16). ¿O existen otras perspectivas viables, otras maneras de participar en las conversaciones que están remodelando al mundo?

## *La etnografía, los estudios culturales y la cuestión de las alternativas*

Uno de los interrogantes más comúnes que se plantean sobre un estudio como éste es su posible contribución a la formulación de alternativas. Ya debería ser claro que no existen grandes alternativas que puedan aplicarse a todos los lugares y todas las situaciones. Pensar en alternativas bajo la modalidad del desarrollo sostenible, por ejemplo, es ubicarse dentro del mismo modelo de pensamiento que produjo el desarrollo y lo sostuvo. Debemos resistirnos al deseo de formular alternativas en el nivel macro y abstracto. También debemos resistirnos a la idea de que la articulación de alternativas tendrá lugar en círculos intelectuales y académicos, sin querer decir con ello que el conocimiento académico no desempeñe un papel en la política del pensamiento alternativo. De hecho, como lo veremos lo tiene.

¿Dónde se halla entonces "lo alternativo"? ¿Qué instancias debemos interrogar acerca de su relación con posibles prácticas alternativas? Una primera aproximación a estos interrogantes es la de buscar prácticas alternativas en las formas de resistencia de los grupos de base a las intervenciones dominantes. Este fue el enfoque predominante en la búsqueda de alternativas durante los años ochenta, tanto en la antropología como en los análisis críticos del desarrollo, aunque la relación entre la resistencia y las alternativas no estuviera

totalmente articulada como tal. Un enfoque diferente, tal vez complementario, puede entreverse en las etnografías analizadas al final de Capítulo 2, que buscaban investigar las formas concretas asumidas por los conceptos y las prácticas del desarrollo y la modernidad en comunidades específicas. Este tipo de investigación podría tomarse como punto de partida para investigar alternativas desde perspectivas antropológicas. En otras palabras, las etnografías sobre la circulación de los discursos y prácticas del desarrollo y la modernidad nos brindan, quizá por primera vez , una visión de la situación en que se encuentran culturalmente estas comunidades en relación con el desarrollo. Esta visión puede tomarse como base para cuestionar las prácticas vigentes en términos de su rol potencial en la articulación de alternativas. Las nociones de modelos y comunidades de modeladores (Capítulo 3) constituyen maneras de adelantar dicha estrategia de investigación.

Dicho en otra forma, la naturaleza de las alternativas como problema de investigación y práctica social puede vislumbrarse mejor desde sus manifestaciones específicas en lugares concretos. En cierto sentido, "lo alternativo" siempre está allí. Desde esta perspectiva, no existe excedente de significado en el nivel local; existen significados que deben interpretarse mediante sentidos, herramientas y teorías nuevas. La deconstrucción del desarrollo, aunada a las etnografías locales que acabo de mencionar, pueden ser elementos claves para un nuevo tipo de visibilidad y audibilidad de las formas de la diferencia y la hibridación cultural que los investigadores no han percibido hasta ahora. Los subalternos sí hablan, aunque la audibilidad de sus voces en los círculos que en "Occidente" discuten y teorizan es tenue, por decir lo menos. Está también la cuestión de la traducibilidad en términos teóricos y prácticos de lo que se alcanza a leer, oír, oler, sentir o intuir en ambientes del Tercer Mundo. Este proceso de traducción tiene que oscilar entre propuestas concretas basadas en las diferencias culturales existentes –con el propósito de fortalecer las diferencias insertándolas en estrategias políticas y experimentos socioeconómicos autodefinidos y autodirigidos– y la apertura de espacios para desestabilizar los modos dominantes del saber, de manera que se disminuya la necesidad de las formas más violentas de traducción. En otras palabras, el proceso debe encarar el reto de ver la teoría como un conjunto de formas de conocimiento en disputa, originadas en diversas matrices culturales, y simultáneamente lograr que dicha teoría fomente intervenciones concretas por parte de los grupos en cuestión.[15]

---

15 Esta es una cuestión difícil, que oscila entre el intervencionismo irreflexivo basado en la creencia de que uno puede "liberar" a otros, de un lado, y de otro el hecho de ignorar totalmente el rol del trabajo intelectual en la vida social. Existe también el peligro, como lo señala Bell Hooks, de que "los estudios culturales se conviertan fácilmente en espacio para los informantes". Para Hooks, solo un intercambio significativo entre el crítico y la gente sobre quien escribe "asegurará que [los estudios culturales] sean un espacio que permita la intervención crítica" (pág. 9).

La crisis de los regímenes de representación del Tercer Mundo exige así nuevas teorías y estrategias de investigación. La crisis es un momento conyuntural en la reconstrucción del nexo entre verdad y realidad, entre palabras y cosas, que demanda nuevas prácticas del ver, el saber y el ser. La etnografía no es en modo alguno el único método de perseguir este propósito; pero dada la necesidad de deshacer y desaprender el desarrollo, y si reconocemos que los elementos cruciales para la búsqueda de alternativas no se encontrarán en los círculos académicos, críticos o convencionales, o en las oficinas de instituciones como el Banco Mundial sino en una nueva interpretación de las prácticas populares y en la reapropiación del espacio de la producción sociocultural por parte de actores populares, entonces tenemos que aceptar por lo menos que la tarea de conceptualizar alternativas debe incluir un contacto significativo con aquellos cuyas "alternativas" deben ser investigadas. Se trata de una posibilidad coyuntural que la investigación etnográfica podría llevar a cabo, con independencia de la disciplina que la oriente.

¿Puede el proyecto de estudios culturales como práctica política contribuir a este proyecto imaginativo? Si es cierto, como propone Stuart Hall, que "los movimientos provocan momentos teóricos" (1992: 283), resulta evidente que el movimiento para re-imaginar el Tercer Mundo no ha generado el momento intelectual ni la intención política necesarios para que surja su propio momento teórico. Este momento, además, debe construirse no simplemente como momento perteneciente al Tercer Mundo sino como momento global, el momento de las ciberculturas y la reconstrucción híbrida de los órdenes tradicionales y modernos, el momento de los ámbitos posmoderno y poshumanista (verdaderamente) posibles. El Tercer Mundo puede hacer contribuciones únicas a dichos modelos y esfuerzos intelectuales y políticos, en la medida en que sus culturas híbridas o "formas de ser rechazadas" puedan brindar una perspectiva vital y un sentido de dirección diferentes a las tendencias de la cibercultura que hoy dominan en el Primer Mundo (Escobar 1994). El proyecto cambiante de estudios culturales, su "cierre arbitrario", para usar la expresión de Hall, debe comenzar a tener en cuenta los diversos intentos que existen para re-imaginar el Tercer Mundo.

Algo de esto ya está ocurriendo. Las críticas del desarrollo producidas en el Tercer Mundo comienzan a circular en Occidente. Este aspecto amerita alguna atención, porque genera otros interrogantes importantes, comenzando con el de "Qué es Occidente". Como escribe Ashis Nandy, "Occidente está ahora en todas partes, dentro y fuera de Occidente: en las estructuras y en las mentes" (1983: xii). A veces hay reticencia para reconocer este hecho en algunos autores del Tercer Mundo que convocan al desmantelamiento del desarrollo, es decir, aquellos que siguen viendo tradiciones fuertes y resistencia radical en lugares donde también están sucediendo otras cosas. Pero también hay resistencia en las audiencias académicas del Primer Mundo –especialmente en las audiencias progresistas que quieren reconocer el protagonismo de la gente del Tercer Mundo– para

pensar en cómo se apropian y "consumen" voces del Tercer Mundo para sus propias necesidades, ya sea para brindar la diferencia esperada, renovar su esperanza o articular sus proyectos políticos.

Si bien es cierto que los intelectuales del Tercer Mundo que van a Occidente debe colocarse autoconscientemente *vis-à-vis* tanto de sus audiencias del Tercer Mundo como de las del Primer Mundo, esto es, respecto de las funciones políticas que asumen, las audiencias europeas y norteamericanas deben ser más autocríticas respecto a sus prácticas de interpretación de las voces del Tercer Mundo. Como sugiere Lata Mani (1989), todos debemos ser más reflexivos respecto de los modos de saber que se intensifican debido a nuestra ubicación particular (véase también Chow 1992). Esto es doblemente importante porque ya no se trata solo de que la teoría se produzca en un lugar y se aplique en otro. En el mundo posfordista, los teóricos y las teorías viajan por terrenos discontinuos (Clifford 1989), aunque, como lo ha mostrado este libro, existen centros dominantes identificables de producción de conocimientos. Pero aun dichos conocimientos están lejos de aplicarse sin modificaciones, asimilaciones y subversiones sustanciales. Si buscáramos una imagen que describiera la producción actual de conocimiento del desarrollo, no utilizaríamos la de centros y periferias epistemológicas, sino la de una red descentralizada de nodos a través de los cuales los teóricos y las teorías mueven, confrontan, comparten y cuestionan el espacio epistemológico.

En el fondo de la investigación de alternativas yace el hecho claro de la diferencia cultural. Las diferencias culturales encarnan –para bien o para mal, cuestión importante para las políticas de investigación e intervención– posibilidades de transformar las políticas de representación, es decir, de transformación de la vida social misma. De las situaciones culturales híbridas o minoritarias pueden surgir otras formas de construir la economía, de asumir las necesidades básicas, de conformarse como grupos sociales. La mayor promesa política de las culturas minoritarias es su potencial para resistir y subvertir los axiomas del capitalismo y la modernidad en su forma hegemónica.[16] Por esta razón la diferencia cultural es uno de los factores políticos claves de nuestros tiempos. Estando la diferencia cultural también en las raíces del postdesarrollo, ello convierte la reconceptualización de lo que está pasando con el Tercer Mundo en una labor decisiva. El desmantelamiento

---

16 "La respuesta de los Estados, o de la axiomática, puede ser obviamente conceder a las minorías autonomía regional, federal o estatutaria, es decir, agregar axiomas. Pero ese no es el problema: dicha operación consiste solamente en interpretar a las minorías como conjuntos o subconjuntos enumerables, para que entren como elementos de la mayoría, y poder contarlos como parte de ella… Lo propio de la minoría es afirmar el poder de lo innumerable, aunque la minoría esté compuesta por un solo miembro. Esta es la fórmula de las multiplicidades" (Deleuze y Guattari 1987: 470).

del Tercer Mundo, como reto al modelo histórico occidental en el que parece estar cautivo todo el planeta, está en juego.

A pesar de su flexibilidad y sus contradicciones, es evidente que el capital y las nuevas tecnologías no conducen a la defensa de las subjetividades minoritarias, entendiendo aquí la minoría no solo como etnicidad sino en relación con su oposición a la axiomática del capitalismo y la modernidad. Pero al mismo tiempo todo parece indicar, que el resurgimiento y hasta la reconstitución de subjetividades marcadas por tradiciones múltiples son una posibilidad real. La codificación informática de subjetividades en los "etno-espacios" globales no logra borrar totalmente la singularidad y la diferencia. De hecho, descansa cada vez más sobre la producción tanto de homogeneidad como de diferencia. Pero la dispersión de las formas sociales producida por la des-territorialización de la economía de la información dificulta las formas modernas de control. Ello podría brindar oportunidades inesperadas para que los grupos marginales construyan prácticas y visiones innovadoras. Al mismo tiempo, debe reconocerse que esta dispersión ocurre a expensas de las condiciones de vida de un vasto número de personas del Tercer Mundo y, cada vez más de Occidente mismo. Esta situación debe enfrentarse en muchos niveles: económicos, culturales, ecológicos y políticos.[17]

Grupos populares de muchas partes del Tercer Mundo parecen ser cada vez más conscientes de estos dilemas. Atrapados entre las estrategias convencionales de desarrollo que se niegan a morir, y la apertura de espacios en los albores del capital ecológico y de los discursos de pluralismo cultural, biodiversidad y etnicidad, algunos de ellos responden tratando de crear visiones novedosas de sí mismos y de su mundo circundante. Urgidos por la necesidad de presentar alternativas –a menos que sean devorados por una nueva ronda de desarrollo convencional, avaricia capitalista y violencia– sus estrategias de organización comienzan a girar más y más en torno a dos principios: la defensa de la diferencia cultural, como fuerza transformadora y transformada, no estática, y la valoración de necesidades y oportunidades económicas en términos que no sean solamente los de la ganancia y el mercado. La defensa de lo local como prerrequisito para articular-se con lo global, la crítica de la propia situación, valores y prácticas de grupo como manera de clarificar y fortalecer la identidad, la oposición al desarrollo modernizante, y la formulación de visiones y propuestas concretas en el contexto de las restricciones

17 Una discusión de algunas de estas cuestiones aparece en los visionarios artículos escritos por Félix Guattari en sus últimos meses de vida. En ellos, Guattari introdujo la noción de ecosofía, una perspectiva ético-política de la diversidad y la alteridad que exige transformaciones sociales, científicas, psicológicas, ecológicas y económicas. El autor habla de la necesidad de "construir nuevas tierras trasculturales, transnacionales, y transversalistas, y valorar los universos liberados de la seducción del poder territorializado" como única forma de superar la problemática planetaria actual (193: 208).

vigentes parecen ser los elementos principales para la construcción colectiva de alternativas que dichos grupos están buscando.[18]

El postdesarrollo y la cibercultura se convierten de este modo en procesos paralelos e interrelacionados en la política de las culturas de finales del siglo XX. Porque lo que espera tanto al Primero como al Tercer Mundo, para quizá trascender finalmente la diferencia, es la posibilidad de aprender a ser humanos en ámbitos poshumanistas (poshumanos y posmodernos). Pero no debemos olvidar que en muchos lugares existen mundos que el desarrollo, todavía hoy y en este instante, se empecina en destruir.

---

18 Tengo en mente, por ejemplo, la organización de las comunidades negras en la costa pacífica colombiana. Estas comunidades están enfrentadas a crecientes fuerzas destructivas para su cultura y para el bosque tropical en que viven. Su movimiento social se articula en relación con varios procesos que incluyen: grandes planes estatales de "desarrollo sostenible"; proyectos para la conservación de la casi legendaria biodiversidad de la región; presiones capitalistas por el control de la tierra; la integración del país en las economías de la Cuenca del Pacífico; y la apertura política en defensa de los derechos, los territorios y las culturas de las minorías.

# Referencias citadas


Acosta, Alberto.

2010 *El Buen Vivir en el camino del post-desarrollo. Una lectura desde la Constitución de Montecristi*. Quito: Fundación Friedrich Eber, FES-ILDIS

2009 'El Buen Vivir, una oportunidad por Construir'. *Ecuador Debate*, no. 75, pp. 33-48.

Acosta, Alberto y Esperanza Martínez (eds.)

2009a *El buen vivir. Una via para el desarrollo*. Quito: Abya-Yala.

Acosta, Alberto y Esperanza Martínez (eds.).

2009b *Plurinacionalidad. Democracia en la diversidad*. Quito: Abya-Yala.

Acosta, Alberto y Esperanza Martínez (eds.).

2009 *Derechos de la naturaleza. El futuro es ahora*. Quito: Abya-Yala.

Adas, Michael.

1989 *Machines as the Measure of Men*. Ithaca: Cornell University Press.

Adelman, Irma y Cynthia Taft Morris.

1973 *Economic Growth and Social Equity in Developing Countries*. Stanford: Stanford University Press.

Alatas, Syed Hussein.

1977 *The Myth of the Lazy Native*. Londres: Frank Cass.

Aldcroft, Derek.

1977 *From Versailles to Wall Street*. 1919-1929. Berkeley: University of California Press.

Almeida, Silvio.

1975 Analysis of Traditional Strategies to Combat World Hunger y their Results. *International Journal of Health Services*. 5 (1): 121-141.

Alonso, Ana María.

1992 "Gender, Power, and Historical Memory. Discourses of Serrano Resistance". En: Judith Butler y Joan Scott (ed.), *Feminists Theorize the Political*, pp 404-425. Boulder: Westview Press.

Altieri, Miguel.

1987 *Agroecology. The Scientific Basis of Alternative Agriculture*. Boulder: Westview Press.

Amin, Samir.

1976 *Unequal Development*. Londres: Monthly Review Press.

1985 *Delinking*. Londres: Zed Books.

1990 *Maldevelopment*. Londres: Zed Books.

Anderson, M.A. y T. Grewald.
1976 *Nutrition Planning in the Developing World*. Bogotá: Programas Editoriales.
Andolina, Robert, Nina Laurie y Sarah Radcliffe (eds.).
2009 *Indigenous Development in the Andes*. Durham: Duke University Press.
Angus, Ian y Sut Jhally.
1989 *Cultural Politics in Contemporary America*. Nueva York: Routledge.
Anzaldúa, Gloria.
1990 *Making Face. Making Soul. Haciendo Caras*. San Francisco: Aunt Lute Foundation.
Apffel-Marglin, Frédérique
1992 Women's Blood. Challenging the Discourse of Development. *The Ecologist*. 22 (1): 22-32.
Apffel-Marglin, Frédérique y Stephen Marglin.
1990 *Dominating Knowledge. Development. Culture and Resistance*. Oxford: Clarendon Press.
1994 *Decolonizing Knowledge. From Development to Dialogue*. Oxford: Clarendon Press.
Appadurai, Arjun.
1991 "Global Ethnoscapes. Notes and Queries for a Transnational Anthropology". En: Richard Fox (ed.), *Recapturing Anthropology. Working in the Present*, pp 191-210. Santa Fe: School of American Research.
Apthorpe, Raymond.
1984 "Agriculture and Strategies. The Language of Development Policy". En: Edward Clay y Bernard Shaffer (ed.), *Room for Manoeuvre*, pp 127-141. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press.
Aranda. J y L. Sáenz.
1981 *El proceso de planificación de alimentación y nutrición*. Guatemala: Incap.
Arango, Mariano *et al*.
1987 *Economía campesina y políticas agrarias en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
Arango, Yolanda.
1979 Reflexiones sobre la atención primaria en salud. *Educación médica en salud*. 13 (4): 341-349.
Arce, Alberto y Norman Long (eds.).
2000 *Anthropology, Development, and Modernities*. Londres: Routledge.
Archila, Mauricio.
1980 Los movimientos sociales entre 1920 y 1924. Una aproximación metodológica. *Cuadernos de filosofía y letras*. 3 (3): 181-230.
Arizpe, Lourdes.
1983 Las campesinas y el silencio. *FEM* 8 (29): 3-6
Arndt, H. W.
1978 *The Rise and Fall of Economic Growth*. Chicago: The University of Chicago Press.

1981 Economic Development. A Semantic History. *Economic Development and Cultural Change*. 29 (3):457-466.

Arrubla, Mario.

1976 *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Colcultura.

Asad, Talal.

1973 "Introduction". En: Talal Asad (ed.), *Anthropology and the Colonial Encounter*, pp 9-20. Atlantic Highlands: Humanities Press.

Asher, Kiran.

2009 *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*. Durham: Duke University Press.

Austin, James.

1981 *Nutrition Intervention in Developing Countries. An Overview*. Cambridge ma Oelgeschlager: Gunn y Hain Publishers.

Austin, James y Gustavo Esteva.

1987 *Food Policy in Mexico*. Ithaca: Cornell University Press.

Bacon, Robert.

1916 *For Better Relations with Our Latin American Neighbors*. Washington D.C: Carnegie Endowment for Peace.

Banco de la República de Colombia.

1979 *Colombia en el grupo de consulta* 1979. Bogotá: Banco de la República.

Banuri, Tariq.

1990 "Development and the Politics of Knowledge. A Critical Interpretation of the Social Role of Modernization". En: Frédérique Apffel-Marglin y Stephen Marglin (eds.), *Dominating Knowledge. Development. Culture and Resistance*, pp 29-73. Oxford: Clarendon Press.

Baran, Paul.

1957 *The Political Economy of Growth*. Nueva York: Monthly Review Press.

1958 "On the Political Economy of Backwardness". En: A.N. Agarwala y S.P. Singh (eds.), *The Economics of Underdevelopment*, pp 75-91. Bombay: Oxford University Press.

Barroso, Carmen y Cristina Bruschini.

1991 "Building Politics from Personal Lives. Discussions on Sexuality among Poor Women in Brazil". En: Chandra Mohanty (ed.), *Third World Women and the Politics of Feminism, pp* 153-172. Bloomington: Indiana University Press.

Bartra, Roger.

1987 *La jaula de la melancolía*. México D.F: Grijalbo.

Basadre, Jorge

1967/ [1949]. "Latin American Courses in the United States". En: Howard Cline (ed.), *Latin American History. Essays on Its Study and Teaching* 1895-1965, pp 413-459. Austin: University of Texas Press.

Bataille, Georges.

1991 *The Accursed Share*. Nueva York: Zone Books.

Baudrillard, Jean.
1975 *The Mirror of Production*. St. Louis: Telos Press.
Bauer, Peter.
1984 *Reality and Rhetoric. Studies in the Economics of Development*. Cambridge: Harvard University Press.
Bauer, Peter y Basil Yamey.
1957 *The Economics of Underdeveloped Countries*. Chicago: University of Chicago Press.
Bebbington, Anthony.
2004 NGOs and Uneven Development: Geographies of Development Intervention. *Progress in Human Geography* 28(6): 725-745.
Behar, Ruth.
1990 Rage and Redemption. Reading the Life Story of a Mexican Marketing Woman. *Feminist Studies*.16 (2): 223-258.
Bejarano, Jesús Antonio.
1979 *El régimen agrario: de la economía exportadora a la economía industrial*. Bogotá: Editorial La Carreta.
1985 *Economía y poder*. Bogotá: Fondo Editorial Cerec.
1987 "La economía campesina como una opción de desarrollo". En: Jorge Bustamante (ed.), *Seminario internacional de economía campesina y pobreza rural*, pp 60-65. Bogotá: Fondo DRI.
Bell, Daniel e Irving Kristol.
1981 *The Crisis in Economic Theory*. Nueva York: Harper Colophon Books.
Bellamy Foster, John y Fred Magdoff.
2008 Financial Implosion and Stagnation: Back to the real Economy. *Monthly Review* 60(7): 1-29.
Benería, Lourdes.
1982 *Women and Development. The Sexual Division of Labor in Rural Societies*. Nueva York: Praeger/ILO.
1992 "The Mexican Debt Crisis. Restructuring the Economy and the Household". En: Lourdes Benería and Shelley Feldman (eds.), *Unequal Burden*, pp 83-104. Boulder: Westview Press.
Benería, Lourdes y Martha Roldán.
1987 *The Crossroads of Class and Gender*. Chicago: University of Chicago Press.
Benería, Lourdes y Gita Sen.
1981 Accumulation. Reproduction and Women's Role in Economic Development. Boserup Revisited. *Signs*. 7 (2): 279-298.
Benería, Lourdes y Shelly Feldman.
1992 *Unequal Burden. Economic Crisis, Persistent Poverty, and Women's Work*. Boulder: Westview Press.
Berg, Alan.
1973 *The Nutrition Factor*. Washington D.C: The Brookings Institution.
1981 *Malnourished People. A Policy View*. Washington D.C: The World Bank.

Berg, Alan y Robert Muscatt.
1973 "Nutrition Program Planning. An Approach". En: A. Berg; N. Scrimshaw y D. Call (eds.), *Nutrition. National Development and Planning*, pp 247-274. Cambridge: MIT Press.
Berg, Alan; Nevin Scrimshaw y David Call.
1973 *Nutrition. National Development and Planning*. Cambridge: MIT Press.
Berry, Thomas.
**1999** *The Great Work: Our Way into the Future*. **New York: Bell Tower.**
Bethell, Leslie.
1991 "From The Second World War to the Cold War. 1944-1954". En: Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy. The United States and Latin America*, pp 41-71. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
Bhabha, Homi.
1990 "The Other Question. Difference, Discrimination and the Discourse of Colonialism".En Russell Ferguson; Martha Gever; Trinh T. Minh-ha y Cornell West (eds.), *Out There. Marginalization and Contemporary Cultures*, pp 71-89. Nueva York: The New Museum of Contemporary Art y Cambridge MIT Press.
Bhavnani, Kum-Kum, John Foran y Priya Kurian (eds.).
2003 *Feminist Futures. Re-imagining Women, Culture, and Development.* Londres: Zed Books.
Bidaseca, Karina.
2010 *Perturbando el Texto Colonial: Los Estudios (Pos)coloniales en América Latina*. Buenos Aires: Editorial SB.
Biersack, Aletta y James Greenberg (eds.).
2006 *Re-imagining Political Ecology*. Durham: Duke University Press.
Biersteker, Thomas.
1991 "Linkages between Development and the Social Sciences". Presentado en la *Reunión del Social Science Research Council sobre Desarrollo y ciencias sociales*. Berkeley, ca, 15-16 de noviembre.
Binder, Leonard.
1986 The Natural History of Development Theory. *Comparative Studies in Society and History.* 28 (1): 3-33.
Bird, Elizabeth.
1984 *Green Revolution Imperialism*. Manuscrito sin publicar. Santa Cruz: History of Consciousness Program University of California.
Blaser, Mario.
2004 "Life Projects. Indigenous People's Agency and Development". En: Mario Blaser, Harvey Feit y Glenn McRae (eds), *In the Way of Development. Indigenous Peoples, Life Projects, and Globalization*, 28-42. Londres: ZED Books.
2010 *Storytelling Globalization: From the Chaco and Beyond*. Durham: Duke University Press.

Blaser, Mario, Harvey Feit y Glenn McRae (eds.).
2004 *In the Way of Development. Indigenous Peoples, Life Projects, and Globalization*. Londres: ZED Books.
Blaug, Mark.
1976 "Kuhn versus Lakatos. Paradigms versus Research Programmes in the History of Economics". En: Spiro Latsis (ed.), *Method and Appraisal in Economics, pp* 149-180. Cambridge: Cambridge University Press.
1978 *Economic Theory in Retrospect*. Cambridge: Cambridge University Press.
Bonilla, Elsy.
1985 *Mujer y familia en Colombia*. Bogotá: Plaza y Janés.
Bonilla, Elssy y Eduardo Vélez.
1987 *Mujer y trabajo en el sector rural colombiano*. Bogotá: Plaza y Janés.
Borrego, John.
1981 Metanational Capitalist Accumulation and the Emerging Paradigm of Revolutionist Accumulation. *Review.* 4 (4): 713-777.
Boserup, Ester.
1970 *Women's Role in Economic Development*. Nueva York: St. Martin's Press.
Bourque, Susan y Kay Warren.
1981 *Women of the Andes.* Ann Arbor: University of Michigan Press.
Braudel, Fernand.
1977 *Afterthoughts on Material Civilization and Capitalism*. Baltimore MD: Johns Hopkins University Press.
Britto, Luis.
1991 *El imperio contracultural. Del rock a la postmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad.
Brown, Richard.
1976 Public Health in Imperialism. Early Rockefeller Programs at Home and Abroad. *American Journal of Public Health.* 66 (9): 897-903.
Brown, William y Redvers Opie.
1953 *American Foreign Assistance*. Washington: The Brookings Institution.
Buchanan, Norman y Howard Ellis.
1951 *Approaches to Economic Development*. Nueva York: Twentieth Century Fund.
Buck-Morss, Susan.
1990 *The Dialectics of Seeing*. Cambridge: MIT Press.
Burbach, Roger y Patricia Flynn.
1980 *Agribusiness in the Americas*. Nueva York: Monthly Review.
Burchell, Graham; Colin Gordon y Peter Miller.
1991 *The Foucault Effect*. Chicago: University of Chicago Press.
Burgin, Miron.
1967 [1947]. "Research in Latin American Economics and Economic °History". En: Howard Cline (ed.), *Latin American History. Essays on Its Study and Teaching*. 1895-1965, pp 465-476. Austin: University of Texas Press.

Bustamante, Jorge.
1987 *Seminario internacional de economía campesina y pobreza rural*. Bogotá: Fondo DRI.
Buttel, Frederick; Martin, Kenney y Jack Kloppenburg.
1985 From Green Revolution to Biorevolution. Some Observations on the Changing Technological Bases of Economic Transformation in the Third World. *Economic Development and Cultural Change*. 34 (1): 31-55.
Buttel, Frederick; A. Hawkins y G. Power.
1990 From Limits to Growth to Global Change. Contrasts and Contradictions in the Evolution of Environmental Science and Ideology. *Global Environmental Change*. 1(1): 57-66.
Calderón, Fernando.
1988 *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. Buenos Aires: Clacso.
Campillo, Fabiola.
1983 *Situación y perspectivas de la mujer campesina en Colombia. Propuesta de una política para su incorporación al desarrollo rural*. Bogotá: Ministerio de Agricultura.
Cano, Augusto.
1974 "Antecedentes constitucionales y legales de la planeación en Colombia". En: Hernando Gómez y Eduardo Wiesner (ed.), *Lecturas sobre desarrollo económico colombiano*, pp 221-271. Cali: Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo.
Cardoso, Fernando Henrique.
1977 The Originality of a Copy. Cepal and the Idea of Development. *Cepal Review*. 1977 (2): 7-40.
Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto.
1979 *Dependency and Development in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
Carney, Judith y Michael Watts.
1991 Disciplining Women? Rice, Mechanization and the Evolution of Mandinga Gender Relations in Senegambia. *Signs*. 16 (4): 651-681.
Casas-Cortés, Maribel, Michal Osterweil y Dana Powell.
2006 Blurring Boundaries: Recognizing Knowledge-Practices in the Study of Social Movements. *Anthropological Quarterly* 81(1): 17-58
Castells, Manuel.
1996 *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell.
1986 High Technology. World Development and Structural Transformations. The Trends and the Debates. *Alternatives*. 11 (3): 297- 344.
Castells, Manuel y Roberto Laserna.
1989 La nueva dependencia. Cambio tecnológico y restructuración socioeconómica en Latinoamérica. *David y Goliath*. 55 2-16.

Clark, William.
1989 Managing Planet Earth. *Scientific American*. 261 (3): 46-57.
Clay, Edward y Bernard Shaffer.
1984 *Room for Manoeuvre. An Exploration of Public Policy Planning in Agricultural and Rural Development*. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press.
Cleaver, Harry.
1973 "The Contradictions of the Green Revolution". En: Charles Wilber (ed.), *The Political Economy of Development and Underdevelopment, pp* 187-196. Nueva York: Random House.
Clifford, James.
1986 "Introduction Partial Truths". En: James Clifford y George Marcus (ed.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, pp 1-27. Berkeley: University of California Press.
1988 *The Predicament of Culture*. Cambridge: Harvard University Press.
1989 Notes on Theory and Travel. *Inscriptions*. 5: 177-188.
Coale, Ansley y Edgar Hoover.
1958 *Population Growth and Economic Development in Low Income Countries*. Princeton: Princeton University Press.
Cobos, A. y S. Góngora.
1977 *Guía metodológica para la identificación y análisis de sistemas de producción agropecuaria en áreas de pequeños productores*. Bogotá: ICA.
Colectivo Situaciones (ed).
2009 *Conversaciones en el impasse*. Buenos Aires: Tinta Limón.
Comaroff, Jean y John Comaroff.
1991 *Of Revelation and Revolution*. Chicago: University of Chicago Press.
Comaroff, Jean.
1985 *Body of Power. Spirit of Resistance*. Chicago: University of Chicago Press.
Conable, Barber.
1987 Conferencia ante el World Resources Institute. Washington D.C: The World Bank.
Cooper, Frederick.
1991 "Development and the Remaking of the Colonial World". Presentado en la *Reunión del Social Science Research Council sobre Desarrollo y Ciencias Sociales*. Berkeley, ca. 15-16 de noviembre.
Cooper, Frederick y Ann Stoler.
1989 Introduction. Tensions of Empire. Colonial Control and Visions of Rule. *American Ethnologist*. 16 (4): 609-622.
Copland, Douglas.
1945 *The Road to High Employment*. Cambridge: Oxford University Press.
Crouch, Luis y Alain de Janvry.
1980 The Class Basis of Agricultural Growth. *Food Policy*. 5 (1): 3-13.
Crush, Jonathan.
1994 *Discourses of Development*. Nueva York: Routledge.

Cuevas, Francisco.
1989 *Roosevelt y la buena vecindad*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
Currie, Lauchlin.
1967 *Obstacles to Development*. East Lansing: Michigan State University Press.
Chambi P, Néstor y Víctor Quiso C.
1992 *Estudio sobre cosmovisión, conocimiento campesino y tecnología tradicional de los criadores aymaras. Documento de estudio No. 24*. Lima: Pratec.
Chenery, Hollis.
1983 Interaction between Theory and Observation in Development. *World Development*. 11 (10): 853-861.
Chow, Rey.
1992 "Postmodern Automatons". En Judith Butler y Joan Scott (ed.), *Feminists Theorize the Political*, pp 101-117. Nueva York: Routledge.
Dahl, G. y A. Rabo.
1992 *Kam-Ap or Take-Off. Local Notions of Development*. Estocolmo: Stockholm Studies in Social Anthropology.
Dar, Sadhvi y Bill Cooke (eds.).
2008 *The New Development Management*. Londres: Zed Books.
De Castro, Josué.
1977/ [1952]. *The Geography of Hunger*. Nueva York: Monthly Review Press.
De Certeau, Michel.
1984 *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press.
De Janvry, Alain.
1981 *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
De la Cadena, Marisol.
2010 Indigenous Cosmopolitics in the Andes: Conceptual Reflections Beyond Politics. *Cultural Anthropology* 25(2): 334-370.
De la Cadena, Marisol y Orin Starn (eds.).
2007 *Indigenous Experience Today*. Oxford: Berg.
De la Torre, Ana.
1986 *Los dos lados del mundo y del tiempo*. Lima: Centro de Investigación, Educación y Desarrollo.
De la Torre, Cristina.
1985 *Modelos económicos de desarrollo colombiano*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.
De Lauretis, Teresa.
1987 *Technologies of Gender*. Bloomington:. Indiana University Press.
De Vries, Pieter.
2007 Don't Compromise Your Desire for Development: A Lacanian/Deleuzian Rethinking of the Anti-Politics Machine. *Third World Quarterly* 28(1): 25-43.

2008 The Managerialization of Development, the Banalization of Its Promises, and the Disavowal of 'Critique' as a Modernist Ilusion. En: Sadhvi Dar y Bill Cooke (eds.), *The New Development Management*, 150-176. Londres: Zed Books.

Deane, Phyllis.
1978 *The Evolution of Economic Ideas*. Cambridge: Cambridge University Press.

Deleuze, Gilles.
1988 *Foucault*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari.
1987 *A Thousand Plateaus*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
1993 *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Editorial Anagrama.

Dennery, Etienne.
1931 [1970]. *Asia's Teeming Millions*. Washington D.C: Kennikat Press.

Desmerais, Annette.
2007 *La Vía Campesina: Globalization and the Power of Peasants*. Halifax: Fernhood Publishing.

Diawara, Manthia.
1990 Reading Africa Through Foucault. v.y. Mudimbe's Reaffirmation of the Subject. *October*. 55 79-104.

Dietz, James y Dilmus James.
1990 *Progress Toward Development in Latin America*. Boulder: Lynne Rienner.

Di Marco, Luis Eugenio.
1974 *Economía internacional y desarrollo. Estudios en honor de Raúl Prebisch*. Buenos Aires: Ediciones Depalma.

DNP.
1975 *Plan Nacional de Alimentación y Nutrición*. Bogotá: DNP.
1975 *Para cerrar la brecha. Plan de desarrollo social, económico y regional* 1975-1978. Bogotá: DNP.
1983 *Plan de desarrollo integral para la costa pacífica*. Cali: CVC.
1992 *Plan Pacífico. Una estrategia de desarrollo sostenible para la costa pacífica colombiana*. Bogotá: DNP.

DNP/DRI.
1975 *Síntesis del programa de Desarrollo Rural Integrado*. Bogotá: DNP/DRI.
1975 *Estudio de formas asociativas en las áreas del programa de Desarrollo Rural Integrado.* Bogotá: DNP/UDA.
1976 *Bases para la evaluación del programa de Desarrollo Rural Integrado.* Bogotá: DNP/DRI.
1976 *Normas generales para la organización del programa de Desarrollo Rural Integrado.* Bogotá: DNP/DRI
1979 *El subsector de pequeña producción y el programa* DRI. Bogotá: DNP/DRI.

DNP/DRI-PAN.
1982 *Realizaciones de los programas DRI-PAN.* Bogotá: DRI-PAN.
1982. *Propuesta para las ejecuciones del programa* DRI-PAN. Bogotá: DRI-PAN.
1983 *Nuevas orientaciones.* Bogotá: DRI-PAN.

DNP/PAN.
1975 *Proyecto de regionalización. Índice de información recolectada en los departamentos.* Bogotá: DNP/PAN.
1975 *Programa de alimentos procesados de alto valor nutricional y bajo costo*. Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Regionalización del país para su aplicación*. Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Distribución subsidiada de alimentos. Programa cupones*. Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Programa de distribución subsidiada de alimentos. Subprograma de distribución directa*. Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Programa de educación nutricional. Proyecto de educación interpersonal.* Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Proyecto de educación nutricional para el nivel profesional. Asistencia técnica y proyectos pilotos*. Bogotá: DNP/PAN.
1976 *Programa de huertas escolares y caseras*. Bogotá: DNP/PAN.
1977 *Programa de evaluación*. Bogotá: DNP/PAN.
1979 *Procedimiento para retiro de recursos BIRF-Convenio de prestamo* 1487-*co* (segunda versión). Bogotá: DNP/PAN.
DNP-PAN/ICA.
1977 *Seminario de evaluación de programas de huertas escolares y pancoger.* Bogotá: DNP-PAN/IICA.
DNP/UDS (Departamento Nacional de Planeación de Colombia. Unidad de desarrollo social).
1973 *Bases para una política de alimentación y nutrición en Colombia.* Bogotá: DNP/UDS.
1974 *Esbozo general del plan de nutrición*. Bogotá: DNP/UDS.
1974 *Selección de variables para el análisis*. Bogotá: DNP/UDS.
1974 *Selección de alimentos. Bogotá:* DNP/UDS.
1974. *Objetivos, estrategias y mecanismos del plan nacional de alimentación y nutrición* (cuadro resumen). Bogotá: DNP/UDS.
1975 Circular Nº 1. Bogotá: DNP/UDS.
1982 *Experiencias de la fase I del programa DRI y recomendaciones para la fase II.* Bogotá: DNP/UEA.
DNP/UEA.
1982 *Plan de integración nacional. Política agropecuaria y el sistema de alimentos*. Bogotá: DNP/UDA.
1984 *Política sobre el papel de la mujer campesina en el desarrollo agropecuario*. Bogotá: DNP/UEA.
1988 *Programa de desarrollo integral campesino* (1988-1993).
Dobb, Maurice.
1946 *Studies in the Development of Capitalism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
1973 *Theories of Value and Distribution Since Adam Smith*. Cambridge: Cambridge University Press.

Donzelot, Jacques.
1979 *The Policing of Families*. Nueva York: Pantheon Books.
1988 The Promotion of the Social. *Economy and Society.* 17 (3): 217-234.
1991 "Pleasure in Work". En: Graham Burchell; Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effect*, pp 251-280. Chicago: University of Chicago Press.

Drake, Paul.
1991 "From Good Men to Good Neighbors. 1912-1932". En: Abraham F. Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy. The United States and Latin America*, pp 3-41. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Dubois, Marc.
1991 The Governance of the Third World. A Foucauldian Perspective of Power Relations in Development. *Alternatives.* 16 (1): 1-30.

Dumont, Louis.
1977 *From Mandeville to Marx. The Genesis and Triumph of Economic Ideology*. Chicago: University of Chicago Press.

Economic Commission for Latin America.
1950 *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems*: Nueva York. United Nations.

Emmanuel, Arghiri.
1972 *Unequal Exchange. A Study of the Imperialism of Trade*. Londres: New Left Books.

Escobar, Arturo.
1984 Discourse and Power in Development. Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World. *Alternatives.*10 (3): 377-400.
1987 *Power and Visibility. The Invention and Management of Development in the Third World*. Tesis de doctorado. Berkeley: University of California Berkeley.
1988 Power and Visibility. Development and the Invention and Management of the Third World. *Cultural Anthropology.* 3 (4): 428-443.
1989 The Professionalization and Institutionalization of 'Development' in Colombia in the Early Post- World War ii Period. *International Journal of Educational Development.* 9 (2): 139-154.
1991 Anthropology and the Development Encounter. The Making and Marketing of Development Anthropology. *American Ethnologist*. 18 (4): 16-40.
1992 "Planning. *The Development Dictionary"*. En: Wofgang Sachs (ed.), pp 112-145. Londres: Zed Books.
1992 Reflections on 'Development'. Grassroots Approaches and Alternative Politics in the Third World. *Futures.* 24 (5): 411-436.
1992 Imagining a Postdevelopment Era? Critical Thought, Development, and Social Movements. *Social Text* 31/32: 20-56.
1994. Welcome to Cyberia. Notes on the Anthropology of Cyberculture. *Current Anthropology*.

2000 Beyond the Search for a Paradigm? Post-development and Beyond. *Development* 43(4): 11-14.
2005 Economics and the Space of Modernity: Tales of Market, Production and Labor. *Cultural Studies* 19(2): 139-175.
2008a *Territories of Difference: Place~Movements~Life~Redes*. Durham: Duke University Press.
2008b Development, Trans/modernities, and the Politics of Theory. *Focaal* 52: 127-135.
2009 Post-development as Concept and Social Practice. *En:* Aram Ziai (ed), *Exploring Post-development*, 18-32. Londres: Zed Books.
2010a Latin America at a Crossroads: Alternative Modernizations, Postliberalism, or Postdevelopment? *Cultural Studies* 24 (1): 1-65.
2010b Postconstructivist Political Ecologies. En: *International Handbook of Environmental Sociology*, Segunda edición, Michael Redclift y Graham Woodgate (eds.), 91-105. Cheltenham, UK: Elgar.

Escobar, Arturo y Sonia E. Álvarez
1992 *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press.

Esteva, Gustavo.
1987 Regenerating People's Space. *Alternatives.* 12 (1): 125-152.
1997 The Meaning and Scope of the Struggle for Autonomy. Presentada en el Congreso de LASA, Guadalajara, Mexico, abril 17-19.
2005 Celebration of Zapatismo. *Humboldt Journal of Social Relations* 29(1): 127-167.
2006 *The 'Other Campaign' and the Left: Reclaiming an Alternative*. Manuscrito inédito, Universidad de la Tierra, Oaxaca.
2009 *What is Development?* Manuscrito inédito, Universidad de la Tierra, Oaxaca.

Estill, Lyle.
2008 *Small is Possible. Life in a Local Economy*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers.

Fabian, Johannes.
1983 *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object*. Nueva York: Columbia University Press.

Fajardo, Darío.
1991 *Campesinos y desarrollo en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Fondo DRI.
1983 *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia.* 1920-1980. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
1984 Apuntes para una política de reforma agraria y seguridad alimentaria. *Lecturas de Economía*. 15: 221-240.
1987 "Desarrollo rural y descentralización". En: Jorge Bustamante (ed.), *Seminario internacional de economía campesina y pobreza rural, pp* 208-222. Bogotá: Fondo DRI.

Fajardo, Darío; María Errázuriz y Fernando Balcázar.
1991 "La experiencia del DRI en Colombia".En Darío Fajardo (ed.), *Campesinos y desarrollo en América Latina*, pp 125-259. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Fondo DRI.
Fals Borda, Orlando.
1970 *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. México D.F: Editorial Nuestro Tiempo.
1984 *Resistencia en el San Jorge*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
1988 *Knowledge and People's Power*. Delhi. Indian Social Science Institute.
Fals Borda, Orlando y Anisur Rahman.
1991 *Action and Knowledge. Breaking the Monopoly with Participatory Action-Research*. Nueva York: The Apex Press.
Fanon, Frantz.
1967 *Black Skin. White Masks*. Nueva York: Grove Press.
1968 *The Wretched of the Earth*. Nueva York: Grove Press.
FAO.
1974 *Assessment of the World Food Situation*. Roma: FAO.
1974 *The World Food Problem. Proposals for National and International Action*. Roma: FAO.
FAO/WHO Expert Committee on Nutrition.
1976 *Food and Nutrition Strategies in National Development*. Roma-Ginebra: FAO/OMS.
Feder, Ernest.
1977 Agribusiness and the Elimination of Latin America's Rural Proletariat. En *World Development*. 5 (5-7): 559-571.
1983 *Perverse Development*. Quezon City: Foundation for Nationalist Studies.
Ferguson, James.
1990 *The Anti-Politics Machine. "Development, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*". Cambridge: Cambridge University Press.
Fernández Kelly, María Patricia.
1983 *For We Are Sold I and My People. Women and Industry in Mexico's Frontier*. Albany: Suny Press.
Field, John Osgood.
1977 The Soft Underbelly of Applied Knowledge. Conceptual and Operational Problems in Nutrition Planning. *Food Policy* 2 (3):228-239.
Finer, Herman.
1949 *Road to Reaction*. Boston: Little Brown.
Fishlow, Albert.
1985. The State of Latin American Economics. Stanford-Berkeley Occasional Papers in Latin American Studies. Nº 11.
Fiske, John.
1989 *Understanding the Popular*. Boston: Unwin Hyman.
1989 *Reading the Popular*. Boston: Unwin Hyman.

Flórez, Luis Bernardo.
1984 "Una reflexión sobre la economía del desarrollo y el desarrollo económico. *Cuadernos de Economía* (Bogotá) 7 65-82.
Fondo DRI.
1989 *Programa de desarrollo integral campesino*. Bogotá: Ministerio de Agricultura/Fondo DRI.
1989 *Programa de desarrollo integral campesino. Evaluación del programa*. Bogotá: Ministerio de Agricultura/Fondo DRI.
1989 *Programa de desarrollo integral campesino. Mujer campesina*. Bogotá. Fondo DRI.
Foucault, Michel.
1972 *The Archaeology of Knowledge*. Nueva York: Harper Colophon Books.
1973 *The Order of Things*. Nueva York: Vintage Books.
1975 *The Birth of the Clinic*. Nueva York: Vintage Books.
1979 *Discipline and Punish*. Nueva York: Vintage Books.
1980 *Power/Knowledge*. Nueva York: Pantheon Books.
1980 *The History of Sexuality. Introduction*. Nueva York: Vintage Books.
1980 "Truth and Power". En: Colin Gordon. (ed.), *Power/Knowledge*, pp 109-133. Nueva York: Pantheon Books.
1986 *The Use of Pleasure*. Nueva York: Pantheon Books.
1991 "Governmentality". En: Graham Burchell; Colin Gordon y Peter Miller (ed.), *The Foucault Effect, pp* 87-104. Chicago: The University of Chicago Press.
1991 "Politics and the Study of Discourse". En: Graham Burchell; Colin Gordon and Peter Miller (ed.), *The Foucault Effect, pp* 53-72. Chicago: The University of Chicago Press.
Foucault, Michel and Gilles Deleuze.
1977 "Intellectuals and Power. A Conversation". En: Donald Bouchard (ed.), *Language, Counter-memory, Practice*, pp 205-217. Ithaca: Cornell University Press.
Fox, Richard.
1991 *Recapturing Anthropology. Working in the Present*. Santa Fe. n.m: School of American Research.
Franke, Richard.
1974 Miracle Seeds and Shattered Dreams in Java. *Natural History.* 83 (1): 10-18, 84-88.
Frankel, Herbert.
1953 *The Economic Impact on Underdeveloped Societies*. Cambridge: Harvard University Press.
Fraser, Nancy.
1989 *Unruly Practices*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
Freire, Paulo.
1970 *Pedagogy of the Oppressed*. Nueva York: Herder and Herder.

French, Jan.
2009 *Legalizing Identities: Becoming Black or Indian in Brazil's Northeast*. Durham: Duke University Press.
Friedman, Jonathan.
1987 Beyond Otherness or. The Spectacularization of Anthropology. *Telos* 71 161-170.
Fröbel, Folker; Jurgen Heinrichs y Otto Kreye.
1989 *The New International Division of Labor.* Cambridge: Cambridge University Press.
Fuentes, Annette y Barbara Ehrenreich.
1983 *Women in the Global Factory*. Boston: South End Press.
Fuenzalida, Edmundo.
1983 The Reception of 'Scientific Sociology' in Chile. *Latin American Research Review*. 18 (2): 95-112.
1987 La reorganización de las instituciones de enseñanza superior e investigación en América Latina entre 1950 y 1980 sus interpretaciones. *Estudios Sociales.* 52 (2): 115-138
Fuglesang. Minou.
1992 "No Longer Ghosts. Women's Notions of 'Development' and 'Modernity' in Lamu Town. Kenya". En: G. Dahl y A. Rabo (ed.), *Kap-Am or Take-Off. Local Notions of Development, pp* 123-156. Estocolmo: Stockholm Studies in Social Anthropology.
Furtado, Celso.
1970 *Economic Development of Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
Galbraith, John Kenneth.
1979 *The Nature of Mass Poverty.* Cambridge: Harvard University Press.
Galli, Rosemary.
1981 *The Political Economy of Rural Development*. Albany: Suny Press.
Gallin, Rita; Marilyn Aronoff y Anne Ferguson.
1989 *The Women and International Development Annual*. Volumen 1. Boulder: Westview Press.
Gallin, Rita y Ann Ferguson.
1990 *The Women and International Development Annual*. Volumen 2. Boulder: Westview Press.
García, Antonio.
1948 *Bases de la economía contemporánea. Elementos para una economía de la defensa*. Bogotá: RFIOC.
1950 *La democracia en la teoría y en la práctica. Una posición frente al capitalismo y al comunismo*. Bogotá: Iqueíma.
1953 La planificación de Colombia". *El Trimestre Económico.* 20: 435-463.
1972 *Atraso y dependencia en América Latina*. Buenos Aires: El Ateneo.

García, Juan César.
1981 Historia de las instituciones de investigación en salud en América Latina. 1880-1930. *Educación Médica en Salud*. 15 (1): 71-88.
García-Canclini, Néstor.
1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F: Grijalbo.
García Cadena. A.
1956 *Unas ideas elementales sobre problemas colombianos*. Bogotá: Banco de la República.
García de la Huerta, Marcos.
1992 "La técnica y la difusión del ideal de modernidad". En: J. Sanmartín; S.H. Cutliffe; S.L. Goldman y M. Medina (ed.), *Estudios sobre sociedad y tecnología*, pp 131-160 Barcelona: Editorial Anthropos.
García Márquez, Gabriel.
1982 *El olor de la guayaba*. Bogotá: La Oveja Negra.
Garfinkel, Harold.
1967 *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs: N.J. Prentice Hall.
GEF (Global Environment Facility)/PNUD.
1993 *Proyecto Biopacífico. Plan operativo*. Bogotá: Biopacífico.
Gendzier, Irene.
1985 *Managing Political Change. Social Scientists and the Third World*. Boulder: Westview Press.
George, Susan.
1986 More Food. More Hunger. *Development. Seeds of Change*. 1986 (1-2): 53-63.
Gibson-Graham, J.K.
2006 *A Postcapitalist Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
1996 *The End of Capitalism (as we knew it)*. Oxford: Blackwell.
Girard, René.
1977 *Violence and the Sacred*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
Godelier, Maurice.
1986 *The Mental and the Material*. Londres: Verso.
Gómez, Eugenio.
1942 *Problemas colombianos. Sociología e historia*. Bogotá: Editorial Santa Fé.
Goodman, David; Bernardo Sorj y John Wilkinson.
1987 *From Farming to Biotechnology. A Theory of Agro-Industrial Development*. Oxford: Basil Blackwell.
Goodwin, Brian.
2007 *Nature's Due: Healing Our Fragmented Culture*. Edimburgo: Floris Books.
Gordon, Deborah.
1988 Writing Culture. Writing Feminism. The Poetics and Politics of Experimental Ethnography. *Inscriptions*. 3-4: 7-26.
1991 *Engendering Ethnography*. Tesis de doctorado. Board of Studies in History of Consciousness. Santa Cruz: University of California. Santa Cruz.

Gould, Jeremy.
2005 "Timing, Scale and Style: Capacity as Governmentality in Tanzania". En: David Mosse y David Lewis (eds.), *The Aid Effect: Giving and Governing in International Development*, 61-84. Londres: Pluto Press.
Gow, David.
2008 *Countering Development. Indigenous Modernity and the Moral Imagination*. Durham: Duke University Press.
Graebner, Norman.
1977 *Cold War Diplomacy. American Foreign Policy* 1945-1975. Nueva York: D. Van Nostrand Company. Inc.
Gramsci, Antonio.
1971 *Americanism and Fordism. Selection from the Prison Books*. Nueva York: International Publishers.
Gran, Guy.
1986 Beyond African Famines. Whose Knowledge Matters? *Alternatives*. 11 (2): 275-296.
Green, Web.
1989 Sustainable Development. Expanded Environmental Destruction. *Green Web Bulletin* Nº 16.
Greene, Herman.
2003 *Process Thought for What? The Ecozoic Era, the Great Work, and the Importance of Process Thought*. Chapel Hill, Manuscrito inédito.
Greenough, Paul y Anna Lowenhaupt Tsing (eds.).
2003 *Nature in the Global South: Environmental Projects in South and Southeast Asia*. Durham: Duke University Press.
Grillo, Eduardo.
1990 "Visión andina del paisaje". En: Eduardo Grillo (ed.), *Sociedad y naturaleza en los Andes* Volumen I, 133-167. Lima: Pratec/Unep.
1992 "¿Desarrollo o descolonización en los Andes?" Presentado en la reunión *Alternatives to the Greening of Economics 19-24 de junio*. Amherst: Massachusetts.
1991 *Cultura andina agrocéntrica*. Lima: Pratec.
Grossberg, Lawrence.
2010 *Cultural Studies in the Future Tense*. Durham: Duke University Press.
Grueso, Reinaldo.
1973 "*La situación nutricional y alimentaria de Colombia*". Presentado en el *Primer seminario intersectorial de alimentación y nutrición*. Palmira. 9-12 de diciembre Bogotá: I.C.B.F.
Grueso, Reinaldo
S. f. *El programa integrado de nutrición aplicada (pina) en Colombia*. Bogotá: I.C.B.F.
Guattari, Félix.
1993 *El constructivismo guattariano*. Cali: Editorial Universidad del Valle.

Gudeman, Stephen.
1986 *Economics as Culture. Models and Metaphors of Livelihood*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
1992 Remodelling the House of Economics. Culture and Innovation. *American Ethnologist*. 19 (2): 141-154.
Gudeman, Stephen y Alberto Rivera.
1990 *Conversations in Colombia. The Domestic Economy in Life and Text*. Cambridge: Cambridge University Press.
Gudeman, Stephen and Alberto Rivera.
1993 "Caring for the Base". Presentado en la reunión *Alternative Approaches to the Greening of Economics* 2-6 de agosto. Bellagio: Italia.
Gudynas, Eduardo
2009a *El Mandato Ecológico: Derechos de la Naturaleza y Políticas Ambientales en la Nueva Constitución*. Quito: Abya-Yala.
2009b La Ecología Política del Giro Biocéntrico en la Nueva Constitución de Ecuador, *Revista Estudios Sociales* 32: 34-47. Bogotá.
2010a Las Nuevas Intersecciones Entre Pobreza y Desarrollo: Tensiones y Contradicciones de la Sociedad Civil y los Gobiernos Progresistas. *Surmanía* (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá) 4: 92-111.
2010b Si eres tan progresista, por qué destruyes la naturaleza? neoextractivismo, izquierda y alternativas. *Ecuador Debate* (Quito) 79: 61-81.
Guha, Ranajit.
1988 "The Prose of Counter-Insurgency". En: Ranajit Guha y Gayatri Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies, pp* 37-44. Delhi: Oxford University Press.
1989 "Dominance without Hegemony and Its Historiography". En: Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies VI*, pp 210-309. Delhi: Oxford University Press.
Gutiérrez A., Raquel.
2008 *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia*. Buenos Aires: Tinta Limón.
Gutman, Nancy.
1994 "The Economic Consequences of Pragmatism. A Re-interpretation of Keynesian Doctrine". En: Frédérique Apffel-Marglin and Stephen Marglin (ed.), *Decolonizing Knowledge. From Development to Dialogue*. Oxford: Clarendon Press.
Habermas, Jürgen.
1987 *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge: MIT Press.
Hacking, Ian.
1991 "How Should We Do the History of Statistics?". En: Graham Burchell; Colin Gordon and Peter Miller (ed.), *The Foucault Effect*, pp 181-196. Chicago: University of Chicago Press.
Haglund, David.
1985. *Latin America and the Transformation of U.S. Strategic Thought*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hanh, Thich Nhat.
2008 *The World We Have: A Buddhist Approach to Peace and Ecology*. Berkeley: Parallax Press.
Hakim, Peter y Georgio, Solimano.
1976 Nutrition and National Development. Establishing the Connections. *Food Policy*. 1 (3): 249-259.
Hall, Stuart.
1992 "Cultural Studies and its Theoretical Legacies". En: Lawrence Grossberg; Cary Nelson and Paula Treichler (ed.), *Cultural Studies*, pp 286-294. Nueva York: Routledge.
Hancock, Graham.
1989 *Lords of Poverty*. Nueva York: The Atlantic Monthly Press.
Hansen, Karen y Leslie Ashbaugh.
1990 "Women on the Front Line. Development Issues in Southern Africa". En: Rita Gallin and Anne Ferguson (ed.), *The Women and International Development Annual* Volumen 2, pp 205-229. Boulder: Westview Press.
Haraway, Donna.
1985 A Manifesto for Cyborgs. Science, Technology and Socialist Feminism in the 1980s. *Socialist Review* 80. 65-107.
1988 Situated Knowledges. The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*. 14 (3): 575-599.
1989 *Primate Visions*. Nueva York: Routledge.
1989 The Biopolitics of Postmodern Bodies. Determinations of Self in Immune System Discourse. *Differences*. 1 (1). 3-43.
1991 *Simians, Cyborgs and Women. The Reinvention of Nature*. Nueva York: Routledge.
1992 "The Promises of Monsters. A Regenerative Politics of Inappropriate (d) Others". En: Lawrence Gorssberg; Cary Nelson and Paula Treichler (ed.), *Cultural Studies, pp* 295-337. Nueva York: Routledge.
Harcourt, Wendy.
1994 A Feminist Alternative to Greening Economics. VENA *Journal*.
2010 *Body Politics in Development*. Londres: Zed Books
Harcourt, Wendy (ed).
1999 *Women@Internet: Creating New Cultures in Cyberspace*. Londres: Zed Books.
Harcourt, Wendy y Arturo Escobar (eds.).
2005 *Women and the Politics of Place*. Bloomfield, CT: Kumarian Press.
Harvey, David.
1989 *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Basil Blackwell.
Hathaway, Mark y Leonardo Boff.
2009 *The Tao of Liberation. Exploring the Ecology of Transformation*. Maryknoll, New York: Orbis Books.
Hatt, Paul.
1951 *World Population and Future Resources*. Nueva York: American Book Co.

Hayek, Friedrich A. von.
1944 *The Road to Serfdom*. Chicago: Chicago University Press.
Heidegger, Martin.
1977 *The Question Concerning Technology*. Nueva York: Harper and Row.
Hernández, Rosalva Aida.
2009 Indigeneity as a Field of Power: Possibilities and Limits of Indigenous Identities in Political Struggles. Presentada en la conferencia *Contested Modernities: Indigenous and Afrodescendant Experiences in Latin America*, Lozano Long Institute of Latin American Studies, University of Texas, Austin, February 26-28.
Hernández, Rosalva Aída, ed.
2008 *Etnografías e Historias de Resistencia: Mujeres Indígenas, Procesos Organizativos y Nuevas Identidades Políticas*. Mexico, DF: Publicaciones de la Casa Chata.
Hicks, John.
1969 *A Theory of Economic History*. Oxford: Clarendon Press.
Hirschman, Albert.
1958 *The Strategy of Economic Development*. New Haven: Yale University Press.
1961 *Latin American Issues*. Nueva York: Twentieth Century Fund.
1981 *Essays in Trespassing. Economics to Politics and Beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
Hobbelink, Henk.
1992 La diversidad biológica y la biotecnología agrícola. *Ecología Política*. 4: 57-72.
Hooks, Bell.
1990 *Yearning. Race, Gender and Cultural Politics*. Boston: South End Press.
Hopkins, Rob.
2008 *The Transition Handbook: From Oil Dependency to Local Resilience*. White River Junction, VT: Chelsea Green Publishing.
Hopkins, Terence e Immanuel Wallerstein.
1987 Capitalism and the Incorporation of New Zones into the World-Economy. *Review*. 10 (3): 763-779.
Hornborg, Alf.
1996 Ecology as Semiotics: Outlines for a Contextualist Paradigm of Human Ecology. En: Philippe Descola y Gísli Pálsson (eds.), *Nature and Society*. 45-62. Londres: Routledge.
Hunt, Geoffrey.
1986 Two Methodological Paradigms in Development Economics. *The Philosophical Forum*. 18 (1): 52-68.
Illich, Ivan.
1969 *Celebration of Awareness*. Nueva York: Pantheon Books.
Instituto SER.
1980 *Jerarquización de los municipios del país*. Bogotá: SER.

1980 *Análisis encuesta PAN-77*. Bogotá: SER.
1981 *Análisis de la encuesta PAN-79*. Bogotá: SER.
International Bank for Reconstruction and Development.
1950 *The Basis of a Development Program for Colombia*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
1955 *The Autonomous Regional Corporation of the Cauca and the Development of the Upper Cauca Valley*. Washington D.C: IBRD.
James, Thomas.
1984 *Exiled Within. The Schooling of Japanese-Americans. 1942-1945. Tesis de doctorado.* Stanford University.
Jay, Martin.
1988 "Scopic Regimes of Modernity". En: Hal Foster (ed.), *Vision and Visuality*, pp 3-28. Seattle: Bay Press.
Jelin, Elizabeth.
1990 *Women and Social Change in Latin America*. Londres: Zed. Books.
Joy, Leonard.
1978 *Food and Nutrition Planning. The State of the Art*. Inglaterra: IPC Science and Technology Press.
Joy, Leonard y Philippe Payne.
1975 *Food and Nutrition Planning*. Roma: FAO
Junguito, Roberto.
1982 *Alternativas para el manejo de la política agropecuaria*. Bogotá: DNP/UEA.
Kalmanovitz, Salomón.
1978 *Desarrollo de la agricultura en Colombia*. Bogotá: Editorial La Carreta.
1989 *La encrucijada de la sinrazón*. Bogotá: Tercer Mundo.
Kardam, Nüket.
1991 *Bringing Women In: Women's Issues in International Development Program*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
Kauffman, Stuart.
2008 *Reinventing the Sacred*. New York: Basic Books
Keller, Evelyn Fox.
1992 "Nature, Nurture and the Human Genome Project". En: Daniel Kevles and Leroy Hood (ed.), *The Code of Codes. Scientific and Social Issues of the Human Genome*, pp 281-299. Cambridge: Harvard University Press.
Klein, Naomi.
2007 *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York: Metropolitan Books
Kolko, Gabriel.
1988 *Confronting the Third World. United States Foreign Policy.* 1945-1980. Nueva York: Pantheon Books.
Kuletz, Valerie.
1992 Eco-Feminist Philosophy. Interview with Barbara Holland-Cunz. *Capitalism, Nature, Socialism*. 3 (2): 63-78.

Kulick, Don.
1992 "Coming Up' in Gapun. Conceptions of Development and Their Effect on Language in a Papua New Guinean Village". En: G. Dahl y A. Rabo (ed.), *Kam-Ap or Take-Off. Local Notions of Development*, pp 10-34. Estocolmo: Stockholm Studies in Social Anthropology.
Laclau, Ernesto and Chantal Mouffe.
1985 *Hegemony and Socialist Strategy.* Londres: Verso.
Lal, Deepak.
1985 *The Poverty of 'Development Economics*. Cambridge: Harvard University Press.
Landes, David.
1983 *Revolution in Time. Clocks and the Making of the Modern World.* Cambridge: Harvard University Press.
Lansing, Stephen.
2006 *Perfect Order. Recognizing Complexity in Bali*. Princeton: Princeton University Press.
Lappé, Frances Moore; Joseph Collins y David Kinley.
1980 *Aid as Obstacle*. San Francisco: Institute for Food and Development Policy.
Lasswell, Harold.
1945 *World Politics Faces Economics.* Nueva York: McGraw Hill.
Latham, Michael.
1988 "Western Development Strategies and Inappropriate Modernization as Causes of Malnutrition and Ill Health". En: Michael Latham (ed.), *Hunger and Society*. Volume 1, pp 75-95. Cornell: International Nutrition Monograph Series, No. 17.
Latouche, Serge.
2009 *Farewell to Growth*. Cambridge: Polity Press.
Latour, Bruno and Steve Woolgar.
1979 *Laboratory Life. The Social Construction of Scientific Facts.* Princeton: Princeton University Press.
Laugier, Henry.
1948 The First Step in the International Approaches to the Underdeveloped Areas. *Milbank Memorial Fund Quarterly.* 26 (3): 256-259.
Laszlo, Ervin.
*Quantum Shift in the Global Brain. How the New Scientific Reality Can Change Us and Our World*. Rochester, VT: Inner Traditions.
Lechner, Norbert.
1988 *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política.* Santiago: Flacso.
Leff, Enrique.
1986 *Ecología y capital.* México D.F: UNAM.
1986 "Ambiente y articulación de ciencias". En: Enrique Leff. (ed.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo, pp* 72-125. México D.F: Siglo XXI.

1992 "La dimensión cultural y el manejo integrado, sustentable y Sostenido de los recursos naturales". En: Enrique Leff y Julia Carabias (ed.), *Cultura y manejo sustentable de los recursos naturales,* México. D.F: CIIH/UNAM.
1993 Marxism and the Environmental Question. From the Critical Theory of Production to an Environmental Rationality for Sustainable Development. *"Capitalism, Nature, Socialism*. 4 (1): 44-66.

Lele, Uma.
1986 Women and Structural Transformation. *Economic Development and Cultural Change*. 34 (2): 195-219.

León, Magdalena.
1980 *Mujer y capitalismo agrario*. Bogotá: Acep.
1985 "La medición del trabajo femenino en América Latina: problemas teóricos y metodológicos". En: Elssy Bonilla (ed.), *Mujer y familia en Colombia, pp* 177-204. Bogotá: Plaza y Janés.
1986 "Política agraria en Colombia y debate sobre políticas para la mujer rural". En: Magdalena León y Carmen Diana Deere (ed.), *La mujer y la política agraria en América Latina, pp* 43-59. Bogotá: Siglo XXI.
1987 "Política agraria y su impacto en la mujer rural como actor social de la economía campesina". Jorge Bustamante (ed.), *Seminario internacional de economía campesina y pobreza rural, pp* 119-126. Bogotá. Fondo DRI.
1993 "Neutralidad y distensión de Género en la política pública de América Latina". Presentado en el *XIX Congreso latinoamericano de sociología*. Caracas, 30 de mayo - 4 de julio.
1982 Las trabajadoras del agro. Volumen II. Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe. Bogotá: Acep.

León, Magdalena y Carmen Diana Deere.
1986 *La mujer y la política agraria en América Latina*. Bogotá: Siglo XXI.

León, Magdalena; Patricia Prieto y María Cristina Salazar.
1987 *Acceso de la mujer a la tierra en América Latina y el Caribe, panorama general y estudio de caso de Honduras y Colombia*. Bogotá: FAO.

Levinson, James.
1974 *Morinda, An Economic Analysis of Malnutrition among Young Children in Rural India*. Cambridge: Cornell/mit International Nutrition Policy Series.

Lewis, W. Arthur.
1949 *The Principles of Economic Planning*. Londres: D. Dobson.
1955 *The Theory of Economic Growth,* Homewood. Illinois: R.D. Irwin.
1958 [1954]. "Economic Development with Unlimited Supply of Labor". En: Amar Narin Agarwala y S.P. Singh (ed.), *The Economics of Underdevelopment*. Bombay: Oxford University Press.

Leyva, Xochitl, Araceli Burguete y Shannon Speed (eds.).
2008 *Gobernar (en) la Diversidad: Experiencias Indígenas desde América Latina: Hacia la Investigación de Co-Labor*. México, DF: CIESAS.

Li, Tanie Murray.
2007 *The Will to Improve*. Durham: Duke University Press.

Liebenstein, Harvey.
1954 *A Theory of Economic- Demographic Development*. Princeton: Princeton University Press.
1957 *Economic Backwardness and Economic Growth*. Nueva York: Wiley.

Lind. Amy.
1992 "Power, Gender and Development, Popular Women's Organization and the Politics of Needs in Ecuador". En: Arturo Escobar y Sonia E. Álvarez (ed.), *The Making of Social Movements in Latin America, pp* 134-149. Boulder: Westview Press.

Little, Ian M.
1982 *Economic Development. Theory, Policy and International Relations*. Nueva York: Basic Books.

Livingstone, Ian.
1982 "The Development of Development Economics". En: Ian Livingstone (ed.), *Approaches to Development Studies, pp*. 3-28. Hampshire: Inglaterra Gower.

Lohmann, Larry.
2006 Activism, Expertise, Commons. *Development Dialogue* 47: 149-181.

Londoño, Juan Luis y Guillermo Perry.
1985 El Banco Mundial, el Fondo Monetario y Colombia. Análisis crítico de sus relaciones. *Coyuntura Económica*. 15 (3): 209-243.

Long, Norman, Ye Jingzhong y Wang Yihuan (eds.).
2009 *Rural Transformation Development. China in Context*. Cheltenham, UK: Elgar.

López, Alejandro.
1976 *Escritos escogidos*. Bogotá: Colcultura.

López, Cecilia y Fabiola Campillo.
1983 *Problemas teóricos y operativos de la ejecución de una política para la mujer campesina*. Bogotá: DNP/UEA.

López de Mesa, Luis.
1944 *Posibles rumbos de la economía colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional.

López Maya, Margarita.
1993 "Cambio de discursos en la relación entre los Estados Unidos y América Latina de la Segunda Guerra Mundial a la Guerra Fría (1945-1948)". Presentado en la *34 Convención anual de la International Studies Association*. Acapulco. 23-27 de marzo.

López, Gustavo A. y Luis F. Correa.
1982 La Planeación en Colombia. *Ciencias humanas*. 2 (3): 3-34.

Love, Joseph.
1980 Raúl Prebisch and the Origins of the Doctrine of Unequal Exchange. *Latin American Research Review*. 15 (3): 45-70.

Lugones, María.
2010 "The Coloniality of Gender". En: Walter Mignolo y Arturo Escobar (eds.), *Globalization and the Decolonial Option*, 369-390. Londres: Routledge.
Lynch, Lowell.
1979 Nutrition Planning Methodologies. A Comparative Review of Types and Applications. *Food and Nutrition Bulletin.* 1(3). 1-14.
Macy, Joanna.
2007 *World as Lover, World as Self: Courage for Global Justice and Ecological Renewal*. Berkeley: Parallax Press.
Macy, Joanna, and Molly Brown.
1998 *Coming Back to Life. Practices to Reconnect Our Lives, Our World.* Gabrilola Island, BC: New Society Publishers.
Mamani, Pablo.
2005 *Geopolíticas Indígenas*. El Alto: CADES.
2006 Territorio y Estructuras de Acción Colectiva: Microgobiernos Barriales. *Ephemera* 6(3): 276-286.
Mander, Jerry y Victoria Tauli-Corpuz (eds.).
2006 *Paradigm Wars: Indigenous People's Resistance to Globalization*. San Francisco: Sierra Club.
Martínez Alier, Joan.
2009 Socially Sustainable Economic De-growth. *Development and Change* 40(6): 1099-1119.
McCloskey, Donald.
1985 *The Rhetoric of Economics*. Madison: University of Wisconsin Press.
McGregor, Andrew.
2009 New Possibilities? Shifts in Post-Development Theory and Practice. *Geography Compass* 3: 1-15.
McKay, Harrison; H. McKay y Leonardo Sinisterra.
1978 Improving Cognitive Ability in Chronically Deprived Children. *Science.* 200 (4339): 270-278.
McMichael, Philip.
2006 Peasant Prospects in the Neo-Liberal Age. *New Political Economy* 11(3): 407-418.
2008 Peasants Make Their Own History, But Not Just as They Please.... *Journal of Agrarian Change* 8(2-3): 205-228.
McMichael, Philip, ed.
2010 *Contesting Development: Critical Stuggles for Social Change*. Londres: Routledge.
McNamara, Robert.
1975 The Nairobi Speech. *Assault on World Poverty.* The World Bank. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
Maier, Charles.
1975 *Recasting Bourgeois Europe*. Princeton: Princeton University Press.

Mamdani, Mahmood.
1973 *The Myth of Population Control.* Nueva York: Monthly Review.
Mani, Lata.
1989 Multiple Mediations. Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception. *Inscriptions.* 5: 1-24.
Manzo, Kate.
1991 Modernist Discourse and the Crisis of Development Theory. *Studies in Comparative International Development.* 26 (2): 3-36.
Marcus, George y Michael Fischer.
1986 *Anthropology as Cultural Critique.* Chicago. University of Chicago Press.
Marglin, Stephen.
1990 "Toward the Decolonization of Mind". En: Stephen Marglin and Frédérique Apffel-Marglin (ed.), *Dominating Knowledge*, pp 1-28. Oxford: Clarendon Press.
1992 *Alternative Approches to the Greening of Economics. A Research Proposal.*
Martínez Alier, Juan.
1992 *Ecología y pobreza*. Barcelona: Centre Cultural Bancaixa.
Mascia-Lees; F.P. Sharpe y C. Ballerino Coheny.
1989 The Postmodernist Turn in Anthropology. Cautions from a Feminist Perspective. *Signs.* 15 (1): 7-33.
Maybury-Lewis. David.
1985 "A Special Sort of Pleading. Anthropology at the Service of Ethnic Groups". En: Robert Paine (ed.), *Advocacy and Anthropology. First Encounters*, pp 131-148. St. John's. New Foundland: Memorial University of New Foundland.
Mayer, Jean y Johanna Dwyer.
1979 *Food and Nutrition Policy in a Changing World.* Oxford: Oxford University Press.
Medeiros, Carmen.
2005 *The Right "To Know How to Understand": Coloniality and Contesting Visions of Development and Citizenship in the Times of Neo-Liberal Civility*. Disertación doctoral, Departmento de Anthropología, City University of New York Graduate Center.
Medrano, Diana y Rodrigo Villar.
1988 *Mujer campesina y organización rural en Colombia*. Bogotá: Cerec.
Meier, Gerald.
1984 *Emerging from Poverty. The Economics that Really Matters.* Nueva York.: Oxford University Press.
Meier, Gerald y Dudley Seers.
1984 *Pioneers in Development*. Oxford: Oxford University Press.
Mellor, Mary.
1992 Eco-Feminism and Eco-Socialism. Dilemmas of Essentialism and Materialism. *Capitalism, Nature, Socialism.* 3 (2):43-62.

Memmi, Albert.
1967 *The Colonizer and the Colonized.* Boston: Beacon Press.
Merchant, Carolyn.
1980 *The Death of Nature. Women, Ecology and the Scientific Revolution.* Nueva York: Harper and Row.
Merchant, Carolyn.
1990 "Ecofeminism and Feminist Theory". En: Irene Diamond y Gloria Ferman Orenstein (ed.), *Reweaving the World. The Emergence of Ecofeminism pp* 100-105. San Francisco: Sierra Club Books.
Metz, Christian.
1982 *The Imaginary Signifier.* Bloomington: Indiana University Press.
Mezzdra, Sandro.
2007 Living in Transition: Toward a Heterolingual Theory of the Multitude. *Eipcp multilingual webjournal.* http://eipcp.net/transversal/1107/mezzadra/en
Mies, María.
1986 *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*. Londres: Zed Books.
Mignolo, Walter.
2000 *Local Histories/Global Designs*. Princeton: Princeton University Press.
Milbank Memorial Fund.
1948 *International Approaches to Problems of Underdeveloped Countries.* Nueva York: Milbank Memorial Fund.
1954. *The Interrelationships of Demographic. Economic and Social Problems in Underdeveloped Areas.* New York: Milbank Memorial Fund.
Millberg, William.
1991 "Marxism, Post structuralism and the Discourse of Economists. *Rethinking Marxism.* 4 (2): 93-104.
Ministerio de Agricultura.
1985 *Proyecto desarrollo con la mujer campesina.* Convenio DRI-PAN-INCORA. Bogotá: Ministerio de Agricultura.
Ministerio de Salud, Dirección de participación de la comunidad.
1979 *Apuntes para la participación de la comunidad en salud. Bogotá: Ministerio de Salud.*
1982 *Plan nacional de participación de la comunidad en atención primaria en salud.* Bogotá. Ministerio de Salud.
Mintz, Sidney.
1976. On the Concept of a Third World. *Dialectical Anthropology.* 1 (4): 377-382.
Mitchell, Timothy.
1988 *Colonising Egypt.* Cambridge: Cambridge University Press.
1989 The World as Exhibition. *Comparative Studies in Society and History.* 31 (2): 217-236.
1991 America's Egypt. Discourse of the Development Industry. *Middle East Report.* Marzo-abril: 18-34.

Mitter, Swasti.
1986 Toys for the Boys. *Development. Seeds of Change*. 1986 (3): 66-68.
Mohanty, Chandra.
1991 "Cartographies of Struggle. Third World Women and the Politics of Feminism". En: Chandra Mohanty; Ann Russo y Lourdes Torres (ed.), *Third World Women and the Politics of Feminism, pp* 1-47. Bloomington: Indiana University Press.
1991 "Under Western Eyes. Feminist Scholarship and Colonial Discourses". En: Chandra Mohanty; Ann Russo y Lourdes Torres (ed.), *Third World Women and the Politics of Feminism,* pp.51-80. Bloomington: Indiana University Press.
Molyneux, Maxine.
1986 "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, State and Revolution". En: Richard Fagen; Carmen Diana Deere y José Luis Coraggio (ed.), *Transition and Development. Problems of Third World Socialism, pp* 280-302. Nueva York: Monthly Review Press.
Moncayo, Víctor Manuel y Fernando Rojas.
1979 *Producción campesina y capitalismo*. Bogotá: Editorial Cinep.
Montaldo, Graciela.
1991 "Estrategias del fin de siglo". *Nueva Sociedad*. 116: 75-87.
Mooney, Pat, ETC Group y What Next Project.
2006 *The What Next Report 2005-2035. Trendlines and Alternatives*. Stockholm: Dag Hammarskjöld Foundation.
Mora, Obdulio.
1982 *Situación nutricional de la población colombiana en* 1977-1980. Bogotá: Ministerio de Salud y Ascofame.
Morandé, Pedro.
1984 *Cultura y modernización en América Latina*. Santiago: Universidad Católica.
Mosse, David.
2005 *Cultivating Development: An Ethnography of Aid Policy and Practice*. Londres: Pluto Press.
2008 International Policy, Development Expertise, and Anthropology. *Focal* 52: 119-126.
Mosse, David y David Lewis (eds.).
2005 *The Aid Effect: Giving and Governing in International Development*. Londres: Pluto Press.
Mudimbe, V.Y.
1988 *The Invention of Africa*. Bloomington: Indiana University Press.
Mueller, Adele.
1986. "The Bureaucratization of Feminist Knowledge. The Case of Women in Development". *Resources for Feminist Research*. 15 (1): 36-38.

1987 *Peasants and Professionals. The Social Organization of Women in Development Knowledge. Ph.D. dissertation*. Ontario: Institute for Studies in Education.

1987 *Power and Naming in the Development Institution. The 'Discovery' of 'Women in Peru'*. Chicago.14th Annual Third World Conference.

1991 *In and Against Development. Feminists Confront Development on Its Own Ground.*

Murphy, Craig y Enrico Augelli.

1993 International Institutions, Decolonization and Development. *International Political Science Review.* 14 (1): 71-85.

Namuddu, Katherine.

1989 "Problems of Communication Between Northern and Southern Researchers in the Context of Africa". Trabajo presentado en el *VII World Congress of Comparative Education*. Montreal, 26-30 de junio.

Nandy, Ashis.

1983 *The Intimate Enemy. Loss and Recovery of Self Under Colonialism.* Delhi: Oxford University Press.

1987 *Traditions, Tyranny and Utopias*. Delhi: Oxford University Press.

1989 Shamans, Savages and the Wilderness. On the Audibility of Dissent and the Future of Civilizations. *Alternatives*. 14 (3): 263-278.

Nash, June.

1979 *We Eat the Mines and the Mines Eat Us*. New York: Columbia University Press.

Nash, June y Helen Safa.

1986 *Women and Change in Latin America*. South Hadley ma: Bergin y Garvey Publishers.

Navarro, Vicente.

1976 *Medicine under Capitalism*. Nueva York: Prodist.

Nonini, Donald.

2008 Is China Becoming Neoliberal? *Critique of Anthropology* 28(2): 145-176.

Norgaard, Richard.

1991 *Sustainability as Intergenerational Equity.* Washington D.C: World Bank Internal Discussion

1991 "Sustainability. The Paradigmatic Challenge to Agricultural Economics". Presentado en la *21 Conference of the International Association of Agricultural Economists*. Tokyo. 22-29 de agosto.

Nurkse, Ragnald.

1953 *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*. Oxford: Oxford University Press.

O'Connor, James.

1988 Capitalism, Nature, Socialism. A Theoretical Introduction. *Capitalism, Nature, Socialism*. 1(1): 11-38.

1989 "Political Economy of Ecology of Socialism and Capitalism". *Capitalism, Nature, Socialism*. 1 (3): 93-108.

1992 “A Political Strategy for Ecology Movements”. *Capitalism, Nature, Socialism*. 3 (1): 1-5.
O’Connor, Martin.
1993 On the Misadventures of Capitalist Nature. *Capitalism, Nature, Socialism*. 4 (3): 7-40.
Ocampo, José Antonio; Joaquín Bernal; Mauricio Avella y María Errázuriz.
1987 “La consolidación del capitalismo moderno”. En: José Antonio Ocampo (ed.), *Historia económica de Colombia, pp* 243-331. Bogotá: Siglo XXI.
Ocampo, José Antonio.
1987 *Historia económica de Bogotá*. Colombia: Siglo XXI.
Ong, Aihwa.
1987 *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline*. Albany: Suny Press.
Orr, John Boyd.
1953 *The White Man’s Dilemma*. Londres: G. Allen and Unwin.
Osborn, Fairfield.
1948 *Our Plundered Planet*. Boston: Little Brown.
Oslender, Ulrich.
2008 *Comunidades Negras y Espacio en el Pacífico Colombiano*. Bogotá: ICANH.
Osterweil, Michal.
2005 Place-based Globalism: Locating Women in the Alternative Globalization Movement. En: Wendy Harcourt y Arturo Escobar (eds.), *Women and the Politics of Place*, 174-189. Bloomfield, CT: Kumarian Press.
Pacey, A. y Philip Payne.
1985 *Agricultural Development and Nutrition*. Boulder: Westview Press.
Packard, Randall.
1989 The ‘Healthy Reserve’ and the ‘Dressed Native’. Discourses on Black Health and the Language of Legitimation in South Africa. *American Ethnologist*. 16 (4): 686-704.
Page, Helán.
1991. *Historically Conditioned Aspiration and Gender/Race/Class Relations in Colonial and Post-Colonial Zimbabwe*.
Panayotou, Theodor.
1991 “Roundtable Discussion. Is Economic Growth Sustainable?”. En: Lawrence Summers y Shekhar Shah (ed.), *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics, pp* 353-362. Washington D.C: The World Bank.
Panitch, Leo y Sam Gindin.
2008 The Current Crisis: a Socialist Perspective. *The Bullet*. E-Bulleting 142, September 30. http://www.socialistproject.ca/bullet/bullet142.html. Último acceso: 10 de agosto de 2010.
Parajuli, Pramod.
1991 Power and Knowledge in Development Discourse. *International Social Science Journal*. 127: 173-190.

Pardo, Franz.
1973 "La producción agropecuaria y las necesidades alimentarias de la población colombiana". ICBF. Presentado en el *Primer seminario intersectorial de alimentación y nutrición*. Palmira. 9-12 de diciembre.
Pardo, Franz.
1984 *La situación alimentaria de la población colombiana. Encuesta nacional de alimentación, nutrición y vivienda*. Bogotá: DANE-DNP-DRI-PAN.
Patzi, Félix.
2004 *Sistema Comunal: Una Propuesta Alternativa al Sistema Liberal*. La Paz: CEA.
Payer, Cheryl.
1982. *The World Bank*. Nueva York: Monthly Review Press.
1991 *Lent and Lost. Foreign Credit and Third World Development*. Londres: Zed Books.
Payne, Philip.
1977 Review of Malnutrition and Poverty, by S. Reutlinger and Marcelo Selowsky. *Food Policy.* 2 (2): 164-165.
Payne, Philip y Peter Cutler.
1984 Measuring Malnutrition. Technical Problems and Ideological Perspectives. *Economic and Political Weekly.* 19 (34): 1485-1491.
Pécault, Daniel.
1987 *Orden y violencia. Colombia* 1930-1954. 2 volúmenes. Bogotá: Siglo XXI Editores-Cerec.
Pendell, Elmer.
1951 *Population on the Loose*. Nueva York: W. Funk.
Pérez Alemán, Paola.
1990 *Organización, identidad y cambio. Las campesinas en Nicaragua.* Managua: ciam.
Perry, Guillermo.
1976 El desarrollo institucional de la planeación en Colombia. *Derecho financiero.* 2 (2): 65-91.
Perry, Santiago.
1983 *La crisis agraria en Colombia*. 1950-1980. Bogotá: El Ancora Editores.
PIA/PNAN (Proyecto interagencial de promoción de políticas de alimentación y nutrición).
1973 *Guía Metodológica para Planificación de Políticas Nacionales de Alimentación y Nutrición*. Santiago: PIA/PNAN.
1973 *Reunión interagencial de consulta sobre políticas nacionales de alimentación y nutrición en las Américas. Santiago.* 12-22 *de marzo de* 1973 *(Informe Final)*. Santiago: PIA/PNAN.
1975 *Informe sobre la primera etapa. Marzo* 1971-*julio* 1975. Santiago: PIA/PNAN.
1975 *Plan de operaciones.* Santiago: PIA/PNAN.

1977 *Actividades segundo semestre* 1976. *Informe y evaluación.* Santiago: PIA/PNAN.

Pigem, Jordi.

2009 *La Buena Crisis*. Barcelona: Paidos.

Pigg, Stacy.

1992 "Constructing Social Categories Through Place. Social Representations and Development in Nepal. *Comparative Studies in Society and History*. 34 (3): 491-513.

Platsch, Carl.

1981 The Three World, or the Division of Social Scientific Labor, circa 1950-1975. *Comparative Studies in Society and History.* 23 (4): 565-590.

Polanyi, Karl.

1957 *The Great Transformation.* Boston: Beacon Press.

1957 "The Economy as Instituted Process". En: Karl Polanyi, Conrad Arensberg and Harry Pearson (ed.), *Trade and Market in the Early Empires, pp* 243-270. Glencoe, Ill: Free Press.

Polanyi, Karl; Conrad, Arensberg y Harry Pearson.

1957 *Trade and Markets in the Early Empires* Glenco, III: Free Press.

Political and Economic Planning.

1955 *World Population and Future Resources.* Nueva York: American Book Co.

Portes, Alejandro y Douglas Kincaid.

1989 Sociology and Development in the 1990s. Critical Challenges and Empirical Trends. *Sociological Forum.* 4 (4): 479-503.

Portes, Alejandro.

1976 On the Sociology of National Development Theories and Issues. *American Journal of Sociology.* 2 (1): 55-85.

Povinelli, Elizabeth.

2001 Radical Worlds: The Anthropology of Incommensurability and Inconceivability. *Annual Review of Anthropology* 30: 319-334.

Powell, Dana.

2010 *Landscapes of Power. An Ethnography of Energy Development on the Navajo Nation*. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, University of North Carolina, Chapel Hill.

Prebisch, Raúl.

1979 The Neo-Classical Theories of Economic Liberalism. 17: 167-188.

Pred, Alan y Michael Watts.

1992 *Reworking Modernity.* New Brunscwick, Rutgers: University Press.

Price, David.

1989 *Before the Bulldozer.* Washington D.C: Cabin John Press.

Procacci, Giovanna.

1991 "Social Economy and the Government of Poverty". En: Graham Burchell, Colin Gordon and Peter Miller (ed.), *The Foucault Effect*, pp 151-168. Chicago: University of Chicago Press.

Quijano, Aníbal.
1988 *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Sociedad y Política Ediciones.
1990 "Estética de la Utopía". *David y Goliath*. 57: 34-38.
2010 *Buen Vivir: Entre el "desarrollo" y la des/colonialidad del poder*. Manuscrito inédito, Lima.
Rabinow, Paul.
1986 "Representations are Social Facts. Modernity and Pos-Modernity in Anthropology". James Clifford y George Marcus (ed.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography, pp* 234-261. Berkeley: University of California Press.
1989 *French Modern. Norms and Forms of the Social Environment*. Cambridge: MIT Press.
1992 "Artificiality and Enlightenment". En: Jonathan Crary and Sanford Kwinter (ed.), From Sociobiology to Biosociality. *Incorporations*, pp 234-252. Nueva York: Zone Books.
Rabinow, Paul and William Sullivan.
1987 *Interpretive Social Science. A Second Look*. Berkeley: University of California Press.
Radcliffe, Sarah, Nina Laurie y Robert Andolina.
2009 "Gender, Transnationalism, and Cultures of Development". En: Robert Andolina, Nina Laurie y Sarah Radcliffe, *Indigenous Development in the Andes*, 194-222. Durham: Duke University Press.
Rahnema, Majid.
1986 Under the Banner of Development. *Development, Seeds of Change*. 1-2: 37-46.
1988 Power and Regenerative Processes in Micro-Spaces. *International Social Science Journal*. 117: 361-375.
1988 On a New Variety of ads and its Pathogens, Homo Economicus, Development y Aid. *Alternatives*. 13 (1): 117-136.
1991 Global Poverty. A Pauperizing Myth. *Interculture*. 24 (2): 4-51.
Rahnema, Majid y Victoria Bawtree (eds.).
1997 *The Post-Development Reader*. Londres: Zed Books.
Rao, Aruna.
1991 *Women's Studies International. Nairobi and Beyond*. Nueva York: The Feminist Press at the City University of New York.
Rao, Brinda.
1989 Struggling for Production Conditions and Producing Conditions of Emancipation. Women and Water in Rural Maharashtra. *Capitalism, Nature, Socialism*. 1 (2): 65-82.
1991 *Dominant Constructions of Women and Nature in Social Science Literature*. Santa Cruz: ces/cns Pamphlet 2.

Raskin, Paul, *et al.*
2002 *Great Transitions. The Promise and the Lure of Times Ahead*. Stockholm Environment Institute.
Rau, Bill.
1991 *From Feast to Famine*. Londres: Zed Books.
Redclift, Michael.
1987 *Sustainable Development. Exploring the Contradictions*. Londres: Routledge.
Reddy, William.
1987 *Money and Liberty in Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
Reinhardt, Nola.
1988 *Our Daily Bread. The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes*. Berkeley: University of California Press.
Reutlinger, Shlomo y Marcelo Selowsky.
1976 *Malnutrition and Poverty. Magnitude and Policy Options*. Baltimore: Johns Hopkins University Press
Rey de Marulanda, Nora.
1981 *El trabajo de la mujer, documento Cede 064*. Bogotá: Cede/Universidad de los Andes.
Richards, Paul.
1984 *Indigenous Agricultural Revolution*. Boulder: Westview Press.
Rist, Gilbert.
1997 *The History of Development. From Western Origins to Global Faith*. Londres: Zed Books.
Robinson, Joan.
1979 *Aspects of Development and Underdevelopment*. Cambridge: Cambridge University Press.
Rocha, Glauber.
1982 "An Aesthetic of Hunger". En: Randal Johnson y Robert Stam (ed.), *Brazilian Cinema, pp* 68-71. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press.
Rodríguez, Octavio.
1977 On the Conception of the Centre-Periphery System. *Cepal Review*. 1977 (1): 195-239.
Rojas, Humberto y Orlando Fals Borda.
1977 *El agro en el desarrollo histórico colombiano*. Bogotá: Punta de Lanza.
Rojas, María Cristina.
1994 *A Political Economy of Violence. Ph.D. Diss*. Ottawa: Department of Political Science. Carleton University.
Rojas, Cristina y Shanon Kindornay.
S.f. "The Civilizing Missions and the Governing of Populations". En: H. Weber (ed), *Politics of Development Encyclopedia*. Londres: Routledge. En prensa.

Root, Elihu.
1916 *Addresses on International Subjects*. Cambridge: Harvard University Press.
Rostow, W.W.
1960 *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
Rubbo, Anna.
1975 "The Spread of Capitalism in Rural, Colombia, effects on Poor Women". En: Rayna Reiter (ed.), *Towards an Anthropology of Women*, pp 333-357. Nueva York: Monthly Review Press.
Sachs, Carolyn.
1985 *Women, The Invisible Farmers*. Totowa: Eowman and Allanheld.
Sachs, Wolfgang.
1988 The Gospel of Global Efficiency. *Ifda Dossier*. 68 33-39.
1990 The Archaeology of the Development Idea. *Interculture*. 23 (4): 1-37.
1992 "Environment". Wolfgang Sachs (ed.), *The Development Dictionary*, pp 26-37. Londres: Zed Books.
Sachs, Wolfgang (ed).
1992 *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. Londres: Zed Books.
Sachs, Wolfgand y Tilman Santarius (eds.).
2007 *Fair Futures. Resource Conflicts, Security, and Global Justice*. Londres: Zed Books.
Sáenz Rovner, Eduardo.
1989 *Industriales, proteccionismo y política en Colombia. Intereses, conflictos y violencia*. Universidad de los Andes: Facultad de Administración.
1992 *La ofensiva empresarial, industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
Sahle, Eunice.
2010 *World Orders, Development and Transformation*. Londres: Palgrave Macmillan.
Said, Edward.
1979 *Orientalism*. Nueva York: Vintage Books.
1989 Representing the Colonized. Anthropology's Interlocutors. *Critical Inquiry*. 15: 205-225.
Santos, Boaventura de Sousa.
2007 *The Rise of the Global Left. The World Social Forum and Beyond*. Londres: Zed Books.
Sanz de Santamaría, Alejandro.
1984 "Discurso económico y poder". *Texto y Contexto*. 2: 155-184.
1987 *Epistemology, Economic Theory and Political Democracy. A Case Study in a Colombian Rural Community. Tesis de doctorado*. Amherst: University of Massacusetts.

Sanz de Santamaría, Alejandro y L.A. Fonseca.
1985 *Evaluación de impacto del programa* DRI *en el distrito de Málaga*. Bogotá: Universidad de los Andes (Informe de investigación).
Sarlo, Beatriz.
1991 Un debate sobre la cultura. *Nueva Sociedad*. 116: 88-93.
Sax, Karl.
1955 *Standing Room Alone*. Boston: Beacon Press.
Schepper-Hughes, Nancy.
1992 *Death without Weeping*. Berkeley: University of California Press.
Schafer, Paul.
2008 *Revolution or Renaissance. Making the Transition from an Economic Age to a Cultural Age*. Ottawa: University of Ottawa Press.
Schultz, Theodore.
1964 *Transforming Traditional Agriculture*. New Haven: Yale University Press.
Schumpeter, Joseph.
1934 *The Theory of Economic Development*. Cambridge: Harvard University Press.
1954 *History of Economic Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
Scott, James.
1985 *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.
1990 *Domination and the Arts of Resistance*. New Haven: Yale University Press.
Scrimshaw, Nevin y M.B. Wallerstein.
1982 *Nutrition Policy Implementation*. Nueva York: Plenum Press.
Seers, Dudley.
1979 "Birth, Life and Death of Development Economics". *Development and Change*. 10: 707-719.
1983 *The Political Economy of Nationalism*. Oxford: Oxford University Press.
Sen, Gita y Caren Grown.
1987 *Development, Crises and Alternative Visions. Third World Women's Perspectives*. Nueva York: Monthly Review Press.
Shackle, G.L.S.
1967 *The Years of High Theory. Tradition and Innovation in Economic Thought*. 1926-1939. Cambridge: Cambridge University Press.
Shaffer, Bernard.
1985 Policy Makers Have Their Needs Too. Irish Itinerants and the Culture of Poverty. *Development and Change*. 16 (3): 375-408.
Sheth, D.L.
1987 Alternative Development as Political Practice. *Alternatives*. 12 (2): 155-171.
Shiva, Vandana.
1989 *Staying Alive. Women, Ecology and Development*. Londres: Zed Books.
1992 The Seed and the Earth. Women, Ecology and Biotechnology. *The Ecologist*. 22 (1). 4-8.
2004 *Monocultures of the Mind*. Londres: Zed Books.

2005 *Earth Democracy*. Cambridge: South End Press.
2008 *Soil, Not Oil. Environmental Justice in an Age of Climate Crisis*. Cambridge: South End Press.

Shonfield, Andrew.
1950 *Attack on World Poverty*. Nueva York: Random House.

SID (Society for International Development).
1986 Latin American Regional Women's Workshop, Modernized Patriarchy. The Impact of the Crisis on Latin American Women. *Development, Seeds of Change*. 3: 22-23.

Sikkink, Kathryn.
1991 *Ideas and Institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina*. Ithaca: Cornell University Press.

Simon, David.
2007 Beyond Antidevelopment: Discourses, Convergences, Practices. *Singapore Journal of Tropical Geography* 28: 205-218.

Simmons, Pam.
1992 Women in Development', A Threat to Liberation. *The Ecologist*. 22 (1): 16-21.

Sinha, Subir.
2008 Lineages of the Developmentalist State: Transnationality and Village India, 1900-1965. *Comparative Studies in Society and History* 50(1): 57-90.

Slater, David.
1993 *The Geopolitical Imagination and the enframing of Development Theory*.

Smith, Brian Cantwell.
1996 *On the Origin of Objects*. Cambridge: MIT Press.

Smith, Dorothy.
1974 The Social Construction of Documentary Reality. *Sociological Inquiry*. 44 (4): 257-268.
1984 "Textually Mediated Social Organization". *International Social Science Journal*. 36 (1): 59-75.
1986 Institutional Ethnography. A Feminist Method. *Resources for Feminist Research*. 15 (1): 6-13.
1987 *The Everyday World as Problematic. A Feminist Sociology*. Boston: Northeastern University Press.
1990 *The Conceptual Practices of Power*. Boston: Northeastern University Press.

Soedjatmoko.
1985 "Patterns of Armed Conflict in the Third World". *Alternatives*. 10 (4): 474-494.

Soja, Edward.
1989 *Postmodern Geographies*. Londres: Verso.

Spelman, Elizabeth.
1988 *Inessential Woman. Problems of Exclusion in Feminist Thought*. Boston: Beacon Press.

St-Hilaire, Colette.
1993 Canadian Aid. Women and Development. *The Ecologist*. 23 (2). 57-63.
Starn, Orin.
1992 "I Dreamed of Foxes and Hawkes'. Reflections on Peasant Protest. New Social Movements and the Rondas Campesinas of Northern Peru". En: Arturo Escobar y Sonia Álvarez (ed.), *The Making of Social Movements in Latin America, Identity, Strategy and Democracy, pp* 89-111. Boulder. Westview Press.
Staudt, Kathleen.
1984 *Women's Politics and Capitalist Transformation in Sub-Saharan Africa. Women in Development Working Paper Series No. 54*. East Lansing, mi: Michigan State University.
Stiglitz, Joseph.
2006 *Making Globalization Work*. New York: W.W. Norton.
Stoler, Ann.
1989 Making Empire Respectable. The Politics of Race and Sexual Morality in 20th Century Colonial Cultures. *American Ethnologist*. 16 (4): 634-661.
Strahm, Rudolf.
1986 *¿Por qué somos tan pobres?* México D.F: Secretaría de Educación Pública.
Strathern, Marilyn.
1988 *The Gender of the Gift*. Berkeley: University of California Press.
Suárez Navaz, Liliana y Rosalva Aida Hernández (eds.).
2008 *Descolonizando el Feminismo. Teoría y Practices Desde los Márgenes*. Madrid: Ediciones Cátedra.
Sukhatme, P.V y Sheldon Margen.
1978 Models for Protein Deficiency. *American Journal of Clinical Nutrition*. 31 (7): 1237-1256.
Summers, Lawrence y Shekhar, Shah.
1991 *Proceedings of the World Bank Annual Conference on Development Economics*. Washington D.C: The World Bank.
Sunkel, Osvaldo.
1990 "Reflections on Latin American Development". En: James Dietz y Dilmus James (ed.), *Progress Toward Development in Latin America*, pp 133-158. Boulder: Lynne Rienner.
Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz.
1970 *El subdesarrollo. Latinoamerica y la teoría del desarrollo*. México D.F: Siglo XXI.
Sutton, David.
1991 Is Anybody Out There Anthropology and the Question of Audience. *Critique of Anthropology* 11 (1): 91-104.
Taussig, Michael.
1978 *Destrucción y resistencia campesina. El caso del litoral Pacífico*. Bogotá: Punta de Lanza.

1980 *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
1987 *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man*. Chicago: University of Chicago Press.

Taylor, Charles.
1985 *Philosophical Papers of Charles Taylor, Philosophy of the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.

Teller, Charles.
1980 *Interrelación, desnutrición, población y desarrollo social y económico.* Guatemala: Incap.

Timmer, Peter; Walter Falcon y Scott Pearson.
1983 *Food Policy Analysis. Baltimore*: Johns Hopkins University Press.

Todaro, Michael.
1977 *Economic Development in the Third World*. Nueva York: Longman.

Tribe, Keith.
1981 *Genealogies of Capitalism*. Atlantic Highlands: N.J. Humanities Press.

Trinh T, Minh-ha.
1989 *Woman, Native, Other*. Bloomington: Indiana University Press.
1991 *When the Moon Waxes Red*. Nueva York: Routledge.

Truman, Harry.
1964 [1949] *Public Papers of the Presidents of the United States. Harry S. Truman*. Washington US: Government Printing Office.

Ulin, Robert.
1991 Critical Anthropology Twenty Years Later. Modernism and Postmodernism in Anthropology. *Critique of Anthropology.* 11 (1):63-89.

United Nations, Department of Social and Economic Affairs.
1953 *The Determinants and Consequences of Population Change*. Nueva York: United Nations.
1951 *Measures for the Economic Development of Underdeveloped Countries*. Nueva York: United Nations.

Uribe, Consuelo.
1986 Limitations and Constraints of Colombia's National Food and Nutrition Plan (PAN). *Food Policy*. 11 (1): 47-70.

Urla, Jacqueline.
1993 Cultural Politics in the Age of Statistics. Numbers, Nations and the Making of Basque Identities. *American Ethnologist*. 20 (4): 818-843.

Valladolid, Julio.
1989 *Concepción holística de la agricultura andina. Documento de estudio No. 13*. Lima: Pratec.

Varas, Augusto.
1985 Democratization, Peace and Security in Latin America. *Alternatives.* 10 (4): 607-624.

Varela, Guillermo.
1979 *El Plan Nacional de Alimentación y Nutrición de Colombia, un nuevo estilo de desarrollo.* Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
Villamil, José.
1979 *Transnational Capitalism and National Development*. Atlantic Highlands N.J: Humanities Press.
Vint, John.
1986 Foucault's Archaeology and Economic Thought. *The Journal of Interdisciplinary Economics.* 1 (1): 69-85.
Visvanathan, Shiv.
1986 Bhopal. The Imagination of a Disaster. *Alternatives.* 11 (1): 147-165.
1991. Mrs. Brundtland's Disenchanted Cosmos. *Alternatives* 16 (3): 377-384.
Vogt, William.
1948 *Road to Survival*. Nueva York: W. Sloan Associates.
Wallerstein, Immanuel.
1974 *The Modern World System. Volumen 1 y 2.* Nueva York: Academic Press.
1984 *The Politics of the World Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
Watts, Michael.
1983 *Silent Violence, Food, Farming and Peasantry in Northern Nigeria*. Berkeley: University of California Press.
Whitaker, Arthur.
1948 *The United States and South America. The Northern Republics.* Cambridge: Harvard University Press.
Williams, John Henry.
1953 *Economic Stability in a Changing World*. Nueva York: Oxford University Press.
Williams, Patricia.
1991 *The Alchemy of Race and Rights*. Cambridge: Harvard University Press.
Williams, Raymond.
1973 *The Country and the City.* Nueva York: Oxford University Press.
Willis, Paul.
1990 *Common Culture*. Boulder: Westview Press.
Wilson, Harold.
1953 *The War on World Poverty*. Londres: Gollancz.
Winikoff, Beverly.
1978 *Nutrition and National Policy.* Cambridge: MIT Press.
Wolfender, Herbert.
1954 *Population Statistics and Their Compilation.* Chicago: University of Chicago Press.
Wolford, Wendy.
2010 *This Land is Ours Now: Social Mobilization and the Meaning of Land in Brazil*. Durham: Duke University Press.

Wood, Bryce.
1985 *The Dismantling of the Good Neighbor Policy.* Austin: University of Texas Press.
Wood, Geof.
1985 The Politics of Development Policy Labelling. *Development and Change*. 16 (3): 347-373.
World Bank.
1975 *Rural Development*. Sector Policy Paper. Washington D.C: The World Bank.
1977 *Colombia, Appraisal of an Integrated Nutrition Improvement Project. Report No. 1583-co.* Washington D.C: The World Bank.
1981 *Accelerated Development in Sub-Saharan Africa. An Agenda for Action.* Washington D.C: The World Bank.
1991 *World Development Report*. Nueva York: Oxford University Press.
World Commission on Environment and Development.
1987 *Our Common Future*. Nueva York: Oxford University Press.
Worsley, Peter.
1984 *The Three Worlds. Culture and World Development*. Chicago: The University of Chicago.
Yanagisako, Silvia y Jane Collier.
1989 *Gender and Kinship. Toward a Unified Analysis*. Stanford: Stanford University Press.
Yang, Mayfair.
2000 Putting Global Capitalism in its Place. *Current Anthropology* 41(4): 477-509.
Yerguin, Daniel.
1977 *Shattered Peace. The Origins of the Cold War and the National Security State*. Boston: Houghton and Mifflin.
Yúdice, George; Jean Franco y Juan Flores.
1992 *On Edge. The Crisis of Contemporary Latin American Culture.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
Zai, Aram.
2007 "The Ambivalence of Post-Development: Between Reactionary Populism and Radical Democracy". En: Aram Zai (ed), *Exploring Postdevelopment: Theory and Practice, Problems and Perspectives*, 111-128. Londres: Zed Books.
Zamocs, León.
1986 The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia. Cambridge: Cambridge University Press.
Zibechi, Raúl.
2006 Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales. Buenos Aires: Tinta Limón.

# Índice analítico

## D

## E



## F

## G



## H



## I

## J



## K



## L



## M

## R



## S

## T



## U

## V



## W

# El autor

Arturo Escobar es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Carolina del Norte, en Chapel Hill. Intelectual colombiano con un amplio recorrido y reconocimiento mundial por sus contribuciones en áreas como los estudios del desarrollo, la teoría de los movimientos sociales, la ecología política y los debates críticos a la modernidad. Sus planteamientos en torno al postdesarrollo y alternativas a la modernidad, lo han perfilado como fuente de inspiración para académicos y organizaciones sociales y ambientales. Desde principios de los años noventa ha establecido una estrecha colaboración con el Proceso de Comunidades Negras (PCN), teniendo la región del Pacífico colombiano como el referente empírico de gran parte de su labor intelectual. Su último libro, *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes* (Envión 2008), evidencia sus más recientes elaboraciones enmarcadas en un pensamiento y política de la diferencia.

Este libro fue diagramado utilizando fuentes ITC Garamond Std a 10,5 pts,
en el cuerpo del texto y HelveticaNeue MediumCond en la carátula.
Se empleó papel propalibro beige de 70 grs. en páginas interiores
y propalcote de 220 grs. para la carátula.
Se imprimieron 200 ejemplares.

Se terminó de imprimir Taller Editorial Universidad del Cauca, en Popayán,
en marzo de 2014.

En el prefacio a la segunda edición del ya clásico *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo* (1996), el autor afirma que ha llegado la hora de reanudar el debate del postdesarrollo con ahínco. Si bien el concepto de 'tercer mundo' se ha desvanecido, el discurso del desarrollo continúa siendo una poderosa fuerza social y cultural, prestando fundamento a las estrategias macroeconómicas extractivistas tanto de los regímenes neoliberales como de los gobiernos progresistas. Ante esta situación, urge abrir de manera más profunda la discusión sobre alternativas al desarrollo, como muchos movimientos sociales están de hecho haciéndolo. En un contexto marcado por múltiples crisis cada vez más acentuadas, surgen de forma ineludible los discursos sobre la transición a una sociedad otra o a otro modelo civilizatorio. Como se argumenta en el prefacio, esta transición hacia el pluriverso ya está en camino, en cada acto de defensa de la vida, en cada afirmación de diferencia cultural, en cada experimento de economía alternativa. Las transiciones anuncian que la globalización no es la última etapa de la modernidad capitalista sino también el comienzo de mundos nuevos.



Universidad
del Cauca

Vicerrectoría de Cultura y Bienestar
Área de Desarrollo Editorial

